

Revolución Socialista y Guerra Civil (1931-1939)

Los años decisivos

Teoría y práctica del Partido Comunista de España

Juan Ignacio Ramos

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

I. UNA NUEVA BANDERA EL COMUNISMO ESPAÑOL HASTA LA PROCLAMACIÓN DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

- La revolución rusa
- El Octubre soviético
- La formación de la Internacional Comunista
- La tendencia “Tercerista” del PSOE
- Los jóvenes socialistas y el comunismo
- Escisión en el PSOE y fundación del Partido Comunista de España
- Anarcosindicalistas y bolchevismo
- Derrota de las luchas obreras y campesinas
- La Dictadura de Primo de Rivera. Colaboracionismo socialista
- El PCE y la formación del estalinismo
- La lucha de masas y el derrumbamiento de la monarquía

II. EL PCE Y LA SEGUNDA REPÚBLICA

- El 14 de abril
- Socialistas y anarcosindicalistas en 1931
- El “Tercer Periodo” de los comunistas españoles
- Los comunistas y las consignas democráticas
- La colaboración de clases
- El IV Congreso del PCE
- La amenaza fascista

- El “Bienio Negro” y la radicalización socialista.
- La insurrección de octubre de 1934 y el viraje de la IC
- Llamada a la bolchevización en las filas socialistas
- Hacia el Frente Popular

III. REVOLUCIÓN SOCIAL Y GUERRA CIVIL. EL PCE Y LA DEFENSA DE LA “REPÚBLICA DEMOCRÁTICA”

- Republicanos, socialistas y comunistas: el Frente Popular español
- Entre febrero y julio de 1936. Crisis revolucionaria
- El golpe militar de Franco: ¿Cómo respondió el Frente Popular?
- Obreros en armas. El doble poder
- “Mantener la unidad del Frente Popular”
- Los primeros voluntarios y los acontecimientos franceses
- El pacto de no intervención, las armas soviéticas y la formación de las Brigadas Internacionales
- La encrucijada de la revolución. Formación del gobierno de Largo Caballero
- La reconstrucción del Estado
- Las milicias obreras y el mando único. El Ejército Popular Republicano
- ¡No Pasaran! Madrid resiste la ofensiva fascista
- Los asesores soviéticos
- Largo Caballero y el auge del PCE
- La lucha contra el “trotskismo”. Mayo del 37, barricadas en Barcelona
- El Gobierno de Juan Negrín: repliegue definitivo de la revolución
- Divisiones en el Frente Popular. Prieto y el PCE
- Una guerra “patriótica” contra el fascismo y los invasores extranjeros
- El PCE y el final de la Guerra Civil

PRESENTACIÓN

El papel desempeñado por el Partido Comunista de España entre 1931 y 1939 ha sido ampliamente analizado en memorias, ensayos históricos, tesis doctorales, libros de síntesis, incluida la versión aprobada oficialmente por el Partido. En esta abundante literatura se ha pretendido desgranar, en ocasiones de manera contrapuesta y polémica, la posición del PCE en la revolución social y la guerra civil española. La controversia no ha dejado de alimentarse hasta nuestros días con la publicación de nuevos trabajos, gracias a una encomiable labor de investigación de los archivos históricos de la guerra civil, el archivo del propio Partido Comunista, y de los que se han abierto a los estudiosos, algunos de manera parcial, en la antigua Unión Soviética. A algunos de estos trabajos haremos obligada referencia en las páginas que siguen, proyectando la historia de una organización que jugó un papel decisivo en la dinámica de aquellos acontecimientos.

El presente libro no pretende, ni mucho menos, intentar abordar la masiva producción bibliográfica que existe al respecto.¹ Como parte del combate por la historia, por la historia de la lucha de clases, de los desposeídos que protagonizaron la revolución socialista contra el capital, los terratenientes, los banqueros y sus aliados internacionales, este texto intentará aproximarse a las claves esenciales de la actuación del PCE desde la óptica del marxismo revolucionario. Una historia imposible de desvincular de los grandes hechos que sacudieron la sociedad europea tras el triunfo de la revolución de octubre en 1917, la formación del Estado obrero de la URSS y la Tercera Internacional, y la consolidación posterior del estalinismo. Como sección española de la Comintern, el PCE, al igual que el resto de los partidos comunistas, se vio condicionado en sus posturas programáticas y prácticas por la lucha que recorrió la Internacional y el Partido Comunista de la URSS (PCUS), especialmente tras la muerte de Lenin. Los zigzags políticos de Stalin, apuntalados cada uno de ellos por purgas internas y una guerra sin cuartel contra los diferentes agrupamientos de oposición que surgieron en su seno, determinó la evolución política de los comunistas españoles.

Esta realidad afectó de una manera cualitativa la intervención del PCE desde la proclamación de la Segunda República hasta el levantamiento militar fascista del 18 de julio de 1936 y la explosión revolucionaria posterior en la zona republicana. La tesis, sostenidas por algunos estudiosos de la materia, de que el PCE mostró una línea autónoma, o al menos, desvinculada en momentos concretos de las directrices que partían de la dirección estalinista de la Internacional y el partido ruso, es bastante cuestionable atendiendo al programa, a la conducta fundamental de sus dirigentes, y a los hechos más sobresalientes y que marcan la tendencia general de su intervención en los acontecimientos. En los aspectos cruciales de la revolución española, la dirección

¹ Un trabajo bastante completo de la producción bibliográfica sobre la historia del PCE se puede consultar en el texto de David Ginard i Féron, *La investigación histórica sobre el PCE: desde sus inicios a la normalización historiográfica*, en *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*. Oviedo 6, 7 y 8 de mayo de 2004. Ponencias. CD. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004.

del PCE aplicó, con mayor o menor fortuna, la política de colaboración de clases con la burguesía republicana inspirado por el Frente Popular, y manifestó una voluntad tenaz para contener la marea revolucionaria dentro de los límites de la llamada “defensa de la República democrática”. Una línea que nunca se planteó desafiar la orientación impuesta desde la Internacional estalinizada, sino todo lo contrario.

En cualquier caso, es necesario subrayar la tremenda voluntad, heroísmo y sacrificio de una parte considerable de la militancia comunista y de sus cuadros militares en la lucha contra el fascismo. Una voluntad que se alimentaba de lo que muchos entendían era el camino más efectivo para hacer realidad la república socialista de los trabajadores, el final de un trayecto por el que merecía la pena sacrificar temporalmente señas de identidad fundamentales. Es necesario huir, por tanto, de cualquier visión sectaria.

Al igual que en el combate contra la dictadura franquista a finales de los años sesenta y setenta, miles de militantes comunistas que aceptaban las directrices de la dirección, en esa época encabezada por Santiago Carrillo, pensaban sinceramente que la política de “reconciliación nacional”, de acuerdos políticos con Suárez y compañía, de los Pactos de la Moncloa, o la aceptación de la bandera monárquica, suponían una estación de paso en el camino hacia el socialismo. Para desengaño de una generación de comunistas, la historia reciente se ha encargado de aclarar que no era así, mucho más tras vivir la desintegración de la URSS y la restauración del capitalismo en la tierra de la revolución bolchevique. La política de colaboración de clases y frentepopulista, tanto en 1936 como en los años setenta, obtuvo resultados muy diferentes a los esperados.

En 1976 mi familia estaba volcada en la militancia dentro del PCE. El que escribe se había afiliado a las Juventudes Comunistas a finales de ese año, siendo casi un niño, y con un entusiasmo difícil de describir, nos dabamos a la tarea de construir el Partido en cuerpo y alma. Recuerdo la primera vez que mi padre me llevó a un local del Partido, el Partido con mayúsculas pues así era reconocido por todos los que militaban en la izquierda. Fue una noche de noviembre de 1976, en un local situado en la calle Elfo 132, en el madrileño barrio de Quintana. En esa ocasión, la sede hervía de gente presta a escuchar las palabras de Santiago Álvarez, el Comisario comunista del Ejército Popular Republicano, y en aquel momento secretario general del Partido Comunista de Galicia. Se trataba de un acto para recaudar fondos de cara a la edición de *Mundo Obrero* diario, y la reunión fue todo un éxito. A pesar de mis limitaciones para comprender todo aquello, siempre me quede fascinado por aquel primer contacto con toda una generación de luchadores comunistas de la clandestinidad, un ejemplo de honradez, dedicación y entrega a la causa de los trabajadores.

Durante años fuimos militantes de base entregados. Mi padre, fundador de CCOO de hostelería en Madrid, se pasaba todo el tiempo que podía construyendo el sindicato y afiliando trabajadores por bares y restaurantes. Me acuerdo de las manifestaciones y los saltos, de la represión policial y los ataques de las bandas fascistas de Cristo Rey. Por supuesto, de la conmoción por el asesinato de los abogados laboristas de Atocha, y aquella imponente demostración de fuerza de la militancia comunista el día de su entierro. También cuando encerraron a Santiago Carrillo en la DGS, y la gran manifestación que se celebró en el centro de Madrid, con miles de personas. Reuniones, mítines, pegadas de carteles, la participación en las primeras fiestas del Partido, sobre todo en las de 1977, primero en la campa de Torrelodones, más tarde ya en la que sería su lugar por muchos años en la Casa de Campo. Recuerdo la fuerza de nuestro Partido,

de las Juventudes, la confianza con la que hacíamos la campaña electoral puerta a puerta en las elecciones de 1977 y 1979; las discusiones con nuestros vecinos para que nos votaran.

Tampoco puedo dejar de recordar mis pequeñas experiencias en la formación del colectivo de las Juventudes Comunistas dentro del colegio de curas en el que estudiaba (el Santa María del Carmen en la calle Misterios). Afiliamos a más de veinte estudiantes, desde los últimos cursos de EGB hasta sexto de bachillerato, y nos reuníamos en un bar cercano al colegio (*El Alegría*), regentado por una vieja militante del Partido que nos regalaba refrescos mientras observaba emocionada a unos jóvenes que discutían sobre como hacer más propaganda en el barrio para darnos a conocer, o de la política planteada desde la dirección, o de temas históricos, que obviamente algunos no acabábamos de comprender con claridad.

También se me ha quedado grabado el día, en abril de 1977, en que se debatió en la agrupación del PCE de Quintana la famosa resolución del Comité Central en la que se había decidido colocar la bandera rojigualda y el retrato de Juan Carlos I y de Sofía en las sedes del Partido.² La reunión fue tormentosa, brutal. Nunca había visto una discusión semejante, con camaradas encendidos que rechazaban con vehemencia la decisión y se negaban a aceptarla. Luego ya vinieron muchas otras cosas, las decepciones por los resultados electorales, la política a favor del gobierno de “concentración nacional”, el surgimiento de tendencias de oposición dentro del Partido, sobre todo los “prosoviéticos”, como se les conocía en aquellos años; el V Congreso del PSUC en 1981, la escisión en Euskadi, la formación del Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC), la ruptura de Carrillo con el Partido tras el desastre electoral de 1982..., pero eso ya es otra historia.

Partiendo de que este no es un texto académico, sino una contribución a la historia del PCE en los años de la revolución social y la guerra civil desde el punto de vista del marxismo revolucionario, quiero dejar claro que siempre he reconocido con admiración a la militancia comunista, de la que me considero parte. La flor y nata de los combatientes por un mundo mejor, socialista, liberado de explotación y opresión. En las páginas que siguen he tratado de abordar las lecciones que encierran aquellos años, en que una generación de hombres y mujeres se batió con las armas en las manos contra el fascismo tratando de cambiar de raíz la sociedad, haciendo la revolución socialista.

² “En lo sucesivo en todos los actos organizados por el PCE, ondeará, junto con la bandera del Partido, la bandera con los colores oficiales del Estado... Consideramos la Monarquía como un régimen constitucional y democrático... Estamos convencidos de ser a la vez enérgicos y clarividentes defensores de la unidad de lo que es nuestra patria común” (Santiago Carrillo, discurso ante el Comité Central del PCE, 14 de abril de 1977). La prensa del capital internacional valoró la actuación de Carrillo y de la dirección en aquellos años: “El apoyo del PCE, tanto a la primera como a la segunda administración Suárez, ha sido abierto y sincero. El señor Carrillo fue el primer líder que dio su apoyo a los Pactos de la Moncloa, e inevitablemente el PCE ha apoyado al Gobierno en el Parlamento. Pero, como partido que controla la central sindical mayoritaria CCOO y el partido político mejor organizado en España, su apoyo durante algunos momentos más tensos de la transición ha sido crucial. La moderación activa de los comunistas, durante y después de la masacre de los trabajadores de Vitoria en marzo de 1976, el ametrallamiento de cinco abogados comunistas en enero de 1977, y la huelga general vasca en mayo de 1977, por poner sólo tres ejemplos, era probablemente decisiva para evitar que España cayera en un abismo de conflictividad civil importante y permitir la continuación de la reforma. (...) Esto ha supuesto para el señor Carrillo una nueva respetabilidad...” (*Financial Times*, 13 de diciembre de 1978).

Lecciones que deben servir para reafirmar y fortalecer las aspiraciones y certezas de todos aquellos, veteranos y jóvenes, que seguimos pensando que la lucha por el socialismo es la única alternativa coherente al caos que atraviesa la sociedad capitalista.

I. UNA NUEVA BANDERA

EL COMUNISMO ESPAÑOL HASTA LA PROCLAMACIÓN DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

La Primera Guerra Mundial abrió las puertas a la revolución. Lo que parecía el sueño imposible de una minoría de internacionalistas aislados y perseguidos por todo el continente europeo, se hizo realidad en uno de los eslabones más débiles de la cadena capitalista: el imperio ruso. Las carnicerías en las trincheras, la desmoralización de las tropas, la ansiada paz, la escasez y las privaciones en la retaguardia, tuvieron el efecto de movilizar a millones de trabajadores y campesinos contra el régimen zarista. Entre febrero y octubre de 1917, las masas oprimidas de Rusia tomaron el cielo por asalto.

LA REVOLUCIÓN RUSA

Estableciendo un paralelismo histórico con la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931, el primer capítulo de revolución rusa, marcado por el levantamiento de febrero, estuvo protagonizado por los obreros y soldados (campesinos en uniforme) aunque fue la burguesía liberal la que asumió el poder formal del país. La historia de las revoluciones no sigue jamás un curso rectilíneo o prefijado, es mucho más caprichosa, viva y contradictoria de lo que piensan algunos doctrinarios. No obstante, la revolución y la contrarrevolución tienen leyes generales que siempre aparecen en escena. En febrero de 1917 y en abril de 1931 se dio un fenómeno similar: cuando la burguesía se enfrentó a una situación crítica, amenazada por una revolución social que pugnaba por barrer su poder político y económico, recurrió a todo tipo de maniobras con el objetivo de preservar su posición dominante en la sociedad. En la liquidación de la monarquía zarista la burguesía no tuvo protagonismo alguno; como ocurriría con la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931, cuando Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura se subieron al carro del movimiento de masas y cambiaron sus credenciales monárquicas por unas republicanas de última hora, en Rusia el partido kadete³ tampoco dudó en abandonar al zar a su suerte.

En esas horas, la política de la conciliación entre las clases y el “consenso” no sólo fue ardientemente defendida por los experimentados políticos de la clase dominante. Tanto en la Rusia de febrero de 1917, como en la España del 14 de abril de 1931, la mayoría de los dirigentes reformistas del movimiento obrero se convirtieron en los mejores aliados de la burguesía para tratar de sortear las dificultades del momento. En cada revolución social profunda, la conciencia de las masas no se forja de una vez por todas.

³ Partido Demócrata Constitucionalista, así llamados por su acrónimo en ruso (KDT). Principal partido de la burguesía monárquica liberal rusa. Aspiraba a un entendimiento con el zarismo, exhortaba a crear una monarquía constitucional y defendía la propiedad terrateniente. Apoyaron la represión zarista contra la revolución de 1905. Tras el triunfo de la revolución de Octubre, se convirtieron en los enemigos más encarnizados de los bolcheviques.

En las etapas iniciales, después de los primeros triunfos, el ambiente de euforia y confraternización marcan el turno de los oportunistas y arribistas. Ese ambiente proclive a la “unidad” y la conciliación en los primeros meses de la revolución rusa tuvieron su correspondencia en la elección de un comité ejecutivo provisional del Soviet, el órgano dirigente del mismo, dominado por los eseristas y los mencheviques.⁴

Al igual que sus homólogos españoles, eseristas y mencheviques mantenían el viejo esquema teórico según el cual la revolución rusa, lo mismo se podía aplicar para el caso español, tenía que desembocar en el triunfo de un régimen burgués “democrático”. Partiendo de este presupuesto fundamental, el comité ejecutivo del Soviet propuso al “comité provisional” de la Duma, integrado por los políticos burgueses, que formasen un gobierno provisional y se hicieran cargo del poder. Algo muy parecido sucedió en el Estado español el 14 de abril con la creación del gobierno provisional republicano, confirmado tras las elecciones a las constituyentes de junio, y en que convivían ex monárquicos travestidos en republicanos de derecha, radicales de Lerroux, republicanos burgueses liberales, y socialistas. Tanto en Rusia como en el Estado español, los planes e intenciones de estas coaliciones pretendían desviar el esfuerzo revolucionario hacia las tranquilas aguas del parlamentarismo burgués, algo muy diferente de las aspiraciones que dominaban las filas del movimiento revolucionario y que actuaron de fuerzas motrices para tumbar al viejo régimen.

En Rusia, las organizaciones reformistas y los partidos burgueses elevados al poder en las primeras semanas de revolución, tenían tareas urgentes que resolver: acabar con la guerra, repartir la tierra y mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población. Pero ninguna fue abordada satisfactoriamente. Todas las promesas, todos los juramentos a favor del pueblo fueron traicionados. Por sus negocios y pretensiones anexionistas, la burguesía rusa estaba atada al régimen de propiedad heredado del zarismo y, en consecuencia, a las burguesías imperialistas del bloque aliado. En tales circunstancias, la política de colaboración de clases se acentuó. Los mencheviques y eseristas, como sus correligionarios socialistas en España, sacrificaron en aras del entendimiento con la burguesía todos sus principios “socialistas”. Para ellos, el proletariado debía subordinarse incondicionalmente a los objetivos “democráticos” de una ansiada revolución burguesa y renunciar al poder. Engañando a los campesinos con discursos mientras renunciaban a la reforma agraria y velaban por la propiedad latifundista; defraudando las ansias de paz de los soldados continuando la guerra hasta la “victoria final”; y enfrentándose a los trabajadores que libraban una lucha sin cuartel por mejoras salariales y laborales, estos gobiernos de colaboración de clases se colocaron frente a las masas revolucionarias, al tiempo que exigían nuevos sacrificios a una población exhausta y recurrían a la represión.

Lenin, y sus partidarios en el Partido Bolchevique, denunciaron sin tregua la incapacidad del gobierno provisional para evitar la catástrofe que se cernía sobre Rusia. Su política de clase e internacionalista desenmascaraba las bases fraudulentas de esta coalición frente populista. Tan pronto como el 6 de marzo de 1917, Lenin telegrafió a sus correligionarios: “Nuestra táctica: desconfianza absoluta, negar todo apoyo al

⁴ Los *eseristas*, llamados así por su acrónimo (SR), eran los miembros del Partido Social-Revolucionario, un partido pequeñoburgués surgido de la unificación de diferentes grupos populistas, cuyas concepciones eran una amalgama ecléctica de reformismo y anarquismo. Los *mencheviques* eran la tendencia reformista de la socialdemocracia rusa. Recibieron su nombre en el II Congreso del POSDR (1903), dado que en las votaciones para elegir el Comité Central quedaron en minoría (*menshinstvó*), mientras que los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría (*bolshinstvó*) y fueron llamados bolcheviques.

Gobierno provisional (...); no hay más garantía que armar al proletariado”. Y tras pisar suelo ruso en el mes de abril, en el mitin a su llegada a la estación de Finlandia de Petrogrado, Lenin afirmó con rotundidad: “No está lejos el día en que, respondiendo a nuestro camarada Karl Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra sus explotadores (...) La revolución rusa (...) ha iniciado una nueva era. Viva la revolución socialista mundial”.

Como los grandes marxistas, Lenin se apoyó en la experiencia viva de los acontecimientos para poner al día la teoría y las tareas del movimiento. Durante la revolución de febrero, el proletariado, junto con los soldados, había establecido a través de los soviets un embrión de poder obrero paralelo, que los partidos reformistas habían subordinado a la burguesía. Fue la política reaccionaria del Gobierno Provisional la que aceleró la radicalización y la desconfianza de los trabajadores, muchos de los cuales habían confiado previamente en la visión aterciopelada de la revolución suministrada por mencheviques y eseristas. Defendiendo que solamente una revolución socialista podía llevar a cabo la paz sin anexiones y la entrega de la tierra a los campesinos, Lenin combatió intransigentemente a aquellos que querían constreñir el movimiento revolucionario a los límites de la “república democrática”, y esto incluyó a sectores de la propia dirección bolchevique. Su programa, que pronto se convertiría en la plataforma política del partido bolchevique y de la revolución de Octubre, ha pasado a la historia con el nombre de las *Tesis de Abril*.

Marx y Engels explicaron que las condiciones objetivas para la construcción del socialismo se encontraban presentes en los países capitalistas más avanzados. Esta idea, que ha sido utilizada de muy diferentes formas para respaldar todo tipo de conclusiones, no hacía más que reconocer que el socialismo necesita de un alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas para ser realidad. Marx y Engels jamás afirmaron que la clase obrera debería abstenerse de tomar el poder en los países capitalistas atrasados o cederle el turno a la burguesía para que ésta llevase a cabo las tareas democráticas pendientes.

A través de la experiencia de las luchas revolucionarias de 1848, Marx y Engels llegaron a la conclusión de que la burguesía había agotado su papel progresista y perdido todo interés en la revolución: “la burguesía (...) de repente descubrió que no sólo había engendrado a unos cuantos trabajadores industriales, sino a una clase obrera, una clase que, aunque medio adormecida, sin embargo se despertaba poco a poco y se desarrollaba en un proletariado revolucionario por la esencia de su misma naturaleza. Y ese proletariado, que en todas partes había ganado batallas para la burguesía, presentaba ahora sus demandas, especialmente en Francia, demandas incompatibles con la supervivencia de todo el orden burgués. El 23 de junio de 1848 estalló en París la primera gran lucha entre las dos clases. El proletariado fue derrotado después de cuatro días de combates. De ahí en adelante, el grueso de la burguesía, en toda Europa, se pasó al lado de la reacción y se unió con los burócratas, los nobles y los sacerdotes, a los que acababa de derrocar con la ayuda de los trabajadores, a fin de luchar contra los ‘enemigos de la sociedad’, esos mismos trabajadores”.⁵

A pesar de la tergiversación que el estalinismo hizo de la teoría marxista de la revolución socialista, Marx y Engels abogaron por la independencia política del proletariado y rechazaron que la burguesía europea, en las condiciones del desarrollo capitalista de mediados del siglo XIX, pudiese encabezar una lucha consecuente por las demandas democráticas. Su renuncia a la realización de las tareas de la revolución

⁵ Engels, *La política de sangre y hierro de Bismarck (El papel de la violencia en la historia)*, Ed. Hadise, México DF, 1971, p. 47.

democrática, encaradas con éxito en su época ascendente en Inglaterra (1640) o Francia (1789), era una característica contrarrevolucionaria de la burguesía en su etapa de madurez. Marx y Engels alertaron a la vanguardia obrera de la necesidad de pelear por sus propios objetivos de clase, independientes también de la pequeña burguesía, impotente en la práctica para enfrentarse con éxito a las fuerzas combinadas de la reacción feudal y de la burguesía.⁶ En sus posteriores elaboraciones teóricas, especialmente tras la Comuna de París, Marx y Engels no hicieron sino ratificar esa idea.

Los debates entre reformismo y revolución, independencia de clase o colaboración con la burguesía, polarizaron y dividieron la socialdemocracia europea y rusa desde principios del siglo XX, y cobraron una nueva perspectiva a la luz de los acontecimientos revolucionarios en Rusia en el año 1905. Cuando la revolución estalló en San Petersburgo y Moscú, la mayoría de los dirigentes del SPD y sus correligionarios reformistas en la Segunda Internacional y en el Partido Obrero Social-Demócrata Ruso (POSDR) consideraban que Rusia necesitaba de una revolución burguesa nacional para convertirse en un país capitalista moderno. De aquí se desprendía que el proletariado debería limitarse a actuar como fuerza auxiliar de la burguesía liberal, sin sobrepasar el marco de las reivindicaciones democráticas burguesas. Solamente después de un período prolongado (e indefinido) de desarrollo capitalista, la clase obrera agruparía las fuerzas suficientes para iniciar la transformación de la sociedad, utilizando para ello los mecanismos del parlamentarismo burgués. En definitiva, la revolución se presentaba como una sucesión de etapas: primero, una fase democrática burguesa, y luego, la fase socialista. Este enfoque formalista, que estaba instalado con fuerza en el cuerpo teórico del movimiento socialdemócrata, también en la dirección del PSOE, negaba el desarrollo dialéctico de la historia.

Finalmente, la teoría etapista de la revolución, en la medida que convertía en un fin estratégico la defensa de la democracia burguesa, llevó inevitablemente a que la mayoría de los líderes de la Segunda Internacional capitularan ante sus burguesías nacionales en 1914. Posteriormente darían su colaboración para aplastar la revolución socialista en numerosos países europeos.

Una minoría de marxistas revolucionarios, encabezados por Rosa Luxemburgo en Alemania o Lenin y Trotsky en Rusia, se rebeló ante tal distorsión de los fundamentos del socialismo científico. Sus escritos al respecto son abundantes, reafirmando en la política de independencia de clase y demostrando que el enfoque del etapismo falsificaba tanto las condiciones materiales del desarrollo capitalista en Rusia como la auténtica correlación de fuerzas entre las clases.

El desarrollo del capitalismo ruso a inicios del siglo XX mostraba similitudes asombrosas con el español. Rusia se había incorporado tarde a la economía capitalista mundial y sufría una fuerte dependencia de los capitales exteriores, franceses e ingleses mayoritariamente. Su estructura económica y social estaba marcada por la supervivencia de relaciones semif feudales: la servidumbre de la gleba había sido abolida en 1861, pero la tierra seguía en manos de una oligarquía de nobles y burgueses, mientras millones de campesinos desposeídos arrastraban una vida miserable. El atraso endémico del campo coexistía con las grandes fábricas e industrias de los principales núcleos urbanos, muchas de ellas altamente tecnificadas.⁷ La burguesía liberal, aunque

⁶ Véase, por ejemplo, el “Mensaje al Comité Central de la Liga de los Comunistas”, de 1850.

⁷ El 80% de la población rusa vivía en el campo. Millones de jornaleros sin tierra trabajaban en inmensos latifundios y protagonizaban revueltas periódicas, reprimidas por la autocracia zarista. La clase obrera rusa se nutrió de los millones de campesinos expulsados de las aldeas tras el fin formal de la servidumbre.

no tenía en sus manos el monopolio del poder político del Estado, que seguía controlado por el zar y la nobleza, sí formaba un bloque social y económico con el régimen autocrático, que por otra parte velaba por sus lucrativos negocios. En todas las ocasiones en que pudo encabezar la lucha contra el zarismo, como en la revolución de 1905, la burguesía liberal optó por aliarse con él para conjurar el peligro de una acción independiente del proletariado. Su defensa de la democracia terminaba allí donde empezaban sus ingresos y privilegios.

Respondiendo a los reformistas, los marxistas rusos demostraron que, debido a su debilidad y a su dependencia del capital imperialista, la burguesía era incapaz de llevar a cabo las tareas de su propia revolución: la reforma agraria, el desarrollo industrial y el fin de la opresión nacional. No era la burguesía, sino la clase obrera encabezando a la nación, especialmente a las masas de campesinos pobres, la que tenía en sus manos la resolución de dichas tareas. León Trotsky resumió este enfoque dialéctico en su teoría de la *revolución permanente*: “La idea de la revolución permanente fue formulada por los grandes comunistas de mediados del siglo XIX, por Marx y sus adeptos, por oposición a la ideología democrática, la cual, como es sabido, pretende que, con la instauración de un Estado ‘racional’ o democrático, no hay ningún problema que no pueda ser resuelto por la vía pacífica, reformista o progresiva. Marx consideraba la revolución burguesa de 1848 únicamente como un preludio de la revolución proletaria. Y, aunque ‘se equivocó’, su error fue un simple error de aplicación, no metodológico. (...) El ‘marxismo’ vulgar se creó un esquema de la evolución histórica según el cual toda sociedad burguesa conquista tarde o temprano un régimen democrático, a la sombra del cual el proletariado, aprovechándose de las condiciones creadas por la democracia, se organiza y educa poco a poco para el socialismo. Sin embargo, el tránsito al socialismo no era concebido por todos de un modo idéntico: los reformistas sinceros (tipo Jaurès) se lo representaban como una especie de fundación reformista de la democracia con simientes socialistas. Los revolucionarios formales (Guesde) reconocían que en el tránsito al socialismo sería inevitable aplicar la violencia revolucionaria. Pero tanto unos como otros consideraban a la democracia y al socialismo, en todos los pueblos, como dos etapas de la evolución de la sociedad no sólo independientes, sino lejanas una de otra. (...)”

“La teoría de la revolución permanente, resucitada en 1905, declaró la guerra a estas ideas, demostrando que los objetivos democráticos de las naciones burguesas atrasadas conducían, en nuestra época, a la dictadura del proletariado, y que ésta ponía a la orden del día las reivindicaciones socialistas. En esto consistía la idea central de la teoría. Si la opinión tradicional sostenía que el camino de la dictadura del proletariado pasaba por un prolongado período de democracia, la teoría de la revolución permanente venía a proclamar que, en los países atrasados, el camino de la democracia pasaba por la dictadura del proletariado (...) El segundo aspecto de la teoría caracteriza ya a la revolución socialista como tal. A lo largo de un período de duración indefinida y de una lucha interna constante, van transformándose todas las relaciones sociales. La sociedad sufre un proceso de metamorfosis. (...) En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal (...) El carácter internacional de la revolución socialista, que constituye el tercer aspecto de la teoría de la revolución permanente, es consecuencia inevitable del estado actual de la economía y de la estructura social de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto, sino únicamente un

La industrialización creó un proletariado muy concentrado: en 1914, el 41,4% de los obreros rusos trabajaban en fábricas de más de 1.000 obreros, mientras que en EEUU sólo representaban el 17,8%.

reflejo teórico y político del carácter mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del alcance mundial de la lucha de clases. La revolución socialista empieza dentro de las fronteras nacionales; pero no puede contenerse en ellas (...) Considerada desde este punto de vista, la revolución socialista implantada en un país no es un fin en sí, sino únicamente un eslabón de la cadena internacional. La revolución internacional representa de suyo, pese a todos los reflujos temporales, un proceso permanente”.⁸

En abril de 1917, las ideas de Trotsky y el programa leninista de la revolución confluyeron plenamente. Lenin expuso sus ya famosas *Tesis de Abril* en varias reuniones de militantes bolcheviques y mencheviques, causando sensación entre los activistas de base y hostilidad entre los dirigentes reformistas y algunos bolcheviques. Con las *Tesis de Abril*, Lenin reorientó enérgicamente al Partido hacia la toma del poder defendiendo el carácter socialista de la revolución rusa. El poder obrero era el único medio, en palabras de Lenin, de impedir el triunfo de la dictadura militarista de Kornilov y llevar a cabo plenamente las realizaciones democráticas proclamadas por la revolución de febrero. Sólo rompiendo con las relaciones de propiedad capitalista y expropiando al capital financiero, derrocando el Estado burgués y sustituyéndolo por un Estado obrero de transición, sería posible instaurar un régimen realmente democrático basado en la planificación socialista de la economía. En definitiva un régimen de democracia obrera.⁹

⁸ León Trotsky, *La revolución permanente*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2001, p. 38. Además de este texto, para profundizar en la teoría de la revolución permanente es indispensable el libro de Trotsky 1905. *Resultados y perspectivas*, también editado por la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS. Por su parte, Rosa Luxemburgo llegó a conclusiones muy parecidas tras realizar balance de la revolución rusa de 1905: “...La gran industria —con todas sus consecuencias, la moderna división de clases, los fuertes contrastes sociales, la vida moderna en las grandes ciudades y el proletariado moderno— domina en Rusia, es decir, se ha convenido en la forma de producción decisiva del desarrollo actual. De ahí resulta esta situación histórica contradictoria y extraña, en la que la revolución burguesa, según sus tareas formales, es realizada por un proletariado moderno con conciencia de clase, que, al mismo tiempo, en un plano internacional, es el símbolo de la decadencia de la democracia burguesa. No es la burguesía actualmente el elemento revolucionario dirigente, como en las anteriores revoluciones de occidente, en las que la masa proletaria, disuelta en la pequeña burguesía, actuaba como masa de maniobra, sino, por el contrario, ahora es el proletariado con conciencia de clase el elemento dirigente e impulsor, mientras que las capas de la gran burguesía son en parte directamente contrarrevolucionarias y en parte débilmente liberales, y sólo la pequeña burguesía rural, junto a la intelectualidad pequeño burguesa urbana, se encuentran decididamente en la oposición y hasta tienen conciencia revolucionaria.

“Pero el proletariado ruso, que está llamado a desempeñar el papel dirigente en la revolución burguesa, va a la lucha libre de todas las ilusiones de la democracia burguesa y con una conciencia fuertemente desarrollada de sus propios y específicos intereses de clase en medio de una aguda contradicción entre el capital y el trabajo. Esa contradictoria relación se manifiesta en que, en esta revolución burguesa formalmente, la contradicción entre la sociedad burguesa y el absolutismo es dominada por la contradicción entre el proletariado y la sociedad burguesa, en que la lucha del proletariado se dirige simultáneamente, y con la misma fuerza, contra el absolutismo y contra la explotación capitalista, en que el programa de las luchas revolucionarias se orienta con la misma intensidad tanto hacia la conquista de las libertades políticas como hacia la conquista de la jornada de ocho horas y de una existencia material digna para el proletariado...”⁸ (Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicato*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2003, pp. 79-80.)

⁹ V. I. Lenin, *Las Tesis de Abril*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2004. Las ideas esenciales de las Tesis se pueden resumir en los siguientes puntos: A) La guerra es imperialista, de rapiña. Es imposible acabar con ella, con una paz democrática, sin derrocar el capitalismo. B) La tarea de la revolución es ahora poner el poder en manos del proletariado y los campesinos pobres. Ningún apoyo al Gobierno Provisional. No a la república parlamentaria, volver a ella desde los soviets es un paso atrás. Por una república de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. C) Supresión de la burocracia, el ejército y la policía. Armamento general del pueblo. D) Nacionalización de todas las tierras

EL OCTUBRE SOVIÉTICO

La fase abierta con la revolución de Febrero frustró las expectativas de los trabajadores, los soldados y los campesinos que la habían protagonizado; ninguna de las reformas prometidas se concretó, pero los capitalistas y el Estado Mayor ruso, conscientes de que los meses transcurridos no habían servido para descarrilar el movimiento, preparaban cuidadosamente un golpe contrarrevolucionario.

La revolución fue una gran escuela para millones de obreros, campesinos y soldados. Las jornadas de Julio, la represión contra los bolcheviques, los planes para la ofensiva militar en el frente occidental, el intento de golpe fascista de Kornílov... estos acontecimientos y la experiencia de las masas terminaron por inclinar la balanza definitivamente a favor de los bolcheviques y la política de Lenin y Trotsky. El apoyo al partido y al programa de la revolución socialista creció irresistiblemente en los soviets, los regimientos y el campo.

Ante todo, las jornadas previas a la insurrección pusieron de manifiesto la importancia del *factor subjetivo* de la revolución, es decir, el partido y su dirección. La comprensión correcta de la situación del momento, la evaluación sobria de la correlación de fuerzas entre las clases y la confianza en la clase obrera hicieron posible el triunfo de Octubre. La decisión final del Comité Central bolchevique, reunido el día 10, fue trascendental. Después de que la mayoría de los soviets obreros y campesinos, los regimientos y los cuarteles se hubieran pronunciado por el poder de los soviets y contra el gobierno capitalista, las condiciones para la insurrección estaban maduras. En palabras de Lenin, “la historia no perdonará a los revolucionarios que puedan vencer hoy pero corren riesgo de perderlo todo si aguardan a mañana”.

El Comité Militar Revolucionario (CMR), organismo militar creado por los bolcheviques y encabezado por Trotsky, agrupaba a 200.000 soldados, 40.000 guardias rojos y decenas de miles de marineros. El 24 de octubre (7 de noviembre según el calendario vigente en Rusia en aquel entonces), las tropas del CMR, dirigidas desde el Instituto Smolny, trabajaron durante todo el día y toda la noche ocupando puentes, estaciones, cruces, edificios... Veinticuatro horas después, el Palacio de Invierno estaba tomado y el gobierno de coalición detenido. El último reducto del poder burgués había pasado a manos del CMR prácticamente de forma incruenta. Ese mismo día, el II Congreso de los soviets, con mayoría bolchevique y de los eseristas de izquierdas, tomaba el poder en sus manos y alumbraba al primer gobierno obrero de la historia. El internacionalismo proletario fue inscrito en la primera resolución aprobada por el congreso: un llamamiento a todos los pueblos en guerra para luchar por una paz democrática y sin anexiones. Rusia había dado el primer paso, había enseñado a los trabajadores del mundo el camino a seguir, que era posible derrocar el capitalismo y empezar a construir una sociedad sobre nuevas bases.

y puesta a disposición de los soviets locales de jornaleros y campesinos. E) Nacionalización de la banca bajo control obrero. F) La revolución rusa es un eslabón de la revolución socialista mundial. Hay que construir inmediatamente una internacional revolucionaria, rompiendo con la Segunda Internacional. Toda la producción política de Lenin entre los meses de abril y octubre supone una refutación de las teorías etapistas y frente populistas. Un documento que destaca entre otros, es el folleto de Lenin escrito en septiembre de 1917, *La catástrofe que nos amenaza y como combatirla*.

La opinión pública burguesa y sus académicos a sueldo han intentado, y siguen intentándolo generación tras generación, descalificar la revolución de Octubre por todos los medios a su alcance. De entre la montaña de calumnias y distorsiones vertidas a lo largo de casi un siglo, la más persistente, reforzada por decenas de libros y folletos que son presentados como trabajos respetables y “científicos”, transforma el Octubre soviético en un golpe de Estado bolchevique que truncó, supuestamente, el florecimiento de un régimen “democrático” y parlamentario en suelo ruso. La realidad, sin embargo, no se compadece con esta visión interesada. Si la revolución de Octubre no se hubiese coronado con éxito, en Rusia no habría triunfado la democracia parlamentaria, sino una dictadura militar fascista, un régimen de horror y represión más sangriento, si cabe, que el zarismo. Por otra parte, siempre se ha intentado estigmatizar la revolución de Octubre como una orgía de sangre y violencia, otra distorsión absolutamente contraria a la verdad. La insurrección en Petrogrado fue esencialmente pacífica y se hizo de forma democrática: la aplastante mayoría de la clase obrera, los campesinos y los soldados, representados en los soviets de toda Rusia, respaldaban a los bolcheviques y su programa de “paz, pan y tierra” y “todo el poder a los soviets”. Nadie movió un dedo por salvar al Gobierno Provisional.

Una vez derrocado el gobierno de los capitalistas, era necesario sentar las bases del nuevo orden revolucionario. Lenin y sus compañeros tenían claro que, sin democracia obrera, sin la participación consciente de las masas, la revolución estaba abocada al fracaso. En diciembre de 1917 Lenin señalaba: “Una de las tareas más importantes, si no la más importante, de la hora presente consiste en desarrollar con la mayor amplitud esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de organización. Hay que desvanecer a toda costa el viejo prejuicio absurdo, salvaje, infame y odioso de que sólo las llamadas ‘clases superiores’, sólo los ricos o los que han cursado la escuela de las clases ricas, pueden administrar el Estado, dirigir la estructura orgánica de la sociedad capitalista”.¹⁰

El III Congreso de los Soviets de toda Rusia (enero de 1918) aprobó una directiva traspasando todos los poderes de la vieja administración zarista a los soviets locales: “Todo el país tiene que quedar cubierto por una red de nuevos soviets”. En ese congreso, Lenin insistió que las masas debían tomar la iniciativa: “...se envían con mucha frecuencia al gobierno delegaciones de obreros y campesinos que preguntan cómo deben proceder, por ejemplo, con estas o aquellas tierras. Y yo mismo me he encontrado con situaciones embarazosas al ver que no tenían un punto de vista muy definido. Y les decía: ustedes son el poder, hagan lo que deseen hacer, tomen todo lo que les haga falta, les apoyaremos”. Pocos meses después, el congreso del partido bolchevique, declararía que “una minoría, el partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos”.

Octubre alumbró el régimen más democrático de la historia. Los partidos burgueses tuvieron libertad de acción y propaganda durante los primeros meses. Pero los capitalistas rusos y sus aliados imperialistas no podían tolerar una revolución que los había expulsado del poder y amenazaba con transformarse en un imán para las masas de occidente. La reacción de la burguesía y los gobiernos de toda Europa fue brutal: a principios de 1918, fuerzas navales francesas y británicas ocuparon Múrmansk y Arcángel, y poco después marchaban hacia Petrogrado. En abril, los japoneses entraron en Vladivostok, mientras fuerzas militares alemanas ocupaban Polonia, Lituania,

¹⁰ Citado en el capítulo *De la insurrección de octubre a la formación de la Tercera Internacional*, “En defensa de la revolución de octubre”, VVAA, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2007, p. 95.

Letonia y Ucrania en colaboración con los generales blancos Krásnov y Wrangel. La ofensiva de las bandas armadas de la contrarrevolución, dispuesta a ajustar cuentas con aquellos que habían osado tocar la propiedad sagrada de los millonarios y terratenientes rusos y de los banqueros y especuladores imperialistas, duró cinco años. Hasta veintiún ejércitos imperialistas agredieron militarmente a la Rusia revolucionaria, para intentar acabar con el joven Estado obrero soviético. Pero los trabajadores y los campesinos rusos, bajo la dirección política de los bolcheviques, organizaron una asombrosa resistencia y triunfaron. La clave de su éxito no fue la superioridad del armamento ni la ayuda de una potencia exterior, sino la voluntad y la moral de millones de combatientes que peleaban por la tierra y las fábricas, por el futuro de sus familias. El programa revolucionario del bolchevismo se convirtió en el arma más poderosa, levantando de las ruinas de una sociedad descompuesta por tres años de guerra mundial un poderoso Ejército Rojo de más de cinco millones de hombres.

LA FORMACIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

“En el año 1917 —escribió León Trotsky—, Rusia pasaba por una crisis social muy grave. No obstante, sobre la base de todas las lecciones de la historia uno puede decir con certeza que, de no haber sido por la existencia del Partido Bolchevique, la inconmensurable energía revolucionaria de las masas se hubiera gastado infructuosamente en explosiones esporádicas y los grandes levantamientos habrían concluido en la más dura dictadura contrarrevolucionaria. La lucha de clases es el principal motor de la historia. Necesita un programa correcto, un partido firme, una dirección valiente y de confianza —no héroes de salón y de frases parlamentarias, sino revolucionarios dispuestos a ir hasta el final—. Esta es la principal lección de la revolución de Octubre”.¹¹

El triunfo en Rusia no significó que el entendimiento de Lenin y los bolcheviques se nublara. Lenin nunca contempló la posibilidad de construir el socialismo aisladamente en un país agrícola y atrasado como la Rusia de 1917, pero tampoco era fatalista: aunque las condiciones objetivas para el socialismo no estaban maduras en Rusia, la victoria abría con fuerza la perspectiva de la revolución en Europa, particularmente en los países capitalistas avanzados, como Alemania. El triunfo en las naciones capitalistas más desarrolladas sería fundamental para socorrer a la atrasada Rusia. En un escrito del 8 de noviembre de 1918, Lenin reafirmaba la perspectiva internacionalista del bolchevismo: “Desde el principio de la revolución de Octubre, nuestra política exterior y de relaciones internacionales ha sido la principal cuestión a la que nos hemos enfrentado. No simplemente porque desde ahora en adelante todos los estados del mundo están siendo firmemente atados por el imperialismo en una sola masa sucia y sangrienta, sino porque la victoria completa de la revolución socialista en un solo país es inconcebible y exige la cooperación más activa de por lo menos varios países avanzados, lo que no incluye a Rusia (...) Nunca hemos estado tan cerca de la revolución proletaria mundial de lo que estamos ahora. Hemos demostrado que no estábamos equivocados al confiar en la revolución proletaria mundial”.¹² El internacionalismo de los bolcheviques no venía dado por sentimentalismos vacíos. ¡Era una cuestión de vida o muerte!

¹¹ León Trotsky, *Writings, 1935-36*, Pathfinder Press New York, 1977 p. 166.

¹² *De la insurrección de Octubre a la formación de la Tercera Internacional, op. cit.*

La guerra mundial y el triunfo bolchevique abrieron una época de revolución y contrarrevolución. Por todo el continente estallaron motines en los ejércitos, huelgas generales, movimientos insurreccionales y revoluciones: “Toda Europa —escribió Lloyd George, primer ministro británico durante la guerra, al primer ministro francés Clemenceau en un memorando secreto de marzo de 1919— está llena del espíritu de la revolución. Hay un profundo sentimiento no sólo de descontento, sino de rabia y revuelta entre los trabajadores en contra de las condiciones de posguerra. Todo el orden existente, en sus aspectos políticos, sociales y económicos, está siendo cuestionado por las masas de la población de una punta a otra de Europa”. A duras penas la burguesía podía contener la situación y sólo lo logró precariamente apoyándose en las viejas organizaciones socialdemócratas y en los sindicatos reformistas.

En Alemania, el levantamiento de los marineros de Kiel, en noviembre de 1918, fue la señal para el inicio de la revolución socialista. En pocas semanas, el país quedó cubierto por los consejos de obreros y soldados, la monarquía de los Hohenzollern fue depuesta y se proclamó la república. Pero los dirigentes socialdemócratas de derechas actuaron con mucha más audacia que sus colegas rusos. Utilizando su posición dirigente en los consejos, boicotearon su consolidación y coordinación nacional, al tiempo que maniobraban con los generales para aplastar a la izquierda revolucionaria, dirigida por la Liga Espartaquista de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Frente a la insurrección de los obreros berlineses a principios de enero de 1919, los ministros socialdemócratas dieron a los militares orden de liquidar por las armas a los insurrectos y matar a sus líderes más destacados. El asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht a manos de los *Freikorps*, los “cuerpos libres” sobre los que años después se levantarían las fuerzas de choque del partido nazi, fue el preludio de una represión salvaje contra los obreros comunistas. La socialdemocracia alemana continuó la obra iniciada en agosto de 1914.¹³

El triunfo del octubre soviético y la represión posterior de la revolución europea abrieron una grieta irreparable en el movimiento socialdemócrata. En la mayoría de los partidos de la Segunda Internacional surgieron tendencias comunistas, y los dirigentes reformistas sólo pudieron mantener una base entre los sectores más atrasados y pasivos de la clase trabajadora. La era de la revolución hizo posible reatar las auténticas tradiciones internacionalistas del movimiento obrero. El proyecto de los delegados marxistas que participaron en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal se hizo viable, la creación de una nueva internacional revolucionaria era ya posible. En palabras de Lenin: “La Tercera Internacional fue fundada bajo una situación mundial en que ni las prohibiciones ni los pequeños y mezquinos subterfugios de los imperialistas de la Entente o de los lacayos del capitalismo, como Scheidemann en Alemania y Renner en Austria, son capaces de impedir que entre la clase obrera del mundo entero se difundan las noticias acerca de esta Internacional y las simpatías que ella despierta. Esta situación

¹³ Existen muchos y buenos estudios de la revolución alemana. Reseñamos algunos de ellos: Pierre Broué, *Revolución en Alemania*, A. Redondo editor, Barcelona, 1973; Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas*, Ediciones Era, México, 1978; Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, *Escritos sobre la revolución alemana*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2009; Sebastián Haffner, *La revolución alemana de 1918-1919*, Inédita Editores, Barcelona, 2005; Peter Nettel, *Rosa Luxemburgo*, Ediciones Era, México, 1969; Paul Frölich, *Rosa Luxemburgo, vida y obra*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1976; Victor Serge, *El año I de la revolución rusa*, Siglo XXI editores, México, 1983.

ha sido creada por la revolución proletaria, que, de un modo evidente, se está incrementando en todas partes cada día, cada hora”.¹⁴

El 24 de enero de 1919, la dirección del Partido Comunista Ruso (bolchevique), los partidos comunistas de Polonia, Hungría, Alemania, Austria, Letonia y Finlandia, la Federación Socialista Balcánica y el Partido Obrero Socialista Norteamericano realizaron el siguiente llamamiento: “Los partidos y organizaciones abajo firmantes consideran como una imperiosa necesidad la reunión del primer congreso de la nueva Internacional revolucionaria. Durante la guerra y la revolución se puso de manifiesto no sólo la total bancarrota de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas, y con ellos de la Segunda Internacional, sino también la incapacidad de los elementos centristas¹⁵ de la vieja socialdemocracia para la acción revolucionaria”.

El congreso fundacional de la Internacional Comunista se celebró en marzo de 1919. En ese momento, el Estado obrero soviético estaba sometido al cerco de la intervención militar imperialista, lo que impidió la asistencia de muchos delegados. No obstante, las jóvenes fuerzas de la Internacional Comunista establecieron las bases políticas que habían sido delineadas en los años precedentes por Lenin y Trotsky: oposición frontal a los intentos de reconstruir la Segunda Internacional con la misma forma que tenía antes de la guerra; denuncia del pacifismo burgués y de las ilusiones pequeñoburguesas en el programa de paz del presidente estadounidense Wilson; defensa de la teoría marxista del Estado y crítica de la democracia burguesa como una forma de dictadura capitalista sobre el proletariado.¹⁶ La conclusión del congreso fue clara: la Internacional Comunista lucharía por agrupar a la vanguardia revolucionaria del proletariado en una internacional marxista homogénea.

En los años siguientes se produciría un trasvase constante de obreros socialistas a las filas de la Internacional Comunista. Esta presión obligó a muchos dirigentes que en el pasado habían mantenido posiciones reformistas a mostrar su apoyo, de palabra, a la nueva organización. En marzo de 1919 se adhirió el Partido Socialista Italiano; en mayo, el Partido Obrero Noruego y el Partido Socialista Búlgaro; en junio, el Partido Socialista de Izquierda Sueco. En Francia, los comunistas ganaron la mayoría en el congreso de Tours del Partido Socialista (1920): el ala de derechas se escindió con 30.000 miembros y el Partido Comunista Francés se formó con 130.000. El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD) se escindió del SPD en octubre de 1920, en el congreso de Halle, y la mayoría se fusionó con el Partido Comunista Alemán (KPD), que se transformó en una organización de masas. Lo mismo ocurrió en Checoslovaquia.

La revolución de Octubre y la formación de la Internacional Comunista también sacudieron de arriba a abajo las filas del movimiento obrero en el Estado español. Miles de militantes del PSOE, las Juventudes Socialistas y la CNT, incluidos muchos de sus cuadros dirigentes, fueron atraídos por las ideas del bolchevismo. En un largo parto lleno de dificultades y choques, se forjaron las bases para la fundación del Partido Comunista de España.

¹⁴ Lenin, “La Tercera Internacional y su lugar en la historia”, en *En defensa de la revolución de octubre*, VVAA, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2007.

¹⁵ Término que se aplica a las organizaciones o personas que están en una posición intermedia (“centro”) entre el reformismo y el marxismo, ya sea porque estén evolucionando desde el primero hacia el segundo o viceversa.

¹⁶ Ver *La Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2009.

¡VIVA RUSIA!

Un factor diferenciador en el nacimiento del comunismo español lo constituyó el hecho de que las organizaciones socialistas no fueran el único receptor del triunfo bolchevique. La existencia de un gran movimiento anarcosindicalista, con tradición, impregnado de un espíritu combativo y con una influencia real en las secciones decisivas la clase trabajadora española, amplificó considerablemente sus resonancias. Las similitudes entre la estructura de clases en Rusia y en España —una masa de millones de jornaleros desheredados, un movimiento obrero en claro ascenso con una conciencia de clase fortalecida, y una monarquía autoritaria basada en el ejército, la nobleza y la burguesía fundidos en un mismo bloque de poder— permitieron que la revolución rusa ejerciese una gran atracción. El movimiento anarcosindicalista acogió con júbilo las noticias del Octubre soviético, lo que contrastó marcadamente con las manifestaciones públicas de cautela y prevención de los dirigentes del PSOE, pese a que el entusiasmo también prendió entre las bases socialistas, en Madrid, Asturias, Vizcaya... En cualquier caso, los militantes anarquistas y anarcosindicalistas dieron su adhesión entusiasta a la revolución rusa como la prueba práctica, y en positivo, de que la lucha mantenida durante largos años podría culminar con éxito.

Toda la prensa anarquista reflejó ese apoyo al bolchevismo, incluida la orientada por los que se llamaban a sí mismos anarquistas puros, como el periódico *Tierra y Libertad* que no dejó de reproducir proclamas en apoyo a la revolución, aludiendo al partido de Lenin como “aquellos que han puesto en práctica los principios de justicia y equidad del comunismo anarquista”.¹⁷ Cada noticia proveniente de Rusia era propagada y tamizada por el crisol del catecismo anarquista español. Eso fue lo que ocurrió con los decretos de expropiación de los terratenientes y entrega de la tierra a los campesinos aprobados por el Soviet Panruso de Obreros, Campesinos y Soldados, publicados profusamente en la prensa anarquista y anarcosindicalista. Las noticias de las realizaciones agrarias de los bolcheviques, cuando millones de campesinos españoles estaban sedientos de tierra, circularon como la pólvora por los cortijos y pueblos de Andalucía, pero sus efectos no se limitaron a los braceros, también causaron una honda impresión entre los anarquistas barceloneses y los trabajadores que influenciaban. Otro tanto sucedió con la actitud de los bolcheviques a favor de una paz sin anexiones, apoyada con fervor por la mayoría de los grupos anarcosindicalistas.

Está fuera de discusión que el triunfo bolchevique generó una amplia reflexión sobre los principios bakuninistas: las ideas sobre un Estado obrero de transición, la dictadura del proletariado, o el papel de la organización revolucionaria fueron reconsideradas, mucho más tras la publicación del libro de Lenin *El Estado y la revolución*, cuyo impacto fue muy considerable. La posición leninista a favor de la destrucción del Estado burgués y su crítica demoledora a la tergiversación de la teoría marxista a manos de los próceres de la Segunda Internacional cautivaron a muchos militantes y dirigentes anarquistas. Manuel Buenacasa, futuro secretario del comité nacional de la CNT, se transformó en un entusiasta seguidor de la revolución de Octubre y de los soviets, a los que comparaba con las federaciones obreras anarcosindicalistas. El mismo fenómeno afectó a un amplio sector de los sindicalistas revolucionarios franceses y alemanes.

¹⁷ Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Editorial Ariel, Barcelona 1978, p. 145.

En este contexto, la consigna “Viva Rusia”, pintada con brocha y en letra gruesa, llenó las paredes blancas de los cortijos y se convirtió en el grito de guerra del mayor movimiento campesino desde comienzos de siglo. En el llamado Trienio Bolchevique (1918-1920) las ocupaciones de fincas improductivas y las huelgas generales se sucedieron en las provincias de Córdoba, Jaén, Sevilla y Cádiz, así como en gran parte de Málaga y Huelva; un movimiento agrario que se extendió a Extremadura, Valencia, Murcia y Aragón, y que enlazaría con el de los trabajadores industriales de Catalunya.

De esta insurrección jornalera en los campos andaluces levantó acta Juan Díaz del Moral en su celebre libro *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*: “A fines del año, la prensa burguesa y la prensa obrera esparcieron a los cuatro vientos el relato de un hecho estupendo: en Rusia los bolcheviques se habían hecho dueños del poder público, y de la noche a la mañana aplastaron a la burguesía e instauraban un régimen netamente proletario y se disponían a ajustar la paz con Alemania. La noticia produjo el efecto de un explosivo entre los militantes del proletariado español, especialmente entre sindicalistas y anarquistas. Los toques de llamada resonaron, como al comenzar el siglo, en todos los confines de la Península; los propagandistas y directores del movimiento obrero, muy desalentados a la sazón, se aprestaron otra vez a la pelea; los periódicos anarquistas y sindicalistas difundieron la buena nueva entre sus correligionarios conscientes, muy escasos por entonces, y los de Cataluña publicaron y repartieron un folleto, repleto de ilusiones, dando a conocer el suceso. Desde diciembre de 1917 no hay número de *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*, de Barcelona; *La Vida del Cantero* de Madrid, y *La Voz del Campesino* de Jerez, que no llene sus columnas con noticias y fervientes loas de la gran revolución. Y, como siempre, el entusiasmo encendió los corazones andaluces antes de los de las demás regiones; y, a diferencia de las exaltaciones anteriores, fue la provincia cordobesa la que constituyó la vanguardia del ejército proletario y la que trabó los primeros combates con la burguesía”.¹⁸

La confianza del movimiento en sus propias fuerzas se robusteció gracias a la actividad incansable de los propagandistas anarquistas y anarcosindicalistas. Este cambio en la conciencia de los campesinos pobres de Andalucía, y más específicamente de aquellos que vivían en los pueblos del sur del Guadalquivir, también fue retratado por Constancio Bernaldo de Quirós, del Instituto de Reformas Sociales (IRS).¹⁹ Según su testimonio, entre los campesinos había penetrado “la convicción de lo que llamaban la ‘nueva ley’, decretada no sabían por quién, cuándo ni dónde, pero de la que hablaban públicamente con toda ingenuidad, incluso ante los señores, con tranquila alegría, puesto que en su virtud, ellos, últimos representantes de tantas generaciones desheredadas, deshechas en polvo bajo la tierra, después de haberla fecundado con su

¹⁸ Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza Editorial, Madrid, 1977, p, 267. Díaz del Moral fue un intelectual de convicciones liberales que participó en varios de los proyectos de reforma agraria del gobierno de conjunción republicano-socialista. Para escribir su libro realizó un estudio sistemático tanto de las organizaciones como de las publicaciones jornaleras de la época, fundamentalmente en la provincia de Córdoba, dejando un cuadro memorable de aquellas luchas.

¹⁹ Instituto de Reformas Sociales (1904-1924), fue una institución impulsada por la Monarquía de Alfonso XIII. En los albores de la creación del IRS, Antonio Maura llamó la atención sobre “la necesidad de efectuar la revolución desde arriba para evitar que otros la hagan desde abajo”. Los otros eran el creciente proletariado industrial y el formado por los jornaleros del campo. Con el Instituto se pretendió dar una salida conservadora y regulada desde el poder al “problema obrero”. El Instituto intentó una incipiente regulación de las relaciones laborales, desde el trabajo de los niños hasta la promoción de casas baratas, pasando por la inspección del trabajo. Sus resultados reformadores fueron realmente magros.

labor y su dolor, su sudor y sus lágrimas y hasta su sangre, veían, al fin, la hora de la inversión de posiciones y del reparto de los bienes de la vida”.²⁰

La lucha del proletariado rural fue formidable. En 1918, el número de huelgas rurales fue de 68; al año siguiente, el Instituto de Reformas Sociales registraba 188, y la cifra alcanzaba 194 en 1920. También los datos sobre horas perdidas y huelguistas, muestran las dimensiones tan amplias que adquirió el movimiento: se pasó de 1,8 millones de jornadas perdidas en huelgas en 1917 a 7,3 millones en 1920; el número de huelguistas, de 71.400 a 244.700 en el mismo periodo.²¹

Mientras el campo andaluz hervía de agitación, los líderes socialistas estaban centrados en la campaña electoral de 1918 ratificando su alianza con los republicanos de izquierdas. Su negativa a encabezar el nuevo auge de la lucha de clases implicó que los líderes sindicalistas y anarcosindicalistas de la CNT se hicieran con la dirección efectiva del movimiento, mostrando todas las fortalezas de esa gran organización proletaria, pero también las debilidades tácticas y estratégicas de sus dirigentes. Aunque eran luchadores honestos y estaban mucho más impregnados de espíritu revolucionario, los jefes anarcosindicalistas fueron prisioneros de sus prejuicios antipolíticos y carecían de la visión de los bolcheviques rusos. Hicieron de las huelgas un fetiche, adjudicándoles un *infalible* papel catalizador para desatar insurrecciones. Las tendencias *putchistas* mantenidas a cualquier precio, reflejaban una completa inconsistencia estratégica: nunca se plantearon la formación de comités o juntas obreras como órganos revolucionarios, y, sobre todo, se negaron a construir un partido obrero para la toma del poder.

En aquellos años, el poderoso movimiento campesino interactuó con el auge huelguístico de los trabajadores industriales catalanes creando una coyuntura explosiva. En palabras del historiador Gerald H. Meaker, “para el otoño de 1918 era evidente que España iba deslizándose hacia una situación revolucionaria o prerrevolucionaria. Y esta crisis, que hacia marzo de 1919 había llevado a algunos de los principales periódicos conservadores a pedir una dictadura para salvar al país del bolchevismo, llevaba en sí algo que la crisis de agosto de 1917 no tuvo: una dimensión tanto urbana como rural”.²²

El esfuerzo de organización anarcosindicalista en los pueblos andaluces, pero también en Valencia, Murcia, y en capitales como Madrid, Zaragoza y sobre todo Barcelona, permitió una gran penetración de la CNT entre los braceros y el proletariado. Y este aumento de los efectivos, que abrió al sindicato como una auténtica organización de masas, volvió a sacar a la palestra el enfrentamiento interno entre anarquistas y anarcosindicalistas intransigentes, por un lado, y aquellos líderes de la CNT que tenían sobre todo una visión sindicalista, y gradualista, de la lucha obrera. La vieja pugna que recorría las filas del anarquismo y el anarcosindicalismo español desde finales del siglo XIX emergió nuevamente durante el trienio bolchevique.

LA TENDENCIA “TERCERISTA” DEL PSOE

²⁰ C. Bernaldo de Quirós, *El espartaquismo agrario andaluz*, Ed. Reus, Madrid, 1919, p. 39.

²¹ Datos citados en Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Editorial Ariel, Barcelona 1976, p. 179

²² Meaker, *op. cit.*, p. 172.

El impacto de la revolución bolchevique en las filas de las organizaciones socialistas y anarcosindicalistas españolas culminó finalmente en el surgimiento del primer núcleo comunista, después de un proceso lleno de dificultades, numerosos reagrupamientos fraccionales y desencuentros.²³

La percepción de la revolución rusa en las filas del PSOE estuvo mediatizada, inicialmente, por la ambigüedad calculada que en 1918 y 1919 manifestaron ante ella sus líderes tradicionales y más conocidos, ambigüedad determinada por las enormes simpatías pro-bolcheviques en la base militante del partido y de sus juventudes, y también entre una capa significativa de cuadros de primera fila. Dirigentes como Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Indalecio Prieto o Largo Caballero prefirieron orillar durante un tiempo cualquier pronunciamiento claro al respecto y centrar la actividad del partido en el terreno electoral.

Los primeros partidarios de la revolución soviética en el campo socialista iniciaron su proselitismo poco tiempo después de su triunfo. Eran hombres y mujeres como Virginia González, José Verdes Montenegro, Mariano García Cortés, Manuel Cordero, Ramón Almoneda, Núñez Arenas o García Quejido. En agosto de 1918 comenzaron la publicación del periódico *Nuestra Palabra*, cabecera tomada del editado por Trotsky en París (*Nashe Slovo*), que se convirtió en la tribuna pública de los *terceristas*, como se conoció a los pro-bolcheviques en las filas del partido.²⁴ Su actividad durante el otoño de 1918 y la primavera de 1919 se centró en la propaganda y la solidaridad con la revolución rusa, organizando numerosos mítines y actos, como la manifestación promovida por la Agrupación Socialista de Madrid el 1º de mayo de 1919, cuando una multitud considerable desfiló desde la plaza de Isabel II hasta la puerta de Alcalá con repetidos gritos de “¡Viva Rusia!”.

Los terceristas plantearon una amplia crítica de aspectos fundamentales de la política del partido, empezando por el seguidismo de la dirección hacia las potencias aliadas en la Primera Guerra Mundial, los pactos con los republicanos burgueses y la teoría de la revolución por etapas. Intentaron aplicar en el PSOE lo que consideraban eran los principios del bolchevismo. Cándido Val, en nombre de los jóvenes socialistas madrileños, reflejaba bien el empuje de la nueva orientación: “Deseamos que se haga en

²³ La historia del PCE ha sido abordada en numerosos estudios como señalábamos en la presentación. No obstante, hay mucho material que distorsiona y tergiversa las fuentes, para ajustarse a la historia oficial que el estalinismo creó posteriormente. Citamos algunos de los más destacados: Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Ed. Ariel, Barcelona, 1978, uno de los libros más documentados y sistemáticos de la historia del período formativo del comunismo español y que, por razones imposibles de entender, está descatalogado desde hace más de treinta años. Pelai Pagès, *Historia del PCE desde su fundación hasta 1930*, Ediciones Ricou (Hacer), Barcelona, 1978. Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, Ed. Sarpe, Madrid, 1985. Joan Struch, *Historia del PCE (1920-1939)*, El Viejo Topo, Barcelona, 1978. Andrew Ch. Durgan, *Bloque Obrero y Campesino (1930-1936)*, Ed. Alertes, Barcelona, 1966. Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, Ed. Península, Barcelona, 1977. Juan Andrade, *Apuntes para la historia del PCE*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1979. Fernando Caludín, *La crisis del movimiento comunista*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1978. Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España (1919-1939)*, Ed. Planeta, Barcelona, 1999. Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*. Ed. Crítica, Barcelona, 2010.

²⁴ Pelai Pagès, *Historia del PCE desde su fundación hasta 1930*. Ed. Ricou (Hacer), Barcelona, 1978, p. 17. Hubo otras publicaciones terceristas que aparecieron en aquel período, como la revista *El Sóviet*, de diciembre de 1918, *La chusma encanallada*, editada por algunos suboficiales expulsados del ejército, *La Batalla*, editada en Asturias, y especialmente el semanario *La Internacional*, animado por veteranos militantes socialistas como Núñez Arenas y García Quejido.

España una revolución esencialmente socialista, exclusivamente del pueblo y para el pueblo. Estamos en contra de toda la burguesía, roja o azul (...) una república burguesa no satisface nuestras aspiraciones”.²⁵ Era evidente que el enfrentamiento doctrinal no sólo se derivaba de los acontecimientos exteriores: la fuerte presión de la lucha de clases y la pasividad de la dirección del partido durante el trienio bolchevique, actuaron como catalizadores de una oposición cuya influencia crecía día a día.

Para neutralizar a los terceristas, los dirigentes reformistas del PSOE, al igual que los de otros partidos de la Segunda Internacional, recurrieron a un discurso centrista: la revolución estaba bien para Rusia... pero la aplicación del programa, la estrategia y las tácticas leninistas en España estaban fuera de lugar. Una cosa era mostrar simpatías hacia la revolución rusa, para no perder apoyo entre unas bases cada vez más favorables a ella, y otra muy diferente adoptar de manera consecuyente la política bolchevique.²⁶

El influjo de la radicalización del movimiento obrero no dejaba de penetrar en las filas socialistas, y éste era terreno abonado para las simpatías hacia el bolchevismo. Los intentos de la dirección por reconducir la situación se sucedieron. En nombre de la UGT y el PSOE, Largo Caballero y Julián Besteiro participaron en las reuniones de reconstrucción de la Internacional Socialista y de la Internacional Sindical de Ámsterdam, con el afán de presentar una alternativa viable para que el partido permaneciese en la vieja casa. Pero la fundación de la Internacional Comunista en marzo de 1919 dio nuevos bríos a las tendencias favorables a ella en el seno del partido, en paralelo al aumento de la desconfianza y de las críticas más amargas hacia la Segunda Internacional. La dirección socialista no pudo aplazar por más tiempo el debate.

El primer congreso extraordinario para discutir sobre la afiliación internacional del PSOE fue convocado para el mes de diciembre de 1919, en una atmósfera realmente difícil para la dirección. En septiembre, la poderosa Agrupación Socialista de Madrid se había pronunciado a favor de la disolución de la alianza con los republicanos, a pesar de la vehemente oposición de Largo Caballero; en octubre, los socialistas asturianos habían organizado un congreso especial en Oviedo que manifestó un gran entusiasmo pro-bolchevique. No fueron los únicos signos de que la situación se les estaba escapando de las manos a los viejos dirigentes reformistas.

El apoyo a los bolcheviques cristalizó con rapidez en las Juventudes Socialistas. “La revolución rusa y la fundación de la Tercera Internacional —señala Juan Andrade— produjeron una profunda transformación en el seno de las Juventudes Socialistas, principalmente en Madrid. La Juventud Socialista de Madrid había estado integrada hasta entonces principalmente por hijos de militantes socialistas, impregnados del

²⁵ *El Sol*, 11 de noviembre de 1918.

²⁶ “Dirigentes como Besteiro, Largo Caballero y Prieto participaron cuando menos en alguno de los mítines pro-bolcheviques invocando los nombres de Luxemburgo y Liebknecht, martirizados, y ocasionalmente insertaron vivas a la Rusia soviética” (Meaker, *op. cit.*, p. 173). El XI Congreso del PSOE (24 de noviembre al 3 de diciembre de 1918) vivió una controversia importante sobre la colaboración ministerial en un posible gobierno republicano y un intenso debate sobre la cuestión agraria. La propuesta de disolver la coalición republicano-socialista fue rechazada, pero el congreso también demostró la confusión reinante en las filas socialistas y las cautelas que tenían que adoptar los dirigentes socialistas: “Con respecto al régimen bolchevique, todos los delegados del PSOE se sintieron ahora capaces de unirse en un emocionado saludo a la revolución rusa, como ‘el triunfo del espíritu revolucionario del proletariado’, y en la resolución protestando contra toda intervención en la república soviética. Con igual presteza, la mayoría de los delegados coincidieron en apoyar la Liga de las Naciones propuesta por el presidente Wilson. El congreso concluyó con una declaración de fe republicana, unánimemente aprobada, en la cual se afirmaba que no podía esperarse bajo la monarquía ninguna reforma fundamental” (*Ibid.*, p. 178).

espíritu reformista del partido, viviendo en el culto paternalista del ‘Abuelo’ (Pablo Iglesias). La revolución rusa y el entusiasmo que despertó en el porvenir del proletariado internacional dio lugar a que se incorporasen a la Juventud numerosos jóvenes obreros, no ligados con el pasado, ajenos al espíritu familiar que reinaba en la Juventud Socialista hasta entonces y que, preocupados por los problemas que planteaba la Tercera Internacional, se entregaron a estudiarlos para aplicarlos a la situación concreta en España”.²⁷ Muchos líderes de la federación juvenil y numerosos militantes de base se convirtieron en firmes partidarios del grupo *Nuestra Palabra*, un apoyo que aumentó también gracias a la actividad del Grupo de Estudiantes Socialistas de Madrid, fundado poco antes de la huelga de agosto de 1917 por jóvenes radicalizados de clase media.²⁸

LOS JÓVENES SOCIALISTAS Y EL COMUNISMO

El congreso extraordinario del PSOE tuvo lugar en la Casa del Pueblo de Madrid del 10 al 15 de diciembre de 1919, coincidiendo con otro congreso de enorme trascendencia, el que la CNT realizó en el teatro de la Comedia de la misma capital. Ambos congresos se desarrollaron en un ambiente de apoyo a la revolución bolchevique, aunque indudablemente la temperatura era bastante más elevada en el cenetista, donde no hubo una oposición reformista tan clara como en el cónclave del PSOE.

La sesión principal del congreso socialista estuvo dominada por las intervenciones de los líderes veteranos, sobre todo Besteiro. En sintonía con la táctica predominante en los círculos dirigentes de muchos de los partidos europeos de la Segunda Internacional, el líder más cualificado del ala derecha pronunció un discurso marrullero para aplacar a los delegados izquierdistas, con constantes elogios a la revolución rusa. En su calculada maniobra, Besteiro llegó a manifestar su creencia de que los principios que gobernaban la conducta de los bolcheviques eran “exactamente los mismos principios que deben inspirar las actividades de todos los militantes de la [Segunda] Internacional” e incluso afirmó que la dictadura del proletariado era “indispensable” para el triunfo del socialismo. Pero obviamente se trataba de un truco dialéctico: las consideraciones de Besteiro sobre la dictadura del proletariado eran condicionales, no se podían aplicar *indiscriminadamente*, y mucho menos en España, donde la estrategia de la revolución por etapas seguía siendo, para el astuto retórico, completamente válida y la única posible. Llegados a este punto, Besteiro retomó las ideas de Kautsky adaptándolas al lenguaje corriente de los dirigentes socialistas españoles: la meta de la revolución socialista era la democracia parlamentaria, y en todo caso “la ‘dictadura del proletariado podía ser simplemente un parlamento poderoso dominado por los trabajadores”.²⁹

Las argucias de diputado afloraron con destreza en el discurso de Besteiro. No contento con el contrabando político anterior, intentó convencer al auditorio de que la mejor

²⁷ Juan Andrade, *Apuntes para la historia del PCE*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1979, p. 21.

²⁸ En toda Europa, la revolución rusa arrastró a sectores de la pequeña burguesía, especialmente a la intelectualidad radicalizada. En el Estado español, no pocos elementos destacados de los círculos republicanos burgueses y pequeñoburgueses, especialmente intelectuales, periodistas y escritores, manifestaron su entusiasmo por los acontecimientos revolucionarios de Rusia. Entre la juventud estudiantil, tradicional bastión de la reacción, la enorme fuerza que el movimiento obrero demostró en aquellos años atrajo a su causa a numerosos estudiantes de capas medias.

²⁹ Meaker, *op. cit.*, p. 301.

manera de defender la revolución rusa era fortalecer la Segunda Internacional. Otros líderes de la vieja escuela no se anduvieron por las ramas y se inclinaron sin ambigüedad por un choque frontal con los terceristas. Fue el caso de Indalecio Prieto, que en su discurso acusó a los terceristas de veleidades típicas de los intelectuales. Las intervenciones de los delegados pro-bolcheviques se centraron en las cuestiones fundamentales: denunciaron el papel de la Segunda Internacional durante la guerra mundial y la continuidad de su política de colaboración de clases con su apoyo vergonzoso a la Liga de las Naciones, criticaron la visión parlamentarista de la transformación socialista, defendieron la dictadura del proletariado no como una fórmula rusa sino como parte del programa del socialismo y, por supuesto, la afiliación del PSOE a la nueva internacional.

El enconamiento del debate colocó a los delegados, por primera vez, ante la posibilidad real de una escisión del partido, una perspectiva que aturdió a los veteranos líderes reformistas, pero que también causaba una profunda impresión en la mayoría de los dirigentes terceristas, que no se inclinaban por tal salida en ese momento. En definitiva, en aquel ambiente de temor, los dirigentes de ala derecha llegaron a un acuerdo entre bastidores para presentar una resolución de permanencia en la Segunda Internacional incluyendo, eso sí, una serie de cláusulas “de seguridad” para hacer más aceptable la propuesta: se exigía la depuración de los elementos “cuya conducta no se hubiera ajustado a lo que los principios socialistas demandan” y se llamaba a adoptar “las medidas necesarias para lograr la fusión en un solo organismo de las secciones afiliadas actualmente a la Segunda y Tercera internacionales”. La resolución presentada fue aprobada por 14.000 votos (los delegados representaban a las agrupaciones) contra 12.497. Para Gerald H. Meaker, ese estrecho margen y el hecho de que no se realizará una votación directa en torno a la cuestión de la afiliación a la Internacional Comunista “sugiere que en una lucha limpia entre la Segunda y la Tercera Internacional, ésta hubiera triunfado fácilmente”.³⁰ Hay también otros elementos que refuerzan esta idea, y es que el congreso, a pesar de las intervenciones en contra de Besteiro, Largo Caballero e Indalecio Prieto, aprobó por 14.435 votos contra 10.040 la propuesta de los terceristas de disolver la alianza que el PSOE mantenía desde 1910 con los republicanos.

El congreso no cerró, ni mucho menos, la cuestión de la afiliación internacional del PSOE. La decisión de permanecer en la vieja internacional no hizo desaparecer la insatisfacción que sentía la base del partido, y aceleró la escisión en la organización socialista que con más entusiasmo había acogido el triunfo de Octubre y el llamado a construir una nueva internacional revolucionaria: la Federación Nacional de las Juventudes Socialistas (FNJS).

En su V Congreso (diciembre de 1919), las Juventudes Socialistas decidieron no respetar la decisión del congreso del partido y adherirse a la Internacional Comunista. Y no sólo eso: una mayoría de sus dirigentes, altamente refractarios al reformismo parlamentarista y a las maniobras burocráticas del aparato del partido, y muy críticos también con lo que consideraban vacilaciones y tendencias conciliadoras de la fracción tercerista, planearon la formación del Partido Comunista. Este paso cobró fuerza en enero de 1920 con la llegada a Madrid de tres delegados de la IC, entre ellos Michael Borodin y M. N. Roy (futuro fundador del Partido Comunista de la India). Borodin mantuvo entrevistas con destacados dirigentes terceristas del PSOE y con representantes del Comité Nacional de la FNJS. La propuesta de los delegados de la IC de constituir el

³⁰ *Ibid.*, p. 306

Partido Comunista fue aceptada con entusiasmo por los representantes de la FNJS, que decidieron hacerlo lo antes posible.

Así fue cómo el Comité Nacional de la FNJS, a través de una circular que se tendría que dar a conocer a la organización en las reuniones programadas a tal efecto para el 15 de abril de 1920, hizo pública su decisión: la Federación Nacional de las Juventudes Socialistas se convertía en el Partido Comunista Español un año antes de que los terceristas del PSOE se decidieran finalmente a dar el paso. El nuevo partido, a pesar de la voluntad y el entusiasmo de sus promotores, no cosechó el apoyo esperado: de los 5.000 afiliados que se calcula tenía la FNJS en esos momentos, no más de mil se adhirieron al PCE, cuyo núcleo más activo estaba en Madrid. La oposición de los líderes terceristas del PSOE a un paso que consideraban prematuro y que, en su opinión, no debería darse sin lograr el apoyo de la mayoría de la militancia socialista también creó dificultades, como que la mayoría de los jóvenes socialistas de Asturias y Vizcaya no siguieran a su dirección nacional aunque eran proclives a la IC. Estos hechos avivaron los enfrentamientos y las recriminaciones entre los terceristas del partido y los jóvenes dirigentes del PCE, que no hicieron más que aumentar en intensidad en los dos años siguientes.

La base del PCE estaba compuesta mayoritariamente de jóvenes obreros, aunque en la dirección predominaban los que provenían de la intelectualidad de clase media.³¹ Enfrentados a la presión y la presencia abrumadora de un fuerte movimiento anarcosindicalista de masas y un PSOE que, al menos por el momento, se mantenía unido, los jóvenes dirigentes comunistas empezaron a mostrar signos de una clara deriva ultraizquierdista, al menos de un marcado antiparlamentarismo, que se convirtió en su seña de identidad por un período prolongado. Algunos de sus dirigentes más cualificados, como Juan Andrade, se identificaron inmediatamente con las posiciones mantenidas en el interior de la Internacional Comunista por los izquierdistas holandeses (Anton Pannekoek y H. Gorter), italianos (Amadeo Bordiga), los comunistas vieneses o los dirigentes del Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD), con los que Lenin y Trotsky mantuvieron agrias polémicas en el II Congreso de la IC.

Las limitaciones y el aislamiento no rebajaron el entusiasmo de estos pioneros del comunismo español por construir el nuevo partido. A lo largo de 1920 se dedicaron con tenacidad a organizarlo, intentando establecer, a pesar de la hostilidad manifiesta del aparato ugetista, vínculos con los sindicatos³² y realizando una intensa labor de propaganda.

ESCISIÓN EN EL PSOE Y FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

El ascenso de las luchas y la politización creciente de la clase obrera y la juventud no sólo permitió a los anarcosindicalistas extender su radio de acción y aumentar su

³¹ El Comité Nacional quedó constituido como sigue: secretario general del partido, Ramón García Merino, maestro de escuela; secretario adjunto, Luis Portela, tipógrafo; vocales, José Illescas, Eduardo Ugarte, Emeterio Chicharro, Ricardo Marín, Rito Esteban, Tiburcio Picó y Juan Andrade, que fue designado director de *El Comunista*, el órgano de expresión del partido (Juan Andrade, *op. cit.*, p. 26).

³² Lograron ganar una audiencia en la huelga de los metalúrgicos madrileños de finales del año gracias a José Illescas, uno de los fundadores del partido, que fue elegido secretario del comité de huelga. Los intentos por conquistar una base en el movimiento obrero se extendieron a los sindicatos de la CNT, para lo cual enviaron delegados en tareas de propaganda a Barcelona, Zaragoza y Valencia.

afiliación a niveles históricos, también las organizaciones socialistas experimentaron un crecimiento importante. En la primavera de 1920, el PSOE tenía en torno a 53.000 afiliados y la UGT, 211.000. Es muy significativo que el apoyo a los terceristas creciese en Vizcaya y Asturias, bastiones proletarios del movimiento socialista. A pesar de que en ambas zonas el aparato ugetista era muy fuerte, muchos mineros y metalúrgicos socialistas fueron ganados para la causa de la revolución rusa y la Internacional Comunista. Este hecho revelaba que los intentos desesperados de la dirección reformista del PSOE por evitar el apoyo a las tesis bolcheviques chocaban con una lucha de clases cada vez más polarizada y explosiva.

Tras la escisión de la FNJS, los acontecimientos no hicieron más que aumentar la presión a favor de la Internacional Comunista. La dirección del PSOE se vio forzada a convocar un nuevo congreso extraordinario para el 19 de junio de 1920, pero en esta ocasión la correlación de fuerzas le fue claramente desfavorable. Cuando en el plenario se votó la permanencia en la Segunda Internacional, se levantaron menos de una docena de manos. El ambiente entre los líderes reformistas era de pesimismo y amargura. Fabra Rivas y Besteiro continuaron sus maniobras para impedir un giro tercerista definitivo y abogaron por la afiliación del partido a la Internacional Segunda y Media.³³ Largo Caballero pronunció un discurso sin convicción. Finalmente, y ante la fuerte presión de los delegados, se acordó el ingreso en la Internacional Comunista por 8.269 mandatos a favor, 5.016 en contra y 1.615 abstenciones, pero, como en ocasiones anteriores, la dirección logró desnaturalizar el resultado de la votación a través de una maniobra: la decisión definitiva se tomaría tras un conocimiento detallado de las famosas veintiuna condiciones de adhesión exigidas por el II Congreso de la IC.³⁴ Para llevar a cabo el acuerdo, se trasladaría a Moscú una delegación formada por Daniel Anguiano, en representación de los terceristas, y Fernando de los Ríos, por los defensores de la Segunda. El avance de las posiciones pro-bolcheviques quedó sancionado, no obstante, con elección de un comité ejecutivo dominado por los terceristas.

El golpe recibido por la dirección fue muy duro. Sus constantes maniobras no conseguían frenar el apoyo creciente a las tesis comunistas entre la base socialista, ni tampoco entre los cuadros. Para contrarrestar los efectos de la decisión del congreso, el ala reformista decidió atrincherarse en el otro componente del movimiento socialista

³³ La Internacional Segunda y Media fue fundada en 1921 por partidos y grupos centristas, como el USPD alemán, que, bajo la presión del ambiente revolucionario entre las masas, habían roto con la Segunda Internacional. La conferencia aprobó una resolución que aplaudía la revolución en Rusia, Alemania y Hungría, a la par que condenaba la dictadura del proletariado y elogiaba la democracia burguesa. Aunque criticaban a la Segunda Internacional, no tenían con ella diferencias políticas esenciales porque su misión principal era intentar frenar la creciente influencia comunista entre los trabajadores. En mayo de 1923, dos meses después del cierre del período revolucionario abierto en 1918 en Alemania, ambas se reunificaron.

³⁴ Bajo la presión de los acontecimientos, viejos líderes reformistas y pacifistas solicitaron su ingreso formal en la IC. La amenaza de infiltración de las viejas tendencias oportunistas en las filas de la nueva organización era grande. El II Congreso (1920) la intentó contrarrestar con la aprobación de 21 condiciones para la afiliación a la Internacional Comunista, en las que se criticaba el socialpacifismo de los centristas y se exigía una ruptura tajante con el programa de los imperialistas estadounidenses (el desarme, la Liga de las Naciones...). El congreso también ratificó su posición contra el régimen interno de la Segunda Internacional y las relaciones diplomáticas de aparato, que hacían de la internacional una federación de partidos autónomos que les permitía actuar en abierta contradicción entre ellos ante hechos trascendentales de la lucha de clases. La nueva internacional se construyó como un partido mundial, sobre la base de un programa y una acción comunes y los métodos del centralismo democrático. Como era de esperar, muchos de los centristas y conciliadores a quienes el II Congreso impidió afiliarse mostraron su auténtico carácter e intenciones uniéndose a la Internacional Segunda y Media.

donde eso todavía era posible, la UGT. El congreso de UGT, celebrado a finales de junio y dominado abrumadoramente por el aparato, se pronunció inequívocamente contra la entrada en la IC (17.919 mandatos a favor y 110.902 en contra). El congreso también estimó que no se podía caracterizar la situación social del país de crisis prerrevolucionaria, con las consecuencias tácticas y estratégicas que ello tenía. Las tendencias reformistas en la dirección ugetista durante ese período convulso presagiaban lo que ocurriría unos años más tarde, durante la dictadura de Primo de Rivera.

La socialista no fue la única delegación española al II Congreso de la Internacional Comunista. Otras dos coincidieron en Moscú con los delegados socialistas: una de la CNT, encabezada por Ángel Pestaña, y otra del joven PCE, con Ramón García Merino al frente, aunque sólo los cenetistas llegaron a tiempo para participar en las sesiones congresuales. Tras entrevistarse con los líderes bolcheviques, incluido Lenin, los delegados socialistas no cambiaron en nada sus puntos de vista previos. A su vuelta, y tras dar un informe en el Comité Nacional del PSOE, se decidió convocar un nuevo congreso extraordinario del 9 al 13 de abril de 1921, que sin duda fue el más agrio y tumultuoso de todos los celebrados hasta la fecha, pues no en vano las decisiones a adoptar tenían una trascendencia histórica.

La importancia del momento movilizó todas las energías y recursos de los dirigentes reformistas. Todo valió para generar una atmósfera de miedo hacia la escisión, especialmente la utilización de la autoridad moral y personal de los iconos socialistas. Pablo Iglesias, gravemente enfermo, publicó numerosos artículos en la prensa del partido contra la escisión, llegando a plantear en alguno que la afiliación a la IC supondría en la práctica la disolución del partido y que las cárceles se llenasen de militantes socialistas; también envió una carta a los delegados calificando de “dictatoriales” las 21 condiciones. Las agrupaciones con más peso, por su número de militantes y tradición histórica, también se movilizaron: la de Madrid se pronunció a favor de la Internacional Segunda y Media por 243 votos frente a 147 favorables a la Comunista. Por el contrario, en Asturias y en Vizcaya, el apoyo a ésta última fue muy mayoritario.

La extrema polarización del congreso se reflejó en la vehemencia de los discursos pronunciados. Las 21 condiciones centraron la controversia. El ala reformista planteó que su aceptación implicaría la expulsión de todos aquellos militantes que votasen contra ellas. Recurriendo al chantaje emocional, aseguraron que también Pablo Iglesias, el fundador del partido, sería expulsado. El discurso de Largo Caballero fue claro y conciso: “He sido siempre caracterizado como reformista, y no estoy avergonzado de esto, pero sí me avergonzaría de hacer declaraciones revolucionarias y luego en la práctica ser un oportunista o un arribista”. Largo Caballero se pronunció contra las 21 condiciones y afirmó: “No las acepto, no votaré por ellas. Y, en consecuencia, como no dejaré el partido, seré expulsado de él”.³⁵ Las posiciones terceristas fueron defendidas por Virginia González, el asturiano Isidoro Acevedo y el joven Ramón Lamóneda, que pronunció el último discurso del congreso. En la votación, los partidarios de la Internacional Segunda y Media triunfaron por un margen pequeño: 8.807 mandatos frente a los 6.094 favorables a la Internacional Comunista.

La ruptura era un hecho. Las fuerzas de los terceristas, como las votaciones dejaban claro, eran sólidas y sus filas contaban con dirigentes históricos, entre ellos un reconvertido Óscar Pérez Solís, que realizó una transición fulgurante desde la derecha

³⁵ Meaker, *op. cit.*, p. 470.

del partido a la izquierda comunista. Nada más conocerse el resultado, Pérez Solís, en nombre de los terceristas, leyó el manifiesto que explicaba las razones políticas de la ruptura, y 34 delegados abandonaron la sala, la mayoría representantes de las agrupaciones de Asturias, Vizcaya y Madrid. Reunidos inmediatamente en la Escuela Nueva, proclamaron el nacimiento del Partido Comunista Obrero Español (PCOE).

Durante el siguiente año y medio, los dos partidos comunistas existentes (el PCOE y el Partido Comunista Español) mantuvieron agrios enfrentamientos y una difícil coexistencia. Los jóvenes del PCE no lograban expandirse y sus planes de penetración en el movimiento sindical no dieron los frutos esperados. Además, sus intentos por arraigar en los sindicatos de la CNT y su decidido apoyo a las huelgas convocadas por ésta les acarrearón la inmediata represión gubernamental.

Los intentos de unificar ambos partidos, iniciados en la primavera de 1921, acabaron en fracaso. En consecuencia, los dos enviaron su respectiva delegación al III Congreso de la IC, cuyo comienzo estaba fijado para el 22 de junio de ese año, a las que se sumaría una tercera compuesta por sindicalistas comunistas de la CNT, de la que formaban parte Joaquín Maurín y Andreu Nin. Nada más acabar el congreso, los dirigentes de la Internacional retomaron la cuestión de la unidad comunista, acordándose promover la pronta unificación de los dos partidos.

En aquellas fechas, el PCOE podría rondar los 4.500 militantes, con una influencia importante en los sindicatos de la UGT, mientras el PCE contaría con unos 2.000 miembros. Finalmente, en noviembre de 1921, y bajo la supervisión del delegado de la Internacional Comunista, Antonio Graziadei, se establecieron las bases de la fusión de ambos partidos: “ Reunidos, durante los días 7 al 14 de noviembre de 1921, en Madrid, los firmantes, en representación, con plenos poderes, del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y de los Partido Comunista Español y Comunista Obrero respectivamente, para someterse a las decisiones del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, realizar la fusión de ambos Partidos, acordaron constituir un solo Partido con arreglo a los siguientes principios y disposiciones (...) Disposiciones: a) El Partido unificado se denominará Partido Comunista de España (sección española de la Internacional Comunista). B) Con arreglo a una declaración anterior, el Comité nacional del Partido estará compuesto de quince miembros, correspondiendo nueve al PCE y seis al PCO (...)”. Firmaron la declaración Manuel Núñez Arenas por el PCOE, Gonzalo Sanz por el PCE y el delegado de la IC Graziadei.³⁶

A pesar de todos los esfuerzos, la pugna fraccional entre los agrupamientos provenientes de ambos partidos se prolongó durante meses, espoleada por las tendencias ultraizquierdistas de algunos de los líderes del PCE, como Andrade y Ugarte, aunque otros de sus dirigentes, como Merino Gracia, el secretario general, oscilaron hacia las posiciones defendidas por los antiguos líderes del PCOE. En abril de 1922 llegó otro delegado del comité ejecutivo de la IC, el suizo Jules Humbert-Droz, con la intención de resolver definitivamente la disputa. Finalmente, ambos grupos se unificaron en el congreso celebrado del 14 al 19 de marzo de 1922.

ANARCOSINDICALISTAS Y BOLCHEVISMO

³⁶ En el mismo mes las federaciones juveniles comunistas de los dos partidos se fusionaron, dando lugar a la Unión de Juventudes Comunistas de España. Se nombró secretario general a Tiburcio Pico, sustituido por Luis Portela en la Conferencia Nacional de Unidad, celebrada el 22 de diciembre de 1921.

Como hemos señalado anteriormente, sectores del sindicalismo revolucionario y anarcosindicalista, que habían repudiado la política colaboracionista de los líderes de la Segunda Internacional, se sintieron poderosamente atraídos por el triunfo de Octubre y la política del bolchevismo. En Francia, un importante grupo de estos sindicalistas revolucionarios que habían mantenido una posición internacionalista durante la guerra, encabezados por Monatte y Rosmer³⁷, se adhirió a la Tercera Internacional, ocupando un papel dirigente en el Partido Comunista Francés durante sus primeros años. En Gran Bretaña, muchos delegados obreros (Shop Steward) se acercaron a los bolcheviques y un buen número de ellos engrosaron las filas del Partido Comunista británico. Este también sería el caso de los IWW en EEUU.³⁸

La publicación y posterior traducción al alemán y francés de la obra de Lenin *El Estado y la revolución* tuvo un gran impacto en estos círculos. “Las tesis teóricas y prácticas de Lenin sobre la realización de la revolución —escribía, en septiembre de 1919, el anarquista alemán Eric Musham desde la fortaleza de Augsburg, donde estaba prisionero— han dado a nuestra acción una nueva base. Ya no hay obstáculos inseparables para la unificación del proletariado revolucionario entero. Los anarcocomunistas, ciertamente, han tenido que ceder en el punto de desacuerdo más importante entre las dos grandes tendencias del socialismo; han debido renunciar a la actitud negativa de Bakunin ante la dictadura del proletariado y rendirse en ese punto a la opinión de Marx (...) Yo espero que los camaradas anarquistas que ven en el comunismo el fundamento de un orden social justo seguirán mi ejemplo”.³⁹

Los anarcosindicalistas españoles no escaparon a esta influencia: “El impacto ideológico de la revolución bolchevique entre los anarcosindicalistas fue decisivo. Entre estos militantes, menos doctrinarios y de mentalidad más tenaz que los anarquistas ‘puros’, el prestigio de los bolcheviques logró poner en cuestión hasta el mito central cenetista de la espontaneidad revolucionaria y suscitó su jacobinismo latente. Durante un período de casi tres años mostrarían una preocupación más realista que en el pasado por los problemas del poder y de la organización revolucionaria. Sin embargo, no dejaron de ser anarquistas por su temperamento básico y se cuidaron de seguir teniendo un pie puesto en los grupos anarquistas hasta cuando se lanzaban a la actividad sindical o cuando alababan en sus escritos al bolchevismo (...) durante 1919-1920 continuaron hablando con sorprendente franqueza de la necesidad de la organización revolucionaria y de una dictadura transitoria”.⁴⁰

³⁷ Alfred Rosmer fue un destacado sindicalista revolucionario francés ganado al bolchevismo que jugó un importante papel en los primeros años de la IC, siendo miembro de su comité ejecutivo. Dejó testimonio de ese período y de la evolución de muchos cuadros anarquistas al comunismo, en su bien documentado libro *Moscú bajo Lenin* (Ed. Era, México DF, 1982). Rosmer no fue el único en abrazar, desde el sindicalismo revolucionario o el anarquismo, las ideas bolcheviques. Otro ejemplo fue Victor Serge, que immortalizó los primeros meses de la revolución en una gran obra, *El año I de la revolución rusa* (Siglo XXI Editores, México, 1983).

³⁸ IWW (Industrial Workers of the World) fue una organización obrera intergremial que dirigió exitosamente huelgas masivas y combatió la política de colaboración de clases de los líderes reformistas de la AFL (Federación Americana del Trabajo). Aunque poseía rasgos anarcosindicalistas (negaba la lucha política y renunció a actuar entre los miembros de la AFL), algunos de sus dirigentes, como G. Haywood, apoyaron la revolución de Octubre e ingresaron en el PC estadounidense.

³⁹ Publicado en *Bulletin Communiste*, 22/7/1920, citado en Alfred Rosmer, *Moscú bajo Lenin*, Ed. Era, México DF, 1982, p 60.

⁴⁰ Meaker, *op. cit.*, p. 292.

En el II Congreso de la CNT, celebrado en diciembre de 1919 en Madrid en el teatro de La Comedia, y que contó con más de 400 delegados, el apoyo a la Internacional Comunista y la revolución rusa fue mayoritario, apoyo que se vio favorecido por el enfrentamiento entre los anarcosindicalistas “puros” y los sindicalistas de inclinaciones más reformistas. El balance de la huelga de La Canadiense y el recrudecimiento de la represión habían abierto un surco profundo en las filas cenetistas. Esta disputa estuvo permanentemente en el centro de los debates. La tensión alcanzó también un grado importante cuando se abordó la cuestión de la unidad con la UGT, incluida la posibilidad de fusión,⁴¹ defendida por los delegados asturianos y que contaba con el apoyo velado de Salvador Seguí y Ángel Pestaña. El rechazo a la misma fue encabezado por Enrique Valero, del Sindicato de la Construcción de Barcelona, quien presentó una resolución muy dura logrando el apoyo mayoritario de los delegados.

En ese congreso, la CNT se encontraba en su apogeo, con una afiliación que superaba los 700.000 miembros. Como organización de masas del proletariado, el impacto de la revolución rusa tuvo el efecto de un terremoto: sus cimientos ideológicos sufrieron una sacudida tremenda. Ningún otro acontecimiento conmovió de forma tan notoria los principios doctrinales sobre los que se asentaba la tradición cenetista como lo hizo el bolchevismo. El congreso del teatro de la Comedia fue un claro testimonio. Según Antonio Bar, “En contra de todo lo que se pudiera pensar, fueron precisamente los sectores anarquistas los que, defendiendo la revolución rusa, defendieron también arduamente no sólo la concepción, sino la realización de la dictadura del proletariado, como uno de los elementos imprescindibles del proceso revolucionario”. El dirigente anarcosindicalista Buenacasa, reconoció posteriormente que la “inmensa mayoría de nosotros se consideraban a sí mismos, auténticos bolcheviques”.⁴² Eusebio Carbó, más tarde miembro del Secretariado de la AIT, la internacional anarquista, se interrogaba en el congreso: “¿Somos enemigos de la dictadura? Desde el punto de vista de los principios, sí; desde el punto de vista de la realidad apremiante, inaplazable, no. (...) Nosotros justificamos la dictadura (...) la queremos, si ella ha de servir para establecer en el mundo, de un modo definitivo, el imperio de la justicia; por eso, nosotros admiramos y queremos la dictadura del proletariado”.⁴³

En el debate sobre la Internacional Comunista, los delegados intransigentes fueron sus más ardientes defensores. Sin duda alguna, la hostilidad de los dirigentes ugetistas y socialistas hacia ella jugó su papel. Pero el factor decisivo fue la enorme conexión de la revolución bolchevique con la conciencia de la militancia revolucionaria de la CNT. Ese era el imán, la auténtica fuerza que movía las simpatías de miles de activistas y trabajadores anarcosindicalistas. Por fin, la propuesta de afiliación a la IC, presentada por el delegado valenciano Hilario Arlandis, carpintero ex anarquista y uno de los pocos que sí habían asimilado el ideario bolchevique, fue aprobada por abrumadora mayoría. Pero, a pesar del entusiasmo de los presentes, la decisión no era un cheque en blanco: la resolución también declaraba que la CNT era firme defensora de los principios sostenidos por Bakunin y, sobre todo, que la adhesión a la IC tenía un carácter

⁴¹ A finales del verano de 1918, el comité nacional de UGT, respondiendo a la presión de los terceristas, intentó llegar a un entendimiento con la CNT para conseguir “lo antes posible la fusión de todas las fuerzas laborales del país en una sola organización nacional”. Obviamente, los dirigentes ugetistas no hicieron nada por llevar esa resolución a la práctica.

⁴² Buenacasa dirigió *El Comunista*, periódico libertario de Zaragoza de tendencia pro-bolchevique, que se publicó de 1919 a 1920. (*La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Barcelona, Publicaciones Univesitat de Barcelona, 1991, vol. I, Tomo 1, pp. 338-339.)

⁴³ Antonio Bar, *La CNT en los años rojos*, Ed. Akal, Madrid, 1981, pp. 501-503.

provisional y se mantendría hasta el momento en que se pudiese celebrar en España un congreso que estableciera los principios de una nueva internacional obrera. En la práctica, la resolución era una fórmula de compromiso entre quienes querían una adhesión incondicional y los sindicalistas “puros” que, como Salvador Seguí, eran moderadamente favorables a la misma, pero recelaban abiertamente de los objetivos revolucionarios de la IC. El congreso designó a Ángel Pestaña, Salvador Quemades y Eusebio Carbó para asistir al II Congreso de la Internacional Comunista.

Las enormes ilusiones de la base y de gran parte de sus dirigentes en la revolución de Octubre eran la mejor prueba de la permeabilidad de los trabajadores cenetistas a las ideas del genuino marxismo. Muchos militantes de la CNT habían entrado en sus filas repelidos por el reformismo parlamentario y el posibilismo político de los dirigentes de la UGT y el PSOE, que en los momentos trascendentales se sometieron a los republicanos. Este rechazo explica la actitud “apolítica” de secciones importantes del proletariado cenetista y la aceptación de las ideas anarquistas. Pero, ahora, la revolución rusa mostraba a las claras la necesidad de un partido obrero y de una estrategia para conquistar el poder y mantenerlo contra los enemigos de la revolución.

La contradicción entre la voluntad revolucionaria de los militantes cenetistas y sus prejuicios antipolíticos no podía resolverse con facilidad, pero eso no impidió que la atracción por el bolchevismo siguiera extendiéndose en el seno de la CNT. Sus cuadros más conscientemente bolcheviques, animados por dirigentes como Joaquín Maurín, Andreu Nin, Pere Bonet o Hilario Arlandis, tenían una influencia considerable en Catalunya, y aunque su aproximación al comunismo fue un tanto traumática por los orígenes sindicalistas de los que procedían, no fue menos apasionada.

La detención y el posterior asesinato por la policía de Evelio Boal, secretario del comité nacional de la CNT, en marzo de 1921 dio a estos sindicalistas comunistas la posibilidad de aumentar su proyección e influencia. En unas condiciones de represión generalizada, los comités de la CRT (CNT Catalana) y la CNT fueron continuamente desarticulados y sus miembros, asesinados o encarcelados. El propio Andreu Nin estuvo a punto de ser asesinado por los pistoleros de los Sindicatos Libres⁴⁴ en noviembre de 1920, pero logró huir y pasar a la clandestinidad. Tras el asesinato de Boal y las sucesivas detenciones de otros dirigentes, Nin fue cooptado para el comité nacional clandestino y designado secretario general en funciones. En fechas similares, Joaquín Maurín llegó al comité de la CRT, también en la clandestinidad, y no tardó en convertirse en su figura más destacada. Todo esto abrió una puerta para que los cenetistas pro-bolcheviques difundiesen sus ideas con mayor amplitud, para lo que contaron, además, con un punto de apoyo inesperado: el periódico de Lérida *Lucha de Clases*, que actuaba como plataforma de los pro-bolcheviques, se convirtió en la práctica en el principal órgano de expresión de la CNT catalana debido a la suspensión gubernativa de *Solidaridad Obrera*, el periódico oficial de la Confederación.⁴⁵

⁴⁴ Organización sindical amarilla fundada por elementos carlistas, y financiada por la patronal.

⁴⁵ En medios anarquistas ha sido moneda común menospreciar la influencia de la revolución rusa en la CNT, pero lo cierto es que sus efectos se dejaron sentir en todos los niveles de la organización, no sólo en la base. En Barcelona, los pro-bolcheviques lograron una influencia importante, si bien en ningún caso decisiva, en diferentes sindicatos: metal, transporte, impresión, empleados del comercio. A raíz de la invitación para asistir al congreso constituyente de la Internacional Sindical Roja (ISR), a celebrar en Moscú en julio de 1921, la CNT organizó en abril un pleno nacional en la ciudad de Lérida, para elegir la delegación a enviar. Reflejando la importancia que a la dirección le merecía esa invitación, se aprobó que acudiesen Jesús Ibáñez, representante de la Federación Asturiana, Hilario Arlandis, de Valencia, Joaquín Maurín, de la Regional catalana, y Andreu Nin, por el Comité Nacional. Los acompañó Gastón Leval, en

La sucesión de acontecimientos en la revolución rusa y en la lucha de clases del Estado español tendrían un efecto determinante en la evolución posterior de la tendencia comunista de la CNT. Aunque el fervor por la revolución bolchevique se mantendría entre la base, la casi unanimidad del congreso de 1919 se rompió dos años más tarde. En ello influyeron el desfavorable informe de Ángel Pestaña sobre el II Congreso de la IC y sus entrevistas con destacados dirigentes de la revolución, entre ellos León Trotsky. No menos importante fueron otros hechos acaecidos en momentos de extrema gravedad para la supervivencia del Estado obrero en Rusia, como la represión del levantamiento de Kronstadt o el enfrentamiento del Ejército Rojo con la guerrilla campesina comandada por el anarquista ucraniano Majnó. A pesar de todo, las posibilidades del comunismo estaban completamente abiertas en las filas de la CNT. Fue el proceso de degeneración burocrática que vivió la república soviética lo que levantó una barrera entre los anarcosindicalistas y el estalinismo, lo cual no impidió, a pesar de todo, que el desarrollo futuro de la revolución española volviera a brindar grandes oportunidades para atraer a una amplia capa de ellos a las filas del auténtico comunismo.

El 11 de junio de 1922, la CNT celebró en Zaragoza una conferencia que decidió la separación de la Tercera Internacional y afiliarse a la nueva internacional anarcosindicalista que iba a ser fundada en Berlín.⁴⁶ Los dirigentes cenetistas más proclives al sindicalismo (Ángel Pestaña, Salvador Seguí), los anarquistas radicales, como Galo Díez, cabeza visible de los ácratas antibolcheviques, y otros que, como Manuel Buenacasa habían defendido ardorosamente la revolución bolchevique y la adhesión a la Internacional Comunista, pero que ahora estaban completamente desilusionados, superaron sus diferencias y sellaron un pacto para combatir la influencia comunista en la CNT. De esta manera retomaron el control de la dirección y retiraron a la CNT de la Internacional Sindical Roja y de la IC, decisiones que coincidieron con el reflujo de la lucha jornalera y el aumento de la represión contra los cenetistas.⁴⁷

Por su parte, los sectores pro-comunistas se reagruparon ese mismo año con la constitución de los Comités Sindicalistas Revolucionarios (CSR), creados por militantes asturianos, catalanes, valencianos, etc. Los CSR aparecían públicamente como “el agrupamiento, dentro de la CNT, de todos aquellos que luchan por la acción revolucionaria, ahuyentando toda influencia reformista y toda desviación de la lucha de clases. No compartirá ningún espíritu sectario que pueda perjudicar el aunamiento proletario”.⁴⁸ Los CSR se posicionaban en contra del posibilismo *sindicalista* de

representación de la Federación de Grupos Anarquistas de Barcelona. Tras el congreso de la ISR, Ibáñez y Maurín fueron detenidos, el primero nada más regresar y el segundo en febrero de 1922. Arlandis, Leval y Nin fueron detenidos en Berlín, pero mientras los primeros fueron rápidamente liberados, Nin fue acusado por el gobierno español del asesinato de Dato y se reclamó su extradición. Tras pasar más de tres meses en prisión, Nin regreso a la URSS y se integró en la dirección ejecutiva de la ISR.

⁴⁶ La nueva organización, que recuperó las siglas de la Primera Internacional (AIT, Asociación Internacional de Trabajadores), celebró su primer congreso en Berlín del 25 de diciembre de 1922 al 2 de enero de 1923.

⁴⁷ En la conferencia de Zaragoza, el predominio de los sindicalistas se dejó sentir en toda una serie de decisiones. Para empezar, en la negativa a trasladar el Comité Nacional de la CNT de Barcelona a Zaragoza, donde los anarquistas y anarcosindicalistas tenían la mayoría; también en la propuesta de pago a los liberados del sindicato promovida por Salvador Seguí y en la elección de un Comité Nacional dominado por los dirigentes más moderados, con Joan Peiró como secretario general, e integrado también por Seguí, Pestaña, José María Martínez, Eusebio Carbó y Galo Díez. Pero lo más significativo fue la aprobación de una resolución donde se declaraba abiertamente la naturaleza política de la CNT y que ésta no podía inhibirse de ningún problema de la vida nacional.

⁴⁸ Antonio Bar, *op. cit.*, p. 573.

muchos dirigentes y cuadros intermedios de la CNT, y del sectarismo de los grupos anarquistas que rehuían la unidad de acción con la UGT y, sin reconocerlo, pretendían en la práctica convertir la CNT en un partido anarquista con otro nombre. Aunque algunos anarquistas acusaron a los CSR de “infiltración comunista”, lo cierto es que la mayor parte de sus miembros no eran conscientemente comunistas, más bien se acercaban al comunismo a través de su propia experiencia y por la enorme impresión que les causó la revolución de Octubre. Según A. Bar, “[la presencia de los CSR] en la base confederal fue considerable y permanente”. Su fuerza fundamental radicaba en Catalunya, donde contaban con una influencia importante en Lérida, y también en el Sindicato Único Minero de Asturias.

La creación de los CSR también puso en evidencia los límites de la doctrina “antiautoritaria” de los dirigentes anarquistas, que rechazaron burocráticamente su reconocimiento “para evitar que los comunistas, bajo el disfraz de sindicalistas, continúen su labor de proselitismo”. En cualquier caso, la influencia bolchevique en la CNT también se evidencia en que muchos de los dirigentes del PCE en los años veinte y treinta provenían de sus filas (como José Díaz, secretario general del partido en la guerra civil) o que los dos cabezas visibles de los cenetistas pro-bolcheviques (Joaquín Maurín y Andreu Nin) serían años después respectivamente los dirigentes del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista y, a partir de septiembre de 1935, del Partido Obrero de Unificación Marxista.⁴⁹

DERROTA DE LAS LUCHAS OBRERAS Y CAMPESINAS

Entre mayo y agosto de 1919, la CNT sufrió una dura persecución gubernativa. A la represión policial, militar y de los sicarios de la patronal —los pistoleros de los Sindicatos Libres—, se contrapuso la intervención armada de los grupos de acción, los atentados y el ajusticiamiento de los represores y los patronos más significados.⁵⁰ La vuelta a los métodos del terrorismo individual, de larga tradición en el anarquismo

⁴⁹ El afluente sindicalista del comunismo no terminó de encajar en el PCE. Como dice Meaker: “Maurín y los sindicalistas comunistas de Cataluña no alcanzaron nunca una relación estrecha con los comunistas ‘políticos’ de Madrid y del norte. Este hecho reflejaba, en parte, sólo la distancia geográfica y la fuerza de las diferencias regionales, así como un sentimiento residual de autosuficiencia y amor propio sindicalista. Pero el retraimiento de los sindicalistas-comunistas con relación al Partido Comunista también se derivaba de las dudas acerca de la capacidad de los dirigentes del partido. Las luchas fraccionales, al parecer interminables, de los comunistas habían causado una pobre impresión, y los hombres de *Lucha Social* confiaban tan poco en el PCO como en el viejo PCE. La escisión de los terceristas del Partido Socialista, en abril de 1921, no despertó gran entusiasmo en Cataluña; por el contrario, se dudaba que los del PCO fueran a adquirir cualidades revolucionarias con sólo cambiar de nombre (...) los sindicalistas-comunistas, pues, mantenían una casi completa independencia del Partido Comunista. Había una completa autonomía de ambos lados, acompañada de ocasionales contactos para finalidades específicas (...) por ejemplo, en la instrumentalización del Frente Único y en la campaña contra la guerra de Marruecos (...) Así pues, continuó habiendo, de hecho, dos movimientos comunistas en la nación: uno político, centrado en Madrid y el norte, y otro sindicalista, centrado en Cataluña y Valencia”. *op. cit.*, p. 548.

⁵⁰ “El desenlace de la huelga de marzo de 1919 y la represión posterior, el despido de militantes sindicales por parte de los patronos, las listas negras que dejaron a decenas de militantes sin posibilidad de encontrar trabajo, todos estos elementos contribuyeron a la aparición del terrorismo individual en las filas de la CRT. Un número importante de los obreros despedidos engrosó las filas de los ‘grupos de delegados especiales’, es decir, los grupos de acción; como señaló Pestaña, el carácter lumpen del reclutamiento poco a poco fue desnaturalizando sus objetivos”. Meaker, *op. cit.*, p. 233.

español, no resolvió nada ni permitió organizar una respuesta colectiva a la ofensiva burguesa; al contrario, esos métodos, que predominaron en la fase de reflujo del movimiento de masas, sirvieron de coartada a la burguesía para desatar una guerra sin cuartel, y en muchos casos unilateral, no sólo contra los grupos armados, sino también contra los activistas y dirigentes de la CNT.

A partir del otoño de 1919, la patronal catalana decidió lanzar una guerra a muerte contra la CNT: el 25 de noviembre, pusieron en marcha el mayor cierre patronal de la posguerra, dejando inactivos a 200.000 obreros hasta el 26 de enero de 1920.⁵¹ Paralelamente a los acontecimientos de Barcelona, la radicalización de los trabajadores registraba avances significativos en otras zonas, espoleada por el agravamiento de la crisis económica y el crecimiento generalizado del desempleo. La ofensiva obrera se extendió. En Madrid estalló una huelga general de 10.000 trabajadores de la construcción; en abril, se pusieron en huelga los mineros asturianos; más tarde les tocó el turno a los trabajadores de La Naval de Bilbao, los mineros de Peñarroya, los metalúrgicos de Mieres... En 1920 hubo 1.060 huelgas, con más de 244.000 trabajadores involucrados. El ascenso de la curva huelguística no era el único indicio sobre el ambiente entre la clase obrera: ese también fue el año del congreso del PSOE que aprobó la adhesión a la Internacional Comunista.

A las noticias procedentes del frente interno se sumaban las que llegaban del exterior, también de un marcado tinte revolucionario. En Rusia se consolidaba el poder bolchevique y el Ejército Rojo marchaba sobre Varsovia. En Francia, los sindicalistas revolucionarios organizaron en mayo una serie de huelgas con la intención de lanzar una huelga general de alcance nacional. Italia se encontraba sumida en una oleada de ocupaciones de fábrica.

Los acontecimientos revolucionarios en el Estado español se inscribían en el ciclo político que dominó Europa tras la Primera Guerra Mundial. Indudablemente los factores de índole doméstica jugaron un papel importante, pero la causa de la revolución mundial apuntada por el triunfo de Octubre conquistó la conciencia de millones en los campos y las ciudades y, aunque no existía una organización como el partido bolchevique, el crecimiento y la fortaleza de la CNT y la combatividad de sus militantes representaban una clara amenaza. La burguesía española entendió la gravedad de la coyuntura. Todos estos factores, añadidos al hecho de que los capitalistas no podían permitirse, en condiciones de recesión económica, que su tasa de ganancias se viese amenazada, aumentaron en la clase dominante el temor a una revolución, temor que acabó por inclinar la balanza. El gobierno de Dato despejó el camino hacia la represión brutal y la violencia armada contra los trabajadores: dieron comienzo los años de plomo, en los que la actuación criminal de Martínez Anido, el tristemente famoso gobernador militar de Barcelona, regó Barcelona de sangre obrera.

La represión contra la CNT fue encarnizada: se clausuraron decenas de centros obreros, sindicatos y periódicos. A principios de 1921, todos los sindicatos de Barcelona y la propia CRT fueron ilegalizados, cerca de un centenar de líderes cenetistas fueron detenidos y se suspendió la publicación del *Solidaridad Obrera*. También hubo represión fuera de Cataluña: en Zaragoza, A Coruña, Gijón, fueron disueltos numerosos sindicatos. La oleada represiva coincidió con el aumento del desánimo en las filas obreras, tremendamente golpeadas por el cierre patronal, que había dejado sin salario durante meses a decenas de miles de obreros barceloneses. A lo largo de 1921, según

⁵¹ Meaker, *op. cit.*, p. 246.

datos de la CNT, más de 3.000 militantes catalanes fueron encarcelados. En el sur, los anarcosindicalistas también fueron diezmados y la mayoría de los sindicatos campesinos creados entre 1918 y 1919 desaparecieron.⁵² La burguesía intentó darle a la clase obrera un escarmiento que no olvidara. Asesinó, encarceló y persiguió hasta la extenuación a la vanguardia revolucionaria de los trabajadores. La burguesía intentó aplastar la voluntad de combate del proletariado y su firme orientación hacia la revolución socialista. Y en parte lo logró temporalmente imponiendo la única paz que conoce la clase dominante: la paz de los cementerios. La crónica de la lucha de clases desde comienzos de 1922 hasta el pronunciamiento militar de Primo de Rivera, en septiembre de 1923, está perlada de una sucesión ininterrumpida de derrotas obreras, incursiones punitivas y asesinatos a cargo de los pistoleros de los Sindicatos Libres.

A partir de 1921, el epicentro de la actividad huelguística se trasladó al norte, donde los sindicatos respondieron con huelgas defensivas muy duras a la pretensión empresarial de rebajar drásticamente los salarios. Fue un período de luchas de los mineros y los metalúrgicos asturianos y vizcaínos, y de enfrentamientos entre el PSOE y el joven PCE por ganar la hegemonía en esos bastiones del movimiento obrero.

En sintonía con las tendencias de fondo, las dificultades a las que se enfrentó el comunismo español desde su unificación, en marzo de 1922, hasta el golpe militar de Primo de Rivera en septiembre de 1923 fueron muy importantes. La estrategia de desbancar al aparato socialista entre los obreros organizados del norte fracasó estrepitosamente. La firme resistencia de la cúpula reformista, que seguía manteniendo bajo su control a la UGT, y los métodos totalmente erróneos de los dirigentes comunistas vizcaínos, en concreto los intentos de asaltos armados a casas del pueblo y mítines socialistas por parte de Pérez Solís y sus grupos de choque, dejaron un amargo sabor de derrota. Un elemento que ayudó al fracaso fue, sin duda, la persistencia de una tradición socialista y anarcosindicalista que no era fácil de eliminar. El PSOE, a pesar de sus posturas extremadamente moderadas durante el trienio bolchevique, había conservado su aureola de honestidad entre amplias masas de la clase obrera, para las que seguía siendo su organización tradicional. El radicalismo verbal de Pablo Iglesias, la denuncia intransigente de la monarquía y la oposición en las Cortes a los desmanes gubernamentales concitaban un apoyo considerable entre los trabajadores y entre capas radicales de la pequeña burguesía. En el flanco izquierdo, la influencia de la CNT no podía más que dificultar la implantación del PCE entre los sectores más avanzados del movimiento obrero.

En consecuencia, los intentos del PCE por ampliar su base obrera a través de la política del frente único, aprobada en el III Congreso de la Internacional Comunista, fracasaron. El comité nacional de la UGT manifestó su total oposición a participar en una alianza con el PCE, y llegó al punto de expulsar de sus filas a todas las organizaciones que participaran en un frente único con él. Fue el caso del sindicato de la madera de Madrid, que en agosto de 1922, durante la huelga del sector, se integró en un comité impulsado por los comunistas. También la CNT rechazó el frente único. La adversa situación de la lucha de clases, la represión policial y los efectos de la estalinización de la Tercera Internacional tuvieron consecuencias demoledoras para el PCE.

⁵² Con la represión desatada y el reflujó del movimiento obrero, los anarquistas intransigentes, basados en los grupos de acción, impusieron su predominio en la CNT clandestina. En Catalunya establecieron la Federación de Grupos Anarquistas, que se coordinó con otros grupos anarquistas del país. La FGA fue precursora de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), que se fundaría en 1927.

La derrota de la clase obrera y la desarticulación de su vanguardia revolucionaria, encuadrada en la CNT, fue aprovechada sin titubeos. La amenaza había sido tan real, tan cercana, que había que asegurar que no se repetiría. Esta fue la fuerza motriz que llevó al golpe de Estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923 y a una dictadura que se prolongaría durante seis años. Pero el capitalismo español y la monarquía de Alfonso XIII estaban en tal estado de descomposición, que la ayuda de los militares fue insuficiente. El primer ensayo general de la contrarrevolución española en el siglo XX dio lugar a un régimen bonapartista débil que no rindió los frutos esperados.

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA. COLABORACIONISMO SOCIALISTA

Cuando el 13 de septiembre de 1923 se declaró el estado de guerra en Catalunya por parte de su capitán general, Miguel Primo de Rivera, la suerte del sistema pseudoparlamentario de la Restauración quedó echada. El golpe militar buscaba salvar el capitalismo español a través de una dictadura bonapartista, autoritaria y corporativa. Fueron años muy difíciles para los obreros revolucionarios y su vanguardia organizada, colmados de represión, cárcel y clandestinidad, pero también de desorientación por la vergonzosa colaboración de los dirigentes reformistas del PSOE con el régimen.

La reacción de las organizaciones obreras frente al golpe militar fue muy limitada, aunque hay que distinguir entre aquellas que trataron de movilizar y las que simplemente hicieron vagas declaraciones públicas de fe en la democracia pero se negaron en redondo a impulsar la lucha. Entre las primeras destacó el PCE, que, pese a su escasa influencia, trató por todos los medios a su alcance organizar una respuesta. El 31 de agosto, el PCE creó un comité del frente único en Madrid, junto con la CNT y la Federación de Grupos Anarquistas local, al cual los cenetistas de Barcelona y los socialistas se negaron a adherirse. El mismo día del golpe, los grupos madrileños del PCE y la CNT hicieron público un manifiesto anunciando la formación de un comité de acción para luchar contra la dictadura y la guerra de Marruecos. El PCE llamó en Bilbao a una huelga general de 24 horas, la única en todo el Estado español, en la que también participaron militantes socialistas.

La represión contra el PCE fue fulminante: en noviembre, destacados dirigentes de su comité central fueron encarcelados; en diciembre, las detenciones se extendieron a diversas ciudades. Hubo numerosos registros y clausuras de locales, y a partir de ese momento el partido fue perseguido incesantemente, con un comité central tras otro cayendo en manos de la policía. La dictadura de Primo cortó de cuajo el precario desarrollo del PCE, acentuando las enormes dificultades objetivas y subjetivas que habían condicionado su avance.⁵³

⁵³ “El fracaso del surgimiento [en el Estado español] de ese gran partido leninista se debió, en cierto grado, a causas puramente contingentes (...) su mayor desgracia fue el hecho de que (sobre todo, a causa de las habilidades tácticas de los socialistas anti-Comintern) nació tarde (en abril y noviembre de 1921) y, así, salió a escena cuando la ola revolucionaria de la posguerra y el entusiasmo pro-bolchevique ya habían sobrepasado la cima. Entre otras cosas, este retraso significó que el nuevo partido iba a encontrarse, en plena fase de formación, con toda la fuerza de las medidas represivas que siguieron a la muerte de Dato y al desastre de Annual: dos acontecimientos con los que los comunistas no tuvieron ninguna relación, pero por los cuales pagaron un alto precio. El partido sufrió severamente a resultas de las medidas gubernamentales, y el reiterado encarcelamiento de los militantes comunistas fue un obstáculo formidable para las actividades organizadoras y de afiliación”. Meaker, *op. cit.*, p. 613.

La resistencia al golpe en Catalunya fue nula. El plan de la CNT era llegar a un acuerdo con la UGT para lanzar una huelga general conjunta contra el golpe. A tal fin, Manuel Buenacasa se trasladó a Madrid para entrevistarse con Pablo Iglesias y convencerlo. Pero tanto este último como Largo Caballero, que también participó en la reunión, rechazaron la propuesta. “Durante los primeros cuatro años de la dictadura —señala José Peirats— la actividad de los militantes quedó reducida a una labor doctrinaria intermitente. Clausurados los sindicatos en Cataluña y suprimido el diario *Solidaridad Obrera*, subsisten en algunas capitales de provincias algunos periódicos con vida más o menos precaria”.⁵⁴ En la práctica, la CNT dejó de existir, golpeada por una represión sin tregua, en la que los anarquistas pudieron controlar los maltrechos comités clandestinos, aunque sin apenas influencia real entre los trabajadores.

Tras su comportamiento refractario hacia los grandes acontecimientos revolucionarios del trienio bolchevique, la actitud de las direcciones del PSOE y la UGT hacia el golpe no podía sorprender. Al conocerse en Madrid las noticias del pronunciamiento militar, las comisiones ejecutivas del PSOE y la UGT mantuvieron una reunión extraordinaria e hicieron público un manifiesto —firmado por Pablo Iglesias y Francisco Núñez, en nombre del partido, y Largo Caballero y Besteiro, por el sindicato— en el que, tras señalar que “ningún vínculo de solidaridad ni siquiera de simpatía política” les ligaba al gobierno golpista, llamaban al pueblo a no tomar ninguna iniciativa sin recibir antes las directrices de ambas organizaciones. Días después, en una nota oficiosa, “negaban que el Partido y la Unión hubieran autorizado a nadie para declarar movimientos ni algaradas que no creían oportunos en orden a la propia supervivencia del movimiento obrero. Al tiempo rechazaban la propuesta de frente único que se les había formulado”.⁵⁵

Es innegable que la experiencia de Mussolini inspiró a Primo de Rivera, al que calificó como “el apóstol de la campaña contra la anarquía y la corrupción política”. Pero, a pesar de sus deseos, Primo nunca contó con la base de masas de la que disfrutó el régimen fascista italiano en sus primeros años, una diferencia muy notable que pesaría decisivamente en el desenlace final.

Los grandes exponentes de la burguesía nacional, especialmente los empresarios catalanes, se implicaron activamente en el golpe: “La dictadura española —escribió Francesc Cambó más tarde— nació en Barcelona y la creó el ambiente de Barcelona, donde la demagogia sindical tenía una intensidad y una cronicidad intolerables”.⁵⁶ En palabras de Tuñón de Lara, “Cambó colmó de alabanzas ‘la obra que acaso en julio de 1917 no debieron retrasar [los generales] ni un minuto’ (...) En realidad, la Lliga [Regionalista] había apoyado entusiastamente el gesto del capitán general de Cataluña, que fue despedido por representantes calificados de la misma (y de la organización patronal Fomento del Trabajo) al tomar el tren para Madrid”.⁵⁷ Lo más granado del capital industrial y financiero, por no hablar de los grandes terratenientes, vio en la asonada de Primo el camino más efectivo para restablecer el orden: “Como capitán general de Barcelona y amigo íntimo de los empresarios textiles catalanes, Primo era perfectamente consciente de la amenaza anarquista a que estaban sometidos. Además,

⁵⁴ José Peirats, *La CNT en la revolución española*, AA La Cuchilla, Colombia, 1988, p. 39.

⁵⁵ Enrique Guerrero, *El socialismo en la dictadura de Primo de Rivera*, <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:DerechoPolitico-1978-1-13040&dsID=PDF>.

⁵⁶ Mercedes Cabrera y Fernando del Rey, *El poder de los empresarios. Política y economía en la España contemporánea*, Ed. Taurus, Madrid 2002, p. 194.

⁵⁷ Tuñón de Lara, *Historia y realidad del poder*, Edicusa, Madrid, 1967, p. 118.

por su procedencia de una familia terrateniente de Jerez, también tenía conciencia de las agitaciones campesinas del llamado trienio bolchevique de 1918 a 1921. Así pues, Primo era el defensor pretoriano ideal de la coalición de empresarios y terratenientes que se había consolidado durante la gran crisis de 1917”.⁵⁸

La actitud de las organizaciones socialistas hacia la dictadura marcó un punto de inflexión en su trayectoria histórica. El afán de preservar a cualquier precio los avances organizativos del pasado, puesta en cuestión por los años de ascenso revolucionario y la escisión comunista, sirvió de coartada para la colaboración con la dictadura. Los dirigentes del PSOE suministraron un gran balón de oxígeno para un régimen que representaba la negación completa del ideario socialista.

La posición del aparato del partido fue definida formalmente en la declaración que el Comité Nacional realizó el 9 de enero de 1924: “Por unanimidad, se decide que los socialistas no acepten cargos públicos que no sean de elección popular o representación oficial de organismos obreros y designados por estos directamente, rigiendo este acuerdo con carácter nacional a partir del momento en que se adopta”. En realidad, el aparato del PSOE estaba dominado por los parlamentarios, cuyos intereses y aspiraciones fueron bloqueados tras la supresión de las Cortes. Por su parte, la dirección ugetista, que había sido rebasada ampliamente en los años anteriores por la acción de los anarcosindicalistas, contemplaba la nueva situación abierta de una manera mucho más “práctica”. Con la CNT desarticulada y atomizada en pequeños grupos clandestinos, la posibilidad de que la UGT rentabilizase su actividad reformista y se convirtiese en el único referente sindical reforzó entre sus dirigentes la idea de colaborar y aprovecharse de los resquicios que la dictadura ofrecía. Una vez más, se manifestaba la tendencia de los sindicalistas al pragmatismo. Al fin y al cabo, la colaboración con la dictadura era la culminación lógica de un enfoque que aislaba la acción sindical de una perspectiva revolucionaria y que elevaba la colaboración de clases a quintaesencia de la política.

Los gestos conciliadores de los líderes socialistas hacia la dictadura se prodigaron en muchos planos. Cuando el directorio militar prohibió las manifestaciones del 1º de Mayo de 1924, las organizaciones socialistas acataron la prohibición. Fue la señal para una participación temprana en los órganos públicos del tinglado corporativo, y así, en el mes de junio, la Comisión Ejecutiva de la UGT consideró oportuna la participación de tres de sus miembros (Wenceslao Carrillo, Manuel Cordero y Francisco Núñez Tomás) en el Consejo Interventor de Cuentas, participación que se amplió más tarde a la Comisión Interina de Corporaciones del ministerio de Trabajo, a la que se incorporaron Largo Caballero y Andrés Saborit.

El dictador no tardó en ofrecer a Largo Caballero, secretario general de la UGT, un puesto en el Consejo de Estado, creado por real decreto en el mes de septiembre. El 25 de octubre de 1924 Largo Caballero tomó posesión de su cargo, decisión que fue ratificada por la ejecutiva del partido el 10 de diciembre, que de esta manera se saltó sin contemplaciones la resolución que el Comité Nacional había aprobado en enero de ese año.

La falta de escrúpulos políticos a la hora de participar en todo tipo de organismos de la dictadura, permitió a las organizaciones socialistas gozar de un grado de consentimiento del que por razones obvias jamás disfrutaron la CNT ni el PCE. Cuando se presentó la posibilidad, en 1927, de que conocidos dirigentes socialistas fueran nombrados por el dictador miembros de una Asamblea Nacional igual de fraudulenta, como mínimo, que

⁵⁸ Paul Preston, *La política de la venganza*, Ed. Península, Barcelona, 2004, p. 55.

el Consejo de Estado y otros montajes parecidos,⁵⁹ la dirección del PSOE emitió una decorosa *protesta*. En esta ocasión lo que se les pedía era demasiado, pues una representación socialista en la Asamblea de la dictadura hubiera significado echar por tierra toda la propaganda de décadas a favor de un régimen parlamentario democrático, una mancha que sería muy difícil de limpiar y que hubiese dado munición a todos los competidores del PSOE, comenzando por los republicanos y terminando por las organizaciones obreras a la izquierda de los socialistas.

EL PCE Y LA FORMACIÓN DEL ESTALINISMO

Las divergencias dentro del Partido Comunista de España no habían dejado de reproducirse desde el momento de la fusión, azuzadas por los enfrentamientos entre los dirigentes provenientes del PCE y del PCOE que se prolongaron durante bastante tiempo. Entre diciembre de 1921 a mayo de 1922, el surgimiento de una fracción netamente ultraizquierdista, encabezada por Juan Andrade y otros dirigentes procedentes del primer PCE, y su actividad contra la dirección marco una parte importante de la vida partidaria. Esta fracción que mantenía lazos políticos con los izquierdistas alemanes y holandeses, acusó a la mayoría procedente del PCOE de constituir una tendencia centrista. El grupo fue expulsado temporalmente del Partido y motivó una nueva intervención de la Internacional, esta vez representada en la persona de Jules Humbert-Droz, que trató de que cesaran los ataques y se reintegraran al Partido.

Las dificultades del desarrollo de las jóvenes fuerzas del comunismo español⁶⁰ se vinieron a complicar con los graves sucesos acontecidos en el XV Congreso de la UGT, en noviembre de 1922, en el que participaron militantes comunistas en representación de los sindicatos que dirigían. La agria polémica con la mayoría socialista, culminaron en el asesinato del obrero ugetista Manuel González Portillo, tras un enfrentamiento tumultuoso entre los delegados comunistas con el servicio de orden socialista. Este suceso, que acarrió la expulsión de la UGT de los sindicatos dominados por los comunistas, no sería el único en introducir confusión y debilitar aún más sus fuerzas. Los métodos de terrorismo individual para combatir a los socialistas, empleados por

⁵⁹ La UGT no sólo participó en el Consejo de Estado y en los comités paritarios de obreros y patronos organizados por la dictadura, también en la Comisión Permanente de Enseñanza Industrial, en el Consejo de Cultura Social, en la Junta Central de Emigración, en el Patronato de Ingenieros y Obreros Pensionados en el Extranjero, en la Caja General del Crédito Marítimo, en la Comisaría Sanitaria, en el Consejo Interventor de Cuentas del Estado, en la Comisión Interina de Corporaciones, en el Consejo de Trabajo... Guerrero, *El socialismo en la dictadura de Primo de Rivera*.

⁶⁰ En cuanto a las Juventudes Comunistas, Carlos Alejo señala: "Las reducidas dimensiones de la UJC son explicables porque el PCE que acababa de fundarse, se nutría fundamentalmente de cuadros jóvenes provenientes de las antiguas Juventudes Socialistas. Es decir, en un primer momento los comunistas jóvenes se dedican a la estructuración del partido, dejando en un segundo plano la creación de la Juventud Comunista. Sirvan como ejemplo algunas de las escasas cifras con que se cuenta de 1922: 487 afiliados en Asturias y 761 en Vizcaya, que eran las zonas de mayor implantación comunista. Para hacernos una idea comparativa de la implantación de la UJC en 1922, la FJS anterior a la escisión que crea el Partido Comunista Español, tiene más de 10.000 afiliados, que pasan al Partido pero no a la UJC. Otro dato numérico significativo puede ser la publicación de *El Joven Comunista*, órgano de prensa de la UJC, con una tirada que llegó a los 15.000 ejemplares en alguna ocasión." (Carlos Alejo Casado, 'De la Unión de Juventudes Comunistas a la Juventud Socialista Unificada'. En VVAA: *Historia del PCE*. Congreso 1920-1977. Volumen I. Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 285-297)

destacados comunistas en Vizcaya como José Bullejos, aisló aún más a la militancia comunista de las bases del PSOE y la UGT.

La crisis latente en las filas del Partido no se resolvió. La adhesión de los sindicalistas provenientes de la CNT catalana y valenciana añadió más tensión. En julio de 1923, se celebró el II Congreso del PCE y estalló un nuevo enfrentamiento interno a tenor de la participación de los sindicalistas encabezados por Maurin, cuya posición se vio reforzada por una carta a favor de sus posiciones electorales enviada desde el Comité Ejecutivo de la IC. Una situación que provocó la reacción en contra de la mayoría del CC y un núcleo de la oposición antiparlamentaria.

Con la proclamación de la Dictadura de Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, se agravó y aceleró la crisis del Partido: “La represión que desde esta fecha cayó sobre la totalidad del Partido, con detenciones masivas, condenó a éste a la total inactividad, y paulatinamente desde el año 1924 se fueron constituyendo desde Bilbao y Barcelona dos polos muy críticos contra el Comité Central surgido del II Congreso y culpable, según ellos, de la inactividad del Partido. En realidad se estaba allanando el camino a Bullejos hacia su ascensión definitiva a la Secretaria General del Partido, ascensión que se produjo a finales de 1925, en una Conferencia Nacional celebrada en Burdeos.”⁶¹

La llegada de Bullejos a la secretaria general no resolvió la lamentable situación que atravesaba el Partido. Con una gran cantidad de militantes encarcelados, incluidos cuadros dirigentes, muchos otros en el exilio, las filas comunistas se encontraban paralizadas y su actividad prácticamente limitada a la publicación de su órgano semanal *La Antorcha*, bajo la dirección de Juan Andrade. Esta situación interna se desarrollaba pareja al inicio del proceso de estalinización dentro del Partido Comunista de la URSS, y la lucha entablada por la Oposición de Izquierdas, dirigida por León Trotsky, contra el giro burocrático. Un desarrollo que condicionó y determinó toda la evolución posterior de la Internacional Comunista y, consecuentemente, de su sección española.

El proceso de la reacción burocrática no se puede explicar sin la gran influencia de la coyuntura internacional y las condiciones materiales en la que se desarrollaron los primeros años del joven Estado soviético. Desde que los bolcheviques instauraron la república de los soviets en Rusia, la crisis revolucionaria se contagió de un país a otro: Finlandia a comienzos de 1918 y Alemania y Austria en noviembre; en 1919, la insurrección espartaquista en Berlín y la proclamación de la república soviética en Hungría y Baviera; entre 1919 y 1921, Gran Bretaña vivió una oleada de huelgas y motines obreros; en 1920, el movimiento revolucionario y las ocupaciones de fábricas en Italia; en 1921, nueva insurrección en Alemania central; de 1918 a 1921, el trienio bolchevique en el Estado español; en 1923, insurrección en Bulgaria y crisis revolucionaria en Alemania; en 1924, insurrección obrera en Estonia...

La burguesía del continente se vio en grandes aprietos para sofocar la rebelión. Para lograrlo, además de recurrir a la violencia, utilizando para ello las tropas desmovilizadas por el fin de la guerra, los capitalistas se apoyaron en los dirigentes socialdemócratas, que se prestaron entusiastas a la tarea de aplastar a los obreros insurrectos. En Alemania, la actuación de la socialdemocracia y de las tropas de choque de la burguesía, reprimiendo y asesinando a miles de militantes comunistas, conjuró temporalmente la

⁶¹ Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, Ed. Península, Barcelona 1977, p. 18.

amenaza revolucionaria en 1919. Pero la correlación de fuerzas era tan desfavorable a los capitalistas, que los intentos de imponer una dictadura militar fracasaron: la violencia contrarrevolucionaria tuvo que combinarse con concesiones y reformas para aplacar a los trabajadores. La derrota de la revolución socialista en 1919 tuvo como subproducto el alumbramiento de un régimen de democracia burguesa: la república de Weimar.

La radicalización de amplios sectores de la clase obrera y el campesinado europeos dejó paso a un período de reflujo, que coincidió además con un agravamiento de la crisis económica. En aquellas condiciones adversas, avanzar en la construcción de los partidos comunistas equivalía a ganar posiciones firmes en el movimiento obrero y ligarse a las luchas defensivas de los trabajadores. Para vencer y derrocar a la burguesía había que fortalecer, perfeccionar y curtir el factor subjetivo de la revolución proletaria, es decir, el Partido Comunista, y conquistar el apoyo consciente de la mayoría de la clase obrera.

La burguesía aprovechó la derrota revolucionaria y la dura crisis económica para lanzar una ofensiva general contra los salarios y las condiciones de vida de los trabajadores. Las concesiones realizadas en los momentos más críticos de la ofensiva revolucionaria se recuperaban ahora con intereses añadidos. Los dirigentes de la Internacional Comunista plantearon un giro táctico hacia una política defensiva que, mediante acciones por reivindicaciones concretas —como aumentos salariales, reducción de jornada, subsidio obrero, derechos democráticos—, permitiese a los comunistas llegar a la base obrera de las organizaciones socialdemócratas. Esta táctica, aprobada en el III Congreso de la IC (1921) y que recibió el nombre de Frente Único, se resume en el lema “marchar separados, golpear juntos”. Los comunistas propusieron acciones a la socialdemocracia contra el enemigo común, pero garantizando la total independencia de su partido y la defensa del programa revolucionario. El llamado a la unidad de acción no sólo se dirigía a la base de la socialdemocracia, sino también a sus dirigentes, que obviamente reaccionaron con gran hostilidad. Los líderes de la Segunda Internacional no estaban dispuestos a emprender una lucha unitaria por ese tipo de reivindicaciones, y mucho menos cuando sólo podrían ser arrancadas a la burguesía mediante acciones de carácter revolucionario.

Los acontecimientos de 1917-1923 habían probado que la burguesía no abandonaría el poder sin una lucha encarnizada. La clase obrera pagó un precio muy alto por la derrota de la revolución en Europa, especialmente en Alemania, y el Estado obrero soviético quedó aislado en unas condiciones materiales espantosas, lo que originó fenómenos no previstos. El hundimiento de la economía y el retroceso a condiciones de barbarie, forzado por años de intervención imperialista contra la Rusia soviética, minó progresivamente las bases de la democracia obrera existente en los primeros años revolucionarios.

El punto de vista marxista sobre la transición al socialismo se apoya en una idea muy concreta: gracias a la expropiación de la burguesía y la socialización de los medios de producción, la planificación socialista de la economía bajo el control democrático de la clase obrera puede hacer avanzar las fuerzas productivas a una gran velocidad. Y esto es absolutamente necesario, pues sólo con un alto desarrollo de la industria y la agricultura y con un incremento constante de la productividad del trabajo se pueden crear las condiciones materiales para una sociedad sin clases. Una vez que la clase obrera sea liberada de la penosa tarea de bregar cotidianamente por su supervivencia, podrá emplear sus energías y talento en la administración de toda la vida social: la política, la economía y la cultura. Sin el control y la participación directa de las masas no puede existir la democracia obrera, el régimen de la dictadura proletaria.

Las dificultades materiales para aplicar las medidas que Lenin había señalado para la gestión, control y administración del Estado obrero se hicieron muy agudas. La lucha de clases en el seno de la URSS no tuvo tregua durante aquellos primeros años. Golpeados por la contrarrevolución y por unas condiciones objetivas extremadamente adversas, los bolcheviques expropiaron y nacionalizaron la inmensa mayoría de las fábricas, establecieron el monopolio del comercio exterior y procedieron a levantar una administración obrera. Pero las insuficiencias económicas eran muy grandes. El intercambio de mercancías entre el campo y la ciudad se redujo drásticamente. Toda la producción fue sometida a un régimen militar. En 1918 se nacionalizó el comercio interior y, para poder realizar de forma equitativa la distribución, la población se agrupó en cooperativas, subordinadas al Congreso de Alimentación. Este conjunto de medidas recibieron el nombre de *comunismo de guerra*.

En 1919, el porcentaje de obreros de la construcción se redujo un 66% y el de ferroviarios, un 63%. La cifra global de obreros industriales descendió de los tres millones de 1917 al 1.240.000 de 1920. El propio Lenin describió aquellas condiciones insoportables: “El proletariado industrial, debido a la guerra y la pobreza y ruina desesperadas, se ha desclasado, es decir, ha sido desalojado de su rutina de clase, ha dejado de existir como proletariado. El proletariado es la clase que participa en la producción de bienes materiales en la industria capitalista a gran escala. En la medida en que la industria a gran escala ha sido destruida, en la medida que las fábricas están paradas, el proletariado ha desaparecido. A veces aparece en las estadísticas, pero no se ha mantenido unido económicamente”.⁶²

En sus escritos sobre la revolución de 1917, Lenin definió las condiciones para un Estado obrero sano: 1) Elecciones libres y democráticas a todos los cargos del Estado. 2) Revocabilidad de todos los cargos públicos. 3) Que ningún funcionario reciba un salario superior al de un obrero cualificado. 4) Que todas las tareas de gestión de la sociedad las asuma gradualmente toda la población de manera rotatoria. “Reduzcamos el papel de los funcionarios públicos al de simples ejecutores de nuestras directrices, al papel de inspectores y contables, responsables, revocables y modestamente retribuidos (en unión, naturalmente, de los técnicos de todos los géneros, tipos y grados); ésa es nuestra tarea proletaria. Por ahí se puede y se debe empezar cuando se lleve a cabo la revolución proletaria”.⁶³

Sin embargo, en las condiciones materiales de Rusia esta perspectiva era inviable. Para construir el socialismo en Rusia se requería el triunfo de la revolución en al menos algunos de los países más desarrollados de Europa. Lenin nunca se engañó a este respecto: “Desde el principio de la revolución de Octubre, nuestra política exterior y de relaciones internacionales ha sido la principal cuestión a la que nos hemos enfrentado. No simplemente porque desde ahora en adelante todos los Estados del mundo están siendo firmemente atados por el imperialismo en una sola masa sucia y sangrienta, sino porque la victoria completa de la revolución socialista en un solo país es inconcebible y exige la cooperación más activa de por lo menos varios países avanzados, lo que no incluye a Rusia (...) Siempre hemos dicho, por lo tanto, que la victoria de la revolución socialista sólo se puede considerar final cuando se convierte en la victoria del proletariado por lo menos en varios países avanzados”.⁶⁴

⁶² Citado en Ted Grant, *Rusia. De la revolución a la contrarrevolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1997, p. 84.

⁶³ *Ibid.*, p. 104.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 78.

Las consecuencias de ese vasto fenómeno de atomización y dispersión de la clase obrera se revelaron dramáticas para la viabilidad de la democracia obrera. En muchos casos, las estructuras soviéticas dejaron de funcionar, los soviets, como órganos del poder obrero, declinaron o fueron sustituidos por los comités del partido. Las tareas de la administración del Estado eran cubiertas, cada vez en mayor proporción, por un número creciente de viejos funcionarios del régimen zarista, mientras los mejores cuadros comunistas servían en el frente como comisarios rojos o consagrados a la reconstrucción de la economía. Lenin, observaba con gran preocupación el rumbo que tomaban los acontecimientos. En el IV Congreso de la Internacional Comunista advirtió: “Tomamos posesión de la vieja maquinaria estatal y ésta fue nuestra mala suerte. Tenemos un amplio ejército de empleados gubernamentales. Pero nos faltan las fuerzas para ejercer un control real sobre ellos (...) En la cúspide tenemos no sé cuántos, pero en cualquier caso no menos de unos cuantos miles (...) Por abajo hay cientos de miles de viejos funcionarios que recibimos del zar y de la sociedad burguesa”. En otros escritos remachó la misma idea: “Echamos a los viejos burócratas, pero han vuelto (...) llevan una cinta roja en sus ojales sin botones y se arrastran por los rincones calientes. ¿Qué hacemos con ellos? Tenemos que combatir a esta escoria una y otra vez, y si la escoria vuelve arrastrándose, tenemos que limpiarla una y otra vez, perseguirla, mantenerla bajo la supervisión de obreros y campesinos comunistas a los que conozcamos por más de un mes y un día”.⁶⁵

A la falta de control por parte de la clase obrera se le unieron las dificultades para abastecer las ciudades y el hambre en el campo. Pronto se sucedieron estallidos y manifestaciones del campesinado y de la clase obrera contra la escasez. En 1921 se produjo un levantamiento agrario en Táybov; ese mismo año, la guarnición naval de Kronstadt se sublevó contra el poder de los soviets. Esta amenaza a la revolución era aún más grave que la agresión imperialista. El desgaste, la división en el campesinado y la escasez general obligaron a los bolcheviques a dar un giro. En 1921, la introducción de la Nueva Política Económica (NEP) supuso una gran concesión política con el objetivo de restablecer el intercambio comercial en el campo y aliviar la insostenible presión social y económica que se cernía sobre el Estado obrero.⁶⁶

Las viejas palabras de Marx planeaban sobre los líderes bolcheviques: “El desarrollo de las fuerzas productivas es prácticamente la primera condición absolutamente necesaria para el comunismo por esta razón: sin él, se socializaría la indigencia y ésta haría resurgir la lucha por lo necesario, rebrotando, consecuentemente, todo el viejo caos”. Pero, a pesar de la NEP, los problemas continuaron. En 1923, la divergencia entre los precios industriales y los agrarios aumentó. La productividad del trabajo en la industria era muy baja, lo que implicaba precios altos para los productos industriales, a la par que los beneficios obtenidos por los pequeños campesinos eran insuficientes para darles acceso a dichos productos. Al mismo tiempo, los *kulaks*, los campesinos acomodados, fortalecían su posición en el mercado comprando al pequeño productor y acaparando grano, convirtiéndose así en el único interlocutor del Estado en el mundo rural. Esto se

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 109-110.

⁶⁶ La NEP sólo puede entenderse desde la óptica de las condiciones hostiles que rodeaban la transición al socialismo en Rusia. En el X Congreso del PCUS se anunció la sustitución del sistema de requisa forzosa del grano por un impuesto en especie, con lo que los campesinos podían disponer de un excedente para comerciar en el mercado. El objetivo último era estimular la economía agrícola. Inicialmente se trataba de una experiencia limitada y supeditada a la economía planificada: el Estado siguió concentrando toda la industria pesada, las comunicaciones, la banca, el sistema crediticio, el comercio exterior y una parte preponderante del comercio interior.

reflejaba también en los soviets locales, donde la influencia de los kulaks era cada vez mayor. Las tendencias pro-burguesas en el campo crecían y se desarrollaban en paralelo al fortalecimiento y al aumento del peso de la burocracia.

Tras un período de tensiones colosales, esperanzas e ilusiones en el triunfo revolucionario del proletariado europeo, el péndulo giró y el reflujó de la clase obrera rusa, junto a su dispersión, el agotamiento de sus fuerzas y la desmovilización de millones de hombres del Ejército Rojo, jugaron un papel decisivo en la formación de la nueva burocracia. A finales de 1920, el número de funcionarios del Estado había pasado de poco más de 100.000 a 5.880.000, y seguía creciendo. Muchos no eran comunistas, ni siquiera obreros avanzados, sino que provenían del viejo aparato zarista; miles de ellos incluso fueron enrolados en el Ejército Rojo como especialistas militares, aunque bajo la supervisión de comisarios políticos. “La reacción creció durante el acoso de las dos guerras que siguieron a la revolución y los acontecimientos la nutrieron sin cesar (...) La joven burocracia formada precisamente para servir al proletariado se sintió árbitro entre las clases y adquirió una autonomía creciente”.⁶⁷

En medio de la escasez generalizada, el aparato burocrático aprovechaba su posición para obtener ventajas materiales y se independizaba cada vez más de cualquier control de la clase obrera. Las dificultades, tanto internas como externas, se convirtieron en la fuerza motriz del triunfo del estalinismo.

La burocratización y degeneración del Partido Comunista de la URSS y del Estado obrero en Rusia atravesó por diferentes etapas y cada una supuso un descenso mayor. A pesar de ello, la consolidación de la nueva casta dominante no fue algo sencillo: tuvo que librar una virulenta lucha en el seno del partido y de la Internacional Comunista contra el ala leninista representada por la Oposición de Izquierdas, que defendió consecuentemente el programa del bolchevismo y el internacionalismo proletario.

Como hemos señalado, la degeneración del Estado obrero se nutrió de los fracasos revolucionarios en Europa.⁶⁸ A finales de 1923, con Lenin gravemente enfermo, el *Triunvirato* dirigente del partido, Stalin, Zinóviev y Kámenev, lanzó una batalla sin cuartel contra Trotsky y emprendió el camino para hacerse con el control burocrático del Partido ruso y de la Internacional. En este periodo inicial las tradiciones del bolchevismo todavía estaban muy asentadas entre amplios sectores de la dirección y

⁶⁷ Trotsky, *La revolución traicionada*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1989. Este texto constituye la obra más acabada de Trotsky sobre la naturaleza social y política del estalinismo.

⁶⁸ En 1923 se produjo un nuevo punto inflexión. Como consecuencia de las aspiraciones imperialistas francesas y de la ocupación de la cuenca del Ruhr por parte del ejército francés, ese año estalló una nueva crisis revolucionaria. La respuesta de los trabajadores alemanes fue tremenda: se organizaron grandes huelgas de masas y un potente movimiento de delegados de fábricas emergió convirtiéndose en el referente de decenas de miles de trabajadores. Los obreros alemanes giraron hacia los comunistas, que ganaron la mayoría en numerosos sindicatos. También se empezaron a formar brigadas armadas. El Partido Socialdemócrata estaba desorientado y la burguesía profundamente dividida. Era el momento de una estrategia clara para tomar el poder. Pero cuando se requería la iniciativa y la decisión práctica de la dirección revolucionaria para empujar el movimiento hacia la victoria, el Partido Comunista Alemán (KPD) se mostró incapaz de asumir sus tareas. En lugar de conquistar, con una política enérgica, a la base descontenta de la socialdemocracia, que miraba con extraordinaria simpatía hacia los comunistas, la dirección del KPD vaciló agarrándose a la táctica de *frente único* de una manera formal, sin comprender que en ese momento las circunstancias habían variado rápidamente y era necesario pasar a la ofensiva. Por su parte, los consejos de los dirigentes de la Tercera Internacional implicados en el seguimiento de los acontecimientos en Alemania, Stalin y Zinóviev, a favor de parar la acción revolucionaria fueron completamente desastrosos: los trabajadores alemanes sufrieron la tercera derrota en tan sólo cinco años.

Lenin seguía siendo un obstáculo importante. En lo que ha pasado a la historia como su *último combate*, Lenin, muy afectado por la enfermedad, propuso a Trotsky un acuerdo político para luchar contra los desmanes del aparato, que se habían puesto de manifiesto con toda crudeza tras las aventuras de Stalin en Georgia y su manera chovinista de tratar la cuestión nacional. La alarma sonó en todos los rincones de la vida partidaria y se alzaron numerosas voces exigiendo la vuelta a las condiciones de democracia interna y libre discusión que siempre existieron en el seno del bolchevismo. Pero la tarea se enfrentaría a dificultades crecientes.

El 15 de octubre de 1923, 46 dirigentes bolcheviques hicieron pública una declaración demandando el fin del poder de los funcionarios y de la persecución contra los militantes que expresaban opiniones diferentes sobre el rumbo político del partido y de la dictadura proletaria. En este periodo, la discusión se centró en las amenazas económicas, políticas y sociales que estaba provocando el mantenimiento de la NEP, y la manera de superarlas con un giro decidido hacia la industrialización de la URSS.

En el marco del “gran debate”, diferentes dirigentes del Partido como Trotsky o Preobrazhenski defendieron reforzar los planes de industrialización a través de la intervención estatal: mediante un plan centralizado se lograría la transferencia del excedente agrícola a la industria para de esta manera superar la crisis de precios de los productos industriales y de consumo, necesarios tanto en el campo como en la ciudad, pero extraordinariamente elevados debido a la situación de atraso y baja productividad. Frente a estas posturas se situaría Bujarin, teórico del *socialismo en un solo país* y del desarrollo económico basado en la agricultura y el enriquecimiento del Kulak.

Trotsky, que permaneció en un principio al margen de la declaración de los 46, se solidarizó plenamente con ella publicando una serie de artículos bajo el nombre de *El Nuevo Curso*. En ellos trataba de analizar las causas del descontento interno y las contradicciones que surgían del choque entre los viejos hábitos de un aparato acostumbrado al trabajo clandestino y las nuevas necesidades de la sociedad soviética: la participación real de la clase trabajadora y las nuevas generaciones de comunistas en el control de todos los aspectos de la vida social, representaban una necesidad para mantener y estimular la dictadura proletaria.

Es la época en la que se fragua la campaña contra Trotsky y el “trotskismo”, calificativo inventado por el *Triunvirato* dirigente, y en la que se multiplican las acusaciones contra el fundador del Ejército rojo de “subestimar” al campesinado y la capacidad de la revolución soviética para avanzar hacia el socialismo. Una avalancha de artículos en los órganos de prensa soviéticos y del partido, firmados por Stalin y Zinóviev, se encargarían de desacreditar la obra de Trotsky, haciendo especial énfasis en el pasado no bolchevique del mismo. Trotsky se defendió escribiendo *Lecciones de Octubre*, una reafirmación de su posición leninista durante la revolución, y a la vez una denuncia del lamentable papel que en las horas decisivas jugaron algunos de los viejos bolcheviques a los que Lenin combatió en sus *Tesis de abril*.

La lucha entre la nueva burocracia emergente y la fracción leninista del partido, agrupada en la Oposición de Izquierdas está sobradamente documentada y no es este el espacio para un análisis pormenorizado de la misma. En cualquier caso, tras la muerte de Lenin, el poder de la burocracia se reforzó alimentado por la desmoralización de la clase obrera rusa y el fracaso de la revolución europea. Las esperanzas depositadas en la revolución mundial por millones de trabajadores soviéticos, que habían soportado pruebas titánicas tras años de conflictos armados y penurias materiales, sufrieron un duro golpe. El ascenso revolucionario dio paso a un periodo de repliegue, de reflujo “del

orgullo plebeyo” parafraseando a Trotsky, que tuvo su correspondencia dentro del partido en el avance de las fuerzas más conservadoras. Un nuevo aliento dominaba la organización bolchevique: el que provenía de los despachos, de la vieja casta de funcionarios del aparato del Estado que vieron una oportunidad de obtener prebendas y una posición confortable lejos de los riesgos y sacrificios de la revolución.

En el V Congreso de la IC, celebrado entre junio y julio de 1924, Stalin y Zinóviev proclamaron la “bolchevización” de las secciones nacionales, sometiendo a su control los aparatos de los partidos comunistas y eliminando a los discrepantes. Este fue el primer paso de muchos otros, y la dinámica de depuración, desatada, no tardó en volverse contra algunos de sus promotores.

Durante la primavera de 1925, las discrepancias en la troika dirigente estallaron cuando Stalin plantea, por primera vez en la historia del bolchevismo, la teoría del socialismo en un solo país. “En enero de 1925”, escribe Giuliano Procacci, “a la vez que el largo debate sobre el trotskismo iba tocando a su fin, Stalin reeditaba como prefacio al volumen *Camino de Octubre*, un escrito suyo en polémica con Trotsky que ya había aparecido el 20 de diciembre de 1924 en *Pravda*. Como es sabido, se trata de un escrito que alcanzó gran éxito y se reprodujo en las sucesivas ediciones de las *Cuestiones del Leninismo*. Es sabido, asimismo, que su éxito se debe al hecho que en ese trabajo se formula por primera vez la idea de la construcción del ‘socialismo en un solo país’ (...) Los acontecimientos y las discusiones de los meses siguientes probablemente contribuyeron en gran medida a fijar la atención sobre esa fórmula. En efecto, a fines de marzo se reunió en Moscú el *plenum* del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, donde el signo bajo el cual se desarrollaron sus tareas, fue la admisión de que agotada momentáneamente la gran ola revolucionaria abierta por la revolución de Octubre se había entrado poco a poco en un periodo de ‘estabilización relativa’ del capitalismo (...) En el mismo periodo en que se lanzaba la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, se desarrollaba otro debate en la escena política soviética, en cuyo centro se encontraba también la figura de Bujarin. El 17 de abril, éste pronuncia en el teatro Bolshói un discurso que iba a suscitar un amplio eco y viva polémica: en el mismo, Bujarin lanzaba como consigna para los campesinos ‘enriqueceos’ y delineaba la perspectiva política de una continuación por tiempo indefinido de la NEP y, por consiguiente, de una edificación del socialismo —como lo expresará en el curso de los debates del XIV Congreso (18-31 de diciembre de 1925)— a ‘paso de tortuga’ (...)”.⁶⁹

Stalin conectó con el ambiente de depresión y reflujo del movimiento obrero en la URSS, reforzado por las sucesivas derrotas de la revolución europea, y proporcionó una justificación teórica para todos aquellos burócratas que hartos de sacudidas, sacrificios y tensiones, podían sacar provecho de las nuevas circunstancias. “Las masas fueron apartadas poco a poco de la participación efectiva del poder” escribió Trotsky. “La reacción en el seno del proletariado hizo nacer grandes esperanzas y gran seguridad en la pequeña burguesía de las ciudades y del campo que, llamada por la NEP a una vida nueva, se hacía cada vez más audaz. La joven burocracia, formada originalmente con el fin de servir al proletariado, se sintió el árbitro entre las clases. Adquirió una autonomía creciente. La situación internacional obraba poderosamente en el mismo sentido. La burocracia soviética adquiría más seguridad a medida que las derrotas de la clase obrera internacional eran más terribles. Entre estos dos hechos la relación no es

⁶⁹ Giuliano Procacci, ‘Las posiciones en litigio’, en *El Gran Debate. II. El socialismo en un solo país* (textos de Stalin, y Zinóviev), Ed. Pasado y Presente, Córdoba, Argentina, 1972, pp. 1-2

solamente cronológica, es causal; y lo es en los dos sentidos: la dirección burocrática del movimiento contribuía a las derrotas; las derrotas afianzaban a la burocracia.”⁷⁰

El *thermidor* de la revolución rusa abrió paso al abandono del internacionalismo proletario y la revolución mundial, las divisas más importantes del programa bolchevique y del marxismo, sustituyéndolas por la teoría del socialismo en un solo país. “¿Qué significa la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país? — se interroga Stalin— “Significa la posibilidad de resolver las contradicciones entre el proletariado y el campesino con las fuerzas internas de nuestro país, la posibilidad de que el proletariado tome el poder y lo utilice para edificar la sociedad socialista completa en nuestro país, contando con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los demás países, pero sin que previamente triunfe la revolución proletaria en otros países”.⁷¹

La nueva fórmula reprobaba los fundamentos de la teoría marxista del socialismo, que parte del concepto de la economía mundial, no como una amalgama de partículas nacionales sino como una potente realidad con vida propia, creada por la división internacional del trabajo y del mercado mundial, que domina sobre los mercados nacionales. Paso a paso se preparaba la degeneración en líneas nacionales y reformistas de la burocracia estalinista, de forma que la posibilidad de construir una sociedad socialista en las estrechas fronteras nacionales de la URSS, no tardaría en adaptar la política de la Internacional Comunista a las necesidades de la nueva casta dirigente rusa, a sus intereses materiales y nacionales, y dado el caso, a sus pactos y acuerdos con los diferentes bloques de la burguesía extranjera y sus expresiones políticas.

Zinóviev y Kámenev denunciaron la nueva orientación reconociendo su responsabilidad en los ataques contra Trotsky. Pero el XIV Congreso del PCUS, celebrado en diciembre de 1925, ratificó la nueva teoría y el triunfo de la fracción burocrática. No será hasta la primavera de 1926, en la sesión del Comité Central de abril, cuando Trotsky, Zinóviev y Kámenev coincidan en las votaciones de las enmiendas a las resoluciones de Stalin-Bujarin sobre política económica. A partir de ese momento, la Oposición de Izquierdas se reforzó con la llegada de los partidarios de Zinóviev y Kámenev: la Oposición Conjunta haría su presentación pública en la sesión del CC de junio del mismo año.

Los métodos burocráticos se reflejaron inmediatamente en el debate interno. Las reuniones públicas en las que participan miembros de la oposición fueron atacadas por piquetes armados, mientras se generalizaba la violencia física para tapan la boca a los disidentes, los despidos de opositores se sucedían así como las expulsiones del partido. El bloque opositor acusó duramente estas presiones y empezó a agrietarse. Mientras algunos sectores se inclinaban por la escisión del partido, Trotsky rechazó enérgicamente esta opción defendiendo la lucha por el enderezamiento de la política partidaria, por la vuelta al programa leninista.

La oposición volvió a medir sus fuerzas en el debate en relación a la revolución China, en este caso en mayo de 1927, ante el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, donde Trotsky expone las tesis de la oposición. De nuevo la maquinaria se puso en marcha y la represión se extendió contra los opositores. A partir de abril de 1927 se produjeron las primeras detenciones de militantes de la Oposición de Izquierdas y los traslados forzosos: Preobrazhenski y Pyatakov fueron enviados a París junto con

⁷⁰ León Trotsky, *La revolución Traicionada*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2001, citado en Ted Grant, *Rusia de la revolución a la contrarrevolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 1997, p. 117.

⁷¹ Stalin, ‘Cuestiones del Leninismo’, en *El Gran Debate*, *op. cit.*, p. 118.

Rakovski; Antónov-Ovseyenko a Praga; Kámenev a Italia. Las expulsiones afectan a todos los niveles del partido y a las Juventudes (Komsomol), al tiempo que la censura de los escritos y los textos de los opositores arrecia. La Oposición de Izquierdas ante la negativa de la fracción estalinista de publicar su plataforma política de cara al XV Congreso, decide distribuirla clandestinamente. La reacción no se hace esperar: Miashkovski, Preobrazhenski, Serebriakov y otros 14 dirigentes bolcheviques son expulsados. Por su parte Trotsky y Zinóviev lo son del Comité Central el 23 de octubre, y del partido el 15 de noviembre.

Desde 1924, la burocracia estalinista emprendió toda una serie de zigzags políticos, correspondidos simultáneamente con purgas masivas de militantes en las organizaciones del partido y la Internacional. Entre 1924 y 1925, el apoyo a los *kulaks* y a los *nepmen* en el plano interior, se trasladó al internacional en la forma de acuerdos oportunistas y burocráticos con organizaciones reformistas y nacionalistas. Fue el caso de la política de subordinación impuesta al Partido Comunista Chino respecto al Kuomintang, que se saldó con la derrota de la revolución china en 1925-1927 y la masacre de miles de militantes y cuadros comunistas en Cantón y Shangai. También de la alianza política con la burocracia sindical inglesa, el llamado “comité anglo-ruso”, que facilitó una cobertura izquierdista a los dirigentes reformistas de las Trade Unions, para abandonar al ala izquierda de los sindicatos ingleses en el momento clave de lucha y preparar su derrota durante la huelga general de 1926.

Los errores de la dirección estalinista, con sus consiguientes resultados, fueron criticados duramente por la Oposición de Izquierdas (bolcheviques-leninistas). Trotsky y los cuadros de la Oposición exigieron el reestablecimiento de los principios de la democracia obrera en el partido, el Estado y los soviets; el abandono de la teoría del socialismo en un solo país, los bandazos a favor de la colaboración de clases y la vuelta a una firme política internacionalista y de independencia de clase. La Oposición de Izquierdas también advirtió de los peligros que acechaban a la economía planificada y sus conquistas, demandando planes inmediatos para asegurar la industrialización del país y combatir a la pequeña burguesía.

Tras utilizar a los *kulaks* y los *nepmen* como arietes contra la Oposición, la burocracia estalinista se enfrentó al peligro de ser liquidada por las mismas fuerzas sociales que había desatado. La posibilidad de la restauración capitalista en la URSS se convirtió en una amenaza real. La burocracia estaba acabando con la democracia obrera, es decir, con la participación democrática de las masas en la gestión y control del Estado, de la economía, la política y la cultura. Pero no estaba interesada en liquidar las relaciones sociales de producción nacidas de la revolución de octubre, esto es, la nacionalización de la economía, de la que obtenía una parte importante de sus privilegios e ingresos. A partir de 1927 Stalin, llevado por el pánico, imprimió un violento giro hacia posiciones “izquierdistas” y empezó la purga de la fracción dirigida por Bujarin, adalid de las concesiones a los *kulaks* y los *nepmen*. Utilizando métodos brutales, la burocracia impuso la colectivización forzosa de la tierra y un plan quinquenal para la industrialización del país, asumiendo de manera distorsionada uno de los principales puntos del programa de la Oposición de Izquierdas.

Inevitablemente este nuevo zigzag tuvo su reflejo correspondiente en la esfera de la Internacional en una nueva cabriola hacia el ultraizquierdismo y el sectarismo. El VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1928 después de un lapso de cuatro años, supuso la reafirmación en la teoría del socialismo en un solo país y un nuevo bandazo ultraizquierdista, conocido públicamente como el del *tercer período*.

En el lapso de estos años, las consecuencias del triunfo estalinista se sintieron en las filas del PCE. Bullejos, designado por la Internacional para reorganizar las exiguas fuerzas del PCE, no cesó en aplicar una política aventurera y conspirativa con el respaldo de los responsables de la Comintern.⁷² “El rasgo más sobresaliente de la gestión de Bullejos”, señalan Elorza y Bizcarrando, “antes incluso de regresar a España en 1926, fue su capacidad de sangrar un partido ya exangüe”.⁷³ En efecto, entre 1926 y 1927 la depuración se aceleró con purgas masivas de la dirección y la aparición de fuertes críticas en su seno, que no tardarían en cristalizar en nuevos reagrupamientos opositores. Fueron expulsados numerosos miembros del Comité Central elegido en el II Congreso, en su mayoría procedentes del PCOE, y destacados militantes de Asturias, Cataluña y Valencia.

No obstante, sería desenfocar la cuestión si se culpase en exclusiva a Bullejos de esta actitud “purificadora”. En sintonía con los nuevos aires que corrían en la Comintern, y que darían un salto de calidad depurativa en 1928, la posición de Bullejos era muy similar a la llevada a cabo en numerosos partidos comunistas europeos, sobre todo en el francés. De hecho, a pesar de la actitud ambigua que mantenía con algunos dirigentes como Maurín, que todavía pensaban en la posibilidad de ser catapultados a la secretaría general del Partido, el desconocimiento de la IC sobre la realidad política del Estado español, en plena fase de estabilización de la dictadura primorrriverista, era sorprendente. En la reunión del Presidium de la Internacional, el 7 de enero de 1927, se aprobó por doce votos contra cinco, y ante la oposición de los comunistas españoles, participar en las elecciones a la Asamblea Consultiva de Primo de Rivera, como medio para “impulsar” la movilización de masas contra la Dictadura. Era evidente que la dirección de la Internacional, y Togliatti en particular pues fue él quien justificó en el debate la iniciativa, estaban al margen tanto de lo que en verdad significaba esa “Asamblea” y sus fines, como de la situación de debilidad extrema del Partido para la lucha de masas.

El control burocrático y las exigencias a los militantes de impulsar campañas políticas que excedían su capacidad organizativa, pronto alentó la disidencia. Las manifestaciones de oposición a esta forma de conducir el partido se sucedieron: en la Federación Comunista Catalano-Balear (FCCB), dirigida por Maurín; en Valencia con Hilario Arlandis a la cabeza; en Madrid con Juan Andrade; en Asturias con Loredó Aparicio... En cualquier caso, estos agrupamientos opositores no pueden ser

⁷² “Desde Francia, y ante la persecución de que era objeto en su provincia, sale el 28 de octubre de 1924 con destino a Moscú el dirigente de la organización vizcaína José Bullejos, que había sustituido a Oscar Pérez Solís, reacio a emprender el viaje. Fue Pérez Solís quién propuso al CC del PCE que Bullejos fuera el miembro español del Comité Ejecutivo de la Internacional (...) La estancia en Moscú convierte a Bullejos en candidato privilegiado a la jefatura del partido, cuando se suceden las detenciones de Maurín y Pérez Solís. Esta vez es la Comintern de modo directo quién efectúa la designación. El 13 de abril de 1925 el Buró del Secretariado, a propuesta de Humbert-Droz, decide ‘enviar a España al camarada Bullejos para trabajo político’. Según su propio relato, no contradictorio con lo anterior, el nombramiento en Moscú como secretario general del PCE, con ‘amplios poderes para reorganizar el partido y reconstruir el Comité Central’ fue acordado por una comisión especial encargada de examinar la cuestión española, sobrada de nombres ilustres. La presidía Humbert-Droz, secretario para los países latinos, y formaban parte de ella Losovski y Nin (Profintern), Doriot, Marty y Semard (PCF), Gramsci y Berti (PCI), Alamnza (PCMex.), Smeral (PCCh), Maslow (PCA), Piatnitski y Vasilev (PCUS e IC), Codovilla (PCArg.) y Bullejos, Jesús Ibáñez y Julián ‘Gorkin’ (PCE)” (Antonio Elorza y Marta Bizcarrando, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Ed. Planeta, Barcelona 1999, p. 52).

⁷³ *Ibid*, p. 55.

considerados como homónimos de la Oposición de Izquierdas rusa, su actitud era exclusivamente antibullejista y mantenían su fidelidad hacia la Internacional.⁷⁴

Bullejos, y sus seguidores, respondieron a sus detractores apelando a una “disciplina de hierro, única garantía de una acción eficaz” y al “régimen interior de dictadura, sin el cual ninguna labor será posible”.⁷⁵ Una reacción que lejos de resolver las carencias partidarias las profundizó, reforzando a la oposición en Catalunya, Valencia y Madrid. La parálisis interna del Partido, sumado a la fuerte represión, hundió las cifras de militancia: las fuerzas del PCE rondaban los 500-1.000 afiliados para finales de 1926, una situación que se prolongó, en términos generales, hasta la caída de la Dictadura.⁷⁶

Los intentos de la dirección bullejista y de la IC por reactivar la organización no cosecharon los frutos esperados a pesar de ciertos avances innegables. En 1927 el PCE aumentó sus efectivos tras el ingreso colectivo de una parte de los cuadros sevillanos de la CNT (entre ellos José Díaz), con una influencia significativa entre la clase obrera de la provincia. Como señala Pagès: “Más importante que este Pleno [se refiere a la reunión del CC de Durango] fue la incorporación dentro del Partido de un buen número de militantes de Sevilla, procedentes de la CNT, y que poseían fuerza real en los sindicatos sevillanos más importantes y controlaban los de Transportes, Obreros del Puerto, Panaderos, Metalúrgicos, Cigarreros, Aceituneros, Dependientes de Bebidas, Camareros y Tipógrafos. El grupo, dirigido por Manuel Adame, estaba formado por militantes que alcanzarían una ascendencia real en el Partido y entre los que se encontraban José Díaz, Manuel Roldán, Antono Mije, Carlos Nuñez, etc.”⁷⁷ También hubo otros éxitos, como la participación activa del Partido en la huelga general en Vizcaya en octubre de 1927, coincidiendo con la inauguración de la Asamblea Nacional convocada por Primo de Rivera, o en la huelga de los mineros asturianos contra la prolongación de la jornada laboral y en demanda de aumentos salariales.

La intervención en estas acciones de protestas provocó una nueva oleada represiva y la detención de varios miembros del Comité Central del Partido, entre ellos Bullejos por su actuación en la huelga asturiana. En cualquier caso, esta aparente progresión se vio obstaculizada, y frenada, por la escasez de dirigentes preparados y, sobre todo, por los efectos políticos del ascenso del estalinismo en la URSS y en la Internacional Comunista.

En ese periodo, se produjo una confrontación decisiva entre la dirección bullejista y Maurín, caracterizado por Elorza y Bizcarrando como “un conflicto que no tiene contenido político alguno y es una simple persecución personal basada en imputaciones calumniosas contra el político aragonés”. Es interesante observar cual fue la reacción de la dirección de la IC ante las acusaciones. Trilla, en calidad de delegado del PCE en Moscú, formuló las acusaciones ante la Comisión de Control de la Comintern, el 19 de marzo de 1928: “actividad fraccional, relaciones con la policía, salida de España sin autorización del CC del PCE...” No hay que olvidar que Maurín había pasado casi tres años en la cárcel y su liberación, en plena oleada represiva y detenciones de comunistas y anarcosindicalistas, fue aprovechada por la dirección del Partido para insinuar abiertamente sus vínculos con la policía. En la reunión en la que Trilla presentó el “caso”, y que estaba presidida por Humbert-Droz, se exigieron pruebas fidedignas de las

⁷⁴ Pelai Pagès, *Historia del trotskismo español*, op. cit., p. 19.

⁷⁵ Resolución del Comité Ejecutivo contra la política de destrucción de la derecha y por el establecimiento de la disciplina en el Partido, *La Antorcha*, nº 219, febrero de 1926.

⁷⁶ Los datos varían entorno a estas cifras según las fuentes.

⁷⁷ Pelai Pagès, *Historia del Partido Comunista de España*, op. cit., p. 124.

relaciones policiales de Maurín, sin que el delegado español pudiera aportar nada solvente. Maurín, que se desplazó a Moscú en abril y participó en la sesión de la Comisión el 23 de ese mes, logró que las acusaciones fueran rechazadas y que se redactase una resolución en la que se reconocía “la ausencia de todo fundamento para la acusación contra el camarada Maurín de haber cometido actos indignos de un comunista, y advierte al camarada Trilla que no es admisible que se comporte a la ligera hacia el honor revolucionario de un camarada, como lo ha hecho respecto al camarada Maurín”.⁷⁸ El triunfo de Maurín se extendió también a la reunión del Secretariado Político del 18 de mayo, que abordó los asuntos concernientes al PCE adoptando una posición inspirada por aquél. No obstante, en los entresijos de la Internacional se estaba preparando un nuevo viraje político: las posiciones de Bujarin al frente de la Comintern fueron liquidadas en 1928, y Maurín caería en desgracia nuevamente.

Las decisiones adoptadas en el VI Congreso de la Comintern, celebrado entre julio y septiembre de 1928, y que fueron ratificadas en el III Congreso de la sección española reunido en París en agosto de 1929,⁷⁹ encerraron al PCE en una política cada vez más sectaria, abriendo una nueva fase de disgregación, y certificando su aislamiento de los batallones pesados del movimiento obrero. Una capa de dirigentes y militantes abandonó la militancia; otros, se reintegraron al PSOE, como fue el caso de García Cortés o César Rodríguez González; algunos como Oscar Pérez Solís se convirtieron al catolicismo y pasaron a las filas de la reacción, igual que Ramón Merino Gracia, primer secretario del Partido Comunista Español, que fue ganado al sindicalismo amarillo pro patronal. En las filas de los diferentes grupos de oposición, la situación era políticamente muy confusa.

La Federación Catalana-Balear de Maurín, y las Agrupaciones de Madrid y Valencia estaban unidas en su lucha contra Bullejos, pero eran escasas sus críticas al estalinismo esperando un reconocimiento hacia sus posiciones por parte de los dirigentes de la IC. A pesar de la profundidad de la crisis del Partido, y de que el delegado de la IC en el III Congreso del PCE, en el mejor estilo estalinista, acusó a la dirección nacional del desastre en el que se encontraba la organización, las cosas siguieron igual. Bullejos, Trilla, Adame y Arroyo, los dirigentes que efectuaron la lucha interna contra los disidentes en el marco de la campaña contra el “trotskismo” y el “fraccionalismo”, y asumieron obligadamente el giro ultraizquierdista de la Internacional, se mantuvieron al frente del Partido. Lo mismo ocurrió con Maurín, que siguió manteniendo el liderazgo de la FCCB con la pretensión de que la Internacional Comunista rectificase y confiase en él la dirección.

⁷⁸ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 59.

⁷⁹ El congreso de París fue, en palabras de Elorza y Bizcarrando, “una mísera asamblea con quince asistentes más el representante de la Comintern (‘Garlandi’, Ruggero Grieco) (...) Retrospectivamente, Maurín fijó en el Congreso de París el principio del fin de su singladura como comunista oficial: ‘Históricamente la ruptura con la Federación Comunista Catalano-Balear (el grupo de *La Batalla*), que más tarde se transformó en Bloque Obrero y Campesino, tuvo lugar en el Congreso de París, oficialmente el III del partido al negársele la participación’...” (Antonio Elorza, *Ibid.*, p. 62) “Según Maurín, en el conclave español, a pesar de una escasa asistencia, fueron defendidas las posiciones de la Federación Comunista Catalana-Balear en las que se exponía que la futura revolución española sería democrática y, por tanto, el eje de agitación del Partido tendría que ser a favor de la “República federal Democrática”, tesis que fueron rechazadas por el delegado de la IC en la reunión, el italiano Grieco” (Pelai Pagés, *Historia del Partido Comunista de España, op. cit.*, p. 127).

LA LUCHA DE MASAS Y EL DERRUMBAMIENTO DE LA MONARQUÍA

Las dificultades de la Dictadura primorriverista para legitimarse empezaron a aflorar con el descenso de la actividad económica. Enfrentada a los problemas de financiación, a un creciente déficit público y a la especulación, la dictadura se vio obligada a paralizar o disminuir una parte considerable de sus obras públicas. La caída de la inversión estatal, así como el final de las obras para las exposiciones universales de Barcelona y Sevilla, influyeron directamente sobre las condiciones de vida de la clase obrera. Las ventajas que la dictadura obtuvo del boom económico anterior, que mal que bien había provocado un aumento del empleo, se transformaron en su contrario: los salarios de los trabajadores sin cualificar cayeron en picado, pero los de otros sectores también disminuyeron considerablemente, como los de la minería. El número de parados empezó a crecer, mientras los productos de primera necesidad sufrían una escalada inflacionista. Hubo un descenso general del nivel de vida, pero los que se llevaron la peor parte, como era habitual, fueron los jornaleros y campesinos pobres.

La reacción de Primo ante las complicaciones que se le presentaban, le llevaron a emprender una huida hacia delante, en un intento desesperado por mantener la dictadura. Pero la crisis general de la sociedad indujo a una creciente pérdida de sus apoyos. El 30 de julio de 1929, el dictador hizo público un real decreto por el que se ampliaba la Asamblea Nacional Consultiva, buscando la colaboración de los antiguos representantes del sistema pseudoparlamentario de la Restauración. En su proyecto incluía la redacción de una nueva constitución. Con este paso, la dictadura manifestaba el grado de decadencia y descomposición en el que se encontraba. Primo también ofreció cinco representantes a la UGT, con la novedad de que serían designados libremente por el sindicato. Esta confesión de debilidad señaló el comienzo de un viraje táctico por parte de los dirigentes ugetistas y del PSOE.

Mientras tanto, los partidos republicanos comenzaron una tarea de reagrupamiento: la Acción Republicana, dirigida por Manuel Azaña, y el Partido Republicano Radical, de Alejandro Lerroux, se unieron en la Alianza Republicana, sin hacer ascos a viejos políticos que abandonaban el edificio carcomido de la monarquía. También el movimiento obrero, pasivo durante años, adquirió un nuevo impulso al calor de la crisis económica. La CNT volvió a restablecer su fisonomía orgánica y su actividad, aunque dividida entre los sectores que propugnaban una acción esencialmente sindicalista, encabezados por Ángel Pestaña, y los partidarios del viejo programa anarquista, agrupados en la Federación Anarquista Ibérica, que había sido fundada en 1927.

La oposición y el descontento con la dictadura se extendieron a diferentes capas de la sociedad. La cuestión nacional catalana se agudizó, creándose las bases para la escisión del movimiento nacionalista y alumbrando el embrión de la futura Esquerra Republicana de Catalunya. El grupo de Francesc Macià (Estat Català) incluso intentó organizar desde Francia un alzamiento armado contra el régimen, que no prosperó.

El descontento prendió entre la pequeña burguesía que, tras haber apoyado, activa o pasivamente, el golpe militar, ahora era presa de los efectos de la crisis económica y el desencanto.⁸⁰ La intelectualidad burguesa y pequeñoburguesa manifestó un grado

⁸⁰ La declaración de los comunistas españoles organizados en la Oposición de Izquierdas analiza bastante acertadamente este fenómeno: “La crisis financiera, la carestía subsiguiente de la vida y la política descarada de latrocinio efectuada por los dictadores y dictadorzuelos de toda laya (...) agravó extraordinariamente la situación económica de la clase trabajadora y de las masas pequeñoburguesas.

importante de distanciamiento y oposición. Ortega y Gasset fundó la Agrupación al Servicio de la República, Miguel de Unamuno se autoexilió y Ramón del Valle-Inclán colaboró en la creación de la Alianza Republicana. La represión se extendió a la prensa, con la clausura de diferentes diarios de oposición liberal. En las universidades, los jóvenes estudiantes de clase media se convirtieron en un ariete de las movilizaciones callejeras contra Primo de Rivera. El desafecto cundió incluso entre sectores del ejército: en enero de 1929 se produjo el complot de Sánchez Guerra, en el que participaron viejos políticos monárquicos en tránsito hacia el republicanismo burgués y que contó con el respaldo de sectores de la dirección de CNT.

Sintiendo el suelo temblar bajo sus pies, Primo de Rivera le propuso a Alfonso XIII un programa para mantener en lo esencial el entramado institucional de la dictadura, una nueva constitución y nuevas leyes que serían debatidas y aprobadas por esa Asamblea ampliada que proyectaba. Pero, para aquel entonces, los sectores fundamentales de la burguesía ya habían abandonado la dictadura a su suerte, conscientes de que era incapaz de resolver una crisis política y económica de tanta envergadura. El desamparo del dictador era también visible para el rey que, comprometido con él hasta los tuétanos, fue entendiendo, por la fuerza de los acontecimientos, que su continuidad podría tener consecuencias dramáticas para la institución que encabezaba. Se imponía un cambio de tercio con el objetivo de salvar la monarquía. Finalmente, en la noche del 30 de enero de 1930, el rey aceptaba la retirada de Primo de Rivera, poniendo punto y final a seis años de régimen.

El colapso de la dictadura abrió las compuertas a un movimiento revolucionario que ejerció una fortísima presión sobre el conjunto de las organizaciones políticas opositoras. Como ya había ocurrido en otros momentos críticos de la lucha de clases, especialmente en la gran huelga de agosto de 1917, las direcciones de las organizaciones obreras no se apoyaron en su base militante, en los grandes batallones de la clase trabajadora y en los campesinos pobres, que demostraron una voluntad de lucha inigualable, sino que concentraron todas sus esperanzas en los acuerdos con los republicanos burgueses y los advenedizos que abandonaban el barco que se hundía.

Tras la caída de Primo, el jefe de la casa militar de Alfonso XIII, Berenguer, fue el encargado de intentar salvar a la monarquía y, de paso, a la oligarquía. En febrero de 1930 formó un nuevo gobierno integrado por representantes cualificados de la aristocracia, el clero y el ejército, pero por más que se intentase preservar el régimen monárquico era imposible ocultar su crisis terminal.

En aquellos meses turbulentos, el Partido Comunista de España no había logrado romper el cerco con el que la política estalinista y la represión gubernamental le impedían avanzar y conquistar raíces profundas en el movimiento obrero. La *dictablanda* de Berenguer se vio obligada a reestablecer los derechos de reunión y

Esto tuvo consecuencias fatales para la dictadura (...) El cambio efectuado por la pequeña burguesía tuvo consecuencias no menos trascendentales. Las masas pequeñoburguesas, que durante los años 1917-1920 vieron con indudable simpatía el movimiento obrero revolucionario, se sintieron presas del más profundo desengaño ante el fracaso del mismo. Decepcionadas del régimen parlamentario, decepcionadas de la clase obrera, volvieron esperanzadas los ojos hacia el dictador. Pero el desencanto no tardó en llegar. Agobiada por los impuestos y las dificultades económicas crecientes, la pequeña burguesía fue volviendo la espalda al dictador y, persuadida de que la monarquía era la causante de todos sus males (el rey había tenido una participación personalísima en la instauración de la dictadura), vio en la república el remedio radical a los mismos. El movimiento republicano tomó un poderoso impulso". Tesis, redactada por Andreu Nin, aprobada por la III Conferencia de la Oposición de Izquierdas en España; en *Comunismo (1931-1934). La herencia teórica del comunismo español*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978, pp. 58-59.

organización, pero el PCE seguía todavía en la clandestinidad. Una amnistía del gobierno permitió a Bullejos y a otros dirigentes recobrar la libertad, pero esto no supuso una reorientación política de la dirección, que seguía empeñada en su visión particular de los acontecimientos políticos españoles, menospreciando las perspectivas revolucionarias que se abrían a corto plazo. Según la Federación Comunista Catalana-Balear la imprevisión del grupo liderado por Bullejos era completa: “El desmoronamiento de la dictadura militar, que pudo haberse seguido paso a paso desde un año antes, sorprendió a la dirección del PCE, que se quedó viendo visiones, extrañada de que una cosa tal hubiera podido ocurrir. Ni en las semanas que precedieron a la caída de Primo de Rivera, ni en las que le siguieron, nuestro partido hizo acto de presencia (...) Esta ceguera política de la fracción dirigente condujo al partido al borde del suicidio.”⁸¹ Posiciones que no eran casuales, sino la continuación lógica de las defendidas por los dirigentes de la IC.

El Secretario Ejecutivo de la Internacional Comunista, Manuilski, caracterizaba así los acontecimientos que habían provocado la caída de Primo de Rivera: “Es necesario darse cuenta claramente de que, a pesar de las formas de guerra civil a las que da salida el impulso revolucionario de España, la clase obrera no tiene por el momento más que un papel ínfimo en este movimiento. Por ello los movimientos de este tipo desfilan por la pantalla de la historia como un simple episodio que no deja huellas profundas en el espíritu de las masas trabajadoras ni enriquecen su experiencia de la lucha de clases. Una huelga parcial puede tener para la clase obrera internacional una importancia más sugestiva que una ‘revolución’ como la española, que se realiza sin que el PCE y el proletariado ejerzan en ella su papel dirigente”.⁸² Con semejante “orientación”, mezcla del desdén arrogante del burócrata y de una ignorancia total de los hechos analizados, no resulta difícil entender la actitud de la dirección del PCE en 1931, cuya expresión más acabada se plasmó en las jornadas que culminaron en la proclamación de la República.

En las filas de la burguesía, las divergencias sobre el rumbo a tomar crecían día a día. Un sector abogaba por la represión, mientras otro, el más sutil e inteligente, se inclinaba por la reforma. A su manera, ambos tenían razón y se equivocaban a la vez. Las concesiones políticas podrían estimular, como así ocurrió, un auge del movimiento de las masas. Pero un nuevo golpe militar no sólo no resolvería nada, sino que amenazaba con provocar un estallido revolucionario difícil de contener. Ante el cariz que tomaba la situación, muchos políticos burgueses se inclinaron por desviar el curso revolucionario de los acontecimientos, animando una salida “democrática”. Individuos que habían construido su reputación política reprimiendo las luchas obreras y sirviendo fielmente a la monarquía, de la noche a la mañana se convirtieron en republicanos y “demócratas”. Personajes como Miguel Maura o el ex ministro monárquico Niceto Alcalá Zamora⁸³ juraron su adhesión a la República. Otros muchos siguieron su camino. Los auténticos motivos de esta milagrosa conversión no eran inocentes. Miguel Maura lo reconoció en sus memorias: “Si dejamos que este proceso sin dirección y sin control se desarrolle, sus

⁸¹ Citado en Joan Estruch, *Historia del PCE (1920-1939)*. El Viejo Topo, Barcelona 1978, p. 55

⁸² Pierre Broué, *La revolución española*, Ed. Península, Barcelona, 1977, p. 153.

⁸³ Niceto Alcalá Zamora (1877-1949) y Miguel Maura (1887-1971). Latifundista y ex ministro de Alfonso XII el primero y aristócrata y diputado en las Cortes monárquicas el segundo, ambos fueron fundadores de la Derecha Liberal Republicana a finales de 1930. El enfrentamiento entre ambos, provocado por la defensa del propio prestigio, les llevó a encabezar partidos fantasmas sin ningún apoyo popular. Los seguidores de Alcalá Zamora formaron en junio de 1931 el Partido Progresista y los de Maura, el Partido Republicano Conservador.

resultados no pueden ser otros que una revolución profunda en la que no quedará del viejo Estado monárquico nada en pie: la ola popular lo barrerá todo y España será un inmenso soviet, y anarquista, por añadidura”.⁸⁴

La lucha contra la monarquía encontró su pilar más firme, como no podía ser de otra manera, en la clase obrera, que le dio un tono revolucionario incuestionable. “Durante la primavera y el verano [de 1930] —escribe Joaquín Maurín— la marea huelguística lo invade todo. Cada día surgen nuevas huelgas. Los obreros que van a la vanguardia son los de la construcción. Los peones reflejan el malestar que existe en el campo, de donde proceden en su mayor parte. En casi todas las huelgas, los obreros rehúsan la intervención de las comisiones de arbitraje, creadas por la dictadura de acuerdo con la socialdemocracia. La lucha adquiere abiertamente un carácter de acción directa. Un gran número de huelgas constituyen una victoria para la clase trabajadora. Otras terminan con el fracaso, pero el movimiento obrero se templea en el combate y se presenta cada vez más aguerrido. Aun después de la derrota, las masas proletarias contemplan el porvenir con absoluta confianza. Un soplo de optimismo lo anima todo. Las huelgas económicas no son más que el prólogo de una gran movilización política de masas. La primera explosión proletaria declaradamente política es la huelga general de Sevilla, a fines de junio. La huelga general de Sevilla, inesperada para la burguesía, que, en sus cálculos, hacía abstracción de la clase obrera, retumba como un cañonazo (...) La explosión de Sevilla constituye el toque a la ofensiva proletaria, y poco a poco, los trabajadores van ocupando el primer plano del combate. En septiembre se subleva casi toda Galicia. Los obreros y campesinos de las provincias de Lugo, Orense y Coruña se yerguen contra la dictadura, arrastrando tras de sí a la pequeña burguesía (...) Pocos días después surge en Barcelona la huelga general del ramo de la construcción. Treinta y siete mil obreros se mantienen en paro durante cinco días (...) A comienzos de octubre le llega el turno a Bilbao. La clase obrera de Bilbao se alza en masa. La huelga general tiene el sabor de una formidable batalla revolucionaria. Los obreros asaltan los depósitos de armas y las fuerzas del gobierno tienen que batirse en retirada durante algún tiempo. El despertar obrero se generaliza. Málaga y Vitoria siguen a Bilbao. La ofensiva gana cada día en intensidad (...) A mediados de noviembre surge inesperadamente la huelga general en Madrid y, como reflejo, la de Barcelona, que ponen de manifiesto que el movimiento obrero sigue un ritmo de ofensiva política en ascenso. La huelga general, de Madrid y Barcelona, señala el crecimiento de la madurez política de la clase obrera en acción (...) A Barcelona le sigue Valencia en la movilización obrera, y a Valencia, Cádiz (...) Durante los seis meses que van de junio a diciembre, el movimiento huelguístico, la movilización, se hace, al mismo tiempo que en las grandes ciudades, en las de segunda y tercera categoría, e incluso en algunos pueblos y aldeas”.⁸⁵

En efecto, la situación política española se había transformado en una auténtica crisis revolucionaria que no se resolvería de inmediato. La ausencia de una dirección obrera a la altura de las circunstancias provocó su prolongación a través de diferentes etapas, incluida la república democrática y parlamentaria. Como antaño, y actuando con fidelidad hacia una tradición muy arraigada, la política vacilante y de colaboración de clases de los principales líderes del PSOE y la UGT permitió a los representantes de la burguesía y la pequeña burguesía republicanas hacerse con el protagonismo, asumiendo

⁸⁴ Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Ed. Ariel, Barcelona, 1966. Citado por Abel Paz, en *Durruti en la revolución española*, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001, p. 321.

⁸⁵ Joaquín Maurín, *La revolución española: de la monarquía absoluta a la revolución socialista*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 69-73.

una dirección política que en absoluto les correspondía. En palabras de Grandizo Munis: “A medida que pasaba el tiempo, aparecía más imprescindible sacrificar la monarquía para salvar el sistema capitalista. Entonces se vio a representantes del clero y los latifundistas, como Alcalá Zamora, alzar el crucifijo junto al gorro frigio de la República. Maura, hijo de un conocido político monárquico del mismo nombre, hizo otro tanto. Sánchez Guerra, un primer ministro de su majestad, sin declararse republicano, citaba versos llamando gusano al rey, mientras su hijo —uno de esos personajillos por herencia— brincaba al campo republicano como asistente de Alcalá Zamora. Un monárquico impenitente, Osorio y Gallardo, atribuía ideas republicanas inclusive a su gato y se confesaba ‘monárquico sin rey’ presto a servir a la República. El viejo y degenerado Partido Republicano, que dirigía el venal Lerroux asistido por Martínez Barrio, empezó a recibir adhesiones de burgueses y mensajes secretos de generales que presentían la tolvenera revolucionaria. Igualmente, discursaba y prometía el oro y el moro el Partido Radical-Socialista, remedo herriotista⁸⁶ de Marcelo Domingo y Álvaro de Albornoz. Y como los socialistas, deliberadamente, y los anarquistas, tácitamente, se mantenían en un segundo plano, los republicanos burgueses aparecían como los principales conductores y catalizadores del movimiento”.⁸⁷

La teoría etapista de la revolución volvió a desplegarse con intensidad por los teóricos del PSOE con el pretexto de que, para liquidar la monarquía y establecer un régimen parlamentario y constitucional, era prioritario aupar al poder a las fuerzas republicanas burguesas. Existía casi un consenso universal, que también incluía a las cúpulas sindicales, de que la lucha contra la monarquía lo disculpaba todo. Aunque la UGT y, sobre todo la CNT, organizaban un gran número de huelgas, ambos sindicatos carecían de una política independiente frente a las maniobras de los republicanos liberales. Los líderes anarcosindicalistas, imbuidos de prejuicios antipolíticos, en la práctica no actuaron de forma muy diferente a los líderes socialistas y brindaron su colaboración a los “comités revolucionarios” organizados por estos y los republicanos burgueses.⁸⁸

Las ilusiones de los líderes socialistas en que la crisis podría conducir a una revolución democrática burguesa favorecieron que la política de colaboración de clases se profundizase. A través del pacto de San Sebastián —cuyos paralelismos con el comité revolucionario organizado en 1917 eran más que evidentes—, se acordó un plan de acción para proclamar la república y constituir un gobierno provisional, que tendría que llevarse a cabo en el mes de diciembre. La reunión que alumbró el acuerdo, celebrada el 17 de agosto de 1930 en el ateneo de San Sebastián, contó con “ilustres” asistentes: Lerroux, Marcelino Domingo, Azaña, Casares Quiroga, Alcalá Zamora, Maura, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, entre otros.

Los líderes socialistas consideraron el concurso del movimiento obrero, que había dado sobradas muestras de su enorme fuerza en aquellos meses, como un elemento secundario. Apartando a los trabajadores del centro de la estrategia, negando su papel protagonista por el temor evidente a no poder controlarlos, los dirigentes del PSOE y la UGT colocaron a los mandos militares de simpatías republicanas en el vértice de sus

⁸⁶ Referencia a Édouard Herriot, dirigente del Partido Radical Socialista francés que en los años 30 del siglo XX participó en un gobierno de unidad nacional.

⁸⁷ Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria*, Ed. ZYX, Madrid, 1977, p. 79.

⁸⁸ “La participación de la CNT había sido aceptada, en principio, en una entrevista que celebraron en Barcelona el 29 de octubre los delegados del Comité Miguel Maura y Ángel Galarza, con Joan Peiró y Pedro Masón en nombre de la central sindical. Pero la decisión definitiva fue tomada en el Pleno Nacional de Regionales del 17 de noviembre”. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, op. cit., p. 300.

maniobras, en lugar de organizar y preparar política y militarmente la insurrección, a través de la huelga general indefinida en las fábricas, tajos y latifundios, y el armamento general del pueblo.

Tras los sucesos de diciembre, a pesar de la represión y las detenciones de los miembros del gobierno provisional, las perspectivas del régimen monárquico eran claramente adversas. Sin base social, incapaz de contener el movimiento revolucionario de los trabajadores y la radicalización de las capas medias, a comienzos de 1931 Berenguer propuso la celebración de elecciones legislativas. La propuesta, o mejor dicho la trampa, fue rechazada por las organizaciones socialistas y los líderes republicanos. La *dictablanda* de Berenguer entró en crisis definitiva. El conde de Romanones intentó remontar la situación precipitando la caída de Berenguer y reemplazándolo por un gobierno presidido por el almirante Aznar. Maniobras infructuosas que no salvaron a Alfonso XIII.

El gobierno, acosado, convocó elecciones municipales para el 12 de abril, con la esperanza de contener el movimiento de oposición y lograr el apoyo de los sectores republicanos al establecimiento de una monarquía constitucional. Pero ya era tarde. Las ansias de acabar de una vez por todas con la monarquía, alcanzar las libertades democráticas e implantar la república contagiaban a toda la sociedad. El fraude electoral y los manejos de los caciques monárquicos en las zonas rurales no fueron suficientes para impedir el triunfo de las candidaturas republicano-socialistas, que arrasaron en las grandes ciudades.

II. EL PCE Y LA SEGUNDA REPÚBLICA

EL 14 DE ABRIL

Tras un año de crisis revolucionaria, huelgas obreras, manifestaciones masivas y agitación política a lo largo y ancho de todo el Estado español, el 14 de abril de 1931, dos días después de las elecciones municipales, la odiada monarquía de Alfonso XIII cayó y se proclamó la Segunda República, entre el júbilo de millones de personas.

El 13 de abril de 1931, las calles de Madrid ya estaban llenas de una masa popular que desfilaba bajo la bandera tricolor, en la calle de Alcalá, en la Cibeles, en la Puerta del Sol. A pesar de los disparos que los esbirros del jefe de la Dirección General de Seguridad, el general Mola, lanzaron contra los manifestantes en Recoletos, la policía permaneció pasiva e impotente ante aquella marea humana que copaba el centro de la capital. Imágenes semejantes se repetían en toda la geografía: Barcelona, Zaragoza, Oviedo, Valencia... Las fuerzas militares también observaban los hechos sin capacidad para intervenir. Los capitanes generales, en comunicación constante con Berenguer, transmitían las noticias del movimiento popular. Cualquier intento de sacar los militares a la calle para defender a Alfonso XIII sólo habría empeorado las cosas en una proporción difícil de imaginar. Finalmente, el rey y sus más fieles se resignaron. Al día siguiente, los emisarios del monarca se encontraron con Alcalá Zamora para negociar las condiciones de la abdicación.

El 14 de abril, el entusiasmo se volvió a desatar. El ayuntamiento de Eibar fue el primero en izar la bandera republicana en su balcón, a las siete de la mañana. En Barcelona, los trabajadores abandonaron las fábricas nada más conocer los resultados de las elecciones municipales y abarrotaron la plaza de la Generalitat y las calles más céntricas. El entusiasmo era tremendo. Lluís Companys, elegido concejal, proclamó el nuevo régimen desde el balcón del ayuntamiento, y los concejales republicanos cantaban *La Marsellesa* seguidos por la multitud. La profunda transformación del ambiente político aumentaba la audacia de la población: miles de personas se dirigieron a la cárcel Modelo de la capital catalana, incendiaron sus puertas y liberaron a los presos, ante la atónita mirada de los funcionarios.

En Madrid, miles de trabajadores venidos desde todos los rincones llenaban la Plaza Mayor, la Puerta del Sol, todo el centro de la ciudad. Los fieles a Alfonso XIII intentaron negociar desesperadamente una salida favorable, pero las expectativas se vinieron definitivamente abajo cuando el general Sanjurjo, director de la Guardia Civil, dio su adhesión al gobierno provisional. “El director de la Guardia Civil —escribe Tuñón de Lara— que felicitó a sus hombres el 17 de diciembre anterior por la represión del movimiento revolucionario, a quien el 28 de marzo había condecorado el rey con la gran cruz de Carlos III, dio su lanzada al moro muerto y consolidó posiciones. Ya sabía él que el rey se iba y que sus hombres no responderían”.⁸⁹ Tras unas horas de grandes

⁸⁹ Tuñón de Lara, *La España del siglo XX. De la Segunda República a la guerra civil (1931-1936)*, Ed. Laia, Barcelona, 1981, p. 289.

manifestaciones populares, entusiasmo desbordado y ambiente festivo, el gobierno provisional republicano entró en la sede de Gobernación. A las ocho y media de la tarde, Alcalá Zamora proclamó la Segunda República.

Una profunda conmoción se apoderó de toda la sociedad. La monarquía borbónica, identificada con la oligarquía, la Iglesia y el Ejército, con la represión del movimiento obrero y de las libertades democráticas, con el militarismo y la guerra colonial, fue derribada por un movimiento de masas. La confianza de millones de personas en sus propias fuerzas no hizo sino aumentar tras el 14 de abril. Una fuerza que provenía de un sentimiento profundo, de una convicción firme que creía posible acabar con siglos de explotación y oprobio. En el otro lado, las clases pudientes se sumían en el desconcierto temporal, buscando un camino para recuperarse del golpe recibido. Es cierto que la Segunda República no alteró los fundamentos de la propiedad capitalista y mantuvo esencialmente intactos los pilares del aparato del Estado monárquico. Pero fue el fruto, y esta es la contradicción fundamental que recorrió toda su existencia hasta 1936, de un gran movimiento revolucionario que movilizó a la población trabajadora del campo y la ciudad, a la pequeña burguesía defraudada y frustrada, despertando grandes esperanzas en millones de personas. Las ilusiones en la democracia y en un cambio radical de la vida económica, política y cultural florecieron en todos los rincones.

Para la clase dominante, el 14 de abril supuso un mal menor, una prórroga política para reorganizar sus maltrechas fuerzas. Para las masas trabajadoras, la República representó una gran esperanza que podría, por fin, cambiar sus vidas y la de sus familias. Sin duda, una etapa decisiva de la revolución española había comenzado.

Los momentos de grandes virajes históricos ponen a prueba a las organizaciones y sus líderes. En tales situaciones, es un hecho que la vieja rutina y el espíritu acomodaticio entra en crisis, choca de lleno con las aspiraciones de un cambio radical. Y en las horas que precedieron la proclamación de la República, no pocas “personalidades”, que jugarían un destacado papel en la política republicana, hicieron gala de vacilaciones nerviosas y una extraordinaria falta de confianza. Un comportamiento que se repetiría a los largo de los años siguientes.

El caso de Manuel Azaña, líder de Acción Republicana y figura encumbrada por toda una literatura de dudoso progresismo, es un ejemplo paradigmático. Miguel Maura, colega en el primer gobierno provisional, relata en sus memorias los contactos que mantuvo con él en aquellas jornadas: “No fue fácil localizarle porque el secreto que envolvía su paradero era celosamente guardado por sus íntimos. Al fin, me indicaron el domicilio de su cuñado, Cipriano Rivas Cherif. Fui en su busca. Tras no pocas formalidades, y teniendo que dar el nombre y esperar un buen rato, fui introducido en una habitación del fondo de la casa. Allí estaba, pálido, con palidez marmórea, sin duda por haber permanecido en aquellas habitaciones más de cuatro meses. Le hice presente el objeto de mi visita y le conminé para que me acompañase, sin pérdida de tiempo, a mi casa. Se negó rotundamente, alegando que nosotros habíamos sido ya juzgados y prácticamente absueltos, pero que él seguía en rebeldía y, cualquiera, un simple guardia, podía detenerle y encarcelarle. ¡No salía yo de mi asombro! Le expliqué la euforia del pueblo, la visita y el ofrecimiento de Sanjurjo, y cuanto podía estimular el espíritu más timorato, sin lograr conmover su decisión de permanecer oculto. Ya me disponía a dejarle encerrado, cuando apareció su cuñado Rivas Cherif, que regresaba de la calle en un estado de excitación y entusiasmo similar al de los republicanos en esa hora. Confirmó con pormenores cuanto yo venía diciendo y, por fin, Azaña, de muy mala

gana, se decidió a seguirme (...) Azaña, hombre de una inteligencia extraordinaria y de cualidades excelsas, estaba aquejado de un miedo físico insuperable”.⁹⁰

Manuel Azaña sintetizaba la impotencia política de estos sectores republicanos liberales, orgánicamente incapaces de enfrentarse a las grandes tareas de la historia. “A nivel de su dirección —escribió León Trotsky—, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy. Creyendo que con la República vendrá la riqueza, no están dispuestos de ninguna de las maneras a seguir el camino de los jacobinos franceses, ni siquiera son capaces de ello: su miedo a las masas es mayor que su odio a la monarquía”.⁹¹ Las agrupaciones republicanas, de izquierdas o de derechas, no tenían ninguna intención de subvertir el orden. Todas rendían culto a la propiedad privada, el parlamentarismo burgués y las instituciones del Estado. En todo caso, el crisol ideológico republicano cambiaba en función de aspectos específicos, como la actitud hacia la Iglesia, que dividía a católicos y laicos, o la cuestión nacional.

La mayoría de las organizaciones republicanas,⁹² a excepción de la formación de Maura y Zamora y del Partido Radical de Lerroux, cuya identificación con la patronal y el gran capital era evidente desde hacía muchos años, reflejaban el punto de vista de la política pequeñoburguesa, más o menos liberal, más o menos conservadora, pero mayoritariamente ligada por múltiples intereses a las clases acomodadas de la sociedad. Miguel Maura señaló en sus memorias las intenciones que guiaron a estos políticos, especialmente a aquellos que, como él, se reconvirtieron al republicanismo y fueron magníficamente aceptados en las filas de la oposición: “La Monarquía se había suicidado y, por lo tanto, o nos incorporábamos a la revolución naciente, para defender dentro de ella los principios conservadores legítimos, o dejábamos el campo abierto, en peligrosísima exclusiva, a las izquierdas y a las agrupaciones obreras”.⁹³ De su parecer era también el terrateniente y viejo ministro monárquico Niceto Alcalá Zamora, primer presidente de la Segunda República. Zamora razonaba con una sinceridad sorprendente: “Una República viable, gubernamental, conservadora, con el desplazamiento consiguiente hacia ella de las fuerzas gubernamentales de la mesocracia y de la intelectualidad española, la sirvo, la gobierno, la propongo y la defiendo. Una República

⁹⁰ Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Ed. Ariel, Barcelona, 1966, p.167.

⁹¹ ‘La revolución española y las tareas de los comunistas’, recogido en *Escritos sobre la Revolución española*, León Trotsky, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2010, p. 71.

⁹² En el bienio reformista hubo tres formaciones republicanas que adquirieron relevancia por su participación gubernamental. 1) Acción Republicana. Creada durante la dictadura de Primo de Rivera bajo el nombre de Acción Política. En 1930 adoptó el de Acción Republicana ya bajo el claro liderazgo de Azaña. Incorporó a intelectuales como José Giral, Honorato de Castro. Integrada en la Alianza Republicana, fue una de las organizaciones que impulsó el pacto de San Sebastián. En las elecciones constituyentes de junio de 1931, Acción Republicana obtuvo 27 diputados. En el primer bienio proporcionó una importante cantidad de cuadros al Estado. En las elecciones de noviembre de 1933, sólo obtuvo 5 diputados. Un año después se fusionó con la mayoría del Partido Radical-Socialista y de la Organización Republicana Gallega (ORGA), dando lugar a Izquierda Republicana. 2) Partido Republicano Radical-Socialista. Escisión del Partido Radical en 1929, representó un intento jacobino del republicanismo pequeñoburgués. En 1931 obtuvo 51 diputados en las Cortes constituyentes. Sus principales dirigentes eran Álvaro de Albornoz, Ángel Garalza, Marcelino Domingo, Félix Gordón Ordax y Fernández Clérigo. 3) Derecha Liberal Republicana. Fundada por Alcalá Zamora y Miguel Maura. En agosto de 1931 pasó a llamarse Partido Republicano Progresista. En enero de 1932, los partidarios de Maura se escindieron para formar el Partido Republicano Conservador.

⁹³ Miguel Maura, *op. cit.*, p. 48.

convulsiva, epiléptica, llena de entusiasmo, de idealidad, mas falta de razón, no asumo la responsabilidad de un Kerensky para implantarla en mi patria”.⁹⁴

La razón fundamental que inclinó a la clase dominante a mantener una actitud de expectativa y no oponerse frontalmente al cambio de régimen fue una correlación de fuerzas desfavorable. Además, la burguesía era muy consciente de los límites del movimiento republicano. Para controlar con mayor efectividad sus organizaciones y, al mismo tiempo, contraponerlas a la fuerza de los partidos y sindicatos obreros, propició que se llenaran de políticos profesionales provenientes del régimen monárquico. Los dirigentes republicanos no pusieron el menor reparo, todo lo contrario: “Los republicanos acogieron a los monárquicos en las zonas rurales para fortalecer sus partidos. Hay que tener en cuenta que los partidos republicanos locales tenían escasos miembros; muchos de ellos carecían de organizadores, oradores e incluso personal de base. Irónicamente, a menudo fueron necesarios ex monárquicos con experiencia política para el funcionamiento mismo de los partidos republicanos”.⁹⁵ Una masa de funcionarios del Estado, de los ayuntamientos, caciques, empresarios, ventajistas de todo tipo, se involucraron con la bandera tricolor para defender en la nueva hora sus privilegios e influencia, y nutrieron de cuadros a las organizaciones republicanas. Un lastre conservador que pugnaría tenazmente contra los deseos de cambio y revolución de miles de trabajadores y jornaleros.

SOCIALISTAS Y ANARCOSINDICALISTAS EN 1931

El peso político del proletariado y sus organizaciones no había dejado de aumentar durante la crisis revolucionaria, y se incrementó después del triunfo de las candidaturas republicano-socialistas en las elecciones constituyentes de junio de 1931. Bajo la dictadura de Primo de Rivera, el repunte económico atrajo a un importante caudal de jóvenes campesinos hacia la construcción de obras públicas, las empresas textiles y metalúrgicas, buena parte de los cuales se adhirieron a las organizaciones obreras en la crisis final de la dictadura, llenos de ilusión, sin el peso muerto de la rutina burocrática y los sinsabores de anteriores derrotas. Con una población de más de veintitrés millones y medio de habitantes, el número de obreros industriales superaba los dos millones, a los que había que sumar casi cuatrocientos mil ocupados en los transportes y comunicaciones. La situación abierta tras el 14 de abril fortaleció la afluencia de trabajadores, anteriormente apartados de la lucha política, hacia las organizaciones tradicionales de la izquierda en lo que era un síntoma inequívoco del avance y la profundidad de la revolución.

Las organizaciones socialistas experimentaron un gran salto en su militancia a principios de la década de los treinta, y aumentarían mucho más sus efectivos en tan sólo dos años. La UGT, que en diciembre de 1930 contaba con 287.332 militantes y 1.881 secciones, llegó a 1.054.599 afiliados y 5.107 secciones en junio de 1932. El PSOE también registró un crecimiento muy importante, de 16.878 afiliados en junio de 1930 a 75.133 dos años más tarde.⁹⁶

⁹⁴ *Ibid.*, p. 57.

⁹⁵ Nigel Towson, *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Ed. Taurus, Madrid, 2002, p. 67.

⁹⁶ Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, vol. II, Ed. Sarpe, 1985, p. 307.

Las masas del proletariado, el campesinado pobre y la juventud despertadas a la vida consciente se orientaron hacia sus organizaciones tradicionales, partidos y sindicatos, que encarnaban un pasado de lucha y combate. El PSOE y la UGT, a pesar de su política colaboracionista con la dictadura de Primo, y la CNT, se transformaron en el instrumento de millones de oprimidos para cambiar sus vidas. Esta relación dialéctica entre las organizaciones tradicionales y la clase obrera, condicionada por la propia experiencia de las masas y las presiones ejercidas por la clase dominante sobre la cúpula de estas organizaciones, explica los enfrentamientos y divisiones que tendrían lugar en el seno del movimiento socialista y anarcosindicalista. El debate en torno a reforma o revolución pronto estallaría con toda crudeza.

A pesar de la fortaleza numérica de las organizaciones del proletariado, sindicatos y partidos, de su vasta influencia frente a la escasa capacidad de movilización de los republicanos burgueses, los dirigentes de la izquierda cedieron el protagonismo a fuerzas políticas y sociales cuyo apoyo social era mucho menor.

La inmensa mayoría de los dirigentes socialistas coincidían en defender el carácter *burgués* de la revolución que había acabado con la monarquía. Según su planteamiento, los sectores liberales y progresistas de la burguesía española, con la colaboración del PSOE, tendrían la oportunidad de emprender las transformaciones democráticas consumadas en Inglaterra y Francia en los siglos anteriores. A través de la reforma agraria se barrerían los vestigios feudales, la propiedad latifundista de la tierra y el poder político de los terratenientes. Una reforma tan profunda de la estructura agraria alumbraría una clase de pequeños propietarios agrícolas, que se convertirían en un firme apoyo del nuevo régimen republicano. Con el poder ejecutivo en sus manos y la mayoría del legislativo, lograrían la separación de la Iglesia y el Estado, poniendo cerco al poder económico e ideológico de aquélla. Abordarían la modernización de la administración, el ejército y la justicia, velando por las libertades públicas, sin las cuales sería imposible dar al régimen su fundamento democrático. Un gobierno de colaboración abriría, según sus cálculos, una perspectiva positiva para la solución del problema nacional, al menos en Catalunya, donde las fuerzas nacionalistas de izquierda, con una base amplia entre la pequeña burguesía, habían alcanzado un mayor grado de desarrollo y se presentaban como tácitas aliadas del gobierno para la construcción del Estado democrático. Se daría carta de naturaleza a un capitalismo avanzado, con un tejido industrial diversificado y una red de transportes moderna. Conquistar esta etapa democrático-burguesa era una antesala obligatoria de cualquier otra transformación revolucionaria de mayor calado.

El guión era el mismo que defendieron los mencheviques rusos en su momento o los socialdemócratas alemanes en 1917 y 1918. El proletariado y su dirección tenían que subordinarse a la supuesta burguesía *democrática y progresista*, para ir creando las condiciones de un largo período de desarrollo capitalista que, a su vez, facilitaría el crecimiento de las organizaciones obreras y su poder dentro de las instituciones políticas y económicas: parlamento, ayuntamientos, tribunales, cooperativas. En palabras de Fernando de los Ríos, la función política del PSOE era “sostener la democracia política e ir realizando una ordenación socialista de la economía (...) La construcción del nuevo Estado habrá de descansar sobre tres bases: libertad, democracia y un profundo sentido socialista para sentir la democracia y articular el liberalismo”.⁹⁷

⁹⁷ *La II República española. El primer bienio* (III Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España, dirigido por M. Tuñón de Lara), Siglo XXI editores, Madrid, 1987, p. 53.

Los acontecimientos de 1931 también pusieron de relieve que los dirigentes anarcosindicalistas estaban mayoritariamente imbuidos del espíritu dominante de euforia y unidad. “Los principales dirigentes del anarcosindicalismo —escribe Julián Casanova— no se cansaban de saludar, aunque con los reparos típicos de su antipoliticismo, al nuevo régimen, desde la prensa, desde los mítines y reuniones sindicales, y con escritos dirigidos a las autoridades (...) Aunque las declaraciones iban siempre acompañadas de una enérgica ratificación del carácter antiparlamentario y revolucionario de la CNT, la negación a dar la batalla desde el principio al régimen republicano reflejaba las ilusiones que impregnaban la atmósfera española”.⁹⁸

El avance de la CNT fue similar al de las organizaciones socialistas. Sus vínculos con el movimiento obrero organizado, cuarteados bajo la represión, se restablecieron sólidamente durante la crisis de la dictadura y los meses previos a la proclamación republicana. En el otoño de 1931, rondaba los 800.000 afiliados, y un año después superaba el millón.⁹⁹ Su fuerza en Catalunya y Andalucía era manifiesta (300.000 afiliados en cada una), que junto a Aragón y País Valenciano se convirtieron en los grandes feudos cenetistas.

La celebración del congreso cenetista en junio de 1931, el primero en la legalidad desde 1919, no sólo permitió pasar revista a sus efectivos, también sirvió para proyectarla públicamente, aumentar la ligazón entre los diferentes sindicatos y sacar a la superficie el enfrentamiento latente, y no resuelto, entre el ala sindicalista, encabezada por una parte considerable de sus cuadros históricos, y los elementos anarquistas radicalizados provenientes de la FAI y con fuertes posiciones en los sindicatos de la construcción. El congreso abordó cuestiones de peso pero, sin duda, una de las discusiones más importantes y más polémicas orbitó en torno a la posición cenetista hacia las elecciones a Cortes constituyentes, programadas para ese mismo mes.¹⁰⁰

Los primeros pasos del gobierno republicano enturbiaron las relaciones con el movimiento anarcosindicalista. La represión de las huelgas, los asesinatos de obreros y la saña con la que se persiguió a la CNT desde los ministerios republicanos y socialistas rompieron definitivamente la confianza y las ilusiones que pudieran albergar en el gobierno. Las palabras de Buenaventura Durruti en un mitin celebrado a finales de abril de 1931, estaban cargadas de premonición: “Si fuésemos republicanos, aseguraríamos que el Gobierno es incapaz de reconocer el triunfo que le ha dado el pueblo. Pero nosotros no somos republicanos y sí auténticos obreros y, en nombre de ellos, llamamos la atención del Gobierno sobre el peligroso camino que ha emprendido, que de no cambiarlo conduciría al país al borde de la guerra civil. La República no nos interesa como régimen político, y si lo hemos aceptado es pensándola como punto de partida de un proceso de democratización social. Pero, naturalmente, a condición de que esta República garantice los principios según los cuales libertad y justicia social no son expresiones vanas. Si la República olvida todo esto, y con ello hace un desprecio a las

⁹⁸ Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997, p. 13.

⁹⁹ La CNT disponía además de órganos de expresión de amplia difusión, que fueron sometidos a ataques constantes por las autoridades gubernativas, suspensiones y secuestros de ejemplares, sobre todo a partir de enero de 1932. Junto a *Solidaridad Obrera*, el portavoz oficial del sindicato publicado por decenas de miles de ejemplares, el diario *CNT* de Madrid, cuya edición fue acordada en el Congreso de junio de 1931, tenía una tirada de 31.000 ejemplares.

¹⁰⁰ A ese congreso de la CNT, celebrado en Madrid, asistieron 418 delegados en representación de 511 sindicatos y 535.565 afiliados. Además de tratar sobre la reorganización de la estructura orgánica, el congreso decidió la creación de las federaciones de industria. Este aspecto suscitó una importante controversia con los delegados anarquistas más intransigentes, que se opusieron a ellas.

exigencias proletarias y campesinas, entonces, el poco interés que los obreros tienen por la República lo perderán, porque su actuación no corresponde a las esperanzas que la clase obrera puso en ese régimen el 14 de abril”.¹⁰¹

EL “TERCER PERIODO” DE LOS COMUNISTAS ESPAÑOLES

En las jornadas previas a la insurrección de octubre de 1917, Lenin explicó las cuatro condiciones necesarias para el triunfo de revolución socialista: 1) Que la clase dominante no pudiese seguir manteniendo su dominación por los medios habituales. 2) La disposición de la clase obrera a luchar hasta el final. 3) Una actitud favorable, o al menos neutral, de la pequeña burguesía hacia el movimiento revolucionario. Y 4) la existencia de un partido con un programa, una táctica y una estrategia a la altura de las circunstancias históricas capaz de dirigir a las masas oprimidas al poder.

En 1931, las tres primeras condiciones estaban presentes en la crisis política que vivía el Estado español, pero no así la última y más importante de todas, es decir, la dirección política revolucionaria de la clase trabajadora. Este hecho determinó, necesariamente, que la crisis revolucionaria abierta con la caída de la monarquía tuviese que atravesar por una fase de democracia burguesa parlamentaria extremadamente frágil e inestable. Tanto el primer bienio de gobierno de conjunción republicano-socialista como el segundo, dominado por la reacción de derechas, confirmaron lo que la lucha de clases había dejado claro en décadas anteriores: culminar y completar con éxito las reformas democráticas, incluso las más tímidas, sería el resultado de una lucha encarnizada contra la burguesía, la oligarquía terrateniente, la iglesia y la oficialidad militar.

El factor de la dirección era, de todo punto de vista, el más importante para resolver la crisis política de 1931. Después de décadas de régimen monárquico y seis años de dictadura militar, las aspiraciones democráticas se convirtieron en una poderosa palanca revolucionaria. Pero la ausencia de una estrategia y un programa concreto que ligase la lucha por las demandas democráticas a la transformación socialista fue el talón de Aquiles de las organizaciones obreras, tanto de las socialistas y anarcosindicalistas como del partido comunista oficial.

Igual que en el caso de otros partidos comunistas occidentales, la evolución de los acontecimientos en la URSS —con la consolidación del estalinismo, las sucesivas depuraciones del partido ruso y del conjunto de la Internacional Comunista, y los zigzags políticos de la burocracia—, determinaron la política con la que el PCE se aproximó a los acontecimientos revolucionarios de 1930-1931, que lo mantuvieron como un mero espectador de los mismos y aislado de las masas que los protagonizaban. Los militantes comunistas resistieron abnegadamente la represión de la dictadura de Primo de Rivera, pero todos sus sacrificios, los encarcelamientos, el exilio de muchos de ellos, fueron malogrados por la política de la Internacional Comunista en aquellos años.

En el V Congreso de la Comintern (junio-julio de 1924), celebrado bajo la alargada sombra del fracaso de la revolución alemana del año anterior, Zinóviev y Stalin coinciden en abandonar la política de Frente Único, asfaltando el terreno para las tesis

¹⁰¹ *Solidaridad Obrera*, 21 de abril de 1931.

sectarias posteriores.¹⁰² En el VI Congreso (1928), tras el fracaso de la huelga general británica de 1926 y la terrible derrota de la revolución china de 1926-1927, la IC aprobó un giro ultraizquierdista, elaborando las tesis conocidas del “tercer período” y del *socialfascismo*, que tendría trágicas consecuencias para el proletariado alemán y de toda Europa. En el esquema estalinista, el “primer período” (crisis del capitalismo y alza revolucionaria) se extendió de 1917 a 1924; el “segundo” (estabilización del capitalismo) de 1925 a 1928; a partir de ese momento, la postura del “tercer período”, que se representaba en la visión mecánica de los nuevos teóricos estalinistas como la crisis final del capitalismo, sostenía que la socialdemocracia y el fascismo eran gemelos. Stalin formula la nueva orientación: “A) En los países capitalistas están madurando de modo indudable los elementos de un nuevo auge revolucionario. B) De ahí la tarea de agudizar la lucha contra la socialdemocracia y, ante todo, contra su ala izquierda, como soporte social del capitalismo. C) De ahí la tarea de agudizar, en el seno de los partidos comunistas la lucha contra sus elementos de derecha, vehículos de la influencia socialdemócrata. D) De ahí la tarea de agudizar la lucha contra las tendencias conciliadoras con la desviación derechista, tendencias que sirven de refugio al oportunismo en los partidos comunistas...” La posición se refuerza en julio de 1929, durante la X sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC y ya con Bujarin destituido como representante ruso en la dirección de la Internacional: “El informe central presentado conjuntamente por Manuilski y Kusinen —escribe Claudín— se esfuerza, en efecto, por ‘agudizar’ las posiciones de la Internacional Comunista en todas las direcciones señaladas. La asimilación de la socialdemocracia al fascismo se lleva a la perfección, y la primera queda convertida en socialfascismo: ‘los fines de los fascistas y los socialdemócratas son idénticos; la diferencia está en las consignas y, parcialmente, en los métodos’ (...) ‘está claro que a medida que se desarrolla el socialfascismo se aproxima más al fascismo puro’...”¹⁰³

Dado que el resto de las corrientes obreras eran calificadas de fascistas (socialfascistas, anarcofascistas, trotskofascistas), era imposible que los partidos comunistas defendieran el Frente Único antifascista con ellas. Ninguna política le podía ser más útil a Hitler en la época en que se preparaba para tomar el poder. De acuerdo con este planteamiento, desde 1928 hasta 1934 las tácticas de la IC estuvieron marcadas por el ultraizquierdismo.

La situación del PCE en la coyuntura de la proclamación republicana era realmente difícil, aunque logró mantener apoyos en zonas industriales de Vizcaya y Asturias, y en provincias andaluzas como Córdoba y Sevilla. En las condiciones de finales de los años veinte su crecimiento sólo podía provenir de una intervención paciente en la lucha de clases, orientando su acción hacia la base militante del movimiento socialista y cenetista,

¹⁰² En su documentado libro sobre la Internacional Comunista, Fernando Claudín señala al respecto: “En sus tesis [V Congreso] se dice: ‘cuanto más se descompone la sociedad burguesa tanto más todos los partidos burgueses, sobre todo la socialdemocracia, toman un carácter más o menos fascista. El fascismo y la socialdemocracia son dos caras de un solo y mismo instrumento de la dictadura del gran capitalismo. He aquí por qué la socialdemocracia no podrá ser jamás un aliado seguro del proletariado en su lucha contra el fascismo’. ‘Los fascistas —dice Zinóviev son la mano derecha de la burguesía y los socialdemócratas la mano izquierda’ (...) Poco después del V Congreso Stalin profundiza las formulas de Zinóviev acerca de la socialdemocracia y el fascismo: ‘El fascismo es una organización de choque de la burguesía, que cuenta con el apoyo activo de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo (...) estas organizaciones no se excluyen sino que se complementan. No son antípodas, sino gemelas. El fascismo es el bloque político táctico de estas dos organizaciones fundamentales, surgido en la situación creada por el imperialismo en la posguerra para luchar contra la revolución proletaria...’”. Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona 1978, pp. 118-119.

¹⁰³ *Ibid.*, ambas citas en las páginas 121 y 122.

defendiendo enérgicamente las reivindicaciones democráticas como parte de un programa de transición al socialismo. La formación de cuadros, la conquista de posiciones en el movimiento sindical y el frente único obrero contra la dictadura y la monarquía tendrían que haber sido tareas centrales del partido.

Pero la confusión teórica y los enfrentamientos internos, arrastrados desde años, lastraban al Partido. “Las disidencias dentro del PCE”, escribe Pelai Pagès, “rebrotaron en la denominada Conferencia de Pamplona, que se celebró, sin embargo, cerca de Bilbao, durante la primera semana de marzo de 1930. Por parte de la Federación Comunista Catalano-Balear asistió únicamente Arlandis, ya que Maurín aún residía en París. El propio Arlandis explica que el Ejecutivo del PCE acusaba a Arlandis y a toda la Federación de trotskista, y dice: ‘Yo conteste adecuadamente: 1. Que Maurín no era trotskista porque así me lo había asegurado personalmente un mes antes que había estado hablando con él. 2. Que nuestra Federación ni era trotskista, ni era el instrumento de nadie y, por consiguiente, nosotros éramos los primeros interesados en que Maurín hiciese una declaración pública de que no era trotskista y de que aceptaba la línea política de la Internacional.’ Finalmente, la Conferencia Nacional acordó que Maurín escribiría unos artículos contra el trotskismo y que firmaría una declaración según la cual se mostraba de acuerdo con la línea política de la Internacional Comunista. Si bien es cierto que estas condiciones no se llevaron a cabo, a causa de que el Comité Ejecutivo del PCE añadió, en el momento de la firma, en julio de 1930, una tercera cláusula según la cual Maurín tenía que reconocer los errores políticos pasados, no lo es menos que esos acuerdos pusieron en evidencia el temor de la dirección del PCE —y, probablemente de la misma Internacional— sobre la incidencia del trotskismo en España. A la vez evidencia también cual era, durante 1930 y parte de 1931, la posición de Maurín en relación a la polémica internacional — de identificación con la política de la Internacional Comunista—, al menos hasta la celebración del primer Congreso de la Federación Comunista Catalana-Balear, el 1 de marzo de 1931, del cual saldría constituida la nueva agrupación comunista Bloc Obrer i Camperol.”¹⁰⁴

En la llamada Conferencia de Pamplona, que por la significación e importancia de los asuntos abordados tuvo el alcance de un Congreso, se trató a fondo sobre el carácter de la revolución española y la táctica sindical del Partido. Según Estruch: “El debate sobre la línea estratégica es presentado desde distintos puntos de vista. Así, mientras Bullejos afirma que fueron los delegados de la IC los que sostuvieron el carácter capitalista de la sociedad española y, por tanto, la perspectiva de la revolución socialista y no democrático burguesa, el equipo redactor de la *Historia del PCE* afirma todo lo contrario: ‘[Bullejos y Trilla]... negaban la etapa burguesa de la revolución e identificaban la crisis del régimen monárquico con la crisis del sistema capitalista’. En cualquier caso las resoluciones de la Conferencia (...) reafirmaron el carácter democrático-burgués de la revolución española, el carácter dirigente del proletariado en ella, etc. Como programa táctico se definieron las siguientes reivindicaciones: expropiación de latifundios y bienes de la Iglesia, reparto de tierras entre los jornaleros; disolución de la guardia civil y la policía; depuración de los mandos y oficiales reaccionarios del ejército; aumento general de los salarios y otras mejoras sociales, etc.”¹⁰⁵

¹⁰⁴ Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España*, op. cit., p. 44.

¹⁰⁵ Joan Estruch, op. cit., p. 57.

En la Conferencia también se aprobó la nueva línea escisionista de la Internacional respecto a los sindicatos, que tuvo efectos muy contraproducentes para el PCE. De gran tradición y con una base de masas, la CNT contrastaba mucho con las grandes organizaciones sindicales reformistas europeas de raíz socialdemócrata. Una tendencia revolucionaria, comunista, debía considerar la intervención en las filas de la CNT como una prioridad. Las posibilidades que ofrecía el contacto con miles de trabajadores conscientes eran mucho más importantes que las dificultades que provendrían de los círculos anarquistas del sindicato. La tradición anarcosindicalista era muy fuerte, pero los mejores militantes podrían ser ganados a un programa auténticamente comunista, que conectara y demostrara en la práctica su viabilidad. Esta era la posición de León Trotsky al emplazar a los comunistas españoles a intervenir enérgicamente en la CNT: “La Confederación Nacional del Trabajo agrupa indiscutiblemente a su alrededor a los elementos más combativos del proletariado. En dicha organización, la selección se ha efectuado en el transcurso de una serie de años. Reforzar dicha confederación, convertirla en una verdadera organización de masas es el deber de todo obrero avanzado y ante todo del comunista”.¹⁰⁶

Con todo, la dirección del PCE, siguiendo los dictados de la Internacional y a pesar de la oposición de muchos militantes de Andalucía, Catalunya y Levante, y especialmente de la FCCB, dio la espalda a las bases de la CNT, arrojando por la borda la táctica leninista de trabajo paciente en los sindicatos de masas. La decisión tomada en la Conferencia de crear comités de reconstrucción de la CNT, al margen de las estructuras cenetistas cuando ésta estaba reorganizándose, sólo tuvo incidencia en algunos puntos de Andalucía y en Asturias, donde el Sindicato Único de Mineros pasó a ser controlado por el Partido.¹⁰⁷

En los meses previos a la caída de la monarquía las filas comunistas fueron nuevamente golpeadas por la represión gubernamental. Aunque se autorizó el nuevo semanario del Partido, *Mundo Obrero*, Bullejos y la mayoría del Buró Político fueron detenidos y

¹⁰⁶ Trotsky continúa así su propuesta: “Pero al mismo tiempo no debemos hacernos ninguna ilusión respecto a la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y como método revolucionario. El anarcosindicalismo, con su carencia de programa revolucionario y su incomprensión del papel del partido, desarma al proletariado. Los anarquistas “niegan” la política hasta que esta les coge por el pescuezo: entonces dejan el sitio libre para la política de la clase enemiga. ¡Así fue en diciembre! (...) La ventaja de las situaciones revolucionarias consiste precisamente en que las masas aprenden con gran rapidez. La evolución de estas últimas provocará inevitablemente diferenciaciones y escisiones no sólo entre los socialistas, sino también entre los sindicalistas. En el transcurso de la revolución son inevitables los acuerdos prácticos con los sindicalistas revolucionarios. Nos mostraremos lealmente fieles a estos acuerdos. Pero sería verdaderamente funesto introducir en los mismos elementos de equívoco, de reticencia, de falsedad. Incluso en los días y las horas en que los obreros comunistas luchan al lado de los obreros sindicalistas, no se puede destruir la barrera de principios, disimular las divergencias o atenuar la crítica de la falsa posición del aliado. Sólo con esta condición quedará garantizado el desarrollo progresivo de la revolución”. ‘La revolución española y las tareas de los comunistas’, en León Trotsky, *Escritos sobre la Revolución española*, p. 80.

¹⁰⁷ En junio de 1932 se celebró una conferencia en Madrid, a la que asistieron representaciones comunistas de sindicatos andaluces, sobre todo de Sevilla, del Sindicato Ferroviario del Norte, de Dependientes de Comercio, del Sindicato Minero de Vizcaya y de la Federación Tabaquera de España. En sintonía con las directrices de la IC, se decidió crear la Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU), cuyo congreso fundacional se realizó en abril de 1934, con una afiliación que escasamente superaba los 100.000 miembros. En noviembre de 1935, la CGTU se integró en la UGT. La táctica escisionista no cosechó en ningún caso los resultados esperados por la burocracia estalinista, pero sí permitió reforzar la campaña de los dirigentes reformistas de la UGT y los anarcosindicalistas contra el Partido Comunista.

encarcelados en agosto de 1930. La dirección quedó en manos de José Silva y de los delegados de la IC enviados a España, entre los que destacaba Humbert-Droz, que había caído en desgracia dentro de la IC a causa de sus vínculos con Bujarin. Las dificultades del Partido son relatadas en numerosos informes de los delegados: “El PC no existe en Barcelona”, escribiría Humbert-Droz en sus memorias, “La dirección nacional de cinco miembros vivía y trabajaba en la clandestinidad, con un aparato escaso y una lentitud desesperante. El número de miembros del partido en Barcelona era, en teoría, cuarenta. Pero yo sólo vi una docena. Era la primera vez que tenía que poner en marcha un partido inexistente (...) Nuestro partido continúa viviendo en una pasividad absoluta y sin atreverse a salir a la luz del día (...) Se ha cuadruplicado el número de miembros en Madrid y quintuplicado en Barcelona, pero se partía de 20 en Madrid y de 10 en Barcelona...Catorce miembros en Bilbao (...) La censura no deja pasar nada y, como nuestra filial está fuera de toda vida política y obrera, no se entera uno de nada, ni siquiera de los que ocurre en la propia ciudad. Gracias al *Berliner Tagblatt* supimos que había una huelga en la Universidad.”¹⁰⁸ A pesar de las exageraciones en las cifras, el panorama era realmente desalentador.

Poco antes de la celebración de las elecciones municipales del 12 de abril, Bullejos fue liberado de prisión y pudo trasladarse a Barcelona dónde retomó el contacto con los delegados de la Internacional. En las discusiones se produjeron diferentes desencuentros, tanto por la caracterización de los acontecimientos como por el deseo de los últimos de mantener la dirección del Partido en Barcelona frente a la opinión de Bullejos de trasladarla lo antes posible a Madrid. Con la campaña electoral de cara a las municipales, que se resolvieron con un triunfo aplastante de las candidaturas republicano-socialistas, el Partido comenzó a estirar sus músculos con una intensa actividad de propaganda y mítines públicos. Sin embargo, las directrices de la IC colocaban a los comunistas españoles en una situación de aislamiento creciente.

Los dirigentes de la IC estalinizada tenían una visión irreal de la revolución española, lo que determinaba a su vez la impotencia del PCE. En una larga carta enviada por Manuilski, se dibujaban las líneas fundamentales de lo que debía ser la actitud del Partido ante la proclamación republicana: “La sustitución de la Monarquía por la República no es más que un cambio de fachada del régimen (...) la proclamación de la república, gracias a los esfuerzos de la burguesía, no significa el comienzo de la revolución democrática (...)” En el momento que los trabajadores, después de meses de combates y acciones revolucionarias, acababan con la monarquía y se despertaba el entusiasmo general, los dirigentes del Partido se lanzaron a una agitación con consignas contra la República y a favor de unos soviets inexistentes. La dirección de PCE renunció a hacerse oír entre las masas y contribuir, por tanto, a transformar aquel formidable movimiento en una escuela de aprendizaje político a favor de las ideas del marxismo revolucionario. La única consigna en el abecedario político estalinista eran los “soviets”, sin entender que las demandas democráticas podían y debían vincularse a la lucha por la transformación socialista del régimen republicano.

Poco después, Humbert-Droz, envió un informe a Manuilski: “Las elecciones municipales [de abril] han puesto de manifiesto la enorme debilidad del partido, su aislamiento completo, su mínima influencia sobre las masas (...) Estamos obligados a comprobar que nos mecíamos de ilusiones y que no hemos contado con la influencia que creíamos tener. Los resultados son inferiores a los cálculos más pesimistas. En Barcelona mismo fue una verdadera tragedia (...) No hemos recogido ni 100 votos,

¹⁰⁸ Citado por Joan Estruch, *op. cit.*, p. 63.

mientras los maurinistas, que desarrollaron una campaña más intensa que nosotros, reunieron más de 3.000 votos. En Sevilla (...) no obtuvimos ni 800. En Madrid no logramos 200. No compartía, desde luego, el optimismo de los que evaluaban nuestra influencia a base del éxito de nuestros actos electorales, pero no creía que el partido fuese tan débil. La oleada republicano-socialista fue considerable y supera todas las previsiones de los propios monárquicos. Fue un verdadero plebiscito contra la Monarquía en todos los lugares donde se pudo votar, es decir, en todos los grandes centros urbanos. La masa estaba en la calle. Centenares de miles de personas de toda clase, que aplaudían las banderas republicanas, cantaban, bailaban y no tenían deseo alguno de luchar ni manifestarse a favor de consignas precisas. Hay que tener en cuenta ese ambiente de fiesta popular para comprender el fenómeno que se ha producido: los comunistas que intentaban manifestar, repartir octavillas o dirigir la palabra a la multitud fueron silbados, abroncados y acogidos con hostilidad amenazadora”.¹⁰⁹ El propio Bullejos hace referencia en sus memorias a como fueron recibidos los comunistas en aquellas jornadas: “esta actitud duró varios días, manifestándose en agresiones a nuestras banderas comunistas, carteles de propaganda y periódicos. Nuestro aislamiento en aquellos días era total. Sin embargo no cambiamos nuestra posición, ni modificamos el tono de nuestra propaganda. Nos sentíamos orgullosos de nadar contra corriente”.

A principios de 1931, el PCE no contaba con más de un millar de militantes y su dirección había sufrido una depuración permanente. Las escisiones y las expulsiones llevaron a la creación de grupos de oposición comunista que mantenían una influencia considerable, rivalizando con la del partido oficial. La Federación Comunista Catalano-Balear (FCCB), dirigida por Joaquín Maurín, que más tarde se convertiría en el Bloque Obrero y Campesino (BOC), alcanzó en Cataluña una presencia mucho mayor que la del PCE. Por su parte, la Oposición Comunista Española, partidaria de Trotsky, comenzó su andadura a finales de 1930 aglutinando a muchos de los fundadores del comunismo español, cuadros destacados por su nivel teórico y su tradición en el movimiento obrero.

Como ya hemos señalado anteriormente, las relaciones entre Maurín y el aparato de la Comintern estuvieron plagados de encuentros y rupturas, azuzadas por la oposición visceral de Bullejos. “Después del Congreso de París [1929]” escriben Elorza y Bizcarrondo, “Maurín se esforzó por recuperar su condición de miembro del Partido, aceptando la línea del VI Congreso. Pero si bien Moscú no tenía deseo alguno de excluirle, otra bien diferente era la postura de Bullejos y Trilla. La reaparición de *La Batalla*, de Maurín, el 23 de mayo de 1930 y pocas semanas después la Conferencia de Sevilla, dónde a trancas y barrancas la Comintern impone el Comité de Reconstrucción de la CNT, al que Maurín se opone, son el marco de una segunda expulsión, que son el tiempo será definitiva. A la petición del español de ser considerado miembro del PCE, la dirección de éste responde el 25 de junio, exigiendo ‘una declaración pública que reconozca todos los errores políticos cometidos en el pasado’. La negativa de Maurín a atender tal petición, en carta al ejecutivo del PCE de 5 de julio, explica que él mismo sitúe en julio de 1930 su expulsión del partido. De hecho es la FCCB quien en el mismo 5 de julio expresa la solidaridad con su líder e inicia su andadura independiente. Pero no por eso Maurín rompe con la Comintern. Todo lo contrario. En cartas del 7 y 30 de julio

¹⁰⁹ Andrés Suárez (Ignacio Iglesias), *El proceso contra el POUM*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1974, p. 31.

de 1930 explica a Jules Humbert-Droz lo ocurrido, protesta contra la acusación de ‘trotskismo’ que se le hace y declara estar ‘a la entera disposición de la IC’ ...”¹¹⁰

Con una presencia importante en Catalunya, la FCCB era el mayor grupo opositor enfrentado con el partido oficial; exigía la democratización interna del Partido y se oponía a la escisión de la CNT, pero mantenía a la vez una creciente inclinación hacia posiciones independentistas respecto a la cuestión nacional catalana, lo que le condujo a la colaboración con la Esquerra, y proponía una caracterización de la revolución española que reproducía en la práctica el esquema etapista. Maurín y los dirigentes de la FCCB criticaban correctamente el sectarismo de los estalinistas y su actitud doctrinaria de oposición activa a la proclamación de la República de 1931 por burguesa, pero eran incapaces de entender que las realizaciones democráticas de la revolución sólo podrían completarse con la expropiación general de la oligarquía burguesa y el derrocamiento del Estado capitalista. Esta posición teórica, que quedó plasmada en los principales escritos de Maurín en aquella época, arrojan luz sobre un hecho relevante: La FCCB se mostró durante años renuente a cuestionar la política estalinista, tanto en lo que respecta a la teoría del socialismo en un solo país como a las actuaciones burocráticas que habían provocado la expulsión de muchos dirigentes de la IC. En aquella época, Maurín todavía confiaban en un posible apoyo de la IC frente al grupo de Bullejos. Pero estas ilusiones pronto fueron desmentidas: fue definitivamente excluido de la Comintern, el 3 de julio de 1931 bajo la acusación de agente trotskista-bujarinista por seguir “una línea liberal menchevique que, en la situación revolucionaria actual de España, constituye una verdadera traición al proletariado revolucionario”.¹¹¹

Por su parte, el primer grupo de comunistas españoles afines a Trotsky se organizó en el exilio y fue liderado por un antiguo dirigente del PCE de Vizcaya, Francisco García David (Henri Lacroix). Publicó un periódico, *Contra la Corriente*, que contó con las adhesiones de desatacados cuadros comunistas, antiguos dirigentes del Partido: Juan Andrade y García Palacios en Madrid, José Loredó Aparicio en Asturias; Esteban Bilbao en el País Vasco; Andreu Nin... A comienzos de 1930, los trotskistas inician el trabajo en España y en febrero de ese año celebran en Lieja (Bélgica) la I Conferencia de la Oposición Comunista Española (OCE). En la segunda (junio de 1931), se decidió la publicación de la revista *Comunismo*, de gran predicamento en las filas de la izquierda. En la III Conferencia, que tendría lugar en Madrid en marzo de 1932, la OCE cambió su nombre por el de Izquierda Comunista. Aunque en un primer momento la OCE encontró eco en distintas federaciones del PCE, ninguna se adhirió de una forma clara y definitiva. En septiembre de 1930 llegó a Barcelona Andreu Nin, expulsado un mes antes de la URSS. Era uno de los militantes comunistas españoles con más prestigio, y durante años participó en los debates que la dirección del Partido mantuvo con el Ejecutivo de la Internacional. Secretario de la Internacional Sindical Roja durante su estancia en la URSS, Nin fue un activo miembro de la Oposición de Izquierdas en Leningrado, junto a Victor Serge.

La crítica de la Oposición de izquierdas española (OCE) a las tesis oficiales del PCE y la caracterización general del momento, no iban desencaminadas: “En cuanto al partido comunista (...) los acontecimientos le cogieron desprevenido, y en el momento decisivo no supo señalar el camino a las masas obreras y campesinas, las cuales se lanzaron en brazos de los republicanos. La impotencia del partido era el resultado inevitable de la política errónea seguida por la IC. Durante la Dictadura militar, la IC y la fracción que

¹¹⁰ Antonio Elorza, *op. cit.*, p 74.

¹¹¹ *Ibid*, p. 76.

la representa en España se limitaron a repetir que Primo de Rivera no podía ser derribado más que por la insurrección armada de los obreros y campesinos. Los hechos demostraron (como lo había previsto la Oposición Comunista de Izquierda) que cuando la experiencia de la dictadura descarada fracasa y la clase obrera, en el momento de la crisis, no cuenta con un partido vigoroso, la burguesía tiene aún la posibilidad de explotar las ilusiones democráticas para prolongar su dominación. Por no haber tenido en cuenta esta posibilidad, la dirección del partido, en vez de prever los acontecimientos, se vio sorprendida por ellos. Destruído por la realidad el esquema forjado arbitrariamente, lo natural hubiera sido que la dirección del partido renunciara a sus errores; pero en vez de ello (como los hechos no se ajustaban a dicho esquema) afirmó que la caída de la Dictadura militar no tenía ninguna importancia, y que, en el fondo, no había sucedido nada. Entretanto, el proceso de descomposición de la Monarquía avanzaba; la caída del régimen sin la intervención violenta de las masas era fácil de prever; sin embargo, la dirección del partido afirmaba, como lo había hecho con respecto a la Dictadura militar, que la Monarquía no podía ser derrocada más que por la revolución proletaria. Por esto, la proclamación pacífica de la República fue una nueva sorpresa para la fracción dirigente. La consecuencia de todo ello fue que el partido estuvo completamente al margen del movimiento popular y no ganó un ápice de influencia entre las masas trabajadoras. La política de colaboración con la burguesía practicada por el partido socialista, el apoliticismo anarcosindicalista y la ausencia de un verdadero PC, han sido las causas determinantes de que la burguesía haya resuelto temporalmente la crisis revolucionaria en su favor.

“(…) La experiencia de los diez primeros meses de existencia del nuevo régimen ha venido a demostrar lo que hemos sostenido siempre los comunistas: que la revolución democrático-burguesa no puede ser realizada por la burguesía, que dicha revolución no puede ser obra más que del proletariado, apoyándose en las masas campesinas, mediante la instauración de su dictadura. La República no ha resuelto, ni puede resolver radicalmente, ninguno de los problemas fundamentales de la revolución democrática: el agrario, el de las nacionalidades, el de las relaciones con la iglesia, el de la transformación de todo el mecanismo burocrático-administrativo del Estado...”¹¹²

Aunque estos eran los agrupamientos de oposición más importantes, existían también otros sectores disidentes con la posición oficial del Partido. Era el caso de la Agrupación Comunista de Madrid, que entre julio de 1930 hasta principios de 1932 se mantuvo al margen de las estructuras del Partido. Estableció contactos y colaboró con la FCCB, y al igual que esta sufrió las acusaciones de “trotskismo” desde la dirección oficial. Finalmente la mayoría de sus miembros reingresaron a principios de 1932 en el PCE y una minoría se integró en el BOC de Maurín, con Luis Portela al frente.

LOS COMUNISTAS Y LAS CONSIGNAS DEMOCRÁTICAS

El PCE, a pesar de su orientación, se benefició del clima de politización que se extendía entre amplias masas de los trabajadores y la juventud. La caída de la monarquía, la

¹¹² “La situación política española y la misión de los comunistas”, Tesis elaborada por Andreu Nin para la Tercera Conferencia de la OCE (marzo 1932), en *Revista Comunismo*, Ed. Fontamara, Barcelona 1978, pp. 61-62.

proclamación de la república y las expectativas de un cambio radical en la vida política, hicieron que los efectivos del Partido crecieran, aunque a una escala muy inferior a la del movimiento socialista o los anarcosindicalistas. Para mediados de 1931, una nueva delegación de la IC enviada a España impulsó la reestructuración organizativa del PCE, que contaba en aquel momento en torno a tres mil militantes. El Comité Ejecutivo, denominado Buró Político, se mantuvo sin grandes cambios. Las federaciones de Levante y Andalucía se dividieron en dos para facilitar el reclutamiento en estas regiones, y la Federación de Juventudes Comunistas empezó a editar *Juventud Roja*. La actividad del Partido se centró en la campaña electoral para las Cortes Constituyentes, consiguiendo un total de 190.000 votos, de los cuales 100.000 correspondieron a las provincias andaluzas, donde el PCE incrementó su presencia militante, y otros 48.000 a Asturias. En Madrid alcanzó tan sólo 3.200.¹¹³

Las posiciones del Partido respecto a las Cortes Constituyentes subrayaban su carácter burgués, pero en toda su propaganda había un completo desprecio hacia las demandas democráticas e incomprensión de la etapa parlamentaria que se abría en la revolución: “(...) Frente a estas Cortes, órgano de la contrarrevolución, los obreros y campesinos deben alzar su propio poder revolucionario: los soviets de obreros, soldados y campesinos. A la Constituyente reaccionaria, debemos oponer los soviets que expropien sin indemnización a los grandes terratenientes.”¹¹⁴ La realidad era que, en ausencia de un Partido Comunista con un programa realmente marxista y con influencia entre la población, los socialistas pudieron poner en práctica su política de colaboración de clases y catapultar a los republicanos burgueses hacia las posiciones claves en el gobierno. Las ilusiones “democráticas” de la clase obrera y del campesinado todavía no se habían agotado. Era necesario acompañar a las masas en su propia experiencia, elevando su nivel de conciencia y organización a través de una política y una acción consecuente.

La deriva del estalinismo, incapaz de ofrecer una interpretación marxista de los acontecimientos españoles, contrastaba con el examen cuidadoso de la Oposición de Izquierdas Internacional. Los textos fundamentales de Trotsky sobre la revolución española, desde los más tempranos, abordando la crisis del régimen monárquico y las perspectivas para la república (1930-31), hasta los últimos, dedicados al balance de la derrota militar y política del proletariado tras tres años de lucha armada contra el fascismo (1939-40), merecen ser estudiados con detenimiento.¹¹⁵

A pesar de la lejanía geográfica, Trotsky analizó la crisis revolucionaria de 1930-31 con una metodología diametralmente opuesta a la estalinista. En 1930, desde su exilio en la isla turca de Prinkipo, planteó las siguientes consideraciones: “(...) Este camino supone, por parte de los comunistas, una lucha resuelta, audaz y enérgica, *por las consignas democráticas*. No comprenderlo sería cometer la mayor falta sectaria. En la etapa actual de la revolución, en el terreno de las consignas *políticas*, el proletariado se distingue de

¹¹³ Cifras tomadas de Joan Estruch, *op. cit.*, p. 69.

¹¹⁴ Citado en Joan Estruch, *op. cit.*, p. 70.

¹¹⁵ León Trotsky dedicó una gran producción teórica a la revolución española, entre la que cabe destacar: *Las tareas de los comunistas en España* (mayo 1930), *La revolución española y las tareas de los comunistas* (enero 1931), *La revolución española y los peligros que la amenazan* (mayo 1931), *La traición del Partido Obrero de Unificación Marxista* (enero 1936), *Por la victoria de la revolución española* (febrero 1937), *Lección de España, última advertencia* (diciembre 1937), *Las causas de la derrota de la revolución española* (marzo 1939) y *Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español?* (agosto 1940). Estos y otros textos más, junto con una amplia selección de la correspondencia de Trotsky con Andreu Nin, ha sido publicada por la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS en *Escritos sobre la revolución española*, Madrid, 2010.

todos los otros grupos ‘izquierdistas’ de la pequeña burguesía no por el hecho de que niega la democracia, como lo hacen los anarquistas y sindicalistas, sino por que lucha resuelta y abiertamente por esta consigna, al mismo tiempo que denuncia implacablemente las vacilaciones de la pequeña burguesía. Poniendo por delante las consignas democráticas, el proletariado no quiere con ello decir que España va hacia la revolución burguesa. Sólo podrían plantear así la cuestión fríos pedantes atiborrados de fórmulas rutinarias. España ha dejado muy lejos tras de sí el estadio de una revolución burguesa. Si la crisis revolucionaria se transforma en revolución, superará fatalmente los límites burgueses y, en caso de victoria, deberá entregar el poder al proletariado; pero el proletariado no puede dirigir la revolución en dicha época, es decir reunir alrededor suyo las más amplias masas de trabajadores y de oprimidos y convertirse en su guía, más que a condición de desarrollar actualmente, con sus reivindicaciones de clase y en relación con ellas, todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente y hasta el fin”.¹¹⁶

El marxismo jamás ha despreciado el valor que las reivindicaciones democráticas tienen en la revolución proletaria. La república, la reforma agraria, las libertades de reunión, asociación y manifestación, el derecho de autodeterminación de las naciones oprimidas, la separación de la Iglesia y el Estado, la depuración de los elementos reaccionarios del aparato estatal... siempre han merecido la mayor atención de los comunistas, exactamente igual que la lucha por la mejora de las condiciones laborales o sociales de los trabajadores. La diferencia entre marxistas y socialdemócratas no reside en que los primeros nieguen el valor de las reformas, sino que para el marxismo el combate por esas reivindicaciones, parciales pero importantes, no constituyen un fin en sí mismo, sino un medio para agrupar a la clase obrera en torno al programa de la revolución socialista, elevar su nivel de conciencia y su grado de organización para la batalla decisiva.

Las reivindicaciones democráticas que afectaban a la clase obrera, al campesinado y a la pequeña burguesía, como la experiencia republicana dejó sobradamente probado, no podían encontrar satisfacción en el marco de las relaciones de propiedad capitalista. Chocaban con los pilares en que asentaba su poder la oligarquía y entrañaban, por tanto, una lucha contra ella que sólo podía acabar con su expropiación política y económica: “La burguesía española, en la actualidad aun menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. La gran burguesía industrial de España, que ha llegado demasiado tarde, que depende del capital extranjero, que está adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, es incapaz de desempeñar, aunque sea por un breve plazo, el papel de caudillo de la ‘nación’ contra las viejas castas. Los magnates de la industria española forman un grupo hostil al pueblo, constituyendo uno de los grupos más reaccionarios en el bloque, corroído por las rivalidades internas, de los banqueros, los industriales, los latifundistas, la monarquía, sus generales y funcionarios”.¹¹⁷

En enero de 1931, Trotsky señaló de forma muy concreta la dinámica viva de la revolución y sus perspectivas: “¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima del período del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. Se puede suponer que el movimiento revolucionario alcanzará, en un período relativamente breve, una fuerza tal que no dejará a las clases dominantes ni el tiempo ni el lugar para el

¹¹⁶ León Trotsky, “Las tareas de los comunistas en España”, en León Trotsky, *Escritos sobre la revolución española*, p. 63.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 72.

parlamentarismo. Sin embargo, una perspectiva tal es poco probable. El proletariado español, a pesar de sus excelentes cualidades combativas, no cuenta aún con un partido revolucionario reconocido por él ni con la experiencia de la organización soviética. Además, en las filas comunistas, poco numerosas, no hay unidad, ni un programa de acción claro y admitido por todos. Sin embargo, la cuestión de las Cortes ha sido puesta ya a la orden del día. En estas condiciones, hay que suponer que la revolución tendrá que pasar por una etapa de parlamentarismo (...) Constituiría un doctrinarismo lamentable y estéril oponer escuetamente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos y divisas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la Iglesia del Estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, libre determinación nacional, Cortes constituyentes revolucionarias). Las masas populares, antes de que puedan conquistar el poder, deben agruparse alrededor de un partido proletario dirigente. La lucha por la representación democrática, así como la participación en las Cortes en una u otra etapa de la revolución, pueden facilitar incomparablemente la realización de este cometido”¹¹⁸.

El programa comunista formulado por Trotsky contrastaba con las recetas que dominaban la Internacional y su sección oficial en España. Trotsky, a diferencia de los estalinistas en 1931, ligaba la lucha por las demandas democráticas al programa de la revolución social como un todo inseparable. Los aspectos más significativos de su posición se pueden sintetizar así:

1. La cuestión de la tierra sólo podrá resolverse a través de la confiscación y nacionalización de las grandes propiedades agrarias en beneficio del campesinado pobre.
2. Gobierno barato, poniendo fin a las cargas fiscales, las deudas del Estado, la rapacidad burocrática y las aventuras coloniales en África. Un gobierno semejante no podía ser asegurado ni por los terratenientes ni por los banqueros o los empresarios, sino por los trabajadores mismos.
3. Un programa radical de *legislación social*: seguro para todos los parados, transferencia de las cargas fiscales a las clases poseedoras, enseñanza general obligatoria.
4. Nacionalización de los ferrocarriles, las riquezas del subsuelo y los bancos. Control obrero de la industria.
5. Separación Iglesia-Estado, entregando sus riquezas al mismo. Incluso los campesinos más atrasados, llenos de prejuicios religiosos, apoyarían una medida de este tipo si la riqueza secularizada, en lugar de ir a parar a los bolsillos de los burgueses, fuera empleada en mejorar la economía y las condiciones de vida del campesinado.
6. Depuración inmediata del aparato del Estado. Expulsión de los militares reaccionarios y monárquicos, y de los mandos policiales vinculados a la represión. Disolución de la Guardia Civil. Control sindical de las academias militares y de la policía. Plenos derechos democráticos para los soldados, incluido el de sindicación.
7. Derogación de las leyes antidemocráticas de la monarquía. Pleno reconocimiento de los derechos de huelga, asociación y expresión.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 76.

8. Derecho de autodeterminación para las nacionalidades, lo que no significa hacer propaganda a favor de la independencia, sino el derecho de su población a decidir sus vínculos con el Estado español. Los comunistas defienden la República Socialista de las Nacionalidades Ibéricas.

“Ni que decir tiene” señalaba Trotsky, “que las consignas democráticas no persiguen en ningún caso como fin el acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Al contrario, crean el terreno para la lucha victoriosa contra la izquierda burguesa, permitiendo poner al descubierto a cada paso el carácter antidemocrático de la misma. Cuanto más valerosa, decidida e implacablemente luche la vanguardia proletaria por las consignas democráticas, más pronto se apoderará de las masas y privará de base a los republicanos burgueses y a los socialistas reformistas; de un modo más seguro los mejores elementos vendrán a nuestro lado y más rápidamente la república democrática se identificará en la conciencia de las masas con la república obrera. *Para que la fórmula teórica bien comprendida se convierta en hecho histórico vivo, hay que hacer pasar esta fórmula por la conciencia de las masas a base de la experiencia, de las necesidades y de las exigencias de las mismas.* Para esto es preciso, sin perderse en detalles, sin distraer la atención de las masas, reducir el programa de la revolución a unas pocas consignas claras y simples, y reemplazarlas según la dinámica de la lucha. En esto consiste la política revolucionaria”.¹¹⁹

LA COLABORACIÓN DE CLASES

Las elecciones a Cortes constituyentes convocadas para el 28 de junio de 1931, se celebraron en medio de una gran agitación emocional. Muchos factores se habían conjugado para que la revolución española tuviera que pasar por la experiencia del parlamentarismo burgués: “La revolución plantea los problemas políticos en toda su magnitud y, en su fase actual, les da la forma parlamentaria. La atención de la clase obrera debe centrarse necesariamente en las Cortes, y es ya previsible que incluso los anarcosindicalistas acabarán votando ‘a título individual’ a favor de los socialistas e incluso de los republicanos (...) Precisamente porque las masas populares tienden a sobrestimar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario, quiere participar en las elecciones. Ni por un momento compartimos las ilusiones de las masas, pero debemos utilizar a fondo lo que de progresista se oculta bajo esas ilusiones. De otro modo, no seríamos revolucionarios, sino despreciables pedantes (...) Durante cierto tiempo, todas las cuestiones de la revolución española se refractarán, de un modo u otro, en el prisma parlamentario (...) pero es estúpido pensar —como hacen los republicanos y socialistas de Madrid— que las Cortes pondrán el punto final a la revolución. No será así. Las Cortes no pueden sino dar un nuevo impulso al movimiento revolucionario, garantizándole una evolución favorable. Esta perspectiva es de extrema importancia para cualquiera que quiera orientarse en los acontecimientos y evitar la aventura”.¹²⁰ Las perspectivas de Trotsky fueron confirmadas por los acontecimientos de los dos años siguientes.

Las elecciones se convirtieron en un auténtico refrendo a favor de los dirigentes que prometieron el cambio, sobre todo para el PSOE, que obtuvo unos resultados históricos

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 78. El subrayado es nuestro.

¹²⁰ León Trotsky, “La revolución española y los peligros que la amenazan”, en León Trotsky, *Escritos sobre la revolución española*, p. 92.

y se convirtió en el grupo parlamentario más numeroso.¹²¹ El parlamento ratificó al gobierno provisional republicano-socialista, que con la misma composición ministerial desempeñó su labor hasta la primera crisis gubernamental, en octubre de 1931.

Era evidente que los resultados electorales no guardaban proporción con la composición del gobierno. Los líderes del PSOE hicieron enormes concesiones a los republicanos burgueses y pequeñoburgueses, de derecha y liberales, a pesar de tener detrás a la parte mayoritaria de la clase obrera y el campesinado pobre que los votó masivamente. No asustar a la clase dominante, no provocar a la reacción, ésta era la directriz más importante en la estrategia de los dirigentes reformistas de PSOE. Pero la dinámica de concesiones y repliegues del gobierno de conjunción republicano-socialista tendría la virtud de no satisfacer a nadie: ni a la burguesía ni a la base social del gobierno.¹²²

El gobierno de conjunción incluía un espectro político contradictorio y disolvente. Los puntos de unión eran tan precarios, que las costuras saltaron a las primeras pruebas serias a que se tuvo que enfrentar (separación Iglesia-Estado, Estatuto de Autonomía para Catalunya y, sobre todo, la ley de reforma agraria, entre otros aspectos). Pruebas que estaban determinadas por intereses de clase enfrentados e irreconciliables que movilizaban poderosas fuerzas sociales.

Era evidente que las aspiraciones de los trabajadores y los campesinos no podían ser satisfechas sólo con discursos y declaraciones. La República debía suponer un cambio real en las vidas de millones de oprimidos. Pero cualquier reforma, cualquier concesión mínima, actuaba directamente contra los intereses de la clase dominante. La burguesía española estaba dispuesta a tolerar las formas democráticas sólo en la medida que sirviesen más eficazmente a sus objetivos y, además, permitiesen frenar el empuje de las masas. Si no era para eso, encontraría otro camino para mantener su poder y privilegios. Sólo hicieron falta dos años para que los sueños de la paz social y concordia entre las clases, que pregonaban los teóricos españoles del socialismo gradualista, fueran hechos añicos por la oposición activa, contra la tímidas reformas emprendidas, de la oligarquía

¹²¹ El reparto de escaños fue el siguiente: Socialistas, 117; Acción Republicana, 27; Radical-Socialistas, 59; Organización Republicana Gallega Autónoma, 16; Esquerra Republicana de Catalunya, 32; Al Servicio de la República, 14; Partido Radical, 93; Derecha Liberal Republicana, 16; Vasco-Navarros (PNV y carlistas), 14; Agrarios, 26; Lliga Regionalista, 3. Monárquicos, 36. La derecha se afianzó en las provincias agrarias de Castilla y en Navarra, donde los carlistas tradicionalistas empezaron a poner en marcha, nada más proclamarse la República, sus planes de armamento bajo la dirección del general Orgaz y el banquero Urquijo.

¹²² Los dirigentes socialistas cedieron posiciones claves del gobierno, empezando por la presidencia del mismo, que fue ocupada por el derechista y clerical Niceto Alcalá Zamora. El Ministerio de Guerra quedó en manos de Manuel Azaña (Unión Republicana), que con sólo 23 diputados se convirtió en el gran protagonista del bienio, mientras el de Marina era para Casares Quiroga, el portavoz de la ORGA (Organización Republicana Gallega Autónoma). El de Gobernación, que controlaba el orden público y la policía, fue para Miguel Maura, cuya Derecha Liberal Republicana contaba con 17 escaños. El Ministerio de Economía fue para Nicolau d'Oliver (Acción Catalana), un representante de la pequeña burguesía catalana con buenas conexiones con la patronal. Los Radical-Socialistas ocuparon dos, Álvaro de Albornoz en Fomento y Marcelino Domingo en Instrucción Pública. El PSOE se conformó con tres carteras, que mantendrían durante casi todo el bienio, y que en el primer gobierno fueron repartidas así: Indalecio Prieto en Hacienda, Fernando de los Ríos en Justicia y Largo Caballero en Trabajo, un regalo envenenado, pues la confianza de Largo Caballero en que su experiencia como consejero de Estado, su conocimiento del mundo obrero y su apoyo en la UGT le permitirían aprobar una legislación progresiva y cambiar la estructura de las relaciones económicas y laborales entre obreros y patronos pronto fue desmentida. Lo más increíble fue que los ultrarreaccionarios de Lerroux obtuvieron dos carteras (él mismo en la de Estado y Martínez Barrio en la de Comunicaciones), a pesar del carácter marcadamente derechista del Partido Radical, de que sus vínculos con la patronal y el caciquismo eran públicos y notorios, y de la oposición popular a su participación en el gobierno republicano.

empresarial y financiera, los grandes terratenientes, la jerarquía católica y los altos mandos militares, y también por el sabotaje que desde el interior del gobierno llevaron a cabo los viejos políticos reaccionarios reconvertidos al republicanismo.

La historia pondría de relieve el carácter profundamente contrarrevolucionario de la burguesía española y su completa renuncia a liderar consecuentemente la lucha por las demandas democráticas. Como en la experiencia del octubre ruso de 1917 y la oleada revolucionaria que sacudió Europa tras las Primera Guerra Mundial, sólo la clase obrera aliada del campesinado pobre podría llevar a cabo la solución de las tareas democráticas y la eliminación de este bloque de poder que impedía el avance social. Y esta solución implicaba la lucha por el derrocamiento revolucionario de la burguesía reaccionaria y su expropiación económica: tomar el poder político para iniciar la transición al socialismo.

Los intentos reformistas del gobierno de conjunción republicano-socialista pronto chocaron con el muro del capitalismo español. El atraso de la sociedad se manifestaba en la posición predominante de la agricultura en la economía: aportaba el 50% de la renta nacional y constituía dos tercios de las exportaciones. Aproximadamente el 60% de la población se concentraba en el medio rural, malviviendo en condiciones de extrema explotación, salarios miserables y sufriendo penurias periódicas entre cosecha y cosecha. Dos tercios de la tierra cultivable estaban en manos de grandes y medianos propietarios. En la mitad sur, el 75% de la población tenía el 4,7% de la tierra mientras el 2% poseía el 70%.

Enfrentados a una potente clase obrera y jornalera, la burguesía contaba con firmes aliados en el clero y el ejército. En 1931, según datos obtenidos de una encuesta elaborada por el gobierno, existían 35.000 sacerdotes, 36.569 frailes y 8.396 monjas que habitaban en 2.919 conventos y 763 monasterios. En total, el número de personas que se englobaba en la calificación profesional de “culto y clero” dentro del censo general de población de 1930 era de 136.181. El mantenimiento de este auténtico ejército de sotanas consumía una parte muy importante de la plusvalía extraída a la clase obrera y al campesinado. La Iglesia era un auténtico poder económico: según datos del Ministerio de Justicia de 1931, la Iglesia poseía 11.921 fincas rurales, 7.828 urbanas y 4.192 censos. En cuanto al Ejército, estaba formado por 198 generales, 16.926 jefes y oficiales, y 105.000 soldados de tropa. Los oficiales, seleccionados cuidadosamente de los medios burgueses y monárquicos, jugaban un papel protagonista en los acontecimientos políticos desde el siglo XIX, y eran la espina dorsal del aparato del Estado burgués, que los empleaba sistemáticamente en labores de represión del movimiento revolucionario y en las aventuras colonialistas en el norte de África.

El proyecto de llevar a cabo las reformas democráticas, manteniendo intacta la estructura social y económica del régimen burgués, fracasaron mayoritariamente. Este gobierno se plegó, en la práctica, a las exigencias de la clase dominante y reprimió con dureza las movilizaciones obreras y jornaleras en los años siguientes. Este fracaso general se puede sintetizar en los siguientes puntos:

La depuración del ejército. El gobierno de conjunción, y su Ministro de la Guerra, Manuel Azaña, a través de una serie de reformas legales favorecieron el retiro de algunos mandos desafectos a la República garantizando su paga de por vida; pero la mayoría de los militares de carrera, vinculados a la dictadura de Primo de Rivera y a la monarquía, y con un historial reaccionario acreditado, permanecieron en sus puestos. La República no depuró el aparato militar y policial de estos elementos, al contrario,

premió y promocionó a los viejos oficiales de la monarquía, como Francisco Franco, a las posiciones más altas del escalafón militar.

Las relaciones Iglesia-Estado. La cuestión de la financiación estatal de las actividades de la Iglesia católica y los límites al monopolio clerical de la educación, fueron una prueba de fuego para el gobierno. Haciendo honor a su extracción de clase, Alcalá Zamora, futuro presidente de la República, y Miguel Maura, ministro de Gobernación, reconocidos reaccionarios, presentaron su dimisión en señal de protesta durante la redacción de la nueva constitución republicana que pretendía poner coto, muy tímidamente, al poder eclesiástico.

La enseñanza constituyó otro gran frente de batalla con la Iglesia. Su monopolio de la enseñanza había arrojado un saldo de atraso e ignorancia: en 1931, la tasa de analfabetismo del país superaba el 40%. En la primera semana de mayo de 1931, el gobierno de conjunción suprimió la obligatoriedad de la enseñanza de la religión. A finales de ese mismo mes, para luchar contra el analfabetismo, se puso en marcha el proyecto cultural de las Misiones Pedagógicas. Pero la estrella de las reformas fue el ambicioso decreto del 23 de junio de 1931, que aprobó la creación de 7.000 nuevas plazas de maestro y otras tantas nuevas escuelas, como parte de un plan quinquenal con el que se pretendía paliar el déficit educativo repartiendo más de 27.000 escuelas por toda la geografía. Sin embargo, todos estos proyectos quedaron muy cercenados. La construcción de las miles de escuelas prevista en el primer bienio sólo se llevó a cabo parcialmente debido a la escasez de recursos de las arcas municipales y al boicot de los caciques de siempre. Posteriormente, el gobierno derechista del bienio negro arrinconó definitivamente estos planes, permitiendo de nuevo a la jerarquía católica disfrutar de un amplio control sobre el sistema educativo y anulando cualquier medida reformista contra su poder económico. En cualquier caso, muchos de los avances educativos del período republicano fueron el resultado del esfuerzo abnegado de las organizaciones obreras y de sus militantes más comprometidos. Los ateneos libertarios, las casas del pueblo o las Misiones Pedagógicas se convirtieron en importantes focos de cultura en miles de localidades.

La reforma agraria. La Ley aprobada finalmente en 1932, después de cuatro proyectos y constantes concesiones a los terratenientes y los partidos de la derecha en el parlamento, establecía un Instituto de Reforma Agraria encargado de realizar el censo de tierras sujetas a expropiación mediante el pago de indemnización; pero este sistema tenía por base la “declaración” hecha por los grandes propietarios agrarios. Los créditos para esta reforma agraria procederían del Banco Agrario Nacional con un capital inicial de 50 millones de pesetas, pero su administración no dependía de los jornaleros ni sus organizaciones, sino de representantes del Banco de España, el Banco Hipotecario, del Cuerpo Superior Bancario, del Banco Exterior de España, es decir del gran capital financiero ligado a los terratenientes. El proyecto, además, obviaba el problema de los arrendamientos, que esclavizaba a los pequeños campesinos a las tierras del amo en Castilla la Vieja, Extremadura y otras zonas.

La reforma agraria del gobierno Azaña fue un fiasco en toda regla. “En 1933, ciento veinte años después de que las Cortes de Cádiz aprobasen las primeras leyes desamortizadoras —escribe Edward Malefakis— la aristocracia continuaba siendo una importante clase terrateniente. Sus propiedades que en su mayor parte eran cultivables (...) representaban más de medio millón de hectáreas en las seis provincias latifundistas

estudiadas (Badajoz, Cáceres, Cádiz, Córdoba, Sevilla y Toledo) (...) La nobleza poseía de una sexta a una octava parte de toda la tierra incluida en el Registro de Badajoz, Córdoba y Sevilla. En Cádiz y Cáceres la nobleza debía controlar algo así como la cuarta parte de las tierras incluidas en el Registro”. Y continúa: “A finales de 1933, solamente había instalados 4.399 campesinos en 24.203 hectáreas. No había una sola provincia en la que se hubiese distribuido una extensión suficiente de tierras como para alterar significativamente la estructura social agraria existente. El Estado se había apropiado de 20.133 hectáreas más, propiedad de los participantes en el levantamiento de Sanjurjo, por la ley de 24 de agosto de 1932, pero en ellas se asentaron incluso menos colonos”.¹²³

Los derechos democráticos. Las promesas de poner fin a todo el entramado de leyes reaccionarias heredadas del régimen monárquico, y garantizar de libertad de expresión, de reunión y de huelga habían sido fundamentales para ganar el apoyo de las masas del campo y la ciudad a la causa republicana. Pronto se vio no obstante, que el gobierno republicano-socialista no estaba dispuesto a llevar adelante, en lo referido a las libertades públicas, ninguna política audaz. El derecho a huelga se siguió rigiendo por la ley de 1909 y tan sólo se modificó parcialmente con el decreto del 27 de noviembre de 1931. Aún así, este decreto limitaba seriamente el derecho a la huelga al establecer que los Jurados Mixtos, que sustituían a los comités paritarios creados por la Dictadura, fueran encargados de intentar la conciliación antes de que se declarase una huelga. Fue un arma legal para reprimir a los sindicatos más combativos, especialmente a los encuadrados en la CNT, aunque también se utilizó contra las huelgas campesinas lideradas por los sectores cada vez más radicalizados de la FNNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de la UGT).

Ante el incremento de la conflictividad laboral y las ocupaciones de tierras, el gobierno aprobó, el 21 de octubre de 1931, la Ley de defensa de la República que incluía la prohibición de promover huelgas políticas y todas aquellas que no hubieran seguido el procedimiento del arbitraje. Bajo el paraguas de esta ley, y alentados por el gobierno de conjunción, los mandos de la Guardia Civil se emplearon a fondo en el asesinato de cientos de campesinos y trabajadores. Posteriormente, la ley sería utilizada por la derecha durante el bienio negro para reprimir con saña al movimiento revolucionario de octubre de 1934.

En cuanto a la cuestión nacional y las colonias, el gobierno de coalición republicano-socialista concedió a Catalunya una autonomía muy restringida, pero se negó el estatuto de autonomía a Euskadi con el pretexto de no fomentar el nacionalismo vasco, cuyo carácter reaccionario y clerical era evidente. Obviamente, la posición gubernamental ante la cuestión nacional reflejaba, una vez más, las cesiones al nacionalismo español, y no evitó que el PNV recurriera a un discurso demagógico para aumentar su influencia. Por otra parte, el gobierno republicano-socialista siguió gobernando Marruecos como antes lo había hecho la monarquía: como una potencia colonialista.

La incapacidad de los líderes republicanos y socialistas para satisfacer las demandas de tierra, empleo y buenos salarios —incompatibles con el mantenimiento de las relaciones capitalistas de propiedad—, y sus continuas concesiones a los poderes fácticos, se

¹²³ Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ed. Ariel, Barcelona, 1976, pp. 92 y 325.

tradujeron en un constante y violento enfrentamiento con el proletariado urbano y el movimiento jornalero.

La represión tuvo escenarios sangrientos: Castilblanco, Arnedo, Castellar de Santiago, Casas Viejas, Espera... en todos ellos la Guardia de Asalto y la Guardia Civil fueron utilizadas, por orden gubernamental, para defender la propiedad terrateniente asesinando a decenas de campesinos. Por otra parte, la oleada de huelgas obreras en los dos primeros años de régimen republicano fue acompañada de una profunda desilusión política de las masas. Las esperanzas depositadas en la República, la confianza en que los ministros socialistas realizarían reformas progresivas, que las medidas del gobierno abrirían nuevos horizontes para la vida de millones de personas, se convirtieron en frustración, rabia y luchas de gran envergadura. Las huelgas generales se extendieron: Pasajes, entre los mineros asturianos, en Málaga, Sevilla, Granada, en la Telefónica... y una gran mayoría terminaron como en el campo, con decenas de trabajadores muertos.

La deriva represiva del gobierno de conjunción era el resultado inevitable de sus posiciones políticas y su negativa a depurar el aparato del Estado. En palabras de Julián Casanova: “Utilizaron los mismos mecanismos de represión que los de la Monarquía y no rompieron ‘la relación directa existente entre la militarización del orden público y politización de sectores militares’. El poder militar siguió ocupando una buena parte de los órganos de administración civil del Estado, desde las jefaturas de policía, Guardia Civil y de Asalto, hasta la Dirección General de Seguridad, pasando incluso por algunos gobiernos civiles. Sanjurjo, Mola, Cabanellas, Muñoz Grandes, Queipo de Llano o Franco, protagonistas del golpe de Estado de 1936, constituyen buenas muestras de esa conexión en los años treinta, como lo habían sido Pavía y Martínez Campos en 1873. La subordinación y entrega del orden público al poder militar comenzó desde la misma proclamación de la República. El 16 de abril llegaba Cabanellas a Sevilla para ponerse al mando de la Capitanía General de la 2ª Región Militar y declaró el estado de guerra. Mantenido inicialmente durante casi dos meses, sirvió para clausurar todos los centros obreros de la CNT, dirigidos, según declaraba el general en un Bando del 22 de mayo, ‘por una minoría de audaces e indocumentados, muchos de ellos antiguos pistoleros, profesionales de la revuelta y del desorden, que en la época de dictadura fueron modelo de mansedumbre y contención’ (...) Ese tono despreciativo y amenazante con los sindicalistas y socialistas era muy típico de los militares encargados de dirigir la represión de los conflictos sociales”.¹²⁴

EL IV CONGRESO DEL PCE

Desde la primavera de 1931 hasta finales de 1932, las fuerzas del PCE continuaron avanzando. Su crecimiento, favorecido por la radicalización de las luchas obreras y campesinas en las que el Partido jugó en numerosas ocasiones un papel destacado — especialmente en Andalucía, Vizcaya, Asturias y Madrid— le sacó lentamente de la precaria situación que atravesaba en los momentos de la proclamación republicana, pero todavía distaba mucho de poder considerarse una organización de masas. Su política en el terreno sindical continuaba acentuando su aislamiento respecto a las dos grandes organizaciones obreras (UGT y CNT), al tiempo que su sectarismo frente al resto de los

¹²⁴ Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, pp. 20-21.

partidos de la izquierda le impedía ejercer una influencia sobre sus bases absolutamente imprescindible.¹²⁵

La actividad del PCE se reforzó en ese periodo a través de la puesta en marcha de toda una serie de organizaciones que le permitieron ampliar su radio de acción: Socorro Rojo, Amigos de la URSS, Escritores Revolucionarios...y también gracias a la publicación de propaganda soviética por medio de editoriales como *Cenit* (cuyo director literario era Wenceslao Roces) y *Europa-América*. Otro hecho destacado fue que el 14 de noviembre de 1931, *Mundo Obrero* se convirtió en diario con un aumento apreciable de su tirada.

En ese contexto se preparó la organización del IV Congreso del PCE que tendría una fuerte trascendencia en la historia posterior del Partido, no tanto por que supusiera un cambio de rumbo político en el corto plazo, sino por que precipitó la caída de la dirección bullejista y su posterior reemplazo por los líderes que ocuparían un lugar central en los acontecimientos de 1936 a 1939.

Bullejos, llamado junto a Adame y Vega a Moscú para debatir la situación de la organización, fue el blanco de las acusaciones reiteradas de la dirección de la IC por la falta de crecimiento del Partido y su escasa intervención en los sindicatos. Como era habitual, la dirección estalinista de la Internacional cuando se enfrentaba a las dificultades de sus secciones nacionales defendía la máxima de “siempre presentes, nunca responsables”. Sus implicaciones en la orientación política de la sección española y su responsabilidad en los fracasos eran ocultadas por las diatribas contra los dirigentes nacionales. “Al producirse la gran movilización popular que acompaña la proclamación de la Segunda República”, señalan Elorza y Bizcarrondo, “la Comintern renuncia a plantearse las causas de que esa conmoción no haya sido aprovechada por el minúsculo PCE para poner en marcha una versión española de la revolución de tipo soviético. En lugar de intentar comprender lo que sucede en España, y de definir el papel a desempeñar por el partido, la solución consiste en la inmediata inculpación de éste. No cabe admitir, en el periodo de ‘clase contra clase’, que una revolución dictaminada desde Moscú es imposible; luego la responsabilidad recae por entero sobre la sección nacional, incapaz de desencadenarla. ‘El Partido Comunista español, en este importante viraje histórico, no ha sabido orientarse ni desarrollar la acción que correspondía a un

¹²⁵ Tuñón de Lara escribe al respecto: “(...) ¿Cuántos comunistas organizados había en España a finales de 1931? En medio de una serie de actividades importantes, en medio de organizaciones campesinas locales en Toledo, en Córdoba, que se iban creando a base de acciones parciales, podemos señalar que en Vizcaya hay 800 militantes, sin contar los jóvenes; el Cataluña 450, de los cuales 300 están en Barcelona; en Andalucía 3.400 en diciembre y en febrero 5.600; era el único sitio donde rápidamente iban creciendo las organizaciones; en Asturias 650, en situación de estancamiento porque varios meses después son 688; en Castilla la Vieja 500, con tendencia a bajar y se hunde a 200 menos al año siguiente; en Castilla la Nueva 900, de los cuales hay 703 en Madrid y lo curioso –yo no sé si es un error de estadística- es que los 703 de diciembre, en marzo seguirían siendo 703; en el País Valenciano (entonces decían Levante) 500; en Galicia 300, con una tendencia muy débil; en Aragón 180; en Canarias 60, con una tendencia al crecimiento; y 100 más entre varios contando los que estaban en Marruecos. Suman todos 7.810 y al celebrarse el Congreso de Sevilla serán 11.584, más los miembros de las Juventudes que pueden calcularse aproximadamente en alrededor de 6.000. Teniendo en cuenta que partía de 800 era un avance espléndido, pero dadas las necesidades que tenía esta revolución democrática española, la coyuntura de la situación, el empuje de los campesinos, de los obreros agrícolas de Andalucía, etc., era poco, naturalmente. (Manuel Tuñón de Lara, “De la dictadura de Primo de Rivera al Congreso de Sevilla”. En VVAA, *Contribuciones a la historia del PCE*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 176-190). En cuanto a la UJC según Carlos Alejo: “Si hasta 1932 la UJC no se proponía en absoluto la movilización de la juventud, a partir de la superación de los 10.000 militantes, la dinámica es totalmente contraria, la UJC gana cada vez más poder de convocatoria.”

partido bolchevique en semejante ocasión’, explica el Presidium a los dirigentes del PCE al constatar que estos no han sido capaces de promover la constitución de soviets en España al calor del 14 de abril (cosa que por otra parte si ensayaron sin la menor fortuna). En tales circunstancias, la dirección del partido amonestado no tenía otra salida que asumir una total autocrítica y poner la elaboración política entera y explícitamente en manos de ‘La Casa’. Otra cosa era emprender una deriva donde los censurados acabarían inevitablemente como perdedores”.¹²⁶

A través de toda una serie de maniobras, la Internacional preparó el terreno para desembarazarse de Bullejos y los que se alinearon con él. Primero en una carta abierta enviada desde el Presidium el 21 de mayo de 1931, y elaborada por Maniulski, la IC hizo públicas las críticas e insinuaciones a la dirección bullejista; más tarde en un segundo documento, del 3 de enero de 1932, destinado a “todos los miembros del PCE”, que puenteaba obviamente al Comité Central, y firmado por el Buró para Europa Occidental cuyos responsables eran Stepanov y Manuilski. La misiva buscaba poner en guardia a la militancia respecto a las “tendencias sectarias y métodos de acción anarquistas” de Bullejos: “(...) El Partido Comunista se ha encerrado en sí mismo, se ha desentendido de la clase obrera, ha desconocido a los campesinos, se ha separado de las grandes masas, no ha sentido sus pulsaciones vitales, ha desdeñado sus aspiraciones, sus reivindicaciones y su voluntad de lucha. Y cuando los acontecimientos vinieron, cuando la República fue proclamada al empuje poderoso de las grandes masas que se echaron a la calle, el partido lanzó órdenes erróneas e incomprensibles para ellas. El Partido comunista español tiene demasiadas supervivencias anarquistas; no es una organización netamente proletaria, y constituye más bien un grupo de propagandistas sectarios débilmente unidos a las masas, sin política clara, sin perspectivas precisas. El Partido Comunista español es una pequeña tertulia de amigos cristalizada en el interior de una retorta. Las organizaciones regionales llevan una vida lánguida, sin preocupaciones por las masas, limitándose a esperar las circulares del centro. Esto alcanza ya proporciones inadmisibles. Se puede citar numerosos casos en que obreros revolucionarios no han sido admitidos en el partido ‘para que no descienda el nivel cualitativo de la elite comunista’. Esto demuestra un espíritu revolucionario ‘pequeño-burgués’, que tiende a la creación del ‘héroe’ lo cual no pasa de ser un reflejo del caciquismo (...)”.¹²⁷

Como se aprecia, ninguna responsabilidad corresponde a la Internacional y sus delegados, presentes en los grandes acontecimientos que describe la misiva y responsables máximos a la hora de orientar las fuerzas del Partido español. Para más sarcasmo, la declaración se ratificaba la línea adoptada en el VI Congreso de la Internacional de 1928: “En el bloque contrarrevolucionario, el Partido Socialista ha jugado y juega todavía el principal papel de engañador de masas. El Partido Socialista es el campeón de la reacción de la ofensiva de la contrarrevolución burguesa y agraria contra la clase obrera y las masas laboriosas”.¹²⁸ Como señalan Elorza y Bizcarrondo: “El grupo dirigente de la Comintern para los países latinos, con Manuilski en posición de protagonista absoluto, se desespera ante la impotencia del PCE para convertirse por arte de magia en la vanguardia que encauza las masas hacia la solución soviética. Los esfuerzos del PCE de José Bullejos para compensar esa inferioridad con una intensa agitación allí donde cuentan con efectivos suficientes —Sevilla o Bilbao— no redime a los comunistas españoles, sino todo lo contrario: son pruebas de esa propensión revolucionaria en las masas que ellos no saben dirigir. Todo se resuelve entonces desde

¹²⁶ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 131.

¹²⁷ Citado en Víctor Alba, *El Partido Comunista en España*, Ed. Planeta, Barcelona 1979, p. 132.

¹²⁸ Joan Estruch, *op. cit.*, p. 71.

Moscú en un doble juego destinado a ahormar el grupo dirigente del PCE para que ejecute al píe de la letra sus consignas: por un lado, convocándolos una y otra vez a Moscú a sesiones de información y condena política; por otro, proyectando sobre España ese espíritu de admonición, bien mediante documentos públicos orientados a desgajar la militancia de Bullejos, bien mediante la acción en cascada de delegados que de un modo u otro intentan devolver a ‘La Casa’ las riendas de la organización”.¹²⁹

Cuando comenzaron los trabajos del IV Congreso del Partido, el 17 de marzo de 1932, nadie cuestionó los aspectos planteados en la carta abierta de la Internacional. La orientación continuó siendo la misma: se aprobó la transformación del Comité de Reconstrucción de la CNT en Comité de Unidad Sindical, se adoptaron medidas “organizativas” para continuar con la “bolchevización” del partido, y se volvió a ratificar a José Bullejos como Secretario General. Esto dio píe a considerar el congreso, por los afines a Bullejos, como un triunfo sobre los propósitos de la delegación de la Comintern. Pero la situación no estaba tan clara. “El hecho es que en la nueva dirección resultante del Congreso, entraron por iniciativa de la delegación internacional, como reconoce el mismo Bullejos, hombres escasamente afectos a él, como Manuel Hurtado, secretario de organización y pieza clave en su derrota, los encargados del trabajo sindical, Juan Astigarrabía y Antonio Mije, y Jesús Larrañaga. Entraba también en el Buró Político un líder sevillano leal sin reservas a la Comintern, José Díaz”.¹³⁰ También se incorporaron Dolores Ibárruri¹³¹, al Secretariado Femenino; y para el Comité Central fueron elegidos, entre otros, Vicente Uribe y Pedro Checa. La designación de esta dirección no ocultaba la fractura y el aislamiento del grupo de Bullejos respecto a la IC. Trilla todavía permanecía en Moscú y los nuevos miembros del CC estaban en sintonía con las críticas de la Internacional; la depuración sería cuestión de poco tiempo.

Sin apenas margen para digerir el resultado del IV Congreso, las acusaciones contra el grupo de Bullejos se fueron recrudeciendo en las publicaciones de la Internacional y en las reuniones posteriores mantenidas por el grupo dirigente español y los responsables de la IC en Moscú. “El aviso llegó en el segundo número de Bolchevismo, en mayo, con el artículo de Manuel Hurtado sobre el estado de organización del partido, que se abría haciéndose eco de las críticas de Moscú acerca del carácter sectario y anarquizante de sus actuaciones formuladas por Manuiski acerca del mal funcionamiento del partido, su ‘falta de vida política interior’, de ‘una organización bolchevique’, de ‘una verdadera dirección centralizada’, de ‘trabajo colectivo’...”.¹³²

En los meses posteriores la actividad del Partido no cesó. El gobierno Azaña, ante el aumento de las huelgas obreras y los conflictos en el campo, prohibió las manifestaciones del 1º de Mayo, decisión que fue desafiada por el PCE. En Sevilla, plaza fuerte del Partido donde dominaban la Unión Local de Sindicatos, la campaña previa a la manifestación se centró en la organización de un Congreso Obrero, reunido a

¹²⁹ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 144.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 155.

¹³¹ La dirigente histórica del PCE, Dolores Ibárruri Gómez, *La Pasionaria*, nació el 9 de diciembre de 1895 en Gallarta, provincia de Vizcaya. Nieta, hija, hermana y esposa de mineros, tuvo una infancia dura y llena de privaciones, al igual que el resto de las familias mineras de la época. Estas dificultades económicas, y los prejuicios de la época, frustraron los estudios de Dolores, que tuvo que emplearse como sirvienta siendo una adolescente. A partir de 1916, tras su matrimonio, comenzó a usar el seudónimo de *La Pasionaria*. Siendo ya militante del Partido Socialista, lo utilizaría en su primer artículo, publicado en *El minero vizcaíno* (1918). El 15 de abril de 1920 la agrupación socialista de Somorrostro (donde ella vivía y militaba) se sumó a la fundación del Partido Comunista Español. Dolores se uniría a él, convirtiéndose en una leyenda de la militancia comunista hasta su muerte, en 1989.

¹³² *Ibid.*, p. 156.

finales de abril, y que votó por la constitución de un Consejo Central de Comités de Fábrica y Campesinos (a partir del que la IC pretendía la ficción de transformar en un sovieta). En cualquier caso, la propaganda y agitación comunista en la ciudad tuvo su efecto, y el PCE logró realizar el Primero de Mayo una manifestación numerosa. Posteriormente, el 30 de junio, se celebró en San Sebastián la Conferencia convocada por el Comité de Unidad Sindical, que sancionó la política escisionista con la creación de la Confederación general del Trabajo Unitario (CGTU).

El ascenso huelguista de 1931-1932 se convirtió en el mejor termómetro de las profundas tensiones sociales que el gobierno de conjunción y la política de colaboración de clases provocaron, y del progreso de la conciencia obrera; pero también hacía resaltar la inmadurez de la dirección revolucionaria. Ésta se hallaba muy retrasada respecto a las tareas históricas del movimiento, y en eso consistía la principal debilidad de los trabajadores. La gran oleada de luchas, y el carácter semiespontáneo de muchas de ellas, representaba una etapa inevitable del proceso revolucionario y unía a las capas más avanzadas de la clase con las más atrasadas. Pero esto no era suficiente. La necesidad de que esas energías encontraran un canal adecuado para transformarse en organización consciente, en un programa socialista acabado, era la cuestión decisiva.

Los capitalistas españoles, que habían asumido con mucha cautela el cambio de régimen, nunca confiaron en sus posibilidades. Mientras presionaban con fuerza a los gobernantes republicanos y socialistas, sabotaban la economía trabajando simultáneamente por una alternativa que sirviera directamente, y sin ninguna concesión, a sus intereses inmediatos. La polarización política se manifestó rápidamente, en el campo de la derecha, con la formación de grupos reaccionarios que apelaban abiertamente al golpe militar y la salida fascista. En octubre de 1931, los monárquicos alfonsinos, encabezados por Antonio Goicoechea, crearon Acción Nacional, más tarde Acción Popular, federación en la que participaban Herrera Oria y Gil Robles, y a la que se adhirieron monárquicos como Ramiro de Maeztu, Pedro Sainz Rodríguez o José María Pemán. Ramiro Ledesma Ramos, que dirigía la publicación *La conquista del Estado*, se unió a las conservadoras y católicas Juntas Castellanas de Acción Hispánica para formar las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista). Paralelamente, José Antonio Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas y Julio Ruiz de Alda fundarían el Movimiento Español Sindicalista, que en octubre de 1933 se convertiría en Falange Española.

La dinámica pronto se trasladó a los cuartos de banderas, donde los militares más derechistas, que habían conservado sus privilegios y posiciones, empezaron a conspirar abiertamente contra el régimen republicano. Las concesiones permanentes del gobierno de conjunción y de su ministro de la Guerra, Manuel Azaña, alimentaron la confianza de la casta de oficiales reaccionarios en las posibilidades de un golpe militar. “Los oficiales más decididos, que habían luchado y conspirado contra la Dictadura [de Primo de Rivera], carecían del fervor del ministro y, en consecuencia, de poder —escribe Gabriel Cardona—. En el verano [de 1931], la soberbia de Azaña y los temores de Miguel Maura hicieron que el general Sanjurjo detuviera al teniente coronel Camacho, al comandante Romero Basart y a varios oficiales republicanos, acusados injustamente de preparar la revolución social en la base de Tablada. Todos ellos eran antiguos luchadores por la democracia, mientras que Sanjurjo había colaborado activamente en el golpe de Estado de 1923 y ocupó ininterrumpidamente la jefatura de la Guardia Civil desde 1928 (...) Esta falta de calor de sus propios políticos dispersó progresivamente a

los militares republicanos, acosados por las presiones internas del propio Ejército. El general Villegas, un antirrepublicano notorio, pasó a mandar las tropas de Madrid, y el capitán Gallego, un republicano, fue detenido mientras custodiaba un polvorín, acusado de comunista. Como siempre, todo era una falacia y fue puesto en libertad por falta de pruebas. Azaña se enteró del asunto por la prensa, pero no hizo nada por enmendar aquella y sucesivas sevicias que segaban la hierba bajo sus pies”.¹³³

Desde los primeros meses de 1932, un amplio sector de militares, encabezados por los generales Ponte y Orgaz y respaldados por plutócratas como José Luis Oriol y el conde de Vallellano, planeaban un golpe militar, al que se sumó el general Sanjurjo, ex director de la Guardia Civil y en ese momento jefe del cuerpo de Carabineros. Muchos de los protagonistas activos del levantamiento militar del 18 de julio de 1936 participaron en esa conspiración: el general Goded, el coronel Varela... Asimismo, significados representantes del capital vasco con apellidos señeros, como Urquijo, Zubiría, Goicoechea, Lequerica..., prestaron apoyo económico y logístico a los golpistas. “En el aparato del Estado no faltaban las colaboraciones, cosa explicable dado que la República, excepción hecha de la poda de alguna que otra cabeza visible, seguía utilizando los engranajes del Estado monárquico: así, colaboraban en la conspiración varios funcionarios del gabinete telefónico-telegráfico de la Dirección General de Seguridad”.¹³⁴ Era, pues, una trama respaldada por un amplio sector de la oligarquía capitalista, la aristocracia, los terratenientes, la cúpula militar y el aparato del Estado.

Los puntos de apoyo para el golpe se extendían a Pamplona, Madrid, Málaga, Cádiz y Sevilla. En la noche del 9 de agosto, y con el gobierno al corriente de la conjura, los golpistas intentaron apoderarse en Madrid del Palacio de Comunicaciones y el Ministerio de la Guerra. Fracasaron después de dos horas de enfrentamientos con las fuerzas militares leales. Pero no ocurrió lo mismo en Sevilla, donde en la mañana del 10 de agosto, el general Sanjurjo sublevó a toda la guarnición militar, ocupando los lugares estratégicos de la ciudad y deteniendo al gobernador civil. Fue la reacción masiva de la clase trabajadora sevillana, que declaró la huelga general, la que acabó con el golpe militar. En la acción se destacaron los militantes cenetistas y comunistas, que organizaron una agitación ejemplar y con su decisión frustraron lo que se hubiera convertido en una auténtica carnicería.

La sublevación monárquico-militarista de Sanjurjo no sólo pretendía acabar con el gobierno; su objetivo era establecer una nueva dictadura en defensa de los intereses de la oligarquía. La excusa utilizada fue impedir la aprobación del proyecto de ley del estatuto catalán y evitar la sanción parlamentaria de la ley de Reforma Agraria. La actitud gubernamental hacia los golpistas fue toda una declaración de principios. Aunque Sanjurjo fue condenado a muerte, posteriormente fue indultado con el voto favorable de los ministros socialistas. Muchos de los condenados pudieron, más tarde, regresar a sus puestos tras la amnistía que se les concedió durante el bienio negro. La actitud permisiva contra aquellos que habían intentado poner fin al orden constitucional republicano, contrastaba demasiado con la intransigencia brutal que desde el gobierno se manifestaba contra los trabajadores.

¹³³ Gabriel Cardona, “Estado y poder militar en la Segunda República”, en *La II República, una esperanza frustrada*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1987, p. 55.

¹³⁴ Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, vol.II. Ed Laia, Barcelona, 1981, p. 338.

El intento de golpe militar, y la actuación del PCE en aquellas jornadas reavivaron la polémica entre la Internacional y la dirección bullejista. Con la llegada de un nuevo delegado de la Internacional a España se elevó la tensión al máximo. El representante de la IC era el argentino Victorio Codovilla, que hasta la guerra civil jugaría un papel esencial y central en la vida política del Partido: “(...) ‘Hay que tomar medidas de orden concreto para ayudar al partido, hay que hacer todo lo posible para ayudar al partido’. En el vocabulario de la Comintern, ‘ayudar’ equivalía a situar un tutor sobre el PCE. Sin duda Codovilla se ofrecía para el cargo...”¹³⁵

“En la reunión del Secretariado del 17 de agosto”, señalan Elorza y Bizarrondo: “comienzan a definirse los campos. La batalla es ante todo organizativa, con Codovilla argumentando su presencia por ‘la falta de cuadros dirigentes en el PCE y la réplica muy dura de Bullejos explicando el rechazo al argentino ‘porque no le reconocían la capacidad política precisa’. Pero también apuntó a la diferencia política que luego estallaría, calificando a Azaña de eje de las fuerzas contrarrevolucionarias, pero con el reconocimiento de que ‘los grandes terratenientes y banqueros no están conformes con el gobierno Azaña’. Matización sobre la cual vuelve al día siguiente en la reunión del Buró Político de forma aún más clara: el movimiento del 10 de agosto fue apoyado ‘por todas las fuerzas que fueron desplazadas el 14 de abril de la dirección del gobierno, que trataban de quitar al gobierno Azaña y sustituirlo por una dictadura’. De ahí las consignas exhibidas por el partido el 10 de agosto de ‘defensa de la República’, y ‘defensa revolucionaria de la República’. Algo que Codovilla no podía admitir. El grito a lanzar hubiera debido ser ‘¡Vivan los Soviets!’”¹³⁶

En efecto, la movilización obrera contra el golpe de Sanjurjo, en la que el PCE jugó un papel notable, abrió de par en par la oportunidad que la Internacional estaba buscando para deshacerse de Bullejos. La cuestión de cómo enfrentar la ofensiva reaccionaria motivo nuevas discrepancias, entre el mantenimiento de las tesis que incidían en colocar al PSOE como el principal blanco de los ataques, en sintonía con la doctrina del “socialfascismo”, o virar hacia una posición en que la lucha contra la derecha fuera el eje de la agitación pública. Bullejos, muchos años después, relató su visión de la discusión: “Dados los graves acontecimientos que se avecinaban, el Partido debía corregir su táctica, y hacer pasar al lugar preferente la preparación de la lucha y la movilización de masas contra la reacción monárquica, militar y republicana. Al desarrollar mis proposiciones, aclaré debidamente que no se trataba de tomar una acción de defensa exclusiva de la República, sino que nuestro lema debía ser ‘Defensa revolucionaria de la República’ (...) La delegación internacional no aceptó mi proposición, y mantuvo con la intransigencia acostumbrada su posición, no tanto por creer que correspondía a la situación real de España, como por estimarla de acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista y las directrices dadas para el caso español por el Ejecutivo.”¹³⁷

Los acontecimientos se precipitaron siguiendo un guión previsto. En una de las reuniones del Buró Político convocada a instancias de Codovilla, el 19 de agosto, se presentó una resolución que calificaba a Bullejos y sus seguidores en la dirección de “contrarrevolucionarios”, dictando que aquellos miembros del Buró que no respaldaran la resolución serían considerados enemigos de la Internacional. Bullejos, que estuvo

¹³⁵ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 159.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 162.

¹³⁷ José Bullejos, *La Comintern en España*, México, 1972, pp. 190-191.

ausente de la reunión, al igual que Vega y Adame, había presentado su dimisión en repulsa a las maniobras de los delegados de la IC.¹³⁸ A la postre, una resolución del 27 de septiembre del Secretariado del PCE, con Bullejos Adame y Vega ya en Moscú, los condenaba por su “política fraccional y caciquil” y ponía en manos de la IC la resolución definitiva a adoptar contra los ex dirigentes. “(...) el 29 de octubre de 1932, en sesión cerrada, la comisión española [de la IC] presidida por André Marty había ya decidido ‘impedir a toda costa el trabajo fraccional del grupo Bullejos, Adame, Trilla y Vega’, y para ello, considerando su política hostil a la IC, refrendaba la decisión del BP español de excluirlos incluso de militancia (...)”.¹³⁹

La ruidosa campaña en su contra se multiplicó en todos los medios públicos del Partido y Codovilla sentenció la situación: “En la crisis actual preparada sistemáticamente por B y Ad., apoyada por Veg. [Bullejos, Adame y Trilla], no se trata —como dicen estas camaradas— de una lucha contra los métodos de trabajo de la IC y contra las maniobras de la IC, se trata de una lucha consciente contra la política de la IC (...) declaramos con toda sinceridad que esta lucha de B. A. y V., es un crimen contra el partido, contra la Internacional y contra la revolución.”¹⁴⁰

En el glosario oficial de la historia del Partido, la expulsión de Bullejos y su partidarios se presentó como una decisión imprescindible para asegurar el avance del partido y liberarla de una línea “sectaria” y aventurera”, eso sí, disculpando de cualquier responsabilidad a la Comintern: “(...) En la discusión abierta en el Partido se analizaron los errores del grupo y sus raíces sociales. ¿Cuáles eran estos errores? El grupo no había comprendido el carácter de la revolución democrático-burguesa antes del 14 de abril. Su error partía de una falsa apreciación del carácter del Poder bajo la Monarquía; cerraba los ojos a los vestigios feudales existentes en el país y al peso político que conservaba la aristocracia latifundista, considerando que, dentro del bloque gobernante, llevaba la dirección la burguesía y no la aristocracia terrateniente. De aquí la concepción del grupo, de que la revolución debía ser dirigida contra la burguesía, y su consigna extemporánea del 14 de abril: ‘¡Abajo la República burguesa!’”. Este desenfoque impidió al grupo comprender la importancia de la revolución agraria, nervio central de la revolución democrática española, y la formidable carga revolucionaria que llevaba en su seno el movimiento campesino.

“El grupo mantenía también en la cuestión nacional una posición errónea. La justa consigna del Partido ‘Derecho de autodeterminación e incluso separación para Cataluña, Euzkadi y Galicia’, era interpretada como una consigna de separación inmediata y obligatoria de dichas nacionalidades, lo que constituía una burda deformación del pensamiento del Partido, ferviente partidario de la unión voluntaria y no de la separación de los pueblos hispanos.”¹⁴¹ Después del 14 de abril, el grupo rectificó

¹³⁸ La reunión “es cierto que arrancó lo esencial en dos puntos: ‘las más incondicional adhesión’ a la política de la Comintern y ‘estar dispuestos a acatar sus decisiones y continuar fieles a ella, ocurra lo que ocurra’ (...) Pero otros acuerdos, luego olvidados, eran menos satisfactorios. Los miembros del BP hacían responsables a la delegación de ‘la actual situación de desquiciamiento de la dirección del partido’ (...) Por añadidura, unánimemente, el BP declaraba que Bullejos, Adame y Vega no eran contrarrevolucionarios, y que la crisis debía ser resuelta al regreso de la delegación que iba a Moscú por el Comité Central del Partido...” Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 164.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 167.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 132.

¹⁴¹ El Partido tomó la iniciativa de crear el Partido Comunista de Catalunya en el IV Congreso de 1932 siguiendo las directrices de la IC, con el fin de superar sus debilidades organizativas y abordar con mayor

algunos de sus errores, pero de manera harto formal. Hablaba de la revolución agraria y la cuestión nacional, pero sin realizar esfuerzos serios para organizar y dirigir la lucha de los campesinos por la tierra y la acción de las nacionalidades oprimidas por sus derechos. Ello reflejaba, en el fondo, la incomprensión del grupo sobre el papel movilizador, organizador y orientador del Partido, y éste era, precisamente, su error más grave. En su concepto, el Partido era una secta cerrada de doctrinarios y no un combatiente avanzado, ligado por mil vínculos a las masas populares. Imbuidos de una mentalidad pequeño-burguesa de jefes insustituibles, los componentes del grupo rechazaban el método de la dirección colectiva, frenaban la promoción de nuevos cuadros, pretendían mandar en vez de dirigir.

“Los pacientes esfuerzos de la Internacional Comunista para ayudarles a vencer sus incomprensiones fueron rechazados, lo que era tanto como no aceptar la ayuda del movimiento comunista mundial, su experiencia revolucionaria. El grupo abandonaba el internacionalismo proletario y caía en un chovinismo provinciano y pequeño-burgués. Analizando todo este sistema de conceptos erróneos, el Partido lo definió como una desviación sectario-oportunista. El sectarismo y el oportunismo marchan casi siempre unidos; suelen ser el anverso y el reverso de una misma moneda. La falta de madurez teórica y de firmeza ideológica hacía al grupo particularmente vulnerable al impacto de posiciones extrañas al marxismo; sustancialmente, sus concepciones eran la resultante de la presión de la pequeña burguesía sobre las filas del proletariado. El sectarismo del grupo reflejaba la mentalidad de la pequeña burguesía radicalizada, impregnada de verbalismo revolucionario, pero ajena a la mentalidad del proletariado y a sus métodos de lucha, cuya clave reside en la acción consciente de las grandes masas, en el espíritu de organización y de disciplina, en la constancia revolucionaria.

“La expulsión del grupo vino a completar la obra iniciada por el IV Congreso, a cerrar esta etapa de la lucha contra el sectarismo. Pero no eliminó definitivamente esta enfermedad en el Partido. Las particularidades de la lucha política y del movimiento obrero en nuestro país eran terreno abonado para un renovado brote de sectarismo; el Partido podría extirparlo, ante todo, multiplicando sus lazos con las masas, participando en sus luchas diarias y sosteniendo una lucha ideológica permanente tanto contra el oportunismo socialdemócrata como contra el anarquismo. En la historia de nuestro Partido, 1932 es el año del gran viraje, cuando a la dirección de éste fueron José Díaz, Dolores Ibárruri y otros camaradas, que tan importante papel han desempeñado en el desarrollo y fortalecimiento del Partido; cuando se corrigió la orientación estrecha y dogmática que frenaba el desarrollo del Partido y, en cierta medida, le apartaba de las masas. A partir de entonces se produjo el proceso de consolidación y reafirmación del Partido Comunista de España como vanguardia dirigente de la clase obrera. El Partido penetró ampliamente en las filas de la clase obrera y entre las masas campesinas. Su consecuente posición leninista sobre los problemas fundamentales de la revolución democrática le granjearon la simpatía y la adhesión de hombres de diferentes sectores

éxito el problema nacional catalán. La nueva sección publicó a partir del 9 de noviembre de 1932 el semanario *Catalunya Roja*, y celebró su I Congreso en abril de 1934. Según los datos de la dirección, el PCC contaba en aquel momento con 800 afiliados, pero en la práctica tuvo una trascendencia mucho menor que sus competidores del BOC. En el caso de Euskadi, en marzo de 1933 empieza la publicación de *Euskadi Roja*, al tiempo que desde la IC se propone una línea similar a la de Catalunya para la creación de un Partido Comunista Vasco. El proceso en este caso será mucho más lento. La transformación de la Federación Vasco-Navarra del PCE en el PC de Euskadi se planteó en marzo de 1934, y hasta junio de 1935 no celebraría su primer congreso, en la clandestinidad, en el que se elegiría a Juan Astigarrabia como Secretario General.

sociales que comenzaron a ver en el Partido Comunista una fuerza política seria, con la cual había que contar.”¹⁴²

A pesar de esta reescritura de la historia del PCE, haciendo borrón y cuenta nueva sobre la influencia trascendental de las consignas estalinistas de la época y las directrices de los delegados de la Internacional, la línea política de la sección española no sufrió cambios sustanciales después del IV Congreso; de hecho, se mantuvo en esencia la misma posición sectaria y ultraizquierdista que regía la orientación internacional hasta el nuevo giro, promovido a mediados de 1934 y que fue sustanciado en el VII Congreso de la IC con la política del frente populismo. Eso sí, como era la norma habitual, Stalin y sus decisiones jamás podían ser cuestionadas. El pasado era impredecible, siempre sujeto a pertinentes modificaciones que casaran con la línea general del momento.

Los primeros pasos en conformar la nueva dirección llevaron a la constitución de un nuevo Secretariado, con la entrada de Jesús Hernández, como responsable de agitación y propaganda, y Vicente Uribe para la dirección de *Mundo Obrero*. Pasionaria continuaba al frente del secretariado femenino, mientras que Hurtado y Mije conservaban sus puestos en organización y sindical. En una de las reuniones inmediatas de la dirección, en las que se abordó la situación política del Estado español, si bien el PSOE aparecía como el foco central de la contrarrevolución se admitió también la presencia de la reacción monárquico jesuítica como un factor de la escena política, reacción que se aprovechaba de la existencia de la República y que preparaba el terreno al ascenso del fascismo con Gil Robles y Lerroux como posibles variantes. Este análisis de la dirección del Partido provocó inmediatamente la contestación de los dirigentes de la IC involucrados en el seguimiento de los asuntos españoles, Stepanov, el delegado búlgaro que desde hacía años mantenía un control sobre las líneas maestras de la política del PCE y que jugaría un papel crucial como asesor en los años de guerra y revolución social, no aceptó la visión propuesta: “Ese poder contrarrevolucionario real tiene a su frente a los partidos republicanos, socialistas, republicanos-socialistas, radicales”. Finalmente, las manifestaciones de la sección nacional se acomodaron sin mayor problema a los “toques” de Moscú, favoreciendo además su encaje en un momento en que la colaboración de los líderes socialistas con los republicanos se saldó con continuas represiones de las luchas obreras y jornaleras, incluyendo la matanza de Casas Viejas.

Las publicaciones del Partido no cedieron un ápice en la línea del *socialfascismo*, que eran defendidas con virulencia. “No es difícil rastrear los signos de continuidad. El 23 de marzo Juan Astigarrabía condena a ‘los líderes socialistas, (quienes) por su política de ayuda a la burguesía, cooperan con la obra sangrienta del fascismo.’. ‘Lo mismo en el poder en España que en la *oposición*, en Alemania los jefes socialistas sirven a la contrarrevolución y al fascismo’. Y el Pleno del Comité Central ampliado del 7 al 10 de abril, aunque habla de frente único contra la dictadura fascista, peligro reforzado por la subida al poder de Hitler, se mantiene fiel a línea política de la IC: sólo un delegado, al quien se acusa inmediatamente de trotskista, propone el frente único incondicional. La demagogia incluso se incrementaba en meses sucesivos. Un artículo de José Díaz en junio sobre la crisis del gobierno Azaña hace bueno cuanto un año atrás escribiera su predecesor Bullejos. La crisis le parecía una ‘falsa comedia que se desarrolla en el Parlamento de la contrarrevolución’, por obra de banqueros y terratenientes que a su

¹⁴² *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París, 1960, p. 77-80. (redactada por una comisión del Comité Central, presidida por Dolores Ibárruri)

juicio querían un gobierno de izquierdas. Era un gobierno con ‘socialfascistas’ que, como era de esperar, presentaba ‘leyes fascistas’. Tras este razonamiento, por llamarlo de alguna manera, José Díaz pedía a los obreros que unificasen sus fuerzas ‘contra toda la canalla concentrada en el marco de la contrarrevolución’. Según propusiera en su análisis Stepanov ‘todos eran uno dentro de esa canalla opuesta a la revolución’: ‘hay que romper los planes que la falsa comedia parlamentaria, que monárquico-lerrouxistas y republicano-socialistas están fraguando para masacrar a los miles y millones de obreros u campesinos. ¡A la lucha! ’...’.¹⁴³

Tendrían que producirse nuevos virajes en la Internacional, tras el triunfo de Hitler y las enormes presiones que se sucedieron en el movimiento obrero francés y español a favor del frente único contra el fascismo, para que el PCE cambiase el tono de sus discursos. Una tarea que no fue lineal ni sencilla, y que acarrió una última demostración de sectarismo, en este caso contra las Alianzas Obreras surgidas en España en los meses previos a la insurrección de octubre de 1934.

LA AMENAZA FASCISTA

Cuando el presidente de la República disolvió las Cortes y fueron convocadas nuevas elecciones para noviembre de 1933, la reacción de derechas había reconquistado una parte importante del terreno perdido el 14 de abril, especialmente entre las capas medias urbanas y sectores atrasados del campesinado. Agazapada ante los primeros empujes de las masas, la reacción empezó a levantar cabeza como demostró el intento de golpe de Estado de Sanjurjo en agosto de 1932. Entre la burguesía española empezaba a tomar fuerza una salida política similar a la que se estaba desarrollando en Alemania. El peligro del fascismo se concretaba.

El balance de dos años de debates parlamentarios subrayó la equivocación de aquellos que pensaban que la solución a los problemas endémicos de la sociedad vendría de discursos y retórica. “Era un parlamento típico de figurantes charlatanes —escribió Munis— sin brizna de energía revolucionaria, de los muchos que desde mediados del siglo pasado han destripado revoluciones por el mundo. Federico Engels se burlaba de la timidez y la incapacidad de los parlamentarios de Francfort durante la revolución alemana de 1848. Al lado de nuestros constituyentes, eran casi unos jacobinos. Miseria ideológica, huera pedantería discursaril, ignorancia, condescendencia para con la reacción, brutalidad y engaño para con el proletariado y los campesinos, reaccionario respeto de todos los intereses creados, he ahí la silueta de las Cortes Constituyentes. Desde cualquier ángulo que se las juzgue, se sitúan más cerca de los estamentos isabelinos de 1834, que de un parlamento revolucionario. Como los estamentos, las Constituyentes anunciaron a bombo y platillo la solución de todos los problemas; imitándoles, ni siquiera arañaron la estructura social del país, dejando los problemas básicos de la revolución democrática en el estado en que los encontraron”.¹⁴⁴ Es un juicio duro, pero sin duda muy cercano a la realidad de los hechos.

Utilizando el sufragio universal y las elecciones cada cuatro años, apoyándose en la farsa de la “división de poderes” y sacando partido a la representación “obrero” en las

¹⁴³ *Ibid.*, p. 175.

¹⁴⁴ Grandizo Munis, *op. cit.*, p. 106.

instituciones, la democracia burguesa oculta el auténtico gobierno de la sociedad, que nadie elige, que nadie vota, pero que decide con mano de hierro sobre las vidas de millones de personas. Este gobierno no es otra cosa, en realidad, que la dictadura del capital financiero, de los consejos de administración de los grandes monopolios y la banca, que toleran las formas democráticas a condición de que el poder real quede en sus manos. Cuando las contradicciones insalvables del capitalismo empujan a la sociedad burguesa a crisis revolucionarias, entonces la política parlamentaria, los iconos democráticos, se convierten en un obstáculo para la clase capitalista. Tolerar sindicatos, partidos obreros, huelgas, manifestaciones..., se vuelve una carga insoportable.

El fascismo, después de su triunfo en Italia en 1923, entonaba su marcha triunfal sobre Alemania. La República de Weimar no había logrado evitar el desempleo de millones de trabajadores alemanes ni el empobrecimiento de una parte significativa de las capas medias. Esas masas pequeñoburguesas, que podían haber sido ganadas a la causa del proletariado si las organizaciones obreras hubiesen defendido un programa revolucionario, dieron un bandazo violento a la derecha. En una sociedad en descomposición, los nazis consiguieron aumentar considerablemente su influencia entre ellas y en las legiones del lumpemproletariado que poblaban las ciudades. En las elecciones de septiembre de 1930, el SPD obtuvo 8.577.700 votos; el Partido Comunista (KPD), 4.592.100; y el partido nazi 6.409.600. Si el KPD había incrementado sus votos en relación a las anteriores elecciones de 1928 en un 40%, los nazis lo habían hecho en un 700%.

Trotsky denunció incansablemente las posiciones sectarias de la IC estalinizada, y reclamó una enérgica política de frente único entre los comunistas y los socialdemócratas para combatir a Hitler. En agosto de 1931, el revolucionario ruso escribió: “Debemos decir pues, claramente, a los obreros socialdemócratas, cristianos y sin partido: ‘Los fascistas, una pequeña minoría, desean derrocar al gobierno actual para tomar el poder. Nosotros, los comunistas, pensamos que el actual gobierno es el enemigo del proletariado, pero este gobierno se apoya en *vuestra* confianza y *vuestros* votos; deseamos derrocar a este gobierno por medio de una alianza con vosotros, no por medio de una alianza con los fascistas contra vosotros. Si los fascistas intentan organizar un levantamiento, entonces nosotros, los comunistas, lucharemos con vosotros hasta la última gota de sangre, no para defender al gobierno de Braun y Brüning, sino para salvar a la flor y nata del proletariado de ser aniquilada y estrangulada, para salvar las organizaciones y la prensa obreras, no solamente nuestra prensa comunista, sino también vuestra prensa socialdemócrata. Estamos dispuestos junto con vosotros a defender cualquier local obrero, el que sea, cualquier imprenta de prensa obrera de los ataques de los fascistas. Y os llamamos a comprometeros a venir en nuestra ayuda en caso de amenaza contra nuestras organizaciones. Proponemos un frente único de la clase obrera contra los fascistas. Cuanto más firme y persistentemente llevemos a cabo esta política, aplicándola a todas las cuestiones, más difícil será para los fascistas cogernos desprevenidos y menores serán sus posibilidades de derrotarnos en la lucha abierta.”¹⁴⁵

¹⁴⁵ León Trotsky, “Contra el comunismo nacional. Lecciones del ‘referéndum rojo’”, en *La lucha contra el fascismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2004, p. 84. Como señala Claudín: “En oposición a la teoría del socialfascismo, Trotsky plantea la contradicción fundamental que existe entre fascismo y socialdemocracia. ‘Por muy cierta que sea la afirmación de que la socialdemocracia ha preparado con su política la expansión del fascismo, no es menos exacto —dice— que el fascismo aparece como una amenaza mortal para la misma socialdemocracia, cuya existencia entera está indisolublemente ligada a las formas de gobierno parlamentario-democrático-pacifistas’. ‘Rehusarse a utilizar metódica y sistemáticamente, en interés de la revolución proletaria, la contradicción grande y

Las advertencias de Trotsky cayeron en saco roto. Los dirigentes del KPD, apegados al socialfascismo, no dejaron de ridiculizar, a su manera, las propuestas de Frente Único. Thaelmann, dirigente del KPD respondió: “Trotsky quiere con toda seriedad una acción común de los comunistas con el asesino de Liebknecht y Rosa (Luxemburgo), y más, con Zoergiebel y aquellos jefes de policía a quién el régimen de Von Papen dejó en sus puestos para oprimir a los trabajadores. Trotsky ha intentado varias veces en sus escritos apartarse de la clase obrera exigiendo negociaciones entre los jefes del Partido Comunista Alemán y del Partido Socialdemócrata”.¹⁴⁶ Y continúa: “Éste (el Partido Socialdemócrata) amenaza con hacer un frente único con el Partido Comunista. El discurso de Breitscheid en Darmstadt en ocasión de las elecciones de Hesse y los comentarios de *Vorwärts* sobre este discurso demuestran que la socialdemocracia con su maniobra está intentando arrimarse al muro del maligno fascismo de Hitler y está impidiendo la lucha real de las masas contra la dictadura del capital financiero. Estas bocas mentirosas... esperan hacerlo más aceptable con la salsa de la llamada amistad con los comunistas (contra la prohibición del PC alemán) y hacerlo más agradable para las masas”.¹⁴⁷ Y para remachar contra Trotsky: “En su panfleto sobre el tema, *¿Cómo se derrotará al nacionalsocialismo?*, Trotsky siempre da una respuesta: ‘El PC alemán debe formar un bloque con la socialdemocracia...’. En este bloque Trotsky ve la única forma de salvar completamente a la clase obrera frente al fascismo. *O el PC forma un bloque con la socialdemocracia o la clase obrera alemana estará perdida durante 10-20 años*. Esta es la teoría de un contrarrevolucionario y fascista completamente arruinado. Esta es la peor de todas las teorías, la más peligrosa y criminal que ha elaborado Trotsky durante los últimos años de su propaganda contrarrevolucionaria”.¹⁴⁸

Muchos años después, Fernando Claudín, antiguo dirigente de las Juventudes Comunistas y posteriormente miembro del Comité Ejecutivo del PCE, tuvo la valentía de hacer balance de la polémica planteada: “En mayo de 1932, Trotsky escribe proféticamente: ‘Si las organizaciones más importantes de la clase obrera alemana prosiguen su actual política, la victoria del fascismo está casi automáticamente asegurada, y en plazo relativamente corto.’ Apremia al Partido Comunista alemán a tomar iniciativas políticas, a ‘proponer al Partido Socialdemócrata y a la dirección de los sindicatos la lucha común contra el fascismo, de la base a la cúspide’. ‘No existe otra vía para la clase obrera alemana’, y ‘el problema de la suerte de Alemania es el problema de la suerte de Europa, de la suerte de la Unión Soviética, y, en gran medida, de la suerte de toda la humanidad por un largo periodo histórico. Ningún revolucionario puede hacer otra cosa que subordinar sus fuerzas y su suerte a la resolución de este problema’. Los acontecimientos demostraron bien pronto a clarividencia de los análisis y sugerencias de Trotsky en sus escritos de 1931-1932 sobre Alemania. Pero la dirección de la IC y del KPD no las tuvieron en cuenta. La feroz persecución del ‘trotskismo’ en todas las secciones de la Comintern, acompañada en esos mismos años

aguda que existe entre el fascismo y la socialdemocracia, es caer en la estupidez burocrática total’. Partiendo de este postulado, Trotsky preconiza una política consecuente de frente único, como sólo camino posible para cerrar el paso al fascismo: ‘la política de frente único de los obreros contra el fascismo se deduce de toda la situación. Abre al partido comunista inmensas posibilidades. La condición del éxito depende, pues, del abandono de la teoría y práctica del socialfascismo, cuya nocividad se hace peligrosa en las condiciones actuales (...) ‘Deberíamos concluir acuerdos contra el fascismo con diversas organizaciones y fracciones socialdemócratas...’” Claudín, *op. cit.*, p. 126.

¹⁴⁶ Discurso final de Thaelmann en el XII Pleno, septiembre 1932, Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En *Communist International*, nº 17-18

¹⁴⁷ En un artículo publicado en *Die Internationale* (noviembre-diciembre 1931, p. 488)

¹⁴⁸ Discurso pronunciado por Thaelmann en el XII Pleno, septiembre 1932, en *Communist International*,

de la no menos implacable lucha contra los ‘derechistas’ y los ‘conciliadores’, se traducían en toda propugnación del frente único...”¹⁴⁹

En las elecciones de noviembre de 1932, los nazis obtuvieron 11.737.000 votos, pero todavía entre el KPD y el SPD lo superaban, con más de 13 millones de votos (la socialdemocracia alcanzó 7.248.000 votos y los comunistas 5.980.000). Estas cifras son el mejor testimonio de que el apoyo de millones en las urnas no vale de mucho si no se cuenta con una política revolucionaria. En enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller sin que tuviera que enfrentarse a una respuesta de envergadura por parte de la socialdemocracia o el KPD. Mientras que los primeros aceptaban la victoria de Hitler porque era *democrática* y advertían a sus militantes de abstenerse en participar en ninguna acción de protesta, los líderes estalinistas alemanes atrincherados en la teoría del *socialfascismo*, y aconsejados desde Moscú, seguían sin reconocer la gravedad de la situación contentándose en plantear que el triunfo de los nazis sería el preludio de la victoria comunista.

No hubo ninguna respuesta armada del proletariado, a pesar de que el SPD y el KPD contaban con milicias que encuadraban a medio millón de obreros. Los dirigentes paralizaron políticamente al proletariado alemán, el más fuerte de Europa, y los nazis completaron el trabajo aplastando las organizaciones obreras, que fueron pulverizadas. En febrero de 1933, Hitler disolvió el Reichstag, después de incendiarlo y culpar a los comunistas, suspendió todas las garantías constitucionales, el KPD fue ilegalizado y miles de sus militantes encarcelados.

No fue la última victoria sobre el proletariado europeo. En Austria, el gobierno del socialcristiano Dollfuss (el modelo en el que se inspiraba Gil Robles), clausuró el parlamento en marzo de 1933 y gobernó durante más de un año con poderes especiales. Los trabajadores y militantes del Partido Socialdemócrata Austriaco (SPÖ) exigieron a la dirección que convocara una huelga general para frenar los ataques contra las libertades y derechos democráticos que se sucedían sin interrupción. Pero los dirigentes del SPÖ seguían una táctica de retirada permanente similar en lo fundamental a la política derrotista de la socialdemocracia germana. En abril se prohibieron las huelgas, en el verano fue ilegalizado el Partido Comunista de Austria (KPÖ), y la legislación contra la clase obrera se endureció aún más (por ejemplo se suprimió la ley sobre la jornada laboral y se recortó el subsidio de desempleo). La única reacción del SPÖ fue recurrir a los tribunales de justicia.

La crisis política y económica del capitalismo europeo en los años 30, pudrió las bases de la democracia parlamentaria y rompió el equilibrio de la sociedad, acelerando la salida fascista. “El régimen fascista —escribió Trotsky— ve llegar su turno porque los medios ‘normales’ militares y policiales de la dictadura burguesa, con su cobertura parlamentaria, no son suficientes para mantener a la sociedad en equilibrio. A través de los agentes del fascismo, el capital pone en movimiento a las masas de la pequeña burguesía irritada y a las bandas del lumpemproletariado, desclasadas y desmoralizadas, a todos esos innumerables seres humanos, a los que el capital financiero ha empujado a la rabia, a la desesperación. La burguesía exige al fascismo un trabajo completo: puesto que ha aceptado los métodos de la guerra civil, quiere lograr calma para varios años (...) la victoria del fascismo conduce a que el capital financiero coja directamente en sus tenazas de acero todos los órganos e instrumentos de dominación, dirección y de educación: el aparato del Estado con el ejército, los municipios, las escuelas, las

¹⁴⁹ Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 128.

universidades, la prensa, las organizaciones sindicales, las cooperativas (...) y demanda, sobre cualquier otra cosa, el aplastamiento de las organizaciones obreras”¹⁵⁰.

La derrota de los trabajadores alemanes y austriacos, como anteriormente sucedió con los italianos, era un recordatorio de que las organizaciones obreras, por poderosas que sean en afiliación, recursos, aparato, son completamente impotentes en los momentos críticos si abandonan una política de clase. En el caso de la revolución española, los líderes socialistas en el gobierno pudieron comprobar que sus esquemas doctrinarios, por más realistas que a ellos les resultasen, apenas se habían traducido en resultados prácticos, salvo para fortalecer a la derecha. Su alianza con los republicanos burgueses se resquebrajó, minada por las contradicciones políticas, con un saldo claro en su contra. La credibilidad del PSOE y de la UGT disminuía proporcionalmente al sentimiento de frustración que se extendía entre un amplio sector de su base.

A comienzos de 1933, la burguesía española había emprendido el camino de cohesionar sus fuerzas y pasar a la ofensiva, preparando las futuras batallas, las parlamentarias y las que se librarían en las calles, las más decisivas. Entre febrero y mayo de ese año se constituyó la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Su líder, José María Gil Robles, encabezaba Acción Popular, la formación más importante de la coalición, a la que se sumaron otras organizaciones, como Derecha Regional Valenciana, Bloque Agrario de Valencia, Asociación Católica Nacional de Propagandistas o la Confederación Nacional Católica Agraria. La CEDA contaba con más de 700.000 militantes y una fuerte sección de choque en torno a sus juventudes (las JAP, Juventudes de Acción Popular). Su base social movilizaba a los medianos y pequeños propietarios de Castilla la Vieja, León, Valencia, Murcia, y otras zonas del Estado, y por supuesto, a la pequeña burguesía de las ciudades influida por el clero. No era ningún secreto que la financiación y el respaldo político de la CEDA provenían de los industriales, banqueros y grandes terratenientes del país.

Las intenciones de la coalición liderada por Gil Robles eran transparentes, aunque cierta historiografía haya intentado lavar su imagen. El domingo 15 de octubre, en plena campaña electoral, Gil Robles protagonizó un mitin en el madrileño Monumental Cinema, que fue también transmitido por radio. Las palabras que dirigió a sus correligionarios, recogidas dos días más tarde por *El Debate*, diario católico y portavoz oficioso de la CEDA, dejan poco margen a la duda: “Había que dar estructura a las nuevas derechas españolas. Era necesario ir a la reconquista de España (...) Y a medida que se avanzaba, las avanzadas y los grupos de resistencias que se encontraban fueron agrupándose en una organización al mismo tiempo flexible y recia, y se constituyó la Confederación de Derechas Autónomas (...) El elemento unitario para una política totalitaria lo encontramos en nuestra gloriosa tradición (...) Nosotros buscamos ese principio unitario y totalitario en el ideal cristiano de nuestra Patria (...) Vamos a ocuparnos del presente (...) Estamos en el momento electoral (...) Para mí sólo hay una táctica hoy: formar un frente antimarxista, y cuanto más amplio mejor. Es necesario, en el momento presente, derrotar implacablemente al socialismo [*Muchos aplausos*] (...) Nuestra generación tiene encomendada una gran misión. Tiene que crear un espíritu nuevo, fundar un nuevo Estado, una Nación nueva; dejar la Patria depurada de masones, de judaizantes... [*Grandes aplausos*] (...) Hay que ir a un Estado nuevo y para ello se imponen deberes y sacrificios ¡Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre! Para eso nada de contubernios. No necesitamos el Poder con contubernios de nadie. Necesitamos el Poder íntegro y eso es lo que pedimos. Entretanto no iremos al Gobierno

¹⁵⁰ León Trotsky, “¿Y ahora?”, en *La lucha contra el fascismo*, p. 131.

en colaboración con nadie. Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo [*Aplausos*]. Llegado el momento el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer [*Aplausos*] (...) Llamo, eso sí, a todos, cuanto mayor número mejor, para terminar esta primera tarea de frenar y liquidar de una vez la revolución (...) Y nada más (...) [*Gran ovación. El público despide al orador con aclamaciones de entusiasmo*]]”.

En las páginas de *El Debate*, las simpatías hacia Hitler eran constantes, con alabanzas hacia la prohibición de las organizaciones obreras y la imposición de leyes de excepción laboral. Muchas voces han querido excluir a la CEDA de un supuesto catálogo de organizaciones fascistas “químicamente puras”. En este sentido, conviene aclarar que el fascismo nunca se presentó de una forma homogénea en sus fuentes doctrinarias, y aunque existían diferencias conceptuales destacables, por ejemplo entre el fascismo de Mussolini y el programa nazi de Hitler, las bases materiales y políticas de ambos coincidían plenamente. El fascismo alemán o italiano, utilizando los métodos de la guerra civil, arrasó las instituciones de la democracia parlamentaria, aniquiló las organizaciones obreras, suprimió la libertad de expresión, organización y manifestación, e impuso en las empresas un régimen de terror contra los trabajadores. La paz social, la caída absoluta de los salarios y la extensión de la jornada laboral durante los gobiernos de Hitler y Mussolini permitieron a los capitalistas recuperar e incrementar espectacularmente sus beneficios. En ambos casos, transcurrido unos años en el poder, los regímenes fascistas fueron perdiendo una parte considerable de su base de masas y se transformaron en dictaduras bonapartistas sostenidas por la maquinaria militar y policial.

La CEDA, como instrumento contrarrevolucionario de la burguesía española, compartía muchos de sus objetivos con los fascistas y los nazis, pero adaptó su programa al acervo reaccionario de raíz hispana.¹⁵¹ La familia, la unidad sagrada de la patria y su pasado

¹⁵¹ “Hay similitudes asombrosas entre el apoyo social, los objetivos ideológicos y la crucial importancia dada a sus respectivas causas, de los fascistas [italianos] y de la CEDA, ambas organizaciones de bases agrarias. Se pueden establecer igualmente comparaciones válidas entre Renovación Española y la Asociación Nacionalista Italiana, tanto en sus relaciones con los grupos más populistas y radicales, la Falange y el fascismo, respectivamente, como en el papel desproporcionado que sus teóricos habían de tener más tarde en ambas dictaduras (...) A este respecto, la opinión de fascistas contemporáneos tanto italianos como españoles es significativa. Casi todos aceptaron que Renovación Española y la CEDA compartían las recetas económicas, sociales y políticas del fascismo. Creyeron que la derecha conservadora había intentado modernizarse al ‘fascistizar’ su retórica y métodos operativos. Según ellos, las diferencias se encontraban en el desprecio ‘elitista’ de los monárquicos de Renovación Española por la movilización masiva y en las lealtades vaticanistas de la CEDA (...) La actitud de Gil Robles era muy ambigua. Hizo una visita a Italia en enero de 1933, elogiaba los logros de Mussolini con frecuencia y permitió a su propio movimiento juvenil, la Juventud de Acción Popular, que se comportase como un partido fascista, con sus uniformes, sus grandes mítines y su adopción de consignas fascistas. Tenía reservas, sin embargo, acerca del panteísmo fascista. Aun así, la participación de Gil Robles en la campaña electoral de 1933, durante la cual hablaba de fundar un nuevo Estado y de purgar la patria de ‘masones judaizantes’, indujo a José Antonio Primo de Rivera a alabar sus principios fascistas y a aplaudir el ‘entusiasmo fascista’ de su estilo. Sin embargo, en el mismo debate parlamentario previo a la guerra durante el cual Calvo Sotelo se declaró fascista, Gil Robles expresó dudas sobre lo que él consideraba los elementos de socialismo de Estado del fascismo. Para el radical Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, se trataba de unos conservadores tradicionales que se ‘fascistizaban’, impregnando su retórica de elementos fascistas para engañar a las masas a fin de que les apoyaran (...) Deben tenerse en cuenta las características individuales de cada fascismo nacional. Estas se derivan en parte de las tradiciones específicas del país en materia de retórica patriótica y conservadora. No obstante, la característica esencial de un determinado movimiento fascista y de sus subsiguiente régimen nacía de la naturaleza especial de la crisis que había de resolver (...)”

imperial, la lucha contra el marxismo, la defensa de la propiedad, el Estado corporativo... eran algunas de las consignas que compartían con los grupúsculos fascistas de la Falange y semejantes. Las fronteras entre ellos, de hecho, se desdibujaron con el estallido de la guerra civil: los militantes de la CEDA y de las JAP llenaron las columnas falangistas de la retaguardia dedicadas a labores de exterminio de militantes de izquierdas, y proporcionaron cientos de cuadros dirigentes para la administración político-militar del nuevo Estado franquista.

Los resultados de las elecciones de noviembre de 1933 dieron la vuelta a la composición de las Cortes. El descontento y la enorme crítica de la clase obrera hacia la política gubernamental se hicieron visibles en las urnas, sobre todo entre el sector que había permanecido en la vanguardia de las luchas. La CNT, que no pudo impedir en 1931 que miles de sus afiliados votaran por las candidaturas republicano-socialistas, desarrolló en esta ocasión una intensa campaña de boicot que logró un amplio eco. La abstención fue del 32%, pero en la ciudad de Barcelona alcanzó el 40% y en Andalucía, el 45%. El PSOE retuvo una parte sustancial de los votos —en torno a 1.800.000, aproximadamente el 20% del censo electoral—, pero la ley electoral aprobada por el gobierno de conjunción, que favorecía a las agrupaciones y/o bloques electorales, castigó duramente a los socialistas, cuyos escaños se redujeron de 116 a 61, de un total de 471. El PCE consiguió en torno a 200.000 votos y un diputado por Málaga¹⁵²; y Esquerra Republicana, cerca de 350.000 y 19 diputados. El desplome de los republicanos fue espectacular: pasaron de 118 diputados a 19.¹⁵³ En las filas de la reacción, los radicales de Lerroux consiguieron 104 escaños y la CEDA, 115.¹⁵⁴

Los resultados electorales mostraban el giro a la derecha de un amplio sector de las capas medias. Si la conjunción hubiera desarrollado acciones audaces contra los grandes monopolios, la gran banca y los terratenientes, llevando a cabo reformas radicales concretas y tangibles, no cabe duda de que la diferenciación política se habría manifestado entre la pequeña burguesía. Sólo medidas de ese calado lograrían su neutralidad o, incluso, que se convirtieran en firmes aliadas de la política revolucionaria. Las vacilaciones y las continuas concesiones al gran capital por parte del gobierno de conjunción proporcionaron una enorme oportunidad a la derecha para reunificar a ese estrato en torno a su demagogia reaccionaria.¹⁵⁵

Consecuentemente, el análisis de cualquier alianza contrarrevolucionaria nacional debe basarse en el conocimiento de la naturaleza y el desarrollo del capitalismo correspondiente a que estaba vinculada”. Paul Preston, *La política de la venganza, El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Ed. Península, 2004, pp. 48-51.

¹⁵² Se trataba del médico Cayetano Bolívar, elegido en segunda vuelta en el marco de una candidatura de Frente Único Antifascista.

¹⁵³ Acción Republicana de Azaña, 5; Radical-Socialistas de Gordón Ordax, 1; Radical-Socialistas independientes, 6; ORGA, 6; Republicanos Federales, 1.

¹⁵⁴ Debido a la ley electoral, las cifras oscilan. Las organizaciones de derechas y las autodenominadas centristas obtuvieron aproximadamente 3.350.000 votos (datos tomados de Tuñón de Lara, *op. cit.*, p. 360).

¹⁵⁵ Trotsky dedicó una importante cantidad de trabajos al comportamiento y la psicología de las clases medias en este período histórico de revolución y contrarrevolución. En *¿Adónde va Francia?* escribió: “La pequeña burguesía se distingue siempre por su dependencia económica y su heterogeneidad social. Su capa superior toca inmediatamente a la gran burguesía. Su capa inferior se mezcla con el proletariado y llega incluso al estado del lumpenproletariado. Conforme a su situación económica, la pequeña burguesía no puede tener una política independiente. Oscila siempre entre los capitalistas y los obreros. Su propia capa superior la empuja hacia la derecha; sus capas inferiores, oprimidas y explotadas, son capaces, en ciertas condiciones, de virar bruscamente a la izquierda”. *¿Adónde va Francia?*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2006, p. 23.

De todas formas, en noviembre de 1933, los elementos más perspicaces de la clase dominante española eran conscientes que la entrada inmediata de la CEDA en el gobierno se entendería como una provocación hacia las organizaciones obreras. Consideraban más oportuno ganar tiempo para reforzar su control del aparato estatal y el parlamento. La CEDA, a pesar de sus magníficos resultados, se dispuso a gobernar a través de los radicales de Lerroux, dispuestos a llevar a cabo todas las medidas que Gil Robles les pidiera.

EL “BIENIO NEGRO” Y LA RADICALIZACIÓN SOCIALISTA

Con la ayuda de la mayoría parlamentaria de derechas, la patronal y los terratenientes se entregaron con rapidez a la tarea de eliminar todas las tímidas reformas y los pequeños avances registrados por el anterior gobierno. Se presentó a las Cortes un proyecto para expulsar a los campesinos que habían ocupado grandes propiedades en Extremadura durante el año precedente. En enero se eliminó provisionalmente la Ley de Términos Municipales, una de las escasas conquistas del gobierno de conjunción; se promovió el desahucio de miles de pequeños arrendatarios del campo y se suprimieron los salarios mínimos en el campo y en la industria. La CEDA debilitó aún más la Ley de Reforma Agraria reduciendo la superficie de tierra sometida a expropiación y devolviendo las tierras confiscadas a los aristócratas implicados en el golpe de Sanjurjo.

La tarea se complementó con la designación de gobernadores provinciales especialmente reaccionarios, que utilizaron toda la fuerza represiva a su alcance contra las organizaciones obreras y las huelgas. La mayoría de derechas aprobó la ley de amnistía que incluía la libertad, con todos sus derechos, a los militares sublevados de 1932 a las órdenes de Sanjurjo, excluyendo obviamente a los anarquistas detenidos por la insurrección cenetista del 8 de diciembre de 1933.

La reacción se enseñoreó del país y las formas políticas republicanas no impidieron que esta ofensiva contrarrevolucionaria siguiese avanzando. La situación en el campo se volvió desesperada. *El Socialista*, portavoz oficial del PSOE, señalaba: “Nunca, ni en los tiempos de la monarquía, se han sentido los campesinos más profundamente esclavos y miserables que ahora”. Esta ofensiva estaba también determinada por las consecuencias de la crisis del 29 sobre la economía española. Entre 1931 y 1935 el comercio exterior disminuyó un 70%. Con la decadencia de la economía europea, la válvula de la emigración se cerró para decenas de miles de jornaleros, que además se vieron afectados por el retorno de miles de emigrantes de Europa y de otros tantos que salían de las ciudades y volvían a sus pueblos buscando una oportunidad para sobrevivir.

La patronal azuzaba a sus representantes políticos para que profundizaran en sus medidas contrarrevolucionarias. Entre el 18 y el 20 de julio de 1933, diversas entidades como la Confederación Gremial, la Confederación Patronal, Estudios Sociales y Económicos, y otras organizaciones empresariales, firmaron un pliego de peticiones al gobierno en el que se exigía la inmediata modificación de los jurados laborales: “Desviados de sus fines, realizando una errónea política de clase, desconociendo las realidades económicas del país (...) son actualmente instrumentos de lucha sindical, despiadada y cruel, en lugar de órganos de colaboración entre elementos esenciales de la producción...”. En definitiva de lo que se trataba era de dejar vía libre a que los patronos pudieran imponer sus condiciones sin ningún contrapeso.

En otros terrenos, como la cuestión nacional, la CEDA demostró su odio a los derechos democráticos de las nacionalidades históricas y su defensa ardiente de la “Unidad de España”. Aunque todavía tardaron algunos meses en suprimir el estatuto catalán, Gil Robles manifestó una especial animadversión por él y por el proceso autonómico vasco.

La reacción preparaba el asalto definitivo al poder. Apoyándose en las instituciones republicanas, trataba de desmontar todo el edificio parlamentario y establecer un Estado autoritario siguiendo el modelo fascista alemán e italiano. Finalmente, la CEDA exigió la entrada en el gobierno, segura de su fuerza y de sus objetivos, y procedió siguiendo un plan muy calculado. En primer lugar, forzó la dimisión de aquellos ministros que consideraba poco fiables que fueron reemplazados por elementos aún más reaccionarios. Este movimiento implicó la escisión del Partido Radical, cuya ala moderada siguió a Martínez Barrio para formar Unión Republicana, dejando a Lerroux y al resto del partido en una posición absolutamente dependiente de la CEDA.

Todas estas decisiones formaban parte de una estrategia más general: se trataba de amedrentar a la oposición de izquierdas y paralizarla. Para ello era necesario volcar todo el peso de la legalidad parlamentaria combinada con acciones extraparlamentarias de fuerza en la calle. El 7 de marzo de 1934, Salazar Alonso, Ministro de Gobernación, impuso el estado de alarma y cerró las sedes de las JJSS, del PCE y de la CNT. Gil Robles por su parte, publicaba artículos incendiarios en *El Debate* en los que reclamaba mano dura contra la subversión, encarnada por los trabajadores en huelga por mejoras salariales, y desde las columnas del diario se solicitaba del gobierno la abolición del derecho a huelga.

Exactamente igual que en Alemania o en Italia, la CEDA pretendió echar un pulso en la calle a las organizaciones de los trabajadores. Las JAP (Juventudes de Acción Popular), los auténticos batallones de choque de la CEDA, organizaron en abril de 1934 un mitin en El Escorial para glorificar al *Jefe*, como calificaban a Gil Robles. Con una parafernalia al estilo fascista, Gil Robles fue aclamado por unas 20.000 personas en El Escorial, cifra muy inferior a las previsiones de la CEDA. La razón de esta asistencia no fue otra que la movilización de la izquierda madrileña, con las JJSS a la vanguardia, que decretaron la huelga general en la provincia contra la celebración del mitin cedista. La huelga general fue un rotundo éxito: los ferrocarriles quedaron paralizados, las carreteras de acceso cortadas, decenas de miles de jóvenes y trabajadores se manifestaron en todos los rincones de Madrid contra Gil Robles.¹⁵⁶ El fracaso de la concentración cedista no impidió que sus principales líderes afirmaran con total claridad su programa político. Serrano Suñer, diputado cedista por Zaragoza y posteriormente destacado prohombre de la dictadura franquista, alertó a los presentes contra la democracia degenerada. El propio Gil Robles pronunció un discurso belicoso y rotundo: “Somos un ejército de ciudadanos dispuestos a dar la vida por nuestro Dios y nuestra

¹⁵⁶ “La confrontación más importante entre la ultraderecha y la izquierda juvenil, tiene lugar en marzo de 1934, cuando las JAP convocan una concentración en El Escorial para hacer una demostración de fuerza. Se preveía que la concentración fuera bastante numerosa, ya que la JAP había contratado trenes y autobuses para llevar gente al Escorial. Bajo la consigna “Ni pan ni tren para los fascistas”, los jóvenes de izquierda, sobre todo socialistas y comunistas, se unieron por la propia base para impedir la concentración. Pararon trenes, cortaron carreteras y cerraron restaurantes y comercios en Madrid. La concentración fue prácticamente abortada, impidiendo la llegada a Madrid de muchos asistentes. Puede que fuera ésta la primera acción conjunta de jóvenes socialistas y comunistas, que tuvo fuerte influencia en los posteriores congresos de la FJS y la UJC.” Carlos Alejo Casado, *op. cit.*

España (...) El poder vendrá a nuestras manos pronto (...) nadie podrá impedir que imprimamos nuestro rumbo a la gobernación de España”.

A esta manifestación le siguió otro acto parlamentario. Lerroux dimitió en protesta por la lentitud de Alcalá Zamora en ratificar la amnistía a los militares sublevados en agosto de 1932, siendo sustituido al frente del gobierno por Samper, que se subordinó, aún más si cabe, a los dictados de la CEDA. Con Samper llegaron los mayores éxitos de la CEDA en materia legislativa: el rechazo definitivo a la ley de Términos Municipales, anteriormente mencionada, supuso el mayor triunfo terrateniente de la época.

A pesar de todos estos ataques de la reacción, y a diferencia de lo acontecido en Italia, Alemania o Austria, el proletariado español no estaba vencido. La burguesía y sus diputados en las Cortes fracasaron en el objetivo fundamental de su estrategia contrarrevolucionaria: doblegar a los trabajadores y destruir sus organizaciones. En 1933 se produjeron 1.127 huelgas de carácter laboral, la cumbre de la conflictividad social de todo el período precedente. Más de 800.000 trabajadores se vieron afectados, sin que se computase en esta cifra las huelgas políticas, con un balance de 14,5 millones de jornadas perdidas.

Una serie de factores internos y externos habían impulsado en las filas de la clase obrera un proceso de radicalización política que constituía un obstáculo formidable para el triunfo de la reacción. El fracaso del proletariado alemán, el más fuerte y mejor organizado del mundo, causó una honda impresión en las filas del movimiento obrero. A este fracaso se sumó la derrota austriaca. Para los trabajadores españoles y sus organizaciones, especialmente las juventudes, la situación operaba con una lógica aplastante. De no impedirlo mediante el movimiento revolucionarios del proletariado, el triunfo del fascismo en España estaba asegurado. La CEDA no ocultaba ninguna de sus intenciones y la experiencia alemana era suficientemente clara como para imaginar lo que sucedería, si no mediaba el levantamiento de la clase obrera para frustrar estos planes.

Todas estas causas actuaron como catalizador de un giro brusco a la izquierda en las organizaciones de masas de los trabajadores, especialmente en el PSOE y las JJSS, y en la configuración del Frente Único de la izquierda a través de las Alianzas Obreras, preparando el camino a la insurrección proletaria de octubre de 1934.

Los acontecimientos políticos derivados de la frustrada experiencia del gobierno de conjunción con los republicanos, y el avance del fascismo en Europa, tuvieron tremendas repercusiones en las filas del movimiento socialista. En octubre de 1932, durante la celebración del XIII Congreso del PSOE, se manifestó el intento de romper la coalición gubernamental. La oposición a la colaboración de clases no era, sin embargo, lo suficientemente clara y firme: necesitaba de acontecimientos. A pesar de todo, las líneas del enfrentamiento y los actores que lo protagonizaron se dibujaron en ese período; Largo Caballero empezó a emerger como el líder del ala de izquierdas, mientras que Besteiro y Prieto se consolidaron como el referente de las posiciones reformistas en el partido y en el sindicato. Este panorama se confirmó durante el XVIII Congreso de la UGT el último en el que Julián Besteiro y sus seguidores alcanzarían la mayoría en la Comisión Ejecutiva.

Desde 1931 a 1934, las organizaciones socialistas registraron un incremento constante de su militancia y medios materiales. El PSOE, según sus propias fuentes, contaba en 1932 con 1.119 agrupaciones en las que se encuadraban cerca 80.000 afiliados. La UGT en ese mismo año contaba con 5.107 secciones que agrupaban a 1.054.559 afiliados, de los que 400.000 pertenecían a la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT). La CNT también aportaba su grano de arena, si bien es cierto que su actitud abstencionista en las elecciones de noviembre y su aventurerismo *putschista* no encontraban mucho eco en las filas socialistas. El levantamiento anarquista de diciembre de 1933, impulsado por la FAI (Federación Anarquista Ibérica), que en aquel momento dominaba el Comité Nacional de la CNT, aisló aún más a las fuerzas anarcosindicalistas. La huelga, que alcanzó casi todo el país pero que afectó más intensamente a Catalunya, Aragón, La Rioja, Extremadura y la zona central, se saldó con más de 100 muertos y miles de heridos y detenidos. La CNT sufrió una persecución encarnizada por parte del gobierno de derechas. Con todo, el movimiento anarquista presionaba a los líderes socialistas a resistir la embestida de la CEDA.

Luis Araquistain, impulsor y teórico de la izquierda caballerista, escribió en *Leviatán*, la publicación oficiosa de la izquierda socialista de la que era su director: “El aniquilamiento del Partido Socialista Alemán a principios de 1933, era la bancarrota del evolucionismo democrático (...) La República es un accidente, hay que volver a Marx y Engels, no con los labios, sino con la inteligencia y la voluntad. El socialismo reformista está fracasado. Nos engañamos casi todos y ya es hora de reconocerlo... No fiemos únicamente en la democracia parlamentaria, incluso si alguna vez el socialismo logra la mayoría: si no emplea la violencia, el capitalismo le derrotará en otros terrenos con sus formidables armas económicas”. Por su parte, Largo Caballero declaraba en la misma sintonía: “Estamos convencidos de que la democracia burguesa ha fracasado: desde hoy nuestro objetivo será la dictadura del proletariado”. Este giro hacia una salida socialista era el producto de la voluntad decidida de las masas y de su conciencia. No se puede explicar este cambio de posición como un hecho aislado y particular.

Las Juventudes Socialistas influenciadas por la derrota alemana y la amenaza fascista en el suelo español, la amarga experiencia del gobierno de conjunción y la radicalización de los obreros en huelga, correctamente y de forma más instintiva que política, intentaron orientarse en los acontecimientos volviendo a Marx, Engels, Lenin y Trotsky. “El proceso de radicalización estaba iniciado”, escribe Ricard Viñas, “y en lo que se refiere a la FJS tomará carácter orgánico a partir de su V Congreso, verificado en abril de 1934, en el que se desplaza el sector besteirista —Mariano Rojo, José Castro y Felipe García— del semanario *Renovación* y de la Ejecutiva, colocando en ella a Jesús Hernández Zancajo, como presidente, Santiago Carrillo, secretario general, y Federico Melchor, Serrano Poncela, Alfredo Caballero, Rafael Cuadrado, José Laín y Cazorla, como vocales...”¹⁵⁷

La Escuela de Verano de las Juventudes Socialistas de 1933, realizada en la localidad madrileña de Torrelodones, atestiguó este giro hacia la *bolchevización* de las Juventudes, tal como definían a esta nueva orientación los dirigentes juveniles. Largo Caballero presente en la escuela, no tardó en conectar perfectamente con este estado de ánimo. Frente a estas posiciones se levantaron las voces de otros dirigentes históricos del socialismo que encarnaban su tradición colaboracionista y moderada: Julián Besteiro e

¹⁵⁷ Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1978, p. 11.

Indalecio Prieto. Este último intentaría hacer oír su voz el 8 de agosto en el marco de la Escuela juvenil: “Si aquí por una sola circunstancia se implantara un régimen plenamente socialista” señaló Prieto, “¿No pondría la Europa burguesa cerco a España? ¿No la bloquearía? España no podría defenderse como se defendió Rusia. Llamo la atención al exceso de vuestro ímpetu y no sería mucho exigir un gesto de simpatía y respeto, para quienes caminando delante de vosotros abrieron holgadamente el camino por el que ahora marcháis”. Largo Caballero en su alocución cinco días después se preguntaría: “¿Asustarse por la dictadura del proletariado? ¿Por qué? El período de transición política hacia el nuevo Estado es inevitablemente la dictadura del proletariado”.

La lucha contra el fascismo exigía una enérgica estrategia de Frente Único, sin abandono de los principios ni del programa por parte de la organización marxista. La política basada en acuerdos entre las organizaciones obreras sobre puntos mínimos comunes, sumamente claros, empezando por la defensa de los locales, imprentas, manifestaciones, derechos sindicales y democráticos, sobre la organización conjunta de milicias obreras de autodefensa para responder a los ataques armados de las bandas fascistas, era imprescindible para garantizar la existencia de las organizaciones de clase. Al mismo tiempo, esta política de Frente Único no implicaba en ningún caso el abandono de la propaganda por el programa socialista, y favorecía el entendimiento con los obreros socialdemócratas más honestos y avanzados que estimaban necesario combatir la amenaza fascista pues en ello les iba su propia supervivencia.

Si el Partido Comunista en Alemania (KPD) hubiera aplicado las enseñanzas de esta política leninista, no hay duda de que habría atraído a los mejores obreros socialistas, igual que ocurrió después de la revolución rusa durante el proceso de formación de los partidos comunistas. En el caso español, las lecciones del avance del fascismo en Europa y la ofensiva de la CEDA, aceleraron los intentos de coordinar la respuesta de las organizaciones de clase, que cristalizaron en las Alianzas Obreras (AO).

Impulsadas por el Bloque Obrero y Campesino, adquirieron su mayor extensión e influencia tras la incorporación del PSOE y la UGT a las mismas, en diciembre de 1933. Tras una serie de movilizaciones unitarias en Barcelona, y la formación del frente electoral en Cataluña entre el PSOE y el BOC (Frente Obrero) en las elecciones de noviembre de 1933, se constituyó la Alianza Obrera de Barcelona. Su primer manifiesto fue firmado el 16 de diciembre de 1933 por el PSOE, la UGT, el BOC, la Izquierda Comunista de Andreu Nin, la Unió Socialista de Catalunya (USC), los sindicatos expulsados de la CNT y la Unión de Rabassaires. El PCE se retiró en la fase preliminar de la negociación, y la CNT se negó a participar. Posteriormente la USC, organización de carácter pequeño burgués que jugó un papel muy activo en la fundación del PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) en julio de 1936, fue excluida de la AO por su política de pactos con Esquerra Republicana.

Para lograr su extensión por todo el territorio, la Alianza Obrera de Barcelona envió una delegación a Madrid, integrada entre otros por el secretario general del BOC, Joaquín Maurín, para entrevistarse con Largo Caballero. La reunión que concluyó con el compromiso del dirigente socialista de impulsar las AO también evidenció la profundidad de su giro político. En una entrevista realizada por el propio Maurín a Largo Caballero y publicada en el periódico *Adelante*, el secretario general del PSOE señaló: “Ya no es cuestión ahora de partidos intermedios, situados entre la clase

trabajadora y la gran burguesía, sino de una manera tajante: a un lado la burguesía reaccionaria, al otro lado, nosotros, el movimiento obrero. Esta matización, que se va acentuando cada día más, formula, como consecuencia inmediata, o bien el poder pasa a manos de las derechas o a las nuestras. Y como las derechas para sostenerse necesitan su dictadura, la clase trabajadora, una vez tomado el poder, ha de implantar también su dictadura, la dictadura del proletariado. La hora de los choques decisivos se va acercando. El movimiento obrero ha de prepararse para la revolución”.

Las Alianzas Obreras, sin ser genuinos organismos de Frente Único, estaban mucho más cerca de estos que de los Frentes Populares. La Alianza Obrera de Catalunya o la Asturiana, tenían un claro contenido de clase: sus organizaciones integrantes no podían llegar a acuerdos con partidos burgueses —incluyendo los republicanos—, introducían la unidad de acción sin menoscabo de la libertad de agitación y propaganda de cada partido o sindicato, y defendían, —en el papel—, la revolución socialista como medio para acabar con el fascismo. En cualquier caso, un obstáculo importante para su desarrollo provenía de la postura de Largo Caballero y del PSOE, cuya concepción de las AO las limitaba, en la mayoría de los casos, a convertirse en meros comités de enlace entre los partidos y organizaciones de la izquierda.

La posibilidad de que las AO se transformasen en órganos de poder obrero, dependía de que actuasen como los centros de representación de la democracia obrera. Eso exigía la formación de los comités de las AO en cada tajo y centro de trabajo, y su coordinación local y nacional a través de delegados elegidos democráticamente desde la base. Las AO además, como organismos de poder obrero, deberían implicarse activamente en las acciones reivindicativas de los trabajadores, en las huelgas económicas y políticas, forjándose como organismos con autoridad reconocida entre el proletariado. Obviamente la izquierda caballerista nunca pensó en tal planteamiento. Muy al contrario, subordinó las AO a una táctica de preservación: no debían participar en el movimiento huelguístico para no desgastarse, pues estaban llamadas a ser los organismos de la “insurrección”. Esta táctica implicaba mantenerse al margen del movimiento huelguístico, que surgía obviamente de la ofensiva reaccionaria del gobierno y de las insoportables condiciones de vida y de trabajo. Un planteamiento formalista que se transformó en una fuente de graves problemas, y debilitó la capacidad de movilización de la clase obrera y el campesinado cuando llegó la hora decisiva.

En el caso de la CNT, todos los prejuicios antipolíticos del anarquismo, dominantes en aquel momento en la dirección confederal, fueron esgrimidos para justificar la oposición a las AO. El Comité Nacional de la CNT haría público un manifiesto el 28 de febrero de 1934 en el que denunciaba el origen marxista de las AO: “Repetimos: habida cuenta de las lecciones tomadas” señalaba el manifiesto, “la CNT no pactará con nadie que amase propósitos inconfesables”. Sin embargo esta posición en las filas anarcosindicalistas no era unánime. A la presión que suponía la firma del acuerdo de las AO por los sindicatos treintistas en Cataluña y Valencia, se vino a sumar las voces de teóricos anarquistas prominentes, como Valeriano Orobón Fernández, favorable al frente único y a las AO. Este fenómeno cristalizaría con mayor fuerza en Asturias, donde la CNT asturiana se sumaría al pacto de la Alianza Obrera dándole a la misma un carácter mucho más amplio que en otras zonas del Estado.¹⁵⁸

¹⁵⁸ La incorporación a la Alianza Obrera por parte de la Regional de Asturias, León y Palencia era también el resultado de una profunda reflexión: “La realidad, la experiencia amarga de los movimientos

La actitud del Partido Comunista respecto a las AO, ya bajo dirección de José Díaz, y la estrecha tutela de Codovilla, representó, en los momentos iniciales, una continuación de la posición sectaria dominante en la filas de la Internacional Comunista.¹⁵⁹

Las declaraciones hostiles se sucedieron desde la dirección del Partido: “(...) los renegados del Bloque, la rama anarquista del treintismo, la variante socialfascista catalana, el grupo de contrarrevolucionarios trotskistas, enemigos acérrimos del frente único y el Partit Comunista de Catalunya, constituyendo la Alianza Obrera, caricatura del frente único, pretenden engañar a los obreros que quieren el frente único sinceramente...”¹⁶⁰. En sus órganos de expresión públicos, su hostilidad era igual de acusada: “¿Qué es la Alianza Obrera contra el fascismo? Una maniobra de traidores contra el frente único revolucionario de trabajadores. Firmado por jefes de las organizaciones Bloque Obrero y Campesino, Unió Socialista de Catalunya, Partido Socialista, Federación Sindicalista Libertaria, Unió de Rabassaires, Sindicatos de Oposición y Sindicatos Expulsados de la CNT, publica *Adelante* en su número del domingo 10 de diciembre un llamamiento a todos los trabajadores para que envíen su adhesión a la Alianza Obrera que contra el fascismo han fundado estos señores (...). En los momentos de lucha heroica de las masas trabajadoras contra el Gobierno y el fascismo, cuando hacía falta dar una dirección y una orientación a los trabajadores para que el putsch de objetivos fantásticos iniciados por los jefes anarquistas se convirtiese en un movimiento general de protesta, en una lucha nacional de los trabajadores por sus reivindicaciones políticas y económicas inmediatas, la flamante Alianza Obrera divide a los obreros y fortalece la posición del Bloque de toda la reacción, de toda la burguesía, alrededor del gobierno de Martínez Barrios (...) La maniobra reformista de la Alianza Obrera no prosperará. Los obreros y campesinos realizarán el frente único revolucionario y los trabajadores bloquistas, socialistas, sindicalistas, los rabassaires, aparceros y arrendatarios, por encima de sus jefes que quieren dividirles, forjarán a través de las luchas el bloque de hierro, constituirán los Comités de Fábrica, de Parados y Campesinos, crearán las Milicias Obreras y Campesinas Revolucionarias y se encaminarán hacia el aplastamiento definitivo del fascismo: a la instauración del Gobierno Obrero y Campesino, dirigidos por el único partido revolucionario, por el Partido Comunista, el mismo partido que en Rusia condujo a los trabajadores a la victoria definitiva, al derrocamiento de la dominación capitalista.”¹⁶¹

de enero, mayo y diciembre de 1933, nos enseña que la CNT por sí sola, no es suficiente para el triunfo de un movimiento revolucionario; que es preciso que en él cooperen todas las fuerzas obreras organizadas hispanas, el pueblo entero, como lo atestigua el movimiento último, en el que se han puesto en juego todos los elementos de combate, obteniendo los resultados catastróficos que constan en el informe remitido por el CN a todas las regionales con respecto a las gestiones por él realizadas”. (La Confederación Regional del Trabajo de Asturias, León y Palencia, al resto de la organización confederada, *Solidaridad Obrera*, 13 de marzo de 1934).

¹⁵⁹ Como señala Marta Bizcarrondo: “El Partido Comunista de España se encontraba pésimamente situado para ajustarse a las nuevas condiciones creadas por la crisis de 1933. La historia oficial habla del “gran viraje” que habría tenido lugar en octubre de 1932, al ser depuesto por la Internacional el equipo de dirección encabezado por José Bullejos y ocupar la Secretaría del Partido el sevillano José Díaz. La verdad es que, a corto plazo, los efectos del cambio sólo se dejaron sentir en el terreno de la subordinación en toda regla del partido español a los delegados-tutores de la Internacional, encargados de fijar las normas de aplicación de la política definida en Moscú. Una situación que, según los informes de Togliatti, durará hasta bien entrada la guerra civil.” Marta Bizcarrondo, “De las Alianzas Obreras al Frente Popular”. En VVAA, *Contribuciones a la historia del PCE*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 217-251.

¹⁶⁰ Proyecto de tesis del PCE, 31 de agosto de 1934.

¹⁶¹ *Catalunya Roja*, nº 33, diciembre 1933.

La oposición del Partido a las alianzas Obreras fue teorizada a través de la propuesta de “frente único antifascista por la base”, en consonancia con las directrices de la IC. “Así, el 1 de abril de 1933”, escriben Elorza y Bizcarrondo “se convocó una asamblea antifascista en Madrid, con el fin de dar forma al frente antifascista. Firmaban la convocatoria José Antonio Balbotín, Ramón J. Sender, Wenceslao Roces, Pasionaria, Francisco Galán y el ex capitán Salinas, y al celebrarse el día 2 el PCE se rodeó de una orla de organizaciones directa o indirectamente afines: desde la Unión de Juventudes Comunistas y el Socorro Rojo Internacional al Comité de Unidad Sindical o la Liga Atea. De fuera sólo venía la Juventud de Izquierda Radical Socialista. Sin embargo, la campaña no careció de resultados...”. A pesar de la atracción que el PCE ejerció sobre una capa de la intelectualidad de izquierdas, muy críticos con la actitud del gobierno de conjunción, las líneas maestras de esta formulación de Frente Único antifascista encajaban dentro de la doctrina general del socialfascismo. Las declaraciones de Largo Caballero y la creciente radicalización a la izquierda de un amplio sector de las Juventudes Socialistas y del movimiento socialista, fueron despachadas con los latiguillos de rigor: “(...) la guardia se mantiene alta en el PCE, rechazando cualquier concesión al PSOE. Desde la *Correspondencia Internacional* Vicente Arroyo denuncia a fin de año la fraseología seudorrevolucionaria de los socialistas, si bien tiene que admitir que la hegemonía la ejercen ya ‘las fuerzas monárquico-fascistas’. El 6 de septiembre de 1933, comentando la radicalización de Largo Caballero, la sitúa bajo la rúbrica ‘cuestión socialfascismo’. El reformismo de Largo Caballero, con sus ‘leyes de descarado carácter fascista’, como la de jurados mixtos, le convierte en ‘el verdugo máximo de la revolución española’. ‘El papel de la socialdemocracia en sus dos años y medio de colaboración gubernamental —concluían— consiste precisamente en armar legal y jurídicamente a la contrarrevolución y, como los demás países, e ir abriendo el camino al fascismo’...”.¹⁶²

LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE DE 1934 Y EL VIRAJE DE LA IC

Las diferencias que la lucha de clases adquirió en el Estado español con respecto a Alemania no respondían tanto a condiciones objetivas como a los procesos que se vivieron en el seno de la izquierda. La escasa influencia del Partido Comunista y de las consignas estalinistas en aquella época; la radicalización izquierdista de las JJSS y de sectores del PSOE y de la UGT; la presencia de una fuerza anarcosindicalista que encuadraba las filas más combativas del proletariado; unido a la debilidad y atraso del capitalismo español, disminuía la capacidad de la burguesía para mantener el control de la situación. Los preparativos para un golpe definitivo de la reacción se aceleraron. Sectores decisivos del capital exigieron la entrada de la CEDA en el gobierno con el objetivo de establecer un régimen fascista desde la legalidad y la mayoría parlamentaria de que disfrutaban. Pero los cálculos de la burguesía resultaron equivocados por completo. El látigo de la contrarrevolución agitó el proceso revolucionario.

Largo Caballero, que en enero de 1934 accedió a la secretaría general de la UGT (ya lo era del PSOE), anunció públicamente que la llegada de la CEDA al gobierno obligaría al PSOE y a la UGT, y por tanto a las Alianzas Obreras, a desencadenar la revolución. Sin embargo, y a pesar de la voluntad de Largo Caballero y otros dirigentes de la izquierda socialista por llevar a cabo el levantamiento, el lastre de años de una política

¹⁶² Todas las citas en Antonio Elorza, *op. cit.*, pp. 176-177.

reformista dejó su sello en la forma en que se abordaron los preparativos. Su concepción de la insurrección tenía más puntos en común con la de Blanqui (métodos conspirativos), que con la de Lenin y los bolcheviques.

En ningún momento hubo una orientación sistemática para ganar el apoyo de la militancia cenetista, sin cuya colaboración activa era muy difícil el triunfo de la insurrección. La actitud sectaria de los dirigentes anarquistas no podía ser excusa para no desarrollar un amplio trabajo de agitación y propaganda hacia las bases confederales, ya de por sí proclives a la unidad de acción como el ejemplo de la AO asturiana puso de relieve. Una postura audaz, marxista, de los dirigentes del PSOE haciendo un llamamiento a los dirigentes cenetistas y a la base anarquista, con un programa de lucha común contra el fascismo y por la revolución social hubiera tenido el apoyo de miles de obreros confederales. Por otra parte la dirección del PSOE contó de manera subsidiaria con las Alianzas Obreras para los preparativos. En ningún caso desarrolló las Alianzas como órganos del poder obrero.

Para organizar el levantamiento, los dirigentes socialistas crearon una comisión mixta integrada por dos representantes del PSOE, dos de UGT y otros tantos de las JJSS. Delegaciones de las organizaciones socialistas de todo el Estado fueron convocadas a Madrid donde recibieron instrucciones verbales y por escrito: se estableció un organigrama muy completo de *Juntas Provinciales* responsables de la organización de los comités locales que dirigirían la insurrección y también de las atribuciones prácticas de esas juntas. Incluso se planteó la constitución de las milicias armadas, pero estas sólo fueron impulsadas en la práctica por las juventudes ante la pasividad general de los cuadros dirigentes del Partido.

Dentro de la Comisión Mixta se confió a Largo Caballero la responsabilidad política de la insurrección y a Indalecio Prieto la organización militar y la captación del apoyo de la oficialidad militar. Es decir, se dejaba en manos de un declarado enemigo de la revolución los preparativos armados del levantamiento, repitiendo además el mismo esquema del pronunciamiento republicano de diciembre de 1930: confiar en la buena voluntad de los mandos militares que pudieran ser ganados a la causa (en un ejército donde la oficialidad era seleccionada en los medios más reaccionarios), en lugar de organizar comités de soldados a través de la agitación política en los cuarteles, y la formación amplia de milicias obreras tomando las Alianzas Obreras como base de reclutamiento.

Bajo el pretexto de que nada debía desviar a las Alianzas de la preparación de la insurrección, Largo Caballero y a través de él, el PSOE y la UGT, se negaron en redondo a participar en las luchas cotidianas de la clase obrera o en las huelgas políticas que se desataron en esos meses. La UGT y el PSOE respondieron con el silencio a la represión de la huelga cenetista de diciembre de 1933. Desautorizaron en el primer semestre de 1934 las huelgas de cocineros y transportes de Madrid, la de la Federación local de obreros de la madera de Madrid en protesta por la concentración cedista de El Escorial; en total la dirección madrileña de la UGT desautorizó nueve peticiones de huelga entre febrero y junio de 1934. Esta esperpéntica situación quedó aún más en evidencia con la condena ugetista de la huelga general de Asturias en septiembre de 1934, organizada contra la concentración de la CEDA en Covadonga. En todo momento la izquierda socialista se opuso a la creación de AO en los barrios, fábricas, tajos, en el campo, para que funcionasen como los comités de la revolución, y por tanto a la

posibilidad de elección de delegados en una AO estatal. Con estas premisas era sumamente difícil que la insurrección pudiese triunfar.

Todas estas carencias se hicieron más evidentes durante la gran huelga campesina del verano de 1934. Como respuesta a los salarios de hambre, a la persecución política y los *lock-out*, la FNTT decidió convocar huelga general en el campo. Sus peticiones no eran excesivas: comités de inspección para supervisar los contratos de trabajo, límites en el empleo de maquinaria, revisión salarial, etc. De hecho las negociaciones con el ministerio de trabajo y de agricultura progresaban, pero la CEDA quiso dar una lección ejemplar a la clase obrera cerrando las puertas a cualquier solución pactada. Salazar Alonso declaró que la cosecha era un servicio público nacional y la huelga un “conflicto revolucionario”. Con el respaldo entusiasta de la CEDA, el ministro de Gobernación se lanzó a una represión despiadada: se impuso la censura de prensa y se detuvo a centenares de sindicalistas y militantes de la izquierda; se cargaron en camiones a millares de campesinos a punta de bayoneta y los deportaron a cientos de kilómetros de sus casas, abandonándolos allí para que volvieran por sus propios medios. Se destituyeron a decenas de concejales, especialmente en Cáceres y Badajoz.

El éxito de la lucha jornalera, enfrentada al aparato represivo del gobierno, dependía también de su extensión y de la solidaridad de la clase obrera industrial de las ciudades. Las condiciones para ese apoyo estaban maduras, como ponía de manifiesto que la clase obrera tomara la iniciativa en la calle para boicotear todas las demostraciones de fuerza cedistas, y que las huelgas económicas continuaran extendiéndose. A pesar de todas estas posibilidades para unificar la lucha de los trabajadores y los campesinos, Largo Caballero se negó desde la UGT a promover ningún movimiento de solidaridad con la huelga. La huelga campesina alcanzó 38 provincias y más de 300.000 huelguistas, pero después de 15 días de resistencia y lucha, el hambre y la represión acabó con el movimiento: hubo trece muertos, diez mil detenidos y la FNTT fue desmantelada. El campesinado quedaba temporalmente fuera de combate y sin capacidad de reacción.

La táctica miope de Largo Caballero, al aislar la huelga campesina, tuvo consecuencias enormemente negativas para la insurrección de octubre. En un país donde el proletariado rural jugaba un papel decisivo, la derrota de la huelga jornalera dejó al margen de la insurrección a un aliado clave del proletariado urbano.

Paralelamente, entre finales de 1933 y octubre de 1934, se produjeron en el seno de la Internacional Socialista y Comunista importantes movimientos. En primer lugar, la evolución a la izquierda de Largo Caballero y las Juventudes Socialistas tuvo su correlato en diversas organizaciones socialistas europeas, impactadas por el triunfo del Hitler y la desaparición del partido socialdemócrata más fuerte del continente. En la Conferencia de la Internacional Socialista de agosto de 1933, el ala “izquierda” sostuvo que la lucha contra el fascismo pasaba por la acción directa por el “poder”. Dirigentes reformistas como León Blum (Francia), también admitieron la posibilidad de acciones en común con los comunistas, a condición que “cesaran los ataques recíprocos”. En Francia, la situación política se encaminaba directamente a una crisis prerrevolucionaria, impulsada por grandes movimientos huelguísticos y ocupaciones de fábricas. Los intentos de golpe de mano por parte de las organizaciones fascistas francesas (febrero de 1934), motivaron que los dirigentes de la Federación del Sena de la SFIO (Partido Socialista Francés) propusieran a la dirección del Partido Comunista (PCF) una reunión

para “fijar la bases de un acuerdo leal y realizar la unidad de acción de los trabajadores.”¹⁶³

La presión de los acontecimientos creaban las condiciones para el surgimiento de agrupamientos “centristas” en el seno de la socialdemocracia. Oscilando entre el reformismo y el marxismo, estas tendencias, en muchos casos confusas, dirigen sus críticas hacia la política de la Internacional Socialista reclamando el frente único con los comunistas, incluso planteando la necesidad de fusionar ambas organizaciones en un gran partido del proletariado. Es el caso de Largo Caballero y la izquierda socialista en España, de las tendencias Ziromsky y Marceau-Pivert dentro de la SFIO, en una fracción del Partido Laborista Independiente (ILP) de Gran Bretaña, en un grupo de “socialistas revolucionarios” alemanes (SAP)...

A pesar de las aspiraciones del movimiento obrero a la unidad de acción y de estos procesos internos de diferenciación en la socialdemocracia, la Comintern en todo el año 33 y hasta la mitad de 1934, mantiene una obstinada oposición a cualquier propuesta de alianza con los socialistas: “La XIII sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC, celebrada cuatro meses después [junio de 1933], sigue contraponiendo el frente único ‘por abajo’ al frente único ‘por arriba’, persiste en ver a la socialdemocracia en bloque como la principal base social de la burguesía, y su ala izquierda como la fracción más peligrosa y solapada de la socialdemocracia”. Es el momento en que el PCE rechaza su entrada en las Alianzas Obreras, calificándola de maniobra de traidores, y la dirección del PCF responde a la proposición de los líderes de la SFIO: “Más que nunca fraternizaremos con los obreros socialistas, más que nunca les llamaremos a la acción común con sus camaradas comunistas. Y más que nunca denunciaremos a los jefes socialistas, al partido socialista, servidores de la burguesía, último reducto de la sociedad capitalista...”¹⁶⁴

Como era habitual en la práctica de la Comintern, las posiciones ultraizquierdistas que marcaron su trayectoria desde 1928 sufrieron una revisión repentina. El 31 de mayo de 1934, *L’Humanité*, el periódico del PCF, reproduce un artículo aparecido en *Pravda* (órgano del PCUS) en el que se admite la posibilidad de proponer a los dirigentes socialistas franceses la unidad de acción. Es la señal para un nuevo viraje, que se concreta en una sucesión de acuerdos entre los comunistas franceses e italianos con sus homólogos socialistas. En septiembre, el PCE decide la entrada en las Alianzas Obreras, justo un mes antes de producirse el levantamiento obrero de octubre. ¿Qué ha ocurrido en este tiempo para que Stalin y la IC aceptaran dar un nuevo vuelco a su política?

Merece la pena citar la opinión de Fernando Claudín, conocedor de primera mano de aquellos acontecimientos y de los mecanismos internos de la Comintern: “(...) Toda la línea general de los diez años anteriores debía seguir siendo considerada como justa, sólo que las direcciones de los partidos, entre ellas la alemana, habían cometido errores en su aplicación. Con ello la infalibilidad de Stalin quedaba a salvo (...) Ahora bien ¿Por qué Stalin da la señal del viraje precisamente en mayo de 1934? A juzgar por los datos disponibles la clave está, como en otros virajes de la IC, en la política soviética, concretamente en su política exterior (...) a partir de la subida de Hitler al poder, el gobierno soviético busca activamente alianzas con los Estados capitalistas ‘democráticos’ (...) Tres meses después de la llegada de Hitler a la cancillería es

¹⁶³ Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 135.

¹⁶⁴ Ambas citadas en *Ibid.*, p. 136.

ratificado el protocolo de prórroga del pacto germano soviético de 1926, que a su vez era prolongación y ampliación del acuerdo de Rapallo. Después de que Japón y Alemania se han retirado de la Sociedad de Naciones, el Comité Central del partido soviético se pronuncia (diciembre de 1933) por el ingreso en ella de la URSS, pero al mismo tiempo Molotov declara que el gobierno soviético no tiene razones para modificar su política hacia Alemania. Durante todo un año — de enero de 1933 a enero de 1934— Stalin observa prudente silencio sobre la situación internacional en sus escritos públicos. Al fin lo rompe en su informe ante el XVII Congreso del partido, el 26 de enero de 1934. Comienza por constatar que ‘las cosas marchan hacia una nueva guerra’ (...) En este informe todo está sabiamente dosificado, medido. Se agita el espectro de la revolución en caso de guerra, como un argumento para retener a los Estados capitalistas en la pendiente hacia el conflicto armado, pero las referencias a la lucha de clase obrera en los países capitalistas son mucho más parcas que en congresos anteriores y, por primera vez, en un informe ante un congreso del partido, no se menciona a la Internacional Comunista. En la definición de las relaciones de la Unión Soviética con los Estados capitalistas se observa un equilibrio ejemplar, y a Alemania se le dice que el régimen fascista no es un obstáculo de por sí para conservar las buenas relaciones. Todo depende de la actitud hacia la Unión Soviética.

“A la luz del informe puede comprobarse perfectamente por qué no había llegado aún la hora de las alianzas políticas entre los partidos comunistas y socialistas: en Berlín podían ser interpretadas como una orientación unilateral de la IC, y por lo tanto de Stalin, hacia los Estados rivales de Alemania. Pero el mismo 26 de enero de 1934, mientras Stalin pronuncia su bien dosificado discurso, Polonia y Alemania firman un pacto que (...) era ‘un paso hacia la agresión hitleriana contra la URSS’, y así fue interpretado por Moscú. Y en París se entiende como un grave quebranto del sistema de alianzas antialemanas pacientemente edificado por la diplomacia francesa. El Quai d’Orsay [Ministerio de AAEE francés] y los jefes del ejército francés concluyen que ha llegado el momento de considerar seriamente la vuelta a la estrategia tradicional de los gobiernos franceses anteriores a la primera guerra mundial: con el zar o con Stalin, Rusia no ha cambiado de sitio; sigue al este de Alemania (...) En los primeros días de mayo, Barthou [ministro francés de AAEE] concreta la posición francesa: propone al gobierno de la URSS un pacto franco-soviético de ayuda mutua en el marco más amplio de un ‘pacto oriental’, insertado a su vez en el cuadro de la Sociedad de Naciones (...) El 25 de mayo, Barthou declara en la Cámara de diputados que el ingreso de Rusia en la Sociedad de Naciones ‘sería un acontecimiento considerable, y como yo tengo la preocupación por la paz, digo que sería un acontecimiento considerable para la paz europea’...”¹⁶⁵

Claudín aborda el trasfondo del asunto, esto es, las vastas implicaciones que la nueva estrategia de política exterior de la burocracia soviética tendrá en los años siguientes para el movimiento comunista internacional, incluyendo la suerte de la revolución española. “El 2 de mayo de 1935” escribe Claudín, “se firma en París el pacto franco-soviético, y en los días siguientes se celebran en Moscú las conversaciones Laval-Stalin¹⁶⁶. El comunicado final de la entrevista contiene la siguiente frase: ‘Stalin comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional practicada por Francia

¹⁶⁵ *Ibid.*, pp. 140-141.

¹⁶⁶ Pierre Laval (1883-1945). Socialista en su juventud, fue ministro de relaciones exteriores entre 1934 y 1935 y negoció el Pacto Franco-Soviético. Primer ministro desde 1935 a 1936 y nuevamente en 1942, cuando siguió una política de colaboración con Alemania. Fue ejecutado por traición.

para mantener su fuerza armada al nivel de su seguridad'. Hasta ese momento el Partido Comunista francés había observado una actitud irreductible contra toda 'política de defensa nacional', cualesquiera que fuesen los partidos burgueses en el poder (...) Pero la respuesta fue fulminante (...) Y *L'Humanité* se aplicó a explicar que hay defensa nacional y defensa nacional, ejército y ejército, guerra de defensa de la democracia y guerra de defensa de la democracia (...) El secretario del Partido Comunista francés no vacila en ofrecer el apoyo del Partido Comunista a un gobierno radical que haga la política del Partido Radical. El 31 de mayo, en efecto, Thorez declara en la Cámara de diputados: 'Nosotros comunistas, renovando la tradición jacobina, estaríamos dispuestos a aportar nuestro apoyo, *Monsieur le président Herriot*¹⁶⁷, si usted o cualquier otro jefe de su partido, quiere asumir la dirección de un gobierno radical, de un gobierno radical que aplicase realmente la política del partido Radical' ..."¹⁶⁸

La Comintern, como prolongación del aparato dirigente del PCUS y de sus intereses diplomáticos, seguirá los dictados dócilmente. El triunfo de Hitler y la política sectaria del "tercer periodo" no merecen ni debate interno ni revisión crítica alguna: la cristalización de un régimen partidario basado en la asfixia burocrática, las depuraciones, el aislamiento, y en pocos años, en el internamiento y fusilamiento de aquél que intente oponerse al rumbo estalinista en las filas del PCUS, pesan brutalmente a la hora de sellar las lealtades y anular a los disconformes.

De ser calificados de *socialfascistas*, los dirigentes de la Internacional Socialista pasan a ser considerados aliados. Pero no sólo ellos, la apertura hacia lo que se considera el eje central de la política estalinista a partir de esos momentos, "la defensa de la democracia" como oposición al fascismo, se extiende a dirigentes burgueses y plutócratas capitalistas que han mantenido tradicionalmente una actitud de franca hostilidad hacia la URSS y la revolución socialista. El 24 de octubre de 1934 en Nantes, en la jornada previa a la celebración del congreso del Partido Radical, representante de la pequeña burguesía y siempre subordinada al gran capital francés, el secretario general del PCF Maurice Thorez¹⁶⁹ lanza la idea de un 'amplio frente popular' que incluya a este partido.

En el contexto del nuevo giro, la dirección del PCE obtuvo la posibilidad de rectificar la posición mantenida contra las Alianzas Obreras y solicitó su entrada en ellas. La historia oficial del Partido explica así el cambio de postura: "En febrero de 1934, la Ejecutiva del PSOE acordó la creación de las Alianzas Obreras, en contraposición a la política de Frente Único preconizada por el Partido Comunista. Las Alianzas tenían graves defectos, derivados de la incomprensión de los socialistas acerca del papel de los campesinos en la revolución democrática. En los lugares en que llegaron a constituirse, las Alianzas estaban integradas por algunos dirigentes locales del PSOE, de la UGT, de las Juventudes Socialistas y de grupos trotskistas. El partido Comunista decidió de momento no ingresar en ellas. Pero el rápido desarrollo de los acontecimientos le hizo reconsiderar su actitud y buscar su acercamiento a la dirección del PSOE con la que concertó una tregua, suspendiendo los ataques recíprocos en la prensa y en los mítines

¹⁶⁷ Edouard Herriot (1872-1957). Dirigente del burgués Partido Radical,

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 143.

¹⁶⁹ Maurice Thorez (1900-1964). Simpatizó a mediados de la década del 20 con las ideas de la Oposición de Izquierda pero después se convirtió en el principal dirigente estalinista de Francia. Defensor de todos los virajes de la Comintern, después de la Segunda Guerra Mundial participó como ministro del gobierno de De Gaulle.

como premisa de futuras acciones conjuntas. Este fue el primer paso para el ingreso oficial de los comunistas en las Alianzas Obreras, acordado por el pleno del Comité Central del PCE el 12 de septiembre de 1934. Al ingresar en las Alianzas, el PC hizo una declaración en la cual constaba su opinión sobre lo que debían ser esos órganos, opinión que mantuvo de manera permanente. En aquella declaración se decía:

‘(...) Las Alianzas Obreras —y su nombre lo dice— surgen ya como órganos de una sola de las fuerzas motrices fundamentales de la revolución: la del proletariado —que es fuerza dirigente—, pero ignora la segunda fuerza motriz fundamental, que es el campesinado, sin cuya alianza no se puede asegurar el triunfo de la revolución. Por eso, la Alianza debe llamarse Obrera y Campesina, y no solamente cambiar el nombre, sino de contenido, incorporando a sus filas a las organizaciones del campesinado. En las Alianzas Obreras no están representadas las masas de la CNT, de la CGTU, de los sindicatos autónomos, y está ausente la gran masa de obreros inorganizados; no están representados los obreros parados, ni tienen representación los trabajadores en uniforme. Para que las alianzas expresen democráticamente la voluntad revolucionaria de las masas es preciso que se rijan por las reglas de la democracia proletaria, y que los representantes en ellas sean designados democráticamente por las asambleas de los trabajadores de los organismos que las integran. Es preciso también que las Alianzas sean órganos de frente único de lucha de todas las acciones de los obreros y de las masas campesinas, sean o no parciales, económicas o políticas orientándolas hacia los objetivos finales.

‘(...) Declarando y reconociendo lo antedicho, el Comité Central del Partido Comunista de España (sección de la IC) se pronuncia por el ingreso de todas las organizaciones en el seno de las Alianzas Obreras, allí donde existan, e invita a crearlas allí donde todavía no existan. Al mismo tiempo, invita a las fracciones comunistas de todas las organizaciones de masas para que propongan el ingreso inmediato de las mismas en las Alianzas Obreras. Al entrar en las Alianzas el Comité Central declara que los comunistas, en forma cordial y democrática, propagarán y defenderán sus puntos de vista y métodos de organización al interior de las Alianzas Obreras, con el objeto de convencer a las fuerzas que integran las mismas de la justeza de los métodos de organización, de la táctica y de la línea política del Partido Comunista’...’¹⁷⁰

Cuando en la noche del 4 de octubre de 1934 se anunció la entrada de la CEDA en el gobierno, Largo Caballero y las AO dieron la orden de la insurrección; pero el movimiento, insuficientemente preparado y sin una dirección consecuente, sin objetivos claros, se transformó, salvo en Asturias y algunos puntos aislados del Estado, en una huelga laboral.

En Madrid, las concentraciones de obreros en las casas del pueblo, Puerta del Sol, inmediaciones de los cuarteles, esperando planes, consignas, armamento, fueron lideradas por los dirigentes socialistas con el silencio.¹⁷¹ El movimiento se consumió en Madrid en medio del abandono general de los dirigentes socialistas: la huelga general se declaró en la noche del 4 al 5 de octubre y se prolongó durante ocho días con un gran seguimiento. A pesar de que en Madrid se encontraba el Comité Nacional

¹⁷⁰ *Guerra y Revolución en España* (1936-1939), I vol. Ed. Progreso, Moscú 1967, pp. 58-59. La obra fue elaborada por una comisión presidida por Dolores Ibárruri e integrada por Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordon, Irene Falcón y José Sandoval.

¹⁷¹ Una descripción muy interesante del levantamiento de Octubre en Madrid y Catalunya se puede leer en la obra de Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria*, pp. 157-199.

Revolucionario, los dirigentes no ofrecieron ningún plan de lucha. Tal como señala Santos Juliá: “Los insurrectos no supieron qué hacer con sus pistolas y sus ametralladoras y los huelguistas no supieron qué hacer con su huelga (...) mientras los dirigentes volvían a casa a esperar pacientemente la llegada de la policía. Creían quizá —como en 1917, como en 1930— que un paso por la cárcel acabaría por borrar las carencias que tan clamorosamente habían manifestado en Madrid durante los hechos de octubre de 1934”¹⁷².

En Cataluña, la AO dominada por el BOC de Maurín se limitó a desencadenar la huelga y esperar que la Generalitat de Companys tomase la iniciativa. No hubo planes militares, ni intentos serios para ganar a la base de la CNT, cuyos líderes en Barcelona se opusieron a la huelga. Aunque el papel del PSOE en la Alianza Obrera catalana era menor, la política nacionalista y errada de Maurín tuvo las mismas consecuencias: “El éxito o el fracaso depende de la Generalitat (...) es muy probable que la pequeña burguesía desconfíe de la causa de los trabajadores. Hay que procurar en lo posible que este temor no surja, para lo cual, el movimiento obrero se colocará al lado de la Generalitat para presionarla y prometerla ayuda, sin ponerse delante de ella...”¹⁷³ La Generalitat y la pequeña burguesía gubernamental respondieron traicionando el movimiento insurreccional, aunque para salvar su “honor”, proclamaron el *Estado Catalán*, sin hacer nada por resistir el asedio militar de las tropas del gobierno de Madrid. El movimiento insurreccional se mantuvo, a pesar de la traición de la Generalitat, tan sólo en algunas localidades como Villanova i Geltrú, Manresa (donde la corporación municipal proclamó la República Socialista Ibérica), Badalona, Granollers, Tarrasa y Sabadell, en general núcleos industriales donde la llamada a la abstención de la CNT tuvo menos efecto.

Frente a estas dificultades y obstáculos, el movimiento insurreccional prendió con éxito en Asturias. La insurrección obrera asturiana se transformó en poder obrero, un poder que se extendió durante quince días dominando la vida económica, política y social de la región hasta la rendición de las columnas mineras el 18 de octubre. Por primera vez en la historia de España, el proletariado revolucionario se levantaba con las armas en la mano contra la burguesía y emprendía el camino para establecer su propio gobierno.

En Asturias, el triunfo del movimiento fue trazado por toda una serie de factores. En primer lugar, la unidad de acción CNT-UGT, fraguada meses antes de la insurrección y que facilitó la confraternización de las bases socialistas y confederales. En segundo lugar, el hecho de que la Alianza Obrera Asturiana participase en la mayoría de las acciones huelguísticas de la región, tanto económicas como políticas, a diferencia de lo que ocurrió en el resto del país. Un tercer factor fue la gran conflictividad laboral y social en Asturias que alcanzó su cúspide en 1933. La existencia de unas Juventudes, tanto socialistas como comunistas, bien organizadas y en continuo crecimiento facilitaban la radicalización política y la organización de milicias armadas. Un hecho más reforzaba la educación política y la conciencia de la clase: la alta difusión de literatura marxista y el papel que jugó el diario socialista *Avance*, que se convertiría en un genuino portavoz de las aspiraciones obreras de Asturias y un dinamizador de la revolución. Todos estos factores, junto con el aprovisionamiento militar previo realizado durante todo el año de 1934, favorecido por la existencia de fábricas de armas

¹⁷² Citado por David Ruiz en *Insurrección defensiva y Revolución obrera. El octubre español de 1934*, Ed. Labor, Barcelona 1988, p. 44.

¹⁷³ Joaquín Maurín, *Hacia la Revolución*, 1935.

a las que los trabajadores organizados tenían acceso y por la dinamita acumulada en las minas, explican la dinámica exitosa de la insurrección.

Como en todo el Estado, la llamada a la huelga general y la insurrección se emitió en la madrugada del 5 al 6 de octubre. El primer comité provincial de la insurrección estaba instalado en Oviedo y contaba con representantes de la UGT-PSOE (en mayoría), de la CNT y del BOC. Las primeras horas fueron de vacilaciones en las instrucciones militares y en la organización del asedio a las fuerzas gubernamentales. Según Díaz Nosty, las fuerzas militares del gobierno disponibles en Asturias para enfrentar la insurrección no sobrepasaban los 2.700 hombres entre militares y soldados, guardia civil y guardia de asalto, instaladas fundamentalmente en las dos grandes ciudades, Oviedo y Gijón y en los 95 cuarteles de la guardia civil desparramados por toda la región. El auténtico problema de las fuerzas armadas del Gobierno fue su escasa capacidad de reacción ante el empuje insurreccional.¹⁷⁴

Del lado de la insurrección, a pesar de numerosas exageraciones que comúnmente se señalan en las crónicas revolucionarias, los combatientes directos no superaron los 15.000 entre mineros y trabajadores, aunque hay que señalar que sin los problemas de aprovisionamiento de municiones, el armamento de miles de trabajadores más hubiera sido perfectamente posible. Como dice Díaz Nosty, si sumamos a los combatientes las fuerzas obreras que se organizaron en los comités locales, así como aquellos que permanecieron en sus puestos de trabajo al servicio de la insurrección, la participación en la revolución superaría el 25% de la población activa asturiana.

El control de las cuencas mineras por parte de los revolucionarios fue una tarea asequible desde el punto de vista militar y político. Inmediatamente que se produjo el desarme de las fuerzas armadas gubernamentales, la revolución procedió a organizar la vida pública de las localidades. Este aspecto demostró una vez más la capacidad de la clase obrera para gobernar la vida cotidiana sin la necesidad de la burguesía. Durante un lapso de 15 días, el poder obrero en forma de comités locales militares, de transporte, abastecimiento, sanitarios, de orden público, justicia revolucionaria, propaganda..., sustituyó a las instituciones de la burguesía. Como en la Comuna de París en 1871, o en la Revolución Rusa de octubre de 1917, la posibilidad de un poder alternativo al del capital se estaba fraguando. Su fracaso no estuvo causado por la ineficacia de estos organismos, sino por el aislamiento de la revolución y la derrota militar en un combate completamente desigual.

En la campaña militar contra la insurrección participaron cerca de 25.000 soldados. El general López Ochoa fue el encargado de dirigir las operaciones militares en Asturias, mientras otros generales, como Franco, prestaron un innegable servicio. Franco fue director de las operaciones desde el ministerio de Guerra y actuó como el verdadero jefe del Estado Mayor Central. En la práctica dirigió todas las operaciones militares desde la retaguardia, continuando con la experiencia que había adquirido cuando era comandante en Asturias, durante la represión de la huelga general de 1917. Los combates fueron muy duros en las cuencas. El gobierno tuvo que utilizar hasta siete unidades militares, comandadas primero por el general Bosch y después por el general Balnes, en diez días de enfrentamientos para poder penetrar hacia el Caudal desde el frente sur.

¹⁷⁴ B. Díaz Nosty, *La Comuna Asturiana*, Ed. ZYX, Madrid 1975.

El avance militar, la escasez de munición y la falta de confianza en la victoria, movió a la mayoría socialista del primer comité a plantear, tan sólo cuatro días después de desencadenada la insurrección, la necesidad del repliegue y dar por finalizada la revolución. La retirada impulsada por los líderes socialistas chocaba con la actitud militante de su propia base y de los activistas del PCE. Estos últimos acometieron una acción enérgica de denuncia del abandono de la responsabilidad revolucionaria de los líderes socialistas, y lograron hacer elegir en el mismo Oviedo un segundo Comité en el que contarían con la mayoría (de sus siete miembros cinco eran de las juventudes comunistas). La nueva dirección comunista intentó organizar de forma más eficaz y disciplinada las tareas de los diferentes comités de guerra, abastecimiento, transportes, propaganda... y especialmente lanzaron una campaña para constituir el *Ejército Rojo* con un nítido carácter de clase, sobre la base de la centralización de las columnas y unificación del mando. En casi todas sus acciones, este segundo comité fue apoyado por los militantes de las Juventudes Socialistas, que desautorizaban la actitud de los dirigentes ugetistas y del partido en el primer comité.

La agitación a favor de continuar la insurrección hasta el final, enardeció a los combatientes y fue decisiva para evitar la desbandada y la derrota inmediata. Este segundo comité, clave para asegurar la continuidad de la lucha, apenas tuvo un día de existencia, pero proporcionó una gran autoridad a los militantes comunistas y les aseguró su participación en el tercer y último comité revolucionario. La resistencia en Oviedo apenas duró 48 horas hasta el repliegue de las fuerzas revolucionarias hacia las cuencas mineras.

El tercer comité revolucionario se constituyó en Oviedo en una reunión de representantes socialistas y comunistas, fijando su sede en Sama de Langreo. Este comité, liderado por el socialista Belarmino Tomás, reorganizó las fuerzas insurreccionales en coordinación muy estrecha con el comité de Mieres. Su resistencia se mantuvo hasta el último momento, cuando la superioridad aplastante del enemigo, la falta de munición y la certeza de la derrota del proletariado en el resto del Estado, habían afectado decisivamente a la moral de las filas revolucionarias. En estas condiciones se hacía imposible continuar la lucha.

La represión salvaje se extendió por Asturias y el conjunto del país. En lo que se refiere a Asturias, los muertos en los combates podrían estar cercanos a los dos mil, muchos más numerosos entre las filas de los revolucionarios que en las fuerzas gubernamentales. La cifra de los fusilados y asesinados en la represión militar y policial posterior superarían los 200 trabajadores. Figuras siniestras como el comandante Doval, perpetraron crímenes colectivos que quedaron completamente impunes. El terror blanco se desató en Asturias y en el conjunto del país. Decenas de miles de trabajadores revolucionarios abarrotaban las cárceles. Tan sólo en Asturias, hasta final de 1934, habían sido detenidas 10.000 personas; decenas de miles más sufrieron los despidos y las represalias de los patronos que se vengaban así del movimiento revolucionario.

La actitud de la reacción de derechas quedó plasmada en los discursos de sus representantes parlamentarios. Melquíades Álvarez, diputado derechista por Asturias, clamó en una intervención parlamentaria: “El derramamiento de sangre cuesta muchas lágrimas e inquietudes, pero por encima de la sensibilidad está el interés de España. Thiers, el hombrecillo que fue la befa de sus contemporáneos, cuando presencié los horrores de la *Commune* de París, en 1870, fusiló en nombre de la República y produjo

millares de víctimas. Con aquellos fusilamientos salvó la República, las instituciones y mantuvo el orden. Que los delitos no queden impunes: al cumplir la ley se sirven los intereses de la República y España.” Por su parte Calvo Sotelo afirmó: “La República francesa vive, no por la *Commune*, sino por la represión de la *Commune*. (El señor Maeztu: —¡Cuarenta mil fusilamientos!) Aquellos fusilamientos aseguraron setenta años de paz social”. A pesar de la fuerte represión de la insurrección, *Asturias la Roja* fue clave a la hora de frenar el avance del fascismo, al tiempo que los mineros demostraron, en la práctica, que la revolución socialista no era una ilusión utópica sino algo perfectamente posible.

LLAMADA A LA BOLCHEVIZACIÓN EN LAS FILAS SOCIALISTAS

Tras los sucesos de Octubre, el movimiento obrero español entró en una fase de recomposición y reagrupamiento. La radicalización de la izquierda caballerista¹⁷⁵, que en poco tiempo lograría una mayoría en el conjunto de las organizaciones socialistas y de las Juventudes, particularmente, experimentó un nuevo auge, endureciendo la batalla contra los seguidores de Prieto, al que responsabilizan de la derrota. Al mismo tiempo, los líderes de las JJSS realizan una nueva llamada a la bolchevización del PSOE invitando al BOC, a la Izquierda Comunista (ICE) y también a las Juventudes Comunistas y al PCE a sumarse a la tarea.

Es importante señalar que, a lo largo de este año, se había producido una cierta aproximación entre la Federación de las Juventudes Socialistas (FJS) y la UJC que tendría su importancia para comprender los acontecimientos posteriores. Una semana después de que la FJS realizase su V Congreso (abril de 1934) la UJC también celebró el suyo (II Congreso), con la asistencia de un centenar de delegados, en que se aprobaron resoluciones para continuar llevando a cabo acciones unitarias con la FJS. Esto no significó que las críticas desde la Juventudes Comunistas no se mantuviesen y que en el informe del Comité Central al Congreso, se calificase de oportunista la actuación de los dirigentes juveniles “...obligados a hablar contra la democracia burguesa y por la dictadura del proletariado, para contener la desbandada de sus jóvenes”. En cualquier caso, los militantes de ambas organizaciones continuaron coincidiendo en acciones de carácter antifascista. El 3 de junio de 1934, para disolver una concentración fascista en el aeródromo “Lorong” de Carabanchel; entre el 14 y 15 de julio cuando se celebró en Madrid el Congreso Nacional contra la Guerra y el Fascismo, organizado por un comité creado a instancias de la UJC, y asisten jóvenes socialistas a pesar de que la dirección de la FJS no lo apoyara.¹⁷⁶ Pero el acto donde se escenifica la mayor unidad fue en el entierro de la militante de la FJS, Juanita Rico, asesinada por un grupo fascista.

Jóvenes socialistas y comunistas participan en más de una docena de huelgas que tienen lugar entre junio y julio. “Las conversaciones pro unidad juvenil” escriben Elorza y Bizcarrondo, “celebradas en 1934 no llegaron a cuajar, pero los cincuenta mil afiliados que proclamaban las Juventudes Socialistas eran un polo de atracción que no podía ser

¹⁷⁵ En junio de 1935 inician la publicación de su órgano de expresión, *Claridad*.

¹⁷⁶ Carlos Alejo Casado, *op. cit.*

abandonado. La atención de *Mundo Obrero* hacia la FJS será constante, y una vez admitidas las Alianzas el hielo se rompe. El gran mítin conjunto del Stadium metropolitano de Madrid, el 16 de septiembre de 1934, no solamente fue el anuncio de la próxima actuación como milicias revolucionarias, sino de unos objetivos comunes que terminarían inclinando este frente único de la juventudes hacia el lado comunista.”¹⁷⁷

Sin embargo, las palabras de Santiago Carrillo en el mítin, reproducidas por el órgano de expresión de las JJSS, *Renovación*, revelaban el recelo de estas hacia la política estalinista en aquellos momentos. En el artículo *Ni con la segunda, ni con la tercera...*, se decía: “...Ni con la cuarta que pueda surgir de una nueva escisión. He ahí la posición de las JJSS (...) que solo espera el refrendo de las Federaciones Provinciales. (...) La táctica reformista de la Segunda Internacional ha fracasado. Pero también ha fracasado la táctica de la Tercera. (...) Nosotros confirmamos hoy con toda energía las palabras pronunciadas por nuestro compañero Santiago Carrillo en el Stadium: ‘La Segunda Internacional ha fracasado. La Tercera también. En ninguna de las dos puede realizarse la unificación del proletariado. Dicha unificación sólo podrá hacerse volviendo a la Internacional de Marx’...”¹⁷⁸

Durante los últimos meses de 1934, y a lo largo de 1935, la FJS hizo un esfuerzo teórico por reorientarse en la nueva situación política, expuesto de manera sistemática en su texto más emblemático: *Octubre, Segunda etapa*, publicado clandestinamente a principios de 1935.¹⁷⁹ El documento, no obstante, insiste en buscar justificación a posiciones del pasado de cuya paternidad no está exento Largo Caballero. Por ejemplo, respecto a la colaboración de clases bajo la dictadura de Primo de Rivera señalan: “El movimiento obrero español entra en este momento en un período difícil de ilegalidad. Únicamente salva esta etapa, aceptando un juego de oportunismo revolucionario más o menos acertado, el PSOE, sus Juventudes y la UGT”. Incluso se aprueba la táctica de no impulsar huelgas parciales en los meses previos a la insurrección de octubre: “Es natural que, a mayor densidad de la revolución, la clase obrera fuera provocada a conflictos, muchos de ellos mal enfocados y con graves peligros para los intereses generales del proletariado. (...) es preciso actuar procurando no quebrantar las fuerzas a los elementos que han de ponerse al servicio de grandes luchas, para conquistas integrales, definitivas. (...) Es ahí donde radicaba la oposición a todo movimiento esporádico que no respondiera a ‘intereses calculados”.

Pero lo más significativo de ése documento es que expresaba vivamente la profundidad de la evolución izquierdista de las Juventudes Socialistas, y su intento de abrazar un programa marxista para llevar a cabo la revolución. Los siguientes extractos dan idea del ambiente que se vivía en la organización: “En octubre estalla la insurrección. El reformismo se pone frente a ella. La traiciona. (...) 1930-1934 son dos fechas que marcan toda una epopeya de los trabajadores; en ellas ha quedado enfangado el reformismo para siempre. (...) Arduo problema; la conciencia colectiva de las masas estaba por encima de los jefes y jefecillos, salvando las excepciones de rigor. (...) El lastre que esta posición arrastraba era enorme. No parecía fácil transformar la mentalidad de los jefes y jefecillos, que se habían abrazado para siempre a los mitos de

¹⁷⁷ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 220.

¹⁷⁸ *Renovación* nº 149, 29 de septiembre de 1934.

¹⁷⁹ Todas las citas están tomadas del folleto, reproducido en *Marxismo Hoy*, nº 13, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2004

la democracia, de la legalidad, del Parlamento, y que consideraban consustancial la República burguesa con los intereses de la clase obrera. Seguían aferrados a los tópicos, al mito de la República, sin desprenderse de ellos, como había hecho el proletariado después de unas cuantas lecciones de democracia burguesa bien aplicada. La resistencia pasiva y activa que han ofrecido y ofrecen a la revolución estos elementos es incalculable. (...) Se sabotaban órdenes, se colocaban en actitud pasiva, ahogaban las expresiones de la masa en lo que podían, no empujaban, sino todo lo contrario. (...) Los jefes y jefecillos (...) cuya mentalidad quedó retrasada, sin tener capacidad ni audacia para marchar al ritmo de los acontecimientos, se convirtieron, unos conscientes y otros inconscientes, en el freno más terrible a los impulsos y anhelos revolucionarios de las masas que falsamente estaban representando. (...) Iban arrollados, sin tener el timón de los acontecimientos, sin comprender las realidades. (...) Nadie ha traicionado tanto a la clase obrera como quienes personifican su reformismo. (...) Ellos la han frenado desde el momento histórico en que se inicia. Han estado sistemáticamente enfrente de toda acción, de toda labor que tendiera a recoger los anhelos revolucionarios del movimiento obrero. (...) Besteiro, interpretando el sentir de todo el reformismo traidor, decía (...): ‘Con el Estado democrático que hemos creado, con la Carta fundamental como pieza jurídica que tiene nuestro país, existe margen suficiente para defender los intereses generales de la clase obrera (...) El fascismo es el ruido de unos ratones en un caserón viejo, que asusta a los pusilánimes y a los cobardes’ (Él era el valiente). ‘No hay ningún peligro’. Acto seguido empezaba a cantar unas cuantas endechas a la democracia, a la legalidad y al parlamentarismo. Esto lo decía el presidente de la UGT el 14 de octubre de 1933, cuando Lerroux subía al poder y Samper en el Ministerio de Trabajo cometía las mayores barbaridades en contra de la clase obrera. Sus palabras merecieron contestación. (...) el fascismo no podía ser explicado por un socialista, (...) como el ruido de unos ratones. Era algo que salía de las propias entrañas del régimen capitalista. Se denunciaba y censuraba una dirección que en aquellos momentos hablaba así, contrayendo con ello, por sus acciones pasadas y presentes, graves negligencias revolucionarias...”.

El documento sustancia las tareas inmediatas de la Juventud Socialista: “Hoy es ya una necesidad reconocida por todos la de la depuración revolucionaria del Partido Socialista; lo que nosotros denominamos su ‘bolchevización’. (...) es preciso que las secciones de la FJS, y los militantes adultos, comiencen la lucha en el terreno local contra el reformismo. Es preciso fomentar resueltamente la depuración del Partido. En cada localidad los militantes deben esforzarse por sustituir a los dirigentes de las agrupaciones y los sindicatos que no hayan defendido y defiendan una posición claramente revolucionaria, y que en octubre no hayan puesto todo su esfuerzo por llevar a las masas a la victoria. (...) Sólo por medio de una autocrítica enérgica y audaz podremos llegar a la bolchevización completa y total (...) Pero la expulsión de los reformistas no es más que una etapa del proceso de bolchevización del Partido Socialista (...)”.

En el plano internacional, el folleto *Octubre, Segunda etapa*, rechazará la Segunda Internacional por su reformismo: “En este período de lucha intensa es cuando se han agudizado más las contradicciones entre el socialismo español y la Segunda Internacional. (...) se pone de manifiesto la incompatibilidad ideológica que antes permanecía en estado de latencia. Porque si la Segunda Internacional no ha tenido el valor de formular un juicio acerca de la insurrección de octubre, limitándose a prestar su solidaridad a los perseguidos, la Internacional Juvenil Socialista (...) dijo: ‘Estamos

moralmente al lado de las Juventudes Socialistas de España. Sin embargo, tenemos que hacer grandes reproches a su línea política, con la que no nos hallamos conformes'. (...) Las Juventudes Socialistas de España se hallan fuera de la disciplina de la Segunda Internacional. Al adoptar esta actitud, la Comisión ejecutiva sabe que interpreta el sentir de los jóvenes militantes. Pero adelantaremos poco, poquísimo, si no impulsáramos al Partido Socialista a seguir la misma ruta. Nuestra resolución hay que llevarla al seno del Partido, y es preciso conseguir de su primer Congreso el acuerdo de retirarse de la Segunda Internacional. Para ello es preciso que los jóvenes socialistas comiencen una activa campaña...”.

Las Juventudes Socialistas eran partidarias de establecer relaciones con la Internacional Comunista, aunque mantenían diferencias importantes en los aspectos organizativos y críticas a la falta de democracia interna. En cualquier caso, la dirección en la que iba la FJS era evidente: “por lo que se refiere al Partido obrero español, la Tercera Internacional tendrá que convencerse de que es el partido bolchevique de nuestro país; el eje de la revolución y, por consiguiente, el único partido con el cual tiene que tratar y al que ha de converger tarde o temprano toda la clase obrera española”. El gran objetivo para las juventudes socialistas era éste: “Regresamos a Marx y Lenin, unamos a la juventud revolucionaria en una internacional que rompa los errores del pasado. Para ello invitamos a la Juventud Comunista, a las Juventudes Comunistas de Izquierda y a las juventudes del BOC a entrar en masa a la Juventud Socialista de España, invitamos a la juventud revolucionaria a unirse a nuestra bandera para la reconstrucción del movimiento proletario internacional”.

Durante los meses siguientes los acontecimientos se suceden en esta dirección. A lo largo de 1935, líderes del ala caballerista de las JJSS como Santiago Carrillo, Hernández Zancajo y Serrano Poncela polemizan al respecto con Maurín en el periódico del BOC, *La Batalla*. También inician un acercamiento en las mismas líneas con la Izquierda Comunista —en *Renovación*, el órgano de las juventudes de Madrid, se hablaba de “los trotskistas” como de los mejores revolucionarios y teóricos—, para luchar conjuntamente por la bolchevización del partido. Por último, desde la dirección juvenil socialista se insistía en la unidad de acción con las Juventudes Comunistas.

La evolución de las JJSS hacia las auténticas posiciones del marxismo era una posibilidad real. Las posturas centristas de izquierda no surgieron por capricho. Respondían a la madurez que había alcanzado el proceso revolucionario en el Estado español. Pero aquellos que tuvieron la oportunidad de ganarlos a las ideas del genuino marxismo, entre ellos la Izquierda Comunista liderada por Andreu Nin, rechazaron hacerlo. Es más, su actitud fue de absoluto desprecio al llamamiento de los jóvenes socialistas.

Amparándose en las limitaciones teóricas y políticas de los sectores izquierdistas del PSOE, Nin y sus seguidores minusvaloraron la profundidad de la radicalización y del giro a la izquierda que se estaba produciendo en la base socialista. Uno de los dirigentes de la ICE, Esteban Bilbao, casi un año antes del estallido de octubre (en diciembre de 1933), se refería ya con enorme sectarismo al PSOE: “comienza a balbucear las primeras letras del alfabeto proletario (...) la realidad del PS continúa siendo el aparato burocrático podrido y la masa oscurantista de sus pertenecientes.”¹⁸⁰ En enero de 1934

¹⁸⁰ Esteban Bilbao, “El proletariado ante el fascismo”, en *Comunismo*, nº 30. noviembre-diciembre 1933.

la dirección de la ICE insistía en su visión estrecha y sectaria, según la cual “los militantes socialistas que sinceramente se orientan por la vía revolucionaria deben de reconocer que la condición previa para que esta radicalización tenga eficacia es la escisión del partido.”¹⁸¹ No entendían la esencia del proceso que se estaba dando en el movimiento socialista, y reducían los acontecimientos convulsos en su seno a considerarlos como manejos burocráticos del aparato.

Trotsky fue muy severo con las posturas de Nin y la ICE, cuya actitud sectaria respecto al movimiento socialista fue uno de los factores destacados para precipitar su ruptura definitiva con ellos. Comprendiendo que la ICE era débil numéricamente y le faltaban conexiones con las masas obreras, Trotsky insistía en la necesidad de aceptar el llamamiento de las JJSS, construyendo en el seno del PSOE y las juventudes una sólida fracción bolchevique que permitiera ganar para las ideas y métodos del marxismo revolucionario a miles de jóvenes obreros y de trabajadores que las buscaban instintivamente (lo que, a su vez, hubiera permitido influir en la base del PCE). En septiembre de 1934 la dirección de la ICE rechazó tajantemente esta orientación con argumentos doctrinarios, completamente alejados de una visión marxista de la dinámica interna que vivía el movimiento socialista. En sus palabras, condenan la política de Trotsky y sus consejos para “fusionarnos con un conglomerado muerto”, “no vamos a contaminarnos en esa charca reformista”. En un editorial de la revista de la ICE, *Comunismo*, se señalaba: “El PSOE ha recuperado su influencia. Las masas creen en las palabras revolucionarias de sus jefes porque expresan sus deseos y aspiraciones”, pero en lugar de entender esa coyuntura como una oportunidad para una intervención decidida en su seno, con una táctica y métodos adecuados, se contentan con plantear una política de ultimátums a la base socialista, que lo único que consiguió fue alimentar la desconfianza de decenas de miles de revolucionarios honestos: “los obreros socialistas (...) si son marxistas (...) deben dar la espalda a Caballero” sentenciaban los líderes de la ICE.¹⁸²

Nin y sus seguidores despreciaban unos acontecimientos decisivos para el futuro de la revolución española. Ganar políticamente a la mayoría de la izquierda socialista, con una postura revolucionaria, era el camino para coronar con éxito la tarea de construir una dirección a la altura de las circunstancias históricas. La ICE, al desperdiciar la gran oportunidad que les ofrecía la Juventud Socialista y la izquierda caballerista, despejaron el camino a los dirigentes estalinistas, muchos más perspicaces de la situación que se abría en el campo socialista, mucho más resueltos y dispuestos a ganarlos a su causa.

Grandizo Munis, miembro de la Izquierda Comunista en aquellos momentos y delegado de la organización en la Alianza Obrera de Madrid, hace balance de la actitud de la dirección de la ICE: “Ante la izquierda Comunista se abrió una perspectiva de vertiginosa influencia en la masa socialista más revolucionaria. La desaprovechó por completo. De su incapacidad para sacar partido de una oportunidad sin precedente en la historia política, nace una de las realidades fatales en el periodo de la guerra civil: la ausencia de un partido proletario capaz de polarizar el impulso de las masas y asegurar el triunfo a una revolución traicionada o abandonada por todas las organizaciones (...) Frecuentemente, el periódico juvenil [*Renovación*] hacia elogio de los trotskistas españoles, les pedía entrevistas, les llamaba a cooperar en la ‘bolchevización’ de las

¹⁸¹ *Revista ‘Comunismo’. La herencia teórica del marxismo español (1931- 1934)*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978, p. 376.

¹⁸² José Luis Arenillas, “La crisis del partido socialista español”, en *Comunismo* n° 38, septiembre 1934.

Juventudes y del Partido Socialista. La Izquierda comunista cometió el error gravísimo, de consecuencias devastadoras, de ignorar y dejar marchitar esta extraordinaria ocasión de convertirse rápidamente en un partido de masas. Este error, que pasa completamente desapercibido inclusive para personas que se consideran enteradas, imposibilitó la evolución hacia los principios del marxismo de miles de jóvenes llamados a realizar la revolución. Por repercusión, facilitó la nefasta extensión adquirida por el estalinismo a partir del frente popular.”¹⁸³

Los dirigentes de las JJSS desengañados con la postura sectaria de una organización muy inferior en número de militantes, les volvieron la espalda. En medio de una tremenda polarización entre las clases, ante el peligro inminente de un golpe fascista, los jóvenes socialistas miraron hacia el estalinismo, que cubierto con la autoridad moral de Octubre de 1917, de Lenin y del primer Estado obrero de la historia, aparecían como la mejor solución para sus objetivos.

HACIA EL FRENTE POPULAR

Como hemos señalado, en mayo de 1935, el presidente del Consejo de Ministros francés, Pierre Laval, visitó Moscú y firmó un pacto de ayuda franco-soviético. Stalin declaró en ese momento que aprobaba la política de defensa de Francia, lo que tuvo consecuencias inmediatas. El PCF cesó toda actividad y propaganda antimilitarista, adoptando la bandera tricolor y *La Marsellesa*. Tanto desde la dirección del PCF como desde la del PS francés se hicieron reiteradas declaraciones a favor de apoyar un gobierno capitalista dirigido por el Partido Radical “con tal de remediar la crisis económica y defender las libertades democráticas”, según Thorez, o como parte de “un gran movimiento popular (...) contra los efectos económicos, políticos y sociales de la crisis capitalista”, en palabras de León Blum. El Partido Radical, que siempre había seguido los dictados de los intereses capitalistas, debía luchar ahora contra las *doscientas familias*, como se conocía en la izquierda a la plutocracia capitalista que dominaba la economía y la política francesa. La alianza con los radicales suponía, para el futuro inmediato, limitar el programa del Frente Popular a reformas muy superficiales que no pusieran en cuestión las relaciones de propiedad capitalista ni el dominio de los grandes monopolios. El PCF, con más ahínco aún que la SFIO, insistía en no adoptar ninguna medida que pudieran alejar a los radicales de ese gran acuerdo. El camino para un pacto interclasista se desbrozó, para asombro de muchos, el 14 de julio de 1935, al término de un desfile “patriótico” en las calles de París. Blum y Thorez marcharon hombro con hombro con el radical Daladier.¹⁸⁴

En realidad, el último giro de de los comunistas franceses —aunque sería más preciso hablar de sus dirigentes estalinistas—, estaba decidido de antemano en las altas esferas de la Internacional, que preparaba a marchas forzadas el nuevo proyecto de los Frentes Populares. El VII Congreso de la IC, reunido en Moscú a partir del 25 de julio de 1935, dio luz verde a esta política que consagra las alianzas de los Partidos Comunistas con la socialdemocracia y formaciones burguesas de diferente signo, aparentemente en defensa de la “democracia” y con el objetivo de conjurar la “amenaza fascista”. Vale la pena citar ampliamente la consideración que hace Claudín de esta nueva orientación

¹⁸³ Grandizo Munis, *op. cit.*, p. 155.

¹⁸⁴ Edouard Daladier (1884-1970). Radical-socialista, fue primer ministro francés desde 1933 a 1934, cuando fue derrocado tras el intento de golpe de estado fascista. Fue ministro de Guerra durante el gobierno de León Blume y de nuevo primer ministro. Firmó el Pacto de Munich con Hitler.

estratégica, que tan amplias consecuencias tendría en los acontecimientos españoles posteriores:

“En los estudios sobre el VII Congreso de la IC se considera, por regla general, que el objeto fundamental de sus trabajos fue la elaboración de la táctica para la lucha antifascista y anticapitalista. Es cierto que este tema ocupó la atención mayor del congreso, y a él fue dedicado el informe más importante, presentado por Dimítrov. Pero para captar el significado profundo de la línea adoptada y entender la manera como fue aplicada hay que partir de lo que el propio congreso define como la ‘*consigna central* de los partidos comunistas’: ‘La lucha por la paz y en defensa de la URSS’. Esto quería decir que toda la actividad de los partidos comunistas, su política, sus tareas, debían ser consideradas y resueltas en función de ese objetivo supremo (...) el cual se concreta en la siguiente directiva del congreso: los partidos comunistas deben crear ‘el más amplio frente posible de *todos* los que están *interesados* en la conservación de la paz’, y su ‘tarea táctica *más importante* es concentrar en cada momento las fuerzas [de ese frente] contra los principales provocadores de la guerra [en el presente momento —se especifica— contra la Alemania fascista, así como contra Polonia y el Japón ligados con ella]’.

“¿Cuáles son todas esas fuerzas, interesadas en la paz, que los partidos comunistas deben agrupar en un frente común? Desde luego las masas populares, pero también todo grupo de las clases dominantes *interesado* por la paz, incluidos los Estados, pequeños o grandes, que tienen análogo *interés* en el *momento dado*. En la resolución aprobada por el congreso se especifica que ‘las relaciones recíprocas entre la Unión Soviética y los Estados capitalistas *han entrado en una nueva fase*’. ‘La política de paz de la URSS, no sólo desbarató los planes de los imperialistas, encaminados al aislamiento de la Unión Soviética, sino que ha creado las bases para su colaboración, en la causa de la conservación de la paz, con los pequeños Estados para los cuales la guerra, al amenazar su independencia, representa un peligro especial, *así como también con aquellos Estados que en el momento dado, están interesados en la conservación de la paz*’. Dimitrov precisa cuáles son estos últimos Estados tan sibilamente aludidos en la resolución: se trata de ‘ciertos grandes Estados capitalistas, que temiendo las pérdidas que pueden sufrir a consecuencia de una nueva división del mundo están interesados, en la *presente etapa*, en evitar la guerra’. En una palabra, son las grandes potencias coloniales europeas más los Estados Unidos, que temen perder su monopolio de la explotación mundial en una guerra con Alemania y el Japón. Y Dimitrov dice a renglón seguido: ‘De ahí la posibilidad de un vastísimo frente único de la clase obrera, de todos los trabajadores y de pueblos enteros contra la amenaza de guerra imperialista’. Aquí el ambiguo concepto ‘pueblos enteros’ alcanza su máxima ambigüedad: quiere decir también, indudablemente, ‘naciones enteras’, ‘Estados enteros’... El ‘frente mundial’ a crear —como Dimitrov lo denomina en otros momentos— es, en el fondo, la gran coalición antihitleriana que sólo nacerá después de consumarse la agresión nazi contra la Unión Soviética.

“Togliatti, a cuyo cargo corre en el congreso el informe sobre estos problemas de la paz y la guerra, plantea que el aprovechamiento, en interés de la paz, de las contradicciones entre los Estados imperialistas no compete sólo a la Unión Soviética: ‘En la medida en que puedan ejercer una acción positiva en relación con los problemas de política exterior, [los partidos comunistas] deben esforzarse en intervenir activamente para favorecer todos los procesos que retarden el estallido de la guerra y oponerse a todo lo

que constituya una amenaza inmediata para la paz'. La cuestión, a la hora del VII Congreso, no era nada académica, sino muy concreta y candente (...)

“Togliatti reconoce en su informe que la cuestión suscita inquietud entre los comunistas: ‘Algunos camaradas han podido pensar que la conclusión del pacto equivale a perder de vista la perspectiva de la revolución en Europa, [...] han comparado la conclusión de los pactos de asistencia mutua a una retirada forzada bajo los golpes del enemigo’. Togliatti afirma que lejos de ser una ‘retirada’, es un ‘avance’. ‘¿Puede concebirse mayor éxito que el que un gran país capitalista se vea constreñido a firmar un acuerdo de asistencia recíproca con la Unión Soviética, un acuerdo cuyo contenido es la defensa contra el agresor, la defensa de la paz y de la frontera de la dictadura del proletariado?’. Y a los que se inquietan de que los partidos comunistas puedan ‘perder de vista la perspectiva de la revolución en Europa’, les responde que ‘caen en un burdo error’, puesto que ‘el nuevo acto con el cual la Unión Soviética confirma su política de paz no puede más que aumentar el prestigio del Estado proletario y por consiguiente el prestigio del socialismo y de la revolución proletaria entre los trabajadores de todos los países, en todo el mundo’.

“En cuanto a los criterios que deben guiar a los partidos comunistas para determinar su política respecto al problema planteado, Togliatti comienza por enunciar un axioma, que estaba implícito en el programa de la Comintern aprobado por el VI Congreso (...) pero ahora queda precisado con nitidez incomparable: ‘Para nosotros está absolutamente *fuera de discusión* que existe una *identidad de objetivos* entre la política de paz de la Unión Soviética y la política de la clase obrera y de los partidos comunistas en los países capitalistas. Esta identidad de objetivos no puede ser motivo de dudas en nuestras filas. Nosotros no defendemos a la Unión Soviética sólo en general, defendemos en concreto *toda su política y cada uno de sus actos*.’ Lo que no significa —aclara a continuación Togliatti— que la ‘táctica’ de los partidos comunistas que no están en el poder y la del partido soviético tengan que ‘coincidir en todos los actos, en todos los momentos y en todas las cuestiones’. Y agrega: ‘Pueden citarse numerosos ejemplos de esta no coincidencia entre las posiciones del partido del proletariado en los diversos países a propósito de un problema concreto.’ *Pero los ejemplos que cita Togliatti son todos anteriores a la aparición del Estado soviético y de la IC. No puede mencionar un solo caso en que algún partido comunista haya adoptado posiciones tácticas diferentes de la táctica del partido soviético.* En toda la literatura de la Comintern no se encuentra, probablemente, una confirmación implícita más aparente de la subordinación absoluta de la política de las secciones nacionales de la IC a la política del Estado soviético (...) Y Togliatti concluye diciendo que ‘los que no comprendan la profunda coherencia interna’ de las tesis que ha expuesto ‘no comprenden nada de la dialéctica real de los acontecimientos ni de la dialéctica revolucionaria, aunque pretendan ser hombres inteligentes y lógicos, como por ejemplo pretende serlo León Blum’ (...)

“Bien pronto la ‘dialéctica’ de los acontecimientos franceses, españoles, checoslovacos y otros, iba a poner a ruda prueba la ‘profunda coherencia interna’ de la nueva táctica de la IC, pero los delegados al VII Congreso no tuvieron nada que objetar al admirable virtuosismo con que Togliatti había resuelto el problema de la articulación entre un posible desarrollo revolucionario en algunos países europeos y la política de alianza de la Unión Soviética con el Estado burgués de dichos países. En el momento del VII Congreso ese ‘posible’ estaba localizado en España y Francia, y en este segundo caso el problema de la ‘articulación’ se presentaba, por tanto, de manera concreta. Si la

situación francesa llegaba a la crisis revolucionaria, ¿debía proponerse el partido comunista profundizar la crisis y orientarse a darle una salida revolucionaria proletaria, aún a riesgo de que esa situación pusiera en peligro la alianza franco-soviética? (...) Si la eventualidad ‘francesa’ no se plantea concretamente en el congreso, si es hábilmente soslayada por Togliatti, ¿no se debe, precisamente, a que no existe esa concordancia?; ¿a que, por el contrario, plantea el problema de la discordancia? De todas maneras el congreso da una respuesta indirecta a esta cuestión, desde el momento que todos los informes, todas las intervenciones, todas las tesis, están dominadas por la idea de que el objetivo supremo es asegurar la defensa de la URSS: ‘La defensa de la URSS; la ayuda a prestarla para contribuir a su victoria sobre todos sus enemigos —dice la resolución del congreso— deben dictar sus actos a cada organización revolucionaria del proletariado, a cada verdadero revolucionario, a cada socialista, a cada obrero consciente, a cada campesino trabajador, a cada intelectual y demócrata honesto.’ (...)

“El VII Congreso de la IC, no aborda explícitamente —a diferencia de los anteriores congresos de la IC— el problema de la revolución mundial, de sus perspectivas, en tanto que tema específico. ‘Nosotros — dice Dimitrov— hemos eliminado deliberadamente de los informes y resoluciones del congreso las *frases sonoras* sobre las perspectivas revolucionarias.’ Después de lo expuesto más arriba no necesitamos argumentar largamente que, a nuestro juicio, esa ‘eliminación’ se explica por razones de más peso que el loable deseo de rehuir el verbalismo revolucionario (cosa que, por lo demás, hacía buena falta). En los años del V o del VI Congreso, cuando existía una coincidencia objetiva de intereses, a nivel de las relaciones internacionales, entre la Alemania vencida y la república soviética cercada, frente a los ‘grandes Estados capitalistas’ dueños del planeta; cuando en opinión de Moscú, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos eran los exponentes máximos del antisovietismo mundial (y con ellos, la socialdemocracia y los partidos demoburgueses, o demopacifistas, como decía Stalin), la Comintern podía formular *explícitamente* una u otra estrategia de la revolución mundial —justa o errónea, ese es otro problema—, sin riesgo de entrar en conflicto con la ”política de paz” de la URSS. Pero en la coyuntura del VII Congreso, ¿cómo conciliar cualquier estrategia *explícita* de la revolución mundial con la necesidad en que se encontraba la URSS de anudar alianzas con las potencias imperialistas coloniales y con los Estados Unidos? Esto explica que a los siete años de no haberse reunido en congreso —contra todos los preceptos estatutarios—, cuando el sistema mundial del imperialismo acaba de atravesar la mayor crisis económica de su historia, y la cuestión de una segunda guerra mundial está al orden del día, el VII Congreso de la IC no proceda a un análisis teórico de los problemas del imperialismo, del capitalismo, de la revolución socialista en Occidente y de las revoluciones ant imperialistas en los países coloniales y dependientes; explica que en las ciento treinta páginas que ocupa el informe de Dimitrov en la edición que venimos utilizando, no haya más que dos dedicadas a hablar de la lucha antimperialista en las colonias (...).”¹⁸⁵

Los años treinta supusieron el triunfo y consolidación del poder de Stalin, pero el régimen de *bonapartismo proletario* de la URSS distaba mucho de ser estable. Esta era la causa de los constantes movimientos de la casta burocrática, inducidos personalmente por Stalin, con el fin de lograr la “seguridad interna” del régimen y su defensa exterior. Tras los acontecimientos de 1933, los dirigentes soviéticos intentaron el acercamiento con la Alemania de Hitler: “Naturalmente está muy lejos de

¹⁸⁵ Fernando Claudín, *op. cit.*, pp.146-151.

entusiasmos el régimen fascista de Alemania. Pero no se trata aquí del fascismo, por la sencilla razón que el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la URSS establecer las mejores relaciones diplomáticas con dicho país.”¹⁸⁶ El rechazo manifiesto de Hitler y su pacto con Polonia, empujaron a Stalin a trazar la perspectiva de otras alianzas. Alarmado por el rearme alemán, la diplomacia soviética buscó refugio en la “legalidad democrática internacional”: se adhirió a la Sociedad de Naciones, denunciada por Lenin como una “cocina de ladrones”, y delineó para la Comintern la política de “seguridad colectiva” basada en el frente común con las “potencias democráticas”, especialmente Francia. El Frente Popular estaba servido.

El giro frentepopulista representó una regresión a los viejos postulados de la colaboración de clases defendidos por los dirigentes reformistas de la Segunda Internacional en las crisis revolucionarias. En la rusa de 1917 y en la alemana de 1918-19; en Italia durante el ascenso de las ocupaciones y los consejos de fábricas en 1920; en la gran huelga general de agosto de 1917 en el Estado español, en el prelude de la proclamación republicana del 14 de abril, durante el primer gobierno de conjunción...los ejemplos históricos son abundantes. Y esta era una línea de demarcación fundamental entre el marxismo revolucionario y el reformismo.

Es posible remontarse a los escritos de Marx y Engels, especialmente a los referidos a las experiencias revolucionarias de 1848 y 1871, para entender sin dificultad el repudio de los fundadores del socialismo científico a las alianzas estratégicas con la burguesía. En su artículo *La burguesía y la contrarrevolución* (1848), Marx señala lo siguiente: “La burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez, tan cobardemente y con tal lentitud que, en el momento en que se opuso amenazadora al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Y se vio hostilizada no sólo por la clase que estaba detrás, sino por toda la Europa que estaba delante de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento tan apartado de la corona como del pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado, pues siempre los había visto delante o detrás de sí misma; inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad”.¹⁸⁷ Este análisis es perfectamente aplicable a la actuación de la burguesía española a lo largo del siglo XIX y el XX, inclinada siempre a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la *vieja sociedad* con los que integraba un sólido *bloque de poder*, parafraseando las palabras del historiador Tuñón de Lara.

En esos mismos textos, Marx y Engels alertaban ya a los trabajadores de la necesidad de librar una lucha por sus propios objetivos de clase, independientes de la burguesía y también de la pequeña burguesía: “La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su

¹⁸⁶ Informe de Stalin ante el XVII Congreso del PCUS, 26 de enero de 1934 (citado en Claudín, *Ibid.*, p. 139).

¹⁸⁷ Marx, “La burguesía y la contrarrevolución”, en *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1981, vol. I, p. 144.

posición en provecho propio. Muy lejos de desear la transformación revolucionaria de toda la sociedad en beneficio de los proletarios revolucionarios, la pequeña burguesía democrática tiende a un cambio del orden social que pueda hacer su vida en la sociedad actual lo más llevadera y confortable (...) Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y *no en un solo país*, sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado. Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva”.¹⁸⁸ No se puede escribir más claro.

En el contexto de la crisis revolucionaria que sacudió Francia a lo largo de 1936, y que en España adquirió su grado más agudo entre las elecciones de febrero de ese año y el estallido revolucionario inmediatamente posterior al golpe militar del 18 de julio, la política frentepopulista y de colaboración de clases de los dirigentes del PCUS y en consecuencia de la IC —con Stalin a la cabeza—, completaría el círculo de su degeneración política. La teoría del socialismo en un solo país se concretaba, en 1935, en un muro de contención contra la revolución social gracias a la farsa de estas alianzas interclasistas. La cobertura dada para la justificación de este nuevo giro, “la defensa de la URSS” y “la lucha contra el fascismo”, resultó impotente después de todo.

El fascismo, como salida final del capital financiero en un momento de crisis formidable del sistema capitalista, implicaba la demolición de las conquistas democráticas del periodo de posguerra, y ninguna alianza con una “burguesía progresista”, existente tan sólo en el imaginario estalinista, podría hacerle frente eficazmente. Cuando más necesaria era la defensa de un programa de independencia de clase; cuando más urgente se hacía liberar a la sociedad de las tenazas de la oligarquía financiera e industrial, del peso muerto de los terratenientes, del dominio eclesial y de la casta de oficiales, los dirigentes estalinistas trazaban una línea de defensa de la “democracia burguesa”, arrojaban por la borda toda la experiencia histórica del bolchevismo y la teoría de Lenin sobre el Estado, y asfaltaban el camino a la derrota de los obreros españoles y franceses y, a pesar de todas sus maniobras diplomáticas — desde las alianzas con las potencias “democráticas” hasta el infame pacto germano-soviético de 1939— también para la agresión militar hitleriana contra la URSS.

La posición de Lenin respecto a la política frentepopulista y su crítica de las concepciones reformistas sobre el Estado, es ampliamente conocida. Escritos como *El Estado y la Revolución*, o las *Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*¹⁸⁹ elaboradas por el líder bolchevique y presentadas al I Congreso de la

¹⁸⁸ Marx y Engels, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en *op. cit.*, p. 183. (El énfasis es nuestro).

¹⁸⁹ V.I. Lenin, *El Estado y la Revolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1997. *La Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos (1919-1922)*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010.

Internacional Comunista (1919) son suficientemente claros. Incluso en el momento en que Lenin no pensaba que pudiera triunfar una revolución socialista en Rusia antes que en Europa Occidental, se opuso tenazmente contra todo tipo de acuerdos o alianzas estratégicas con la burguesía (excepto temporalmente sobre temas secundarios). La idea de un bloque programático con los liberales era completamente ajena para él, y la rechazó siempre con vehemencia. Por su experiencia sabía que los liberales, los “demócratas burgueses”, traicionarían inevitablemente la lucha, algo que fue ampliamente corroborado por la experiencia de la Revolución Rusa, y por el papel de la burguesía nacional en la revolución colonial. Lenin siempre combatió, con todas las consecuencias, la idea de formar parte de un gobierno con la burguesía liberal. Nunca fue la política de Lenin, pero sí la de los mencheviques a lo largo de toda la revolución rusa, desde febrero hasta octubre de 1917, y que fue criticada de manera demoledora por el líder bolchevique.

En 1917, al calor de la experiencia de la revolución rusa, Lenin escribió su gran texto, *El Estado y la revolución*. El impacto de su escrito en las filas bolcheviques, y en el movimiento obrero internacional, fue tremendo. Como Trotsky señaló: “En ese momento Lenin dirigió todo el fuego de su crítica teórica contra la teoría de la democracia pura. Sus innovaciones fueron las de un restaurador. Limpió la doctrina de Marx y Engels —el Estado como instrumento de la opresión de clases— de todas las amalgamas y falsificaciones, devolviéndole su intransigente pureza teórica. Al mito de la democracia *pura* contrapuso la realidad de la democracia *burguesa*, edificada sobre los cimientos de la propiedad privada y trasformada por el desarrollo del proceso en instrumento del imperialismo. Según Lenin, la estructura de clase del estado, determinada por la estructura de clase de la sociedad, excluía la posibilidad de que el proletariado conquistara el poder dentro de los marcos de la democracia y empleando sus métodos. No se puede derrotar a un adversario armado hasta los dientes con los métodos impuestos por el propio adversario si, por añadidura, es también el árbitro supremo de la lucha.”¹⁹⁰

Con las *Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, presentadas en el Congreso de constitución de la Internacional Comunista, Lenin reafirmó sus posiciones contra cualquier confusión posible: “(...) 4. Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, de la democracia burguesa, del parlamentarismo burgués, han expresado el pensamiento que con la máxima precisión científica formularon Marx y Engels al decir que la república burguesa, aun la más democrática, no es más que una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía, de la masa de los trabajadores por un puñado de capitalistas. No hay ni un solo revolucionario, ni un solo marxista de los que hoy vociferan contra la dictadura y en favor de la democracia que no jure y perjure ante los obreros por todo lo humano y lo divino que reconoce ese axioma fundamental del socialismo; pero ahora, cuando el proletariado revolucionario atraviesa un estado de efervescencia y se pone en movimiento para destruir esa máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria esos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía regalase a los trabajadores una “democracia pura”, como si la burguesía hubiera renunciado a la resistencia y estuviese dispuesta a someterse a la mayoría de

¹⁹⁰ León Trotsky, *El congreso de liquidación de la Comintern*, 21 de agosto de 1935.

los trabajadores, como si no hubiese existido y no existiese ninguna máquina estatal para la opresión del trabajo por el capital en la república democrática (...)

“(...) 10. La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto al desnudo definitivamente, incluso ante los obreros atrasados, este verdadero carácter de la democracia burguesa, que es, incluso en las repúblicas más libres, una dictadura de la burguesía. En aras del enriquecimiento del grupo alemán o inglés de millonarios y multimillonarios perecieron decenas de millones de hombres, y en las repúblicas más libres se instauró la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar sigue en pie en los países de la Entente incluso después de la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es lo que más ha abierto los ojos a los trabajadores; ha arrancado sus falsas flores a la democracia burguesa y ha mostrado al pueblo cuán monstruosos han sido la especulación y el lucro durante la guerra y con motivo de la guerra. En nombre de ‘la libertad y la igualdad’ llevó esa guerra la burguesía, en nombre de ‘la libertad y la igualdad’ se han enriquecido inauditamente los mercaderes de la guerra. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna [se refiere a la Segunda Internacional] podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy definitivamente desenmascarado, de la libertad burguesa, de la igualdad burguesa, de la democracia burguesa (...)

“(...) 13. Otro error teórico y político de los socialistas consiste en que no comprenden que las formas de la democracia han ido cambiando inevitablemente en el transcurso de los milenios, empezando por sus embriones en la antigüedad, a medida que una clase dominante iba siendo sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades del medievo, en los países capitalistas adelantados, la democracia reviste distintas formas y se aplica en grado distinto. Sería una solemne necedad creer que la revolución más profunda en la historia de la humanidad, el primer caso que se registra en el mundo de paso del poder de manos de la minoría explotadora a manos de la mayoría explotada, puede producirse en el viejo marco de la vieja democracia burguesa, parlamentaria, puede sobrevenir sin los cambios más radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación, etc. (...)

“(...) 20. La destrucción del poder del Estado es un fin que se han planteado todos los socialistas, entre ellos, y a la cabeza de ellos, Marx. Si no se logra ese fin no puede realizarse la verdadera democracia, es decir, la igualdad y la libertad. A este objetivo conduce en la práctica únicamente la democracia soviética o proletaria, pues, al atraer a la participación permanente e ineludible en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores, comienza en seguida a preparar la plena extinción de todo Estado (...)”¹⁹¹

Las tesis de Lenin fueron escritas en un momento crítico para la URSS, cuando era acosada por la intervención de 21 ejércitos imperialistas. En esas condiciones extremas, el líder bolchevique nunca abandonó el método y la perspectiva marxista. Aducir, como han hecho numerosos autores estalinistas para justificar la aprobación de la política de Frente Popular, que la proximidad de la guerra mundial y la amenaza sobre la URSS hacía necesario este tipo de “concesiones” para trabar un acuerdo con la burguesía imperialista, no se sostiene. Y esos eran precisamente los argumentos centrales esgrimidos en el VII Congreso de la IC por Dimitrov: “Nuestra actitud ante la

¹⁹¹ “Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado”, en *La Internacional Comunista*, pp. 44-52.

democracia burguesa no es la misma en todas las circunstancias. Así, por ejemplo, durante la revolución de Octubre los bolcheviques rusos libraron una lucha, a vida o muerte, contra todos los partidos políticos que se alzaban contra la instauración de la dictadura del proletariado bajo la bandera de la defensa de la democracia burguesa. Los bolcheviques luchaban contra estos partidos, porque la bandera de la democracia burguesa era entonces el banderín de enganche de todas las fuerzas contrarrevolucionarias para luchar contra el triunfo del proletariado. Otra es hoy la situación en los países capitalistas. Hoy, la contrarrevolución fascista ataca a la democracia burguesa, esforzándose por someter a los trabajadores al régimen más bárbaro de explotación y aplastamiento. Hoy las masas trabajadoras de una serie de países occidentales se ven obligados a escoger, concretamente para el día de hoy, no entre la dictadura del proletariado y la democracia burguesa, sino entre la democracia burguesa y el fascismo.”¹⁹²

Lo que olvida Dimitrov, y no es ninguna casualidad, es que los bolcheviques tuvieron que pasar por una ofensiva semejante con el intento de golpe militar de Kornílov en agosto de 1917. Con la complicidad de los burgueses y terratenientes, y la colaboración indirecta de Kerensky, los mencheviques y eseristas, el general Kornílov intentó acabar con las conquistas democráticas para imponer una dictadura contrarrevolucionaria que hubiera supuesto la liquidación del “parlamentarismo” y una brutal represión contra la izquierda. La respuesta de los bolcheviques y, particularmente de Lenin, no fue, en ningún caso, agitar a favor de la “democracia burguesa”, sino la defensa armada del Petrogrado revolucionario contra el golpe de Estado de Kornílov, la aceleración de la toma del poder por parte de los trabajadores a través de los soviets, y la expropiación general de la burguesía capitalista y los latifundistas. La puesta en marcha de las reivindicaciones democráticas (la reforma agraria, la resolución del problema nacional, la mejora sustancial de las condiciones de vida de las masas, y la paz sin anexiones, entre otras), que habían sido traicionadas por la burguesía rusa y sus agentes en el movimiento obrero (el gobierno de coalición), sólo podría llevarse a cabo plenamente con el triunfo de la revolución socialista, como así ocurrió en realidad.

“Después de haber conquistado la mayoría en los soviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales”, escribió Lenin “los bolcheviques pueden y deben tomar en sus manos el poder del Estado. Pueden, pues la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para llevar tras de sí a las masas, vencer la resistencia del enemigo, derrotarlo, conquistar el poder y sostenerse en él; pueden, pues al proponer en el acto la paz democrática, entregar en el acto la tierra a los campesinos y reestablecer las instituciones y libertades democráticas, aplastadas y destrozadas por Kerensky, los bolcheviques formarán un gobierno que nadie podrá derrocar (...).”¹⁹³

Ni antes ni después de la revolución de octubre, Lenin y los bolcheviques confiaron la suerte de la revolución rusa, ni de la URSS, a la colaboración política de los obreros europeos con la burguesía, ni en Francia, ni en Gran Bretaña, ni en Alemania, ni en el

¹⁹² Jorge Dimitrov, Por la unidad de la clase obrera contra el fascismo, Discurso resumen ante el VII Congreso de la IC pronunciado el 13 de agosto de 1935, en J. Dimitrov, *Selección de Trabajos*, Editorial Cartago, México DF, 1983, p. 199.

¹⁹³ V. I. Lenin, “Los bolcheviques deben tomar el poder”, 25-27 de septiembre de 1917, *En defensa de la revolución de Octubre, selección de escritos*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2007, p. 115.

Estado español, ni en ningún lugar. Su posición fue la lucha por la revolución mundial, estimular la acción de los obreros de todo los países, empezando por los europeos, para derrocar a la clase dominante. Esta era la mejor garantía de defensa de la Unión Soviética, la mayor aportación para la construcción del socialismo en Rusia e internacionalmente, y fue el motivo por el que nació la Internacional Comunista. La posición de Lenin respecto a la democracia burguesa, a su crisis y bancarrota en los momentos de ascenso de la lucha revolucionaria de las masas, nunca le llevo a proclamar su defensa frente a los golpes contrarrevolucionarios de la burguesía. Su obra política esta llena de ejemplos, muchos y variados, sobre la posición que los comunistas debían mantener a este respecto. Una cosa era la defensa de las libertades democráticas de reunión, expresión y organización, de las organizaciones obreras, de sus conquistas bajo el capitalismo, que sólo podrían lograrse con una lucha radical por transformar la sociedad, y otra muy distinta era que para defenderlas, los comunistas llegaran a acuerdos estratégicos con la socialdemocracia y los partidos burgueses, liberales o “republicanos”, estilo Azaña, Martínez Barrio, Herriot o Roosevelt, para sostener las instituciones de la democracia burguesa en descomposición. Las palabras de Lenin no dejan lugar a equívocos:

“Para continuar la obra de la construcción del socialismo, para llevarla a cabo, aún hace falta mucho, muchísimo. Las Repúblicas Soviéticas de los países más cultos, donde el proletariado goza de mayor peso e influencia, cuentan con todas las probabilidades de sobrepasar a Rusia, si es que emprenden el camino de la dictadura del proletariado. La Segunda Internacional en bancarrota está agonizando (...) Sus jefes ideológicos más destacados, como Kautsky, cantan loas a la democracia burguesa, calificándola de ‘democracia’ en general o —lo que es más necio y burdo todavía— de ‘democracia pura’. La democracia burguesa ha caducado, lo mismo que la Segunda Internacional, aunque cumplía un trabajo históricamente necesario y útil, cuando estaba planteada al orden del día la obra de preparar a las masas obreras en los marcos de esta democracia burguesa.

“La república burguesa más democrática ha sido siempre, y no podía ser otra cosa que una máquina para la opresión de los trabajadores por el capital, un instrumento del Poder político del capital, la dictadura de la burguesía. La república democrática burguesa prometía el Poder a la mayoría, lo proclamaba, pero jamás pudo realizarlo, ya que existía la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción. La ‘libertad’ en la república democrática burguesa era, de hecho, la libertad para los ricos. Los proletarios y los campesinos trabajadores podían y debían aprovecharla con objeto de preparar sus fuerzas para derrocar el capital, para vencer a la democracia burguesa; pero, de hecho, las masas trabajadoras, como regla general, no podían gozar de la democracia bajo el capitalismo.

“Por vez primera en el mundo, la democracia soviética o proletaria ha creado una democracia para las masas, para los trabajadores, para los obreros y los pequeños campesinos. Jamás ha existido en el mundo un poder estatal ejercido por la mayoría de la población, un poder efectivamente de esta mayoría, como lo es el Poder soviético. Este reprime la ‘libertad’ de los explotadores y de sus auxiliares, les priva de la ‘libertad’ de explotar, de la ‘libertad’ de enriquecerse a costa del hambre, de la ‘libertad’ de luchar por la restauración del Poder del capital, de la ‘libertad’ de confabularse con la burguesía extranjera contra los obreros y campesinos de su patria. Que los Kautsky

defiendan semejante libertad. Para ello hay que ser un renegado del marxismo, un renegado del socialismo (...)"

Y Lenin concluye su artículo con una idea que valía perfectamente para entender la situación política de los años treinta en Francia y en España, y que implícitamente refutaba las tesis frentepopulistas de Stalin, Dimitrov, Togliatti y demás: "Quien, al leer a Marx, no haya comprendido que en la sociedad capitalista, en cada situación grave, en cada importante conflicto de clases, sólo es posible la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado, no ha comprendido nada de la doctrina económica ni de la doctrina política de Marx." ¹⁹⁴

La política adoptada por la Comintern en 1935 fue una caricatura de menchevismo. "Desde luego que ninguno de los delegados al Séptimo Congreso" escribió Trotsky, "repudió en forma directa la revolución proletaria, ni la dictadura del proletariado ni ninguna de esas cosas terribles. Todo lo contrario: los oradores oficiales juraron que en el fondo de su corazón nada había cambiado y que los cambios de táctica se aplican tan sólo a una etapa histórica determinada, en la que corresponde defender tanto a la Unión Soviética como a los retazos de la democracia occidental frente a Hitler. Sin embargo, no es aconsejable dar crédito a estos juramentos solemnes. Si los métodos de la lucha de clases revolucionaria resultan inútiles en circunstancias históricas difíciles, ello significa que su bancarrota es total, sobre todo teniendo en cuenta que la época que se avecina se caracterizará por las dificultades crecientes. ¡Cómo se mofaba Lenin de los socialpatriotas cuando juraban que archivaban sus obligaciones internacionales tan sólo 'mientras durara la guerra'!" ¹⁹⁵

¹⁹⁴ V. I. Lenin, "La Tercera Internacional y su lugar en la historia", 25 de abril de 1919, *En defensa de la revolución de Octubre*, pp. 153-54.

¹⁹⁵ León Trotsky, *El congreso de liquidación de la Comintern*, 23 de agosto de 1935

III. REVOLUCIÓN SOCIAL Y GUERRA CIVIL

EL PCE Y LA DEFENSA DE LA “REPÚBLICA DEMOCRÁTICA”

La insurrección de octubre de 1934 desató todas las alarmas de la clase dominante española. Los trabajadores habían dejado más que claro que no consentirían un triunfo *frío* de la contrarrevolución. El movimiento unitario por la base, la radicalización de la juventud, el giro a la izquierda en el movimiento socialista, la lucha armada de los mineros, eran, para la burguesía y los terratenientes, una prueba concluyente. La misma existencia de las organizaciones obreras se había convertido en un obstáculo para garantizar el monopolio del poder político y económico de la oligarquía.

La reacción comprendió que la tentativa de octubre imponía una salida mucho más drástica. Algunos diputados, encabezados por Calvo Sotelo, constituyeron el Bloque Nacional en diciembre de 1934 para preparar el asalto violento del poder. La CEDA exigió su entrada en el gobierno para imprimir mayor dureza a la represión, con la confianza de que la transformación fascista del régimen y el triunfo definitivo de la contrarrevolución se podrían llevar a cabo de manera similar a la de Hitler o Mussolini. En mayo de 1935, Lerroux formó un nuevo gobierno con seis ministros cedistas, incluido su líder Gil Robles que ocupó el Ministerio de la Guerra y situó al frente del ejército a los militares “africanistas” más destacados por su probada y larga trayectoria represiva. Franco, que había sido nombrado después de octubre jefe superior de las fuerzas de Marruecos y ascendido a general de división, fue designado el 14 de mayo de 1935 para el cargo de jefe del Estado Mayor Central. El general Fanjul fue nombrado subsecretario del Ministerio de Guerra; el general Goded, director general de Aeronáutica; Mola, jefe del ejército en Marruecos. El coronel Aranda se colocó al frente de la Comandancia de Asturias.¹⁹⁶

No había condiciones, en el marco del capitalismo español de los años treinta, para una *república democrática parlamentaria*. Igual que en el conjunto de Europa, la disyuntiva no era democracia o fascismo, sino fascismo o revolución socialista.

REPUBLICANOS, SOCIALISTAS Y COMUNISTAS: EL FRENTE POPULAR ESPAÑOL

En el intervalo de octubre de 1934 y julio de 1936 los acontecimientos políticos se sucedieron a un ritmo vertiginoso. La extrema polarización política y social y la escalada de lucha de clases, pronto cristalizó en una crisis revolucionaria. Como reflejo directo de este ascenso, tanto las filas de la izquierda como la derecha burguesa sufrieron una dinámica de radicalización, que a su vez interactuaba fuertemente con la lucha parlamentaria y extraparlamentaria.

¹⁹⁶ Guerra y revolución en España, Vol. I, p. 65.

Las presiones unitarias desde la base del movimiento se hicieron cada vez más fuertes e intensas. A principios de diciembre de 1934, la dirección del PSOE aceptó la formación de un Comité de Enlace entre el PCE y el PSOE, al que se sumó la UGT y la CGTU, para llegar a acuerdos de unidad de acción en torno a la liberación de los prisioneros de octubre. La dirección del PCE desplegó una intensa actividad a favor de comités unitarios de base en el marco de las Alianzas Obreras, iniciativas que no dejaban de crear desconfianza en Largo Caballero que las veía como un intento de desbordamiento del PCE para construir su hegemonía en la izquierda. Pero las lamentaciones del dirigente socialista, que había renunciado a asumir públicamente su responsabilidad en los hechos de octubre durante el juicio al que fue sometido, con la excusa de evitar la “ilegalización del partido”¹⁹⁷, contrastaba con la actitud decidida del PCE. El secretario general, José Díaz, afirmó: “(...) Por si aún hubiese alguna duda, yo, en nombre del Partido Comunista, digo a todos los obreros, a los campesinos, a los trabajadores todos y que nos oigan también las huestes de la reacción, que nosotros somos los responsables del movimiento revolucionario de Octubre, que el Partido Comunista de España recaba, para sí, toda la responsabilidad política que se derive del movimiento y de la insurrección victoriosa de Asturias (...)”¹⁹⁸ Eran palabras que no podían dejar de atraer la simpatía de miles de militantes de socialistas, especialmente de los jóvenes.

El PCE obtuvo un importante crédito por su actuación en los acontecimientos de octubre, en la que los militantes comunistas asturianos destacaron por derecho propio. El momento no podía ser más propicio, y la dirección comunista española —a pesar de no pocas vacilaciones en el tono a adoptar— lo aprovechó para iniciar su orientación hacia las filas socialistas. La oportunidad abierta con el giro a la izquierda de Largo Caballero y las Juventudes Socialistas creaba un terreno muy fértil para la aproximación. En el texto del PCE, *Los combates de Octubre*, se subrayó la prioridad planteada, remarcada nuevamente en una circular dirigida a todos los comités del Partido, el 15 de enero de 1935: “Hay que comprender que la presión de parte de nuestro CC sobre la ejecutiva del PS no puede ser eficaz si no está acompañada de una presión simultánea de parte de la base del PS sobre su ejecutiva. Crear esta presión es la tarea de nuestros comités y células. Sabemos que hay muchos obreros socialistas que a través de la experiencia de octubre se han convencido que el PS ha seguido una vía falsa, pero estos obreros, sin tener ayuda diaria y constante, no se sienten suficientemente fuertes y enérgicos para obligar a sus dirigentes a cambiar de tácticas, a aceptar las proposiciones de lucha que estamos haciendo a la ejecutiva del PS.”¹⁹⁹

La escasa ayuda a las víctimas y presos de octubre desde la dirección socialista, y especialmente de su matriz internacional, tuvo su contrapunto en la amplia y eficaz

¹⁹⁷ El sector de Prieto utilizó este comportamiento para desprestigiar y socavar la autoridad política de Largo Caballero. Santos Juliá señala al respecto: “El silencio sobre su conducta [Caballero] en el movimiento de Octubre y sus respuestas a la justicia deja paso a una abierta acusación de traición. Los discursos en Egea de Caballeros de Peña y Prieto, (...) son el comienzo de lo que prometía convertirse en intensa campaña acusatoria. Peña reclama el derecho a saber por qué el 4 de octubre ‘no salimos todos a la calle’ y deja flotar la duda de que no fue por falta de decisión de las masas, sino por omisiones de sus directores, y, acto seguido, afirma que ‘es una nota de debilidad —no nos atrevemos a pronunciar la palabra traición— el que a la hora de comparecer ante los tribunales de justicia (...) se salga con la disculpa de que no se estaba enterado de nada y de que aquello se había producido por generación espontánea’. Prieto (...) decía que ‘cuando se pierden las batallas (...) a quienes se exige cuentas, a quienes se juzga, es a los generales’...” Santos Juliá, *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1977, p. 112.

¹⁹⁸ Discurso pronunciado por José Díaz en el Monumental Cinema de Madrid, el 2 de junio de 1935.

¹⁹⁹ Citado en Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 228.

campaña llevada a cabo desde el PCE, la Comintern y sus organizaciones afines, destacando Socorro Rojo Internacional que canalizó una gran cantidad de dinero proporcionado por los sindicatos soviéticos. También hay que destacar que la URSS se convirtió, para muchos militantes, en tierra de asilo frente a la persecución policial del gobierno español. Este comportamiento contribuyó, y mucho, a reforzar la autoridad del Partido Comunista. El movimiento de solidaridad con los presos de octubre y por la amnistía fue clave para consolidar una amplia red de comités de base, en el que participaban militantes comunistas y socialistas, al que se añadió el contacto estrecho que se fraguó en las cárceles entre los miembros de ambos partidos, y que en el caso de los dirigentes juveniles significó el comienzo de los debates hacia la unidad orgánica. Sin embargo, a finales de 1934 y principios de 1935, la posición de la Comintern era todavía ambivalente, y los reproches de los responsables internacionales que seguían los asuntos españoles se repitieron, aduciendo a la sazón la escasa actitud de crítica y denuncia del Partido y las Juventudes Comunistas contra los dirigentes socialistas.²⁰⁰

Todas las dudas y recelos de los dirigentes de la Comintern en esos meses, se fueron despejando a medida que la nueva política frentepopulista se consolidaba en sus filas tras la decisión de Stalin. La nueva agenda sintonizaba, a su vez, con las discusiones que abrieron los republicanos y el ala de derechas del PSOE, Azaña y Prieto respectivamente, de cara a un nuevo pacto político y electoral. En una carta de Azaña dirigida a Indalecio Prieto, el 16 de enero de 1935, el político republicano argumentaba: “Una gran parte del porvenir depende de ustedes los socialistas y de las organizaciones obreras, y de que acertemos a combinar una táctica que nos permita esperar la formación de una fuerza política tan poderosa como para ganar la primera batalla que se nos presente.”²⁰¹

Azaña, escudriñaba la posibilidad de reeditar la conjunción republicano-socialista del primer bienio, a buena cuenta de la inestabilidad política y la crisis que se barruntaba ya en las filas gubernamentales. Tras la salida temporal del gobierno de la CEDA, desde el 28 de marzo de 1935 hasta comienzos de mayo, la fracción derechista del PSOE no perdió el tiempo: el 30 de este último mes, los seguidores de Prieto en la Comisión Ejecutiva socialista elaboraron una circular, en la que se propuso a las federaciones y agrupaciones del partido una consulta sobre las posibles alianzas de cara a las próximas elecciones. Hay que tener en cuenta que muchos miembros de la Comisión Ejecutiva Nacional (CEN) del PSOE estaban en la cárcel o en el exilio, por lo que no pudo haber reuniones formales de dicho organismo, siendo estas iniciativas impulsadas solo por los colaboradores prietistas de la CEN.²⁰² Esta circular fue respondida por Largo Caballero con una carta de protesta, apoyada por sus seguidores en las Ejecutivas del Partido, el Sindicato y las Juventudes, y constituiría el origen oficial de la fracción caballerista propiamente dicha. Prieto se pronunció desde el exilio contra la formación de un bloque

²⁰⁰ Ver Elorza, *op. cit.*, p. 234,

²⁰¹ *Ibid.*, p. 235.

²⁰² Dicho escrito, cuyo nombre oficial era el de “circular número tres”, fue elaborado por Juan Simeón Vidarte vicesecretario de la Ejecutiva del PSOE y Fernando de los Ríos, ambos cercanos colaboradores de Prieto y ha pasado a la historia como “la circular Vidarte”, en alusión a uno de sus autores. En ella se planteaba “la conducta a observar en las próximas luchas políticas de carácter electoral”, y ante la previsible convocatoria electoral, se “ruega a los comités de las Agrupaciones y, donde existan y puedan funcionar, a los de las Federaciones, consultar a los compañeros siquiera sea privadamente y envíen a la Secretaría del Partido con toda diligencia el juicio que les merezcan posibles alianzas en las próximas elecciones.”

exclusivamente obrero, mostrándose a favor de incluir a los republicanos en la futura fórmula electoral.

La madeja a favor del Frente Popular español recibió, en esos momentos, un empuje importante desde dos vectores: de Moscú, tras el encuentro del primer ministro Pierre Laval con Stalin, el 16 de mayo, que se salda con la firma de la alianza ya comentada; y desde Francia, una vez que el PCF se pronuncia por el acuerdo con los socialistas y los *radicales* de Herriot, propuesta que queda sellada en la manifestación patriótica del 14 de julio a la que hemos hecho referencia anteriormente.

El camino quedó despejado para que los comunistas españoles promovieran, abierta y públicamente, la propaganda a favor del Frente Popular. A principios de mayo, la dirección del PCE dio a conocer un manifiesto en el que se propone la constitución de un Frente Popular. Pero la ratificación más importante provendrá de las propias palabras de José Díaz, durante el mitin que pronunció en el cine Monumental de Madrid: “Hoy, desde esta tribuna, como ayer con todos los medios a nuestro alcance, renovamos nuestro llamamiento a los obreros, a los campesinos, a los hombres libres, a los antifascistas, a los republicanos de izquierda, para que todos los que tenemos un punto de coincidencia en esta hora grave, nos unamos en un Bloque Popular Antifascista que rompa los propósitos de este gobierno de fascistas y reaccionarios.”

Las palabras de Díaz cautivaron a una audiencia de miles de trabajadores entregados a su discurso. La denuncia del gobierno cedista y la voluntad del Partido para encabezar la lucha antifascista, expresadas por su secretario general, se convertirán en un poderoso argumento: “(...) La CEDA y los radicales cumplen fielmente el mandato de sus amos, de los capitalistas y terratenientes. Tienen el encargo de reprimir a sangre y fuego el movimiento revolucionario, y no reparan en medios. Esa es su triste misión. La misión de los católicos de la CEDA, que consiste en enviar a los moros a ‘pacificar’ a los ‘cristianos’ con las gomas y a los degenerados del Tercio a imponer el ‘orden’ en Asturias. Misión que consiste en torturar a los detenidos para hacerles firmar declaraciones de culpabilidad. Misión que consiste en ejecutar a los obreros revolucionarios, en sitiar por hambre a los mineros... Éste es el Gobierno del hambre, de la sangre y de la muerte. Éste es el Gobierno que ha realizado actos de barbarie tan feroz, que no tienen precedente en la historia (...)

“(..) Y en esta situación que sigue a Octubre, es cuando el Partido Comunista se dirige una y otra vez a las organizaciones obreras, al Partido Socialista y a todos los antifascistas, llamándoles a organizar la lucha en frente único contra la represión y contra la pena de muerte. Nuestra consigna ‘¡Ni una ejecución más!’ ha recorrido todas las ciudades, todos los pueblos y aldeas de España. El pueblo trabajador ha vibrado al conjuro de la voz comunista, que le llamaba a la lucha contra la represión y contra la pena de muerte. No todas las organizaciones llamadas a la lucha respondieron. El Partido Socialista se mantenía en una pasividad nada favorable a la causa de los trabajadores. A nuestros reiterados requerimientos para organizar la lucha en común ha respondido con el silencio. Y esto, en los momentos en que más necesarias se hacían la actividad y la lucha, en los momentos en que sobre la cabeza de muchos obreros revolucionarios, de muchos militantes comunistas y socialistas se cernía la amenaza de la ejecución. Mas no por ello hemos cejado en la lucha. Estábamos convencidos de que sólo por la acción incansable de las masas podía impedirse la represión y evitarse las ejecuciones. ¿Quién no vio en las calles de Madrid y en las de todas las ciudades de

España, millares de periódicos, millares de manifiestos, millares de inscripciones toscas en las paredes, que al pie llevaban esta firma: Partido Comunista de España? Esa labor la ha hecho nuestro partido y la han hecho las organizaciones que se movilizan por su iniciativa (...)"

En el discurso, José Díaz dejó claro la inspiración de esta nueva política, su fuente creadora: "(...) Y es la Unión Soviética la que da el ejemplo de la lucha por la paz y contra el fascismo guerrero, con el fascismo alemán a la cabeza. Y firma un tratado con Francia para impedir la guerra, que es el paso más formidable que se ha dado en el camino de la defensa de la paz. Y cuando Laval le pregunta a Stalin si Francia debe velar por su propia seguridad nacional frente al peligro de una agresión, el camarada Stalin, responsable de sus palabras, inspirándose en el ejemplo y en las enseñanzas de Lenin, le responde que sí, que 'Francia debe mantener su defensa nacional a la altura de su seguridad'. Esto es lo que dice un leninista, el jefe de la revolución, el hombre de acero que lleva con mano firme a la URSS de victoria en victoria, el camarada Stalin (...)"

José Díaz todavía presentaba el acuerdo antifascista tomando como base la experiencia anterior de las Alianzas Obreras, e insistía en el papel dirigente del proletariado. Un planteamiento que pronto sería superado: "Por eso declaramos que la Concentración Popular Antifascista debe descansar en las Alianzas Obreras y Campesinas, en los órganos de unidad y de lucha del proletariado y de los campesinos: y no hace falta que me extienda mucho sobre la importancia y la significación de las Alianzas Obreras y Campesinas. Estas dos cosas han quedado bien patentizadas en Octubre, con la toma del Poder por los trabajadores de Asturias. Esta necesidad, esta previsión nuestra, ha de ser bien comprendida. De sobra se sabe que la única clase revolucionaria, consecuentemente revolucionaria, revolucionaria hasta el fin, es el proletariado. Por eso es el proletariado quien debe ser la fuerza dirigente de la Concentración Popular Antifascista. Es la mejor garantía de que la Concentración Popular servirá los intereses de las masas antifascistas y no cejará hasta conseguir su objetivo. Y su objetivo es derribar al Gobierno reaccionario y fascista (...)"

Para acabar, José Díaz tuvo que responder a la desconfianza manifiesta a que una formula semejante supusiera una resurrección del anterior gobierno de conjunción republicano-socialista: "(...) Y tampoco esto es todo. Nosotros proponemos que se forme un Gobierno revolucionario provisional que dé satisfacción a los obreros y a todas las masas populares, a todos los antifascistas; que se comprometa ante las masas a realizar el programa de la Concentración Popular Antifascista. Vosotros, claro, me preguntaréis: ¿Y quién va a nombrar ese Gobierno revolucionario provisional? La pregunta está justificada, porque hay experiencias dolorosas de otros tiempos. Pero esto es un problema resuelto por las mismas circunstancias en que va a darse la batalla. Yo os digo que la base sobre la cual ha de constituirse este Gobierno provisional es la misma sobre la que descansa la Concentración Popular Antifascista. Y quien ha de nombrarle y darle atribuciones es únicamente el pueblo trabajador. ¿Y si no cumple los compromisos?, volveréis a preguntarme. Y yo os digo: Si ese Gobierno no cumple los compromisos contraídos ante las masas, el pueblo en masa se encargará de echarlo por la borda, de darle su merecido. Pero hay más. No debe olvidarse que quienes lucharán en primera fila serán los obreros aliados a los campesinos y organizados a través de las Alianzas Obreras y Campesinas. He ahí la garantía más eficaz de que ese Gobierno revolucionario provisional ha de realizar el programa de la Concentración Popular

Antifascista (...)”.²⁰³ A pesar de la pasión y la entrega en su discurso, respecto a éste último asunto las cosas no marcharon como prometía el secretario general del PCE.

La puesta en marcha del Frente Popular, o de Bloque Popular Antifascista según la fórmula inicial de José Díaz y ya convertido en el eje central de la propaganda y agitación del PCE, no estuvo exenta de agrias polémicas con la izquierda caballerista. “(...) la alternativa comunista de Bloque Popular Antifascista”, según Ricard Viñas “era presentada de una manera muy esquemática y confusa: la alianza con los partidos no obreros pero ‘antifascistas’ no expresaba problemas de fondo, como el carácter del gobierno de coalición, y, por tanto, era susceptible de muy diversas interpretaciones, sin que los comunistas diesen una visión clara y coherente de las perspectivas de gobierno de tal coalición. El Bloque Popular Antifascista se convertía pues, en una consigna vacía y sin perspectiva, ya que, si bien el concepto, genéricamente, se podía aceptar en la medida en que se mostraba una voluntad de frenar la fascismo, no se dibujaba en absoluto como alternativa de gobierno excesivamente diferente a la clásica coalición republicano-socialista que tantos fracasos había protagonizado, por ejemplo, en el primer bienio republicano. La ambigüedad de la alternativa comunista comportaba serias reticencias para la izquierda socialista, que en muchos casos la compara e identifica con la salida prietista al grave momento español. El dirigente socialista, manteniéndose en general en sus posiciones previas a Octubre, defendía una nueva coalición gubernamental con las fuerzas republicanas para ‘salvar la República’ (...).”²⁰⁴

En cualquier caso, en un ambiente general donde la unidad antifascista y la lucha por la amnistía de los presos de octubre centraban la atención de las masas, los argumentos con el que el PCE envolvía su discurso destacaron. La supuesta defensa de una política “leninista” contra el fascismo, el respaldo de la URSS y la reivindicación de octubre del 34, unido a las vacilaciones y confusiones que predominaban en la izquierda socialista —muy crítica con los Frentes Populares en los inicios del debate pero siempre dispuesta al acuerdo—, y la actitud sectaria y oportunista de los llamados “comunistas de izquierda”, que finalmente también firmaron el pacto frentepopulista en enero de 1936, favoreció su estrategia. Los jefes comunistas fueron decididos y tenaces en la defensa de sus posiciones, su práctica cotidiana era coherente con sus palabras, y nunca escamotearon la máxima voluntad para llevar a cabo su política. Es imposible decir lo mismo de los demás, incluidos los líderes anarcosindicalistas, que pregonaban a los cuatro vientos su apego a la revolución social pero, en los hechos, seguían la estela de la colaboración de clases marcada por el estalinismo.

Toda una serie de acontecimientos fortalecieron en esencia la posición del PCE. La propuesta formal de coalición hecha por los republicanos al PSOE, a través de Azaña, el 14 de noviembre de 1935, fue aceptada por los dirigentes de la izquierda socialista. El 16 del mismo mes se reunieron en la cárcel los miembros de la Comisión Ejecutiva Nacional del PSOE detenidos, y aprobaron por unanimidad aceptar. Largo Caballero aceptó imponiendo la condición de que el pacto se limitaría a un acuerdo electoral al que habría de dar cabida, además, a otras fuerzas obreras. Este acuerdo fue aprobado, a su vez, ese mismo día por los miembros encarcelados de las Comisiones Ejecutivas de la UGT y de JJSS en una reunión conjunta con la Ejecutiva del PSOE.

²⁰³ Discurso pronunciado por José Díaz en el Monumental Cinema de Madrid, el 2 de junio de 1935.

²⁰⁴ Ricard Viñas, *op. cit.*, p. 38.

Largo Caballero quedó en minoría en una votación del Comité Nacional del PSOE celebrada el 16 de diciembre de 1935, donde se debatía sobre la subordinación del grupo parlamentario respecto a la Comisión Ejecutiva y el Comité Nacional. Caballero dimitió de secretario general pero el Comité Nacional no hizo nada para impedirlo, a diferencia de lo que había sucedido en ocasiones anteriores. De esta forma la posición de Indalecio Prieto se fortaleció en la cúspide del partido, aunque entre las bases la mayoría izquierdista continuaba siendo sólida. El enfrentamiento entre las dos fracciones del PSOE se agudizaría en el periodo siguiente hasta el punto de provocar una escisión de hecho. Las negociaciones del Frente Popular, la unidad PSOE-PCE en el “gran partido único del proletariado”, la formación de la JSU, y los sucesos militares y políticos durante la guerra no hicieron más que plasmar esta realidad.²⁰⁵

Por otra parte, entre la Juventud Socialista arreciaban los impulsos hacia la unificación con la Unión de Juventudes Comunistas. “A mediados de 1935”, escribe Ricard Viñas, “Luis Codovilla se entrevista en la Modelo de Madrid con Santiago Carrillo, para discutir con él las posiciones comunistas en torno al Frente Popular. El mismo hecho de que dirigentes socialistas de la talla de José Laín fuesen acogidos en la URSS, huyendo de la represión gubernamental, así como la asistencia de una delegación socialista al VII Congreso de la IC y el VI de la IJC [Internacional Juvenil Comunista], y a algunas de sus sesiones preparatorias, serían factores que indudablemente favorecerían un clima dialogante entre ambas formaciones juveniles muy diferente a la etapa del ‘socialfascismo’...”²⁰⁶

Las manifestaciones a favor de la unidad desde las filas de la juventud socialista se sucedieron por boca de sus dirigentes. José Laín, declaró su acuerdo total con la unificación de ambas juventudes. Santiago Carrillo, al conmemorar el décimo aniversario de la muerte de Pablo Iglesias en diciembre de 1935, insiste que es necesario un “movimiento de integración, de convergencia, de unidad arrolladora”. La resolución del Congreso de la IJC, teniendo en cuenta las dificultades para la unificación orgánica de ambas organizaciones, sirve de trampolín para los dirigentes juveniles socialistas que apuestan por la fusión. “Las formas organizativas que deberán adoptar las organizaciones juveniles unificadas, su nombre y su filiación a una u otra Internacional las decidirán las mismas organizaciones que se unifican, sin ninguna limitación o condición internacional o nacional, a excepción del acuerdo común de luchar por la libertad y la educación de la juventud en los principios del ‘marxismo-leninismo’ (...).”²⁰⁷ Partiendo del hecho incuestionable de que una mayoría cualificada de la dirección de las JJSS estaban completamente decidida a la unificación —pues su acercamiento programático al PCE era tal que no tardarían mucho en afiliarse al Partido—, no es menos cierto que surgieron tensiones internas en sus filas.²⁰⁸ Un debate

²⁰⁵ La evolución de la lucha interna en el movimiento socialista se puede consultar en el libro de Carlos Ramírez, *Los socialistas en el poder y en la revolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2012.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 36.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 46.

²⁰⁸ “En España la FJS se dividirá ante la propuesta de la IJC. Si bien unos consideran válidas y políticamente efectivas las propuestas del congreso, un sector de la Ejecutiva mostrará su oposición a los criterios evocados por la IJC, abriendo inmediatamente la polémica sobre la necesidad o no de crear un

que quedó eclipsado en marzo del 1936, al firmarse las bases políticas para la fundación de las Juventudes Socialista Unificadas (JSU), pero que volverá a reabrirse con fuerza a partir de 1937.

A pesar de la polémica de las definiciones, que en el caso del PCE se prolongaría durante un tiempo en torno a la consigna de Bloque Popular Antifascista, el VII Congreso de la IC dio un fuerte impulso al acuerdo de Frente Popular en el Estado español. También las dudas en los círculos dirigentes de la izquierda socialista, con Luis Araquistain como polemista destacado contra las posiciones estalinistas en sus artículos en *Leviatán*, se fueron diluyendo. La presión pro unidad en las bases socialistas, el giro de las JJSS hacia la Comintern, y las maniobras del ala de derechas del PSOE a través de sus conversaciones con los republicanos, hace que Largo Caballero no oponga obstáculos a la nueva conjunción como fórmula electoral. “Al encontrarse Largo Caballero al frente del PSOE y la UGT” escriben Elorza y Bizcarrondo, “las discrepancias doctrinales que expusiera Araquistain ceden ante el denominador común revolucionario. En una salida transitoria de la cárcel modelo por el fallecimiento de su madre, Largo Caballero encuentra forma de entrevistarse el 7 de noviembre con Codovilla, el delegado de la Comintern, burlando la vigilancia de la policía. Según la versión que el argentino telegrafía a Manuilski, Largo Caballero ‘está de acuerdo con las decisiones del Congreso [se refiere al VII Congreso de la IC] y con su aplicación en España’. Acepta la unidad entre la UGT y la CGTU, con la entrada de los pequeños sindicatos de la segunda en la primera, y sólo conferencias de unidad donde ambas son importantes. ‘Respecto a las juventudes socialistas y comunistas, dijo está de acuerdo con su fusión inmediatamente. Sobre el frente único dijo que está de acuerdo en establecerlo entre el Partido Socialista y el Partido Comunista (...) y luego llegar a la formación del bloque popular antifascista. Pero el bloque popular lo acepta bajo la condición de que sea solamente para las elecciones, pues dice que teme que pueda volverse al 14 de abril’ (...).”²⁰⁹

Fue la proximidad de las elecciones lo que finalmente zanjó la cuestión. El 16 de enero de 1936 se firmó el pacto de Frente Popular, en el que las organizaciones republicanas, como ocurrió en abril de 1931, impusieron sus condiciones rechazando las medidas más radicales planteadas por el Partido Socialista y el PCE. Como era de esperar, los republicanos dejaron claro que el tipo de República que defendían poco tenía que ver con el republicanismo de los trabajadores y las masas rurales.

ENTRE FEBRERO Y JULIO DE 1936. CRISIS REVOLUCIONARIA

Tras el fracaso de la derecha para estabilizar su gobierno, las cortes fueron disueltas y se convocaron elecciones para el 16 de febrero de 1936. El programa del Frente Popular,

movimiento juvenil de masas con unos objetivos generales en los cuales pudieran converger sectores de las clases medias o, por el contrario, de hacer una organización de carácter marxista-leninista que luchase directamente por los objetivos de clase del proletariado”. *Ibid.*, p. 47.

²⁰⁹ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 255.

aunque recogía reivindicaciones democráticas fundamentales, como la amnistía y la readmisión de los despedidos tras la insurrección del 34, ataba de pies y manos a la clase obrera.²¹⁰ Los partidos republicanos rechazaron expresamente cualquier mención a la nacionalización de la tierra y su entrega a los campesinos y, por supuesto, a la nacionalización de la banca y el control obrero en la industria. También se negaron a establecer el subsidio de paro solicitado por los partidos de izquierda. En definitiva, se reeditaban los presupuestos políticos que habían guiado la acción del gobierno de conjunción republicano-socialista del primer bienio, y que asfaltaron el camino para que la CEDA triunfase.

El acuerdo de Frente Popular no sólo fue firmado por el PSOE y el PCE, también estamparon su adhesión la UGT, el Partido Sindicalista de Ángel Pestaña, y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), creado en septiembre de 1935 como resultado de la fusión entre los antiguos seguidores de León Trotsky, agrupados en la Izquierda Comunista (ICE), y del Bloque Obrero y Campesino (BOC). Como hemos señalado, la ruptura política entre Trotsky y Nin, y por tanto con la ICE, estuvo jalonada por numerosos desacuerdos de orden político, táctico y estratégico. Uno de los más relevantes se produjo a raíz del surgimiento de la izquierda socialista, que agrupó a decenas de miles de militantes, tanto del PSOE, la UGT, y especialmente de las Juventudes Socialistas, alrededor de la figura de Largo Caballero, y el rechazo de Nin y de la mayoría de la ICE a los consejos de Trotsky de integrarse en ella.

El ultraizquierdismo siempre es la otra cara de una política oportunista, repetía Lenin. Si los dirigentes de la Izquierda Comunista renunciaron a intervenir en el seno de la izquierda socialista, esgrimiendo razones de “principios”, en cambio no tuvieron mayor problema en unificarse con el pequeño agrupamiento que representaba el BOC, aceptando su programa centrista y pequeñoburgués. Este giro oportunista les condujo, meses más tarde, a dar su apoyo a la coalición del Frente Popular, respaldando en los hechos la política de colaboración de clases. Trotsky denunció este comportamiento, que se reproduciría por parte de los dirigentes del POUM en numerosos acontecimientos posteriores.

La polémica sobre esta cuestión ha hecho correr mucha tinta desde entonces. Para los dirigentes del POUM su posición estaba justificada “dada las circunstancias”.²¹¹ Julián Gorkín se encargó de explicarlo desde las páginas del periódico del partido, *La Batalla*: “Actuar de otra forma habría sido un imperdonable error táctico. Hemos adoptado una política realista que respondía a las circunstancias. Hemos firmado el pacto del Frente Popular limitándonos a participar en la campaña electoral que nos ha permitido dirigirnos a las masas y hacer ante ellas la crítica del ‘frente populismo’ en nombre de la lucha de clases”.²¹² Por su parte Juan Andrade, antiguo dirigente de la Izquierda

²¹⁰ En la parte documental, al final del libro, se reproduce el programa del Frente Popular.

²¹¹ El 4 de noviembre de 1935, en *La Batalla*, el POUM se dirigía a los partidos obreros proponiéndoles el principio de una “Alianza Obrera nacional” en las elecciones. El 22, sin excluir la posibilidad de un “acuerdo puramente circunstancial” con los burgueses republicanos, *La Batalla* recordaba la adhesión del POUM al “frente obrero” y afirmaba que no podía en ningún caso unirse a la fórmula del “Frente Popular” preconizada por Moscú. Posteriormente, cuando la negociación sobre el pacto de Frente Popular estaba avanzado, en el comité central del POUM del 5 de enero de 1936, Nin presentó su informe y se aprobó por unanimidad una resolución por la que el POUM comprometía su apoyo a lo que se denominaba “el frente obrero-republicano”, fórmula que encubría la aceptación pura y simple del texto elaborado entre socialistas y republicanos con vistas a las elecciones.

²¹² *La Batalla*, 20 de abril de 1936.

Comunista, escribiría 35 años después: “Aunque había consideraciones que podíamos llamar pragmáticas que inspiraron nuestra decisión, como era la de aprovechar todas las posibilidades de actuación pública y de grandes actos para dar a conocer nuestro partido y nuestro programa a las grandes masas de opinión, sensibilizadas por la lucha política electoral, y combatir al mismo tiempo también toda ilusión sobre el Frente Popular, el POUM respondió así principalmente al sentimiento unánime de los trabajadores españoles para hacer frente al desarrollo ofensivo de los militares y la contrarrevolución, deseo compartido incluso por los ‘antipolíticos’ de la CNT-FAI, que en definitiva fueron los que determinaron con sus votos el triunfo del bloque electoral en febrero de 1936.”²¹³

Difícilmente se podría hacer propaganda contra el Frente Popular firmando el acuerdo político de Frente Popular. Una cosa era pedir el voto, críticamente, al Frente Popular, y otra muy diferente estampar la firma en un acuerdo de colaboración que representaba un paso al frente en la política de colaboración de clases defendida por el estalinismo. Evidentemente, lo mismo se podría haber planteado para que Lenin y el Partido Bolchevique hubieran firmado y pactado su participación en la coalición gubernamental con los mencheviques y eseristas en febrero de 1917, cuando estos disponían de la mayoría en los soviets. Pero no lo hicieron y, por el contrario, se mantuvieron firmes en la denuncia de la colaboración de clases, a pesar de las grandes presiones ambientales del momento. Explicando pacientemente entre la vanguardia el programa de la revolución socialista, interviniendo en los acontecimientos sin que la práctica negara su teoría, Lenin y el Partido Bolchevique conquistaron finalmente el apoyo de la clase obrera y el campesinado ruso.

Con esta actitud, la credibilidad del POUM se comprometía sin duda, pero no fue la última vez que adoptarían una actuación “pragmática” semejante. Ese tipo de “realismo”, lleno de buenas intenciones y de cabriolas políticas para justificarlo, era el camino más directo al desastre.²¹⁴

En los momentos cruciales, de mayor tensión y presión entre las clases, todas las organizaciones se ponen a prueba. Trotsky, respondiendo a los dirigentes del POUM y especialmente a Nin y Andrade, antiguos dirigentes de la Izquierda Comunista, afirmó: “No es superfluo recordar a propósito de esto [firma del acuerdo del FP] que los comunistas de izquierda españoles, como lo indica su propio nombre, han ‘endurecido’ sus rasgos para aparecer, en cada ocasión propicia, como revolucionarios ‘intransigentes’. En particular han condenado severamente a los bolcheviques leninistas franceses por su entrada en el Partido Socialista [En el PS francés también surgió una potente ala izquierdas en aquellos años]: ¡Nunca y en ningún caso! Entrar de forma temporal en una organización política de masas para luchar implacablemente en sus filas contra los jefes oportunistas bajo la bandera de la revolución proletaria, es ‘oportunismo’, pero concertar una alianza política con los jefes del partido reformista sobre la base de un programa que se sabe deshonesto y que sirve para engañar a las

²¹³ Juan Andrade, Introducción a Andreu Nin, *El POUM en la revolución española*, Ed. Antídoto, Buenos Aires, 1971, p. 38.

²¹⁴ La historia de la ICE, el BOC y el POUM, sus polémicas con Trotsky y su intervención en los acontecimientos republicanos, se puede consultar en el libro de Bárbara Areal, *La izquierda comunista y la revolución española. La ICE, el BOC y el POUM*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2012.

masas y encubrir a la burguesía ¡Eso es valentía! ¿Es posible envilecer y prostituir más el marxismo?”²¹⁵

La política del Frente Popular ha tenido muchos defensores y todavía hoy se justifica, supuestamente, como la única forma de evitar que las capas medias giren hacia la reacción. Semejante argumento es una cortina de humo que dificulta comprender seriamente la auténtica naturaleza de la lucha de clases en esos momentos. En las condiciones objetivas de una crisis revolucionaria no hay terreno para salidas intermedias. O la clase obrera se hace con el poder político, expropiando el conjunto de la propiedad capitalista, o el capital movilizará sus reservas sociales y militares para aplastar durante décadas a los trabajadores y sus organizaciones. En su texto *¿Adónde va Francia?*, escrito en octubre de 1934, Trotsky analiza este fenómeno en detalle: “...Los pequeñoburgueses desesperados ven en el fascismo, ante todo, una fuerza combativa contra el gran capital, y creen que el fascismo, a diferencia de los partidos obreros que trabajan solamente con la lengua, utilizará los puños para imponer más ‘justicia’. (...) Es falso, tres veces falso, afirmar que en la actualidad la pequeña burguesía no se dirige a los partidos obreros porque teme a las ‘medidas extremas’. Por el contrario: la capa inferior de la pequeña burguesía, sus grandes masas, no ven en los partidos obreros más que máquinas parlamentarias, no creen en su fuerza, no los creen capaces de luchar, no creen que esta vez estén dispuestos a llegar hasta el final... Para atraer a su lado a la pequeña burguesía, el proletariado debe ganar su confianza... necesita tener un programa de acción claro y estar dispuesto a luchar por el poder por todos los medios posibles...”²¹⁶

En cualquier caso, la disposición de las masas para el combate frontal contra el fascismo era formidable. El Frente Popular fue apoyado entusiastamente por los trabajadores en cada rincón del país. Con su victoria podrían lograr con rapidez sus aspiraciones más inmediatas. Sin embargo, no todos los componentes del Frente Popular veían el futuro de la misma manera: “Con toda mi alma”, hablaba confidencialmente Manuel Azaña el 14 de febrero a Ossorio y Gallardo, “quisiera una votación lucidísima, pero de ninguna manera ganar las elecciones. De todas las soluciones que se pueden esperar, la del triunfo es la que más me aterra”. Pero el triunfo de las listas del FP fue tal que muchos líderes reaccionarios como Lerroux o Romanones perdieron su acta de diputado. Como ocurrió en las elecciones de junio de 1931, de los 257 diputados del Frente Popular 162 eran de filiación republicana: los partidos obreros cedieron a los republicanos burgueses un protagonismo en las listas que nunca merecieron, lo que no evitó, de ningún modo, que el proceso de la revolución socialista encontrara tras las elecciones de febrero un cauce poderoso para expresarse.²¹⁷

La actitud de la clase dominante ante el avance de la izquierda, en el parlamento como en la movilización de masas, provocó reacciones inmediatas. El 17 de febrero, después de la primera vuelta electoral, el general Franco, jefe del Estado Mayor, se entrevistó con Portela Valladares, primer ministro en funciones y líder del recientemente creado Partido del Centro, para proponerle que declarara el estado de guerra en lugar de ceder

²¹⁵ León Trotsky, *La traición del POUM*, 22 de enero de 1936.

²¹⁶ León Trotsky, *¿Adónde va Francia?*, pp. 35-36.

²¹⁷ Los diputados electos de los partidos fundamentales en las elecciones de febrero fueron los siguientes: El PSOE obtuvo 99 escaños; el PCE, 17; POUM, 1; Izquierda Republicana, 87; Unión Republicana, 37; Izquierda Republicana de Catalunya, 21; Partido del Centro Democrático, 17; CEDA, 88; Renovación Española, 12; Lliga Catalana, 12; Partido Agrario Español, 10; Comunion Tradicionalista, 9; PNV, 7.

el poder a la izquierda. Portela le planteó que la propuesta excedía a sus energías, se consideraba asimismo un hombre “viejo” y cansado, y le preguntó por el papel que podía desempeñar el ejército para superar la “crisis”. También José Calvo Sotelo, el líder monárquico, solicitó a Portela que llamara a Franco para “salvar a España”. Finalmente, el jefe del gobierno en funciones dimitió derrumbado por la presión. La situación empujó al presidente de la República, Alcalá Zamora, a nombrar a Manuel Azaña al frente del ejecutivo, y éste lo llenó de republicanos liberales y moderados que gobernarían el país en nombre del Frente Popular. Posteriormente, el 10 de mayo, Azaña sería nombrado presidente de la República, y su puesto de jefe de gobierno ocupado por Santiago Casares Quiroga, su estrecho colaborador, tres días después.

El objetivo de los liberales republicanos era restablecer el “equilibrio” político en medio de una situación de extrema polarización social. Obviamente, para la formación de gobierno contaron con la aquiescencia de los dirigentes obreros que integraban la coalición frentepopulista, pero aprendiendo de la experiencia del primer bienio las masas no aguardaron a la acción “legislativa” del parlamento o del gobierno para luchar por sus reivindicaciones. A través de la acción directa revolucionaria asaltaron las cárceles y liberaron a los presos. Entre febrero y julio de 1936 se organizaron más de 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales en las ciudades y pueblos de toda España. En las ciudades, los comités de acción UGT-CNT ocupaban fábricas y empresas y lograban imponer a los burgueses la readmisión de los despedidos por la insurrección de octubre. La situación en el campo se desbordó: “Los campesinos pasaron rápidamente a la acción”, escribe Manuel Tuñón de Lara, “(...) En las provincias de Toledo, Salamanca, Madrid, Sevilla, etc., ocuparon grandes fincas desde los primeros días de marzo y se pusieron a trabajarlas bajo la dirección de sus organizaciones sindicales. Una vez que ocupaban las tierras, lo comunicaban al Ministerio de Agricultura para que legalizase su situación. Este movimiento culminó el 25 de marzo con la ocupación de fincas realizada al mismo tiempo por ochenta mil campesinos en las provincias de Badajoz y Cáceres...”²¹⁸

En 1970, treinta y cuatro años después del inicio de la guerra civil, Fernando Claudín, antiguo dirigente de las Juventudes Comunistas y uno de los principales líderes de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) junto con Santiago Carrillo, tenía que reconocer la naturaleza de aquellos trascendentales acontecimientos cuando citaba, ratificándolas, las palabras del historiador soviético Midánik: “El movimiento huelguístico creció de mes en mes. Se paralizaban fábricas y talleres, andamios y minas; se cerraban comercios. En junio-julio se registró un promedio de diez a veinte huelgas diarias. Hubo días con 400.000 a 450.000 huelguistas. Y el 95% de las huelgas que tuvieron lugar entre febrero y junio de 1936 fueron ganadas por los obreros. Grandes manifestaciones obreras desfilaban por las calles exigiendo pan, trabajo, tierra, aplastamiento del fascismo y victoria total de la revolución. Se crearon las primeras empresas colectivas: Los mítines congregaban decenas de miles de personas y los obreros aplaudían con entusiasmo a los oradores que anunciaban la hora no lejana del hundimiento del capitalismo y llamaban a ‘hacer como en Rusia’. De las huelgas se pasaba a la ocupación de las empresas cerradas por los propietarios. La ocupación de las

²¹⁸ Manuel Tuñón de Lara, *op. cit.*, p. 494.

Sobre la ocupación de tierras en Badajoz hay un extenso trabajo de Francisco Espinosa Maestre, *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, Ed. Crítica, Barcelona, 2007.

calles, de las empresas y de las tierras, la incesante acción huelguista, impulsaban al proletariado urbano y agrícola hacia las formas más elevadas de la lucha política”.²¹⁹

La situación desbordaba al gobierno y los límites programáticos del Frente Popular. “Ciertamente”, escribe Bolloten, “una revolución no era lo que deseaba el primer ministro Manuel Azaña (...) tampoco era lo que deseaba su compañero del partido y estrecho colaborador Santiago Casares Quiroga, que le sucedió en la presidencia del gobierno el 13 de mayo, al tiempo que asumía la dirección del Ministerio de la Guerra. Tampoco deseaban una revolución otros destacados políticos del partido, cuyos miembros se reclutaban principalmente entre los funcionarios, los profesionales liberales, los minifundistas y arrendatarios, y los pequeños comerciantes e industriales. Tampoco la deseaba Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, vicepresidente de la República, y gran maestro del Gran Oriente Español, cuyo partido, la Unión Republicana —una escisión del Partido Radical de Alejandro Lerroux— constituía el sector más moderado de la coalición del Frente Popular y, junto con el partido de Azaña, había declarado su oposición a la nacionalización y distribución de tierras gratuitas a los campesinos. Evidentemente, tampoco deseaban la revolución ni Julián Besteiro, el dirigente de la pequeña facción derechista del Partido Socialista, ni Indalecio Prieto, líder de la facción moderada o centrista...”²²⁰

La oleada de radicalización en el seno del movimiento socialista tenía una dimensión cada día mayor. Aunque Largo Caballero había aprobado el programa de Frente Popular, su posición manifestaba una confusión orgánica respecto a lo que representaba, imaginándose que la alianza con la burguesía republicana no dejaba de ser un

²¹⁹ Fernando Claudín, *op. cit.*, pp. 174-177.

El militante trotskista Felix Morrow retrata también el ascenso imparable de la oleada huelguista: “Los combativos mineros de Asturias, que habían sido el gran apoyo de Prieto, comenzaron huelgas políticas contra el gobierno; 30.000 pararon el 13 de junio, exigiendo la destitución de los ministros de Trabajo y de Agricultura (¡este último, Funes, amado por los estalinistas!) y el 19 de junio cumplieron su amenaza de llevar al paro a los 90.000 mineros. El gobierno se las arregló para que regresaran al trabajo el 23 de junio, pero el 6 de julio los mineros y los obreros de Oviedo amenazaron con una huelga general, en protesta por la destitución por el gobierno del gobernador de Asturias, Bosque (Calvo Sotelo, jefe de la reacción, había recibido un telegrama insultante del gobernador proobrero e insistió, con éxito, para que lo destituyeran). Los mineros repitieron su exigencia el 15 de julio y hubiesen ido a la huelga si no se hubiera producido el alzamiento (...) Mientras tanto, la oleada de huelgas alcanzó las proporciones de una crisis revolucionaria. Sólo podemos indicar su magnitud en términos generales. Durante estos cinco meses tuvo lugar, en todas las ciudades de cierta importancia, al menos una huelga general. El 10 de junio había casi un millón de huelguistas, medio millón el 20 de junio, un millón el 24 de junio, más de un millón los primeros días de julio. Las huelgas eran realizadas tanto por los obreros de la ciudad como por los del campo; estos últimos rompieron los límites de lucha tradicionales de la ciudad, sosteniendo, por ejemplo, una huelga de cinco meses en toda la provincia de Málaga que involucraba a 125.000 familias campesinas (...) También se desarrollaron huelgas políticas contra el gobierno. El 8 de junio se convocó una huelga general en Lérida para presionar al gobierno a que cumpliera su promesa de mantener a los parados. Los mineros de Murcia se manifestaron el 24 de junio protestando porque el gobierno no había cumplido su promesa de mejorar las condiciones de trabajo. El 2 de julio, la Federación de Obreros Agrícolas de Andalucía exigió al gobierno fondos para paliar la pérdida de las cosechas. Ya hemos mencionado las huelgas políticas asturianas. El 8 de julio, los estudiantes de los colegios católicos de Barcelona hicieron huelga exigiendo la sustitución de los sacerdotes por profesores idóneos. El 14 de julio, los obreros se manifestaron en Madrid llevando fotografías ampliadas de un baile oficial que se había celebrado en la embajada de Brasil, bajo el título: “Los ministros republicanos se divierten mientras que los obreros mueren.” Estos son ejemplos de decisiones políticas tomadas por las masas...” Felix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España*. Akal Editor, Madrid, 1977, pp. 51-52.

²²⁰ Burnett Bolloten, *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, p. 74.

contratiempo temporal en el camino al socialismo. Así, el 12 de enero de 1936, pocos días antes de la publicación del programa frentepopulista, expresó su posición en las páginas del diario *El Socialista*: “Nuestro deber es traer el socialismo. Y cuando yo hablo de socialismo (...) hablo de socialismo marxista. Y al hablar de socialismo marxista, hablo de socialismo revolucionario (...) Nuestra aspiración es la conquista del poder político (...) Entiéndase bien que al ir con los republicanos de izquierda no hipotecamos absolutamente nada de nuestra ideología y de nuestra acción, ni creo que ellos tampoco nos lo exijan, porque si nos lo exigieran sería lo mismo que pedirnos que hiciéramos traición de nuestras ideas. Es una alianza, una colación circunstancial, para la cual se hace un programa que seguramente no nos va a satisfacer, pero que yo, desde este momento, digo a todos los presentes y a todos los que puedan oír y leer, que (...) todos, todos unidos, debemos ir a la lucha por defenderlo...”²²¹

Un ascenso tan potente de la lucha de clase generó un movimiento en los medios republicanos, que no era mal visto entre algunos sectores de la derecha, para dar una salida institucional que pudiese frenar a los trabajadores. Azaña maniobró con la intención de acordar la designación de Indalecio Prieto al frente del gobierno, intención que contaba con la actitud positiva del dirigente socialista. Sin embargo, Caballero y sus seguidores se opusieron tajantemente y bloquearon la iniciativa. Como relata el propio Prieto: “Encargado yo de formarlo, decliné el cargo, porque me cerraron el paso la mayoría del grupo parlamentario socialista, opuesto a todo gabinete de coalición, y con mayor furia si había de ser yo quien lo presidiese”.²²²

Por su parte, los estalinistas se esforzaban por conciliar el auge revolucionario de la lucha obrera y la defensa del programa del Frente Popular, incluido el apoyo al gobierno republicano, lo que no dejaba de crear situaciones llamativas. En el plano teórico, remedaron el discurso de los dirigentes socialistas en 1931, intentando presentar como un hecho la existencia de una *burguesía nacional democrática* interesada en la modernización del país y en la liquidación de las reminiscencias “feudales”. De esta forma, la Comintern y el PCE situaron teóricamente la “revolución democrática” y la resolución del problema agrario, como un estadio completamente separado de la lucha por la transformación socialista.

En esta nueva reedición de la teoría menchevique y reformista de la *revolución por etapas*, la clase obrera debía mantener a toda costa la alianza con las fuerzas burguesas *progresistas*, esto es, los republicanos, y abstenerse de acabar con las relaciones de propiedad capitalistas y su Estado. Por mucha imaginación que se tenga, esa *burguesía progresista* de la que hablaban los líderes estalinistas era tan sólo un fantasma: los

²²¹ Las idas y venidas de la izquierda caballerista en torno al programa de acción y los objetivos estratégicos del movimiento son constantes. Como señala Felix Morrow: “El núcleo madrileño, el más fuerte de las organizaciones del Partido, había aprobado un nuevo programa en abril, e iba a presentarlo para su aprobación en la convención nacional de junio. El programa declaraba que la burguesía no podía llevar a cabo las tareas democráticas de la revolución, que, sobre todo, era incapaz de solucionar la cuestión agraria y que, por tanto, la revolución proletaria era una cuestión actual. El programa estaba debilitado por grandes errores sobre todo el no comprender el papel de los soviets. Pero indicaba una profunda ruptura con el reformismo. Lógicamente, este programa, aceptado por Caballero, debería haber sido acompañado por una ruptura decisiva con la política del Frente Popular. La lógica, sin embargo, raras veces guía a los centristas. Declarando que el gobierno ‘todavía no había agotado completamente sus posibilidades’ y que la unidad de los sindicatos y la fusión de los partidos marxistas debe preceder a la revolución, Caballero continuó dirigiendo a los diputados socialistas por la vía de criticar al gobierno, pero apoyarle en cada problema crucial.” Felix Morrow, *op. cit.*, p. 45.

²²² Citado en Bolloten, *op. cit.*, p. 84.

republicanos de “izquierda”, al estilo Azaña, Martínez Barrio, Casares Quiroga, Giral y otros, no representaban a la burguesía, sino a un sector de la pequeña burguesía que añoraba una democracia parlamentaria respetuosa con el capital pero también amable con los trabajadores. La experiencia del primer bienio había demostrado, y de qué manera, que un régimen así era imposible en las condiciones del desarrollo capitalista español de los años treinta.

El conjunto de la burguesía industrial, comercial o financiera, considerada como clase, no tenía intereses contrapuestos a los de los terratenientes, dado que el capitalista y el terrateniente eran, en la gran mayoría de los casos, el mismo individuo. El conde de Romanones, uno de los mayores terratenientes de España, con latifundios que se extendían por toda Castilla-La Mancha, era concesionario de la producción de mercurio, principal accionista de las minas del Rif, de las de Peñarroya, de los ferrocarriles... La concentración del capital era muy alta. Las grandes familias de la oligarquía, no más de cien, controlaban la mayoría de la propiedad agraria, industrial y bancaria, y por tanto la riqueza del conjunto del país. Junto con ellas, el capital extranjero, que había penetrado profundamente en la economía española, dominaba sectores productivos estratégicos. Si esta era la composición de la clase dominante, ¿dónde estaba la burguesía nacional progresista? A excepción de individuos aislados que no representaban a su clase, sencillamente no existía, como quedó probado durante el levantamiento fascista del 18 de julio de 1936 y en la guerra civil. El ejército de Franco fue armado, organizado y financiado por los capitalistas —no sólo españoles— para defender su poder y sus propiedades.²²³

La situación revolucionaria, en el intervalo de aquellos meses, maduraba con rapidez. De manera clara, un doble poder empezaba a emerger: por una parte, el poder institucional de la república burguesa, cada vez más impotente en la tarea de frenar la lucha de las masas, era abandonado crecientemente por los sectores decisivos de la clase dominante que se preparaban para un golpe militar fascista. Por otro, el tremendo poder del proletariado y el campesinado, que empujaba a sus organizaciones hacia una salida revolucionaria y que tenía su exponente más radical en la izquierda caballerista del PSOE, la UGT y las JJSS, y en las organizaciones anarcosindicalistas.

²²³ “Los estalinistas recurrieron de una manera frívola al ‘feudalismo’ como una explicación de la guerra civil y denunciaban como agente del fascismo al que se atrevía discrepar. Sin embargo, los periodistas estalinistas que escribían fuera de la prensa del Partido eran menos afortunados. Tenían que explicar ciertos fenómenos evidentes; si la lucha es contra el feudalismo ¿por qué está la burguesía industrial al lado de Franco? El periodista estalinista Louis Fischer escribe: ‘Es bastante extraño que los pequeños industriales españoles apoyaran la postura reaccionaria que tomaron los terratenientes. Los industriales deberían haber agradecido la reforma del campo que hubiera creado un mercado interior para sus productos. Pero creyeron que estaba en juego algo más que la economía. Temían que repartir la tierra a los campesinos pudiera desposeer del poder político a las clases poseedoras. Por tanto, los industriales que deberían haber apoyado a la república en el intento de preparar una revolución pacífica que hubiera enriquecido el país, se unieron a los terratenientes retrógrados para impedir toda reforma y mejora’ (*La guerra en España*, publicado por *The Nation*). A Fischer no se le pasa por la imaginación que el terrateniente y el capitalista son a menudo el mismo, o de la misma familia, o que el fabricante, que depende de los bancos, teme por las hipotecas bancarias del campo. Pero incluso de la manera que Fischer plantea el problema la respuesta es clara. El fabricante teme la disminución del poder político de las clases poseedoras. ¿Por qué? Porque la debilitación del poder de la policía permite a los obreros de su fábrica organizarse y eso diezma sus beneficios. El fascismo español es el arma no del “feudalismo”, sino del capitalismo. La clase obrera lo puede combatir ayudada por el campesinado, ellos y sólo ellos pueden hacerlo.” Felix Morrow, *op. cit.*, p. 78.

Las condiciones objetivas para el triunfo de la revolución social estaban plenamente maduras, pero el factor subjetivo, es decir, el de una dirección revolucionaria consecuente, todavía no. Si el PSOE o el PCE hubieran tenido una política marxista, auténticamente socialista, basada en un programa revolucionario que plantease abiertamente la toma del poder; si los dirigentes obreros hubiesen defendido a través de la movilización la nacionalización de las fábricas y la banca bajo control democrático de los trabajadores; la expropiación de los terratenientes y la entrega de la tierra a los campesinos para su explotación; la formación de consejos de obreros y campesinos para ejercer el control y la democracia política; el derecho de autodeterminación para las nacionalidades históricas y la independencia para las colonias (especialmente Marruecos)... en definitiva, si hubieran levantado un programa e impulsado la acción de los trabajadores como Lenin y los bolcheviques hicieron en 1917, habrían encontrado el respaldo unánime de la clase obrera y de los jornaleros, de la mayoría aplastante de la población, conjurando la amenaza del fascismo.

Fernando Claudín retrata la situación de aquellos meses: “Entre febrero y julio existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz del día de la forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascista, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar (...) Cualquiera que estudie estos meses cruciales de la España de 1936 no puede por menos que preguntarse. ¿Por qué los partidos y organizaciones obreras no actuaron de manera concertada y decidida para aplastar en el huevo el levantamiento militar e impulsar resueltamente el proceso revolucionario? La respuesta que el proletariado dio a la sublevación derrotándola en la mayor parte del país, pese a que los facciosos tenían de su parte la sorpresa y la iniciativa, demostró hasta que punto la correlación de fuerzas era favorable al pueblo. ¿Por qué no se adelantaron los partidos y sindicatos obreros?

“(...) Hasta tal punto el problema de aplastar en el huevo la conspiración militar estaba fundido en esos meses con la revolución proletaria, que el único medio real de lograr lo primero hubiera sido desalojar del poder al gobierno republicano pequeño burgués — gracias a cuya pasividad, cuando no cobertura, podía tejerse la trama de la sedición— e instaurar un poder que permitiera a las fuerzas obreras revolucionarias coger el toro por los cuernos. Entre febrero y junio a la revolución española se le fue creando, cada día de manera más acuciante, una situación análoga a la de la revolución rusa en vísperas de las jornadas de octubre. O el proletariado revolucionario tomaba la iniciativa, o la tomaba la contrarrevolución. Casares Quiroga era un Kerensky perfecto, pero en España no había ningún Lenin....”²²⁴ Esta cita tiene un carácter excepcional. La descripción que hace de la situación de doble poder es clara y transparente. Y su mayor valor es que está escrita por un cualificado representante de la posición estalinista durante la revolución española que, treinta y cuatro años más tarde, reconocería la profundidad de los errores de la política frentepopulista.

El PCE había logrado innegables progresos en los meses previos al golpe militar del 18 de julio. Su orientación enérgica a la izquierda caballerista dio sus frutos: la integración de la CGTU en la UGT permitió que los obreros comunistas desplegaran su propaganda

²²⁴ Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 177.

entre la base socialista de una manera mucho más efectiva; se intensificaron los contactos con Largo Caballero, el *Lenin* español, como le designó la Comintern en la época del acercamiento, para continuar la discusión de cara a la unificación de los dos partidos; y sobre todo, se logró un éxito espectacular en el terreno de la juventud, con la creación de las Juventudes Socialistas Unificadas y la absorción de la mayoría de la dirección juvenil socialista en el PCE. Todos estos progresos tuvieron su propia historia interna, jalonada, en no pocas ocasiones, por las objeciones y precauciones planteadas desde la dirección de la Comintern.

En enero de 1936 Vittorio Codovilla y José Díaz viajaron a Moscú para mantener reuniones con los responsables de la IC encargados del partido español, discusiones centradas sobre todo en las relaciones con la organización socialista. En cuanto a la unidad entre las juventudes, los responsables de la IC mantenían la cautela, aunque entendían perfectamente las ventajas políticas de la unificación. “Una de las raíces de la desconfianza”, señalan Elorza y Bizcarrondo “era la ideología de las Juventudes Socialista, abiertas según Codovilla, a la influencia del trotskismo, que él y los suyos se esforzaban por combatir eficazmente y por encima de todo, tibias en su simpatía hacia Stalin (...) ‘Stalin lo aceptan a medias’, hizo notar Codovilla. La observación encandiló a Manuilski, que a partir de ese momento juzgó imprescindible una adhesión terminante de las Juventudes Socialistas a los principios soviéticos: programa de la KIM [Internacional de la Juventud Comunista], reconocimiento de la URSS como país del socialismo, de su jefe Stalin, organización según el VI Congreso y adhesión como simpatizante a la KIM. ‘Sin reconocer a Stalin no podéis reconocer a la Unión Soviética’, les proponía indirectamente el ucraniano, de cara a la declaración de principios comunistas que los jóvenes socialistas habrían de hacer antes de la fusión...”²²⁵

Obviamente las observaciones de Manuilski planteaban dos aspectos relevantes: en primer lugar, que el terreno para una intervención por parte de la Izquierda Comunista (ICE) en el seno del movimiento socialista, especialmente en las Juventudes, estuvo abonado a pesar del rechazo sectario de Nin y sus seguidores. En segundo, que los estalinistas no acababa de fiarse de que las Juventudes Socialistas no constituyeran un problema a medio plazo para la organización comunista teniendo en cuenta sus posiciones políticas previas. Por eso había que combinar los métodos flexibles, que Codovilla utilizó en Madrid con Santiago Carrillo, con una presión sostenida para ganarlos definitivamente a su causa. El paso decisivo se dio tras la invitación de la Internacional Juvenil Comunista a las Juventudes Socialistas para que enviaran sus representantes a Moscú.

A principios de marzo, una delegación de las Juventudes Socialistas integrada por Santiago Carrillo y Federico Melchor, junto con otra de la Unión de Juventudes Comunistas, con Trifón Medrano y Felipe Muñoz Arconada, se dirigió a Moscú para ultimar los detalles de la unificación. La actitud cautelosa de Carrillo coincidía plenamente con los intereses de la Comintern. Desde Moscú, los responsables estalinistas veían en la unificación un puente para un objetivo más importante: dotar al PCE de una auténtica base de masas, que sólo podría provenir de las filas de las Juventudes Socialistas y del propio Partido Socialista. Y Carrillo entendía que era necesario salvar la oposición de aquellos dirigentes socialistas juveniles cercanos a

²²⁵ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 273.

Caballero (Serrano Poncela, Cazorla y Tundidor López), que veían con desconfianza la política aprobada por el VII Congreso de la Comintern. A su vez, la unificación debía ser utilizada como una poderosa palanca en la lucha contra el ala derecha del partido, en concreto contra la fracción de Prieto. En este sentido Ricard Viñas señala: “Así pues el proceso, o mejor aún, la última etapa del proceso de unificación, viene determinado por la actitud del centrismo [Prieto] en lucha constante contra la izquierda del PSOE. Las acusaciones de ‘escisionistas’ que este sector lanza a las Juventudes Socialistas, junto al avance que realiza en los lugares de dirección del partido a través de maniobras internas, teniendo en contra a la mayor parte de la base del PSOE y de la UGT, fuertemente radicalizados, son factores determinantes que propician (...) el terreno —ya fecundado por los diversos motivos que hemos indicado anteriormente en el plano nacional e internacional— para la unificación de las juventudes socialistas y comunistas”.

Cautela y flexibilidad en la forma organizativa que debería adoptar la fusión eran importantes para el éxito de la operación, aunque en la práctica la aproximación de Carrillo al PCE era ya un hecho consumado. En Moscú, Carrillo se dirigió a la sesión del Secretariado de la KIM (Internacional de la Juventud Comunista) con las siguientes palabras: “(...) hemos examinado la cuestión de la unificación en su carácter transitorio y hemos convenido en que conviene, en que es preciso, por las circunstancias que se dan en el Partido Socialista Español, por la necesidad de reforzar la lucha de izquierda contra la derecha y el centro, en la necesidad de conservar transitoriamente la organización de Juventudes Socialistas”.

Elorza y Bizcarrondo comentan las palabras del dirigente juvenil: “Y Carrillo insiste en lo de ‘transitoriamente, subrayando la cautela y la forma escalonada en que se ha de alcanzar el verdadero fin: que la organización ‘se convierta en una sección de la IJC’. Por lo mismo prefería silenciar la posibilidad que él mismo reconoce de que se mantenga la militancia en el PCE de posibles miembros de la nuevas Juventudes Socialistas, adelantando por su parte el futuro: ‘Es lógico que miembros de la Juventud unificada que hoy pertenecen al PS, si se convencen por el desarrollo de los acontecimientos que su puesto está en el PC, vayan a él’. Todo era ser discreto. La supervivencia de las Juventudes Socialistas era, en palabras del propio Carrillo, puramente formal. Más aún, la importancia real del proceso de unificación había de medirse en relación con el otro objetivo, la unificación de ambos partidos, del que se derivaban todas las precauciones en las formas y en los ritmos.”²²⁶

A su manera, los estalinistas comprendieron mucho mejor la importancia histórica que suponía el proceso abierto en la izquierda socialista. Su orientación *entrista* hacia las Juventudes y el PS, respaldados además por la potencia del estado soviético, tuvo resultados tremendos. Irónicamente, la perspectiva de Trotsky se cumplió, a pesar de que Nin y Andrade, siempre despreciaron esta posibilidad, conformándose con repetir que el PCE no jugaba ni jugaría ningún papel relevante en la lucha de clases española.²²⁷

²²⁶ *Ibid.*, p. 278.

²²⁷ Respondiendo a las advertencias de Trotsky, y las posibilidades de progreso del PCE que el líder bolchevique señaló a sus seguidores españoles, Juan Andrade zanjó la cuestión con su particular *estilo*: “El estalinismo está en plena descomposición y liquidación. Los partidos estalinistas disminuyen cada día y pierden toda autoridad sobre las masas obreras”. Una previsión que no necesita de comentarios.

Tras la llegada de ambas delegaciones a Madrid, la unificación entró en su fase definitiva. Inmediatamente se celebró una reunión conjunta de la Ejecutiva nacional de las JJSS y del Buró del Comité Central de la UJC para explicar las conclusiones políticas de la delegación. Los materiales presentados fueron aprobados y se convierten en las Bases de Unificación, respondiendo en todos sus extremos al diseño planeado en Moscú: “Ambas direcciones resuelven forjar una amplia organización de nuevo tipo de la juventud trabajadora, como ha sido indicado en el VI Congreso de la IJC (...) Esta organización luchará de acuerdo con aquellas otras que tengan puntos coincidentes de defensa de la juventud laboriosa. La organización unificada da su adhesión como simpatizante a la IJC y, comprendiendo la necesidad de llegar a la unificación internacional de la juventud, mantendrá relaciones amistosas y colaborará con las secciones y elementos de izquierda de la IJS (...) Nosotros llamamos a todos los miembros de esta organización unificada a prestar la máxima ayuda para derribar todas las barreras que los elementos escisionistas de la derecha y del trotskismo, con los dirigentes centristas que se oponen a la unidad, coloquen en nuestro camino. Ambas direcciones hacen un enérgico llamamiento a sus secciones para que inmediatamente comience a realizarse con toda decisión la fusión en el plano local, provincial y regional y la elección de nuevos comités. Las direcciones de la FJS y la UJC han designado una comisión, en la que están representadas por igual, que resolverá hasta el Congreso, cuantas cuestiones tengan relación con la unidad. Esta comisión determinará la fecha del Congreso Nacional de Unificación y preparará los materiales que sirvan de base para los debates que en él se desarrollen (...) Mientras el Congreso Nacional de Unificación resuelva definitivamente la cuestión de la unidad, la fusión se hará sobre la base de la FJS y está mantendrá las actuales relaciones con el Partido Socialista. En el resto de los problemas la dirección de la FJS mantendrá su independencia y autonomía. Buró del Comité Central de la UJC. Comisión Ejecutiva de la FJS.”²²⁸

Después de aprobarse las Bases de Unificación, se sucedieron por toda la geografía reuniones públicas y actos, que tuvieron su culminación en el gran mítin de unificación de la Plaza de Toros de las Ventas, el domingo 5 de abril de 1936. El día anterior, Santiago Carrillo pronunció una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid en la que, según Ricard Viñas, “explicaría los principales objetivos de las JSU, en el transcurso de la misma se mostró decidido a impulsar la nueva línea en contra de las posiciones izquierdistas que la FJS planteaba a finales del 35 (...) Observemos unos fragmentos por ser indicativos de las perspectivas y tensiones que había de atravesar la nueva organización: ‘Nosotros vamos a crear una organización amplia, de masas; la organización de la nueva generación. No queremos una organización que sea la masonería juvenil. Queremos salir del carácter de secta que hasta ahora tenían nuestras juventudes, para atraer a toda la gran masa de la juventud laboriosa. Ya sé que no faltará quién diga que vamos a matar el espíritu revolucionario de la juventud obrera. Habrá también quién nos acuse de reformistas. Contra esas acusaciones falsas quiero preveniros. ¿Quién nos hará esas acusaciones? Los elementos centristas que aún tenemos en nuestra organización. Ellos que precisamente son todo lo contrario de revolucionarios. Serán también los elementos trotskistas influidos por estos elementos que hay dentro y fuera de nuestra organización. Pero yo os digo: con la creación de esta

Comunismo, septiembre de 1934, citado en Ramón Molina, *Polémica Maurín-Carrillo*, José J. de Olañeta editor, Barcelona 1978, p. 26.

²²⁸ Publicado en *Mundo Obrero*, 26 de marzo de 1936.

organización nueva, amplia y de masas, vamos a fortalecer el carácter revolucionario de la juventud.”²²⁹

Era claro ya que el nuevo recetario frentepopulista había sido aceptado. El antiguo dirigente de las JJSS, que dos años antes afirmaba que “los disidentes acaudillados por el infatigable revolucionario (Trotsky), sin representar a amplios sectores, personifican una tendencia del proletariado”²³⁰, seguía ahora al dictado las indicaciones de Manuilski y Codovilla. Era el comienzo de su larga y ascendente trayectoria en el PCE que le condujo al final del camino, como un billete de ida y vuelta, a las filas de la socialdemocracia. Pero eso es otra historia.

Tras la declaración conjunta y el acto multitudinario en Las Ventas, las reuniones de unificación de la secciones provinciales de ambas organizaciones se sucedieron a lo largo de mayo y julio, para concluir en el citado Congreso de Unificación que, por el estallido de la guerra, nunca llegaría a celebrarse. “A continuación”, señala Ricard Viñas “empiezan a realizarse los pequeños congresos de unificación de ámbito local y provincial, extendiéndose por todo el Estado acompañados de una gran popularización motivada por festivales, representaciones teatrales, recitales, y demás actos populares, que favorecieron el ingreso de muchos jóvenes en las pequeñas poblaciones. El aparato propagandístico con que se acompaña la unificación a partir de 1936 es notable (...) La importancia de este hecho es de consideración para explicarnos el impresionante crecimiento de las JSU en los meses comprendidos entre el mitin de las ventas y el 18 de julio. Unificadas ambas juventudes, en cuatro semanas la cifra de 100.000 afiliados asciende a 140.000, en pleno desarrollo de los congresos locales. *Juventud*, periódico de la nueva organización, realizó un tiraje de 150.000 ejemplares para el primer número. La revista tenía 16 páginas, con abundantes fotografías, y su carácter coincidía por completo con la orientación que al movimiento juvenil intentaba dar la IJC...”²³¹

El gran éxito obtenido entre las Juventudes Socialistas catapultó al PCE como una fuerza considerable de la izquierda. Después de este primer asalto, la orientación hacia el Partido Socialista se intensificó con llamadas y acciones continuas a favor de la unificación de ambas organizaciones, que se multiplicaron en el transcurso del primer año de guerra, y de las que hablaremos más adelante. Este emplazamiento recibió acoso de recibo en Largo Caballero de manera favorable, hasta el punto de que, en marzo de 1936, la sección madrileña del PSOE decidió proponer en el siguiente congreso nacional la fusión de los Partidos Socialistas y Comunistas.²³²

Los avances del PCE eran innegables, pero lo significativo es que la política del Frente Popular no sólo no impedía el ascenso de la revolución social y la radicalización de las masas trabajadoras del campo y la ciudad, también se mostraba impotente para desarticular el movimiento golpista que se urdía abiertamente en los cuarteles. A pesar de la gravedad de la situación, los dirigentes comunistas no pasaban de los discursos parlamentarios, de llamadas al gobierno republicano para “que tomase medidas efectivas” contra los facciosos, que siempre chocaban con la pasividad e indiferencia de Azaña, el aliado “antifascista” confiable.

²²⁹ Ricard Viñas, *op. cit.*, p. 60.

²³⁰ Declaración hecha el 9 de agosto de 1935, reproducida en *La Batalla* el 12 de febrero de 1937.

²³¹ Ricard Viñas, *op. cit.*, p. 61.

²³² *Claridad*, 19 de marzo de 1936.

En mayo, Codovilla y Jesús Hernández son llamados a Moscú, a menos de dos meses del golpe militar, para informar de la situación política. Hernández, miembro del Buró Político realiza un discurso centrado en los avances registrados en la última etapa: “Tenemos un partido, unas juventudes unificadas, la UGT y la CGTU fusionadas, la perspectiva real de la creación de un único partido revolucionario del proletariado, tenemos la posibilidad de un gran desarrollo de las Alianzas Obreras y la consolidación del Frente popular, tenemos una línea clara y una comprensión de nuestros objetivos, nos inspiramos en la trayectoria del gran partido de Stalin, continuamos con la ayuda positiva de nuestra gran Internacional Comunista, de cuya autoridad entre las masas son pruebas evidentes las adhesiones de cariño y de entusiasmo con que saludan a Dimitrov, tenemos en fin a dirigentes como Dimitrov y Manuilski bajo la línea de los cuales machamos a la victoria definitiva...”. Había, sin embargo, más colores en la paleta de la situación política que las que describía Hernández.

La amenaza del fascismo se estaba concretando, pero en esta ocasión de una manera muy diferente a la Sanjurjada. En agosto de 1934, Trotsky había escrito: “La situación general plantea al movimiento obrero consciente una tarea a breve plazo: o bien el proletariado, en el curso de los seis próximos meses, quizá un año, aplasta al fascismo y da un paso adelante gigantesco, o bien el mismo será aplastado y toda Europa se convertirá en la arena de la tiranía fascista y de la guerra”.²³³ Los dirigentes estalinistas también percibían la escalada de acontecimientos y el brutal rearme alemán bajo la bota nazi. El 7 de marzo de 1936, las tropas de Hitler ocuparon Renania y el Reich denunció el pacto de Locarno, por el que Alemania reconocía la desmilitarización de esa zona (impuesta por el Tratado de Versalles). Los dirigentes de la Comintern acentuaron su propaganda a favor del Frente Popular, y plantearon acciones de respuesta común con la Internacional Socialista, que fueron rechazadas por sus dirigentes reformistas. Con todo, la duplicidad de Stalin no dejó de hacerse visible: el 29 de abril firmó un acuerdo comercial con la Alemania nazi, que le proporcionó a Hitler miles de toneladas de combustible y materias primas soviéticas utilizadas, como no, para levantar un poderoso ejército.

Por supuesto, los líderes de la Comintern eran perfectamente conscientes de que un golpe de militar de corte fascista era posible en España, y que eso alteraría el equilibrio de fuerzas en Europa creando nuevas complicaciones en el mapa de alianzas diplomáticas diseñado en el último año. ¿Cuál fue la preparación que la IC planteó al PCE frente a la amenaza golpista? Elorza y Bizcarrondo describen algunos hechos significativos: “El 9 de abril, Dimitrov y Manuilski advirtieron a la dirección del Partido que la situación era alarmante y beneficiaba a la contrarrevolución, contribuyendo a ello las divergencias entre los grupos del Frente Popular, el riesgo de un golpe anarquista, las ‘reivindicaciones exageradas’ de algunos sectores obreros y los ‘intentos de deshacer el Frente Popular por parte de socialistas de izquierda y trotskistas’. Consecuencia: ‘No dejaros provocar, no precipitar los acontecimientos, puesto que en este momento sería dañoso para la revolución y llevaría solamente al triunfo de la contrarrevolución’. El papel político del PCE habría de consistir en fortalecer tanto la unidad obrera como el Frente Popular, ampliando su influencia de masas y favoreciendo la atención a las reivindicaciones del campesinado. Por encima de los detalles, contaba el perfil de una línea política destinada a sobrevivir al pronunciamiento militar de julio: ‘En toda la actividad del partido hay que tener en cuenta que, en la situación dada, la creación del

²³³ León Trotsky, *La evolución de la SFIO*, agosto de 1934.

poder soviético no está en el orden del día, sino que, momentáneamente, se trata sólo de crear un tal régimen democrático, que permite cerrar el paso al fascismo y a la contrarrevolución y de fortalecer en general las posiciones del proletariado y sus aliados...”²³⁴

Las opiniones de la Comintern se dejaban sentir en los discursos parlamentarios de los diputados comunistas. Era obvio que la reacción se preparaba para el golpe militar, pero los portavoces del PCE restringían sus acciones a emplazamientos solemnes al gobierno republicano del Frente Popular,²³⁵ que como veremos más adelante, cayeron en saco roto. También, y al igual que el Partido Comunista en Francia durante la gran oleada huelguista que siguió al triunfo del Frente Popular en ése país, el PCE se esforzó por mantener a toda costa la unidad del Frente Popular, criticando indirectamente la posición de Largo Caballero y sus constantes declaraciones a favor de la dictadura del proletariado,²³⁶ y reiterando las llamadas a la calma de las masas obreras.

La gran huelga general de la construcción en Madrid, convocada en el mes de junio por la CNT y seguida por cerca de 100.000 trabajadores fue una prueba de fuego. La demanda central de la movilización, entre otras, era la reducción de la jornada laboral a 36 horas, una reivindicación nada exagerada teniendo en cuenta la peligrosidad de las condiciones de trabajo y el gran número de accidentes laborales. El gobierno republicano, para neutralizar la lucha, volvió a recurrir al arbitraje y decidió la jornada de cuarenta horas. La UGT y el PCE aceptaron la propuesta y emplazaron a sus afiliados y al conjunto de los trabajadores del sector a volver al trabajo; pero su llamamiento no fue seguido. La CNT se negó a aceptar el arreglo, y la lucha continuó con el apoyo masivo de miles de militantes ugetistas a la huelga.

La posición del PCE fue clara ante el desafío, anunciando la línea que el Partido mantendría en los meses siguientes de revolución: “No es un secreto para nadie que después del 16 de febrero, los patronos fascistas utilizan como forma de lucha el empujar primero a los obreros a declarar conflictos y luego prolongar su solución, mientras sea necesario y posible, para desesperar a las masas, lo cual provocará actos esporádicos sin finalidad ni efectividad (...), pero que enfrenarán a los obreros con el gobierno, por que ésta es una de las condiciones (...) para un golpe de estado (...) La actitud de los patronos (...) hace necesario que los obreros de la construcción, aunque no estén satisfechos con el convenio, terminen una situación cuya prolongación implica un grave peligro para todos los trabajadores (...) Ha llegado el momento de saber cómo finalizar una huelga, sin renunciar a la posibilidad, establecida en el convenio, de continuar las conversaciones sobre el problema de los salarios en el consejo laboral mixto.”²³⁷

Pero las huelgas, los combates callejeros contra las bandas armadas de Falange, los preparativos golpistas que se realizaban a la luz del día, la pusilanimidad que manifestaban los gobernantes republicanos...todo ello hacia que la presión de los

²³⁴ Antonio Elorza, *op. cit.* p. 282.

²³⁵ Ver nota publicada en *Mundo Obrero* del 31 de mayo de 1936, reproducida en la historia oficial del Partido, *Guerra y revolución en España*, vol. I. *op. cit.*, p. 95.

²³⁶ “Debemos luchar contra toda clase de manifestaciones de impaciencia exagerada y contra todo intento de romper el Frente Popular prematuramente. El Frente Popular debe continuar. Tenemos todavía mucho camino para recorrer juntos con los republicanos de izquierda”. Artículo en *Correspondencia Internacional*, 17 de abril de 1936, citado en Bollothen, *op. cit.*, p. 81.

²³⁷ *Mundo Obrero* 6 de julio de 1936.

trabajadores se reflejase en las filas de sus organizaciones. Incluso los líderes del PCE tuvieron que acusar esta presión, y apretar un poco más las tuercas: “El gobierno, a quien apoyamos lealmente en la medida en que cumple el pacto del Frente Popular, es un gobierno que está comenzando a perder la confianza de los trabajadores (...) Y yo digo a este gobierno republicano de izquierda que su camino es el camino equivocado de abril de 1931”, señaló José Díaz en el Parlamento.²³⁸

EL GOLPE MILITAR DE FRANCO: ¿CÓMO RESPONDIÓ EL FRENTE POPULAR?

La atmósfera política desde el triunfo del Frente Popular revelaba la situación extrema que había alcanzado la lucha de clases. La salida militar-fascista no fue una improvisación de un grupo de militares sino una acción preparada sistemáticamente que contó con el apoyo del conjunto de la burguesía, los terratenientes y los banqueros de todo el país, y fue ejecutada por una casta de oficiales que no sólo fue consentida por la República, sino premiada por sus diferentes gobiernos.

Individuos destacados de la oligarquía —como Luis Oriol (tradicionalista y banquero), que fletó un barco desde Bélgica con 6.000 fusiles, 150 ametralladoras pesadas, 300 ligeras, 10.000 bombas de mano y cinco millones de cartuchos— financiaban y armaban sin tapujos las fuerzas de la contrarrevolución. Los carlistas tradicionalistas habían organizado una Junta Militar, que funcionaba desde San Juan de Luz, y adiestraba a las fuerzas de choque de los Requetés, que regularmente recibían cargamentos de armamento para sus arsenales. En las altas esferas del ejército los preparativos militares para aplastar la revolución se desarrollaban con rapidez. La Unión Militar Española, la organización reaccionaria de los oficiales, se fortaleció con la entrada del general Goded y aceleró todos los planes para el levantamiento militar. Por otra parte la CEDA empezó a descomponerse, con una fuga considerable de seguidores y militantes, especialmente de las JAP, hacia Falange española. La derecha política ya estaba en el bando de los golpistas.²³⁹

En esas circunstancias, la primera reacción de los dirigentes republicanos, y del ala de derechas del PSOE, fue intentar formar un gobierno de “unidad nacional” que disuadiese a los golpistas de llevar a cabo sus planes. “Gil Robles”, escribe Bolloten, “recuerda que en abril y en mayo hubo conversaciones entre Miguel Jiménez Fernández, representante del ala liberal de la CEDA, y Miguel Maura y Julián Besteiro, con el conocimiento de Prieto —la figura central en esos ‘proyectos’— y de Azaña, para discutir la idea de un gobierno de concentración nacional.” Parece que José Larraz,

²³⁸ *Ibid.*

²³⁹ “Ricardo de la Cierva, defensor del alzamiento militar afirma: Gil Robles tiene toda la razón cuando describe así [en *Ya*, 17 de abril de 1968] la actitud de Luca de Tena [propietario de *Abc*, el diario monárquico alfonsino] y sus palabras son aplicables a los monárquicos militantes en general: ‘No confió en los métodos legales; consideró como grave daño para la Monarquía mis esfuerzos por llevar a las derechas a convivir con la República y gobernar con ella, y creyó de buena fe que una apelación a la fuerza serviría mejor sus ideales, comenzando por la restauración monárquica. Por eso propugnó siempre el alzamiento, colaboró en su preparación como pudo, prestó el máximo apoyo al Movimiento [insurreccional] en su periódico’. Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 66.

presidente de la Editorial Católica, propietaria de *El Debate*, portavoz de la CEDA, también visitó a Prieto y se aludió en la conversación a la posibilidad de incluir en ése gobierno a la CEDA. Pero Gil Robles opinó que lo mejor sería una coalición de gobierno que incluyera a republicanos, socialistas “moderados”, y elementos de centro, que contará con el apoyo parlamentario de la CEDA. Gil Robles alegaba que la participación directa de la CEDA en el gobierno de concentración era inviable. “Aparte del absoluto descrédito en que nos encontraríamos frente a nuestros electores, no parecía lógico suponer que las masas del Frente Popular pudieran transigir con nuestra colaboración ministerial. Cuando la entrada de la CEDA en el gobierno [en 1934] había provocado (...) el movimiento revolucionario de octubre”.²⁴⁰

Los republicanos al frente del gabinete se mostraron completamente impotentes y su autoridad estaba totalmente comprometida. Su intento de salvar la república burguesa, como ellos la entendían, les llevaba directamente a fortalecer a la reacción²⁴¹ y enfrentarse con la mayoría de los trabajadores y campesinos sin tierra, hartos de palabrerías y retórica parlamentaria, mientras la represión y los mismos problemas que habían enfrentado desde el 14 de abril de 1931 seguían presentes.

En un reciente libro sobre la historia del PCE en la guerra civil, cuyo autor es Fernando Hernández Sánchez, se reseña también algunas informaciones significativas de aquellos “confusos primeros días” como los califica este autor: “En los días previos a la sublevación militar el PCE y la Comintern mantuvieron constantemente contactos radiados. El 13 de julio ‘Luis’ Codovilla elevó un mensaje a Manuilski en el que, tras valorar como enormemente grave la situación creada por los asesinatos del teniente Castillo y del líder reaccionario Calvo Sotelo, y asegurar que los comunistas españoles contribuirían a reforzar el Frente Popular y apoyar la posición del gobierno, consideraba, sin embargo, que el principal peligro del momento procedía de los líderes anarquistas de prolongar las huelgas con la idea de confrontar a los trabajadores con el gobierno y la actitud provocativa de los grupos fascistas que sembraban la violencia en las calles. Coincidió con ello con la apreciación de Casares Quiroga y del presidente de la República, Azaña, que recelaban más de una situación insurreccional multifocal del anarcosindicalismo que de una sublevación militar, con el consiguiente cálculo erróneo acerca del verdadero origen del peligro y sus posteriores consecuencias catastróficas...”²⁴²

El cálculo de los dirigentes estalinistas no sólo era erróneo, sino que probaba como su esquema frentepopulista estaba al margen de la realidad, con lo que ello suponía de trágico, pues con esa orientación era imposible trazar ningún plan serio desde las filas del PCE para prevenir el golpe. Mientras tanto, el gobierno consentía los movimientos de los militares que planificaban a la vista de todo el mundo el golpe faccioso. Julio

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 87.

²⁴¹ El camino abierto por los republicanos, “fieles aliados” del Frente Popular, llevó a Miguel Maura a publicar una serie de artículos en el diario *El Sol* (entre el 18 y 27 de junio) en los que abogaba abiertamente por una dictadura republicana: “La dictadura que España requiere hoy es una dictadura nacional, apoyada en zonas extensas de sus clases sociales, que llegue desde la obrera socialista no partidaria de la vía revolucionaria hasta la burguesía conservadora que haya llegado ya al convencimiento de que ha sonado la hora del sacrificio y del renunciamiento en aras de una justicia social efectiva (...) Dictadura dirigida por los hombres de la República, por republicanos probos que antepongan el interés supremo de España y de la república a toda mira partidista o de clase...” *El Sol*, 23 de junio.

²⁴² Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*. Ed. Crítica, Barcelona, 2010, p. 85.

Busquets, reconocido miembro de la Unión Militar Democrática en los años de la transición, explica la actitud del gobierno en aquellos momentos decisivos: “Cuando el golpe de Estado era inminente y la UMRA (Unión Militar Republicana antifascista) había hecho acopio de toda la información al respecto, se entrevistaron con Casares Quiroga, jefe del gobierno, para exponerle la gravedad de la situación y exigirle una respuesta inmediata. La reunión tuvo el lugar el 16 de julio y se le pidió que aplicara las siguientes medidas:

- “Pasar a disponibles forzosos a diferentes militares entre los cuales se encontraban los generales Franco, Goded, Mola, Fanjul y Varela, los coroneles Aranda y Alonso Vega, el teniente coronel Yagüe, y el comandante García Valiño.
- “La rápida inspección de todas las guarniciones por parte de delegados gubernativos, que informasen a la tropa de los graves riesgos de insurrección.
- “Creación de seis unidades especiales con personal y mandos de total confianza, con sede en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, destinada a abortar cualquier insurrección militar en sus zonas de influencia.
- “La detención inmediata y depuración de los miembros sospechosos de pertenecer a la UME (Unión Militar Española).
- “Disolución del ejército, en último caso, con el fin de abortar el golpe...”

“(...) Confundiendo deseos con realidades, Casares Quiroga afirmó que no había peligro de insurrección y se negó a aplicar ninguna de las medidas que le planteó la UMRA. Argumentó que estas pondrían verdaderamente en contra de la República a todo el Ejército y que lo que pretendían los militares de la UMRA era desplazar a los militares citados en el escalafón para ocuparlo ellos. *Obviamente, Casares Quiroga temía en ese momento más una insurrección revolucionaria de izquierdas que un golpe de derechas...*”²⁴³

Demostrando su actitud de contemporización con los responsables del complot fascista, Azaña destinó al general Mola a Pamplona, donde el 14 de marzo se hizo cargo del gobierno militar y del mando de la 12ª Brigada de Infantería. ¡Así era como defendían la “legalidad democrática” los republicanos progresistas, ascendiendo, mimando y favoreciendo a los militares golpistas! Los preparativos militares en los cuarteles se combinaban con las acciones terroristas de las bandas fascistas de la Falange, especializadas en asesinar trabajadores y atacar los locales de los partidos y los sindicatos obreros. En ese ambiente, cuando el secreto del golpe militar había dejado de serlo y el gobierno era plenamente consciente de lo que se preparaba, los dirigentes republicanos no movieron un solo dedo para prevenirlo, neutralizarlo y aplastarlo utilizando los medios de los que disponían. Es más, su actitud permitió a los golpistas ganar un tiempo precioso y tomar la iniciativa. En aquellos momentos de máxima gravedad, el Gobierno republicano actuaba con felonía, como prueba la nota oficial que trasladaron a la opinión pública días antes del alzamiento: “El ministro de la Guerra se honra en hacer público que toda la oficialidad y clases del ejército español, desde los

²⁴³ Julio Busquets, *Ruido de Sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Ed. Crítica, Barcelona 2003, p. 67.

empleos más altos a los más modestos, se mantienen dentro de los límites de la más estricta disciplina, dispuestos al cumplimiento exacto de sus deberes. Los militares españoles, modelos de abnegación y lealtad, merecen de todos sus conciudadanos el respeto, el afecto y la gratitud que se deben a quienes han hecho, en servicio y defensa de la patria y de la República, la ofrenda de su propia vida si la seguridad y el honor lo exigen”.

Finalmente, el 17 de julio la Guarnición de Marruecos se levantó en armas y el resto de las circunscripciones militares telegrafadas por Franco prepararon todos los operativos. Aunque el gobierno republicano tenía un conocimiento exhaustivo del levantamiento militar, se negó en redondo a tomar ninguna medida para evitar su extensión. Durante 48 horas dejaron todo el terreno libre a los golpistas: sin movilizar las fuerzas leales del ejército e impartir una sola orden sensata, mostraron una oposición visceral a la entrega de armas a los trabajadores. El gobierno no hizo públicas las noticias del golpe militar hasta las nueve de la mañana del día 18, y entonces tan sólo emitió una nota “tranquilizadora” asegurando que tenía bajo control la situación. A las 15.15 horas de ese día, cuando el gobierno tenía ya cumplida información del alcance del levantamiento y Sevilla había sido casi tomada por los golpistas, dio a conocer una nueva declaración, más deshonesta si cabe que las anteriores: “El gobierno habla de nuevo para confirmar la absoluta tranquilidad de toda la Península. El gobierno reconoce los ofrecimientos de ayuda que ha recibido (de las organizaciones obreras) y aunque los agradece, declara que la mejor ayuda que se puede dar al gobierno es garantizar la normalidad de la vida cotidiana, para dar un alto ejemplo de serenidad y confianza en los medios de fuerza militar del estado. Gracias a las medidas de previsión aprobadas por las autoridades, puede considerarse que ha sido disuelto un amplio movimiento de agresión contra la república; no ha encontrado apoyo en la Península y sólo ha logrado partidarios en un sector del ejército de Marruecos (...) Estas medidas, junto con las órdenes habituales a las fuerzas en Marruecos que se esfuerzan en vencer el alzamiento, nos permiten afirmar que la acción del gobierno será suficiente para restablecer la normalidad.”²⁴⁴

¿A quién temía más la “burguesía progresista liberal”, fiel aliada del Frente Popular? ¿A los fascistas o a las masas revolucionarias? Los republicanos en el gobierno se negaban a armar al pueblo, mientras consentían el levantamiento. Ellos podían perder su posición de abogados, el prestigio que les proporcionaban sus columnas en los periódicos, sus ingresos como diputados, pero nunca aceptarían un régimen social diferente al capitalismo. La burguesía republicana se había opuesto desde abril de 1931 a febrero de 1936, como así hizo constar en el acuerdo del Frente Popular, a cualquier medida socialista. Había reprimido con saña las luchas de los trabajadores y se había negado en redondo a realizar ninguna reforma profunda para dar solución a la “revolución democrática”; por supuesto, mantuvo y promocionó en el aparato del Estado a los militares africanistas y derechistas que habían ganado sus primeras medallas bajo la monarquía alfoncina. ¿Por qué iban a armar a los trabajadores y desencadenar el peligro de la revolución?

Para completar el abandono de su compromiso con la legalidad democrática que decían defender, Martínez Barrio, republicano de derechas y nombrado por Azaña el mismo 18 de julio para sustituir a Casares Quiroga al frente del Gobierno, realizó todo tipo de

²⁴⁴ Reproducido en *Claridad*, 18 de julio de 1936.

esfuerzos con el beneplácito del presidente de la República al fin de formar un gobierno cívico-militar que diera cabida a los militares golpistas. En una conversación entre Martínez Barrio y Mola, el jefe de Gobierno en funciones trató de conseguir el apoyo del general golpista: “En este momento los socialistas están dispuestos a armar al pueblo. Con ello desaparecería la República y la democracia. *Debemos pensar en España*. Hay que evitar a toda costa la guerra civil. *Estoy dispuesto a ofrecerles a ustedes los militares, las carteras que quieran y en las condiciones que quieran*”. Pero el general sublevado respondió con desprecio: “Si yo acordase con usted una transacción habríamos los dos traicionado a nuestros ideales y a nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos arrastrasen”.²⁴⁵

Muchos años después, la historia oficial del PCE relataría las maniobras de Azaña y Martínez Barrio en los términos más críticos: “Fracasaba el intento conciliador del ala moderada de la burguesía republicana, encabezada por Azaña y Martínez Barrio, con los sublevados. Fracasaba porque éstos rechazaron de plano el intento de compromiso, decididos a marchar por la senda de la violencia y la guerra civil. Este sector de la burguesía republicana confiaba en que, rompiendo con la clase obrera, conseguiría llegar a un acuerdo con los generales en rebeldía y con la reacción. La actitud de Martínez Barrio y de los que apoyaban, al ofrecer carteras ministeriales a los generales de un ejército sublevado, mientras se negaban a armar al pueblo para defender la república, no conducía a un camino intermedio entre la capitulación y la resistencia, sino a la entrega sin lucha de la República, por parte de los dirigentes republicanos. Por otra parte, había quedado patente cuánta razón asistía a las fuerzas obreras y democráticas, a las masas populares en general, cuando proclamaban que la guerra civil no se evitaba intentando una transacción imposible con el fascismo, sino armando al pueblo y pasando a la ofensiva en todos los lugares donde se habían alzado y en los que aún fuese posible evitar la sublevación. Las vacilaciones y desmayos de los gobernantes republicanos, en los que influía de manera determinante la volubilidad del Presidente Azaña, facilitaron el triunfo de los rebeldes en gran parte de España (...) ¿Por qué no dieron este paso [distribuir armas a los obreros] ni el gobierno Casares Quiroga ni el efímero gabinete Martínez Barrio? La explicación reside en sus limitaciones de clase. Los aludidos dirigentes preferían un entendimiento con los sublevados a entregar las armas al pueblo, ante el temor de que ello se tradujese en un aumento de la influencia y del papel de la clase obrera en la dirección del país.”²⁴⁶

Vistas estas líneas cabe preguntar ¿Si esto era así, por que la dirección del PCE mantuvo a toda costa la alianza con estos republicanos, que en el momento crítico traicionaron la causa del pueblo y la “democracia” que decían defender? ¿Por qué esas “limitaciones de clase”, a la que aluden los dirigentes del PCE, no se utilizó para romper un acuerdo podrido y llevar a cabo una guerra revolucionaria contra el fascismo, en lugar de reprimir a los obreros revolucionarios con el argumento de la defensa de la “república democrática”? ¿Porqué Azaña y Martínez Barrio siguieron como “aliados confiables” del Frente Popular, según los portavoces estalinistas de todo el mundo, durante tres años de guerra y revolución?

En medio de la asonada, los dirigentes del PCE y del PSOE hicieron pública una nota muy significativa: “El momento es difícil, pero no desesperado. El Gobierno esta seguro de poseer los medios suficientes para aplastar esta tentativa criminal. En el caso de que

²⁴⁵ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 100.

²⁴⁶ *Guerra y revolución en España*, Vol. I, pp. 121-122.

estos medios fuesen insuficientes, la República tiene la promesa solemne del Frente Popular. Este está decidido a intervenir en la lucha a partir del momento en que la ayuda le sea pedida. El Gobierno manda y el Frente Popular obedece”.²⁴⁷ Estas palabras indicaban que en la cúspide de los partidos de izquierda la situación no era mejor que en los círculos gubernamentales.

Conscientes del enorme peligro a que se enfrentaban, los obreros, los campesinos y de entre ellos la juventud revolucionaria, no esperaron las órdenes y las consignas de los representantes gubernamentales —por otra parte inexistentes— y se lanzaron a apropiarse de las armas y asaltar los cuarteles. No fue el gobierno republicano, en el que los dirigentes reformistas del PSOE y los líderes estalinistas habían confiado, el que derrotó el levantamiento militar. Una vez más fue la acción independiente de la clase trabajadora, el heroísmo, la decisión y audacia de miles de obreros que, con los métodos de lucha de clases, la huelga general y la insurrección armada abortaron el triunfo inmediato del golpe fascista.

Companys, presidente de la Generalitat y líder de la Esquerra Republicana, a pesar de ser otro “aliado confiable”, al igual que Azaña en Madrid, se negó a distribuir armas entre los trabajadores de Barcelona. Pero numerosos militantes obreros, sobre todo los anarcosindicalistas, estaban preparados para responder al golpe. “Desde hacia tiempo”, escribe Pelai Pagés, “se había formado un Comité de Defensa confederal en Barcelona, con la misión de asumir la dirección de la lucha obrera contra una previsible acción del ejército. Hombres como Durruti, García Oliver, Ascaso, Jover y Gonzalo Sanz formaban parte de este organismo y sólo esperaban el mínimo movimiento de las tropas para movilizar las masas confederales ya preparadas.

“La noche del 18 al 19 de julio —tras conocerse los acontecimientos de Marruecos y de otras guarniciones militares— fueron muchos los militantes obreros que no fueron a dormir a sus casas, y se pasaron la noche de vigilancia en los cuarteles o durmiendo en la sede de su sindicato o de su partido (...) En la madrugada del domingo día 19, en el momento mismo en que el ejército empezó a salir a la calle, las sirenas de los barcos del puerto de Barcelona y de las fábricas —de acuerdo con el testigo de García Oliver— empezaron a sonar para dar la señal de alarma. Y la ciudad se empezó a cubrir de barricadas y se empezaron a generalizar los combates en las calles (...) Los primeros enfrentamientos de aquel día se produjeron en la plaza de Cataluña, donde habían llegado soldados procedentes del cuartel de Pedralbes. Los tres escuadrones que bajaron del cuartel de la Travesera fueron parados por guardias de asalto y por un buen número de paisanos en la plaza del Cinc d’Ors, la confluencia entre el Paseo de Gracia y la Diagonal. De hecho, esta fue la primera victoria de la jornada, en un combate que duró prácticamente dos horas y que obligó a los soldados a replegarse.”²⁴⁸

Militantes de la CNT-FAI y del POUM asaltaron armerías, tiendas de caza, obras en construcción en busca de dinamita, requisaron las armas que los fascistas ocultaban en sus casas, así como todos los automóviles que pudieron encontrar. Con este escaso material se enfrentaron, en una lucha desigual desde el punto de vista militar, a las

²⁴⁷ Vernon Richards, *Enseñanzas de la revolución española*, Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1977, p. 26.

²⁴⁸ Pelai Pagés, *Cataluña en guerra y en revolución (1936-1939)*, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2007, pp. 46-49.

tropas que los fascistas movilizaron. Los escenarios fueron muchos: plaza de Cataluña, plaza de España, la brecha de San Pablo, la avenida Icaria, en el Ensanche, la plaza de la Universidad, la Maestranza de San Andreu, el cuartel de Atarazanas... El arrojo y valentía mostrada por los trabajadores desmoralizó a los soldados, muchos de los cuales abandonaron su posición, y sus armas, para pasarse al bando del pueblo. A pesar de los cientos de obreros que murieron (algunos historiadores hablan de 450 muertos y unos 2.000 heridos), en la tarde del 19 de julio cayó preso el general Goded, después del cerco al cuartel de Atarazanas.

El pueblo en armas había derrotado la sublevación en toda Catalunya ante la pasividad del gobierno de la Generalitat que quedó suspendido en el vacío, sin ninguna base segura en la que apoyarse. “Los combates habían durado unas treinta y seis horas”, señala Abel Paz, “El pueblo de Barcelona, sin armas e incluso contra la voluntad del Gobierno autónomo de la Generalitat, había vencido a los militares y se hallaba prácticamente en la situación de dueño y señor de la ciudad”.²⁴⁹

Una situación parecida se vivió en Madrid, donde miles de obreros y jóvenes reagrupados el mismo 18 de julio, comenzaron la tarea del armamento. Trabajadores socialistas, comunistas, anarquistas, plumistas..., levantaron barricadas en las zonas claves de la ciudad, requisaron y asaltaron los depósitos de armas que pudieron y se arrojaron a la conquista del Cuartel de la Montaña que pasó, después de horas de intenso combate, a manos de los obreros. La misma dinámica se repitió en cientos de pueblos y ciudades importantes del país: Valencia, Gijón, Málaga, Santander, Bilbao, Badajoz, Cáceres... En otras plazas como Sevilla, Oviedo y Zaragoza, los fascistas tuvieron que emplearse a fondo en una represión salvaje contra los obreros que, con las pocas armas que pudieron conseguir, intentaron abortar la sedición. En todas estas ocasiones, los trabajadores fueron traicionados por la actitud condescendiente de los líderes republicanos con los mandos militares: en el colmo de su estupidez pensaban que los responsables de la guarniciones respetarían su juramento de fidelidad a la República.

Con trucos y engaños, los facciosos neutralizaron a los gobernadores y alcaldes republicanos de estas ciudades y estos a su vez lograron que los dirigentes obreros se fieran. Como señala Antony Beevor, “Allí donde los obreros se dejaron convencer por un gobernador civil aterrado ante la perspectiva de provocar el levantamiento de la guarnición local, perdieron la partida y hubieron de pagar el titubeo con sus vidas. Pero si demostraban enseguida que estaban preparados y dispuestos para asaltar los cuarteles, entonces se les unía la mayoría de los guardias de asalto y otras fuerzas de seguridad y conseguían que la guarnición se rindiese”.²⁵⁰ Incluso un historiador liberal británico tiene que reconocer que fue la acción de las masas lo que hizo fracasar el golpe fascista. De esta manera la clase obrera española volvió a escribir una página heroica de su historia: lo que pretendía ser un triunfo militar aplastante de la contrarrevolución, se transformó en el inicio de la revolución socialista.

Los mandos militares golpistas habían previsto un triunfo rápido que les permitiese en pocos días consolidar su dominio sobre la península. En realidad, cuarenta y ocho horas después del golpe, los militares habían sufrido un sonoro fracaso: “Entre el 18 de julio y el primero de agosto de 1936”, escribe Abraham Guillén, “la situación política y

²⁴⁹ Abel Paz, *La guerra de España, paradigma de una revolución*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona 2005, p. 26.

²⁵⁰ Antony Beevor, *La guerra civil española*, Ed. Crítica, Barcelona, 2005, p.82.

estratégica del ejército fascista era desesperada. Tenían solamente parte de la meseta y del noroeste de España y una pequeña cabeza de puente en Andalucía. Así pues, el frente norte de los generales golpistas estaba separado del sur. Franco y Mola no tenían sus fuerzas reunidas sino separadas lo cual significaba una gran desventaja estratégica. Los republicanos ocupaban en el mes de julio, las zonas más industrializadas, más ricas y de mayor densidad de población de España: Vasconia, Asturias, Valencia, Madrid y Cataluña. Como desventaja geoestratégica, el frente republicano estaba separado por dos zonas geográficas: una formada por Asturias y Vasconia (con el reducto de Oviedo), entre Castilla La Nueva y el mar Cantábrico, con una ancha cabeza formada por parte de Aragón y Navarra. La otra, por las regiones del noreste (Cataluña y parte de Aragón), Levante (Valencia y su región), Murcia, casi toda la costa andaluza mediterránea, la región del Centro, Extremadura y parte de Huelva (...) La mayor parte de la población, los recursos financieros, las fábricas militares y la flota de guerra, en julio de 1936, estaban en manos de los republicanos (...).²⁵¹

Frente a la actitud de las masas obreras, el gobierno republicano mostró una incapacidad venal para hacer frente, desde el punto de vista militar y político, a la situación creada tras el 18 de julio. Azaña disponía de importantes reservas de oro y, aunque el embargo real de venta de municiones a la España republicana no fue impuesto hasta el 19 de agosto, durante ese mes no se compró apenas armamento. Impotente a la hora de pasar a la ofensiva, y desplazar el máximo de contingentes militares hacia Extremadura para frenar el avance de las tropas franquistas desde Sevilla; en lugar de concentrar todo el fuego de la marina leal y la aviación contra el traslado de tropas desde Marruecos a la península... el Gobierno republicano no adoptó ninguna medida sensata en los decisivos días de finales de julio.

Como señala Abraham Guillén respecto a las dificultades militares de Franco en aquellas semanas preciosas: “Sin flota de guerra, sus fuerzas africanas (moros y legionarios), tropas profesionales de choque, difícilmente podrían ser trasladadas a la península, pues gran parte de la marina de guerra española había sido tomada por los soldados y suboficiales republicanos. La guarnición de Sevilla, la base naval de San Fernando y otras posiciones en Andalucía, en poder de los sublevados, no podrían resistir una ofensiva si no llegaban en su auxilio los batallones africanos, incapaces de cruzar el estrecho de Gibraltar, no teniendo flota de guerra, ni una fuerza aérea de combate y transporte.

“Pero Franco consiguió pasar el estrecho de Gibraltar con la ayuda de la aviación alemana: el día 5 de agosto de 1936 transportó a la península desde África, 2.500 soldados con todos sus equipos; entre julio y agosto de ese año, llegaron 10.500 soldados más gracias a la cooperación de la aviación germana. Destacando la importancia del arma aérea alemana en la campaña de Franco desde África hasta las puertas de Madrid, Hitler dijo en julio de 1942: ‘Franco tendría que haber hecho un monumento a los viejos Junkers 52 que les trasladaron desde África a España 10.500 hombres en julio y 9.700 más en septiembre de 1936’...”²⁵²

¿Cómo es posible que Franco pudiera realizar semejante puente aéreo desde Marruecos hasta el suroeste de Andalucía sin que el Gobierno republicano hiciese nada por

²⁵¹ Abraham Guillén, *El error militar de las izquierdas. Estrategia de la guerra revolucionaria*. Ed. Hacer, Barcelona, 1980, p. 9.

²⁵² *Ibid.*, p. 10.

impedirlo? En realidad toda la flota de guerra pudo haber sido movilizada hacia el estrecho y utilizada contra este desembarco de tropas. Pero esto no ocurrió y la razón fundamental hay que buscarla en el miedo del gobierno republicano de Giral de provocar una reacción contraria de Gran Bretaña, que exigía vehementemente que la guerra civil española no interfiriese en la “libertad” de navegación del estrecho.²⁵³ De esta manera, la mayoría de la flota republicana, que fue tomada por los marineros durante las primeras horas del golpe militar tras un duro enfrentamiento contra los oficiales facciosos, fue inutilizada como arma de guerra en el momento más importante.

Esta capitulación ante de Gran Bretaña, cuyo Gobierno estaba mucho más interesado en una victoria de las fuerzas de Franco que en el triunfo de la revolución social por razones obvias, se repitió a lo largo de la guerra. La “democracia” no es más que una palabra apreciada por la burguesía siempre y cuando los intereses del gran capital estén garantizados; pero los líderes republicanos se imaginaban que, haciendo concesiones a los imperialistas, británicos o franceses, podrían conseguir su apoyo a la causa de la España *leal*. Los acontecimientos se encargaron de refutar esta política, que tendría consecuencias desastrosas en el frente militar.

OBREROS EN ARMAS. EL DOBLE PODER

²⁵³ En las palabras del historiador Gerald Howson: “El 20 de julio, los barcos de guerra republicanos que surcaban el Estrecho de Gibraltar habían abandonado sus bases sin esperar a aprovisionarse y pusieron rumbo a Tánger con la orden de comprar combustible, alimentos y agua. Franco amenazó con bombardear el puerto si se atendía su petición, y las compañías petroleras, con la aprobación de la comisión internacional que tenía el mando del puerto, se negaron a vender. Los barcos se dirigieron a Gibraltar y pidieron de nuevo que se les permitiera comprar petróleo y suministros. Las autoridades y los mandos navales y militares del Peñón, que mantenían relaciones cordiales con los terratenientes españoles de la zona desde hacía muchos años —habían sido invitados a fiestas y cacerías en sus latifundios—, se sintieron horrorizados a la vista de barcos de guerra tripulados por marineros desaliñados que intercambiaban salidos con el puño en alto (...) No había motivos legales para prohibir a las compañías petroleras del peñón vender carburante a la marina de un gobierno con el que se seguían manteniendo relaciones amistosas; así que seguía en pie el problema de cómo evitar esta venta. Problema que vino a solucionar el intento de unos aviones de Franco de bombardear los barcos de guerra, que estaban anclados en el golfo de Algeciras. Las compañías alegaron entonces que el riesgo que entrañaba la venta de su producto era demasiado grande, y los barcos republicanos no tuvieron más remedio que zarpar rumbo a Málaga, dejando el Estrecho temporalmente desprotegido (...) Poco después de este incidente, fondeaba en la boca del golfo el buque de guerra británico *Queen Elizabeth* para disuadir de ulteriores intentos de intromisión. Cuando el acorazado republicano Jaime I volvió de Málaga para bombardear Algeciras, se le ordenó regresar, y las tropas nacionalistas de la población, que ya no se necesitaban para su defensa, pudieron unirse a la columna de nacionales que avanzaba desde Jerez de la Frontera en dirección a Ronda y Granada. Sin embargo, el 5 de agosto un convoy nacionalista de pequeños barcos pasó por delante del *Queen Elizabeth* y desembarcó en Algeciras a dos mil soldados junto con una batería de obuses de 105 mm. Entre tanto, después de ser conocida por Franco la decisión de Hitler de enviar ayuda, al general Kindelán, jefe de la aviación nacionalista, se le permitió utilizar la central telefónica de Gibraltar para poner conferencias a Lisboa, Berlín y Roma con objeto de coordinar la operación. Como Gibraltar era el centro de comunicaciones británico más importante del continente europeo y probablemente se hallaba sometido al preceptivo reglamento en materia de seguridad y control, lo normal es que el hecho fuera conocido por el almirantazgo de Londres y, por ende, por el ministro de Marina, Sir Samuel Hoare...” Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*, Ediciones Península, Barcelona 2000, pp. 61-62.

En los días inmediatamente posteriores al alzamiento fascista, la dirección de la Comintern envió diferentes telegramas al Buró Político del PCE planteando cual debía ser su actuación. El texto del 22 de julio, encabezado con le epígrafe *máximo secreto*, planteaba: “Tras examinar la alarmante situación creada por la conspiración fascista en España, os aconsejamos: 1. Conservar intactas, al precio que sea, las filas del Frente Popular, ya que cualquier escisión sería utilizada por los fascistas en su lucha contra el pueblo (...). 2. Detención inmediata de los dirigentes parlamentarios [ligados a la conspiración] (...) Depurar de enemigos del pueblo, de arriba abajo, el ejército, la policía y las organizaciones responsables. Privar a la aristocracia, oculta tras los conspiradores, de todos los derechos de ciudadanía y confiscar todas sus propiedades (...) 4. Es necesario adoptar con la mayor urgencia medidas preventivas contra los intentos saboteadores de los anarquistas, tras los cuales se oculta la mano de los fascistas.”

El 23 de julio, Dimitrov envió otro informe, más extenso, en dónde enfatiza los objetivos de la lucha: “(...) En la presente etapa no deberíamos asumir la tarea de crear soviets y de tratar de establecer una dictadura del proletariado en España. Eso constituiría un error fatal. Así pues, debemos decir: actuar bajo la apariencia de defensa de la República; no abandonar las posiciones del régimen democrático en España en ese momento, cuando los trabajadores tienen las armas en la mano ya que eso tiene una gran importancia para alcanzar la victoria sobre los rebeldes. Deberíamos aconsejarles que sigan adelante con esas armas, como hemos hecho en otras situaciones, procurando mantener la unidad con la pequeña burguesía y los campesinos, y con los intelectuales radicales, consolidando y reforzando la actual etapa de la República democrática (...) Ni que decir tiene que los camaradas españoles están sometidos a muchas tentaciones. Por ejemplo, *Mundo Obrero* se ha apropiado del magnífico edificio de Acción Popular. Es estupendo. Pero si nuestra gente comienza a confiscar fábricas y empresas, y a causar estragos, la pequeña burguesía, los intelectuales radicales y parte del campesinado pueden apartarse de nosotros, y nuestras fuerzas no son todavía suficientes para una lucha contra los contrarrevolucionarios (...).”²⁵⁴

Las indicaciones de Dimitrov chocaban completamente con la situación real que el levantamiento de los trabajadores había abierto. Un ambiente de fervor revolucionario se apoderó de las masas obreras. Ellas y solo ellas organizaron la resistencia armada al fascismo y evitaron un triunfo rápido del golpe militar.

En Barcelona, donde el poder estaba en manos de los obreros cenetistas, rápidamente se organizaron columnas de milicianos en dirección a Zaragoza para reconquistar la ciudad y, en cuestión de días, miles de voluntarios estaban disponibles y resueltos a luchar en los frentes más amenazados.²⁵⁵ Ronald Fraser retrata aquellos momentos en su gran

²⁵⁴ Ambos textos, citados en Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Gregory Sevostianov (eds), *España Traicionada, Stalin y la guerra civil*. Ed. Planeta, Barcelona 2002, pp. 41-45.

²⁵⁵ Como muchos autores y testigos han reconocido, el paisaje de la ciudad sufrió una profunda transformación. Frank Borkeuau escribe en su *Diario de la revolución* sobre las impresiones que recibió cuando llegó de Barcelona el 5 de agosto, cerca de la medianoche: “...Poca gente en el paseo Colón. Pero luego, al doblar la esquina de las Ramblas (la arteria principal del Barcelona), nos hemos llevado una sorpresa tremenda: ante nuestros ojos, de golpe, la revolución. Era sobrecogedor. Como si acabáramos de llegar a un continente distinto de todo lo que había visto hasta ahora. La primera impresión: obreros armados con fusiles al hombre pero vestidos de paisano. Quizá un treinta por ciento de los hombres que había en las Ramblas llevaba fusiles, aunque no fueran policías ni militares uniformados. Armas, armas y más armas. Eran muy pocos los proletarios armados que vestían los nuevos y flamantes uniformes azul

obra sobre la revolución y la guerra civil: “Al bajar por el paseo de Gracia, Josep Cercós, metalúrgico de la juventud libertaria, vio que se estaban agrupando camiones, hombres y unos cuantos militares. Era la columna Durruti que se disponía a salir con el objetivo de capturar Zaragoza. Cercós no sabía nada de ello y ni en sueños se le había ocurrido partir para el frente aquel día. Los camiones ya estaban llenos. Sin pensárselo dos veces, decidió ir a la estación de Francia. Estaba seguro de que otra columna haría el viaje en tren. Llevaba el fusil que había conseguido en el parque de artillería de Sant Andreu y le quedaban 25 o 30 cartuchos. Al poco rato de llegar a la estación, un tren entró en ella, como se había imaginado, y todo el mundo subió a él, abarrotándolo sin formar grupos ni organizarse de ninguna manera. Antonio Ortiz, del grupo ‘Nosotros’, iba al mando, al parecer, llevando consigo a un comandante y un par de capitanes del ejército en calidad de consejeros. Trabó amistad con un asturiano que no llevaba ninguna arma de fuego y que no consiguió una hasta que un compañero cayó muerto en Aragón. ‘Todos éramos obreros. Había una fiebre tremenda por llegar a Zaragoza y conquistarla...’

“Utilizando transportes improvisados, miles de hombres salían de Barcelona hacia el oeste. Hombres que en la mayoría de los casos jamás en la vida habían manejado un fusil y qué, si tenían suerte de conseguir uno, partían con el propósito de ‘liberar’ Zaragoza, Huesca y Teruel, las tres capitales provinciales de Aragón, que habían caído en manos de los militares...”²⁵⁶

Al frente de aquella fuerza armada revolucionaria que se dirigió a tierras aragonesas estaba Buenaventura Durruti. En pocas semanas, Durruti y sus columnas transformaron cada pueblo por el que pasaban o conquistaban en una plaza fuerte de la revolución social. El 24 de julio de 1936, en pleno auge revolucionario en Catalunya, Durruti fue entrevistado en Barcelona por el periodista Van Passen, del diario *The Toronto Daily*. La entrevista refleja fielmente el estado de ánimo que se respiraba entre el proletariado de todo el país:

V. Passen: ¿Considera ya aplastados a los militares rebeldes?

Durruti: No, todavía no los hemos vencido. Ellos tienen Zaragoza y Pamplona, ahí es donde están los arsenales y las fábricas de municiones. Tenemos que tomar Zaragoza y después saldremos al encuentro de las tropas compuestas de legionarios extranjeros que ascienden desde el sur mandados por el general Franco. Dentro de dos o tres semanas nos encontraremos entregados en batallas decisivas.

V. Passen: ¿Dos o tres semanas?

Durruti: Dos o tres semanas o quizás un mes, la lucha se prolongará como mínimo todo el mes de agosto. El pueblo obrero está armado. En esta contienda el ejército no cuenta, hay dos campos: los hombres que luchan por la libertad y los que luchan por aplastarla. Todos los trabajadores de España saben que si triunfa el fascismo vendrá el hambre y la esclavitud. Pero los fascistas también saben lo que les espera si pierden, por eso la lucha es implacable. Para nosotros de lo que se trata es de aplastar el fascismo de manera que

marino de las milicias (...) El hecho de que todos estos hombres armados se pasearan, marcharan o fueran en coche con la ropa de calle hacía aún más impresionante esta exhibición del poder que tienen los obreros de las fábricas. Evidentemente, la cantidad de anarquistas, reconocibles por sus insignias rojas y negras, era abrumadora. ¡Y ni un solo burgués! ¡Ya no había jovencitas bien vestidas ni señoritos modernos por las Ramblas! Tan sólo obreros y obreras; ¡ni siquiera se veían sombreros! La Generalitat ha recomendado por radio a la gente que no los lleve porque podría parecer ‘burgués’ y causar mala impresión...” Frank Borkenau, *El reñidero español*, Ediciones Península, Barcelona, 2001 p. 94.

²⁵⁶ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*. Ed. Crítica, Barcelona, Vol. I, p. 160.

no pueda levantar jamás la cabeza en España. Estamos decididos a terminar de una vez por todas con el, y esto a pesar del gobierno.

V. Passen: ¿Por qué dice usted a pesar del gobierno? ¿Acaso no está luchando este gobierno contra la rebelión fascista?

Durruti: Ningún gobierno del mundo pelea contra el fascismo hasta suprimirlo. Cuando la burguesía ve que el poder se le escapa de las manos recurre al fascismo para mantener el poder de sus privilegios, y esto es lo que ocurre en España. Si el gobierno republicano hubiese deseado terminar con los elementos fascistas, hace ya mucho tiempo que hubieran podido hacerlo y, en lugar de eso, temporizan, transigen y malgastan su tiempo buscando compromisos y acuerdos con ellos. Aun en estos momentos hay miembros del gobierno que desean tomar medidas muy moderadas contra los fascistas. Quién sabe si aún el gobierno espera utilizar las fuerzas rebeldes para aplastar el movimiento revolucionario desencadenado por los obreros.

V. Passen: ¿Entonces usted ve dificultades aun después de que los rebeldes sean vencidos?

Durruti: Efectivamente. Habrá resistencia por parte de la burguesía, que no aceptará someterse a la revolución que nosotros mantendremos con toda su fuerza.

V. Passen: Largo Caballero e Indalecio Prieto han afirmado que la misión del Frente Popular es salvar la República y restaurar el orden burgués, y usted Durruti, usted dice que el pueblo quiere llevar la revolución lo más lejos posible, ¿cómo interpretar esta contradicción?

Durruti: El antagonismo es evidente. Como demócratas burgueses, esos señores no pueden tener otras ideas que las que profesan. Pero el pueblo, la clase obrera, está cansada de que se le engañe, los trabajadores saben lo que quieren, nosotros luchamos no por el pueblo, sino con el pueblo, es decir por la revolución dentro de la revolución. Nosotros tenemos conciencia de que en esta lucha estamos solos y que no podemos contar nada más que con nosotros mismos. Para nosotros no quiere decir nada que exista una Unión Soviética en una parte del mundo, porque sabíamos de antemano cuál era su actitud con relación a nuestra revolución. Para la Unión Soviética lo único que cuenta es tranquilizar. Para gozar de esa tranquilidad, Stalin sacrificó a los trabajadores alemanes a la barbarie fascista, antes fueron los obreros chinos los que resultaron víctimas de ese abandono. Nosotros estamos aleccionados y deseamos llevar nuestra revolución hacia delante porque la queremos aquí, en España, ahora y no quizá mañana después de la próxima guerra europea. Nuestra actitud es un ejemplo de que estamos dando a Hitler y Mussolini más quebraderos de cabeza que el ejército rojo, porque temen que sus pueblos, inspirándose en nosotros, se contagien y terminen con el fascismo en Alemania y en Italia. Pero ese temor también lo comparte Stalin, porque el triunfo de nuestra revolución tiene necesariamente que repercutir en el pueblo ruso.

V. Passen: ¿Espera usted alguna ayuda de Francia o Inglaterra ahora que Hitler y Mussolini han comenzado a ayudar a los militares rebeldes?

Durruti: Yo no espero ayuda para una revolución libertaria de ningún gobierno del mundo. Puede ser que los intereses en conflicto de imperialismos diferentes tengan alguna influencia en nuestra lucha, eso es posible. El general Franco está haciendo todo lo posible para arrastrar a Europa a una guerra y no dudará un instante en lanzar a Alemania en contra nuestra. Pero a fin de cuentas yo no espero ayuda de nadie, ni siquiera en última instancia de nuestro gobierno.

V. Passen: ¿Pueden ustedes ganar solos? Aun cuando ustedes ganaran, heredarían montones de ruinas.

Durruti: Siempre hemos vivido en la miseria y nos acomodaremos a ella durante algún tiempo, pero no olvide que los obreros somos los únicos productores de riqueza. Somos

nosotros los obreros los que hacemos marchar las máquinas en las industrias, los que extraemos el carbón y los minerales de las minas, lo que construimos ciudades. ¿Por qué no vamos pues a construir, y aun en mejores condiciones, para reemplazar lo destruido? La ruina no nos da miedo. Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruina porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. Pero a nosotros no nos dan miedo las ruinas, por que llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Este mundo está creciendo en este instante.”

Al final de la entrevista, el periodista Van Passen reconoció: “Este hombre representa a una organización sindical que cuenta aproximadamente con dos millones de afiliados y sin cuya colaboración la República no puede hacer nada, incluso en el supuesto de una victoria sobre los sublevados. Yo quise conocer su pensamiento porque para entender lo que está sucediendo en España es preciso saber cómo piensan los trabajadores, por esa razón he interrogado a Durruti, porque por su importancia popular es un auténtico y característico representante de los trabajadores en armas. De sus respuestas resulta claramente que Moscú no tiene ninguna influencia ni autoridad para hablar en nombre de los trabajadores españoles. Según Durruti ninguno de los estados europeos se siente atraído por el sentimiento libertario de la revolución española, sino deseosos de estrangularla”.²⁵⁷

El levantamiento armado de los trabajadores fue la señal inequívoca de un cambio dramático en la situación. En centenares de grandes y pequeñas ciudades, en miles de pueblos, el poder real ya no se encontraba en los gobiernos civiles o ayuntamientos. Las instituciones “legales” del Estado republicano habían dejado de funcionar y, en la práctica, el único poder real existente era el de los obreros en armas y sus organizaciones, que inmediatamente empezaron a formar y desarrollar sus comités y sus milicias. Los tribunales de justicia fueron sustituidos por tribunales revolucionarios, y la policía, disuelta en la práctica, fue reemplazada por las patrullas de control integradas por militantes de los sindicatos y los partidos obreros.

Las crónicas que reflejan la situación de doble poder y la atmósfera que se respiraba en la capital catalana controlada por los obreros armados, son numerosas. Por ejemplo, Vicente Guarnier, republicano moderado y jefe de la policía catalana en los momentos de la insurrección militar, describe así la tensión revolucionaria de esos días: “(...) Era punto menos que imposible restablecer la disciplina general y la de nuestras fuerzas de Orden Público, e incluso la Guardia Civil, que, embriagadas de entusiasmo, se habían contagiado del ambiente y en mangas de camisa tripulaban también los camiones embanderados y con letreros de las organizaciones, predominando las inscripciones ‘CNT-FAI’ (...) Los poderes públicos y las fuerzas políticas catalanas se mantenían aparentemente, pero, de hecho, era el proletariado quien había asumido toda la dirección

²⁵⁷ Felix Morrow señala al respecto: “Los estalinistas han hecho mucha propaganda maliciosa con respecto a la supuesta debilidad de la actividad militar de los anarquistas. La apresurada formación de milicias, la organización de la industria de guerra, inevitablemente fueron descuidadas en manos no muy expertas. Pero en esos primeros meses, los anarquistas, apoyados por el POUM, compensaron sobradamente su inexperiencia militar con su amplia política social. En la guerra civil, la *política* es el arma determinante. Tomando la iniciativa, tomando las fábricas, animando al campesinado a tomar la tierra, las masas de la CNT aplastaron los cuarteles catalanes. Al marchar sobre Aragón como liberadores sociales, movieron al campesinado a paralizar la movilidad de las fuerzas fascistas. En los planes de los generales, Zaragoza, sede de la Academia Militar y quizá el mayor cuartel del ejército debería ser para el este de España lo que Burgos fue para el Oeste. En vez de eso, Zaragoza fue inmovilizada desde los primeros días...” Felix Morrow, *op. cit.*, p. 92.

política, habiéndose apoderado de grandes cantidades de materiales de guerra, no sin dejar de exhibir ciertas dotes de organización”.²⁵⁸

En Madrid se vivía una atmósfera semejante. “Tampoco eran solamente los anarcosindicalistas”, escribe Ronald Fraser, “quienes experimentaban la sensación de hallarse en plena sacudida revolucionaria. Narciso Julián, el ferroviario comunista madrileño, se sintió arrebatado por aquella oleada. ‘Era increíble, era la prueba práctica de lo que uno conoce en teoría: el poder y la fuerza de las masas cuando se echan a la calle. De pronto todas tus dudas se esfuman, dudas como hay que organizar a la clase obrera y a las masas, sobre cómo pueden hacer la revolución en tanto no se hayan organizado. De repente sientes su poder creador. No puedes imaginarte cuán rápidamente son capaces de organizarse las masas. Inventan formas de hacerlo que van mucho más allá de lo que jamás habías soñado o leído en los libros. Lo que ahora hacía falta era aprovechar esta iniciativa, canalizarla, darle forma...’”²⁵⁹

Marx y Engels subrayaron que, en última instancia, el Estado son grupos de hombres armados en defensa de la propiedad privada. Después del 19 de julio, el Estado burgués en la España republicana había sufrido un golpe demoledor. Sin fuerzas armadas leales, sin instituciones con poder real, enfrentados al armamento de los trabajadores, Azaña y su gobierno podían implorar, pero no gobernar.²⁶⁰ ¿Se pueden imaginar condiciones más favorables para la toma del poder y el establecimiento de una república socialista que organizase una guerra revolucionaria contra el fascismo?

El propio Fernando Claudín lo reconoce sin ambigüedad: “Las jornadas de julio pusieron plenamente de manifiesto hasta qué punto la revolución proletaria había ‘madurado’ en España, hasta qué punto la correlación de fuerzas le era favorable. (...) El Estado republicano se derrumbó como un castillo de naipes y el comportamiento pasivo, vacilante, cuando no francamente capitulador, de las autoridades legales y de la mayor parte de los dirigentes de los partidos republicanos pequeñoburgueses, contribuyó no poco a los escasos éxitos de las fuerzas contrarrevolucionarias. Al cabo de los primeros días de combate la revolución no había vencido definitivamente, pero la correlación de fuerzas en el conjunto del país le era francamente favorable (...)”²⁶¹

²⁵⁸ Vicente Guarnier, *Cataluña en la guerra de España*, G. del Toro Editor, Madrid, 1975. pp. 139-141.

²⁵⁹ Ronald Fraser, *op. cit.*, p. 185

²⁶⁰ El golpe militar y la insurrección obrero que la neutralizó en las principales ciudades, provocó una desbandada de dirigentes republicanos. “En una conversación mantenida en junio de 1937 con el jurista republicano Ángel Osorio y Gallardo sobre el elevado número de republicanos ‘señalados y eminentes’ que habían abandonado España, el presidente Azaña lamentaba: ‘Todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo y algunos (se los nombré) engañándome (...) Del gobierno que yo presidí en febrero [1936], ¿sabe usted cuantos ministros quedaron en España? Dos: Casares y Giral (...) De los embajadores ‘políticos’ que yo nombré, sólo uno, al cesar en su cargo ha venido a Valencia a saludar (...) y ponerse a las órdenes del gobierno: Díez-Cañedo. Los demás se quedaron en Francia...’” Bolloren, *op. cit.*, p. 118.

²⁶¹ Fernando Claudín *op. cit.*, p. 179.

Las declaraciones de los socialistas, incluso de los líderes comunistas reconocen esta situación. “El Estado se colapsó y la República se quedó sin ejército, sin policía y con su maquinaria administrativa diezmada por las deserciones y el sabotaje”, escribía Julio Álvarez del Vayo. “Todo el aparato del Estado quedó destruido y el poder pasó a la calle”, señaló Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*.” Bolloren, *op. cit.*, pp. 112-113.

En todas las regiones y ciudades, en los pueblos y localidades, surgieron los comités revolucionarios de los trabajadores para hacerse cargo de la situación: “A algunas de las cuestiones planteadas por la revolución catalana se les estaba dando respuesta en las condiciones distintas de Asturias. A menos de dos años de la insurrección de octubre, la región minera e industrial volvía a hallarse en plena revolución. Al principio, fue en muchos aspectos una repetición de la comuna de octubre. En los pueblos mineros, los

Azaña, Martínez Barrio y Giral quedaron literalmente arrinconados, incapaces de reaccionar ante la enérgica actuación de las masas y obligados a sancionar lo que en la práctica eran ya hechos consumados. Una situación de doble poder se extendió por todo el país. En cada distrito, ciudad y pueblo, los partidos y los sindicatos organizaban sus propias milicias para defenderse y preparar el contraataque en el terreno militar. La vieja administración municipal de los ayuntamientos desapareció reemplazada por comités que representaban a todas las organizaciones antifascistas, aunque en la práctica integrados por una mayoría aplastante de delegados de los partidos y sindicatos obreros.

Al mismo tiempo, la revolución apuntó directamente hacia la disolución de las relaciones de propiedad capitalista mediante la incautación de miles de empresas y fábricas por parte de comités encabezados por militantes de CNT-UGT. Esta situación alcanzó su máximo apogeo en el caso de Barcelona y Cataluña, donde los comités de CNT se entregaron a la obra colectivizadora de cientos de fábricas incautadas así como al control de sectores estratégicos. Las empresas colectivizadas en Catalunya afectaban a ferrocarriles, tranvías, autobuses, taxis; transporte marítimo; compañías de energía y gas; compañías de agua; fábricas de ingeniería y montaje de automóvil; minas; fábricas de cemento; industrias textiles; industrial del papel; compañías eléctricas y químicas; industrias de alimentación; a estas ramas hay que añadir las imprentas, periódicos, hoteles, restaurantes, cines, teatros, y la municipalización de miles de viviendas de la burguesía. Inmediatamente, los obreros de la metalurgia comenzaron también la fabricación de material militar, que en pocos meses se transformó en una auténtica industria de guerra.

Igual ocurrió en el campo, donde la acción enérgica de miles de militantes confederales y ugetistas puso las tierras de los caciques y de los medianos propietarios en manos de las colectividades que se organizaron por todo el territorio republicano, y que en Aragón especialmente, pero también en Castilla-La Mancha y Andalucía adquirirían grandes dimensiones.²⁶² Las colectividades en el campo no sólo fueron obra de la CNT, también la dirección de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT-UGT) estaba implicada de lleno, y la argumentaba ante el temor de que los pequeños campesinos pudieran convertirse en una amenaza para el desarrollo futuro de la revolución. Estas eran las palabras de un dirigente de la FNTT: “Colectividad... Colectividad. Es el único medio de salir adelante, porque con repartos, a estas alturas, no se debe ni pensar, porque las tierras no son iguales, y las cosechas son distintas en

obreros se hicieron cargo de las minas, enviaron hombres al frente, que distaba sólo unos kilómetros, organizaron la distribución de alimentos y crearon sus propias patrullas obreras. Como en toda la zona del Frente Popular, el poder estaba disperso en decenas de comités locales...”. Ronald Fraser, *op. cit.*, p. 329.

²⁶² Para conocer la labor colectivizadora de la revolución española se puede consultar la amplísima bibliografía que existe al respecto. Entre la abundancia de títulos destacan algunas obras generales, entre las que citamos: Walter L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*, Ed. Crítica, Barcelona 1982; Albert Pérez Baró, *30 meses de colectivismo en Catalunya*, Editorial Ariel, Barcelona 1974 (según este autor, al amparo del decreto de colectivizaciones de la Generalitat catalana, se legalizaron 2.000 colectividades industriales y comerciales en Barcelona fundamentalmente, pero también en el resto de Catalunya aunque a un nivel menor); Frank Mintz, *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*, Traficantes de sueños, Madrid 2006; A. Souchy-P.Folgare, *Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española*, Editorial Pluma de Indio, Catalunya 2007; Antoni Castells Duran, *El proceso estatizador en la obra colectivista catalana (1936-1939)*, Nossa y Jara Editores-Madre Tierra, Madrid 1996; Julián Casanova, *Anarquismo y revolución social en la sociedad rural aragonesa (1936-1938)*, Ed. Siglo XXI, Madrid 1985; Antonio Gambáu Gil, *Consejo de Defensa y movimiento colectivista de Aragón 1936-1939*, Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, Caspe 2007

sus variedades, unas se pueden hacer mejor que otras, y sería volver a las andadas, de que unos, trabajando más, les sea la suerte adversa y no pedan comer, mientras que otros, por tener el santo de cara, vivan bien, y tengamos otra vez dueños y criados.”²⁶³

La obra constructiva de la revolución española, ampliamente estudiada, y en la que los anarcosindicalistas jugaron un papel esencial para su desarrollo y extensión (aunque no fueron los únicos, miles de militantes socialistas, incluso comunistas, y por supuesto poumistas contribuyeron activamente), reflejaba ante todo las ansias de liberación social y emancipación de las masas trabajadoras. La experiencia frustrante de cinco años de “República de trabajadores de toda clase” no había pasado en balde. Los obreros y campesinos sin tierra volvieron a salvar la situación durante el golpe militar, pero lo más llamativo de los meses que transcurrieron después de julio es que, a pesar de no existir una dirección con ideas claras y precisas de cómo coronar con éxito el movimiento, con una tendencia general a la colaboración de clases y la recomposición del Estado en las filas comunistas, socialistas de derecha y republicanas, con vacilaciones y concesiones innumerables por parte de los líderes de la CNT y la FAI, y sin una estrategia de coordinación y centralización de los comités obreros surgidos por toda la geografía, la revolución española fue más lejos, en muchos terrenos, que la revolución rusa de 1917 o la alemana de 1918-19.

La negación de este hecho, especialmente desde los órganos estalinistas oficiales, formó parte de una falsificación histórica de envergadura. Como dejó escrito Burnett Bolloten: “Aunque el estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 fue seguido de una revolución social a gran escala en la zona antifranquista —en algunos aspectos, más profunda que la revolución bolchevique en sus primeras fases—, a millones de personas se les ocultó no sólo su profundidad y magnitud, sino incluso su existencia, por medio de una política de duplicidad e hipocresía de la que no hay paralelo en la historia”.

“MANTENER LA UNIDAD DEL FRENTE POPULAR”

Desde el punto de vista práctico, las tareas de la revolución democrática (especialmente la incautación de las grandes propiedades latifundistas) fueron satisfechas en pocas semanas gracias a la actuación de los obreros en armas y los campesinos. Pero esta acción colectiva de la clase obrera y el campesinado pobre no respetó el marco del capitalismo, fue mucho más lejos, enlazando las realizaciones democráticas con medidas abiertamente socialistas. Igual que en el periodo de febrero a octubre de 1917 en Rusia, pero en esta ocasión de una manera mucho más concentrada en un lapso más reducido de tiempo, la revolución española abordó las tareas socialistas con profundidad y extensión. Las conquistas de julio a octubre de 1936 en lo referido a incautaciones de la propiedad capitalista, tanto de fábricas como de tierras, y el control obrero sobre la actividad productiva, fue mayor que la realizada por los bolcheviques en los meses inmediatamente posteriores a octubre de 1917. Incluso en el campo, los bolcheviques tuvieron que adoptar el programa de los socialistas revolucionarios, es decir, la entrega de la propiedad de la tierra al campesinado y no su colectivización. En el caso del Estado español, la colectivización de la tierra fue asumida de forma natural por decenas

²⁶³ *Ibid.*, p. 141.

de miles de campesinos y jornaleros que habían visto sus expectativas frustradas durante años de promesas, y tras una ley de reforma agraria que dejó intacto el poder de los terratenientes.

Las masas obreras y campesinas españolas estaban sobradas de conciencia, preparación y decisión revolucionaria, pero la ausencia de una dirección revolucionaria hizo que el desarrollo de los acontecimientos tuviera que transitar por derroteros muy diferentes al de Rusia. Frente a la colaboración de clases del gobierno provisional, una colación de burgueses liberales, mencheviques y eseristas, los bolcheviques se basaron en la movilización del proletariado para expropiar económica y políticamente a los capitalistas, los terratenientes y sus aliados imperialistas. Después del octubre ruso, el gobierno obrero llamó a completar la revolución encabezando la acción de las masas, dándole cobertura y fortaleciéndola a través de la abolición de las instituciones de la legalidad burguesa, como el Parlamento (léase Asamblea Constituyente) y sustituyéndolas en todo el territorio ruso por los órganos del poder socialista: los soviets de obreros y campesinos. En el caso de la revolución española, no existía un gobierno como el de Lenin y Trotsky. El estalinismo, que usurpó la bandera del comunismo en estos grandes acontecimientos, se comportó de una forma diametralmente opuesta a la de los bolcheviques en 1917. En la práctica, jugó un papel semejante al del menchevismo o al de los dirigentes socialdemócratas alemanes en la revolución de 1918-19, con una hostilidad manifiesta a las realizaciones revolucionarias del proletariado encubierta bajo en el eslogan de “defensa de la república democrática”.

En la coyuntura revolucionaria de julio de 1936 y en los meses posteriores, las organizaciones obreras contrastaron sus políticas en una lucha social y militar sin parangón. El ala de derechas del PSOE, con Prieto y Negrín a la cabeza (Besteiro se había desprestigiado completamente después de denunciar que los obreros hubieran recurrido a las armas en octubre de 1934), afianzaron sus vínculos con los republicanos y con la dirección del PCE, en una comunión ideológica que está muy documentada. Su visión de la guerra y la revolución coincidía en esencia con la de la Comintern, lo que no evitó toda una serie de desavenencias y enfrentamientos entre Prieto y los dirigentes estalinistas, que se recrudecieron al final de la guerra y en la época del exilio.

En cuanto a Largo Caballero, su posición, desde febrero del 36 hasta el inicio de la guerra, estuvo atravesada por una aguda contradicción: en sus declaraciones públicas abogaba por la revolución proletaria y se manifestaba en contra de las coaliciones con la burguesía republicana, pero en la práctica apoyó el acuerdo de Frente Popular y sostuvo al gobierno de Azaña en los asuntos fundamentales. En el auge huelguista de febrero a julio del 36, repitió su comportamiento de los meses previos a la insurrección de octubre, manteniendo una actitud ambigua cuando no de hostilidad hacia ellas, lo que le atrajo los reproches de la CNT. A pesar de su desconfianza hacia la forma en que se produjo la unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas, Largo Caballero la aceptó y se convirtió en un agitador activo a favor de la unidad orgánica de ambos partidos (pensando en la absorción del PCE en las filas de la izquierda socialista). En ambas empresas, el resultado final fue de signo muy distinto al que esperaba pues, como es conocido, una parte considerable de los dirigentes de la izquierda socialista, tanto de las Juventudes como del Partido, fue asimilada por el PCE.

Sus vacilaciones, y sobre todo la distancia que separaba sus declaraciones de su práctica, fueron segando la hierba debajo de sus pies y favoreciendo la consolidación de la estrategia general que los líderes estalinistas marcaban con una coherencia y decisión

incomparablemente mayor. De hecho, sus enfrentamientos con la dirección del PCE se sucedieron en las semanas posteriores al golpe fascista, pero en los momentos decisivos aceptó las líneas generales de estos.

Respecto a la cuestión militar, centro de las polémicas de la izquierda, Largo se mantuvo al principio en una postura crítica con el PCE. Cuando el gobierno de Giral (designado tras la dimisión de Martínez Barrio el 19 de julio), llamó al alistamiento a 10.000 soldados reservistas para organizar una fuerza independiente de las milicias y bajo mando gubernamental, los dirigentes del PCE apoyaron inmediatamente la propuesta. La opinión de la izquierda socialista fue diferente. Como denunció *Claridad*, el órgano caballerista: “Pensar en otro tipo de ejército para sustituir a los que actualmente luchan y que en cierto modo controlan su propia acción revolucionaria es pensar en términos contrarrevolucionarios. Eso es lo que Lenin dice [*El Estado y la Revolución*]: ‘Cada revolución, tras la destrucción del aparato del Estado, nos enseña cómo la clase gobernante restablece cuerpos especiales de hombres armados a su servicio, y cómo las clases oprimidas intentan crear una nueva organización de un tipo capaz de servir no a los explotadores, sino a los explotados.’ Nosotros (...) debemos cuidar de que las masas y los dirigentes de las fuerzas armadas, que deben ser sobre todo el pueblo en armas, no se nos escapen de las manos.”²⁶⁴ Semanas más tarde, con Largo Caballero ya al frente del gobierno, su postura respecto al ejército dio un giro de 180 grados. Lo mismo se puede decir de otras cuestiones esenciales, como el papel de los comités obreros, las colectivizaciones, la política exterior y el afán por atraerse el apoyo de las potencias “democráticas”... En todos los asuntos de vital importancia para la revolución, el centrismo de Largo Caballero (en su acepción marxista) le mantuvo en una posición incoherente, hasta que finalmente le desarmó políticamente frente a rivales mucho más consecuentes.

Ya hemos señalado anteriormente cuál fue la postura de la Comintern ante la amenaza de golpe militar fascista, y la actitud de apoyo que el PCE observó hacia el gobierno republicano en las fechas cruciales del 18 y 19 de julio. “Como recordó posteriormente en sus memorias Vicente Uribe”, escribe Hernández Sánchez, “el PCE brindó todo su apoyo posible al gobierno de José Giral e hizo cuanto pudo para ayudarle en su tarea, aunque la valoración que le mereciera era muy pobre: ‘Podía derribársele por sí sólo en cualquier momento’. Pero era la representación legal de la República y había que mantenerlo a toda costa”.²⁶⁵ No obstante, como ocurrió en otros momentos de la lucha, los dirigentes estalinistas tenían que adaptar su discurso a una realidad inapelable. Miles de militantes comunistas de base habían participado activamente en los combates callejeros contra la sublevación fascista. En Madrid, en Málaga, en Asturias, jugaron un papel destacado. También en la resistencia armada contra las fuerzas de Queipo de Llano en Sevilla, plaza fuerte de la organización, y que se saldó con una matanza brutal de obreros comunistas, prolongada en la furiosa represión contra los pueblos jornaleros de la provincia y en numerosas localidades de Andalucía occidental.

La situación revolucionaria abierta en la España republicana fue reconocida incluso por los periódicos comunistas europeos. El 22 de julio, el *Daily Worker*, órgano del PC británico señalaba en su editorial: “En España, socialistas y comunistas luchan hombro con hombro en encendida batalla para defender sus sindicatos y sus organizaciones políticas, para salvar la república española y para defender las libertades democráticas

²⁶⁴ *Claridad*, 20 de agosto de 1936.

²⁶⁵ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 90.

para poder avanzar *hacia una república soviética española*.²⁶⁶ Pero todos estos excesos dialécticos de primera hora pronto se cortaron de cuajo. Aunque la opción de la Comintern —la “defensa” de la URSS, de la “democracia burguesa” y el respeto a los acuerdos diplomáticos alcanzados con las potencias imperialistas—, les obligaba a seguir un curso contradictorio con el desarrollo de los acontecimientos, se reimpusieron plenamente las directrices generales. En lugar de ponerse a la cabeza de las realizaciones revolucionarias, de impulsarlas y generalizarlas, de preparar las condiciones para coronar con éxito la revolución social, los dirigentes del PCE hicieron todo lo contrario.

La orientación sistemática de los dirigentes del PCE al movimiento socialista, después de los éxitos cosechados con la unificación de las Juventudes y la atracción de Largo Caballero a las posiciones pro partido único del proletariado, dio un paso al frente en Catalunya con la creación del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Fundado el 23 de julio de 1936 en el *Bar del Pi*, fue el resultado de la fusión de las Federación Catalana del PSOE, la Unió Socialista de Catalunya de Joan Comorera, el Partit Comunista de Catalunya, y el Partit Català Proletari. Con el nuevo partido, que se afilió a la Comintern inmediatamente, el estalinismo contaría con una base de apoyo de la que no había disfrutado anteriormente en Catalunya.

El PSUC, que en los momentos iniciales tendría unos cuantos miles de militantes, jugaría un papel crucial en la política catalana, en la Generalitat y en la lucha contra los órganos de poder obrero creados en Barcelona tras las jornadas revolucionarias del 18-20 de julio que aplastaron el levantamiento fascista. Basado principalmente en la sección catalana de la UGT, mucho más minoritaria que la CNT, pronto se destacó como un portavoz cualificado de la pequeña burguesía urbana y rural. A través de su influencia preponderante en las Federaciones de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales (GEPCI), el PSUC se convirtió en el defensor más activo de la pequeña propiedad, de la libertad de comercio, y en el detractor número uno de las incautaciones de fábricas, del control obrero de la producción y de las colectivizaciones, fraguando así una estrecha unidad de acción y colaboración con la Esquerra Republicana de Lluís Companys.

En las primeras semanas de guerra civil, las comunicaciones del PCE con la Comintern, a través de los telegramas enviados por Vittorio Codovilla, estaban trufadas de un triunfalismo sin sentido. En todos se informaba del avance de las milicias y de la pronta derrota militar de los insurrectos. Una apreciación que distaba mucho ser cierta. En lo sucesivo, Dimitrov y otros dirigentes de la IC, cautelosos e informados por la prensa internacional de los acontecimientos, exigirán una comunicación mucho más precisa, que se obtendrá también de manera abundante con el envío —en muy poco tiempo— de asesores soviéticos y delegados de la Comintern sobre el terreno.

Lo más destacado, no obstante, es la insistencia de no salirse, bajo ningún pretexto, de la línea política trazada. En un telegrama enviado desde el Secretariado de la Comintern a los dirigentes del PCE, el 31 de julio de 1936, se subraya cuál debe ser su actuación: “Con el objetivo de facilitar una ayuda real y eficaz al pueblo español, y a fin de paralizar la campaña de la prensa mundial reaccionaria, os aconsejamos que intervengáis para que el gobierno haga una declaración del siguiente tenor. 1. Que el

²⁶⁶ Citado en Felix Morrow, *op. cit.*, p. 103.

pueblo español, bajo su gobierno republicano, está luchando por la defensa de la República democrática, por la democracia y el orden republicano, contra el fascismo, la anarquía y la contrarrevolución. 2. Todas las confiscaciones que tienen lugar ahora no están dirigidas contra la propiedad privada en general, sino contra la de quienes han participado en la rebelión. 3. El gobierno debe declarar también que el pueblo español y su gobierno aprecian los sentimientos religiosos de su gente, y que la única razón por la que fueron ocupados ciertos monasterios durante la lucha fue porque se habían convertido en posiciones militares estratégicas de los rebeldes. 4. El gobierno garantiza los intereses de los ciudadanos extranjeros en España y la inviolabilidad de sus propiedades (...).²⁶⁷

La respuesta del PCE a las directrices de la Comintern no se hicieron esperar. Para el 29 de julio, el Comité Central del Partido ya había hecho pública una declaración en la que se subrayaba el carácter de la lucha: “Nosotros, comunistas, defendemos un régimen de libertad y de democracia; nosotros, al lado de los republicanos, de los socialistas y de los anarquistas, impediremos cueste lo que cueste que España camine hacia atrás, que marche de espaldas al progreso”. Tales eran las consignas del momento, muy por debajo del nivel que había alcanzado la lucha revolucionaria en la zona republicana. Incluso Elorza y Bizcarrondo ven en la declaración algo más: “El comunicado insistía en la capacidad del pueblo español para vencer por sí solo siempre que no tuviera lugar una intervención exterior fascista favorable a los sublevados. Suponía de este modo un respaldo a la política de no intervención que está a punto de suscribir el gobierno soviético y el primer apunte de la perspectiva que pronto va a ser adoptada desde el PCE, presentando la contienda como una guerra de independencia nacional, similar a las del pasado en la historia de España, sólo que en este caso con las potencias fascistas en el papel de invasores.”²⁶⁸

Por si no estaba clara la postura, Jesús Hernández, miembro del Buró Político del PCE y futuro ministro en el gobierno de Largo Caballero, remacha el 6 de agosto en *Mundo Obrero*: “Es absolutamente falso que el actual movimiento obrero tenga la intención de establecer una dictadura proletaria después de que la guerra haya terminado. No se puede decir que nosotros tenemos un motivo social para participar en la guerra. Nosotros los comunistas somos los primeros en rechazar esta suposición. Nosotros estamos únicamente motivados por el deseo de defender la república democrática.” También el 8 de agosto, *Mundo Obrero* reproduce las declaraciones de Hernández a la prensa extranjera: “[Yo] les declaró lealmente que no entra en los propósitos ni en la convicción de los trabajadores —como ha repetido ya muchas veces estos días nuestro Partido por boca de nuestro secretario José Díaz y de nuestra camarada *Pasionaria*, así como se está expresando en *Mundo Obrero*— el que vaya a hacerse la revolución de tipo proletario. Es decir, que para nosotros, sin dejar de ser comunistas, manteniendo íntegra nuestra significación revolucionaria, sabemos que para llegar a una época en que sea posible realizar nuestras aspiraciones máximas, tienen que darse determinadas condiciones históricas que ahora no se dan. Vivimos desde hace tiempo en España un periodo de revolución democrático-burguesa. Están sin resolver el problema de la tierra y todos los problemas que caracterizan una revolución de tipo democrático. Por tanto, sin liquidar este periodo no podemos, ni debemos, ni queremos, hablar de revolución proletaria o, como dicen los traidores a la República, instaurar el comunismo.”

²⁶⁷ Radosh, *op. cit.*, p. 49.

²⁶⁸ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 302.

Esta era la posición del Partido en el momento que los obreros habían derrotado con las armas al golpe fascista en las principales ciudades del país, constituían comités revolucionarios, incautaban la tierra y las fábricas, las ponían bajo su control, y organizaban las milicias. Cuando en 1931, las esperanzas de que la República pudiese resolver los problemas endémicos de la sociedad eran visibles entre amplias capas de la población trabajadora, la Comintern y el PCE mantenían la política sectaria del “tercer periodo” y denunciaban históricamente a la República por burguesa y reaccionaria, despreciando la lucha por los derechos democráticos. Pero ahora, después de cinco años de frustraciones, de represión gubernamental, de no tocar la gran propiedad terrateniente, mantener el poder de la Iglesia, a los mandos militares africanistas y reaccionarios en sus posiciones y promocionarlos, cuando se había producido el triunfo de Hitler y una insurrección obrera en octubre del 34, y la conciencia socialista de las masas había avanzado con rapidez creando condiciones maduras para consolidar el poder de los trabajadores, los dirigentes estalinistas se transformaron en los campeones de la democracia burguesa y en los valedores de una política que marchaba directamente contra las aspiraciones revolucionarias de la mayoría de los explotados.

Las esperanzas revolucionarias que se habían despertado en la base comunista de numerosos países, también recibieron una buena dosis de agua fría. La prensa estalinista emitió comunicados demoleedores. *L’Humanité*, órgano del Partido Comunista Francés, publicó la siguiente nota el 3 de agosto: “El Comité Central del Partido Comunista de España nos ha pedido, en respuesta a los relatos fantásticos e interesados de cierta prensa, que informemos a la opinión pública de que el pueblo español, en su lucha contra los facciosos, no pretende la instauración de la dictadura del proletariado y no tiene más que un solo objetivo: la defensa del orden republicano y el respeto a la propiedad”. Y se insiste en la misma línea en un manifiesto publicado por el Partido Comunista Francés ese mismo día: “Hablamos en nombre de los camaradas comunistas, de los socialistas y de todos los que combaten por la libertad en España cuando proclamamos que no se trata en absoluto de establecer el socialismo en España. Se trata únicamente de la defensa de la República democrática por el gobierno constitucional, el cual, ante la traición, ha apelado al pueblo para la defensa del orden republicano.”²⁶⁹

LOS PRIMEROS VOLUNTARIOS Y LOS ACONTECIMIENTOS FRANCESES

Los primeros combates entre las milicias obreras y el ejército sublevado provocaron una conmoción extraordinaria en las filas del movimiento obrero internacional. La resistencia armada de los trabajadores españoles al golpe militar movilizó la solidaridad activa de cientos de miles de militantes de la izquierda, jóvenes, obreros e intelectuales en todos los rincones del mundo. La composición de estos primeros combatientes extranjeros en las filas milicianas es un hecho poco conocido, pues la intervención de las Brigadas Internacionales, formadas más tarde, fue mucho más relevante sin duda. No obstante merece la pena detenernos un poco en esta cuestión.

“Los primeros extranjeros que lucharon al lado de los republicanos” escribe Rèmei Skoutelsky, “se encontraban ya en España el 18 de julio de 1936. Se trataba

²⁶⁹ Citas en Bolloten, *op. cit.*, p. 211.

esencialmente de refugiados políticos de los países fascistas, en particular anarquistas alemanes e italianos (...) A este primer grupo se sumaron algunos deportistas que habían llegado para participar en las Olimpiadas de los Trabajadores, las Espartaquiadas, cuya inauguración estaba prevista para el 19 de julio en Barcelona como contrapartida a los Juegos Olímpicos organizados por la Alemania nazi (...) En Madrid, un argentino de origen francés, Hyppolyte Etchebéhère, militante del POUM instalado en España desde el mes de mayo, organizó el Batallón de Voluntarios Obreros del 20 de julio con miembros de su partido.” Tras ser muerto en el combate veinte días después, su viuda Mika, se hizo cargo de la columna y luego fue nombrada oficial del Ejército Popular.²⁷⁰

“En Barcelona”, continúa Skoutelsky, “un puñado de judíos polacos y alemanes que residían en España desde hacía varios años se sumaron al combate durante las jornadas de julio. Formaron un grupo armado que fue bautizado como *Thaelmann* en honor del dirigente comunista alemán por entonces prisionero en Buchenwald (...) Además, a partir del momento en que se anunció el golpe y durante las siguientes semanas, muchos militantes, solos o en grupos, se pusieron en marcha rumbo a España. La mayoría de ellos residía en Francia, dónde la gente que deseaba combatir se dirigía a las diversas representaciones españolas. Si iban a la Embajada se les invitaba a contactar con el Comité de Ayuda Mutua a la España Republicana, creado a comienzos de agosto por el Socorro Rojo Internacional, organización que dependía de la Comintern...”²⁷¹ Lo mismo sucedió en numerosos consulados españoles, en Nueva Cork, Brasil, Argentina, Uruguay, Cuba, México..., a lo que hay que añadir la llegada clandestina de numerosos militantes desde Francia, Bélgica y Gran Bretaña.

La participación de voluntarios en los combates iniciales entre las milicias y el ejército fascista esta bien documentada: en el desembarco de Mallorca (9 de agosto de 1936); en Irún, tras la ofensiva franquista del 26 de agosto, donde los voluntarios comunistas franceses jugaron un gran papel; también en la Columna Durruti, a la que se habían sumado militantes anarquistas procedentes de Francia e Italia; en la Columna Lenin del POUM destacada en Huesca, e integrada por una cincuentena de trotskistas europeos y de otros partidos cercanos al POUM, italianos, franceses, belgas, portugueses, alemanes..., y en la que participó el escritor británico George Orwell. La columna del PSUC, Libertad, contaba asimismo con unos doscientos voluntarios en septiembre del 36.²⁷²

La agitación por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en España era especialmente importante entre los trabajadores franceses. Sus deseos de intervenir en la guerra española estuvieron determinados, sin duda, por el asenso de la lucha de clases que empujó a Francia hacia una crisis revolucionaria a lo largo de la primavera y verano de 1936. La oleada de huelgas obreras, ocupaciones de empresas y radicalización política, que desbordaron las consignas y el planteamiento frentepopulista del PCF y pusieron en cuestión al régimen capitalista galo, representaron una oportunidad excepcional para modificar el equilibrio de fuerzas en la guerra civil española.

²⁷⁰ Mika Etchebéhère dejó testimonio de su participación en la columna del POUM en el libro, *Mi guerra de España. Testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2003.

²⁷¹ R mi Skoutelsky, *Novedad en el frente. Las Brigadas Internacionales en la guerra civil*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid 2006, pp. 37-39. Esta es sin duda una de las mejores y más completas investigaciones sobre las Brigadas Internacionales.

²⁷² *Ibid.*, pp. 40-44.

El Frente Popular había ganado las elecciones francesas del 26 de abril y 3 de mayo de 1936, con unos resultados históricos para la izquierda. Los comunistas franceses obtuvieron 1.469.000 votos (700.000 más que en las anteriores elecciones), y 77 diputados (frente a 10 de los últimos comicios). La SFIO (Partido Socialista), que poco antes había sufrido una ruptura por la derecha, se alzó con 1.977.000 votos y 146 escaños, convirtiéndose, por primera vez en la historia del país, en el grupo parlamentario más importante. Los Radicales, el aliado burgués “confiable”, se dieron un rotundo batacazo pasando de 159 diputados a 116.

La Constitución de la Tercera República preveía un plazo de un mes entre las elecciones y la toma de posesión del nuevo gobierno, pero igual que sucedió en el Estado español, las masas obreras no esperaron a las formalidades administrativas y se lanzaron a la ofensiva. El 14 de mayo, los obreros metalúrgicos de la fábrica Bloch se pusieron en huelga y ocuparon la fábrica. El triunfo de su acción fue inmediato: la dirección de la empresa cedió al día siguiente, concediendo un aumento salarial y vacaciones pagadas. Fue la señal para un movimiento huelguístico que se extendió a lo largo de todo el país y que terminó con grandes victorias. León Blum, dirigente del PSF y posterior jefe de gobierno del Frente Popular, trató de tranquilizar a los grandes capitalistas con reiterados llamamientos a la calma y a la moderación de los obreros; pero el desafío estaba en marcha. El 26 de mayo todas las fábricas del sector automovilístico, incluidos los 35.000 trabajadores de la fábrica Renault, y de la industria de la aviación del departamento del Sena, se pusieron en huelga, al igual que los obreros de la construcción ocupados en las obras de la Exposición Universal de París. La dirección de la CGT, reunificada desde el mes de marzo bajo la dirección de Léon Jouhaux²⁷³, se opuso a la movilización con llamamientos a los trabajadores para volver al trabajo. Sus emplazamientos, sin embargo, cayeron en saco roto.

Cuando el 24 de mayo se celebró la conmemoración de la Comuna de París, y una manifestación multitudinaria de más de 600.000 asistentes abarrotaba las calles, el pánico entre las filas de la clase dominante ya era notorio. El movimiento de ocupación de fábricas, en demanda de salario mínimo, la semana de 40 horas, aumento del pago de las horas extraordinarias y vacaciones pagadas, se extendió. El diario reaccionario *Le Temps*, portavoz de la plutocracia capitalista, tuvo que reconocer en su edición del 31 de mayo “el orden que reina en las fábricas”, y lo más importante, que los trabajadores actuaban “como si las fábricas ya les pertenecieran”. El 4 de junio, víspera de la toma de posesión del nuevo gobierno, las huelgas triunfaban prácticamente en todas las industrias comenzando a paralizar la economía nacional.

“En toda la historia de las luchas obreras francesas”, escribe Claudín “no se había conocido un movimiento huelguístico de semejante envergadura. Y las características que toma, emplazadas sobre el fondo político que han revelado las elecciones, justifica que algunos de los contemporáneos recordasen el famoso diálogo: ‘*Mais c’est une révolte? – Non, Sire, c’est une révolution*’. El movimiento, en efecto, tiene desde el primer momento el sello que marca el comienzo de toda auténtica revolución: la iniciativa espontánea de las grandes masas, el cambio cualitativo de su estado de ánimo, la coincidencia única de millones en la misma voluntad de poner fin a un estado de cosas, el desbordamiento de los cauces habituales... Casi todos los que han estudiado el

²⁷³ Léon Jouhaux (1870-1954). Secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT), el principal sindicato de Francia, que en 1934 contaba alrededor de un millón de afiliados. Mantuvo una línea política reformista y socialpatriota.

acontecimiento, o lo vivieron, coinciden en el diagnóstico. Desde el primer momento, dice Jacques Fauvet, la acción ‘toma un doble aspecto revolucionario, atentatorio a la autoridad y a la propiedad’. Se ponen en movimiento, escribe Annie Kriegel, ‘las grandes multitudes, *les masses sauvages*, los reservistas de los tiempos de revolución’. Y Jouhaux, que emplea a fondo todo el prestigio de su largo patriarcado en el movimiento sindical para apagar el incendio, explica en aquellos mismos días: ‘El movimiento ha sido desencadenado sin que se sepa exactamente cómo ni cuándo. Hemos asistido a una explosión del descontento de las masas populares, que burladas, comprimidas, durante años y años, habían refrenado su descontento, y que en la atmósfera libre creada con la afirmación popular del 3 de mayo encontraban la posibilidad de manifestarlo’.

“En efecto, la huelga masiva, y menos aún la ocupación masiva de las fábricas, no las ha decretado nadie y han sorprendido a todos: direcciones sindicales y políticas, gobierno y patronal, derecha e izquierda. La clase obrera ha aprovechado la victoria electoral del Frente Popular comprendiendo perfectamente que es ante todo su obra, la expresión de su nueva fuerza; pero al mismo tiempo demuestra hacerse pocas ilusiones sobre el cumplimiento de las promesas electorales. Lo que hace ‘explosión’ no es sólo el descontento económico, sino la desconfianza acumulada durante años y años, a través de elecciones y elecciones, en las soluciones parlamentarias. Reviven, como dice justamente el historiador G. Lefranc, algunas de las ideas-fuerza del sindicalismo revolucionario francés: la desconfianza hacia el Estado y los partidos políticos, y la confianza en la eficacia de la acción directa de las masas proletarias. Los trabajadores no se hacen ilusiones sobre la cohesión ni la decisión reformadora de la coalición electoral y parlamentaria que ellos mismos han izado al poder. Se dan cuenta dónde está la base de su fuerza y ocupan las fábricas (...)”.²⁷⁴

No hay duda que el movimiento de los trabajadores franceses planteaba sobre la mesa la cuestión del poder. Con las ocupaciones de fábrica y el control obrero de la producción, la burguesía francesa, igual que la italiana en 1920 o la española entre febrero y julio del 36, se veía impotente para retornar a la situación de “normalidad” por sus propios medios. Esta amenaza contra la existencia misma del Estado capitalista, también suponía una andanada directa contra la línea de flotación de la colaboración de clases personificada por el Frente Popular. El dirigente estalinista Thorez, paladín de la alianza con los Radicales y ahora defensor a ultranza de la propiedad burguesa, tenía que enfrentarse con los obreros, de filiación socialista y comunista en su gran mayoría, que se apoderaban de esa misma propiedad. El PCF, siguiendo las directrices de la IC, trató por todos los medios de moderar el movimiento, con llamadas continuas a la vuelta al trabajo. Thorez insistía una y otra vez en que la situación “no era revolucionaria”, y advertía a los trabajadores contra el peligro de “hacer el juego al fascismo”. Pero los trabajadores no tenían en cuenta las consignas de sus “dirigentes”.

El 6 de junio, el número de huelguistas superaba los 500.000. El 7 de junio se acercaba al millón. La ofensiva era tan potente, que en los círculos dirigentes se temía, y con razón, que la lucha culminará en una revolución socialista y con ella el fin del capitalismo. Igual que en otras circunstancias críticas, los capitalistas recurrieron a los dirigentes reformistas del movimiento obrero para salvar la situación. Y los líderes del Frente Popular francés se prestaron a la maniobra con diligencia: el 7 de junio el gobierno Blum patrocinó las negociaciones en el Hotel Matignon entre patronal y los

²⁷⁴ Fernando Claudín, *op. cit.*, pp. 160-161.

jefes de la CGT. Obviamente, los capitalistas no tenían más remedio que hacer concesiones ante la amenaza de perderlo todo. Finalmente, los empresarios aceptaron un incremento salarial entre el 7% y el 12% en el sector privado, la semana de 40 horas, 2 semanas de vacaciones pagadas, el reconocimiento de la negociación colectiva y nuevos derechos sindicales. Para comprender la profundidad del movimiento, que respondía a una voluntad clara de acabar con la injusticia capitalista, Blum señaló que, a pesar de los acuerdos de Matignon, la crisis no había terminado. En un discurso ante la Cámara de diputados afirmó: “Estamos, lo sabéis, caballeros, en unas circunstancias donde cada hora cuenta”. Y así ocurrió. Los acuerdos de Matignon, lejos de poner punto y final a la lucha, hizo crecer la confianza de los trabajadores y su audacia; las huelgas se intensificaron y, paralelamente, se produjo una explosión de afiliación sindical: la CGT pasó de un millón a ¡5.300.000 afiliados!

La vanguardia de la lucha, los metalúrgicos de la región parisina, se opusieron al acuerdo y decidieron continuar la huelga, que esta vez traspasó las líneas de las fábricas para contagiarse a los obreros del comercio y a los trabajadores agrícolas que empezaron a ocupar las grandes explotaciones. Sectores anteriormente desorganizados, tomaron impulso: en París y en numerosas ciudades, los cafés, los hoteles y los restaurantes fueron ocupados. Pero el salto más importante se reveló en la formación de comités obreros en grandes empresas, auténticos embriones del poder de los trabajadores.

El 8 de junio, en la fábrica Hotchkiss, en Levallois, un barrio al noroeste de París, se celebró una asamblea con delegados de 33 fábricas de los alrededores; en ella se votó una resolución exigiendo la elección de un “comité central de huelga”. Para el 10 de junio, las principales industrias de París, en el departamento del Sena, estaban paralizadas por la huelga y una Asamblea de delegados metalúrgicos en representación de setecientas fábricas lanzó un ultimátum: si la patronal no aceptaba sus reivindicaciones exigirían la nacionalización de las empresas, cuyo funcionamiento será asegurado bajo el control del personal técnico y obrero. Según Claudín el número de huelguistas en aquella fecha era de dos millones.²⁷⁵

Los trabajadores en lucha entraron en conflicto constante con las direcciones del PS y del PCF, que tuvieron que poner toda su autoridad en juego para poner fin a aquella situación. Cuando el 11 de junio se desata el rumor de que los obreros metalúrgicos se preparan para salir de las fábricas y marchar sobre el centro de París, Thorez reúne ese mismo día a los militantes comunistas de la región parisina y les emplaza a utilizar toda su influencia para poner fin a la lucha, planteando la siguiente disyuntiva: de seguir adelante la protesta, las consecuencias serían tremendas, se asustaría a la pequeña burguesía y el Frente Popular se rompería, “empeorando el desorden”. “Es necesario saber ceder en las transacciones, es necesario saber terminar una huelga (...) no ha llegado la hora de la revolución”, declaró rotundamente el dirigente estalinista. Al día siguiente, la asamblea de trabajadores metalúrgicos, en la que los militantes comunistas tenían un gran peso, aceptó firmar un acuerdo con la patronal y reanudar el trabajo. “El partido pone en circulación el siguiente lema: ‘El Frente Popular no es la revolución’. Y, en efecto, era otra cosa: en la Francia de junio de 1936 era el freno de la revolución, después de haber contribuido a abrir sus esclusas.”²⁷⁶

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 162.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 162.

En las dos semanas siguientes, el efecto desmoralizador de la política de los dirigentes estalinistas tuvo resultado y el movimiento fue declinando. El gobierno del Frente Popular sólo se mantuvo doce meses, hasta junio de 1937, pero la burguesía francesa obtuvo un gran resultado de su gestión. Como escribe Claudín: “Pese a la desconfianza global del proletariado hacia la nueva combinación electoral y parlamentaria, una fracción importante del mismo, que buscaba en aquella coyuntura la salida revolucionaria, confiaba en el Partido Comunista, el único de los existentes que hasta entonces no se había comprometido en las combinaciones parlamentarias, que durante quince años había acusado incansablemente a los reformistas de desaprovechar o traicionar las oportunidades revolucionarias, que aparecía como el representante titulado en Francia de la única revolución proletaria triunfante hasta la fecha. Por eso una nueva generación de revolucionarios acudió en aquellos años a inscribirse en sus filas, la influencia de sus cuadros sindicales creció rápidamente en el seno de la CGT reunificada, y un sector considerable de la clase obrera votó por los comunistas.

“Al mismo tiempo que reverdecía en cierto grado —como antes hemos señalado— el viejo fondo sindicalista revolucionario, y que dentro del socialismo reformista aparecía una corriente revolucionaria relativamente importante, el hecho mayor era que por primera vez el partido “marxista-leninista” se convertía en el partido hegemónico del proletariado francés. De él dependía el curso que tomara la crisis. Podía, como lo hizo, poner en la balanza todo el peso de su aureola revolucionaria a fin de canalizar el movimiento espontáneo de las masas hacia la salida gubernamental y reformista; o podía orientarse a desarrollar la potencialidad revolucionaria que el movimiento contenía (...) Thorez la lleva a un extremo caricatural cuando pretende demostrar que no existen condiciones para impulsar el movimiento de mayo-junio de 1936 hacia metas más radicales: ‘No tenemos todavía detrás de nosotros, con nosotros, decidida como nosotros hasta el fin, a toda la población campesina (...) Arriesgamos incluso en ciertos casos alienamos algunas simpatías de las capas de la pequeña burguesía y de los campesinos’. Huelga decir que si Lenin hubiera esperado a que *toda* la población campesina de Rusia estuviese tan *decidida* como los bolcheviques a la revolución *socialista*; si llega a esperar a que la perspectiva, abiertamente preconizada, de insurrección proletaria, no alienara a los bolcheviques *algunas* simpatías de la pequeña burguesía y de los campesinos, no habría habido revolución de Octubre (...)”²⁷⁷

La cuestión francesa estaba completamente vinculada a los acontecimientos españoles. La oportunidad de tomar el poder en Francia y completar la expropiación de los capitalistas, algo perfectamente posible en esos meses, fue directamente descartada por Stalin. Sus acuerdos diplomáticos, sus pactos militares con la “Francia burguesa”, hacían de esta perspectiva un anatema para los dirigentes de la IC y su sección francesa. Maurice Thorez planteó la cuestión a bocajarro el 25 de julio, amenazando a los trabajadores franceses de lo que podía ocurrir si tomaban el camino de la revolución y para ello no le queda más remedio que recurrir a los acontecimientos españoles: “Hay que representarse lo que sería de nuestro país si las bandas fascistas al servicio del capital lograran provocar, entre nosotros también, el desorden y la guerra civil, sobre todo en un momento en que, a las razones interiores que reclaman calma y tranquilidad se añaden imperiosas necesidades de orden exterior. Cada cual comprende que una Francia debilitada por la guerra civil sería bien pronto la presa de Hitler...”²⁷⁸

²⁷⁷ *Ibid.*, pp. 163-64.

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 167.

EL PACTO DE NO INTERVENCIÓN, LAS ARMAS SOVIÉTICAS Y LA FORMACIÓN DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Las luchas de los obreros franceses conectaron, sin solución de continuidad, con el movimiento de solidaridad hacia la revolución española. Los mítines y reuniones públicas, con la asistencia de decenas de miles de obreros, y la formación de comités de ayuda con la España republicana florecieron por todos los rincones de Francia. Los dirigentes del PS, del PCF y de la CGT se vieron obligados a encajar la enorme presión de sus bases, que hicieron célebre el eslogan *Armas para España*.

La atmósfera que se vivía en agosto del 36 queda bien reflejada en un informe de la Prefectura de Policía de París: “Los acontecimientos de España constituyen actualmente en Francia, y sobre todo en la región parisina, la preocupación más importante de los militantes sindicalistas. En numerosos órdenes del día los sindicatos expresan su pesar por la posición de neutralidad adoptada por Francia y aconsejada por ella a los demás países. La suscripción abierta por la CGT recolectó un millón de francos en veinte días; la del Comité de Rassemblement Populaire [nombre oficial del Frente Popular francés], más de 500.000 francos. En las grandes firmas de construcción de aviones, los obreros propusieron hacer horas extra gratuitas y trabajar el sábado para construir grandes aviones para España. En el puerto de Le Havre, los marineros, al saber que un barco procedente de Hamburgo que contenía armas debía hacer escala en Lisboa, se negaron a navegar en él por no querer ayudar, según dijeron, al aprovisionamiento de los rebeldes. Los trabajadores de los trenes, los muelles y las aduanas vigilaban por sí mismos y en todas partes la salida de mercancías y cargas, con el fin de impedir el envío de armas a los rebeldes.”²⁷⁹

La solidaridad se extendía por toda Europa. En Gran Bretaña se organizaron las manifestaciones más importantes desde la huelga general de 1926, destacando el activismo militante de los mineros galeses que impulsaron numerosas acciones de apoyo a los trabajadores españoles. En EEUU, comunistas y socialistas constituyeron el Comité de Apoyo a la Lucha Antifascista en España. Las iniciativas se repetían país por país, y contaron con la participación activa de muchos intelectuales progresistas.

Paralelamente, en suelo español, el avance de las tropas franquistas había sido fulgurante en el suroeste de la península. Después de conquistar Sevilla a sangre y fuego, y de perpetrar una brutal represión en la provincia, con la ejecución de miles de militantes socialistas, comunistas y anarquistas a manos de las bandas falangistas y las tropas regulares marroquíes, lo peor estaba por llegar. En una rápida progresión de la *Columna de la Muerte*, las tropas comandadas por el general Yagüe ocuparon Mérida el 10 de agosto y poco después, tras duros combates con las fuerzas milicianas el 14 y 15, entrarían en Badajoz.

En varias jornadas de horror y crueldad los fascistas llevaron a cabo una de las mayores masacres de toda la guerra. Según la cifra dada por el propio Yagüe, se aniquiló al 10% de la población de la ciudad extremeña en una matanza que sólo sería superada por los nazis en la Segunda Guerra Mundial. La actitud de los militares africanistas quedó bien

²⁷⁹ Rèmei Skoutelsky, *op. cit.*, p. 51.

reflejada en las palabras del general al periodista norteamericano John Thompson Whitaker: “Claro que los fusilamos. ¿Qué esperaba? ¿Suponía que iba a llevar 4.000 rojos conmigo mientras mi columna avanzaba contrarreloj? ¿Suponía que iba a dejarles sueltos a mi espalda y dejar que volvieran a edificar una Badajoz roja?”²⁸⁰

El 2 de septiembre, las fuerzas franquistas llegaron a Talavera de la Reina amenazando a la capital de la República. A pesar del valor y la entrega de las fuerzas milicianas, el poder de fuego de las columnas del ejército franquista y la falta de medidas militares adecuadas por parte del gobierno Giral, colocaron al gobierno republicano en una situación desesperada. Sin base social en la que apoyarse, con una revolución en marcha por todo el territorio leal, la necesidad de la resistencia armada era imperiosa. El debate sobre el mando único de las fuerzas militares, y la sustitución de las milicias por un ejército regular centralizado arreciaron en las filas de la izquierda.

Este objetivo, presentado como imprescindible para ganar la guerra, estaba también relacionado, muy relacionado, con la necesidad de reconstruir el Estado burgués republicano que se había descompuesto tras el levantamiento revolucionario de los trabajadores. Pero de este asunto nos ocuparemos más adelante. Lo que estaba fuera de duda es que los republicanos liberales, que habían intentado llegar a acuerdos con los golpistas en la jornada fatídica del 19 de julio, eran incapaces de continuar la guerra con éxito. No tenían la más mínima autoridad y prestigio entre las masas combatientes. Se hacía perentorio buscar una salida que, además de permitir cubrir las necesidades militares más urgentes, construyera un muro contra la oleada revolucionaria que desafiaba la línea del Frente Popular. Esta salida se encontró en la figura de Largo Caballero, que formó gobierno el 4 de septiembre de 1936 a pesar de las dudas de Stalin que, como está ampliamente documentado, habría preferido mantener a Giral al frente del gabinete. Largo Caballero aceptó las presiones del PCE y del embajador soviético en Madrid de incluir en el gobierno a los republicanos, y descartar un ejecutivo compuesto exclusivamente por representantes de las organizaciones obreras. Se preparaba ya en esos momentos la ayuda militar soviética.

El ejército de Franco recibió un apoyo masivo de las potencias fascistas desde el inicio de la guerra. Mussolini firmó un tratado con los militares golpistas el 26 de noviembre, que además de proveer la entrega de una gran cantidad de armas dispuso el traslado de tropas italianas. De esta forma se creó el Corpo di Truppe Volontarie (CTV), que llegaría a concentrar para marzo de 1937 entre 60.000 y 70.000 hombres, y una fuerza aérea estimada en torno a los 700 aparatos. En cuanto a la Alemania nazi, Hitler decidió prestar una ayuda importante con hombres (pilotos y tanquistas) y una gran cantidad de aviones de última generación.²⁸¹ La famosa Legión Cóndor fue uno de los destacamentos fundamentales, integrada por 6.500 combatientes reclutados mayoritariamente dentro del partido nazi, y que siempre operó bajo el mando alemán. El respaldo militar de las potencias fascistas a Franco está sobradamente estudiado y jugó un papel extraordinario en la guerra. Hitler y Mussolini no se engañaban respecto a lo que estaba en juego. Además de sus aspiraciones hegemónicas en el Mediterráneo y el continente europeo, los fascistas respondían al interés de sus amos —el gran capital financiero e industrial de sus respectivos países— para aplastar a cualquier precio la revolución española.

²⁸⁰ John T. Whitaker, *We cannot escape history*, Macmillan, New York, 1943, p. 113.

²⁸¹ Aunque los alemanes probaron a lo largo de la guerra todo tipo de aparatos, el papel crucial fue desempeñado por los Messerschmitt 109 que aseguraron el dominio del combate aéreo a los franquistas.

La ayuda alemana e italiana fue crucial, pero no fue la única que entró en juego. Las burguesías francesa y británica no tenían el menor interés en apoyar al gobierno del Frente Popular, no tanto porque no se fiaran de sus juramentos a favor de la democracia, repetidos hasta la saciedad, sino porque les horrorizaba el movimiento de los obreros españoles. Ante todo, los imperialistas de Francia y Gran Bretaña veían el riesgo de que la llama de la revolución se extendiese a sus países; por eso no movieron un solo dedo para apoyar la causa de la España *leal* e idearon la farsa política de la no intervención, bajo el paraguas del “derecho internacional”. Exactamente igual se comportó el gobierno de EEUU del demócrata Roosevelt: con la boca pequeña lamentaba la guerra civil e imploraba que la sangre dejará de correr, pero observaba los acuerdos de la no intervención mirando hacia otro lado cuando los capitalistas estadounidenses suministraban combustible y apoyo económico a los golpistas.²⁸²

Los intentos del gobierno de la República por hacerse con armas transitaron por la línea de la diplomacia y las convenciones establecidas con Francia. El 19 de julio, Giral envió un telegrama a su homólogo francés, el socialista León Blum, para requerirle de abastecimiento militar en virtud de los tratados de cooperación firmados con anterioridad. En ese momento se verificó lo poco que vale la “legalidad internacional” cuando lo que está en juego son los intereses vitales de la clase dominante. Blum, que aparentemente estaba dispuesto a prestar este auxilio, no tardó en arrugarse cuando, de visita en Londres el 23 de julio, recibió una negativa rotunda del gobierno de “Su Majestad” a involucrarse en la guerra civil española apoyando al gobierno republicano.

Los intereses económicos de los imperialistas británicos en suelo español eran muchos y diversos, pero lo más importante era la hostilidad manifiesta de la burguesía inglesa contra la revolución que estaba desarrollándose. Un triunfo de Franco salvaguardaría todos esos intereses y actuaría como cortafuegos contra un posible contagio revolucionario. “La invasión de Abisinia por Mussolini”, señala Gerald Howson, “había obligado al gobierno británico a imponer, no sin renuencia, sanciones económicas a Italia, con el consiguiente empeoramiento de las relaciones con este país. El Foreign Office esperaba reestablecer los lazos de amistad con Mussolini para contrarrestar el peso de Hitler. Pero estos planes se verían frustrados si Blum y sus amigos enviaban armas a España, nación atrasada e inestable cuyo gobierno, a juzgar por los informes, sería barrido por los comunistas controlados por Moscú con la misma facilidad con que el gobierno de Kerensky de Rusia había sido barrido por Lenin y los bolcheviques en 1917. De ahí que, el 26 de julio, sin que hubiera rusos y con menos de treinta mil comunistas en España, Baldwin [primer ministro británico] confiara lo siguiente a su amigo Thomas Jones: ‘Ayer dije a Eden [ministro de Asuntos Exteriores] que ni Francia ni ningún otro país nos inducirán bajo ningún concepto a luchar al lado de los rusos’.

“Sin embargo, estas palabras encerraban algo más. Ayudar, o permitir a los demás ayudar, a la República española podía dar alas al movimiento obrero (...) Crear estas

²⁸² “La última ayuda, no carente de importancia de la que se beneficiaron los golpistas fue el petróleo de los Estados Unidos. Cuando estalló la insurrección, cinco petroleros de la Texas Oil Company (Texaco) pusieron rumbo a España. El presidente de la compañía —claramente profascista— ordenó a los barcos que entregasen su carga a los nacionales. Estas provisiones continuaron gracias a un crédito a largo plazo sin garantía. Por su parte el gobierno republicano se enfrentó a un embargo estadounidense sobre las ventas de armas, que, de tipo ‘moral’ al principio, será objeto de una ley en enero de 1938”. Rèmi Skoutelsky, *op. cit.*, p. 62.

expectativas entre la clase obrera podía crear el mismo caldo de cultivo, y los mismos disturbios, que habían llevado a la huelga general de 1926 (...) Como explicó el presidente del parlamento, el conservador David Margesson, al consejero de la embajada italiana en Londres, Vitetti, el 29 de julio: ‘Es nuestro interés, y también nuestro deseo, ver triunfar la rebelión (de los oficiales del ejército español). Pero, al mismo tiempo, queremos mantenernos neutrales, pues de lo contrario podríamos vernos superados por la agitación obrera’ (...).²⁸³

Igual pensaban los Radicales franceses, refractarios a enviar ayuda militar al gobierno de Madrid y empeñados en hacer fracasar cualquier intento en este sentido. Los mismos Radicales que habían sido la excusa de los estalinistas en sus constantes concesiones y repliegues —para no perjudicar la alianza con la pequeña burguesía en el Frente Popular decían—, se transformaron en los adalides de una campaña histórica en la prensa para sabotear el apoyo a la causa republicana. Así era como estos “aliados confiables” defendían la democracia universal, el parlamentarismo y las libertades públicas.

León Blum, para escarnio de la militancia socialista y comunista, aceptó todas estas presiones y dio el pistoletazo de salida para una infame política que quedará grabada en los anales de la historia. El 7 de agosto, el Consejo de Ministros francés adoptó un proyecto de pacto internacional de no intervención, con el que las “democracias” occidentales responderían a los golpistas franquistas igual que lo hicieron antes respecto a la invasión italiana de Etiopía o la posterior incursión nazi sobre los Sudetes: fortaleciendo la posición de las potencias fascistas, colaborando activamente en la derrota del movimiento obrero, y preparando inevitablemente el camino para la Segunda Guerra Mundial.²⁸⁴ Este fue el saldo de las alianzas con las “democracias occidentales”, bandera de la política exterior soviética bajo Stalin: un completo desastre para los trabajadores y sus organizaciones.

El pacto de no intervención fue firmado en el mismo mes por Alemania, Italia, Gran Bretaña y la URSS²⁸⁵. Stalin, nuevo socio en la Sociedad de Naciones, no tenía en mente promover una ruptura de los acuerdos tejidos con Francia, e indirectamente con Gran Bretaña. La aritmética geoestratégica, y la defensa de los intereses de la burocracia, estaban por encima de la lucha de clases y la revolución socialista. “Considerar actualmente que Stalin tenía algún sentimiento de solidaridad con España”, escribe Rêmi Skoutelsky, “y que la ayudó por internacionalismo proletario sería dar muestras de pura ilusión. Tras cincuenta años de investigación histórica, la publicación del *Diario* de Dimitrov, la apertura —parcial— de los archivos de Moscú y los trabajos realizados a partir de ahí lo confirman: la defensa del Estado soviético constituye el alfa y omega de la estrategia española de ‘la Casa’ (...) La prioridad absoluta de Stalin en materia de política exterior seguía siendo el acercamiento a las democracias occidentales a través de un sistema de alianzas. La negativa de estas últimas a ayudar a la República no iba a incitarle a arriesgarse...”²⁸⁶ Y así fue. En los primeros momentos Stalin actuó siguiendo el guión trazado de evitar a toda costa una intervención que pudiese modificar

²⁸³ Gerald Howson, *op. cit.*, pp. 60-61.

²⁸⁴ El pacto de no intervención se encuadraba perfectamente en la política exterior británica, basada en el famoso *appeasement* (apaciguamiento) hacia el régimen nazi. Bajo ningún pretexto los líderes conservadores británicos pretendían enemistarse con Hitler, postura que fue reforzada cuando Neville Chamberlain fue nombrado primer ministro en mayo de 1937 en sustitución de Stanley Baldwin.

²⁸⁵ La URSS firmó el pacto de no intervención el 25 de agosto, el mismo día que Kámenev, dirigente bolchevique, fue condenado a muerte en el primer juicio de Moscú.

²⁸⁶ Rêmi Skoutelsky, *op. cit.*, p. 65.

la correlación de fuerzas y de pactos establecidos, y que la burocracia soviética consideraba fundamental para salvaguardar sus fronteras.

Cuando el 25 de agosto la URSS firmó el pacto de no intervención, la propaganda estalinista se activó de inmediato: “Si la Unión Soviética no hubiera aceptado la propuesta francesa de neutralidad —comentaba el *Daily Worker*— habría puesto en una situación comprometida al gobierno [francés], y ayudado considerablemente a los fascistas de Francia e Inglaterra, así como a los gobiernos de Alemania e Italia, en su campaña contra el pueblo español (...) Si el gobierno soviético diera algún paso que inflamase todavía más la actual situación explosiva en Europa, sería bien recibido por los fascistas de todos los países y dividiría a las fuerzas democráticas, allanando el camino a una supuesta ‘guerra preventiva’ contra el bolchevismo representado por la URSS”.²⁸⁷

Pero *la teoría es gris y el árbol de la vida verde*, como le gustaba decir a Lenin parafraseando a Goethe. El esquema primitivo de Stalin se fue al traste por completo en los meses posteriores. Para empezar, por que las potencias fascistas lo último que hicieron fue respetar el pacto de no intervención, y las “democracias” alentaron en lo máximo posible las concesiones a aquellas, favoreciendo además su expansionismo y debilitando la posición de la URSS. Pero lo más relevante fue que una inmensa mayoría de militantes comunistas en Europa, incluidos miles de exiliados alemanes e italianos, no estaba dispuesta a aceptar, sin más, que los trabajadores españoles perecieran ante el verdugo Franco como sus hermanos alemanes ante Hitler.

La contradicción entre la situación revolucionaria abierta en España y los planes de Stalin era evidente. Fernando Claudín expone el meollo del asunto con bastante claridad:

“El problema se le planteó [a Stalin] de golpe y en términos nada fáciles. La URSS no podía eludir su deber de solidaridad activa con el pueblo español en armas, so pena de desacreditarse ante el proletariado mundial. Este deber coincidía, por un lado, con la orientación antihitleriana de la política exterior soviética en ese periodo. Pero por otro lado entraba en conflicto con las modalidades, digamos tácticas, de dicha orientación.

“A este nivel, el objetivo número uno de la política soviética era consolidar la alianza militar con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra. Pero ni la Francia burguesa de Blum, ni la Inglaterra conservadora de Chamberlain, podían admitir la victoria de la revolución proletaria en España. Contribuir a su victoria significaba, para el gobierno soviético, ir a la ruptura con ambas potencias. La única posibilidad aparente de conciliar la ‘ayuda a España’ con los citados objetivos de la política exterior soviética era que el proletariado hispano no fuera más allá de lo que, en último extremo, podía ser admisible para la burguesía franco-inglesa. Y lo más que ésta podía aceptar es que en España existiese una república parlamentaria, democrática, antifascista, frentepopulista incluso, todo a la ‘izquierda’ que se quiera, pero... ¡burguesa!, ¡sobre todo burguesa!

“Ni siquiera era seguro —nada había menos seguro— que semejante solución satisficiera a los conservadores ingleses, pero en todo caso era la única vía que aparecía ante Stalin para intentar conciliar, bien que mal, las exigencias contradictorias con que el destino abrumaba, una vez más, a su doble personalidad histórica de ‘jefe probado y reconocido, grande y sabio, de la Internacional Comunista’, como lo calificó Dimitrov en el VII Congreso, y de jefe no menos grande y sabio del Estado soviético.

²⁸⁷ *Daily Worker*, 9 de septiembre de 1936, citado por Bolloten, *op. cit.*, p.192.

“Lo malo era que el proletariado español había dejado ya muy atrás ese límite razonable. En las semanas que siguen al 19 de julio, el régimen capitalista deja prácticamente de existir en la zona republicana; los medios de producción y el poder político pasan, de hecho, a manos de las organizaciones obreras. Todos los historiadores de la guerra civil española coinciden en este punto, menos aquellos cuyo propósito no es servir la verdad histórica sino justificar la política de Stalin y de la IC. Estos últimos ‘historiadores’ siguen afirmando que el contenido de la revolución española no rebasó en ningún momento la ‘etapa democrático-burguesa’, porque reconocer lo contrario equivale a reconocer que la política estaliniana en España consistió en hacer recular la revolución (...).”²⁸⁸

La presión en la base de los partidos comunistas, especialmente en el francés, fue tremenda. Muchos estaban dispuestos a sacrificarlo todo en la solidaridad —no sólo política, también en el frente de batalla— con los obreros españoles. Stalin tuvo que observar este hecho, a su manera, y reorientar sus planes. No sería la última vez que algo semejante se produjera en la guerra y la revolución española.

En el mes de septiembre la posibilidad de una victoria militar de Franco estaba encima de la mesa, o al menos, la conquista de la capital de la República, Madrid, lo que supondría un golpe moral y psicológico difícil de remontar. En esos momentos, el prestigio de la burocracia estalinista se encontraba en una disyuntiva: si dejaban morir a la República, después de haber desplegado una propaganda masiva a favor de los Frentes Populares para luchar contra el fascismo, podría perder las simpatías de amplios sectores de las masas obreras, y desatar una crítica en el seno de las secciones de la Comintern de cariz muy distinto a la que apenas existió tras el triunfo de Hitler. Al mismo tiempo, el estallido de la revolución española había insuflado de nuevo la esperanza entre amplios sectores de la clase obrera soviética, hecho que también se manifestó en diferentes niveles del aparato del Partido Comunista de la URSS. La posibilidad de que un triunfo revolucionario en España diera alas a los agrupamientos de oposición interna en la Comintern, incluido el Partido ruso, era otra razón para intervenir directamente en los acontecimientos españoles.

Los juicios farsa de Moscú —que dieron comienzo en agosto de 1936 y finalizarían, después de un grotesco espectáculo, con el exterminio de los dirigentes bolcheviques protagonistas de la revolución de octubre junto a Lenin— causaron indignación entre muchos sectores de la izquierda internacional. Pero Stalin aprovechó con habilidad la ayuda militar a la España republicana para acallar muchas conciencias, gracias por supuesto a un amplio y nutrido coro de *compañeros de viaje* que justificaron con entusiasmo sus mentiras, calumnias y crímenes.

El comité de no intervención empezó sus trabajos el 9 de septiembre, en la sede del Ministerio de Exteriores británico. En ese momento estaba compuesto por veintiséis miembros, representando cada uno de ellos a otros tantos países europeos que se habían adherido al pacto; pero pronto el seguimiento de los trabajos del comité quedó en manos de nueve países: los tres que hacían frontera con el Estado español —Francia, Portugal y Gran Bretaña (por Gibraltar) —, a los que se sumaron Bélgica, Checoslovaquia, Alemania, Italia, Suecia y la URSS. En teoría, la misión del comité consistía en elaborar informes sobre posible contrabando de armas a España, violaciones del pacto y adoptar

²⁸⁸ Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 180.

decisiones y medidas para “impedir” la internacionalización del conflicto español. La realidad fue que, muy pronto, apareció abundante documentación de la implicación de Italia y Alemania en el suministro de material militar a Franco, poniendo en un brete la posición de Francia y Gran Bretaña.

¿Cómo salvar la situación sin enfrentarse a las potencias fascistas? “El comité”, indica Gerald Howson, “trató de resolver el dilema estableciendo unas normas según las cuales no se aceptarían pruebas aportadas por un gobierno que no hubiera firmado el pacto, ni de personas privadas, como un periodista o un observador particular, ni de ningún cuerpo internacional como la Cruz Roja o el Consejo Mundial de las Iglesias, ni de nadie que estuviera alistado, o simplemente de paso, en las fuerzas armadas de cualquiera de los bandos, lo que en la práctica equivalía a no admitir pruebas de nadie, salvo de un puñado de diplomáticos.”²⁸⁹

La farsa de la no intervención era tan burda, escandalosa y beneficiosa para los militares golpistas, que los responsables británicos y franceses tuvieron que desplegar todo el cinismo y malabarismo diplomático del que eran capaces para justificarla. Así, cuando el ministro de Exteriores republicano, Julio Álvarez del Vayo, presentó pruebas documentales de la ayuda militar alemana e italiana al ejército de Franco, la actitud del comité, y de los responsables británicos, fue muy clara. Según Howson, “En el Foreign Office, al principio se decidió no pasar estos documentos al comité, pues según dijo sir George Mounsey, subsecretario de Estado adjunto del Foreign Office, ‘el debate sobre cuestiones tan delicadas puede en cualquier momento dar al traste con el comité y, al mismo tiempo con el pacto’. Además, como señaló William Pollock, un segundo secretario, al contemplar el caso con ojos puramente jurídicos, ‘la nota del gobierno español...y otros documentos adjuntos no contienen *ni un solo elemento que pruebe claramente* el incumplimiento de los términos del acuerdo por Alemania, Italia o Portugal’ [la cursiva es de Howson]; mientras que Walter Roberts opinaba que ‘permitir al gobierno español, que no es signatario del pacto, expresar una queja no sólo iría contra las normas, sino que equivaldría a una discriminación contra los insurgentes, que carecen de reconocimiento internacional por el momento...’. Entre tanto, Vayo pronunció su discurso, con las pruebas en la mano, ante la Sociedad de Naciones, la cual le hizo muy poco caso...”²⁹⁰ La situación se repitió en numerosas ocasiones, dejando claro que el *trabajo* del comité a favor de las potencias fascistas y de los militares golpistas era algo más que indirecto.²⁹¹

Obviamente los tejemanejes del comité, de Gran Bretaña, y de Alemania e Italia en su ayuda al ejército fascista, eran de sobra conocidos por Stalin y los responsables de la Comintern. En el contexto del desarrollo de la guerra, colocados ante la presión de la izquierda mundial y de la militancia comunista, con la celebración de los juicios de

²⁸⁹ Gerald Howson, *op. cit.*, p. 166.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 167.

²⁹¹ “En Londres, el Foreign Office recibía informes mensuales del ministerio de la guerra británico sobre la ayuda suministrada a los bando beligerantes en España, y sabía perfectamente que, desde diciembre de 1936 hasta febrero de 1937, por ejemplo sólo Italia había enviado a Franco entre cuarenta y cincuenta mil efectivos de tropa con tanques ligeros, piezas de artillería y transporte motorizado, así como unos ciento treinta aviones, además de los cien enviados antes, y que Alemania estaba reequipando su fuerza aérea en España, que se creía que rondaba las cien unidades, con sus últimos tipos de bombarderos y cazas (...) Eden o su suplente lord Cranborne contestaban a las preguntas de una oposición cada vez más indignada negando simplemente que el gobierno tuviera ninguna información fiable al respecto...” *Ibid.*, p. 325.

Moscú y la condena a muerte de viejos dirigentes bolcheviques,²⁹² y con la posibilidad de que Madrid cayera tras el avance sobre la capital de las columnas de Franco, Stalin se decidió a prestar apoyo militar al gobierno republicano y organizar las Brigadas Internacionales a través de la Comintern, situando al Partido Comunista Francés como centro operativo del reclutamiento.

La polémica en torno a las armas que Stalin entregó a la República, y la intervención de asesores soviéticos y miembros del NKVD (los servicios de seguridad) en los acontecimientos españoles, se ha mantenido a lo largo de décadas. La abundante bibliografía al respecto no es inmune al punto de vista ideológico con el que los historiadores abordan la revolución y la guerra civil española. Los defensores del Frente Popular siempre han mostrado una tendencia a sobredimensionar esta ayuda que, como algunos estudiosos del tema plantean, hay que rebajar notablemente y ligarla, por otra parte, a los objetivos políticos de Stalin y la burocracia dirigente de la Comintern.

Las decisiones sobre el apoyo militar de la URSS se fueron fraguando a lo largo del mes de agosto y recibieron un empujón importante a principios de septiembre, cuando se ordenó a los agentes soviéticos crear una organización clandestina para la compra y transporte de material de guerra a España. Para mediados de septiembre, Alexander Orlov, comandante en jefe del NKVD, llegó a territorio español para organizar directamente la seguridad, el contraespionaje y encargarse, al margen de su puesto oficial de “agregado político”, de las tareas y problemas que pudieran surgir. Previamente ya se habían desplazado el embajador Rosenberg y el general Ian Berzin, que se responsabilizaría de aconsejar al gobierno republicano en cuestiones relativas a la táctica y estrategia militar. Berzin, como muchos otros asesores soviéticos, sería víctima de las grandes purgas.

La luz verde para enviar ayuda a gran escala se produciría a finales de septiembre, cuando el gobierno de la República decidió trasladar a Rusia una parte fundamental de su reserva de oro y Stalin obtuvo garantía de que el costo de los suministros soviéticos sería plenamente cubierto por ella. Después de diversas reuniones en Moscú entre Stalin y sus colaboradores más cercanos, Gendrik Yagoda (jefe del NKVD), Semon P. Uritsky (responsable del GRU, acrónimo en ruso del Directorio Principal de Inteligencia, servicio de inteligencia militar), Molotov, Kaganovich, Andreev, miembros del Buró Político, se decidió dar luz verde, el 14 de septiembre, a la “operación X”, cuyo diseño operativo se desarrolló en otra reunión el 29 de septiembre. Ahí se concretó la “sección X”, compuesta de oficiales del NKVD, del GRU, además del ejército, marina y fuerza aérea, cuya tarea sería la supervisión y organización del material y personal destinados a España.

“Los oficiales” escribe Howson, “entregaban a Uritsky sus propias listas de material, personal, costes, informes de evolución, recomendaciones y peticiones para hacer algo concreto, el cual los pasaba a Voroshilov, el comandante en jefe de la operación, y este a su vez, acompañados de sus propios comentarios, sugerencias y peticiones, a Stalin para su aprobación o rechazo definitivos. Una de las revelaciones más sorprendentes de estos documentos es el control tan directo que ejerció Stalin sobre toda la operación, al menos durante su primer año, pues parece que todas las decisiones, inclusive las de

²⁹² El 28 de agosto Kámenev y Zinóviev y otros condenados en el primer juicio de Moscú fueron fusilados en la cárcel de la Lubyanka.

menor importancia, como la retirada de pequeñas sumas de dinero, pasaban por sus manos antes de poder entrar en vigor.”²⁹³

¿Qué tipo de armas se enviaron en las primeras remesas? “Según varios expedientes en poder de los Archivos Militares Estatales Rusos (RGVA) se puede ver que la cantidad de armamento suministrado por los soviéticos a los republicanos españoles fue mucho menor que lo que se había creído hasta la fecha, que muchas de las armas vetustas que el ejército republicano se vio obligado a utilizar no provenían de traficantes de armas sin escrúpulos repartidos por todo el mundo, sino precisamente de la propia URSS y que los buques soviéticos sólo participaron en la entrega de armas por breve tiempo y en pequeñas cantidades (...) De modo que hubo, en total, cuarenta y ocho entregas de armas soviéticas, con largos lapsos entre las distintas series (...) tampoco hubo ninguna entrega después del 11 de agosto de 1938, pues las de febrero de 1939 llegaron demasiado tarde para poder ser útiles...”

De entre el material, destacaban los aviones y tanques soviéticos, material de guerra en general de buenas características y muy preciados por el Ejército Popular Republicano. Los bombarderos Katiuskas SB; el biplano I-15, apodado *Chato* por que tenía un motor radial de parte delantera plana; el caza monoplano I-16, al que los republicanos le pusieron el alias de *Mosca*; el tanque ruso T-26, del que se enviaron cerca de 300 unidades a lo largo de la guerra; también se empleo el BT-5, predecesor del T-34 que ganó la gran batalla de tanques contra los Panzer alemanes en la batalla de Kursk en 1943. Howson plantea una cuestión significativa: “Aparte de los aviones, tanques y 150 ametralladoras ligeras Degtyarev, todas las armas enviadas en 1936 eran viejas y en desuso: más de la mitad eran antiguas piezas de museo suministradas con tan pocas municiones que eran prácticamente inservibles (...) Los 48.825 fusiles de origen soviético entregados en 1936 eran, al menos, de ocho nacionalidades distintas, diez modelos diferentes y seis calibres distintos”. Por ejemplo, 13.357 eran Vetterlis de 11 mm, lote fabricado en Italia en 1871, y de disparo único. Había también 11.821 fusiles franceses Gras de 11 mm y los austriacos Gras-Kropotchek fabricados en la década de 1880. Se enviaron 6.000 Mauser, etc. “Resumiendo, pues, que de los 48.825 fusiles enviados desde la URSS en 1936, casi 26.000 fueron viejas piezas de museo con apenas munición y otros 6.000, también muy desgastados, vinieron sólo con la mitad del suministro requerido.”²⁹⁴

Las únicas ametralladoras modernas enviadas en ese momento crucial de la guerra fueron las 150 Degtyarev DP, que eran habituales en los regimientos del ejército Rojo. También había 200 ametralladoras Maxim, que se movían en carros de dos ruedas, pero poco precisas; las 300 Saint-Étienne, que tras un rendimiento escaso en el frente occidental durante la Primera Guerra Mundial (1914), fueron retiradas; y 400 Chauchat, de muy mala calidad. A todo esto hay que añadir 988 piezas de artillería, repartidos entre cañones de campaña (302), obuses (191), pequeños cañones antitanque, cañones antiaéreos (64).²⁹⁵

²⁹³ *Ibid.*, p. 180.

²⁹⁴ Todas las citas en Howson, p. 181 y pp. 197-98.

²⁹⁵ Los datos generales de suministros de material de guerra procedentes de la URSS a lo largo de la guerra varían mucho según las fuentes consultadas. El propio Howson lo reconoce y lo expone en su trabajo en diferentes tablas procedentes de cuatro fuentes distintas: estimaciones de numerosas publicaciones entre 1950 y 1996; del informe *Solidaridad Internacional con la República española* (Academia de Ciencias de la URSS, 1974); del informe del Instituto de Historia Militar de la URSS, 1974; y de los Archivos Militares Estatales Soviéticos (RGVA). Howson, *op. cit.*, pp. 200-202.

Lo más relevante de esta ayuda es que, a pesar de que se ha insistido en muchas ocasiones que se trataba de solidaridad internacionalista, generosamente concedida por el gobierno de la URSS, en realidad representó un buen negocio para la burocracia y Stalin. Los datos aportados por Howson son muy reveladores de una operación que en toda una serie de aspectos se puede catalogar de estafa premeditada. Con las reservas de oro republicano en Moscú desde el 5 de noviembre de 1936, los responsables soviéticos comenzaron a realizar las cuentas de los suministros, y aunque daban la apariencia de hacer grandes descuentos al gobierno republicano por el material enviado, la realidad no era así. “Los porcentajes de los mencionados descuentos”, indica Howson, “aparecen mencionados en la carta que escribió Voroshilov a Stalin el 13 de diciembre de 1936 en la que dice que ‘para que nadie se queje de que nuestros precios son demasiado elevados, se han basado sobre los europeos medios para armas, deduciendo el 10-15 por 100, calculados artículo por artículo. Para el material que no es nuestro, hemos concedido descuentos del 40-50 por 100, pese a que todos los artículos se han expedido en perfectas condiciones’. En la parte baja aparece escrita con tinta, la respuesta de Stalin: ‘Precios aprobados. Haga traducciones y envíelas a Rosenberg [el embajador soviético en Madrid] lo antes posible’ (...)”. Respecto al estado del material, ya se ha mencionado algo anteriormente, pero lo significativo es lo relacionado con los descuentos: “En cuanto a los descuentos practicados”, continúa Howson, “los documentos en poder del RGVA muestran que no se hizo ninguno para el material de fabricación soviética. Tras establecer precios en rublos para los artículos, con descuento o no, los rusos idearon luego un sistema de conversión de rublos en dólares y de dólares en pesetas con el fin que los españoles, que no verían nunca los precios en rublos ni los cálculos de la conversión de las divisas, acabaran pagando mucho más de lo que habrían pagado normalmente. De este modo los rusos se quedaban con un beneficio oculto, pero sustancial (...)”

Después de tratar los manejos de la conversión de divisas y referirse a numerosos ejemplos de venta de material con precios muy beneficiosos para Stalin, Howson escribe: “Estas no admiten ninguna explicación inocente. Muestran por el contrario, que una vez que el gobierno soviético tuvo el oro español a buen recaudo, tras prometer descuentos generosos en el precio de las armas como prueba de solidaridad con la República española, redujo al mínimo posible el número de artículos sujetos a descuento, recurriendo luego a artimañas bizantinas con objeto de recuperar la mayoría de los descuentos en los materiales que tenían descuento y realizar pingües beneficios en los que no lo tenían, es decir, la mayoría (...) La suma del recargo impuesto por el gobierno soviético al gobierno republicano español por el material de guerra suministrado hasta el 8 de agosto de 1938 asciende a los 171,2 o 171,4 millones de dólares, cantidad que dedujo del valor de la reserva de oro guardada en Moscú y valorada en 518 millones de dólares. El saldo de 346,66 o 346,8 millones se vendió entre tanto al gobierno soviético durante 1937 y la primera mitad de 1938, y las divisas ganadas con ello se transfirieron al banco soviético de París, o Banque Commerciale de l’Europe du Nord (BCEN), para permitir a los republicanos comprar armas, aviones, y suministros en general en otras partes del mundo. Así pues, el gobierno soviético pudo sostener que el 8 de agosto de 1938 los republicanos habían gastado casi todo el oro y que sólo quedaban 1,5 toneladas por las que podían reclamar su dinero. Sin embargo, si extendemos el recargo de 6 millones de dólares por cada 20 millones a lo largo del periodo que va entre octubre de 1936 y agosto de 1938, entonces el recargo total por material de guerra ascendería al menos a 51 millones. Si el gobierno soviético se

hubiera comportado con un mínimo de ética, habría deducido del oro, no 171 millones de dólares, sino sólo 121 millones, o incluso menos. De todas las estafas, timos, robos y felonías que los republicanos españoles sufrieron por parte de gobiernos, funcionarios y traficantes de armas de todo el mundo, esta conducta de usurero que caracterizó a Stalin y demás altos cargos de la *nomenklatura* soviética es seguramente la más ruin, trapacera e inexcusable de todas”.²⁹⁶

Los datos y cifras anteriores no niegan el hecho de que, sin estos suministros desde la URSS, la resistencia militar frente al avance de las tropas de Franco hubiera sido mucho más complicada, para empezar por que la orientación general del lado republicano estaba condicionada por la política del Frente Popular. La guerra no se planteó, por parte de los dirigentes comunistas y socialistas, y al fin y a la postre también por los anarcosindicalistas, como una guerra revolucionaria con un fin revolucionario: la liquidación del capitalismo y la extensión de la revolución social al continente europeo. Con estas limitaciones, la capacidad de la España republicana se vio muy condicionada por los intereses geoestratégicos de la burocracia estalinista y su intención de no alterar el equilibrio de pactos y alianzas con las potencias “democráticas” y, por supuesto, por el objetivo de contener y limitar las realizaciones revolucionarias de los trabajadores españoles en los primeros meses de contienda.²⁹⁷

La formación de las Brigadas Internacionales también ha sido objeto de numerosos estudios y polémicas. Lo fundamental, que está fuera de duda, es que la iniciativa, o iniciativas, para un traslado de envergadura de voluntarios antifascistas a la España republicana fueron planteadas desde la Comintern y muy especialmente por el Partido Comunista Francés, y tuvieron su centro operativo de reclutamiento más importante en Francia donde las organizaciones comunistas, y también la estructura de los sindicatos, jugaron un papel esencial.²⁹⁸

Como hemos señalado, la movilización antifascista en toda Europa se recrudeció con el golpe del 18 de julio. El PCF envió combatientes desde agosto a Irún y Madrid, además

²⁹⁶ Las citas en Howson, pp. 206-13.

²⁹⁷ En el libro de Burnett Bolloten se realiza un examen exhaustivo al respecto que sigue manteniendo toda su vigencia. Como señala este autor: “Debido a su temor a verse envuelta en una guerra con Italia y Alemania, Rusia limitó su ayuda a reforzar la resistencia de las fuerzas antifranquistas hasta que llegara el momento en que, la amenaza que suponía para sus intereses en el mediterráneo un feudo ítalo-germano en España, fuera posible inducir a Gran Bretaña y Francia a abandonar su política de no intervención. Además, Rusia tuvo buen cuidado de no hacer valer su influencia sobre el sector izquierdista de la revolución ni de identificarse con ella. De haber actuado de otra forma, habrían revivido en todo el mundo, entre las mismas clases cuyo apoyo buscaba la Comintern, los temores y antipatías que trataba de evitar por todos los medios (...) Por todas estas razones, desde el mismo comienzo de la guerra, la Comintern había intentado minimizar e incluso ocultar al mundo exterior la profunda revolución que había tenido lugar en España, defendiendo la lucha contra el general Franco como la defensa de la República democrático-burguesa”. Bolloten, p. 209.

²⁹⁸ En el libro de Rêmi Skoutelsky se explica detalladamente el papel del PCF en la organización de las Brigadas y los mecanismos del reclutamiento. Por supuesto, hubo también miles de voluntarios que llegaron de otros países. Suiza se convirtió en una escala importante por donde transitaron los combatientes procedentes de Austria, Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Hungría, Italia y Alemania; en Gran Bretaña, las acciones del Partido Comunista, y concretamente, la “marcha del hambre” en Londres, entre octubre y noviembre de 1936, crearon un medio propicio para el reclutamiento (“la perspectiva de organizar un batallón inglés movilizó toda la maquinaria del CPGB...de noviembre de 1936 a enero de 1937...siempre había cola delante de la sede del Partido, en el número 16 de King Street, en Londres...”); También partieron de Irlanda, EEUU, de Latinoamérica. Rêmi Skoutelsky, *op. cit.*, p. 125.

de a los dirigentes Vital Gayman y André Marty, futuro responsable de las Brigadas en la base de Albacete, para comprobar las carencias técnicas y necesidades militares de los milicianos. El 7 de agosto, los periódicos del KPD en el exilio llamaron a todos sus militantes con alguna experiencia militar a unirse a las milicias republicanas. También se empezó a organizar el envío de voluntarios italianos, encuadrados en el PCI y que integraron la centuria *Gastone Sozzi*. El 5 de septiembre, el corresponsal en Barcelona del *Daily Worker*, periódico del PC británico, escribió una carta al secretario general del Partido, Harry Pollit, proponiéndole el envío de militantes comunistas, laboristas y sindicalistas para la formación de una centuria británica. Pero el paso decisivo para coordinar todas estas actividades se produciría una vez que Stalin decidió el apoyo militar a la República: el refuerzo de los suministros con combatientes, una vez que era más que evidente la presión en las bases de las secciones nacionales de la Comintern, puso en marcha el mecanismo.

El 18 de septiembre de 1936, en paralelo a las reuniones que se mantuvieron para aprobar la operación X, se reunió en Moscú el Secretariado de la Internacional Comunista, en la que hubo una conferencia específica sobre la “cuestión española”. Las decisiones se concretaron en varios ejes: denuncia de la intervención de las potencias fascistas; ayuda técnica mediante el envío de especialistas, agitación en Marruecos contra los militares franquistas y, la más importante de ellas: “proceder al reclutamiento, entre los obreros de todos los países, de voluntarios que tengan experiencia militar, con miras a enviarlos a España”.²⁹⁹ Esta reunión puede considerarse como el acta de fundación de las Brigadas Internacionales. A partir de ese momento las decisiones se aceleraron.

Andre Marty elaboró un Plan General de Operaciones en España tras consultar, entre otros, a Vital Gayman y al futuro general Kléber, que a su vez sólo fue comunicado a José Díaz y a Antonio Mije, el contacto comunista con el Ministerio de la Guerra. “Entre las medidas recomendadas”, escribe Rèmei Skoutelsky, “figuraba la formación de una unidad de choque constituida por entre 4.000 y 5.000 voluntarios que, según las informaciones de Maurice Thorez, ya estaban listos para partir a España. Hubo negociaciones con el Gobierno de Largo Caballero en las que intervinieron los comunistas españoles, los diplomáticos soviéticos y representantes de la Internacional Comunista. El decreto oficial de creación de las Brigadas Internacionales data del 22 de octubre de 1936...”³⁰⁰

La organización de las Brigadas, en semanas que fueron vertiginosas, estuvo acompañada de grandes dosis de improvisación. Lo primero fue la elección de la base operativa, que finalmente se decidió en la provincia de Albacete, nudo ferroviario, y cercana a Madrid y Valencia, cuya apertura corrió a cargo de Luigi Longo, representante del PCI ante Moscú y que se convertiría muchos años después en secretario del Partido italiano tras la muerte de Palmiro Togliatti. Pero el verdadero jefe de la base fue Andre Marty, que llegó el 20 de octubre, y al que le precedía su aureola como protagonista de los motines de la flota francesa en el mar Negro enviada a combatir la revolución rusa. Desde entonces, Marty sería uno de los dirigentes más reconocidos del PCF, diputado a la Asamblea nacional y encarcelado en diferentes ocasiones por su actividad entre 1927 y 1931. Cubierto de honores por Moscú, fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Comintern en 1932 y para el Secretariado

²⁹⁹ Rèmei Skoutelsky, *op. cit.*, p. 75; Hernández Sánchez *op. cit.*, p.104.

³⁰⁰ Rèmei Skoutelsky, *op. cit.*, p. 75.

en 1935. Los principales responsables de la base de Albacete, todos miembros de diferentes Partidos Comunistas, conformaron el consejo miliar que supervisó en todo momento su funcionamiento.

En la primera semana de vida de la base, antes incluso de la llegada de Marty, se organizaron cuatro batallones destinados a formar una brigada: el primer batallón estaba compuesto por alemanes, austriacos y yugoslavos, bautizado en noviembre como *Edgar André*, en tributo al dirigente comunista alemán decapitado por los nazis; el segundo, compuesto en un 80 por ciento de franceses se le bautizó *Comuna de París*; el tercero estaba integrado por los italianos, el *Batallón Garibaldi*; por último, el cuarto batallón se denominaría *Dombrowski*, y reunió a polacos, húngaros y balcánicos. Los cuatro batallones formaron teóricamente la IX Brigada Móvil, que a partir del 1 de noviembre pasaría a denominarse XI Brigada Mixta Internacional.³⁰¹ En total, cerca de 3.500 hombres que tendrían su bautismo de fuego en los grandes combates por la defensa de Madrid a principios del mes de noviembre.³⁰²

Las cifras de los combatientes de las Brigadas Internacionales, como otros hechos significativos de la guerra y la revolución española, siempre ha estado enmarañado por las diferentes fuentes de datos, las memorias de los protagonistas y los informes presentados por sus responsables, en muchas ocasiones llenos de inexactitudes. Rème Skoutelsky hace un recuento detallado de las fuentes más importantes y llega a conclusiones que parecen razonables y veraces. Para empezar, un informe sin firma que apareció en los archivos de la Comintern, citado por el historiador francés, da información de los combatientes enrolados en las brigadas, mes por mes, y por nacionalidad, hasta finales de agosto de 1938. La cifra es de 32.256 brigadistas, destacando por origen nacional, los franceses con 8.962 combatientes; polacos, con 3.113; italianos, con 3.002; estadounidenses, 2.341; alemanes, 2.217; balcánicos (búlgaros, yugoslavos, rumanos y griegos), 2.095; británicos, 1.843; belgas, 1.722; checoslovacos, 1.066, y de un total de 13 países más.³⁰³ Las cifras, como señala Skoutelsky, pueden variar un poco: los combatientes franceses oscilan en un rango entre los 8.962 y los 9.903, los italianos, siguiendo a Palmiro Togliatti en su historia del PCI, podrían elevarse hasta los 3.354, o los polacos, que según los archivos conservados en Varsovia podrían ser 3.805.

Además de las cifras, que daban una idea de la tremenda movilización solidaria con los trabajadores españoles, lo más importante era la composición social y de clase de estos voluntarios. Es muy interesante lo que Skoutelsky escribe al respecto: “Existe cierta

³⁰¹ *Ibid.*, p. 85.

³⁰² En su obra sobre las Brigadas Internacionales, el comisario del Ejército Popular Republicano, Santiago Álvarez (miembro del PCE), da una información detallada sobre las Brigadas y su composición. “Siguiendo la nomenclatura organizativa del Ejército Popular”, señala “las unidades internacionales creadas fueron: -XI Brigada, compuestas por franceses y belgas, alemanes y polacos, los batallones Edgar André, Comuna de París (franco-belga) y Dombrowski. -XII Brigada, constituida por los batallones Garibaldi (Italiano), Thaelmann (alemán) y André Marty (francés). -XIII Brigada, formada principalmente por eslavos 8polacos, ucranianos, yugoslavos) y algunos franceses. -XIV Brigada (La Marsellesa), compuesta por voluntarios franceses, belgas, luxemburgueses y algunos argelinos. -XV Brigada, integrada por el Batallón Dimitrov (búlgaro) y por ingleses y norteamericanos (Batallón Lincoln, del cual formaban parte también un numerosos contingente de cubanos). -XXIX Brigada, constituida por los batallones eslavo-balcánicos Dialovic, Dimitrov y Masaryk(...)”. Santiago Álvarez, *Historia política y militar de las Brigadas Internacionales. Testimonios y Documentos*. Compañía Literaria, Madrid, 1996, p. 100.

³⁰³ Rème Skoutelsky, *op. cit.*, p. 169.

representación mitológica de las Brigadas Internacionales que ve en ellas un ejército ‘intelectual’. En efecto, el compromiso físico de escritores prestigiosos al lado de los republicanos españoles, como el caso del inglés George Orwell o del francés André Malraux (aunque finalmente ni uno ni otro combatieron en las Brigadas Internacionales), así como el peso de los intelectuales en el trabajo de solidaridad con España y en términos más generales en la lucha antifascista de los años treinta, llevaron a creer en un enrolamiento masivo de este sector en las unidades internacionales (...) Esta imagen tiene poco que ver con la realidad, ya que la preeminencia de la clase obrera en las Brigadas Internacionales era aplastante. El 80 por ciento de los voluntarios franceses — el principal contingente— pertenecía a esa categoría en su definición más estricta. Si les sumamos a los demás asalariados, ¡el porcentaje se eleva al 92 por ciento! Los peones (un obrero de cada cinco), representaban un porcentaje netamente superior al de otras estructuras políticas. Predominaban visiblemente los oficios relacionados con la construcción y la metalurgia, y dentro de estos últimos, la profesión de conductor o conductor-mecánico (...) entre los estadounidenses también predominaban los obreros. Marineros, conductores y mecánicos eran los oficios que se encontraban con mayor frecuencia. El 80 por ciento de los ingleses eran obreros. En síntesis, si existió en la historia contemporánea un ejército proletario, ése fue el de las Brigadas Internacionales...”³⁰⁴

La mayoría de estos combatientes proletarios se desplazaron a las trincheras españolas a combatir el fascismo, pero también para acabar con el capitalismo. Su conciencia de clase estaba fuera de duda, la inmensa mayoría se habían curtido en las luchas de los años veinte y se afiliaron a los sindicatos, a los partidos comunistas, y también a los socialistas, buscando una herramienta para la revolución. En su horizonte no sólo estaba la defensa de la “democracia” en abstracto, sino la lucha consciente por el socialismo.

Como señala Skoutelsky, “Si bien en Francia la prensa comunista presentaba a los voluntarios únicamente como patriotas, en cambio en los periódicos internos de las Brigadas Internacionales no dudaban en destacar —al menos hasta mediados de 1937— su dimensión proletaria y el compromiso revolucionario de muchos de sus combatientes (...) El inglés Fred Borrino declaró, probablemente en su documento de repatriación, que había ido a España para ‘destruir al fascismo y construir un Estado obrero’ (...) Lo que Henri Chrétien, médico en jefe comunista, fue a hacer a las brigadas era lisa y llanamente una nueva revolución: ‘La imagen que se quiere dar de los voluntarios de la guerra de España no corresponde a lo que era la realidad. No fuimos allí para defender la república. Fuimos porque creíamos que íbamos a participar en la revolución. Y cuando llegamos allí, estuvimos convencidos durante toda la guerra de que luchábamos por la revolución, pero que no había que decirlo para no perjudicar a nuestra causa frente a las burguesías occidentales. Es decir, que era un doble juego. ¡Pero estábamos ahí para hacer la revolución! Personalmente, yo me convencí cuando el golpe de Estado de Franco. Entonces me dije: es como en Rusia. Vino Kornílov, y Kornílov permitió octubre. Y efectivamente, era lo que había sucedido en Barcelona y Madrid’ (...) En pocas palabras, si bien la política de Frente Popular, la alianza con una parte de la burguesía, se caracterizaba por el rechazo a la revolución como objetivo a corto plazo y *a fortiori* como medio para luchar contra el fascismo, hay que reconocer que muchos

³⁰⁴ *Ibid.*, pp. 174-75. “Un grupo particularmente homogéneo en las brigadas, hasta el punto de que se puede hacer un perfil tipo, es el de los procedentes del País de Gales. De los 174 voluntarios galeses identificados por Hywel Francis, 118 venían de los valles mineros del sur, y 39 de los puertos mineros adyacentes...” *Ibid.*, p. 176.

militantes comunistas que combatían en las Brigadas Internacionales no compartían esta orientación... ”³⁰⁵

Era evidente que por más que los dirigentes estalinistas se esforzaron por evitarlo, muchos brigadistas comunistas entendían que la lucha contra el fascismo era parte de la lucha por la revolución socialista. La base aceptaba el discurso de la dirección por la inmensa autoridad que todavía mantenía, envuelta en la bandera de octubre y las realizaciones de la URSS. Pensaban, al igual que muchos miembros de base del PCE y de la JSU que el tipo de consignas “defensa de la republica democrática”, eran parte de una estrategia para “engañar” a la burguesía, acumular fuerzas y conseguir el objetivo. Lo mismo ocurrió en los años setenta, cuando decenas de miles de comunistas, luchadores probados y que había enfrentado lo peor de la represión franquista en la actividad clandestina, siguieron las consignas de Santiago Carrillo, el eurocomunismo, el gobierno de concentración nacional, los Pactos de la Moncloa..., entendiendo, porque así también era alentado desde la dirección, que se trataba de concesiones temporales.

LA ENCRUCIJADA DE LA REVOLUCIÓN. FORMACIÓN DEL GOBIERNO DE LARGO CABALLERO

La revolución española abrió en canal los planes de Stalin. La estrategia de contemporalización con la burguesía imperialista, de sometimiento a la política de colaboración de clases, fue puesta en cuestión por el movimiento de los obreros españoles. La revolución “de tipo soviético” era una realidad muy difícil de camuflar, aunque para esta tarea se dispusieron de grandes recursos, materiales, humanos y militares. Y hay que señalar que las primeras víctimas de este juego, decidido por Stalin y la Comintern, fueron los militantes del Partido Comunista, sobre todo aquellos que se habían integrado a él por fuertes convicciones políticas, y que no dejaban de pensar en que esta orientación era el mejor camino para llegar a la meta prometida del socialismo.

Entre julio y noviembre de 1936 es inapelable que los embriones de un nuevo poder obrero se extendieron como una mancha por la España republicana: las milicias obreras, las patrullas de control, los tribunales revolucionarios, los comités sindicales de control sobre la producción en las industrias colectivizadas y las colectividades en el campo, constituían su espina dorsal. Establecer pues la coordinación estatal de todos estos comités, con delegados elegidos desde la base y revocables, conseguir que estos comités centralizaran y dirigieran democráticamente la vida económica, política y social del país, era el camino para consolidar la democracia obrera que surgía.

³⁰⁵ Skoutelsky, *op. cit.*, pp. 203-05. El historiador francés hace también referencia al informe que Marty elaboró para la dirección de la Comintern sobre las Brigadas Internacionales en el verano de 1939: “Desde el punto de vista de las características políticas, la enfermedad generalizada de los voluntarios a su llegada a España, una enfermedad que fue prolongada, se curó en cierta medida después de la unificación total de los comunistas en el partido español. Era el sectarismo, la incompreensión de la política del Frente Popular, el escaso análisis de la situación de España. Los voluntarios que venían de Francia, franceses, polacos, italianos, etc., tenían como consigna durante tres meses: ‘Les soviets partout’ [¡‘Crear soviets en todas partes!’] (...) Muchos —entre otros los ingleses y los estadounidenses— pensaban ‘que el Frente Popular era una trampa’ de los comunistas españoles para instaurar progresivamente la dictadura del proletariado ‘sin decirlo’”.

Pero como explicó el marxista norteamericano Felix Morrow, “...a pesar del surgimiento del doble poder, a pesar del alcance del poder del proletariado en las milicias y su control de la vida económica, el Estado obrero permanecía embrionario, atomizado, dispersado en las diversas milicias, comités de fábricas y comités locales de defensa antifascista constituidos conjuntamente por las diversas organizaciones. Nunca se llegó a centralizar en consejos de soldados y obreros a nivel nacional, como se hizo en Rusia en 1917 y en Alemania en 1918-19. Únicamente cuando el doble poder asume tales proporciones de organización se plantea la alternativa de elegir entre el régimen actual y un nuevo orden revolucionario en que los Consejos se transforman en el estado. La revolución española no llegó nunca a este punto, a pesar del hecho de que el poder real del proletariado era mucho más grande que el poder ejercido por los obreros en la Revolución alemana o verdaderamente tan grande como el ejercido por los trabajadores rusos antes. *A nivel local*, y en cada columna de milicias, los obreros mandaban; pero en la cumbre estaba sólo el gobierno. Esta paradoja tiene una explicación muy sencilla: no había partido revolucionario en España listo para potenciar la organización de soviets de manera audaz y consciente.”³⁰⁶

Las líneas anteriores dan de lleno en las enormes carencias a las que se enfrentaba el movimiento revolucionario. Si todas las actuaciones de los trabajadores se orientaban en la dirección inequívoca de destruir el orden capitalista, no existía un partido capaz de generalizar esta experiencia y consolidar los órganos del nuevo poder proletario. Al contrario, en el panorama político del momento había poderosas fuerzas que obraban en sentido contrario.

Los dirigentes de los partidos socialista y comunista profundizaron su política de colaboración de clases a través del Frente Popular. Para ellos, la lucha contra el fascismo no podía trascender las fronteras de la democracia burguesa o, dicho con otras palabras más persuasivas, la defensa de la “República democrática”, como subrayaban una y otra vez. Consecuentemente, garantizar este objetivo implicaba en los hechos enfrentarse a los obreros armados que empezaban a organizar su propio poder. Incluso aquellas organizaciones que se reclamaban revolucionarias, y que estaban involucradas en las realizaciones obreras de las primeras semanas, como la CNT y el POUM, tampoco tenían una visión coherente de la situación. Su negativa a impulsar, generalizar y concretar el poder obrero, y liquidar definitivamente el orden capitalista y sus instituciones, les llevó inevitablemente a la colaboración gubernamental con la burguesía republicana. En los hechos, cedieron el derecho a la burguesía liberal a dirigir la lucha, lo que en la práctica equivalía a reconocer los límites sociales y políticos que ésta imponía.

En aquellas primeras semanas enfrentarse abiertamente a las masas armadas era un ejercicio realmente peligroso. La situación de doble poder había debilitado sobremanera a las fuerzas de la burguesía republicana, suspendiéndolas en el aire. “Por rechazo de la insurrección militar”, señalaba Manuel Azaña, “hallándose el Gobierno sin medios coactivos, se produce un levantamiento proletario, que no se dirige contra el Gobierno mismo (...). Ahora bien: una revolución necesita apoderarse del mando, instalarse en el Gobierno, dirigir el país según sus miras. No lo han hecho. ¿Por qué? ¿Falta de fuerza, de plan político, de hombres con autoridad? ¿Presentimiento de que un golpe de mano sobre el poder, aun victorioso, derrumbaría la resistencia, nos pondría enfrente de todo

³⁰⁶ Félix Morrow, *op. cit.*, p. 95.

el mundo y se perdería la guerra? ¿O el cálculo de crear clandestinamente, por abuso de fuerza, sin responsabilidad y bajo la cobertura de Gobiernos inermes, situaciones de hecho, para mantenerlas después e imponerse al Estado cuando quiera salir de su letargo?

“De todo habrá. La obra revolucionaria comenzó bajo un Gobierno republicano que no quería ni podía patrocinarla. Los excesos comenzaron a salir a luz ante los ojos estupefactos de los ministros. Recíprocamente al propósito de la revolución, el del Gobierno no podía ser más que adoptarla o reprimirla. Menos aún que adoptarla podía reprimirla. Es dudoso que contara con fuerzas para ello. Seguro estoy de que las tenía. Aun teniéndolas, su ejemplo habría encendido otra guerra civil. Cundía y se tomaba en serio la amenaza de abandonar el frente. ¿Cómo se llama una situación causada por un alzamiento que empieza y no acaba, que infringe todas las leyes y no derriba al Gobierno para sustituirle a él, coronada por un Gobierno que aborrece y condena los acontecimientos y no puede reprimirlos ni impedirlos? Se llama indisciplina, anarquía, desorden. El orden antiguo pudo ser reemplazado por otro revolucionario. No lo fue. Así no hubo más que impotencia y barullo.”³⁰⁷

Las ideas que los dirigentes estalinistas defendieron a lo largo de la revolución y la guerra civil, determinadas como hemos señalado por las órdenes directas llegadas de la dirección de la Comintern y concretamente por Stalin, conectaron inevitablemente con aquellos sectores que se vieron perjudicados por la revolución en la zona republicana. Esta fuera de duda que el componente obrero del PCE era muy importante en los meses que transcurren entre el golpe militar y principios de 1937, reforzado numéricamente por las Juventudes Socialistas Unificadas, que dentro del Ejército Popular constituyeron una de sus columnas dorsales. Por eso, algunos autores críticos con el estalinismo se equivocan al presentar al PCE como un partido nutrido únicamente por elementos de clase media, pequeños propietarios y funcionarios. Por supuesto que esos sectores estaban presentes, y tendrían un gran peso en las filas del Partido a partir del otoño de 1936. Pero lo fundamental era que la política del Partido, su actuación en los momentos claves, sus grandes decisiones, conectaban invariablemente con esos sectores pequeño burgueses que no estaban interesados en la revolución socialista y a la que mostraron una gran hostilidad.

La posición económica y social de estas capas determinaba sus aspiraciones en la guerra. “Para desenvolverse como deseaban”, escribe Bolloten, “necesitaban de la libertad de comercio, pero sin la competencia de las grandes empresas ahora colectivizadas por los sindicatos, necesitaban libertad para producir bienes en beneficio propio, libertad para cultivar tanta tierra como desearan y emplear trabajo asalariado sin restricciones. Y para defender esa libertad, necesitaban, ante todo, un régimen constituido a su imagen y semejanza, con su cuerpo de policía, sus tribunales de justicia y su ejército; un régimen en el que su poder no se viera anulado por comités revolucionarios...”³⁰⁸ Ese régimen fue defendido a capa y espada por los dirigentes del PCE, en el marco de la política de Frente Popular, y atrajo a estas capas sociales a sus filas a medida que transcurrían los acontecimientos.

³⁰⁷ Manuel Azaña, *La velada de Benicarló*, citado en Pierre Broue, *La revolución española*, Ediciones Península, Barcelona, 1977, p. 194.

³⁰⁸ Bolloten, *op. cit.*, p. 165. Eso era exactamente a lo que Marx se refería en sus textos, sobre el papel de la pequeña burguesía en la revolución.

Como los hechos y la abundante documentación del Partido Comunista de España y de la Internacional Comunista apuntan, en el horizonte de los dirigentes estalinistas se descartó con rotundidad luchar por el poder obrero, por la transformación socialista de la sociedad. En uno de los trabajos más completos y documentados sobre la historia del PCE en aquellos años, aunque no por eso exento de una fuerte carga polémica y notables exageraciones interesadas, su autor Fernando Hernández Sánchez tiene que reconocer, a su manera, el fondo de la cuestión: “Los contenidos del programa del PCE en guerra deben ser puestos en relación, no con el marxismo-leninismo, sino con una reformulación y puesta al día del ideario republicano de izquierdas. Los comunistas españoles retomaron los contenidos de una cultura radical que había quedado arrumbada durante los años treinta por la irrupción de un discurso de matriz proletaria. La revolución, con su referente emblemático en el octubre soviético, había ofrecido a las clases trabajadoras un nuevo paradigma de comprensión —y transformación— de la realidad. Pero la aparición del peligro fascista y su réplica, el frentepopulismo, al aparcar el proyecto ofensivo revolucionario y sustituirlo por la defensa interclasista de la democracia burguesa, precisó retomar los valores de la vieja cultura radical como banderín de enganche, si bien dotándola de nuevas imágenes y contenidos. El PCE — y aquí radica una de las razones que le llevaron a ocupar un lugar de centralidad en el escenario de la República en guerra— supo ocupar un espacio político y social nutrido de las tradiciones de la cultura republicana de entre siglos (progreso, libertades, laicismo, instrucción y reformismo social), al que dotó del liderazgo político del movimiento obrero.”³⁰⁹

³⁰⁹ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 111.

El libro de Hernández Sánchez representa una justificación, actualizada, de la política frentepopulista y los argumentos esgrimidos por la dirección del PCE para cubrir su actuación en la revolución y en la guerra civil. No por ello deja de ser un libro de obligada referencia. Con una base documental de fuentes primarias muy abundante, y un estudio muy sólido de la composición militante del Partido, quizás la más elaborada de cuantas se hayan hecho, su lectura tiene mucho interés. Como se aprecia desde las primeras páginas, su libro es un manifiesto de combate, y tiene todo el derecho a serlo, faltaría más, contra aquellos historiadores críticos con la actuación del estalinismo en la revolución española. Especialmente ácidas son sus descalificaciones de la obra de Burnett Bolloten, *Revolución y contrarrevolución, la guerra civil española*, con la que evidentemente está obsesionado. Pero una lectura atenta del libro de Hernández no niega muchos de los aspectos centrales de la obra de Bolloten, su caracterización de la revolución española como un hecho incuestionable y el papel que la Internacional Comunista estalinizada y sus delegados sobre el terreno jugaron en ella para sabotearla, ya que sus premisas partían, por encima de cualquier otra consideración, de la defensa de la propiedad y la república burguesa.

Obviamente, Bolloten, como muchos otros autores, incurren en opiniones que pueden ser discutibles. Por ejemplo, su tesis de que Stalin y el PCE intentaron en suelo republicano instaurar una República Popular a semejanza de lo que ocurriría tras el fin de la Segunda Guerra Mundial en los países del este de Europa, es muy dudosa. A pesar de lo atractivo de esta especulación, que Hernández descalifica con argumentos bastante endebles ceñidos a las proclamas “oficiales” de la IC y del PCE en defensa de la “legalidad” republicana, es innegable que Stalin no tenía la menor intención de subvertir el orden capitalista en España en aquellos años de guerra civil y revolución. Es más, Stalin no tenía ninguna idea acabada sobre las llamadas Republicas Populares ni siquiera en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, cuando todos sus esfuerzos se dirigían a seguir demostrando a sus aliados imperialistas su fiabilidad y lejanía de cualquier planteamiento a favor de revolución mundial. La disolución de la Internacional Comunista, extensamente tratada en numerosos materiales, representó la mejor declaración de principios al respecto. Los acontecimientos del fin de la guerra, el reparto geoestratégico de Europa entre las potencias aliadas y la URSS, la traición a la revolución socialista en Francia, Italia y Grecia, dónde los Partidos Comunistas eran la fuerza dominante de la resistencia armada al fascismo y contaban con el mayor apoyo de masas de toda su historia, y la precipitación de la expropiación de los capitalistas en los países del Este europeo, con una fuerte presencia de un Ejército Rojo soviético victorioso frente al nazismo, eran factores que no estaban presentes en la coyuntura de 1936-39.

Estas polémicas tesis de Bolloten y otros historiadores, que Hernández crítica con tanto ardor, no son nada comparado con el desdén y desprecio con el que éste último trata la gesta revolucionaria de los

En efecto, la explicación es coherente, más allá de los alegatos sobre el poder de atracción de los valores de la “cultura radical”, que habría que sustituir por razones más bien de índole material y crematística. La esencia está clara: el PCE renunció a un programa de clase, marxista, revolucionario, y al adoptar la defensa de la democracia burguesa, era inevitable que se convirtiera en el campeón de aquellos sectores, desde los políticos republicanos y socialistas de derecha hasta comerciantes, pequeños propietarios, profesionales liberales, militares de carrera, funcionarios del Estado etc., que habían visto con horror las realizaciones revolucionarias y que aspiraban a vivir prósperamente, y en paz, en el marco de un capitalismo “democrático”.³¹⁰

trabajadores españoles. Descalificativos y sarcasmo propios de los académicos escépticos, completamente alejados de la lucha de clases, y firmes defensores de los valores de la “democracia burguesa” que la presentan como quintaesencia del mejor mundo posible. El libro de Hernández, reconociendo el trabajo solvente e innegable con el que aborda los entresijos internos de la organización comunista, sorprende por el tratamiento que dispensa a la revolución social de aquellos años, a la que apenas dedica espacio y atención, y que reduce, utilizando el latiguillo copiado a otros historiadores de su misma cuerda, a un “sueño” de utópicos melancólicos. Es muy llamativo que un profesional de la materia, que hace gala de su lealtad a las “fuentes documentales” y al rigor de sus investigaciones, desprecie el fondo de la cuestión central que se ventiló entre 1936-1939. No fue la defensa de una legalidad democrática pisoteada por Franco y los golpistas lo que estaba en juego, sino la posibilidad de romper con el capitalismo y establecer una república socialista basada en el poder de los trabajadores y los campesinos armados. Y este hecho fue el factor decisivo a la hora de determinar la actitud de la burguesía “democrática” europea, (británica y francesa), la del imperialismo norteamericano y, por supuesto, la de las potencias fascistas del Eje. Es comprensible que Hernández identifique estalinismo con comunismo, y meta en un mismo saco bajo el epígrafe de anticomunistas —repetiendo las amalgamas a las que nos acostumbraron los “profesores” rojos de la URSS cuando rescribieron la historia de la revolución rusa bajo persuasión de los fusiles que les apuntaban a la cabeza— las obras de historiadores de derechas o directamente fascistas, con la de otros que son críticos con el estalinismo. El plumero no se puede ocultar. Lo mismo cuando se trata de abordar la lucha contra “el trotskismo”, o se denuncia con la boca pequeña la represión contra el POUM y el asesinato de Nin —un lamentable exceso, como dicen muchos—, lo que no es impedimento para seguir vertiendo, setenta y cinco años después, insinuaciones de la posible colaboración de éste partido con las fuerzas de Franco. Hernández no se engaña asimismo ni a nadie. Refuta la obra de los historiadores de izquierda, que no aceptan la versión estalinista de aquellos hechos, supuestamente por su falta de “profesionalidad” y su desprecio por las “fuentes primarias”. Y es ahí dónde declara su completa lejanía del marxismo: “Cuando los archivos son públicos y el comunismo ya no constituye un elemento esencial de la agenda política, resulta incomprensible continuar operando con caracterizaciones obsoletas”, afirma impartiendo cátedra. Por nuestra parte discrepamos con Hernández, en muchas de sus opiniones y valoraciones, pero sobre todo en una: el comunismo no ha caído, ha caído su caricatura burocrática, un régimen autoritario y despótico que estaba en las antípodas del Estado obrero fundado por Lenin. Y a pesar de ello, a pesar que una legión de ex comunistas, ex socialistas, ex sindicalistas, ex profesores “rojos”, que ayer defendían ardientemente el estalinismo hoy se han pasado a las filas de la burguesía apoyando con entusiasmo su campaña interminable contra las ideas del socialismo, hay también decenas de miles en todo el mundo, veteranos y jóvenes, que sigamos luchando por él.

³¹⁰ A un mes de iniciarse la guerra, el PCE hizo público un Manifiesto, cuya paternidad Hernández Sánchez adjudica a Pasionaria. El texto, subtítulo “¡Contra los promotores de la guerra, unión nacional de los que anhelan una España grande por la cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y bienestar!”, hacia balance del mes de guerra y subrayaba el carácter “nacional” de la misma. El giro patriótico, que se acentuara en la propaganda del PCE en los meses siguientes comparando la lucha contra el fascismo a la guerra de la independencia de 1808 contra la invasión francesa, se apunta ya: “(...) No ignoraban los traidores levantados en armas que el pueblo amaba la República democrática, que la sentía tan en lo hondo de su sentimiento, que si alguien le hubiera hablado de destruirla hubiera encontrado una digna respuesta (...) La lucha, que en los primeros momentos pudo tener solamente el carácter de una lucha entre la democracia y el fascismo, entre la reacción y el progreso, entre el pasado y el porvenir, ha roto estos marcos para transformarse en una guerra santa, en una guerra nacional, en una guerra de defensa de un pueblo que se siente traicionado, herido en su más caros sentimientos; que ve su patria, su hogar, el hogar donde reposan sus mayores en peligro de ser desgarrados, arrasados y vendidos al extranjero. ¡La independencia de España está en peligro! (...)” *Guerra y revolución en España*, Vol. I, pp. 307-08.

Después de los primeros meses de conquistas revolucionarias, la política del Frente Popular y del estalinismo se transformó en toda una cadena de medidas dirigidas a someter el poder independiente de los obreros a los intereses de la burguesía republicana. Trotsky analizó la dinámica de aquellos acontecimientos: “...El hecho más sorprendente desde el punto de vista político es que, en el Frente Popular español, no había en el fondo ningún paralelogramo de fuerzas: el puesto de la burguesía estaba ocupado por su sombra. Por medio de los estalinistas, los socialistas y los anarquistas, la burguesía española subordinó al proletariado sin ni siquiera tomarse la molestia de participar en el Frente Popular: la aplastante mayoría de los explotadores de todo los matices políticos se habían pasado al campo de Franco. La burguesía española comprendió desde el comienzo del movimiento revolucionario de las masas, sin ayuda de ninguna teoría de la revolución permanente, que cualquiera que fuera su punto de partida ese movimiento se dirigía contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y que era imposible terminar con él con los medios de la democracia. Por esto sólo quedaron en el campo republicano residuos insignificantes de la clase poseedora, los señores Azaña, Companys y sus semejantes, abogados políticos de la burguesía, pero en absoluto la burguesía misma. Las clases poseedoras habiéndolo apostado todo a la dictadura militar, supieron, al mismo tiempo, utilizar a los que ayer eran sus representantes políticos para paralizar, disgregar y luego asfixiar el movimiento socialista de las masas en territorio republicano...”³¹¹.

Para enfrentarse a esa “indisciplina, anarquía, y desorden”, caracterización con la que la clase dominante despreciaba todas las revoluciones sociales, era necesario comenzar a reconstruir el poder del Estado pero sin provocar un enfrentamiento directo contra las masas insurrectas. ¿Pero cómo reconstruir el poder de la burguesía en la zona republicana? Al gobierno de Madrid y a la Generalitat le faltaba el instrumento más importante: las fuerzas armadas. El ejército se había pasado a Franco, exceptuando la marina y buena parte de la aviación, mientras la policía regular no existía como fuerza dependiente del gobierno. Por otra parte era necesario terminar con los “excesos” revolucionarios que habían amenazado la propiedad privada de las fábricas y la tierra, e impedir a toda costa que el movimiento se desarrollase y adoptase medidas socialistas de nacionalización de la banca. En ausencia de un partido revolucionario que tomara el poder, impulsara la formación de *soviets* (consejos de obreros, campesinos y combatientes) y emprendiera una guerra revolucionaria, fue la pequeña burguesía liberal y el estalinismo quienes dictaron la estrategia. Y esto implicaba, en primer término, la adopción de todas las medidas necesarias para la reconstrucción del Estado burgués en la zona republicana.

Obviamente, la dinámica y las medidas a tomar tenían que ser ejecutadas por aquellos dirigentes con el prestigio suficiente para hacerlas pasar como necesarias y positivas. La participación en el gobierno de dirigentes obreros de reconocida autoridad que pudiesen reconducir la situación era una condición completamente necesaria, tanto para este objetivo, como para dar un impulso a la resistencia militar después de la bancarrota demostrada por los líderes republicanos. El 4 de septiembre de 1936, Largo Caballero fue nombrado presidente del gobierno. La presentación de su programa fue toda una

El manifiesto también hace mucho énfasis en la reorganización efectiva de las fuerzas armadas republicanas, aspecto que se convertirá en el eje central de la propaganda comunista en los meses siguientes, hasta cristalizar en la formación del Ejército Popular Republicano a primeros de octubre.

³¹¹ León Trotsky, “Lección de España: última advertencia”, en *Escritos sobre la revolución española*.

declaración de intenciones: “Este gobierno se constituye con la renuncia previa de todos sus integrantes a la defensa de sus principios y tendencias particulares para permanecer unidos en una sola aspiración: defender España en su lucha contra el fascismo”.³¹²

Antes de que se formara este gobierno, la izquierda caballerista se había mostrado contraria a la continuidad del gobierno Giral, contra la opinión del PCE, y discrepaba del enfoque estalinista de la guerra y la revolución.³¹³ Sus oscilaciones fueron constantes entre julio y septiembre, y aunque en palabras siguió sin compartir el fondo de la política estalinista, en los hechos la aprobó y la llevó a la práctica. La incoherencia del centrismo se puso de relieve en multitud de ocasiones, como ya hemos señalado.³¹⁴ Por ejemplo, apenas dos semanas antes de constituir gobierno, un editorial publicado el 22 de agosto por *Claridad*, el órgano caballerista, mostraba las dudas y renuencias ante las presiones estalinistas: “Algunos dicen por ahí: ‘Aplastemos al fascismo, acabemos victoriosamente la guerra, y luego habrá tiempo de hablar de revolución y hacerla si es necesaria’. Los que así se expresan no se han percatado por lo visto del formidable movimiento dialéctico que nos arrastra a todos. La guerra y la revolución son una misma cosa, aspectos de un mismo fenómeno. No sólo no se excluye o se estorban, sino que se complementan y ayudan. La guerra necesita de la revolución para su triunfo, de la misma manera que la revolución ha necesitado de la guerra para plantearse. La revolución es el aniquilamiento económico del fascismo, el primer paso, por tanto, para aniquilarle también militarmente (...) El pueblo no lucha ya por la España del 16 de julio, que era todavía una España dominada socialmente por las castas tradicionales, sino por una España en que estas castas sean raídas definitivamente. El más poderoso auxiliar de la guerra es ese desarraigamiento económico y total del fascismo, y eso es la revolución. Es la revolución en la retaguardia la que hace más segura y más estimulante la victoria en los campos de batalla.”

³¹² *Claridad*, 1 de octubre de 1936

³¹³ “A la vista de las diferencias subyacentes entre los comunistas y los socialistas de izquierda, no es sorprendente que el estallido de la revolución en julio de 1936 pusiera con toda claridad sus actitudes dispares. ‘Cuando el Partido Comunista planteaba la necesidad de abrazar la República democrática — declaró José Díaz, su secretario general, en un informe al Comité Central en marzo de 1937— los socialistas, una gran parte de nuestros camaradas socialistas, mantenían la posición de que la República democrática ya no tenía razón de ser y abogaban por la instauración de una República socialista, divorciando así, por tanto, a las fuerzas obreras de las fuerzas democráticas, de las capas pequeñoburguesas y populares del país. Era natural que nuestra política de agrupar a todas las fuerzas democráticas con el proletariado tropezase con ciertas dificultades al no comprender algunos camaradas socialistas que dado el carácter de la guerra que se había desencadenado en España no era éste el momento de hablar de República socialista, sino simplemente de una República democrática de hondo calado social (...)’. A mediados de agosto Largo Caballero había moderado tanto su lenguaje revolucionario —al menos de cara al exterior— que, en una carta al dirigente sindical británico Ben Tillet, dijo que los socialistas españoles estaban luchando por el triunfo de la democracia y no tenían ninguna intención de establecer el socialismo” Bolloren, *op. cit.*, pp. 216-17.

³¹⁴ Fernando Claudín retrata estas oscilaciones con bastante sentido: “Los caballeristas se adaptaron también a la estrategia de Stalin, sin renunciar a sus propias concepciones y objetivos, cuya debilidad principal era la que ya señalamos anteriormente: imprecisión, vaguedad, carencia, en definitiva, de una política coherente. Reflejando la voluntad de las masas proletarias, se proponían preservar el contenido socialista de la revolución, pero no contaban ni con un programa que diese forma concreta a ese contenido, ni con una táctica para luchar eficazmente por él en la complejísima situación de la guerra civil. Pretendían asumir el papel rector dentro del bloque político obrero-republicano, y en la práctica iban a remolque del Partido Comunista en unas cuestiones, o del anarcosindicalismo, en otras. Pero precisamente esas características hacían del caballerismo la formación ideal para ocupar el proscenio en el drama que se iniciaba (...)” Fernando Caludín, *op. cit.*, p. 184.

La situación militar, con el avance de las fuerzas franquistas por el sur y la amenaza sobre Madrid, precipitaron los acontecimientos a pesar de la resistencia de los dirigentes del PCE de sustituir a Giral (por indicación directa de Stalin y los delegados de la Comintern). La formación del nuevo gabinete estuvo rodeada de muchas conversaciones y no pocos enfrentamientos. En un principio, la fórmula que buscó Azaña fue la ampliación del gobierno a los otros partidos del Frente Popular, incorporando figuras socialistas de relieve como Indalecio Prieto o Largo Caballero. Pero, según apuntan la mayoría de los testimonios de los protagonistas, Caballero exigió para sí el Ministerio de la Guerra y la Presidencia. La reacción, en un primer momento, fue de oposición, tanto entre los republicanos como en los socialistas de derecha (Negrín por ejemplo)³¹⁵ y en el PCE. No obstante Caballero insistió y propuso la entrada de representantes comunistas, algo que contrariaba las directrices de Stalin y la Comintern, reuñentes a que su sección española participase en labores gubernamentales y partidarios de una colaboración desde fuera.

El cruce de mensajes entre Stalin, la dirección de la Comintern y los dirigentes del PCE muestran que, a pesar de la coincidencia de objetivos, no pudieron frenar las presiones políticas que se desataron para la inclusión de los comunistas en el gobierno. “Después de asegurarse la aprobación telefónica de Stalin”, escribe Hernández Sánchez, “Dimitrov remitió a Díaz un mensaje especificando detalladamente el tipo de gobierno que Moscú juzgaba más conveniente que se estableciera: Un consejo de ministros presidido por Giral, reorganizado como gobierno de defensa nacional, en el que los republicanos tuvieran la mayoría. Sería conveniente incluir en él representantes de Cataluña y País Vasco, dos socialistas —por ejemplo, Prieto y Caballero—, y dos comunistas, siempre en la perspectiva de que debía ser ‘un gobierno comprometido con la defensa de la República que subordine todas las tareas al aplastamiento de la revuelta’ (...).”³¹⁶

³¹⁵ Bolloten, *op. cit.*, p. 224.

³¹⁶ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 109.

Esta coyuntura es explicada, por algunos estudiosos, como una primera prueba de que el PCE no se plegó a las directrices de la Comintern, y mantuvo su “independencia” de decisión como ocurriría en otros jalones de la guerra y la revolución. Hernández Sánchez, firme partidario de esta tesis, escribe: “La entrada de los comunistas españoles en un gobierno encabezado por el viejo líder socialista Largo Caballero no fue precisamente lo que Moscú consideraba mejor para la posición internacional de la República española. Por mucho que Bolloten y otros autores, como Radosh y sus colaboradores, se empeñen en incidir sobre la subordinación obsecuente de los comunistas españoles, lo cierto es que fue la Comintern, como se verá a continuación, la que hubo de rehacer sus posiciones para cohonestar lo que la dirección del PCE presentó con todos los rasgos de un hecho consumado”. Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 107.

Es evidente que la IC y Stalin no quería la participación directa del PCE en el gobierno para no alarmar a las democracias occidentales. Pero ellos no podían controlar todos los aspectos de la lucha de clases en el Estado español, ni las contradicciones derivadas de la actuación de fuerzas que no dirigían orgánicamente. La cuestión, realmente importante, es si los dirigentes del PCE una vez que entraron en el gobierno siguieron, obedientemente y de manera subordinada, las directrices políticas y militares de Stalin y la IC. ¿Es así o no? ¿Se manifestaron hechos relevantes que lleven a considerar que se produjo una ruptura, aunque fuese en algún plano secundario? La respuesta es claramente no. Tampoco Stalin pudo llevar a cabo, como pretendía, la represión contra el ala izquierda de la revolución española, siguiendo el mismo guión con que había dirigido la lucha contra el “trotskismo” en la URSS. Fueron muchos los momentos en que el PCE tuvo que adaptar las exigencias de Moscú a la realidad de la revolución, replegarse tácticamente, avanzar más lento, hacer concesiones. Para ello contó con delegados de la IC de la absoluta confianza del aparato estalinista como Togliatti. ¿Qué indica eso? Que aún el más poderoso secretario general no podía moldear automáticamente la historia a su gusto, y no una supuesta independencia “nacional” del PCE con respecto a las directrices de la IC y de Stalin.

El 4 de septiembre el PCE envió un telegrama firmado por José Díaz y Duclos dirigente del PCE: “pese a nuestros esfuerzos, hemos sido incapaces de evitar un gobierno de Caballero. Conseguimos colocar a Giral como ministro sin cartera y también una ampliación del gobierno de la Esquerra en Cataluña y entre los nacionalistas vascos. Número de republicanos de todo tipo: cuatro; tres socialistas de distintas tendencias, dos comunistas. La CNT ha publicado una declaración en la que asegura que participará en el trabajo de la comisión (...) Todos insistieron enfáticamente en la participación de los comunistas en el nuevo gobierno y fue imposible evitarlo sin crear una situación muy peligrosa. Estamos tomando las medidas necesarias para organizar el trabajo de nuestros ministros.”³¹⁷

La proclamación del nuevo gabinete, el “Gobierno de la Victoria”, fue recibida con muestras de entusiasmo entre la población y entre las milicias,³¹⁸ y la posición de Largo Caballero al frente del mismo supuso una inyección de moral y confianza justo cuando más se necesitaba. Como señala Claudín: “Para el proletariado, Largo Caballero al frente del gobierno era la garantía de la revolución. Para Azaña y Prieto, como para Stalin y sus representantes en España, la jefatura gubernamental de Caballero podía ser la garantía de que la revolución colaborara en su propia rectificación, en la restauración del Estado republicano democrático-burgués. Para los anarcosindicalistas era una posibilidad de preservar los enclaves de ‘comunismo libertario’ creados en las zonas donde ellos tenían preponderancia. Para el mismo Caballero y los ‘caballeristas’, la alianza con los republicanos burgueses era una especie de astucia de guerra para adaptarse a las condiciones internacionales en que se desarrollaba la revolución española y al mismo tiempo preservar su pureza proletaria”.³¹⁹

Con todo, y a pesar de que la figura de Caballero podía inducir a que se preparaba un giro izquierdista de la política oficial, la coalición con la burguesía republicana se profundizó, y se alentó a través de un gran despliegue propagandístico en la prensa nacional e internacional. “La participación de los partidos burgueses en el gobierno legítimo (...) es un símbolo —escribió Louis Fischer, en aquella época portavoz de la política soviética—. Para los capitalistas de la España fascista y para el mundo exterior ha de ser un signo de que la República no se propone establecer un Estado soviético o un régimen comunista después de conseguir la victoria en la guerra civil”.³²⁰

Paralelamente, el Partido Comunista intensificó la agitación a favor de un ejército popular que unificase las milicias. Su liderazgo en el Quinto Regimiento y sus llamamientos a la resistencia contra el cerco de las tropas franquistas a la capital de la República multiplicaron sus apoyos en las filas de la izquierda caballerista. Ya hemos comentado la absorción de un buen número de dirigentes de las JJSS tras la unificación con las Juventudes Comunistas, la integración de la CGTU en la UGT, o la formación del PSUC, que supuso la entrada en la órbita estalinista de la federación catalana del

³¹⁷ Citado en Radosh, *op. cit.*, p. 52.

³¹⁸ La composición de este primer gobierno de Largo Caballero fue la siguiente: Presidente, Francisco Largo Caballero (PSOE). Hacienda, Juan Negrín (PSOE). Asuntos Exteriores, Julio Álvarez del Vayo (PSOE). Justicia, Mariano Ruiz-Funes (IR). Gobernación, Ángel Galarza (PSOE). Guerra, Francisco Largo Caballero (PSOE). Marina y Aire, Indalecio Prieto (PSOE). Instrucción Pública y Bellas Artes, Jesús Hernández Tomás (PCE). Obras Públicas, Julio Just Gimeno (IR). Industria y Comercio, Anastasio de Gracia Villarrubia (PSOE). Trabajo y Sanidad, José Tomás Piera (ERC). Agricultura, Vicente Uribe Galdeano (PCE). Comunicaciones, Bernardo Giner de los Ríos y García (UR). Ministro sin cartera, José Giral Pereira (IR). Ministro sin cartera, Manuel de Irujo (PNV)

³¹⁹ Fernando Claudín, *op. cit.*, p.184.

³²⁰ Bolloten, *op. cit.*, p. 226.

PSOE dirigida por Rafael Vidiella, hasta entonces firme partidario de Caballero. Los avances del PCE entre los militantes de la izquierda socialista se sucedieron continuamente; en Madrid, por ejemplo, fueron muy significativos, a lo que se sumó también que estrechos colaboradores de Caballero en el pasado, y que ahora ocupaban responsabilidades gubernamentales, se convirtieran en firmes defensores de la política del PCE (afiliándose muchos de ellos en secreto). Fue el caso de Julio Álvarez del Vayo, ministro de Exteriores y vicepresidente de la Agrupación Socialista Madrileña; Edmundo Rodríguez, de la Comisión Ejecutiva de la UGT; Felipe Petrel, tesorero de UGT; y los diputados e intelectuales Margarita Nelken y Francisco Montiel.

Dos importantes puntales en la estrategia del PCE, para lograr imponer su orientación en la guerra y la revolución, fueron Julio Álvarez del Vayo y Juan Negrín, ministro de Hacienda y futuro sucesor de Caballero al frente del gobierno. Los ríos de tinta que han corrido sobre el comportamiento del doctor Negrín no se han secado todavía. Su apoyo manifiesto a la línea del PCE, que está muy documentado, ha provocado respuestas airadas por determinados biógrafos e historiadores, como Ángel Viñas, Herbert Matthews y otros, complacientes y defensores en líneas generales de la política frentepopulista y que opinan que Negrín siempre actuó de manera independiente y al margen de las directrices estalinistas. Pero las pruebas y los testimonios que dan fe de esta colaboración son muy abundantes, e independientemente de la valoración que se quiera hacer, lo cierto es que Negrín, ya sea en el gobierno desde septiembre de 1936, o después del aplastamiento de los obreros barceloneses en las jornadas de mayo del 37 y de ser apartado Largo Caballero, se identificó plenamente con las consignas estalinistas y viceversa. No hubo discrepancias en ningún aspecto fundamental, ni en las medidas militares, ni en la cobertura a los agentes del NKVD que actuaban con total impunidad contra los militantes poumistas y anarcosindicalistas, ni divergencias para encubrir el brutal secuestro y asesinato de Andreu Nin o el escandaloso enjuiciamiento de los líderes del POUM...³²¹

La historia oficial del Partido recuerda la significación de su entrada en el gobierno: “El ingreso en el gobierno de Largo Caballero tuvo gran trascendencia. Era la primera vez que un partido comunista participaba en un gobierno de coalición, junto con un partido

³²¹ Negrín como ministro de Hacienda fue un actor importante en el envío de las reservas de oro de la República a Moscú (510 toneladas), la quinta más grande del mundo después de las de EEUU, Gran Bretaña, Francia y la URSS, y que sirvió para proveer de armas soviéticas a la República como ya hemos señalado. El bloqueo de las potencias “democráticas” con su política de no intervención, convirtió a la URSS en la única opción para la compra de armamento a gran escala en las condiciones que hemos descrito, lo que no evitó además una larga lista de fraudes y estafas del que el gobierno republicano fue víctima por parte de todo tipo de traficantes, muchos de ellos compinchados con diplomáticos desertores y los servicios de inteligencia.

La cuestión del oro ha sido ampliamente documentada por Ángel Viñas en diferentes libros: *El oro español en la Guerra Civil*. Vol. 37, Instituto de Estudios Fiscales, 1976; *El oro de Moscú: Alfa y Omega de un mito franquista*. Grijalbo, Barcelona, 1979; *El escudo de la República: el oro de Moscú, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Crítica 2010.

El 16 de septiembre Juan Negrín ordenó el envío de la reserva de oro, previamente aprobado por el gobierno, al puerto de Cartagena por razones de seguridad obvias ante la amenaza de las tropas de Franco sobre la capital. Como señala Howson “Los bancos de París, Londres y Nueva York, se negaban a aceptar dinero republicano, filtraban información sobre las transacciones republicanas a la prensa y a los gobiernos y obstruían el movimiento de fondos de un país a otro (...) El 14 de octubre, cuando ya estaban llegando los primeros barcos soviéticos cargados de armas y aviones, Largo Caballero preguntó al gobierno soviético si aceptaba el traslado de parte de la reserva de oro a la URSS. El 17 se recibió una respuesta afirmativa, y el oro salió de España, en un clima de intenso dramatismo, la noche del 26...” Gerald Howson, *op. cit.*, p. 174.

socialista y con diversos partidos pequeñoburgueses. Era la primera vez también que comunistas y católicos formaban parte del mismo gobierno. En la arena internacional no existía precedente de un gobierno de conjunción de estas características. El Partido Comunista de España tuvo que marchar con audacia por un terreno virgen, desde el punto de vista de la práctica revolucionaria. La presencia del Partido Comunista en los gobiernos republicanos constituyó una experiencia altamente positiva. Contribuyó a la adopción de medidas de organización militar sin las cuales la República hubiese sido derrotada en breve plazo; ayudó a frenar el aventurerismo seudorrevolucionario y a asegurar la realización de transformaciones democráticas básicas como la Reforma Agraria y otras: contribuyó poderosamente al mantenimiento de una amplia unidad de las fuerzas antifascistas”.³²²

El terreno “virgen” al que se refiere la versión oficial del Partido no lo era tanto. Aunque sin la presencia de ministros comunistas, la experiencia histórica de gobiernos de coalición entre partidos obreros y burgueses era ya en esa época bastante rica, tanto en el Estado español (con el gobierno de conjunción republicano-socialista de 1931-33), como en Europa (gobierno de colación en Rusia entre febrero y octubre de 1917, el de Frente Popular francés de mayo de 1936, etc.), y todos ellos se saldaron con un rosario de traiciones a la causa obrera y una enorme frustración de su base social. Por supuesto que la entrada del PCE en el gobierno reforzó las medidas militares en el combate contra Franco, pero incluso estas, por muy positivas que fuesen, estaban lastradas por la concepción que se tenía de la guerra como una lucha en defensa de la “democracia”. Sobre todo, el gobierno de coalición se esforzó por meter en vereda a los trabajadores que habían osado levantarse contra la propiedad capitalista y su Estado, eso que en la jerga oficial del estalinismo se denominaba con desprecio “aventurerismo seudorrevolucionario”.

La posición del PCE se vio muy reforzada por la presencia de comunistas en el gobierno —que obtuvieron la confianza de los ministros republicanos y socialistas de derechas a su enfoque de las tareas políticas en el plano nacional como internacional—, y por la llegada masiva de asesores soviéticos y agentes del NKVD, además de delegados de la Comintern que se convirtieron en algo más que consejeros políticos del Partido. Hernández Sánchez señala sobre este punto: “Junto con los técnicos militares y el personal diplomático enviados por Stalin en su línea de sostenimiento del esfuerzo de guerra de la República hizo su aparición un tipo de personal particular, los agentes del NKVD, cuya misión —en palabras de uno de sus máximos exponentes, Orlov— era, supuestamente, ayudar a los republicanos a montar un servicio de inteligencia militar y desarrollar las bases para una guerra de guerrillas. Sin embargo, para este tipo de tareas no era necesario pertenecer al NKVD. El coronel Ilya Starinov, que puso en marcha el XIV Cuerpo de Ejército de Guerrilleros, pertenecía a la inteligencia militar (GRU). Fue otro insigne agente del NKVD, Sudoplatov, quién dejó traslucir la verdadera misión de Orlov y sus hombres: planificar operaciones contra los ‘trotskistas’ y su agencia local (el POUM), contra los ‘aventureros’, que acudieron a España con la esperanza de ver materializadas sus utopías revolucionarias y para colaborar en la liquidación de la ‘quinta columna’ fascista.”³²³

Largo Caballero, ya en la presidencia, sufrió una rápida conversión en sintonía con el espíritu que dominaba el gabinete. Sus relaciones con el PCE fueron básicamente

³²² *Guerra y revolución en España*, Volumen II, p. 49.

³²³ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 141.

buenas en los primeros meses de su mandato, a lo que no fueron ajenas sus continuas declaraciones de respeto por la “democracia”. Ante una delegación de parlamentarios británicos afirmó solemnemente: “El gobierno español no combate por el socialismo, sino por la democracia y las formas constitucionales.” Este tipo de ideas se repitieron insistentemente en las semanas siguientes.³²⁴

La línea política en el plano interior se complementaba en el exterior con los reiterados intentos del gobierno, amplificadas por la propaganda de los dirigentes estalinistas, de granjearse el apoyo de las “democracias occidentales” y así modificar la correlación de fuerzas en el terreno militar. Obviando los evidentes intereses de clase que estaban en juego, los estalinistas justificaban sus medidas contra las realizaciones revolucionarias precisamente para lograr este apoyo, especialmente el de Gran Bretaña. El órgano de expresión del PSUC, *Treball*, en su edición del 2 de febrero de 1937 reproducía las palabras de Joan Comorera, dirigente del partido, en un mitin público: “En el bloque de potencias democráticas el factor decisivo no es Francia sino Inglaterra. Resulta esencial para todos los camaradas del partido comprenderlo así, y moderar sus consignas en los momentos presentes (...) Inglaterra no es un país como Francia. Inglaterra es un país gobernado por el Partido Conservador. Inglaterra es un país de evolución lenta, constantemente preocupado por sus intereses imperiales. Inglaterra es un país de poderosos, de pequeños burgueses, de clases medias, profundamente conservadora, que reacciona con gran dificultad (...) Se dice que Inglaterra no podría admitir jamás de ninguna manera el triunfo de Alemania en España, porque ello significaría un peligro para sus grandes intereses. Pero debemos saber que los grandes capitalistas ingleses pueden llegar a un acuerdo en cualquier momento con los capitalistas alemanes e italianos si se convencen de que no tienen otra elección respecto a España (...) Hemos de ganar, cueste lo que cueste, la neutralidad benévola de este país, si no logramos la ayuda directa”.

A pesar de esta sintonía general, la coalición gubernamental no era, ni mucho menos, una unidad. En los círculos republicanos el ambiente de pesimismo y derrotismo se manifestó desde primera hora. No sólo eran de la opinión que la guerra estaba perdida, sino que veían el curso de la revolución como una auténtica amenaza para sus intereses vitales. Sin confianza, sin valor, apostaban por una salida pactada a la guerra, lo que llevaba implícito el sello de la capitulación. “En una carta escrita después de la guerra”, señala Bolloten, “[Azaña] reconocía francamente su pesimismo: ‘Nadie ignora que he hecho todo lo posible, desde septiembre de 1936, para inclinar la política para una solución transaccional, porque la derrota del enemigo era un ensueño’. El famoso intelectual republicano Claudio Sánchez-Albornoz, miembro del ala conservadora de la Izquierda Republicana, el partido de Azaña, recuerda esta conversación mantenida con el presidente en el verano de 1937: ‘La guerra está perdida, absolutamente perdida — dijo Azaña— pero, por si milagro se ganase, en el primer barco que saliera de España tendríamos que embarcar los republicanos, si nos dejaban’. Asentí a su opinión y añadí: ‘Y si usted cree —y acierta— que la guerra está perdida y que la suerte de nosotros, los republicanos, está sellada, ¿por qué no hace usted la paz?’. ‘Porque no puedo’,

³²⁴ En una nota a la prensa extranjera declaró: “El gobierno de la República española no tiende a implantar un régimen soviético en España, pese a lo que en algunos sectores extranjeros se haya dicho a tal efecto. El propósito esencial del Gobierno es mantener el régimen parlamentario de la República...” Bolloten, *op. cit.*, p. 285.

respondió rápidamente. Y no me fue difícil adivinar en su mirada la angustia con que llevaba su impotencia'...³²⁵

Aunque Azaña y los republicanos estaban completamente desmoralizados, de hecho el Presidente de la República intentó dimitir de su cargo en varias ocasiones, fueron muy útiles para dar cobertura a la estrategia del estalinismo, negando que en el Estado español se estuviera dando una guerra de clases, y colaborando a presentarla como un conflicto por la “independencia nacional” contra los invasores extranjeros.³²⁶

LA RECONSTRUCCIÓN DEL ESTADO

En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, es un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo en la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo este trasto viejo del Estado.

Federico Engels, *en el vigésimo aniversario de la Comuna de París, Londres, 18 de marzo de 1891.*

Las fuerzas que pugnaban por la reconstrucción del aparato estatal burgués eran poderosas, pero todavía carecían de un punto de apoyo clave: las organizaciones anarcosindicalistas, que habían protagonizado en Catalunya la lucha contra el alzamiento militar y concentraban en sus manos el control de una parte considerable de los comités obreros y las fuerzas milicianas. La participación de los anarcosindicalistas en el gobierno desató arduas polémicas en las filas frentepopulistas, por temor a la reacción de la “opinión pública” internacional, pero las ventajas que esta participación ofrecía eran considerables para la tarea fijada.³²⁷ El debate también fue profundo y polémico entre los confederales.

³²⁵ *Ibid.*, p. 288.

³²⁶ “Desde el principio del conflicto, los republicanos liberales, sin influencia entre las masas y claramente desbordados por la situación, se habían retirado a un segundo plano —o, como dijo un amigo de la República española, ‘permanecieron en estado comatoso durante toda la guerra’— cediendo a los comunistas la delicada tarea de oponerse al ala izquierda de la revolución y defender los intereses de las clases medias. Un síntoma de este cambio era el tono favorable a los comunistas de *Política*, el órgano de la Izquierda Republicana (...)”. *Ibid.*, p. 232.

³²⁷ El 25 de octubre, el órgano caballerista, *Claridad*, señalaba: “La entrada de representantes de la CNT en el actual Consejo de Ministros aportaría seguramente nuevas energías y autoridad al órgano rector de la nación, desde el momento que una zona considerable del proletariado, hoy ausente de sus deliberaciones, se sentiría plenamente vinculada a las resoluciones y a su autoridad”. También hubo manifestaciones contrarias, y muy vehementes, como las del presidente Manuel Azaña. Pero en esta ocasión su opinión valió muy poco.

El 3 de septiembre, las federaciones regionales de la CNT rechazaron la oferta que hizo Caballero de integrar a los anarcosindicalistas al gobierno, a pesar del visto bueno que había dado previamente el Comité Nacional. Para buscar una fórmula que pudiese ser aceptable para el gobierno y para los líderes anarquistas más reacios, se ideó la propuesta de conformar un Consejo de Defensa Nacional, que en la mente de algunos se representaba no como un gobierno, sino como un comité dominado esencialmente por los sindicatos. Evidentemente tal propósito contó con la oposición de todos los partidos frentepopulistas, y del propio Caballero en primer lugar. Esta maniobra no aflojó la presión sobre la CNT, y tampoco de dirigentes anarcosindicalistas significados que no compartían esta resistencia. El secretario del Comité Nacional, Horacio M. Prieto atacó a los defensores de esta fórmula en el pleno de Comités Regionales celebrado el 28 de septiembre ya que en su opinión “evidenciaba una falta total de realismo, teniendo en cuenta a las potencias extranjeras y el aspecto internacional de la guerra”, e insistió en la participación “pura y simple” en el gobierno, y que se pusiera fin “a tantos escrúpulos, prejuicios morales y políticos, tantas negaciones de la realidad y tantos remilgos de lenguaje”.

A los anarquistas extranjeros, que apoyaron la consigna del Consejo de Defensa, también se les señaló su contradicción: “Hay un hecho curioso —escribía Helmut Rüdiger, representante en España de la Asociación Internacional de Trabajadores, a la que estaba afiliada la CNT— que casi todos los camaradas críticos [del extranjero] aceptaban el programa de dirección del movimiento antifascista por el Consejo Nacional de Defensa... seamos francos. También se trataba de un programa de ejercicio de poder, sólo que el nombre les era un poco más simpático a nuestros camaradas anarquistas de otros países...”³²⁸

Finalmente, la decisión a favor de la integración en el gobierno llegó el 18 de octubre, cuando una nueva sesión plenaria de los Comités Regionales aprobó la propuesta de Horacio Prieto, y le concedieron plenos poderes para que llevase a cabo las negociaciones. El 3 de noviembre de 1936, la CNT formaría parte de un gobierno, por primera vez en su historia, con cuatro ministros: García Oliver y Federica Montseny (reconocidos militantes de la FAI) en las carteras de Justicia y Sanidad; Joan Peiró y Juan López, en las de Industria y Comercio. La idea de que esta integración podría aumentar la influencia de los anarcosindicalistas en las decisiones militares que estaban a punto de adoptarse, fue también una pura ilusión. Los líderes anarquistas, aceptando el juego de la participación gubernamental, quedaban comprometidos en la política frentepopulista y en todos los aspectos de ella que iban directamente contra sus “principios”.

En su edición del día 4 de noviembre, *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT hacía la siguiente valoración: “La entrada de la CNT en el gobierno central es uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país. De siempre, por principio y convicción, la CNT ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de Gobierno. Pero las circunstancias, superiores casi siempre a la voluntad humana, aunque determinada por ella, han desfigurado la naturaleza del gobierno y del Estado español. El gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya al organismo que separa la sociedad en clases. Y ambos dejarán de

³²⁸ Bolloten, *op. cit.*, pp. 346-347.

oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT. Las funciones del Estado quedarán reducidas, de acuerdo con las organizaciones obreras, a regularizar la marcha de la vida económica y social del país. Y el gobierno no tendrá otra preocupación que la de dirigir bien la guerra y coordinar la obra revolucionaria en un plan general. Nuestros camaradas llevarán al gobierno la voluntad colectiva y mayoritaria de las masas obreras reunidas previamente en grandes asambleas generales. No defenderán ningún criterio personal o caprichoso, sino las determinaciones libremente tomadas por los centenares de miles de obreros organizados en la CNT. Es una fatalidad histórica lo que pesa sobre todas las cosas. Y esta fatalidad la acepta la CNT para servir al país, con el interés puesto en ganar la guerra y para que la revolución popular no sea desfigurada. Tenemos la seguridad absoluta de que los camaradas elegidos para representar a la CNT en el gobierno sabrán cumplir con el deber y la misión que se les ha encomendado. En ellos no se ha de ver personas, sino a la organización que representan. No son gobernantes ni estatales sino guerreros y revolucionarios al servicio de la victoria antifascista. Y esa victoria será tanto más rápida y rotunda cuanto mayor sea el apoyo que les prestemos.”³²⁹

Horacio Prieto tenía razón, a su modo, cuando criticaba tanta palabrería y tantos prejuicios doctrinarios. El camino a la colaboración gubernamental se había asfaltado desde el momento en que muchos líderes de la CNT abandonaron cualquier pretensión de acabar con el Estado burgués y optaron por la vía de la colaboración con los republicanos y estalinistas en dónde eran una fuerza dirigente indiscutible: Catalunya.

Tras la derrota de los militares el 19 de julio, la CNT-FAI se había hecho con el control real del poder en Barcelona, en las principales comarcas catalanas, y jugaba un papel decisivo en el resto del país.³³⁰ Cuando el 21 de julio las masas confederales vencieron a los militares sublevados y se encontraron con toda Barcelona en sus manos, se produjo una coyuntura decisiva. Era el momento de completar la tarea derribando la vieja maquinaria del Estado. Sin embargo, el comportamiento de los líderes anarquistas no estuvo a la altura de aquellas circunstancias históricas. Esa misma mañana, Companys, presidente de la Generalitat, el mismo que se había negado a repartir armas a los militantes de la CNT para hacer frente al golpe y que tenía un amplio historial de

³²⁹ Citado por José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Editorial La Cuchilla, Cali, Colombia, 1988, p 220.

La cuestión de la entrada en el gobierno de la CNT fue punto de rupturas, divisiones y enfrentamientos encontrados a lo largo de años en el movimiento libertario. Después de la guerra, Federica Montseny afirmó que ella personalmente nunca tuvo ilusiones en que a través del gobierno se pudiera conseguir algo: “Sabíamos, sabíamos todos, que a pesar de que el gobierno no era, en aquellos momentos, gobierno, que el poder estaba en la calle, en manos de los combatientes y de los productores, el poder volvería a coordinarse y a consolidarse y, lo que sería más doloroso y más terrible, con nuestra complicidad y con nuestra ayuda y devorando moralmente a muchos de nuestros hombres,” *Inquietudes*, número especial, julio de 1947, citado en Bolloten, *op. cit.*, p. 356.

³³⁰ No es este el espacio para comentar exhaustivamente la actuación de los dirigentes anarcosindicalistas en la revolución y la guerra civil. Muchos autores lo han descrito con gran profusión de datos y documentación. La literatura al respecto es abundante. Cabe citar los excelentes trabajos de Abel Paz, entre ellos *Durruti en la revolución española*, FAL, Madrid, 2001; la obra de Jose Peirats, *La CNT en la revolución española* (Tres volúmenes), AA La Cuchilla, Cali-Colombia 1988, donde el autor maneja un volumen de documentación interna de la CNT excepcional; otra obra de gran interés es el libro de Vernon Richards citado ya, y el gran trabajo de Bolloten. También se puede seguir la evolución de la política de la CNT-FAI en los aspectos decisivos de la revolución en el libro de Víctor Taibo, *La revolución inconclusa. El movimiento anarcosindicalista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2012.

medidas represivas contra esa organización, tuvo que llamar a los dirigentes cenetistas para encarar la nueva situación creada tras el triunfo proletario.

“Fuimos a la sede del Gobierno catalán”, cuenta Abad de Santillán, “con las armas en la mano (...). Algunos de los miembros de la Generalitat temblaban, lívidos (...). El palacio de la Generalitat fue invadido por la escolta de los combatientes”. Lo que dijo Companys a esta delegación confederal es la mejor prueba del carácter revolucionario del momento: “Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas (...), me he visto forzado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas (...). Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora”. La cosa era bastante obvia, pero los dirigentes de la CNT prefirieron abrir el camino a la reconstrucción del poder del Estado en Catalunya y en el resto del país. “Podimos quedarnos solos, imponer nuestra voluntad absoluta, declarar caduca la Generalitat y colocar en su lugar al verdadero poder del pueblo”, señala Abad de Santillán, “pero no creíamos en la dictadura cuando se ejercía contra nosotros, y no la deseábamos cuando podíamos ejercerla nosotros mismos a expensas de otros. La Generalitat habría de quedar en su lugar con el presidente Companys a la cabeza”.³³¹

Todas las acciones heroicas de la CNT, todos los sacrificios de sus militantes, todas las resoluciones de los congresos confederales, se echaban por la borda en el momento de culminar la victoria revolucionaria. Los enemigos del Estado, como se llamaban a sí mismos los dirigentes anarquistas, se inclinaban ante él y decidían, como consecuencia lógica de sus prejuicios sobre el “poder” y la “autoridad”, ceder ante el mismo poder y la misma autoridad contra la que habían combatido y por la que habían sido masacrados durante décadas cientos de sus mejores militantes.

“El coronel Escofet”, señala Bolloten, “republicano moderado y comisario de Orden Público, explica el dilema de la CNT ante la revolución. Cuando el 20 de julio la CNT se encontró en Barcelona ‘virtualmente dueña de la calle, de las armas, de los transportes, etc., es decir, del poder, sus dirigentes, aguerridos, audaces y enérgicos, estaban desorientados. No tenían un plan ni una doctrina clara de lo que debían hacer o

³³¹ Diego Abad de Santillán, citado por Pierre Broué y Émile Témime en *La revolución y la guerra de España*, Fondo de Cultura Económica, México 1962, Vol. I, página 121.

León Trotsky comentó la actuación de los dirigentes anarquistas: “Una sola autojustificación: ‘No tomamos el poder, no porque no pudiéramos, sino porque no quisimos, porque estamos en contra de toda dictadura’, que encierra una condena del anarquismo en tanto que doctrina contrarrevolucionaria. Renunciar a la conquista del poder, es dejárselo voluntariamente a los que lo tienen, a los explotadores. El fondo de toda revolución ha consistido y consiste en llevar a una nueva clase al poder, dándole así todas las posibilidades de realizar su programa. Es imposible hacer la guerra sin desear la victoria. Nadie hubiera podido impedir a los anarquistas que establecieran, después de la toma del poder, el régimen que les hubiera parecido, admitiendo, evidentemente, que fuese realizado. Pero los dirigentes anarquistas habían perdido la fe en ellos mismos. Se alejaron del poder no porque estuviesen contra toda dictadura — de hecho, de buena o mala gana...— sino porque habían abandonado totalmente sus principios, habían perdido su coraje, si es que alguna vez tuvieron algo de esto. Tenían miedo de todo, al aislamiento, a la intervención, al fascismo, tenían miedo de Stalin, tenían miedo de Negrín. Pero a quién más temían estos charlatanes era a las masas revolucionarias...” León Trotsky, *Lección de España: última advertencia*, en *Escritos sobre la Revolución Española*, León Trotsky, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2010, p. 148.

dejar de hacer. El concepto federal de comunismo libertario carecía de realismo y no daba ninguna indicación del camino a seguir en un periodo revolucionario.”³³²

Los principales líderes anarquistas optaron, en los hechos, por luchar contra el fascismo sin acabar con el orden social capitalista. A partir de esta consideración todo lo demás vino por añadidura. Si la clase trabajadora, cuando está en condiciones de hacerlo, no toma el poder en sus manos, no para imponer un Estado autoritario, como piensan los anarquistas que inevitablemente sucede cuando se entra en contacto con el “poder”, sino para acabar precisamente con el poder de los explotadores y organizar la sociedad sobre unas bases completamente diferentes; si en el momento decisivo se renuncia a destruir la dictadura del capital, aquellos que lo hacen pagarán duramente por su error. En palabras del gran revolucionario francés Saint Just: “Los revolucionarios que hacen revoluciones a medias cavan su propia tumba.”³³³

La consecuencia inevitable de la colaboración de los dirigentes de la CNT con los líderes republicanos y estalinistas, justificada por las circunstancias “excepcionales” de la guerra, no fue otra que su implicación práctica en las medidas que se fueron tomando progresivamente contra las conquistas revolucionarias. El 21 de julio en el palacio de la Generalitat, se constituyó a iniciativa de Companys el Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña (CCMA). Los dirigentes anarquistas permitieron la presencia en este comité de organizaciones burguesas como la Esquerra,³³⁴ y aceptaron que la representación del estalinismo, a través del PSUC recién constituido y la UGT, fuera muy superior a sus efectivos reales. Con el beneplácito de los dirigentes confederales, se procedió al reparto del armamento incautado en los cuarteles entre todas las organizaciones “antifascistas”, permitiendo de esta manera proveer de un arsenal militar a formaciones que lo utilizarían posteriormente para combatir a la CNT, a sus militantes y a su obra revolucionaria. Como señala Agustín Guillamón, destacado historiador de la revolución española: “La CNT carecía de un programa y de una táctica que le preparase

³³² Bolloten, *op. cit.*, p 604

³³³ No hay salidas intermedias en los momentos decisivos: o sucumbir a la presión de la burguesía y la pequeña burguesía y contribuir a recomponer su poder, o la generalización del poder obrero eliminando los residuos burgueses, construyendo así un nuevo Estado obrero de transición. Pero este nuevo Estado, desde sus inicios, no es más que un Estado en disolución. El control democrático de los trabajadores a través de sus organismos, de elección y revocabilidad de todos los cargos representativos, de la desaparición de la burocracia estatal bien pagada es una premisa fundamental. Para hacer efectiva la participación del conjunto de la sociedad en todas las tareas de administración y en todas las decisiones que afectan a cualquier ámbito de la vida social, se requiere, en primer lugar, de tiempo efectivo para que la clase obrera pueda hacerlo, y solo se llegará a este punto cuando las masas de la población trabajadora reduzcan sensiblemente su jornada laboral. Alcanzar esta situación solo es posible a través del desarrollo de las fuerzas productivas, socializadas bajo el control democrático de los trabajadores en el marco de una economía planificada. El Estado, como creación de la sociedad de clases, solo podrá ser enviado definitivamente al baúl de las reliquias históricas cuando desaparezcan las clases, es decir, cuando la lucha por la apropiación de la plusvalía sea realmente una cosa del pasado. A pesar de las enseñanzas que la historia de las revoluciones ha proporcionado, el Estado se representa en el pensamiento anarquista como un ídolo que desaparece por el simple método de no reconocerlo. La experiencia de la revolución española echó por la borda de manera dramática todo este idealismo metafísico.

³³⁴ Pelai Pagés se refiere a la situación de la Esquerra Republicana de Catalunya en ese momento: “El partido gubernamental de Cataluña, que había recuperado una parte de su hegemonía en las elecciones de febrero de 1936, después del fracaso que sufrió el 6 de octubre de 1934, al estallar la guerra civil se encontraba en una situación de extraordinaria debilidad, incapaz de controlar y dirigir los acontecimientos. De hecho había perdido buena parte de su influencia en la sociedad catalana a raíz del proceso de radicalización e izquierdismo experimentado en Cataluña después de octubre de 1934”. Pelai Pagés, *op. cit.*, p. 59.

para tomar el poder; y por ello sus líderes no hicieron más que improvisar, y buscaron la colaboración con el resto de fuerzas antifascistas y el gobierno de la Generalitat, pese al ‘contratiempo provisional’ de sus prejuicios antiestatales, que desembocaron en el híbrido CCMA. De hecho, si la CNT hubiera tenido ese programa y esa táctica no hubiera sido un sindicato anarquista, sino un partido marxista. La organización y la ideología anarcosindicalista naufragaron en la situación revolucionaria abierta con la victoria insurreccional de julio de 1936.”³³⁵

Con todo, el Comité Central de las Milicias disfrutaba de una autoridad enorme, no por efecto de ninguna disposición legal, sino porque era la representación, aunque fuera indirecta, de las masas obreras armadas. En aquellas circunstancias todavía era pronto para pensar en acabar con el doble poder de una forma abierta. Barrio a barrio, pueblo a pueblo, y fábrica a fábrica, los comités se multiplicaron por toda Catalunya, expresando los deseos de trabajadores y campesinos, y la fuerza real de cada organización. Un proceso muy parecido se dio en la mayor parte del territorio republicano, a uno u otro nivel: en Málaga, en Asturias, en Valencia, en el Aragón liberado por las milicias catalanas dónde se constituyó el Comité de Defensa, en La Mancha... Los comités de fábrica, las colectividades agrícolas, los comités de milicias, etc., controlaban la mayor parte de la economía y la sociedad.

El Estado burgués se veía reducido a un gobierno formal, a instituciones existentes sólo en el papel y con una autoridad real muy limitada. ¿Cómo fue posible, entonces, que en una situación en la que la correlación de fuerzas era tan favorable a la clase obrera, la República burguesa pudiera reconquistar el poder, hasta imponerse definitivamente y aplastar con las armas los organismos de poder obrero? La causa no fue la falta de conciencia socialista de la clase obrera o su falta de voluntad revolucionaria. La causa esta en otro lado. Fue la política errónea de las direcciones obreras la que abrió el camino a la contrarrevolución.

La responsabilidad de los dirigentes anarquistas, que tenían en sus manos la organización más importante de los trabajadores y, por tanto, eran decisivos para inclinar la balanza del poder a uno u otro lado, fue tremenda. Si García Oliver, Federica Montseny o Abad de Santillán, hubieran querido cumplir con los ideales que habían proclamado durante años y ser leales a la causa de la militancia anarquista, habrían impulsado la acción de las masas y se habrían basado en sus instintos y en las conclusiones revolucionarias que estas mismas sacaban de su experiencia con rapidez.

³³⁵ Agustín Guillaumón, *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la derrota de mayo de 1937*, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona 2007, p. 75.

Este mismo autor señala: “El 21 de julio, un Pleno de Locales y Comarcales [de la CNT] había renunciado a la toma de poder, entendida como una dictadura de los líderes anarquistas, y no como imposición, coordinación y extensión del poder que los comités revolucionarios ya ejercían en la calle. El 23 un pleno conjunto, y secreto, de los comités superiores de la CNT y de la FAI cerró filas en cuanto a la decisión tomada de colaborar en el CCMA, y de preparar el Pleno del día 26 para vencer la resistencia de la militancia. El 24 habían partido las dos primeras columnas anarquistas, al mando de Durruti y Ortiz. Durruti (...) El 26 de julio fue ratificada, por la mañana, en el Pleno Regional la colaboración definitiva de la CNT-FAI en el CCMA (...) el CCMA se reunió por la tarde-noche del día 26 para crear un organigrama y estructurarse en diversos departamentos: Guerra, Milicias de Barcelona, Milicias comarcales, Comisión de Abastos, Propaganda, Autorizaciones y permisos, Patrullas de Control, Sanidad de Guerra, Transportes y Subsidios. Juan García Oliver se encargó del departamento de Guerra. Abad de Santillán estaba al cuidado del abastecimiento de las milicias, ayudado por Miret y Pons. Aurelio Fernández fue nombrado jefe del departamento de Investigación...”. Agustín Guillaumón, *Los comités de defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*, Aldarull Edicions, Barcelona 2011, p. 103.

Los dirigentes anarquistas, por la autoridad que poseían en el movimiento, podrían haber generalizado los comités, coordinándolos a nivel local y regional con delegados electos democráticamente desde la base y, sobre todo, haber creado un comité obrero estatal para dirigir la lucha militar y consolidar definitivamente el naciente poder de los trabajadores. Este era el camino, el único camino para vencer al fascismo. Completar la revolución socialista en el conjunto de la España republicana expropiando económicamente a la burguesía y destruyendo su Estado y, al mismo tiempo, llamar a la clase obrera mundial, especialmente de Francia y Gran Bretaña, a la solidaridad internacionalista activa, tanto militar como políticamente. Una orientación semejante se habría convertido en un poderoso imán de atracción para el proletariado de Europa y de todo el mundo. Esa fue la gran lección de la revolución rusa y la explicación de su histórico triunfo.

En Catalunya, donde el doble poder había llegado más lejos, la Generalitat burguesa recondujo paulatinamente la situación, con la colaboración de los dirigentes anarcosindicalistas. Tan pronto como el 17 de agosto, en un Pleno de Locales y Comarcales de la CNT, se tomó la decisión de disolver el Comité Central de Milicias Antifascistas. Tal y como explicó posteriormente la Delegación de la CNT en un Congreso de la AIT (internacional anarquista), “se consideró que para evitar la duplicidad de poderes que constituía el CCMA y el Gobierno de la Generalitat, debía desaparecer aquel y constituirse el Consejo de la Generalitat de Catalunya, desarrollándose unas más positivas actividades sin la cortapisa del choque de poderes y para que terminara el pretexto de las democracias de no ayudarnos”.³³⁶

El 26 de septiembre de 1936 se constituyó el nuevo gobierno de la Generalitat. En el mismo participaron tres consejeros de la Esquerra Republicana, tres de la CNT haciéndose cargo de las Consejerías de Economía, Sanidad y Abastos, tres de Unión Campesina, uno de Acció Catalá, dos del PSUC y uno del POUM (Andreu Nin). El CCMA quedó definitivamente suprimido el 1 de octubre de 1936. García Oliver declaró: “hoy la Generalitat nos representa a todos”.³³⁷

La participación del POUM en este gobierno de colaboración de clases fue otra prueba de la política de su dirección. Esta decisión, al igual que su firma del acuerdo de Frente Popular, es minimizada por muchos historiadores afines que las justifican amparándose en el terrible asesinato de Andreu Nin.

Ciertamente Nin pagó con su vida por su actividad revolucionaria y su compromiso con la causa de los trabajadores. Cuando el POUM fue disuelto tras los acontecimientos de mayo del 37, de los que más adelante hablaremos, y la maquinaria estalinista de calumnias y difamaciones contra este partido se transformó en abierta represión, Nin, que fue secuestrado y torturado por un comando del GPU (acrónimo en ruso del Directorio Político del Estado, la policía política estalinista), se negó a firmar la confesión de su “colaboración con las fuerzas franquistas”. Nin pasará a la historia como un mártir de los crímenes del estalinismo, como decenas de miles de militantes comunistas de la Oposición de Izquierdas en la URSS exterminados en los campos de concentración, como la vieja guardia leninista fusilada tras los infames juicios de Moscú, o como decenas de militantes poumistas y anarquistas muertos en la represión desatada después de la derrota del levantamiento obrero de mayo del 37 en Barcelona. Todos

³³⁶ Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona*, op. cit., p. 100.

³³⁷ *Ibid.*, p. 119.

estos hechos, sin embargo, no deben ser un obstáculo para entender que la política práctica de Nin no fue consecuente con la estrategia marxista que pretendía defender el POUM.

Cuando Nin aceptó formar parte de este gobierno de la Generalitat, que obviamente era la plataforma política de la burguesía republicana y el estalinismo para liquidar la obra revolucionaria y el poder obrero embrionario, León Trotsky escribió: “El POUM ha cometido el error de participar en la combinación electoral llamada ‘Frente Popular’ bajo cuya protección, durante algunos meses, Franco ha preparado la insurrección que devasta actualmente España. Un partido revolucionario no tiene el derecho de asumir directa o indirectamente una política de ceguera y de tolerancia culpable (...) La dirección del POUM ha cometido un segundo error al entrar a formar parte del gobierno catalán de coalición...”³³⁸

Los líderes del POUM, justificando sus actos y respondiendo a Trotsky, escribieron en *La Batalla* el 25 de marzo de 1937: “El camarada Trotsky critica igualmente al POUM por haber entrado en el gobierno catalán de coalición, con el pretexto de que éste gobierno incluía representantes de otros partidos. Sin embargo olvida que esto es propio de todos los gobiernos de coalición. La cuestión estaba en el carácter burgués o proletario de éste gobierno. Por nuestra parte afirmamos que se trataba de un gobierno revolucionario, y que el deber del POUM era participar en él. No sólo porque los representantes de los partidos obreros estaban en mayoría, sino fundamentalmente por que su programa era un programa revolucionario, cuya realización tendría como consecuencia hacer avanzar la revolución. Negarse a formar parte de este gobierno, con el pretexto de que en él también toman parte representantes de partidos pequeñoburgueses habría significado condenarse al más completo aislamiento, traicionando a la vez los propios intereses de la revolución.”

No hay más ciego que el que no quiere ver. En realidad los dirigentes del POUM confundían la revolución con la contrarrevolución, como los hechos se encargaron de demostrar. Ese mismo gobierno que tildaban de “revolucionario”, con su participación, aprobó todo tipo de decretos para neutralizar y sabotear la obra de los trabajadores; actuó decididamente contra los comités revolucionarios, contra el control obrero en las empresas, contra las milicias, a favor del desarme de los trabajadores, con medidas para subordinar las colectividades a la labor gubernamental de reconstrucción del Estado. Meses más tarde, esas mismas fuerzas a las que el POUM y Andreu Nin asignaban la defensa de un programa “revolucionario”, aprobaron su expulsión de la Generalitat, mientras se enfrentaban abiertamente contra los elementos de poder obrero resistentes. Y cuando los obreros barceloneses se levantaron contra esta acción contrarrevolucionaria, pagaron los servicios prestados por el POUM con su ilegalización y persecución.

La primera medida de la Generalitat reestablecida fue la disolución del Comité Central de Milicias, cuya autoridad recayó en las Consejerías de Defensa y Seguridad interna, pero no fue, ni mucho menos, la última. Un decreto publicado el 9 de octubre de 1936 señalaba: “Artículo primero: se disuelven en Catalunya todos los comités locales, cualesquiera que sean sus nombres o títulos, junto con todas las organizaciones locales que pudieran haber surgido para aplastar al movimiento subversivo, sean sus objetivos

³³⁸León Trotsky, *Por la victoria de la revolución española*, 19 de febrero de 1937.

culturales, económicos o de cualquier otra especie”. “Artículo segundo: cualquier resistencia a dicha disolución será considerada un acto fascista y sus instigadores entregados a los tribunales de justicia militar”.

La disolución de los comités en Catalunya marcó el primer avance en la liquidación de la obra revolucionaria en terreno republicano. Otro jalón importante en la consolidación del Estado burgués se dio el 27 de octubre de 1936, cuando se promulgó el decreto de desarme de los obreros: “Artículo primero: todas las armas largas (fusiles, ametralladoras, etc.), que obren en poder de los ciudadanos serán entregadas a las municipalidades, o requisadas por ellas, dentro de los ocho días siguientes a la promulgación de este decreto. Las mismas serán depositadas en el Cuartel General de Artillería y el Ministerio de Defensa de Barcelona para cubrir las necesidades del frente”. “Artículo segundo: Quienes retuvieran tales armas al fin del período mencionado serán considerados fascistas y juzgados con todo el rigor que su conducta merece”.

Los decretos no dejaban margen de duda. Se trataba de someter a los obreros a la política del gobierno. ¿Qué hicieron los dirigentes del POUM y la CNT ante estas disposiciones? Aunque en palabras desde el POUM se abogaba por el poder obrero y la revolución, en los hechos consintieron todos estos decretos, aprobados cuando participaban en el gobierno de la Generalitat. En el caso de la CNT ocurrió igual. Otra cosa diferente fue la reacción de los militantes poumistas y cenetistas que habían protagonizado el levantamiento y que se oponían frontalmente al desarme de los obreros y la liquidación de los comités. En el POUM la sección madrileña aprobó por inmensa mayoría un programa basado en una política leninista. En Barcelona el movimiento de oposición a la política de Nin, Andrade y Gorkín dentro del POUM, también aumentó. El instinto revolucionario y la experiencia vivida bajo la “República democrática” habían escaldado a muchos.

En lo que respecta al gobierno central, la ofensiva contra la obra de la revolución fue igual de descarada y ruidosa que la de la Generalitat. Desde el primer momento, la propaganda estalinista se dirigió contra los comités obreros, corazón del poder revolucionario. El 9 de septiembre de 1936, *Mundo Obrero* se quejaba: “Parece haberse desatado una epidemia de comités exclusivistas de los más variados matices y con las funciones más insospechadas. Nosotros decimos que todos y cada uno debemos estar interesados en la defensa de la República democrática, y por ello cada uno de los organismos que se creen deben reflejar exactamente la composición y los propósitos que animan al gobierno que todos nos hemos comprometido a apoyar y defender. Es una necesidad de guerra que avalan numerosos factores, tanto de índole nacional como internacional y a los cuales debemos acompañar el ritmo de nuestro paso”.

La posición del estalinismo era muy clara: disolución de los comités revolucionarios y sustitución de los mismos por la vieja administración republicana, integrada por delegados de los partidos que conformaban el gobierno central y que serían dóciles en la aplicación de sus decisiones. Como en Catalunya, los comités se habían convertido en un obstáculo que había que aplastar si se quería reconstruir el Estado. Los anarcosindicalistas, que habían proclamado su lealtad a los órganos de base de la revolución en numerosas ocasiones, fueron cediendo en todos lados. Desde la Generalitat al gobierno central, se produjo un repliegue total por su parte. Finalmente, el gobierno de Largo Caballero, con el apoyo de los ministros anarquistas, aprobó toda una

serie de decretos legales y disposiciones (25 de diciembre de 1936 y 7 de enero de 1937) para disolver los comités y sustituirlos por consejos municipales y provinciales compuestos por delegados de las organizaciones del Frente Popular.

Junto con los comités, otro aspecto fundamental para reconstruir la estructura del Estado eran las fuerzas de seguridad, disueltas prácticamente en las primeras semanas de insurrección obrera. La mayoría de los efectivos de la Guardia Civil, la Guardia de Asalto y la policía secreta se pasaron a las filas golpistas, y las tareas del “orden público” quedaron en manos de las patrullas de control y milicias obreras. Estos organismos fueron claves en contener a la quinta columna franquista en muchas de las grandes ciudades, y se emplearon en la represión de los elementos más significativos. Sin duda, se produjeron toda una serie de excesos en la aplicación de sus funciones, ejecuciones injustas y *paseos* que acabaron con la vida de personas inocentes por el hecho de profesar ideas derechistas. Sin embargo, la pretensión de equiparar este “terror” revolucionario con la política de exterminio sistemático, masacres masivas y represión indiscriminada que tuvo lugar en la retaguardia franquista a manos de las militares y bandas falangistas, no tiene ningún sentido. No sólo fue incomparablemente menor, sino que su naturaleza no tenía nada en común. La acción de los obreros tuvo siempre una voluntad de preservación de los derechos democráticos de la mayoría, frente a la decisión de unos militares golpistas de sembrar el país de montañas de cadáveres para defender los privilegios de una minoría de explotadores.

No es de extrañar que las imágenes de los obreros armados, desempeñando las tareas que bajo el capitalismo son monopolio de los parlamentos, los ayuntamientos, la policía o el ejército, bajo las directrices de la burguesía y sus representantes políticos, provocaran horror en los gobiernos de Francia y Gran Bretaña. Esa era la prueba de que se estaba desarrollando una revolución profunda. La campaña contra los comités y las patrullas de control, así como contra las milicias, iban al fondo de la cuestión. Y a esta campaña, los dirigentes estalinistas y sus aliados contribuyeron con todas sus fuerzas, no en los primeros días cuando el entusiasmo revolucionario se desbordó, pero sí a medida que se sintieron cada vez más fuertes al timón del gobierno.

Los intentos por reestablecer una fuerza policial del Estado, se sucedieron desde el primer momento. El gobierno Giral promulgó un decreto el 31 de agosto de 1936 que dispuso la reorganización de la Guardia Civil en Guardia Nacional Republicana. Bajo el gobierno de Largo Caballero se reclutaron miles de efectivos para este nuevo cuerpo y lo mismo ocurrió con la Guardia de Asalto, cuyos miembros aumentaron en 28.000 a principios de diciembre. También se amplió el Cuerpo de Carabineros, dependiente del Ministerio de Hacienda de Juan Negrín, y que llegaron a los 40.000 en abril de 1937. El gobierno de Caballero aprobó otro decreto (17 de septiembre de 1936) por el que los miembros de las patrullas de control de las organizaciones obreras debían incorporarse a una Milicia de Vigilancia, dependiente del Ministerio de Gobernación; todos los milicianos que rehusasen incorporarse serían considerados “desafectos”. Evidentemente los militantes republicanos, socialistas y comunistas se integraron en el nuevo cuerpo oficial de policía, pero muchos anarcosindicalistas se resistieron y continuaron con sus propias brigadas y patrullas como ocurrió en Barcelona.

Los cuerpos de seguridad republicanos se convirtieron en terreno fértil de la actuación del NKVD, apoyándose en los puestos clave que muchos cuadros del PCE acumularon en ellos. La polémica en torno a esta cuestión, como no podía ser de otra manera, se

mantiene. Autores como Hernández Sánchez rebajan la penetración estalinista en los cuerpos de seguridad amparándose en la filiación política de muchos de sus mandos, sin tener en cuenta que numerosos republicanos, socialistas de derechas o provenientes de la izquierda caballerista, actuaron en ellos siguiendo las directrices del Partido sin la menor objeción. Tanto Bolloten como Ronald Radosh dan una información muy detallada al respecto, este último a partir de un concienzudo estudio de la numerosa documentación de la época proveniente de los archivos soviéticos.

Es innegable que el PCE asumió importantes responsabilidades en el cuerpo de policía, y que los agentes del NKVD jugaron un papel decisivo en ellos. En noviembre de 1936 Santiago Carrillo fue designado consejero de Orden Público en la Junta de Defensa de Madrid. Luis Omaña Díaz y Loreto Apellániz, fueron nombrados comisario general e inspector de policía en Valencia por el ministro de Gobernación Ángel Galarza, socialista de izquierda. Justiniano García y Juan Galán, ocuparon el cargo de jefe y subjefe de los Servicios Especiales, el departamento de inteligencia del Ministerio de Gobernación. También Fernando Torrijos, miembro del Partido, se situó en el puesto de comisario general de la Dirección General de Seguridad.³³⁹ Por parte soviética, el encargado de organizar la red del NKVD en la España republicana fue Alexander Orlov, por orden directa de Stalin, y su figura está asociada a la maquinaria de represión estalinista contra el ala izquierda de la revolución, especialmente en el montaje para la detención y posterior asesinato de Andreu Nin. Muchos otros destacados miembros del GPU tuvieron un papel relevante en los acontecimientos españoles. Es el caso del italiano Vittorio Vidali (alias Carlos Contreras en España) que destacó en la formación del Quinto Regimiento y en la represión contra pumistas y anarcosindicalistas, o de Ernst Moritsovich Gere, conocido también como Ernst Singer, Ernö Gerö, Gere o Pedro, que en 1937 fue destinado exclusivamente a España, donde ejerció el cargo de consejero del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), como delegado de la IC en este partido, al tiempo que era el responsable del NKVD en Cataluña. Estaba bajo los órdenes del Orlov, e intervino con este directamente en el asesinato de Andreu Nin.³⁴⁰

Otro paso importante en la reconstrucción del orden republicano se dio a través de la reorganización de la administración de justicia y la eliminación de los tribunales revolucionarios que surgieron en las primeras semanas. Paso a paso fueron desplazados por tribunales compuestos por tres miembros de la judicatura y catorce miembros de los partidos del Frente Popular y los sindicatos (dos por organización). El decreto, que se publicó el 26 de agosto de 1936, no fue aplicado en todas las provincias republicanas hasta semanas después de que la CNT ingresará en el gobierno, ya con García Oliver como Ministro de Justicia.

La ofensiva contra las realizaciones revolucionarias se extendió a desarticular los comités de control obrero en las industrias colectivizadas, someter éstas al dominio del gobierno central y del de la Generalitat, y emprender una campaña de ataques contra las colectividades agrarias so pretexto de defender la pequeña propiedad de los campesinos.

Una de las mayores carencias de la política de los anarcosindicalistas lo representó su confusión doctrinaria en materia económica. Siguiendo las ideas bakuninistas de la “federación libre de comunas”, las colectividades carecieron de una coordinación y un

³³⁹ Bolloten, *op. cit.*, p. 370.

³⁴⁰ Agustín Guillamón, *El terror estalinista en Barcelona (1938). Biografía de “Pedro”*, Balance. Cuaderno de historia número 33, febrero de 2009.

plan general en el marco de una economía socializada y planificada. De la misma manera que el socialismo en un solo país es una utopía reaccionaria, la posibilidad de construir el socialismo fábrica a fábrica o en cada colectividad agraria de manera aislada estaba completamente fuera de lugar. Sin la expropiación de las palancas fundamentales de la economía, incluido el sector financiero, y su puesta a producir siguiendo un plan centralizado bajo el control de los organismos democráticos de los trabajadores, era inevitable que los viejos problemas se reprodujeran continuamente. Además, la economía socializada sólo podía ser puesta en marcha eficazmente sobre la base de la administración obrera, esto es, bajo un régimen político en que los trabajadores controlasen el Estado a través de sus propios órganos de poder, algo que no existía en esos momentos en la España republicana más que de forma embrionaria. En el ideario colectivista de la CNT-FAI estas consideraciones no se planteaban, por lo que muchos obreros y campesinos, bajo su influencia, tendieron a sentirse los propietarios particulares de cada fábrica o pedazo de tierra.

Las ingentes reservas monetarias del Banco de España siguieron en poder del gobierno central, que estableció el control bancario de los sindicatos para evitar la fuga de capitales, pero colocando a las industrias y las tierras colectivizadas a merced de que se les negase los préstamos necesarios para su actividad, tal como sucedió en numerosas ocasiones. A este respecto Felix Morrow señala: “El control de Tesoro y de los bancos por el Gobierno —ya que los obreros, incluidos los anarquistas, no llegaron a tomar los bancos, instituyendo simplemente una forma de control obrero que no era más que una defensa contra la fuga de capitales de los fascistas y para obtener préstamos de capital para las fábricas colectivizadas— significó un poderoso medio de influencia para estimular a las numerosas empresas extranjeras (que no habían sido tomadas) a que colocasen representantes del Gobierno en las fábricas, para intervenir en el comercio exterior, para facilitar el rápido crecimiento de pequeñas fábricas, tiendas y comercios que se habían salvado de la colectivización. Madrid, al controlar las reservas de oro, las usaba como un argumento irrefutable en Catalunya en momentos en que Companys carecía de poder. Bajo el capitalismo actual, el capitalismo financiero domina la industria y el transporte. Esta ley económica no fue abrogada, aunque los obreros hubiesen tomado en sus manos las fábricas y los ferrocarriles. Todo lo que los obreros hicieron al tomar esas compañías fue transformarlas en cooperativas de productores, dejándolas sujetas a las leyes de la economía capitalista. Para que pudieran ser liberadas de esas leyes, todas las industrias y el campo, junto con el capital bancario y las reservas de oro y plata, tendrían que transformarse en propiedad del Estado obrero. Pero esto requería el derrumbamiento del Estado burgués.”³⁴¹

Las medidas para someter al gobierno las industrias colectivizadas fueron tomadas, como en otros casos, desde el inicio de la acción revolucionaria. El gobierno Giral, con el fin de reforzar su posición sobre los comités y dar un sello legal a las expropiaciones de primera hora, aprobó un decreto el 2 de agosto que legalizaba las incautaciones de empresas industriales y comerciales cuyos dueños o administradores las hubieran abandonado, huyendo al extranjero o pasándose al lado faccioso. A estas medidas le siguieron otras, que dibujaban realmente el sistema económico que se estableció en la España republicana, tal como señala la historia oficial del PCE: “(...) Por un decreto del 30 de agosto fueron suspendidos de sus funciones de consejeros del Banco de Crédito Industrial (Banco en el que el Estado tenía una intervención importante) algunas de las

³⁴¹ Felix Morrow, *op. cit.*, p. 98.

principales figuras de la oligarquía, tales como Estanislao de Urquijo, Ibarra, Ussia, Valentín Ruiz Senen (...) Para sustituirlos, fueron designados personas pertenecientes a los partidos y organizaciones del Frente Popular (...) Por los decretos del 14 y 30 de agosto y 1 de septiembre de 1936, el gobierno Giral nombró una serie de consejeros de Estado en diversas compañías de electricidad y constituyó un Consejo General de Electricidad con poderes de intervención en las cuestiones técnicas y administrativas de estas compañías (...) Surgía en la economía española un sector de capitalismo de Estado de un tipo muy particular. No era un capitalismo de Estado utilizado y manejado por la oligarquía financiera. Era un capitalismo de Estado en el que la intervención de éste se realizaba a través de los representantes de los partidos del Frente Popular, lo que aseguraba una influencia no pequeña de la clase obrera”.

En efecto, capitalismo de Estado, no socialismo, y aunque la clase obrera ejercía una influencia, no por la política de los delegados del Frente Popular sino por su actividad revolucionaria, inevitablemente este capitalismo de Estado tenía que reafirmarse frente a los embriones de poder socialista que pugnaban por consolidarse.

Este capitalismo de Estado utilizó la palanca de la nacionalización para poner bajo el control del gobierno todas las industrias básicas y de guerra. Pero como hemos señalado, se trataba de un gobierno que no luchaba por el socialismo, sino por la República “democrática” y la defensa de la propiedad privada, y muy temeroso de las reacciones de las potencias imperialistas europeas ante cualquier “exceso”. Indudablemente, en auxilio de su actuación, el gobierno se benefició de las muchas incongruencias prácticas de la política de colectivizaciones. “En primer lugar”, escribe Bolloten, “las empresas colectivizadas no parecían preocupadas por el problema de abastecimientos y distribución de la mano de obra cualificada, materias primas y maquinaria de acuerdo con un plan único y racional de producción para cubrir las necesidades militares”. En realidad, los comités llegaron al punto de controlar la producción, en muchos casos mejoraron las condiciones de trabajo y acabaron con deficiencias evidentes de la organización de trabajo, pero no habían superado el nivel de cooperativas de trabajadores como señala Felix Morrow.

La forma en que se retomó el control desde las instancias gubernamentales fue diversa. En Catalunya, el gobierno de la Generalitat con el apoyo del representante cenetista que ocupaba la Consejería de Economía, Juan P. Fabregas, aprobó el 24 de octubre de 1936 un decreto sobre Colectivización y control de los trabajadores.³⁴² En el mismo, se estipulaba que las empresas de más de cien trabajadores quedaban colectivizadas automáticamente, y en las que hubiera menos de cien se decidiría en función de lo que acordase la mayoría. “Aunque es difícil llegar a cifras definitivas sobre el conjunto de empresas afectadas por el proceso”, escribe Pelai Pagés, “las estimaciones más recientes hablan de unas 4.500 firmas comerciales o industriales con comités de control obrero y casi 2.000 empresas colectivizadas a las que habría que añadir cinco o seis mil más incluidas en agrupamientos industriales, que sumarían unos 600...”³⁴³

La posibilidad de atacar abiertamente la obra colectivizadora en las primeras semanas de revolución era complicada, por no decir realmente imposible. Por eso, dentro de las maniobras de la Esquerra y la Generalitat para retomar el control de la situación, en el

³⁴² Ver Albert Pérez Baró, *30 meses de colectivismo en Catalunya (1936-1939)*, Ed. Ariel, Barcelona 1974, pp. 228-36.

³⁴³ Pelai Pagés, *Cataluña en guerra y revolución*, op. cit., p. 141.

Decreto aprobado se decidió nombrar a un delegado en cada una de las empresas colectivizadas, que se agruparían en los Consejos Industriales Generales, y estos enviarían un representante al Consejo Económico de Catalunya. Una estructura que permitió al gobierno catalán ir controlando progresivamente el sector industrial, y ponerlo a actuar bajo sus directrices, especialmente bajo las directrices de la Esquerra y el PSUC. Como declararía posteriormente Josep Tarradellas: “El consejero de Finanzas era yo, por lo tanto, ante la negativa de la CNT de dar facilidades a este control de la Generalitat, di ordenes a todos los bancos que no se pagase ningún cheque ni se hiciera ninguna entrega a las fabricas colectivizadas, sin el permiso de la cancillería de la Generalidad. Entonces se encontraron los obreros en una situación difícil. Acabaron las existencias en metálico y en el momento en el que iban al banco, les decían que no, que necesitaban un permiso especial de la Generalidad. La Generalidad decía no, porque esta colectividad no esta controlada por nosotros”.³⁴⁴

La cuestión en el fondo era política. Si el objetivo no era el socialismo, si todos los actores fundamentales estaban de acuerdo en que no se debía traspasar los límites de la República democrática, el control gubernamental de la economía aparecía como una empresa loable y eficiente. El razonamiento de los dirigentes del PCE era más coherente, en este sentido, que las posiciones de los anarcosindicalistas oponiendo a la “nacionalización” la fórmula de “socialización” de las industrias, bajo control de los sindicatos, y pretender evitar así los “peligros” de la asfixia gubernamental. En esencia ¿Qué diferencia cualitativa había cuando los máximos dirigentes de CNT y UGT colaboraban en el gobierno y estaban de acuerdo en sus fines fundamentales?

José Díaz, en el informe al Comité central del Partido, reunido del 5 al 8 de marzo de 1937 en Valencia, planteaba la cuestión: “(...) El hecho de no haber comprendido claramente el carácter de nuestra lucha es lo que lleva a organizaciones y partidos afines al nuestro a adoptar medidas extremistas que en nada benefician a la causa del pueblo, pues, lejos de llevarnos rápidamente a la victoria, entorpecen grandemente el logro de ésta. A estas posiciones equivocadas responden esos ensayos prematuros de ‘socialización’ y ‘colectivización’. Si en los primeros momentos estos ensayos tenían su justificación en el hecho de que los grandes industriales y terratenientes abandonaron las fábricas y los campos, y había necesidad de hacerlos producir, luego ya no fue así. La cosa fue explicable en el primer momento. Era natural que entonces los obreros se adueñaran de las fábricas que habían sido abandonadas, para hacerlas producir, fuese como fuese, y evitar que se paralizara la producción. Y lo mismo puede decirse con respecto a los campesinos; era natural que en los primeros días se adueñaran de las tierras con el propósito de hacerlas producir, e incluso de que las trabajasen sin un método racional. Repito que esto es explicable, y no lo vamos a censurar. Pero esto, como digo, estaba bien al comienzo de la rebelión. Hoy, no. Hoy, cuando existe un gobierno del Frente Popular, en el que están representadas todas las fuerzas que luchan contra el fascismo, eso no es aconsejable, sino contraproducente. Ahora hay que ir rápidamente a coordinar la producción, e intensificarla bajo una sola dirección para abastecer de todo lo necesario al frente y la retaguardia. Persistir ahora en esos ensayos es ir contra los intereses que se dice defender. Lanzarse a esos ensayos prematuros de ‘socialización’ y de ‘colectivización’, cuando todavía no está decidida la guerra, en momentos en que el enemigo interior, ayudado por el fascismo exterior, ataca fuertemente nuestras posiciones y pone en peligro la suerte de nuestro país, es absurdo y

³⁴⁴ Entrevista con Tarradellas aparecida en el quinto episodio (*Cara y cruz de la revolución*) de los documentales sobre la guerra civil española producidos por Granada Colour Production.

equivale a convertirse en cómplices del enemigo. Semejantes ensayos revelan la incomprensión del carácter de nuestra lucha, que es la lucha por la defensa de la República democrática, en la que pueden y deben converger todas las fuerzas populares necesarias para ganar la guerra.”³⁴⁵

Por supuesto, oponerse a las colectividades y las incautaciones de empresas en las primeras semanas revolucionarias hubiera sido una tarea difícil para el PCE. La presencia de decenas de miles de obreros armados y el entusiasmo de las masas lo impedía. Habría que esperar a que la correlación de fuerzas cambiase, y las organizaciones que pretendían dirigir el impulso revolucionario fuesen aceptando la política de colaboración de clases. Lo más significativo, no obstante, es que José Díaz considerase “normal” que los trabajadores y los campesinos se adueñasen de las fábricas y de la tierra en los primeros días y semanas, pero que el intento de generalizar esta experiencia y darla consistencia más tarde, cuando todas las condiciones objetivas estaban maduras para ello, lo caracterizase como experimentos contrarrevolucionarios. No hay duda de que siguiendo este razonamiento, para los parámetros estalinistas Lenin y los bolcheviques no dejarían de ocupar un lugar de honor el podium de la “contrarrevolución”.

La dimensión de la acción colectivizadora en el campo fue de gran envergadura. Según indica Julián Casanova, en un censo publicado por el Instituto de Reforma Agraria sobre 15 provincias, sin incluir Aragón y Catalunya, se habían expropiado, hasta agosto de 1938, 5,45 millones de hectáreas , y de ellas el 54% fue ocupado por colectividades. Según la CNT en Aragón la tierra colectivizada superaba el 75%. “En la provincia de Jaén, por ejemplo, donde los socialistas eran la principal fuerza obrera y los pequeños y medianos propietarios poseían una parte considerable de la tierra antes del estallido de la guerra civil, la agricultura colectivizada pronto se convirtió en la forma predominante de explotación a expensas no sólo de los grandes terratenientes, sino también de los pequeños y medianos propietarios”³⁴⁶.

En Catalunya, las colectividades agrarias fueron mucho menos importantes, por el predominio de la pequeña y mediana propiedad, y de una gran cantidad de pequeños y medianos arrendatarios, soporte del sindicato mayoritario en el campo, la Unió de Rabassaires. A pesar de eso, se dieron experiencias colectivizadas en el Ampurdán, en el Bajo Llobregat y el Bajo Ebro, y en lugares concretos de las comarcas de Lérida. La cosa fue muy diferente en Aragón, donde el proceso colectivizador alcanzó dimensiones realmente formidables, como muchos autores han estudiado en detalle. Con el empuje de la revolución, y la acción de los milicianos anarquistas, se conformaron cerca de 500 colectividades y un gobierno regional controlado por los anarquistas: El Consejo de Defensa de Aragón, presidido por Joaquín Ascaso, y que estableció su capital inicialmente en la localidad de Fraga.

Las colectividades agrarias, como las industriales, fueron foco de los ataques del gobierno del frente Popular y especialmente de los estalinistas. Renunciando a la nacionalización de la tierra en todo el país, el gobierno promulgó un decreto el 7 de octubre de 1936, firmado por ministro de agricultura Vicente Uribe (PCE), en el que se limitaba a legalizar las expropiaciones de latifundios de conocidos fascistas que ya

³⁴⁵ José Díaz, informe presentado en el Pleno del CC del PCE celebrado en Valencia los días 5 a 8 de marzo de 1937.

³⁴⁶ Bolloten, *op. cit.*, p. 139.

habían sido ocupados por los jornaleros y arrendatarios en los primeros días de la revolución. Este decreto, que fue utilizado profusamente en la propaganda del Partido para justificar su papel dirigente en la revolución “democrática”, no hizo nada que no hubieran hecho antes los obreros agrícolas a través de la acción directa. El secretario de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, (FNTT-UGT), y dirigente de la izquierda socialista, lo señala así en un artículo del 26 de mayo de 1937: “Hemos leído en periódicos comunistas cosas como estas: ‘Gracias al decreto del 7 de octubre, obra de un ministro comunista, tienen hoy la tierra los campesinos’ (...) Todas estas observaciones, sin duda muy eficaces para la propaganda entre los ignorantes, no pueden convencer a nadie que se halle medio enterado de las cosas (...) Antes de haber un ministro comunista en el Gobierno, ya las organizaciones obreras del campo se habían incautado ‘de hecho’ de todas las tierras de los facciosos obedeciendo instrucciones de nuestra federación...”³⁴⁷

En torno al decreto se desataron fueron críticas de los sindicatos cenetistas y socialistas por sus limitaciones. La FNTT exigió que el mismo incluyera también a todos aquellos propietarios agrícolas que habían incumplido contratos laborales, despedido a trabajadores, denunciado a los sindicalistas del campo a la policía...El PCE no podía aceptar estas propuestas, que entraban en contradicción con su política de respetar la propiedad de los pequeños y medianos agricultores, y el decreto fue aprovechado por muchos de ellos para que les devolviesen sus tierras.

La cuestión de la tierra estuvo presente en todos los enfrentamientos del PCE con anarquistas, socialistas de izquierda y poumistas. Respecto a las colectivizaciones agrarias, el Partido siguió el mismo curso que en los otros aspectos relacionados con la pequeña propiedad y la libertad de comercio. Con el argumento de no enajenar el apoyo de los pequeños propietarios a la causa “antifascista”, los dirigentes estalinistas se manifestaron desde el primer momento en contra de la actuación colectivista, acusándola de ejercer violencias e incautaciones que estaban muy lejos de ser ciertas, al menos en las proporciones que estos denunciaban.

En un discurso público de Vicente Uribe refiriéndose a las colectivizaciones en la provincia de Valencia, el ministro comunista afirmó: “Sabemos que hay algunos comités que han instaurado de por sí un determinado régimen, que significa tener a todo el mundo doblegado a merced de su voluntad. Que se incautan cosechas, que cometen otra serie de atropellos, como el de apoderarse de las pequeñas propiedades campesinas, el imponer multas, el pagar con vales, en fin, un montón de cosas anormales. Bien sabéis que estos hechos no cuentan ni pueden contar jamás, jamás —oídllo bien—, con la aquiescencia ni siquiera con la transigencia del Gobierno (...) Y decimos que la propiedad del pequeños campesino es sagrada y al que ataca o atenta contra esta propiedad o a este trabajo tenemos que considerarlo como adversario del régimen.”³⁴⁸

Pero no todos los que actuaban en el marco del Frente Popular estaban de acuerdo con esta visión. Por ejemplo el portavoz de la izquierda caballerista, *Claridad*, alertaba de los peligros que las concesiones a los propietarios podrían significar para la revolución en marcha, y defendía la política de colectivizaciones: “No forzar al pequeño propietario leal a entrar en las colectividades, pero dar franca ayuda técnica, económica y moral a todas las iniciativas que surjan espontáneamente en pro de la colectivización.

³⁴⁷ Artículo en *CNT*, 26 de mayo de 1937.

³⁴⁸ *Verdad*, 1 de diciembre 1936, citado por Bolloten, *op. cit.*, p. 171.

Hemos dicho al ‘pequeño propietario leal’. Con ello excluimos deliberadamente a los pequeños propietarios que han actuado deliberadamente como enemigos de la clase trabajadora; a los caciquillos venenosos que ahora se agazapan y gimotean, verdadera quinta columna de las zonas rurales. A éstos hay que cortarles las uñas y dientes. Sería una verdadera catástrofe que, a base de ellos, se intentase crear una organización de auténticos *kulaks*; que se dejase a un lado a los valerosos luchadores campesinos que han conocido la cárcel, los tormentos y la miseria, para atraer a quienes sólo buscan la manera de salvar sus posiciones fascistas mediante un camuflaje más”.³⁴⁹

La bandera de la defensa de la pequeña propiedad agraria, estimulando todos los miedos sobre la colectivización y reforzando el espíritu pequeño burgués del campesinado, tuvo consecuencias prácticas. Miles de pequeños propietarios agrícolas vieron en el PCE un lugar de encuadramiento valioso, no para la defensa de la República democrática y mucho menos de los valores del comunismo, sino como un medio de proteger sus intereses económicos y comerciales. Su campaña tuvo un gran éxito en aquellas zonas donde predominaba la pequeña y mediana propiedad. Especialmente significativo fue el ascenso del Partido en las comarcas valencianas de producción de arroz y naranjas, zonas en las que los campesinos prósperos habían apoyado en la CEDA en los años anteriores. Desde finales de 1936, el PCE afilió a miles de estos propietarios en la Federación Campesina,³⁵⁰ organización impulsada por los estalinistas para frenar la oleada de colectivizaciones llevada a cabo por los obreros agrícolas de la UGT y la CNT, y para liberarse del control del CLUEA (Consejo Levantino Unificado de Exportación Agrícola), creada los sindicatos (principalmente la CNT), para dirigir la exportación de naranjas y acabar con el enriquecimiento de una multitud de intermediarios privados (la exportación naranjera era muy importante para la obtención de divisas).³⁵¹

Todo el conjunto de decisiones legales y gubernamentales, con el apoyo de los partidos que conformaban el Frente Popular y la dirección de la CNT, a favor de reestablecer el

³⁴⁹ *Claridad*, 16 de diciembre de 1936.

³⁵⁰ Julio Mateu, secretario de la Federación y miembro del Comité Central del Partido se refiere en estos términos al fenómeno: “Es tal la situación que tenemos en el campo de Valencia que a centenares y miles. Si les diéramos la entrada, ingresarían los campesinos en nuestro partido. Campesinos, muchos de los cuales creían y creen en Dios, rezaban y a escondidas se daban golpes en el pecho, aman al Partido como una cosa sagrada. Cuando les aclaramos que no confunda la Federación Provincial Campesina con el Partido, y que aun sin llevar el carné de nuestra organización, trabajando por su línea política, se puede ser comunista, suelen contestar: ‘El Partido Comunista es nuestro Partido’. ¡Que emoción, camaradas, ponen los campesinos al pronunciar estas palabras!”. Según sus cifras, en marzo de 1937 se habían afiliado a la Federación Campesina cincuenta mil campesinos.

Las críticas de los socialistas y anarcosindicalistas contra la Federación se multiplicaron: “El Partido Comunista se dedica a recoger en los pueblos los peores residuos del Partido Autonomista, que además de ser reaccionarios son inmorales, y organiza con ellos una nueva sindical campesina, a base de prometer a los pequeños propietarios la propiedad de sus tierras” *Claridad*, 14 de diciembre de 1936. Todas estas citas en Bolloren, pp. 172-73.

³⁵¹ Los trabajos sobre las colectividades agrarias, en la industria y los servicios, se han sucedido en los últimos años, ampliándose las fuentes y permitiendo profundizar en el balance de este esfuerzo constructivo de la revolución. A ellos nos remitimos, pues han despejado muchas de las inquinas propagandistas que durante años se cebaron contra ellas; en cualquier caso, merece la pena resaltar el realizado por el historiador alemán Walter L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*, Ed. Crítica, Barcelona, 1978, que sigue manteniendo una coherencia y rigor sobresalientes producto de una gran investigación, a pesar de los límites documentales y de fuentes primarias con que contó en el momento de elaboración de su obra.

orden capitalista en la zona republicana, tuvieron sus consecuencias en otros terrenos no menos importantes.

En agosto de 1936, el dirigente anarquista García Oliver trabó vínculos con miembros del Comité de Acción Marroquí (CAM) con el objetivo de que el Gobierno de la República procediese a declarar la Independencia de Marruecos. Lograrlo era fundamental para promover un levantamiento de la población en las cabilas rifeñas, lo que podría haber provocado grandes problemas para el reclutamiento de combatientes marroquíes y, de esta forma, asestar un duro golpe a la capacidad de combate del ejército franquista. Después de varias semanas de negociaciones, el Comité Central de Milicias Antifascistas firmó con el CAM (20 de septiembre) un acuerdo en el que Catalunya reconocía la independencia de la Colonia. Sin embargo, cuando una delegación conjunta del CCMC y del CAM se trasladó a Madrid con el objetivo de entrevistarse con Largo Caballero, proceder a ratificar el acuerdo y darle legalidad internacional, toda la operación se vino abajo. El gobierno central no estaba dispuesto a enemistarse ni con Francia, potencia colonial de Marruecos, ni con Gran Bretaña. De esta manera, los intereses del imperialismo en Marruecos y en el Magreb, aceptados sin rechistar por el Gobierno republicano, pesaban más en la balanza que una acción que podría haber jugado un papel esencial en debilitar militarmente al ejército fascista.³⁵²

LAS MILICIAS OBRERAS Y EL MANDO ÚNICO. EL EJÉRCITO POPULAR REPUBLICANO

La acción de las masas obreras fue decisiva para la derrota del golpe militar en las principales ciudades. Gracias a los militantes de los partidos obreros y los sindicatos, la lucha callejera de las primeras cuarenta y ocho horas se convirtió en una acción organizada para combatir sobre el terreno a las columnas militares franquistas. Fue el periodo heroico de las milicias, que sin apenas armamento e instrucción libraron las primeras batallas contra unas fuerzas mucho mejor preparadas y armadas.

La cuestión militar pronto suscitó el enfrentamiento en el seno de las organizaciones del Frente Popular y de la izquierda. La polémica en torno al ejército centralizado y con un mando único, estaba completamente ligada al futuro de la revolución social.

Adoptando una actuación enérgica con el fin de dejar atrás la situación revolucionaria abierta tras el 19 de julio y restablecer la “legalidad” republicana, los dirigentes del PCE propagaron la consigna de “ganar primero la guerra y luego hacer la revolución”, para lo cual era vital reconstruir un ejército poderoso basado en un mando único. Este eslogan, repetido hasta la saciedad, era clave para el objetivo de disolver las milicias obreras fuera del control del gobierno y ligadas directamente a la conciencia revolucionaria de las masas. Toda la maquinaria propagandista de la Internacional Comunista estalinizada se puso a trabajar en este objetivo. Las milicias fueron calumniadas y desprestigiadas. Se hablaba de la indisciplina, la “anarquía”, incluso se hicieron populares las insinuaciones sobre las orgías con prostitutas que, según fuentes

³⁵² Ver Abel Paz, *La cuestión de Marruecos y la República española*, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid 2000.

del gobierno, minaban la moral combatiente. Se olvidaba el papel trascendental que estas milicias jugaron en las primeras semanas, tanto para derrotar a los militares fascistas en las grandes ciudades, como en las batallas iniciales en el frente.

Es cierto que la descoordinación, la falta de armamento y entrenamiento de las milicias eran una grave dificultad a la hora de combatir a un ejército profesionalizado y con un armamento muy superior, pero negar o simplemente olvidar su papel decisivo en los momentos claves, el valor y la voluntad de los trabajadores que las integraban y que derramaron su sangre en la lucha, es una tergiversación de la historia con fines espurios. Probablemente un tercio de las fuerzas militares en la zona republicana estaban bajo control de la CNT. Las milicias anarquistas habían logrado mantener una posición preponderante en Aragón, donde liberaron partes importantes del territorio con una política militar ligada a las conquistas revolucionarias.

Era obvio que en la lucha contra una fuerza militar profesionalizada en un alto grado como era el ejército de Franco, que contaba con el apoyo material, humano y logístico de las potencias fascistas, resultaba imprescindible oponer la maquinaria de guerra más perfeccionada posible. La necesidad de un ejército centralizado y disciplinado estaba fuera de dudas si el proletariado español quería vencer. Pero al abrigo de la consigna sobre el mando único se escondía un debate de gran calado.

Toda guerra civil tiene un porcentaje excepcional de lucha política y por tanto era necesario preguntarse: ¿Qué clase social controla el ejército? ¿La burguesía o el proletariado? ¿Por qué fines pelea ese ejército? ¿Cuál es la composición social y política de sus mandos y su Estado Mayor? ¿Cuál es su política internacional respecto al proletariado y la burguesía imperialista? No es posible tener un ejército rojo, proletario, en el seno de un Estado burgués. Para disponer de un ejército capaz de luchar contra el fascismo con éxito, librando una guerra revolucionaria, el proletariado debía tomar el poder y poner todos los recursos del Estado bajo su control.

La experiencia militar de la revolución y la guerra civil rusa fueron claras al respecto. ¿Cómo pudieron vencer los bolcheviques? ¿Acaso porque tenían más armas que los ejércitos imperialistas, más cuadros técnicos que el ejército blanco contrarrevolucionario? No, esta no fue la razón. El factor decisivo de la victoria de los bolcheviques fue que disponían de un Estado obrero y una clara estrategia revolucionaria. La disciplina fue clave para el triunfo del Ejército Rojo en la guerra civil rusa, pero ésta surgía del grado de convencimiento de la tropa, de su compromiso con los objetivos de la lucha. La moral de los soldados rojos provenía precisamente de que estaban convencidos de que libraban una guerra revolucionaria contra el zarismo y los imperialistas. Su lucha no era a favor de la “democracia burguesa” de los Kerensky y Tsereteli de turno, sino a favor del futuro de sus familias, de la tierra y las fábricas que habían expropiado a los terratenientes y burgueses, de la nueva sociedad que estaban construyendo. Cuando estas ideas penetraron en la conciencia de miles de soldados rojos se convirtieron en una fuerza imparable.

Pero es más. ¿No ha sido esta la actitud que han observado siempre aquellas fuerzas que han salido victoriosas de cualquier revolución, incluso de las revoluciones burguesas? ¿No fue ese el comportamiento de Cromwell y del Nuevo Ejército Modelo en sus combates durante la revolución inglesa de 1640? ¿No lo fue el de los ejércitos franceses en su lucha contra los ataques contrarrevolucionarios de los realistas y sus aliados

Europeos? Si la burguesía venció con métodos revolucionarios a las fuerzas del antiguo régimen feudal, el proletariado, para vencer a la burguesía, tiene la obligación de emplear métodos semejantes o pagar el precio de una derrota cruel.

Trotsky desarrolló de forma concreta la política militar que podía asegurar el triunfo de los trabajadores españoles: “Las condiciones para la victoria de las masas en la guerra civil contra los opresores son:

“1.- Los combatientes del ejército revolucionario deben tener plena conciencia de que combaten por su completa emancipación social y no por el restablecimiento de la vieja forma (democrática) de explotación.

“2.- Lo mismo debe ser comprendido por los obreros y campesinos, tanto en la retaguardia del ejército revolucionario como en la del ejército enemigo.

“3.- La propaganda, en el frente propio, en el frente adversario y en la retaguardia de los dos ejércitos, tiene que estar totalmente impregnada por el espíritu de la revolución social. La consigna: ‘primero la victoria, después las reformas’, es la fórmula de todos los opresores y explotadores.

“4.- La victoria viene determinada por las clases y capas que participan en la lucha. Las masas deben disponer de un aparato estatal que exprese directa o indirectamente su voluntad. Este aparato sólo puede ser construido por los soviets de los obreros, campesinos y soldados.

“5.- El ejército revolucionario (...) debe llevar a cabo inmediatamente en las provincias conquistadas las más urgentes medidas de revolución social.

“6.- Debe expulsarse del ejército revolucionario a los enemigos de la revolución socialista, es decir, a los explotadores y sus agentes, aunque se disfracen con la máscara de ‘democráticos’, ‘republicanos’...

“7.- A la cabeza de cada División debe figurar un comisario con una autoridad irrefragable, como revolucionario y combatiente.

“8.- El cuerpo de mando (...) su verificación y selección debe realizarse sobre la base de su experiencia militar, de los informes aportados por los comisarios y de las opiniones de los combatientes rasos. Al mismo tiempo deben dedicarse esfuerzos en la preparación de comandantes procedentes de las filas de los obreros revolucionarios.

“9.- La estrategia de la guerra civil tiene que combinar las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social...

“10.- El gobierno revolucionario, como comité ejecutivo de los obreros y campesinos, tiene que ser capaz de conquistar la confianza del ejército y del pueblo trabajador.

“11.- La política exterior debe tener como principal objetivo, despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, los campesinos y las nacionalidades oprimidas del mundo entero...”³⁵³

Por tanto, la cuestión del ejército era también una cuestión de clase, de los objetivos políticos planteados en la lucha contra el fascismo y de los métodos para llevar a cabo la guerra. En los primeros días de agosto, cuando el gobierno Giral aprobó un decreto para formar un “ejército de voluntarios” a partir del reclutamiento de soldados reservistas y oficiales retirados, la reacción de Largo Caballero, como ya hemos señalado, fue muy crítica. (Ver cita de *Claridad* del 20 de agosto de 1936 en la p. xxx)

La posición de la izquierda socialista quedó reflejada en las páginas de *Claridad*: “El nuevo ejército si ha de existir, ha de tener por base los que ahora luchan y no sólo los que aún no han luchado en esta guerra. Ha de ser un ejército correspondiente a la

³⁵³ León Trotsky, *Lección de España: última advertencia*, op. cit., p. 152.

revolución (...) a la cual debe ajustarse el futuro Estado. Pensar en otra clase de ejército, que sustituya a los actuales combatientes y en cierto modo controle su acción revolucionaria, es pensar contrarrevolucionariamente. Ya lo dijo Lenin (*El Estado y la Revolución*): ‘Toda revolución, al destruir el aparato del Estado, nos demuestra cómo la clase gobernante trata de establecer cuerpos especiales de hombres armados a su servicio, y cómo la clase oprimida intenta crear una nueva organización de este género, capaz de servir no a los explotadores, sino a los explotados’...³⁵⁴

La posición de la izquierda socialista era sólida... *en teoría*. El recurso a la doctrina es un elemento importante, pero lo esencial es cómo se aplica a la práctica de la lucha de clases. Como en todos los asuntos fundamentales, Largo Caballero y sus seguidores se quedaban a medias. Esgrimían argumentos irrefutables desde el punto de vista del marxismo revolucionario, pero a la hora de llevarlos a cabo siempre se replegaban. Citar a Lenin y hablar de un Estado revolucionario en su prensa era una cosa, pero romper con la estrategia de la colaboración de clases otra muy diferente. Este tipo de incoherencias y vacilaciones, inseparables del centrismo, dejaba el terreno despejado para que otros, coherentes con la línea adoptada por el Frente Popular, se impusieran. En esas circunstancias, cuando el avance de las tropas franquistas había colocado Madrid ante la posibilidad de un asalto definitivo, la política del PCE convenció a muchos de que era la única posible.³⁵⁵

La historia oficial del PCE plantea la cuestión en toda su dimensión: “A la vista de lo que estaba sucediendo en el valle del Tajo, de las derrotas sufridas a pesar del heroísmo demostrado por los combatientes, hacia crisis un problema que, en el fondo, estaba planteado desde el comienzo mismo de la contienda: la necesidad de militarizar las milicias, ir a la creación de un ejército. La lucha había llegado a un punto en que los defectos orgánicos de las milicias acarrearán consecuencias desastrosas (...) La creación de las milicias de sindicato o partido había sido, en los primeros momentos, una etapa obligada de la autodefensa del pueblo, agredido por el fascismo. Mas al generalizarse la guerra, al recurrir los sublevados al ejército de África, al producirse la intervención armada cada día más brutal e intensa de Alemania e Italia, se puso en un primer plano, como cuestión de vida o muerte, la necesidad de crear un verdadero ejército popular dotado de disciplina, mando único y de medios técnicos, es decir, adecuado a una guerra como la que había sido impuesta al pueblo español.

“Las milicias revelaban gravísimos defectos de origen. Era poco menos que imposible su utilización racional en el punto y en el momento en que se hacían más necesarias, armas y hombres se distribuían en muchos casos sin criterio y sin coordinación. No existía un Estado Mayor Central que pudiera elaborar un plan de acción conjunto. Cada

³⁵⁴ *Claridad*, 20 de agosto de 1936.

³⁵⁵ “El más rudimentario sentido común” escribe Fernando Claudín, “hacia que las masas, independientemente de sus preferencias políticas y sindicales, comprendieran que sin ejército, sin mando único, sin disciplina, sin economía de guerra, sin unidad ‘férrea’ —como decía el PC— en el frente y en la retaguardia, sin subordinar cualquier otra consideración a la urgente necesidad de derrotar a las tropas enemigas que avanzaban, no había salvación. Si los efectivos del Partido Comunista y de su gran auxiliar las Juventudes Socialistas Unificadas, crecen muy rápidamente en los primeros meses de la guerra, lo mismo que su influencia y autoridad políticas, no se debe a que el proletariado considerara al PCE ‘más revolucionario’ que a los caballeristas o anarcosindicalistas, sino más clarividente y capaz para afrontar el problema crucial de la situación. El prestigio que adquiere la URSS por su ayuda a la república influye no poco, indudablemente, en el auge del PCE, pero el factor principal es el que acabamos de indicar.” Fernando Caludín, *op. cit.*, p. 186.

sindicato o partido tenía sus medios de transporte, sus cuarteles, sus bases de aprovisionamiento. Las necesidades, a veces angustiosas, de las unidades vecinas o lejanas eran totalmente ignoradas: así, mientras en los accesos a Madrid se estaba librando el combate decisivo, del que dependía la suerte de la República, en Cataluña, en Aragón y en otros lugares, había millares de hombres y cantidades importantes de armas inmovilizadas o mal empleados”.³⁵⁶

Más allá de las acusaciones injustas, y típicas, contra las milicias anarquistas de Aragón y Catalunya, que pronto también pelearían en Madrid, los argumentos de la dirección del PCE no hacían más que reconocer una situación real. Unificar las milicias en un gran ejército, con un mando único, se representaba a un sector muy amplio de la población obrera como la cuestión central del momento. Incluso la utilización de mandos profesionales, que disponían del conocimiento técnico, era una necesidad apremiante. Pero como es sabido, la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. Si el Estado republicano seguía conservando sus rasgos burgueses, y los estalinistas eran partidarios vehementes de ello, el ejército que se formaría estaría inevitablemente condicionado por ese hecho. Difícilmente podría competir en el terreno militar en las mismas condiciones que el ejército de Franco apoyado directamente por todas las potencias fascistas, e indirectamente por las “democráticas”.

León Trotsky, fundador del Ejército Rojo, fue partidario de un ejército regular con un mando único, bien organizado y disciplinado, para combatir la ofensiva imperialista y de los guardias blancos durante la guerra civil rusa. Pero en ningún caso este ejército se basó en la premisa de la defensa de la República burguesa, ni en el respeto por la propiedad privada, ni en la consideración de no crear “alarma” entre las potencias capitalistas “democráticas”, a las que nunca se calificó de aliadas del proletariado soviético ni del resto del mundo. “Mientras se trataba de combatir a los kaledinistas [unidades cosacas dirigidas por el general blanco Kaledin] bastaba, para tener éxito, con destacamentos organizados aprisa y corriendo”, escribe Trotsky, “Pero ahora, cuando se trata de asegurar el trabajo creador necesario para el renacimiento del país, cuando se trata de asegurar la defensa de la república soviética en las condiciones del cerco contrarrevolucionario internacional, esos destacamentos son insignificantes. ¡Necesitamos un ejército de nueva planta, bien organizado!

“(…) Sí, nosotros utilizamos a los especialistas militares subordinándolos políticamente al régimen actual, puesto que la tarea de la democracia soviética no consiste en repudiar las fuerzas técnicas susceptibles de ser provechosamente aplicadas para resolver con éxito su histórica misión. Subordinándolos políticamente, dado que también en el ejército el poder está plenamente en manos de los soviets, los cuales envían a todos los organismos militares y a todas las tropas comisarios políticos de plena confianza que asumen el control general (...) Para la buena organización del ejército y, en particular, para la eficaz utilización de los especialistas, necesitamos la disciplina revolucionaria. Nosotros la introducimos resueltamente por arriba, pero con igual energía hay que introducirla por abajo, despertando el sentimiento de responsabilidad de las masas populares. Cuando el pueblo comprenda que ahora no se impone la disciplina para defender la bolsa de la burguesía, ni para devolver la tierra a los terratenientes, sino por el contrario para consolidar y defender todas las conquistas de la revolución, el pueblo aprobará todas las medidas incluso las más severas, encaminadas a la instauración de la

³⁵⁶ *Guerra y revolución en España*, Vol. I, *op. cit.*, p. 293.

disciplina. Cueste lo que cueste, a cualquier precio, es necesario implantar la disciplina colectiva consciente, creada sobre la base del entusiasmo revolucionarios y de la clara comprensión por los obreros y campesinos de su deber clasista”.³⁵⁷ ¡Estos eran los argumentos e ideas que utilizaban los bolcheviques en los momentos de máximo peligro militar, cuando el Estado soviético estaba cercado y luchaba por sobrevivir! ¡Que diferencia con los discursos conciliadores de sus epígonos estalinistas!

En los pasos sucesivos que se dieron durante el mes de agosto y septiembre, los dirigentes del PCE se apoyaron en el Quinto Regimiento de Madrid, su logro militar más sobresaliente, para fortalecer su posición y convencer al resto de organizaciones de la necesidad de este giro. El crecimiento extraordinario del Quinto Regimiento obedece a numerosos factores, pero hay que subrayar el deseo de pelear de la forma más eficaz al enemigo fascista, con disciplina, organización y mandos militares con autoridad reconocida. El PCE podía ofrecer esos parámetros; contaba además con la experiencia de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), organizadas a partir de 1933 como fuerza de choque del Partido para defender sus manifestaciones y reuniones, así como sus locales y los edificios dónde se editaba la prensa partidaria, aunque precaria en medios y prácticamente inexistentes fuera de Madrid. Las MAOC se convirtieron en el embrión sobre el que se levantó el Quinto Regimiento, y sus cuadros en los oficiales improvisados de la milicia comunista.

Sus cuarteles centrales se establecieron en la barriada de Cuatro Caminos, en el edificio del convento de los Salesianos, ocupado tras el asalto al Cuartel de la Montaña, que se convertirían en centro de reclutamiento y formación militar. Sus principales mandos jugarían un papel muy destacado en las filas del futuro Ejército Popular, como Enrique Castro, Enrique Líster y Juan Modesto. Todos ellos recibieron la ayuda y el asesoramiento de Vittorio Vidali (Carlos Contreras), del que ya hemos hablado, y que actuó como su comisario político jefe.

Están sobradamente probados el valor y la entrega de los milicianos del Quinto Regimiento en la defensa de Madrid, en las batallas de Somosierra, Guadarrama, Talavera o Toledo. Un heroísmo en el combate semejante al que demostraron los milicianos anarquistas y pumistas en el frente de Aragón. Este hecho incuestionable no niega que el Partido Comunista realizará una férrea labor propagandista para imbuir sus filas de la *línea general*. El juramento de admisión en el Quinto Regimiento era claro sobre esta cuestión: “Yo, hijo del pueblo, ciudadano de la República española, tomo libremente la condición de miliciano del ejército del pueblo. Me comprometo ante el pueblo español y el Gobierno de la República (...) a defender con mi vida las libertades democráticas, la causa del progreso y la paz y a llevar con honor el título de miliciano. Me comprometo a guardar y hacer guardar la disciplina, cumpliendo con exactitud las ordenes de mis jefes y superiores jerárquicos. Me comprometo a abstenerme de actos deshonorosos y a impedir que sean cometidos por mis camaradas, poniendo todo mi empeño en conducirme siempre correctamente con el pensamiento colocado en el alto ideal de la República democrática. Me comprometo a acudir en defensa de la República democrática española al primer llamamiento del gobierno poniendo todo mi esfuerzo al servicio del régimen republicano y del pueblo. Si falto a este compromiso solemne que

³⁵⁷ León Trotsky, *Necesitamos un ejército*, discurso pronunciado en la sesión del 19 de agosto de 1918 del soviet de Moscú. Publicado en *Pravda* el 1 de marzo de 1918, reproducido en León Trotsky, *Escritos Militares*, Volumen I Ruedo Ibérico, París, 1976, p. 20.

caiga sobre mi el desprecio de mis camaradas y me castigue la mano implacable de la ley”.³⁵⁸

Este juramento era una adaptación, estalinista, del que pronunciaban los soldados del Ejército Rojo y que fue aprobado por el Comité Central pan ruso de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, el 22 de abril de 1918. La forma era semejante, pero el contenido muy diferente: “1. Yo, hijo del pueblo trabajador, ciudadano de la República Soviética, adopto el título de soldado del ejército obrero y campesino. 2. Ante las clases trabajadoras de Rusia y del mundo entero, yo me comprometo a llevar este título con honor, a estudiar concienzudamente el arte militar y a proteger como la pupila de mis ojos los bienes nacionales y militares de todo deterioro. 3. Me comprometo a observar rigurosamente en todo momento la disciplina revolucionaria y a ejecutar sin objeción todas las órdenes de los jefes designados por las autoridades del gobierno obrero y campesino. 4. Me comprometo a abstenerme yo mismo y a hacer que mis camaradas se abstengan de todo acto atentatorio a la dignidad de ciudadano de la República Soviética, y a consagrar todos mis pensamientos y acciones a la gran causa de la liberación de los trabajadores. 5. Me comprometo, al primer llamamiento del gobierno obrero y campesino, a defender la República Soviética contra todos los peligros y atentados que vengan de sus enemigos, a no escatimar mis fuerzas ni mi vida en la lucha por la República Soviética de Rusia, por la causa del socialismo y de la fraternidad de los pueblos. 6. Si obedeciendo a malvados designios incumplo este juramento solemne, que mi destino sea el desprecio general y me castigue el brazo severo de la ley revolucionaria.”³⁵⁹

El reclutamiento del Quinto Regimiento fue muy amplio: para diciembre de 1936, según las fuentes del partido, integraban sus filas cerca de 70.000 efectivos repartidos en diferentes frentes, provenientes fundamentalmente del PCE y la JSU, pero también socialistas, republicanos y obreros sin carné; cifras que son rebajadas a 25.000 hombres según especialistas como Michael Alpert.³⁶⁰ La milicia comunista pronto contó con la colaboración de oficiales profesionales, además de suministro abundante de armas soviéticas.

La formación del Quinto Regimiento fue un paso importante en el camino de la militarización de las milicias, tal como exigían la dirección del Partido y los asesores soviéticos. “El 2 de agosto”, señala la historia oficial del Partido “constituido ya el 5º Regimiento, su periódico *Milicia Popular* escribía: ‘La República necesita su ejército. Se han sentado ya las bases para él con la creación del 5º regimiento. 5º Regimiento que frente a la desorganización de las primeras columnas que marcharon al frente, ofrece una nueva organización; que frente a las carencias de una educación militar de las Milicias primitivas ofrece fuerzas con una fuerte educación técnico-militar... Porque el ejército del pueblo, reflejo del Frente Popular, como aglutinante de las fuerzas antifascistas del país, debe ser, por su organización, por su disciplina, por sus conocimientos técnicos-militares, por su composición política, la garantía de que la República democrática tendrá militares de bayonetas sostenidas por hombres que luchan...’³⁶¹

³⁵⁸ *Guerra y Revolución en España*, Vol. I, p. 304.

³⁵⁹ Reproducido en León Trotsky, *Escritos Militares*, op. cit., p. 128.

³⁶⁰ Michael Alpert, *El ejército Popular de la República (1936-1939)*, Ed. Crítica, Barcelona 2007, p. 52. Sin duda, una de las obras más completas sobre el Ejército de la República.

³⁶¹ *Guerra y revolución en España*, Vol. I, p. 208.

Las razones de índole militar, enfrentar con éxito a las columnas franquistas tras las amargas derrotas de Andalucía y Toledo, eran un argumento de peso a favor de establecer un nuevo ejército. Pero también había otras, de carácter político: había que concentrar el poder armado de los trabajadores en una estructura subordinada del gobierno central, que no desafiase la orientación planteada de defensa de la República democrática. Los obreros en armas seguían siendo un foco descontrolado para aquellas fuerzas que querían un completo repliegue de la revolución social.

Durante el mes de septiembre y octubre, el presidente Largo Caballero que también ocupaba la dirección del Ministerio de la Guerra, promulgó diferentes decretos para la militarización de las milicias y la creación de un Ejército Popular, aceptando así la línea planteada insistentemente por el Partido Comunista. El nuevo Estado Mayor del Ejército fue anunciado el mismo día 5 de septiembre, con una minoría de oficiales procedentes del antiguo cuerpo del Estado Mayor, y la mayoría comandantes, muchos de los cuales provenían de las filas milicianas. Se nombró al general José Asensio Torrado al mando de las fuerzas republicanas en el Centro. También se promocionó al viejo general José Miaja Menat, que actuó con muy poca fortuna en el intento de recuperar Córdoba a principios de agosto. Miaja era conocido por sus ideas conservadoras —de hecho, Martínez Barrio le propuso para formar parte de su gabinete *fantasma* el 19 de julio, y Mola se refirió a él en términos favorables—, mantenía excelentes relaciones con los militares profesionales que se estaban reincorporando al ejército, y era el candidato “perfecto”, por sus credenciales nada izquierdistas, para dar la imagen de un ejército lo más alejado de las milicias revolucionarias. Fue posteriormente designado jefe militar de la defensa de Madrid. También se nombró al general Sebastián Pozas como jefe de la División de Madrid, que poco después relevaría a Asensio en su posición, ocupando éste la Subsecretaría de Guerra. El comandante Vicente Rojo fue nombrado segundo jefe del Estado Mayor el 20 de octubre (y en mayo de 1937 jefe del mismo).

Junto a estas decisiones de reorganizar el mando central del ejército, el gobierno de Largo Caballero tomó otras igual de destacadas. El 30 de septiembre se publicaron dos decretos que reclamaban la necesidad de un ejército eficiente e integrado por las milicias existentes, un “Ejército del Pueblo”. Desde el 10 de octubre en la zona Centro y desde el 20 en otras regiones, las milicias volverían a estar sometidas al Código de Justicia Militar. “Con las unidades de Milicias enormemente diseminadas y el mal estado de las comunicaciones” escribe Alpert, “la Comandancia tuvo que hacer ímprobos esfuerzos para imponer el orden. En fecha tan tardía como el 13 de diciembre de 1936 se emitió una circular que ordenaba a las columnas de Milicias que hicieran inmediatamente un censo de todos sus componentes, para llegar con ello a ‘la verdadera militarización de las milicias, que tantas veces hemos pedido todos’. En enero de 1937 la Comandancia todavía aún tenía que prohibir a las Milicias que admitiesen directamente nuevos reclutas”.³⁶²

La fuerza de este nuevo ejército se fue levantando a partir de las “Brigadas Mixtas”, denominadas así por que integraban fuerzas de infantería, caballería, artillería de mediano calibre, transporte, zapadores, y servicios auxiliares; los combatientes, además de milicianos, que constituyeron su fuerza predominante en el primer año de guerra,

³⁶² Alpert, *op. cit.*, pp, 76-77,

fueron integrados por reclutas y oficiales profesionales, tanto del antiguo ejército como de la policía y carabineros.³⁶³ Existían antecedentes de este tipo de Brigadas en la historia del ejército español.

El 27 de octubre de 1936, la *Gaceta* de la República publicó instrucciones muy detalladas sobre el modelo que debería seguir el nuevo ejército, con cuatro batallones de Fusileros y una compañía de Ametralladoras a cargo de capitanes. Cada compañía estaría formada por tres secciones, cada sección por un pelotón y cada pelotón de tres escuadras. Es muy significativo el comentario que hace Alpert sobre el enfoque de la reorganización: “Lo que llama la atención en estas directrices es su total fidelidad a la tradición. No se encuentra la menor señal de que las autoridades admitieran que la carencia de oficiales y suboficiales profesionales y la gran cantidad de soldados sin instrucción requiriesen de un modo de articulación más flexible. El peso de la burocracia en el Ministerio de la Guerra resulta evidente. Los detalles aparecen subrayados con insistencia, llegando incluso a determinar cuál soldado debe llevar la pistola de señales y cuál cabo de escuadra debe ir armado de un revólver. Este prototipo indica dos cosas: en primer lugar, que el nuevo ejército no iba a tener una estructura revolucionaria; en segundo lugar, que sus organizadores no habían advertido la enorme escasez de cuadros o, más probablemente, que sus burocráticas mentes no iban a ajustarse a la realidad de la situación.”³⁶⁴

Las primeras en aceptar la integración de sus milicias fueron las fuerzas controlada por el PCE. El Quinto Regimiento se disolvió³⁶⁵ y Enrique Lister, comandante en jefe del mismo en aquellos momentos, fue nombrado comandante de la Iª Brigada. El proceso de conversión de las milicias en Brigadas, a pesar de las fuertes resistencias de los mandos milicianos anarquistas y de miles de combatientes de sus columnas, se realizó en un tiempo bastante rápido: para la primavera de 1937 se habían formado en la zona Centro las Brigadas 1 a 50; de ahí hasta la 82 fueron organizadas en Levante y Andalucía, con reservistas llamados a filas. En total había 153 Brigadas en la zona Centro y Sur, así como en Aragón para mayo de 1937, que se completaban con las Brigadas de la zona Norte (Asturias, Santander y Euskadi), hasta una numeración de 189.³⁶⁶ El problema que acusaron muchas de estas Brigadas es que sólo eran operativas desde el punto de vista del número de efectivos, pero carecían del imprescindible respaldo técnico militar para enfrentarse al ejército de Franco.

A partir de noviembre de 1936, el gobierno decidió formar divisiones militares para dar un paso más en la reorganización general del ejército: cada división estaría integrada por tres brigadas. Las primeras divisiones se establecieron a finales de 1936 en Madrid (norte y oeste). Otras cinco más se organizarían en el frente de la capital antes de acabar el año. A partir de las divisiones, se decidió la constitución de cuerpos del ejército. El último día de 1936 se creó el I Cuerpo del Ejército de Madrid, mientras las otras divisiones formarían el II Cuerpo del ejército. Para junio de 1937, había 62 divisiones articuladas en 17 cuerpos de ejército.³⁶⁷ La estructura del Ejército Popular Republicano,

³⁶³ El 18 de octubre de 1936 se dictaron ordenes para la formación de seis Brigadas Mixtas. Una descripción detallada de las mismas se puede consultar en el libro de Alpert, *op. cit.*, pp. 79-83.

³⁶⁴ *Ibid.*, p. 78.

³⁶⁵ “Para el 27 de diciembre de 1936, *Milicia Popular* anunciaba que el 70% del Quinto Regimiento se encontraba ya en las Brigadas Mixtas y que no habría más enrolamientos para el regimiento. *Ibid.*, p. 56.

³⁶⁶ *Ibid.*, p. 82.

³⁶⁷ *Ibid.*, p. 85.

con todas las reorganizaciones y transformaciones que sufrió a lo largo de la guerra, quedó conformada en grandes núcleos operativos. El Ejército del Centro, el Ejército del Norte y el Ejército del Sur, constituidos formalmente en 1936, a los que se añadirían tres más en 1937, el del Este, el de Extremadura y el de Levante (para la batalla del Ebro se levantaría el Ejército del Ebro).

El 24 de octubre, la Generalitat promulgó en un decreto la militarización de las Milicias catalanas, la movilización de todos los hombres de entre 20 y 30 años, y la entrada en vigor del viejo Código de Justicia Militar a partir del 1 de noviembre. Las fuerzas milicianas en el frente, desde Huesca a Teruel, se convirtieron en el Exèrcit de Catalunya, por un decreto de la Generalitat del 6 de diciembre de 1936. Se componían de tres divisiones, con mando en Barcelona, Tarragona y Girona, y no fueron numeradas sino que conservaron los nombres de las columnas que las habían originado: Ascaso, Carlos Marx y Durruti. Pero este Exèrcit fue suprimido tras las jornadas de mayo en Barcelona, igual que la Consejería de Defensa de la Generalitat. A partir de ese momento, el mando quedó en las manos del General Pozas nombrado jefe del Ejército del Este.

Como es sabido, la militarización de las milicias y la formación de los nuevos cuerpos del Ejército Republicano fueron respondidas con una oposición activa de muchas columnas milicianas catalanas y aragonesas en las que predominaban, sobre todo, los anarquistas, pero también en las controladas por el POUM.

Es evidente que existía un problema de indisciplina en las columnas anarquistas, que eran el reflejo de los prejuicios ideológicos que colocaban la libertad individual como un principio opuesto, por naturaleza, al sometimiento frente a cualquier autoridad.³⁶⁸ Las críticas en la prensa confederal a este hecho son claras,³⁶⁹ e incluso Durruti tuvo que lidiar y enfrentarse a este problema en su propia columna. Esta indisciplina, que no se puede calificar de generalizada, fue un elemento muy útil para calumniar a las milicias libertarias ocultando otros factores políticos de importancia: que en la concepción de muchos de los cuadros que las dirigían existía una firme convicción de que era preciso librar una guerra revolucionaria para vencer al fascismo, lo que inevitablemente llevaba al rechazo de verse bajo el mando de militares profesionales y oficiales estalinistas.

El decreto de militarización fue ampliamente debatido en la Columna Durruti, que decidió no admitirlo, ya que en su opinión no podía mejorar las condiciones de lucha de

³⁶⁸ En el periódico de la milicia anarcosindicalista el frente central, *Frente Libertario*, se podía leer el 27 de octubre de 1936: “No queremos ejército nacional. Queremos milicias populares, que son la encarnación de la voluntad y la vida libre del pueblo español. Como antes de esta guerra social, volvemos a gritar ahora: ¡Abajo las cadenas! El ejército es el encadenamiento, el símbolo de la tiranía. Suprímase el Ejército”. Ideas y proclamas similares llenaron en esas semanas la prensa anarquista de toda la zona republicana.

³⁶⁹ En *Solidaridad Obrera* del 7 de agosto de 1936 se escribía: “hemos dicho repetidas veces que no somos partidarios de una disciplina de convento o de cuartel, pero que en determinados actos en los que interviene un número importante de ciudadanos se hace indispensable una coordinación perfecta de nuestros esfuerzos y un acoplamiento exacto de las voluntades. Estos días hemos presenciado determinados hechos que nos han destrozado el alma y hasta nos han vuelto un poco pesimistas. Nuestros camaradas proceden por cuenta propia y prescinden en muchos casos de las consignas que emanan de los comités [de la CNT] (...) Aceptar la disciplina quiere decir que los acuerdos que tomen los compañeros delegados para una función cualquiera, sea de índole administrativa o bélica, sean cumplidos sin que nadie los obstaculice en nombre de la libertad que en muchos casos degenera en libertinaje.” Citado en Bolloren, p. 427.

los milicianos ni resolver su falta crónica de armamento. Durruti, en nombre del Comité de Guerra, firmó un escrito de oposición a la militarización que dirigió al “Consejo” de la Generalitat desde el frente de Osera, fechado el mismo día 1 de noviembre en que se reponía el Código de Justicia Militar tan repudiado en las filas anarquistas.³⁷⁰

En cualquier caso, la CNT-FAI finalmente aceptó los decretos de la militarización, aspecto que se convirtió en el centro de controversias agudas en sus filas. Muchos líderes anarquistas que jugaron un papel destacado en la guerra no tuvieron muchas dudas, empezando por García Oliver y pasando por Cipriano Mera, jefe de milicias anarquistas y posteriormente comandante del Cuarto Cuerpo del Ejército.³⁷¹

En el transcurso del proceso de militarización, los mandos militares pertenecientes al Partido Comunista, o simpatizantes con su política, aumentaron considerablemente hasta alcanzar un lugar preeminente en la dirección del nuevo Ejército Popular, y esa influencia se reforzó con la llegada masiva de asesores militares soviéticos (petición que

³⁷⁰ El 4 de noviembre, fecha muy significativa pues ese día la prensa publicaba la toma de posesión de sus cargos de los cuatro ministros anarquistas en el gobierno de Madrid (Montseny, Oliver, Peiro y López), Buenaventura Durruti se dirigió por la Radio de la CNT-FAI a los combatientes y trabajadores de todo el Estado. A las nueve y media de la noche comenzó la emisión: “Trabajadores de Catalunya: me dirijo al pueblo catalán, a ese pueblo generoso que hace cuatro meses supo deshacer la barrera de los militarotes que querían someterle bajo sus botas. Os traigo un saludo de los hermanos y compañeros que luchan en el frente de Aragón a unos kilómetros de Zaragoza, y que están viendo las torres de la Pilarica. A pesar de la amenaza que se cierne sobre Madrid, hay que tener presente que hay un pueblo en pie, y por nada del mundo se le hará retroceder. Resistiremos en el frente de Aragón, ante las hordas fascistas aragonesas, y nos dirigimos a los hermanos de Madrid para decirles que resistan, pues los milicianos de Cataluña sabrán cumplir con su deber, como cuando se lanzaron a las calles de Barcelona para aplastar al fascismo (...) “El fascismo representa y es, en efecto, la desigualdad social, si no queréis que los que luchamos os confundamos a los de retaguardia con nuestros enemigos, cumplid con vuestro deber. La guerra que hacemos actualmente sirve para aplastar al enemigo en el frente, pero es éste el único: no. El enemigo es también aquel que se opone a las conquistas revolucionarias y que se encuentra entre nosotros, y al que aplastaremos igualmente (...)”

“Si esa militarización decretada por la Generalidad es para meternos miedo y para imponernos una disciplina de hierro, se han equivocado. Vais equivocados consejeros, con el decreto de militarización de las milicias. Ya que habláis de disciplina de hierro, os digo que vengáis conmigo al frente. Allí estamos nosotros que no aceptamos ninguna disciplina, porque somos conscientes para cumplir con nuestro deber. Y veréis nuestro orden y organización. Después vendremos a Barcelona y os preguntaremos por vuestra disciplina, por vuestro orden por vuestro control, que no tenéis. Estad tranquilos. En el frente no hay ningún caos, ninguna indisciplina. Todos somos responsables y conocemos el tesoro que nos habéis confiado (...)” Reproducido en Agustín Guillamón, *Doce estampas revolucionarias (o no) de Barcelona*, Balance, Cuaderno de historia nº 30, Barcelona, mayo 2005, pp. 23-25.

³⁷¹ Cipriano Mera aborda con crudeza el asunto en sus memorias: “(...) Ver cómo iban cayendo unos tras otros los compañeros de mayor confianza, me llevó a la conclusión de que no podíamos seguir operando antojadizamente; que se hacía más bien necesario encuadrarnos allí donde el deber nos llamara, poner término a los procedimientos desordenados y someternos a un plan de guerra, puesto que, quisiéramos o no, nos encontrábamos en guerra, y no se podía jugar a la guerra sin el grave riesgo de pagar sus irreparables consecuencias (...)”

“Todo lo ocurrido me reafirmaba en la idea de que no era posible hacer frente al ejército enemigo si no contábamos con otro ejército igualmente organizado y donde imperase una férrea disciplina. Ya no se trataba de luchas callejeras, en las que el entusiasmo podía suplir la falta de preparación; tampoco era cosa de simples escaramuzas en la que cada uno podía hacer lo que se le antojara. Se trataba de una guerra, de una verdadera guerra, y por lo tanto era imprescindible organizarse debidamente, con unidades militarizadas, con mandos capaces de plantear las operaciones o de hacer frente a las del enemigo con las menores pérdidas de hombres y de material posibles. Y, sobre todo, se imponía en todos nosotros el acatamiento de la disciplina. No había otro camino para poder ganar una guerra que se nos había impuesto.” Cipriano Mera, *Guerra, cárcel y exilio de un anarcosindicalista*, La Malatesta Editorial, Madrid, 2006, pp. 55-161.

también fue requerida por Largo Caballero como presidente del gobierno).³⁷² Antonio Cordón y Alejandro García Val (secretario del sindicato de trabajadores de la confección) fueron destinados a la sección de Operaciones del Estado Mayor Central, igual que Vittorio Vidali, nombrado jefe de la sección de organización del EM, aunque en el caso de estos dos últimos sus esfuerzos estaban concentrados en el Quinto Regimiento.

Cuadros comunistas también ocuparon puestos claves en el Comisariado General de Guerra,³⁷³ constituido con el fin de nombrar comisarios políticos en las Brigadas, de autoridad entre los milicianos que recelaban de los mandos profesionales, y para instaurar una mayor “disciplina”. En el prologo del decreto se señalaba: “La naturaleza político-social de las fuerzas armadas que actúan en todo el territorio sometido al gobierno legítimo de la República y el motivo mismo de la guerra civil hace necesario, a la par que imprimir la máxima eficacia militar al ejército en armas contra la rebelión, ejercer sobre la masa de combatientes constante influencia, a fin de que en ningún caso esté en pugna con la absoluta conveniencia de prestigiar la autoridad de los mandos (...).”³⁷⁴ Para el cargo de comisario general de este Comisariado se nombró a Julio Álvarez del Vayo, ministro de Exteriores, y antiguo seguidor de Caballero pero que ya actuaba bajo las órdenes de los dirigentes del PCE. A pesar de que su actuación práctica en la estructura orgánica fue seguramente limitada, no hay duda de que este medio fue muy útil para popularizar las consignas y planteamientos de la propaganda estalinista, y asegurar el control político sobre una masa de combatientes muy importante.

El PCE se tomó muy en serio el papel de los comisarios en el Ejército Popular. Según Michael Alpert: “Los autores e historiadores comunistas subrayan en general en afirmar que el PCE fue la primera organización que en la guerra española advirtió la importancia de los comisarios y que, como resultado de ello, de sus filas salió la mayoría de los comisarios en los primeros seis meses de guerra. Según el corresponsal de *Pravda*, el partido había enviado ya comisarios en septiembre de 1936 y tenía cerca de doscientos en sus puestos cuando apareció la orden de creación del Comisariado. En el frente central, se aseguraba que el ochenta por ciento de los comisarios eran comunistas. Esta preponderancia se reflejaba en las pérdidas. Según el comunista Antón, comisario inspector jefe del frente central, 52 comisarios comunistas resultaron muertos o heridos en ese frente entre octubre de 1936 y marzo de 1937, comparados con 27 de otras organizaciones políticas, 18 de los cuales eran además miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. Según los archivos soviéticos, 125 de los 186 comisarios del batallón del Frente Central en abril de 1937 eran comunistas.”³⁷⁵

La propaganda estalinista recurrió al ejemplo de los comisarios en el ejército soviético para dar a su actividad una concomitancia revolucionaria, pero eran de tanto calado las diferencias entre el Ejército Rojo de la guerra civil rusa y el nuevo Ejército Republicano, que estos comisarios sirvieron, sobre todo, para contrarrestar todas aquellas actuaciones y críticas en las filas combatientes que pudiesen cuestionar la línea general frentepopulista. “El comisario de guerra” afirmaba Vittorio Vidali “es el alma de la unidad de combate, su educador, su agitador, su propagandista. El comisario de guerra es siempre (o debe ser siempre) el mejor, el más inteligente, el más capaz. Debe

³⁷² Bolloten, *op. cit.*, p. 444-45.

³⁷³ El Comisariado General de Guerra fue instaurado a través de los decretos del 16 y 17 de octubre de 1936

³⁷⁴ Alpert, *op. cit.*, p. 185.

³⁷⁵ *Ibid.*, p. 190.

ocuparse de todo y saber de todo. Debe interesarse del estómago, del corazón del cerebro del soldado del pueblo (...) él procura que se satisfagan sus necesidades políticas, económicas, culturales, artísticas.”³⁷⁶ Tenía razón. Las necesidades políticas pronto serían satisfechas, en muchos casos con una dura represión contra todos aquellos que siguieron defendiendo el carácter socialista de la revolución española.

En definitiva, como señala Alpert: “Puede afirmarse que, hacia junio de 1937, la militarización ya había sido llevada a cabo. Los vestigios del sistema de Milicias que quedaba en Aragón estaban siendo extirpados; los vascos y otras fuerzas del norte tenían a rasgos generales idéntica organización que el resto del ejército de la República; se habían dado largos pasos en la creación de un nuevo cuerpo de Oficiales; la formación militar avanzaba aprisa, habían llegado grandes cantidades de armas y el Ejército Popular estaba a punto de enfrentarse a su primera gran prueba de fuego, la batalla de Brúñete. Era un gran ejército con medio millón de hombres. Probablemente más de lo que tenían entonces los nacionales (...)

“Largo Caballero y el Estado Mayor del Ministerio de Guerra habían construido lo que era probablemente el mayor ejército de toda la historia de España, con una estructura de ejército de tipo clásico. Pero apenas había alguien en el Ejército Republicano que tuviese experiencia práctica de esa estructura en una guerra sobre el terreno. En el lado nacional, las divisiones sobre una base permanente no fueron organizadas hasta que no estuvieron completos los batallones, con un número adecuado de oficiales y suficientes armas. Los cuerpos de Ejército se creaban normalmente cuando se decidía agrupar cierto número de divisiones para una ofensiva. En la España republicana, el Estado Mayor Central impuso la jerarquía de las divisiones, cuerpos y ejércitos sobre la base de las Brigadas Mixtas, que a su vez estaban formadas imperfectamente (...)”³⁷⁷

La orientación del Estado Mayor republicano en las operaciones militares, estuvo condicionada por la estrategia general de la política frentepopulista. Los límites impuestos para no asustar a las “democracias” occidentales, y las condiciones en que se suministró la ayuda soviética, hacía imposible enfocar la contienda como una guerra revolucionaria contra el fascismo, con todas las implicaciones que esto conllevaba.

“Como es bien sabido desde Clausewitz”, escribe Fernando Claudín, “la guerra es ‘un verdadero instrumento político, una prosecución de las relaciones políticas, una realización de éstas por otros medios’. Y muy especialmente, podría agregarse, una guerra civil. (...) La ‘guerra’ no era un aspecto autónomo de la lucha global, que permitiera poner entre paréntesis las tres principales ‘variantes’ de revolución que se enfrentaban: la proletaria, la democrática-burguesa, y la liberal burguesa. El combate en los frentes, los instrumentos directamente militares, estaban en conexión estrecha con uno u otro tipo de organización social y política. Y según qué tipo de régimen político social prevaleciese durante la guerra civil, todo el porvenir de la República quedaría fuertemente condicionado.

“La fuerza militar puesta en pie por el PCE, la IC y la ayuda soviética estaba al servicio de dos objetivos políticos esenciales: resistir militarmente a los facciosos y asegurar que prevaleciese el tipo ‘democrático burgués’ de república, aceptable para los republicanos burgueses y supuestamente aceptable también para las ‘democracias occidentales’. Pero al ser instrumento de este segundo objetivo, la fuerza militar PCE-IC-URSS entraba en

³⁷⁶ Publicado en *Verdad*, 27 de enero de 1937.

³⁷⁷ Alpert, *op cit.*, p. 91.

conflicto con la realidad revolucionaria creada, y con la mayoría del proletariado que consideraba esa realidad como su máxima conquista. Semejante conflicto no podía por menos que quebrantar, en definitiva, la potencia militar de la república. Entre los dos objetivos políticos a cuyo servicio estaba el esfuerzo militar del PCE, la IC y la ayuda soviética, no existía complementariedad sino contradicción. El segundo socavaba los efectos positivos del primero. Los acontecimientos se encargaron de demostrarlo muy rápidamente.³⁷⁸

Con todo lo señalado anteriormente, la profundidad de la revolución española también se expresó en la rapidez asombrosa con la que se constituyó el Ejército Popular Republicano y las enormes energías combatientes que desplegó enfrentando a un enemigo muy superior desde el punto de vista militar. Es imposible entender la gesta del proletariado y el campesinado español, y de los voluntarios internacionales, en las grandes batallas de Madrid, Jarama, Brunete, Guadalajara, Belchite, Teruel, Ebro y muchas otras, sin tomar en consideración su motivación revolucionaria. A pesar de los eslóganes oficiales, en la conciencia de cientos de miles de soldados, especialmente durante el primer año y medio de combates, la perspectiva de liquidar el orden burgués estaba presente en su voluntad de lucha y en los sacrificios realizados. La propaganda estalinista estaba obligada a hacerse eco de esta realidad, cuando reconocía, en función de las circunstancias del momento, que la victoria en la guerra era el paso necesario para satisfacer las aspiraciones revolucionarias de las masas.

¡NO PASARAN! MADRID RESISTE LA OFENSIVA FASCISTA

Las decisiones tomadas para la reorganización de las milicias y la conversión de éstas en un ejército, provocaron nuevos incidentes y el distanciamiento progresivo entre el PCE y Largo Caballero. Toda una serie de hechos agriaron las relaciones, como el nombramiento del general Asensio como subsecretario de la Guerra el 26 de octubre. Antes había sido designado jefe del Ejército del Centro y los dirigentes comunistas, con la intención de ganarle a sus filas, le colmaron de halagos calificándole de “héroe de la República democrática” e incluso le nombraron comandante honorario del Quinto Regimiento. Pero el general pronto manifestó discrepancias con el Partido y el enfrentamiento estalló. Desde las filas comunistas se pidió que se le retirase el mando del frente central después de las derrotas que permitieron a Franco llegar hasta las puertas de la capital. Finalmente, Largo Caballero acabó accediendo a estas exigencias y aprobó su destitución al frente del ejército que defendía Madrid, pero le promocionó al cargo de subsecretario que hemos mencionado, además de recuperar a Segismundo Casado al Estado Mayor, y destituir a Manuel Estrada, jefe del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, y que acababa de afiliarse recientemente al Partido.

El intento de Largo Caballero de imponer su autoridad no valió de mucho. Las maniobras en el terreno de las designaciones y promociones, en virtud de su poder legal, no podían compensar las vacilaciones y concesiones que, en muchos casos, habían determinado su conducta. La línea del PCE se había mantenido coherente y decidida, y su autoridad crecía día a día a medida que sus exigencias de librar una lucha contra el

³⁷⁸ Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 187.

fascismo de la manera más resuelta en el terreno militar, con un mando central y un ejército disciplinado, conectaba con el sentimiento que existía en las bases socialistas.

En poco tiempo esta autoridad aumentó en grandes proporciones. Por un lado, cuando con la capital cercada por las tropas fascistas, el gobierno decidió abandonar apresuradamente la ciudad en la tarde del 6 de noviembre. La desautorización de Caballero ante la población fue tremenda. Pero el vacío de poder fue reestablecido inmediatamente y, en el esfuerzo heroico por evitar la caída de Madrid, los militantes y mandos comunistas jugarían un papel trascendental. Su arrojo y valentía, la movilización revolucionaria de la población madrileña, la llegada de los primeros envíos de armas rusas y la entrada en combate de las Brigadas Internacionales, catapultaron la influencia del PCE multiplicando sus afiliados y efectivos.

La capital suponía el objetivo máspreciado para Franco pues, según sus cálculos, la toma de Madrid forzaría el reconocimiento del régimen fascista por parte de las potencias imperialistas occidentales, Francia y Gran Bretaña. A finales de octubre la situación de Madrid parecía completamente desesperada. Todas las cancillerías europeas daban la ciudad por conquistada en pocos días. Esta misma era la opinión mayoritaria en las filas del Gobierno. Sin un milagro, Madrid pronto caería en las garras de los fascistas. Pero como ocurrió el 19 julio de 1936, el milagro se produjo. La resistencia de Madrid pasará a la historia como la prueba más clara de que cuando el pueblo utiliza métodos revolucionarios en la lucha militar, es imposible vencerle.

En aquellas circunstancias, mantener el control de la capital de la República era una cuestión esencial para la moral de las masas obreras y de los combatientes de la zona republicana. En sintonía con la nueva situación, los dirigentes del PCE movilizaron fuerzas y recursos para la resistencia de Madrid a una escala mucho mayor que el resto de las organizaciones de izquierdas y, lo más significativo, recurriendo a medidas político-militares de corte revolucionario.

“El PCE”, escribe Hernández Sánchez, “decidió lanzar entonces una campaña de propaganda para galvanizar el espíritu de resistencia siguiendo un guión y con unos mecanismos de *agitprop* que se volverían habituales durante el resto de la guerra: mítines-relámpago, manifestaciones de mujeres ante la presidencia del gobierno, profusión de titulares y consignas en la prensa del partido. El Quinto Regimiento ofreció formar cuatro batallones de choque, en cuyos estandartes, junto con el de ‘Madrid’, figuraban nombres emblemáticos del imaginario bolchevique: ‘Leningrado’, ‘Comuna de París’ y ‘Marineros de Kronstadt’. La épica del octubre soviético comenzaba a impregnar el espíritu de resistencia de la capital de la República. En algunos sectores, enardecidos por la atmósfera electrizada de la proximidad a jornadas decisivas, comenzó a calar un mensaje que proponía pasar de la defensiva a la ofensiva. Marty lo dejó traslucir en uno de sus informes: ‘El gobierno y el PC deben dejar claro ante la gente el objetivo de la guerra, como se hizo en Francia durante la guerra imperialista. La República del Frente Popular del 16 de febrero no es la misma que la del 14 de abril. Caballero dijo en el Parlamento que demos dar a esta República un contenido social, que debemos crear una República de trabajadores, como está escrito en la constitución. Pienso que deberíamos insistir más en el carácter social de la República. No estamos combatiendo únicamente por destruir el fascismo, sino también por los derechos democráticos y los intereses vitales de las masas’. Consignas que debieron sonar como música celestial para los comunistas madrileños, cuyo empeño en

la defensa de la capital iba a tener su prueba de fuego —casualidades del destino— el 7 de noviembre, decimonoveno aniversario del asalto al Palacio de Invierno.³⁷⁹

En efecto, los dirigentes estalinistas recurriendo a las consignas de la guerra revolucionaria, a las llamadas a la defensa del Madrid proletario, a la unidad de acción de todas las organizaciones obreras, a la movilización general de la población, consiguieron transformar la ciudad en un bastión inexpugnable.

En *Milicia Popular*, el órgano del Quinto Regimiento, se podía leer el 7 de noviembre: “La salvación de Madrid depende de horas. Miles de milicianos están luchando contra moros y legionarios extranjeros que pretenden aplastar al pueblo de Madrid. Es la hora histórica de la batalla decisiva. Se ha repetido durante muchos días que Madrid será la tumba del fascismo y ya es llegado el momento de hacerlo realidad. Madrid el de las grandes concentraciones antifascistas, de los fuertes sindicatos obreros, que ha vencido repetidas veces a la reacción, está amenazado de veras. HOMBRES Y MUJERES DE MADRID: el mundo entero está pendiente de nosotros, madrileños. Es preciso que esta página de la Historia que estamos viviendo termine con nuestro triunfo. Madrid hará honor a la suerte que le ha deparado la historia. Los cañones suenan ya en nuestras puertas. Todos los madrileños en pie. Dispuestos a ganar, cueste lo que cueste. Cada hombre, cada mujer, un combatiente. Lucharemos y venceremos. Pero para ello es preciso que todos nos dispongamos a la lucha, inmediatamente, sin perder horas que pueden ser preciosas para el triunfo de nuestra causa. ANTIFASCISTAS: Todos a la lucha. Repitamos las consignas de los primeros momentos heroicos. Los canallas fascistas que quieren aplastarnos en Madrid, ¡NO PASARÁN! No pasarán si cada madrileño graba en su corazón este deseo ferviente y pone todo lo que es capaz de dar para el triunfo definitivo. Un último esfuerzo y Madrid se habrá salvado. ¡Todos unidos daremos la batalla final por nuestro triunfo! ¡Viva el Madrid heroico y antifascista! ¡Todo por el triunfo! ¡Todo por la Guerra! ¡A la lucha madrileños! ¡A vencer! La Comandancia del 5º Regimiento.”³⁸⁰

Los dirigentes estalinistas entendían correctamente que la pérdida de Madrid precipitaría el final de la guerra y sería un golpe muy duro a sus intereses, precisamente en un momento en el que la presión a favor de una intervención militar de la URSS en defensa de la causa republicana se multiplicaba en las bases de los partidos comunistas, especialmente en Francia, y un triunfo rápido de Franco podría cambiar el signo de sus alianzas internacionales con las potencias “democráticas”. Apoyándose en el Quinto Regimiento, el PCE y la JSU, junto con el resto de las organizaciones obreras de la capital, incluyendo significativamente a la CNT, que también realizó una movilización formidable de sus militantes, de la base socialista y del POUM, dieron un nuevo sesgo político a la lucha armada contra el fascismo y cosecharon un enorme prestigio.³⁸¹

³⁷⁹ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 135.

³⁸⁰ Ambas citas en *Revolución y Guerra en España*, Vol. II, p. 161.

³⁸¹ Los militantes del POUM también participaron en la defensa de la capital, aunque el partido fue excluido de la Junta de Defensa a partir de las presiones del PCE sobre el resto de las organizaciones que la conformaban. Marcel Rosenberg, el embajador soviético, jugó un papel muy activo para que se impusiese esta decisión. Una vez que el peligro de la ocupación fascista de Madrid fue superado, tras los combates de noviembre y diciembre, el POUM madrileño fue atacado brutalmente. El 29 de enero, a propuesta de los representantes del PCE, la Junta de Defensa aprobó, sin ninguna protesta de sus integrantes, la confiscación del periódico del POUM *El Combatiente Rojo* y de su emisora de radio. Una prueba evidente de que los representantes de la Comintern y los asesores soviéticos tenían mucha más influencia de la que algunos intentan presentar.

Con la huida del gobierno a Valencia, la capital de la República quedó bajo el mando de la Junta de Defensa de Madrid, representada por todos los partidos del Frente Popular y los sindicatos, y se dio orden a los generales Pozas y Miaja³⁸² de defender la ciudad. Jugaron un papel especialmente relevante en la planificación de la defensa los asesores soviéticos que ya habían llegado a la capital, como Gorev y el general Ian Berzin. En el caso concreto de Vladimir Gorev, que mandaba las unidades de artillería, tanques y aviación rusas en el frente central, su papel fue trascendental. Gorev, como muchos otros militares soviéticos que participaron en la guerra civil española, fue víctima de las purgas de Stalin.

La fe en la defensa de Madrid era escasa en las esferas del gobierno. Ni Azaña ni Caballero pensaban en que esta podría resistir mucho tiempo el asedio de las columnas franquistas y se mostraban realmente pesimistas. El nombramiento de Miaja era una clara señal de ese estado de ánimo. En las horas más difíciles, los militantes y cuadros del PCE, y también hay que reconocerlo de los anarcosindicalistas, jugaron el papel principal en la resistencia armada, en impulsar la implicación de la población en las tareas de fortificación y combate, y en el aprovisionamiento de los habitantes de la capital. Los cuadros comunistas ocuparon puestos fundamentales en la Junta de Defensa, como Antonio Mije (centralización de recursos y control de los aspectos básicos de la ofensiva militar), Santiago Carrillo (orden público), Pablo Yagüe (abastecimientos).

Al amanecer del día 8, las fuerzas del general Varela se lanzaron al ataque: la columna de Asensio por la Casa de Campo, así como la de Castejón y la de Delgado Serrano, mientras que Tella y Barrón presionaban, como movimiento de diversión, en dirección a los puentes de Toledo y Segovia. Cuando la embestida de las cuatro columnas franquistas comenzó, los mandos militares comunistas actuaron con decisión y valentía. Del lado fascista se movilizaron 25.000 combatientes, y defendiendo la capital, 40.000 milicianos, mal armados pero con la moral de la victoria. “En estos momentos se abría un abismo para el enemigo”, señala Víctor Frutos, jefe del Batallón Primero de Mayo que defendía Carabanchel, “había que conquistar Madrid desde la primera a la última casa y cada puerta era un parapeto; cada ventana, el reducto de los defensores con granadas caseras. Sí, muy primitivas, pero con poder explosivo suficiente para castigar a una patrulla enemiga. Las calles eran las entradas hacia Madrid... O se avanzaba por ellas o no se tomaba Madrid, y para hacerlo había que enfrentarse a un ejército, llamémosle así, formado por milicianos en el que tenía más importancia el ingenio y la valentía que todas las tácticas aprendidas en los reglamentos militares (...).”³⁸³

³⁸² Como hemos señalado, Miaja era de ideas conservadoras y diferentes fuentes señalan que incluso se había adherido antes de la guerra a la Unión Militar Española (UME), la organización militar de los golpistas. Durante los primeros meses, Miaja fue ensalzado por los dirigentes del PCE. Pero cuando el mismo general se distanció de los comunistas tras su participación en el Consejo Nacional de Defensa de Casado en marzo de 1939, los dirigentes del PCE en el exilio trataron de deshacer el mito: “Para desnaturalizar la verdadera defensa de Madrid hubo y hay gente interesada en vincularla al traidor Miaja. Quienes semejante propaganda han hecho y hacen no conocen nada de lo que allí pasó, ni de los ‘frutos’ militares que Miaja pudo dar. Él no llegó a saber lo que pasó en Madrid, en su tremenda y difícil situación, más que por lo que le contaron. No la vivió en su intensidad. La tragedia de aquellos días en Madrid no podía penetrar en un militarote obtuso, carente de toda visión popular”. Quién así escribe es Antonio Mije, miembro del Buró Político del PCE en *España Popular*, 9 de noviembre de 1940 (citado por Bollothen, *op. cit.*, p. 469.). En términos igual de duros se expresaron posteriormente Enrique Lister y Santiago Carrillo.

³⁸³ Bollothen, *op. cit.*, p. 459.

La táctica de los milicianos dirigidos por los comunistas fue replegarse a los límites de la ciudad con la consigna de resistir y no retroceder. Los combates se trasladaron a los barrios obreros de la capital: “Desde que empezó el ataque franquista, en todos los sectores donde se produjo, en Villaverde, Usera, Carabanchel, Casa de Campo y otros lugares, chocó con la resistencia firme, tenaz, granítica de las fuerzas republicanas (...) En el sector de Villaverde, las fuerzas franquistas se estrellaron contra la resistencia de la Iª Brigada. Solamente lograron conquistar algunos edificios, a costa de grandes pérdidas, pero el avance fue casi nulo. En el de Usera, mandado por el coronel Prada, los milicianos luchaban por cada casa, por cada piso y, muchas veces, por cada habitación y consiguieron paralizar el avance fascista sobre Madrid. (...)”

“El 6 por la tarde, al mando de Trifón Medrano y de Manuel Fernández Cortinas, llegaron a Carabanchel grupos de combatientes, mal armados, y que unos días antes trabajaban aún en las fábricas. Se parapetaron en las casas y lograron con otras unidades, entre ellas dos compañías del ‘Pasionaria’, a fuerza de heroísmo y de fe en la victoria, hacer retroceder a la caballería mora y establecer una línea. Las casas se convertían en fortines (...) En la tarde del 7 de noviembre, las tropas franquistas no habían podido lograr ni uno sólo de sus objetivos: estaban detenidas en las casas al norte de Villaverde, en el Basurero, en Carabanchel... No habían llegado a ninguno de los puentes que atraviesan el Manzanares. En la Casa de Campo, las tres columnas enemigas que tenían la misión de asestar el golpe principal y de entrar en Madrid, encontraron una resistencia inesperada. Los milicianos defendían cada árbol, cada piedra. Los sublevados no pudieron alcanzar las orillas del Manzanares y menos pasarlo.”³⁸⁴

La lucha heroica de los milicianos se completó con la creación y puesta en acción de comités de defensa en cada barrio, de manera similar a los que habían actuado en las jornadas del 19 y 20 de julio en Barcelona, que no sólo registraban los domicilios de fascistas, también tenían capacidad para detener a todos los que trabajaban o se sospechaba trabajaban para los fascistas, la famosa “quinta columna”³⁸⁵. Los comités de obreros organizaron la resistencia con barricadas, casa a casa, calle a calle. Se crearon comités de mujeres para ayudar a las milicias y comités de abastecimiento encargados de la alimentación y la munición. Los trabajadores del sindicato de la construcción de la CNT y la UGT se emplearon duramente en cavar trincheras y construir defensas fortificadas. Todos estos comités desarrollaron una actividad frenética incorporando al conjunto de la clase obrera, la juventud y las mujeres de toda la ciudad a las tareas de la defensa.

Sí, se recurrió a las imágenes de la guerra civil rusa, del Ejército Rojo y de la revolución de octubre, como nunca se hizo durante la guerra, para defender Madrid. Esa fue la agitación que galvanizó a las masas combatientes y a la población trabajadora: las ideas de la revolución socialista. Los dirigentes del PCE dieron un paso más: “Entre el estruendo de las bombas, en el fragor de la lucha” se lee en la historia oficial del Partido, “los madrileños conmemoraron en un grandioso mitin celebrado en el Monumental Cinema, el XIX aniversario de la Revolución de Octubre de 1917. Asistieron al acto la Junta de Defensa de Madrid, representantes de todos los partidos y organizaciones del

³⁸⁴ *Guerra y Revolución en España*, Vol. II, *op. cit.*, pp. 162-165.

³⁸⁵ Fue el general Mola el que creó esta expresión. Cuando fue entrevistado por un grupo de periodistas extranjeros en su cuartel general de Ávila y le preguntaron cual de las cuatro columnas tomaría Madrid, él respondió que sería ‘la quinta columna’ formada por los fascistas que trabajaban en la clandestinidad dentro de la capital.

Frente Popular, millares de trabajadores madrileños, e incluso delegaciones de combatientes que llegaban directamente de la primera línea de fuego para rendir homenaje al primer país socialista del mundo...³⁸⁶

“Durante los primeros días de la defensa de Madrid”, escribe Bolloten, “*Milicia Popular* abandonó su tono moderado, estrictamente ‘antifascista’, y evocó los recuerdos de la revolución rusa para encender la conciencia revolucionaria de los trabajadores. En un llamamiento publicado en la primera página, Carlos Contreras [Vittorio Vidali], el comisario político jefe del Quinto Regimiento, declaraba: ‘Madrid no puede caer...Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, corren a las trincheras para defender su ciudad, su vida, su porvenir... ¡Viva la revolución española!...Hoy es el aniversario de la revolución rusa. Nuestros hermanos rusos, rodeados por millones de enemigos, hambrientos, sin aviones y sin tanques, cercados por todos lados, han ganado la batalla. Porque tenían una fe: la seguridad en el porvenir... Por eso venceremos.’³⁸⁷

El Madrid de los trabajadores, con la moral de la revolución, resistió las ofensivas de los ejércitos franquistas.³⁸⁸ Al lado de los milicianos actuaron las Brigadas Internacionales, que pronto se distinguirían como una formidable fuerza de choque frente a los disciplinados batallones de tropas marroquíes y regulares. En la noche del 30 al 31 de octubre, los brigadistas recibieron la orden en la base de Albacete de partir a reforzar la resistencia de Madrid. La IX Brigada Móvil pasó a llamarse la XI Brigada, integrada por los batallones Edgar André, Comuna de París y Dombrowski, y partió para el frente de Vallecas; el *general* Kleber, alias de Manfred Stern, se puso al mando de la Brigada. Este militar, oficial superior del Ejército Rojo y asesor durante un tiempo del Partido Comunista Chino (PCCh), llegó a la capital con el embajador soviético Rosenberg y trabajó para el Quinto Regimiento y el Comité Central del PCE. Kleber era el nombre de un general de la revolución francesa al que admiraba.³⁸⁹

La participación de Kleber y otros asesores soviéticos fueron vitales en el diseño de la defensa militar de Madrid, y sus consejos de gran ayuda al Estado Mayor dirigido por Vicente Rojo (a pesar de que este siempre mostró sus antipatías por Kleber). Cuando un

³⁸⁶ *Ibid.*, p. 167.

³⁸⁷ *Milicia Popular*, 8 de noviembre de 1936, citado en Bolloten, *op. cit.*, p 456

³⁸⁸ En el contexto de asedió de las columnas franquistas y de bombardeos sistemáticos contra la población civil, se produjo el episodio de los fusilamientos de Paracuellos y Torrejón, que la historiografía fascista y de derechas ha querido comparar con la brutal represión franquista en la retaguardia. Como se ha manifestado desde diferentes fuentes, entre ellas la de Santiago Carrillo, responsable de orden público de la Junta de Defensa, la posibilidad de que miles de presos fascistas, entre ellos cientos de mandos militares, pudieran sumarse a la rebelión aprovechando el cerco sobre la capital, y evadirse de la prisión, era innegable. Los fusilamientos, obra de militantes y cuadros comunistas, muchos de ellos provenientes de la JSU, y cenetistas, fueron la consecuencia de los brutales ataques fascistas sobre la capital.

³⁸⁹ El general Kleber, ensalzado por la propaganda del PCE, pronto cayó en desgracia y fue retirado de la capital. Asignado al frente de Málaga, sólo llegó allí pocos días antes de la caída de la ciudad. Posteriormente vivió en la soledad de un hotel de Valencia y sólo hizo una aparición fugaz en el frente de Teruel, en 1937. Regresó a la URSS y pasaría muchos años en un campo de trabajo estalinista donde finalmente murió. La caída de Kleber fue alentada por los generales Rojo y Miaja, pero la decisión se tomó al más alto nivel de la Comintern. De hecho Kleber, o Manfred Stern, había enviado un informe a la dirección de la Comintern en el que detallaba su papel y el de las Brigadas Internacionales en la defensa de Madrid. Como Radosh señala: “También es interesante observar la libertad con la que Stern se mostraba en desacuerdo con los altos funcionarios del partido; discutía con sus superiores (tanto comunistas como republicanos) y normalmente se abría camino. (...) “. Radosh, *op. cit.*, p. 328. El documento de Stern en la página 357. Ver también Rémi Skoutelsky, *op. cit.*, p. 94; Bolloten, *op. cit.*, pp. 482-487.

grupo de milicianos encontró, entre las ropas de un mando nacional muerto, los planes militares de Varela, se hizo claro que la ofensiva principal de los franquistas de desarrollaría en la Ciudad Universitaria. La Brigada Internacional se dirigió a esta zona, desfilando por la Gran Vía ante el entusiasmo desbordado de los madrileños.

“Kleber estableció su cuartel general en la Ciudad Universitaria, en la facultad de Filosofía y Letras”, escribe Skoutelsky, “A su izquierda, el batallón Edgar André, a su derecha el Comuna de París, en el centro el Dombrowski, desplegándose hasta el Manzanares (...) Los facciosos tomaron el Puente de los Franceses, sobre el Manzanares, y avanzaron por el parque del Oeste sin prever ninguna resistencia seria. Repentinamente resonaron las ametralladoras y salieron hombres de los arbustos donde les esperaban camuflados, lanzándose en orden al contraataque. Los marroquíes fueron derrotados, masacrados con las bayonetas; era el batallón Edgar André, que sacó provecho de su éxito, ya que el Puente de los Franceses fue recuperado al precio de decenas de bajas...” Las fuerzas franquistas se replegaron hacia la Casa de Campo donde lanzaron nuevas oleadas, y los combates se prolongaron en este sector hasta el día 13. Días antes había llegado Durruti al frente de varios miles de milicianos de su columna, que se situaron en la Casa del Campo donde fueron recibidos por un intenso ataque de ametralladoras desde las posiciones fascistas. Los combates se sucedieron en la Ciudad Universitaria, defendida por la XI Brigada Internacional y la lucha se libró palmo a palmo del terreno, en las distintas facultades, en los pisos, en las aulas. Ante la resistencia feroz de los milicianos, Franco dio la orden de arrear los bombardeos contra la población civil de la capital.³⁹⁰

Para reforzar las posiciones milicianas, del 7 al 8 de noviembre se decidió enviar a Madrid la XII Brigada Internacional. De manera improvisada, con escaso armamento, 1.600 soldados repartidos en tres batallones se desplazaron a la capital: el Garibaldi, el Thaelmann y el André Marty; al frente del contingente de la XII se designó a Maté Zalka, alias Paul Lukacs. El 18 de noviembre, la XII Brigada partió a relevar a la XI, en la vanguardia del frente de Ciudad Universitaria, y Kleber fue encargado de la defensa del noroeste de Madrid por Miaja. El 19 de noviembre el dirigente anarquista Durruti fue herido de muerte por una bala, cuando se bajaba de su coche delante de la Cárcel Modelo en un momento en el que no desarrollaban combates en esa zona. Su muerte estuvo rodeada de confusión y dio lugar a acusaciones mutuas entre anarquistas y comunistas, aunque la posibilidad de un accidente o una bala perdida disparada por un fascista desde el hospital Clínico, parece que tiene bastante sentido. Durruti moriría el 20 de noviembre y su entierro en Barcelona se convertiría en una de las manifestaciones de masas más importantes de los años de la guerra.

La resistencia de las columnas milicianas, y de los internacionalistas de las Brigadas Internacionales, representó un tremendo revés para Franco. A partir del 23 de noviembre se fijaron las trincheras a uno y otro lado de la Casa de Campo y la Ciudad

³⁹⁰ “En los últimos días de octubre y primeros de noviembre” escribe Hernández Sánchez, “las incursiones de los *junkers* con pabellón faccioso dejaron un rastro de sangre en Madrid y sus alrededores. El 30 de octubre seis bombardeos mataron en Getafe a 60 niños y 60 adultos. Al día siguiente se repitió el ataque, con 200 muertos y 300 heridos. Los días 8, 9 y 10 de noviembre, Madrid fue sistemáticamente castigada por la artillería y la aviación, Una bomba que cayó sobre la estación de metro de Atocha mató a 80 personas. El 15, otra bomba sobre el hospital de Cuatro Caminos ocasionó 53 muertos y más de 150 heridos. El 17, las oleadas sucesivas de bombardeos, mañana y tarde, sumieron en llamas el centro de la ciudad y dejaron un saldo de 250 muertos y 600 heridos.” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 142.

Universitaria, y finalmente los fascistas renunciaron a penetrar en este sector. Las pérdidas entre las fuerzas republicanas fueron tremendas; según Kleber, después de algunas semanas de combates, no quedaba más del 45 por ciento de sus hombres en condiciones de combatir. Por primera vez, las tropas franquistas habían fallado ante un objetivo. El 29 de noviembre, los sublevados intentaron una segunda fase de ataques que perduró hasta los primeros días de diciembre. Fue un forcejeo muy sangriento, donde quedaron atascados ante el fuego que recibían de las fortificaciones y las ventanas de los edificios. Los soldados de Marruecos, acostumbrados a combatir en campo abierto, perdían su ventaja ante las fortificaciones.

Fracasado el ataque frontal a Madrid, la estrategia militar de Franco se centró en el intento de rendirla, aislándola del resto del territorio republicano. Y ello dio lugar a grandes batallas de envolvimiento que se sucedieron hasta el mes de marzo de 1937. Varela intentó volver a la carga lanzando el ataque en campo abierto, en la zona de la carretera de La Coruña, contando con el apoyo de la aviación y los tanques alemanes. Pero fueron repelidos en el sector de Pozuelo por cuarenta tanques soviéticos que los derrotaron. Los batallones Garibaldi y Dombrowski se desplazaron a la zona para reforzar a las fuerzas milicianas y combatieron allí hasta el 7 de diciembre. El 15 de diciembre se desplazaron las dos Brigadas Internacionales a la zona de Boadilla del Monte, tomada días antes por las fuerzas de Franco; en los combates, los internacionales sufrieron muchas pérdidas, pero la resistencia logró frenar el avance de los franquistas.

La actuación internacionalista de miles de trabajadores y jóvenes venidos de Francia, Polonia, Gran Bretaña, EEUU y decenas de países más, puso de manifiesto las enormes posibilidades de movilizar al proletariado de todo el mundo a favor de la revolución española. Muchos combatientes internacionalistas tenían claro por qué peleaban en Madrid. Santos Voros, comisario político de la XV Brigada explica: “[Fui a luchar a España] bajo la dirección de la Comintern, los gigantes de la revolución; a luchar y morir, sí, a morir si era necesario al lado de los legendarios dirigentes comunistas que habían desafiado la cárcel y la tortura consumidos por una ambición: liberar a las masas de la opresión... Yo era ‘la hoja de acero templado de la lucha de clases, un comunista’. Yo era ‘la expresión de la solidaridad internacional forjada por la Comintern en el puño armado de la clase obrera revolucionaria’...”³⁹¹

La resistencia de Madrid se prolongó en semanas de duros combates que se saldaron con miles de bajas del ejército fascista, y bastantes más en las filas milicianas.³⁹² El Madrid proletario emuló la gesta de Petrogrado en los momentos más difíciles de la guerra civil rusa. La guerra revolucionaria demostró que era la única vía para combatir exitosamente a un enemigo superior en términos militares y que contaba con el apoyo pleno de las potencias fascistas europeas. Pero esta experiencia no se extendió al resto del país y, muy pronto, el conflicto encaró una dinámica completamente desfavorable para la clase trabajadora.

LOS ASESORES SOVIÉTICOS

³⁹¹ Citado por Bolloten, que recoge más testimonios de carácter similar, *op. cit.*, pp. 463-464.

³⁹² Los materiales y libros sobre la defensa de Madrid son muy numerosos. Uno destacado es el de Jorge M. Reverte, *La Batalla de Madrid*, Ed. Crítica, Barcelona 2004.

La ayuda militar soviética a lo largo de la guerra civil, no se limitó sólo a proporcionar fusiles, ametralladoras, tanques y aviones. Junto con el material de guerra, Stalin y la dirección de la Comintern enviaron numerosos asesores militares, que aconsejaron de cerca a los oficiales republicanos, agentes del GPU, que intervinieron activamente en la represión política contra militantes izquierdistas, y delegados —como Stepanov y Togliatti—, que tutelaron al Buró Político del PCE, preparando los discursos de los dirigentes comunistas y participando en debates cruciales sobre la táctica y la estrategia del Partido. Todo ello se relató en una gran cantidad de informes a “la Casa”, es decir a Moscú, donde detallaban su papel, el de los líderes del Partido y la evolución de los acontecimientos.

En palabras de Radosh: “A finales de noviembre de 1936 se encontraban en territorio republicano más de setecientos consejeros militares soviéticos (la mayoría operaban también como agentes del GRU), agentes del NKVD, representantes diplomáticos y economistas expertos sobre España. Antes del estallido de la guerra, España y la Unión Soviética ni siquiera mantenían relaciones diplomáticas, que se iniciaron a finales de agosto con la llegada de Vladimír Antónov-Ovseyenko y Marcel Rosenberg, como cónsul en Barcelona y embajador, respectivamente. Los consejeros militares estaban bajo la dirección de Ian Berzin (...) quien había dirigido el GRU hasta su salida para España. Lo ayudaban Gregory Shtern, consejero militar jefe; Vladimir Gorev, adjunto militar, Nikolay Voronov, oficial encargado de la artillería; Boris Sveshnikov, consejero de la fuerza aérea, y Semyon Krivoshein, comandante de las unidades acorazadas. La economía estaba bajo el mando de Artur Stashevsky...”³⁹³ A este grupo ha que añadir los nombres de Niokali Kuznetsov, agregado naval, y de Alexander Rodmitsev, que durante largo tiempo fue consejero de Enrique Lister. “Este equipo básico de hombres encabezó la llegada del principal grupo de asesores y técnicos soviéticos, y se les encomendó la tarea de supervisar en España el proceso de la operación X.”³⁹⁴

Según señala Daniel Kowalsky, “Desde que finalizó la guerra civil española, pocas han sido las estadísticas que hayan enfrentado tanto a los historiadores como las relativas al número de personal soviético que participó en la contienda (...) Incluso teniendo acceso a los archivos rusos que han sido abiertos, sigue siendo imposible determinar el número exacto de soviético que intervinieron en España. Los historiadores rusos actuales han sacado distintas conclusiones en este sentido tras consultar la documentación disponible. Tolachaev, coincide con las cifras dadas en la obra, repetidas veces traducida, de la Academia de las Ciencias de la URSS, *Solidarnost narodov s Ispanskoj respublikoi, 1936-1939*. Este autor afirma que los soviéticos enviaron a España 2.082 hombres y mujeres durante la guerra civil, en sus estimaciones incluye a todo el personal soviético destacado en España, con la excepción de los integrantes del cuerpo diplomático, de la prensa y de la policía secreta (...) para quién esto escribe, el número total de personal militar soviético destacado en España se sitúa en torno a los 2.100-2.150 individuos, de los que, aproximadamente, unos seiscientos eran asesores militares que no combatieron en la contienda.”³⁹⁵

³⁹³ Radosh, *op. cit.*, p. 57.

³⁹⁴ Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*. Ed. Crítica, Barcelona, 2004, p. 252.

³⁹⁵ *Ibid.*, p. 255.

Para Stalin, la guerra civil española y la revolución fueron un foco de atención prioritaria hasta 1938. La posibilidad de que los acontecimientos españoles se desbordasen y echasen al traste su estrategia de alianzas internacionales, unido al temor de que la revolución pudiese despertar la actividad opositora en el seno del PCUS y de la IC, explican muchas cosas. A pesar de que los partidarios de Trotsky habían sido expulsados masivamente de las filas del Partido Comunista ruso desde finales de los años veinte, Stalin necesitaba consolidar un poder incontestable, sin ningún tipo de competencia y completamente hegemónico. Su comportamiento era el de un Bonaparte, de un tipo de Bonaparte peculiar, pues se apoyaba en un Estado obrero con graves deformaciones burocráticas pero cuya base económica se había construido a través de la liquidación de las relaciones de producción capitalista, el monopolio del comercio exterior y la planificación. Este tipo de *bonapartismo proletario*, utilizando la formulación de Trotsky, osciló políticamente a derecha e izquierda, hasta que sus propios intereses materiales, sus privilegios de casta y su monopolio del poder, le llevaron a una política de exterminio de todos aquellos que podían, en algún momento y de alguna manera, ponerlo en cuestión.

Las grandes purgas estalinistas se extendieron desde 1936 y tuvieron su apogeo en el año siguiente, pero no se detuvieron hasta bien entrada la década de los cuarenta. La feroz represión contra decenas de miles de militantes comunistas del Partido ruso tuvo su réplica en las filas de las secciones nacionales de la Comintern, donde muchas direcciones de los Partidos Comunistas fueron descabezadas (como en el caso del Partido Comunista polaco) y, trágicamente también, entre cientos de brigadistas internacionales y asesores militares soviéticos. Este crimen colectivo contra una generación de revolucionarios dejó en claro la distancia que separaba a Stalin de Lenin, y a su régimen despótico de la democracia obrera de los primeros años de la revolución rusa.³⁹⁶

Roy Medvedev, estudioso de las purgas estalinistas en su gran obra *Que juzgue la historia*, señala: “El conjunto de los antiguos miembros de los distintos grupos de la difunta oposición no pasaba de unos veinte o treinta mil individuos, muchos de los cuales fueron presos o fusilados a comienzos de 1937. Fue una dolorosa pérdida para el Partido; pero todavía se estaba en una fase inicial. A través de 1937 y 1938 la ola de represión fue en auge, arrastrando al núcleo central de los dirigentes del Partido. Esta implacable, tanto bien planteada destrucción de todos quienes habían realizado la obra principal de la Revolución desde los días de la lucha clandestina, y luego a través de la sublevación y de la guerra civil, para alcanzar la restauración de la quebrantada economía y el gran florecimiento de los primeros años treinta, fue el más tenebroso acto de la tragedia de aquella década.”³⁹⁷

A principios de 1939, de los 139 miembros del Comité Central elegido en el XVII Congreso del PCUS (celebrado entre enero y febrero de 1934)³⁹⁸, 110 habían sido

³⁹⁶ Un dato: Entre 1939 y 1952 no se celebró ni un solo congreso del Partido Comunista de la URSS, aunque incluso durante el periodo más difícil de la guerra civil, este organismo se había reunido anualmente. En tiempos realmente difíciles, cuando la URSS estaba asediada por las tropas imperialistas, la Internacional Comunista celebró cuatro congresos en cuatro años: 1919, 1920, 1921 y 1922.

³⁹⁷ Roy A. Medvedev, *Que juzgue la historia*, Editorial Destino, Barcelona 1977, p. 220.

³⁹⁸ En el XVII Congreso se expresó por última vez un desafío de grandes proporciones a Stalin. Más de doscientos delegados votaron contra su inclusión en el Comité Central, mientras que Sergei Kirov, jefe del Partido en Leningrado se convirtió en el más apoyado. Kirov fue asesinado en el mes de diciembre de 1934 por orden de Stalin, y en torno a este crimen Stalin organizó una nueva oleada de expulsiones y

detenidos. De los 1.996 delegados presentes en ese Congreso (también llamado el de los “condenados”), 1.108 fueron arrestados y de ellos dos terceras partes ejecutados en los tres años siguientes al inicio de grandes purgas en 1936. A finales de 1940, del Comité Central del Partido Bolchevique de Octubre de 1917, sólo dos miembros habían sobrevivido: Stalin, jefe supremo del Estado, y Alejandra Kollontai, que actuaba como embajadora a Suecia. Las purgas de comunistas pronto llegaron a las filas del Ejército Rojo.

Poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, todo el Estado Mayor fue arrestado, y estrategias militares brillantes como Tujachevski, Fakir y Gamarnik fueron ejecutados por orden de Stalin. La dimensión de este ataque constituyó el mejor regalo que se podía hacer a Hitler, que evidentemente lo aprovechó a fondo.

Entre 1937 y 1938 fueron liquidados entre 20.000 y 35.000 oficiales del Ejército Rojo. El 90% de los generales y el 80% de todos los coroneles fueron asesinados por el GPU. Tres mariscales, 13 comandantes, 57 comandantes de cuerpo, 111 comandantes de división, 220 comandantes de brigada y todos los comandantes de los distritos militares fueron fusilados por los pelotones de ejecución del GPU. El número de detenciones en este periodo incluye tres de los cinco mariscales; tres de los cuatro altos jefes del ejército; 60 de los 67 comandantes de cuerpo; 136 de 199 jefes de división; y 221 de los 397 jefes de brigada; los dos almirantes de primer rango y los dos almirantes de segundo rango de la flota; los seis almirantes de primer rango y nueve de los 15 de segundo; los 2 comisarios de primer rango de la flota, los 15 de segundo rango, 25 de los 28 comisarios de cuerpo, todos los comisarios de división y 34 de los 36 comisarios de brigada. También hubo pérdidas importantes entre los suboficiales y oficiales de campo.³⁹⁹

Una gran cantidad de asesores soviéticos, mandos de las Brigadas Internacionales, y simples combatientes, perecieron en las grandes purgas, fueron expulsados de las filas de la Comintern o de sus partidos respectivos, además de perseguidos y calumniados. Su papel en la estrategia estalinista durante la guerra civil y la revolución fue muy útil, pues las posiciones que muchos alcanzaron en el aparato del Estado republicano les permitieron maniobrar y encauzar acontecimientos siguiendo la línea planteada desde el Kremlin. Con todo, los servicios prestados fueron recompensados con el internamiento en los campos de concentración y la muerte para bastantes de ellos.

Kowalsky señala al respecto: “(...) Ninguno de los asesores destacados sobre el terreno ignoraba lo que estaba sucediendo en Moscú. Los juicios-espectáculo a los que fueron

detenciones de miembros y dirigentes del Partido. La gran novela de Victor Serge, *El caso Tuláyev*, describe estos acontecimientos y el ambiente de terror que se vivía en las filas del PCUS.

³⁹⁹ Ted Grant, *Rusia, de la revolución a la contrarrevolución*, p. 175.

También Roy Medvedev comenta esta gran purga en su libro: “La verdad, aunque nos choque, fue muy sencilla. Nunca los mandos de ningún ejército sufrieron tanto en tiempo de guerra como en la paz sufrió el Ejército Rojo. Años enteros dedicados a formar los cuadros militares se redujeron a nada. La base del partido en las Fuerzas Armadas se vio drásticamente reducida. En 1940 la relación otoñal del inspector general de Infantería mostraba que entre los 225 jefes de regimiento que permanecían en activo durante el verano de aquel año, ninguno había salido de una academia militar, 25 habían completado su formación en una escuela militar y los 200 restantes habían realizado cursos para jóvenes tenientes. A comienzos de 1940, más del 70% de los comandantes de división, cerca del 70% de los jefes de regimiento y el 60% de los comisarios militares y jefes de las divisiones políticas hacía sólo un año que ocupaban sus puestos. Y todo esto ocurría precisamente antes de la guerra más cruel de la Historia”. Medvedev, *op. cit.*, p. 242.

sometidos muchos viejos bolcheviques y altos oficiales del Ejército Rojo recibieron una amplia cobertura mediática, y los asesores soviéticos tenían a su alcance en España toda clase de periódicos. El diario *Mundo Obrero*, órgano del PCE de amplia difusión, tenía su propio corresponsal en Moscú, Irene Falcón, encargada de informar de los juicios. Además, el Comisariado de Guerra utilizó otro método de intimidación, y en ese sentido se tomó la molestia de dar a conocer directamente a los asesores destinados a España el carácter de los procesos celebrados en Moscú (...) Ni que decir tiene que si eran tantos los oficiales soviéticos fieles que eran ejecutados en Moscú, un asesor que previamente había sido amonestado en España por insubordinación o por incumplimiento del deber tenía sobrados motivos para temer por su seguridad. Y sus temores estaban bien fundados. El contingente soviético que prestó sus servicios en la guerra civil sufrió enormes pérdidas a manos de los ejecutores de Stalin en Moscú, a menudo inmediatamente después de regresar de España.⁴⁰⁰

Ya hemos mencionado a Gorev y al general Kleber. Pero la lista es muy amplia. Fue el caso del general Ian K. Berzin, uno de los principales asesores soviéticos en la guerra española donde fue conocido como el general Grishin, y que dirigió durante quince años el Departamento de Inteligencia del Estado Mayor del Ejército Rojo (GRU). Fue arrestado por el NKVD a finales de 1937 y murió en prisión. De D. G. Pávlov, que actuaba bajo el seudónimo de general Pablo y mandaba el cuerpo de tanques soviético en la defensa de Madrid. También de Yakov Smushkévich, alias general Duglas o Douglas, comandante de las unidades aéreas soviéticas y asesor del general Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de la aviación republicana; Butyrsky, ayudante del asesor jefe; el asesor Simonov, y tres de los principales asesores de aviación del ejército rojo, Pumpur, Ptukin y Ruchagov. Junto a los militares, muchos diplomáticos, entre otros los dos embajadores, Rosenberg y Gaikis, y el cónsul general en Barcelona Antónov-Ovseyenko;⁴⁰¹ agentes del NKVD, cuadros de los Partidos Comunistas de Europa, incluso periodistas soviéticos de fama, fueron víctimas de las purgas. De entre los tres reporteros rusos más renombrados que cubrieron la guerra civil española —Ehrenburg, de *Izvestia*, Mirova de la agencia TASS y Koltsov⁴⁰² de *Pravda*—, sólo el primero sobrevivió. Los tres eran judíos.

⁴⁰⁰ Daniel Kowalsky, *op. cit.*, p. 335.

Kowalsky hace una valoración muy crítica de la Operación X: “Como ya hemos observado, el alcance de las operaciones asignadas al contingente militar soviético en España era muy ambicioso. Pues afectaba a la totalidad de la actividad bélica del bando constitucionalista. En las actividades que desarrolló en esos campos tan variados, el personal soviético realizó más de una hazaña y, en varias ocasiones críticas, probablemente salvara a la República de una desaparición prematura. Pero, en general, la labor de los asesores y de los combatientes directos rusos en España no procedió de forma serena; por el contrario, la Operación X fue un fracaso rotundo, aunque no inmediato. La mayor parte de las veces, el nombramiento de personal soviético destinado a España fue una verdadera lucha contra obstáculos poderosísimos, que en muchas ocasiones convirtieron su labor en ineficaz o contraproducente. Los factores que contribuyeron a esa situación tan difícil fueron múltiples, y entre ellos cabe citar la corrosiva actitud de los asesores y diplomáticos soviéticos hacia los dirigentes políticos de la República, los conflictos personales entre los propios rusos o con los oficiales y soldados españoles a los que se suponía debían asesorar e instruir, las insalvables diferencias culturales y sociales existentes entre los rusos y sus anfitriones, la incapacidad de los conocimientos de los propios asesores, y, por último, la incapacidad demostrada por el Comisariado de Defensa y el Kremlin de proporcionar pleno apoyo a los hombres que habían destacado sobre el terreno y darles ordenes oportunas y constructivas...”. *Op. cit.*, p. 321.

⁴⁰¹ Daniel Kowalsky, *op. cit.*, p. 336

⁴⁰² Koltsov dejó escritas sus experiencias en España en su famoso diario.

Respecto a los brigadistas internacionales, Rémi Skoutelsky señala: “El Servicio de Investigación Militar (SIM) del ejército republicano fue creado oficialmente en agosto de 1937. Se escapó rápidamente de las manos de Prieto para convertirse, bajo la férula del NKVD, en una policía política que practicaba la caza de opositores —más que la lucha contra los fascistas— copiando los métodos vigentes en Moscú (pero España no era la URSS, y sus márgenes de maniobra, según los trabajos más recientes, parecen haber estado lejos de tener tanta libertad) (...) El verdadero dirigente del SIM en las Brigadas Internacionales, nombrado a mediados de septiembre, se le conocía con el nombre de *Moreno*. Lise London estuvo a cargo del secretariado por un tiempo. Se trataba de un yugoslavo que había llegado a España de la URSS. Mientras él servía en España, su mujer se pudría en el Gulag, y él mismo sería fusilado a su regreso (...)”⁴⁰³

Lo peor de la represión política contra los brigadistas no se vivió sólo en la base de Albacete, sino sobre todo después de la firma del pacto entre Hitler y Stalin el 23 de agosto de 1939, y al final de la Segunda Guerra Mundial. “Tras la liberación [de Europa]”, escribe Skoutelsky “muchos cuadros probados de la Resistencia Inmigrada en Francia regresaron a sus respectivos países para asumir importantes responsabilidades, sobre todo allí donde los comunistas habían llegado al poder. Así, Ljubomir Illitch, designado por Tito para que lo representara ante Eisenhower en 1944, se fue a Yugoslavia, Artur London a Checoslovaquia y Marino Mazzeti a Italia. En 1948, Tito rompió con la URSS (...) A partir de 1949, en todos los países del Este, salvo en Polonia, se desató una caza de brujas similar a la que había habido en Moscú en 1936, con confesiones forzadas y ejecuciones sumarísimas. Así, Laszlo Rajk, ministro de Asuntos Exteriores de Hungría, secretario adjunto del Partido Comunista, que había sido comisario en el batallón *Rakosi* y había resultado herido tres veces en España, más tarde preso en Gurs, confesó que había sido enviado por la policía secreta del almirante Horti, el dictador regente aliado de Hitler, ‘con la doble intención de descubrir los nombres del batallón *Rakosi* y buscar disminuir la eficacia de ese batallón en el plano militar’. Y agregó: ‘Debo añadir que también hice propaganda trotskista’. Otto Katz, mano derecha de Willy Münzenberg en la lucha a favor de la España republicana fue ahorcado con él. El objetivo de esos procesos, que por lo demás eran claramente antisemitas, era imponer la supremacía de la URSS eliminando cualquier veleidad independentista. Por eso apuntaban especialmente a aquellos que habían desplegado una lucha de tipo internacionalista, es decir, los ex brigadistas.”⁴⁰⁴

Después de luchar heroicamente en las trincheras durante la guerra civil española, y haber sido masacrados por las balas y los obuses fascistas; tras padecer las penurias de los campos de concentración de Francia, y ocupar un lugar de vanguardia en la

⁴⁰³ Rémi Skoutelsky *op. cit.*, p. 346.

⁴⁰⁴ *Ibid.*, p. 439.

Skoutelsky cita el discurso que pronunció el presidente de la República de Checoslovaquia, Clément Gottwald, ante el comité central del Partido Comunista el 22 de febrero de 1951, y que confirmaba que los brigadistas estaban en el punto de mira: ‘Tras la caída de la España republicana, un gran número de voluntarios de las brigadas internacionales terminaron en campos de concentración en Francia. Allí vivían en pésimas condiciones y eran objeto de presiones y chantaje por parte de los servicios de espionaje francés y estadounidense, posteriormente de los alemanes y de otros más. Esos servicios de espionaje, aprovechándose del mal estado físico y moral de los voluntarios, consiguieron reclutar a muchos de ellos como agentes. Los que eran reclutados por los norteamericanos y los franceses trabajaban directamente para los imperialistas occidentales; los que fueron reclutados por la Gestapo alemana, fueron transferidos, después de la derrota de la Alemania de Hitler, a los servicios de espionaje norteamericanos, al igual que todos los agentes de la Gestapo’...”. *Ibid.*, p. 440.

resistencia partisana en Francia, Italia, Yugoslavia, Hungría, y en las filas del Ejército Rojo..., los líderes estalinistas les reservaban un recibimiento insospechado: las cárceles, cuando no la horca y los pelotones de ejecución.

Otros corrieron mejor suerte, como André Marty, expulsado de las filas del PCF por orden de Thorez. Así, tras ser acusado de agente de la policía por la dirección del Partido Comunista Francés, la Asamblea General de la AVER, la asociación de brigadistas franceses en la guerra civil española, votó una resolución que decía: “Los voluntarios tienen el deber de expulsar de sus filas a su ex presidente André Marty, quien debido a sus vínculos con los elementos policiales y los enemigos declarados de la causa por la cual lucharon y continuarán luchando, ha traicionado su confianza y ha desertado de las filas de los combatientes de la democracia.”⁴⁰⁵

LARGO CABALLERO Y EL AUGE DEL PCE

La llamada de los asesores soviéticos para participar en la contienda española, y que jugarían un papel relevante no sólo en los aspectos militares, fue también la obra del presidente Largo Caballero, como demuestran las cartas intercambiadas entre él y Stalin a finales de diciembre de 1936 y principios de enero de 1937, que publicamos en el apéndice documental.

Como se desprende de su lectura, salvo algunas cautelas que Largo Caballero manifiesta sobre el “porvenir” del parlamentarismo, que para Stalin constituye la vía adecuada de la revolución española, la coincidencia en los objetivos fundamentales es evidente: defensa de la República democrática, alianzas con las fuerzas republicanas pequeñoburguesas, respeto de la propiedad privada, etc. Otra cosa sería la discordancia posterior, con Caballero manifestando su virulenta irritación por el auge del PCE o su oposición a la liquidación del POUM en la forma que fue planteada, que precipitó su enfrentamiento definitivo con los ministros comunistas y la crisis de gobierno que significó su caída. Pero, en los aspectos esenciales, Caballero dejó el terreno preparado para que la influencia del Partido Comunista, y la actividad de los militares rusos y el NKVD, se agrandara e independizase cada vez más del gobierno.

Los enfrentamientos entre Largo Caballero y los dirigentes del PCE se acentuaron después de la caída de Málaga a principios de febrero de 1937, valorada como un desastre sin paliativos: milicianos mal armados y peor dirigidos fueron traicionados por oficiales a cargo de las fortificaciones que se pasaron al enemigo. La derrota en Málaga, y el control de su puerto estratégico por las tropas fascistas, dio alas a los dirigentes del PCE para exigir al gobierno una política más enérgica en la guerra, la puesta en marcha de medidas inmediatas para la ampliación del reclutamiento, y el fin de la resistencia de las columnas anarcosindicalistas a los decretos de militarización.

⁴⁰⁵ *Ibid.*, p. 444.

Las críticas del Partido se dirigían también a toda una serie de altos mandos militares que, en su opinión, habían dado muestras de sobrada incompetencia y tenían que ser apartados. El general José Asensio, subsecretario del Ministerio de la Guerra, se convirtió en uno de los blancos centrales de estas denuncias. La resistencia de Largo Caballero a destituir al general provocó choques muy duros entre él y los ministros comunistas, que el propio Caballero relata en sus *Memorias*. Fue también el motivo de un airado incidente entre el presidente del gobierno y el embajador soviético Marcel Rosenberg, cuando este le exigió la destitución del general, amenazando incluso con la retirada de la ayuda militar, y Caballero terminó echándole del despacho presidencial.

Las reiteradas diferencias también enfriaron los proyectos de fusión entre socialistas y comunistas en el Partido único del proletariado, que tomaron un fuerte impulso cuando, a finales de diciembre de 1936, la Comisión Ejecutiva del PSOE, controlada por los prietistas y el ala de derechas del partido,⁴⁰⁶ propuso al Buró Político del PCE la creación de un comité nacional para coordinar la acción de ambos partidos.

“El 5 de enero de 1937”, se lee en la historia oficial del Partido, “se entrevistaron con este objeto las representaciones del PSOE y el PCE integrada la primera por Ramón Lamonedá y Manuel Cordero, y la segunda por José Díaz y Antonio Mije. Entre ambas representaciones se acordó la constitución de un Comité Nacional de Enlace para concertar la acción de los dos partidos de la clase obrera. Los dirigentes de la tendencia caballerista se alarmaron ante el nuevo rumbo que tomaba la política de la Comisión Ejecutiva y publicaron el 6 de enero de 1937 un ‘Manifiesto a todos los militantes del Partido Socialista Obrero Español’, con el que trataban de impedir que la militancia socialista que les seguía escapara a su control, y pasara bajo la dirección de la CE del PSOE. En su manifiesto se subrayaba que el ‘ala izquierda’ era el sector más avanzado del PSOE, que había propugnado el primero la unificación sindical y política de la clase obrera, y reivindicaban para sí el derecho exclusivo a encabezar el movimiento unitario del proletariado.

“En aquellas circunstancias, el Partido Comunista propuso a la CE del PSOE que se invitara a dos representantes de la UGT a participar en las conversaciones, no porque el problema de la unidad de acción del PS y del PC fuese un problema de la UGT, en tanto que organización sindical, sino para que en el Comité Nacional de Enlace estuvieran representadas las dos tendencias principales del Partido Socialista. La dirección caballerista de la UGT, sí bien aceptó la propuesta y nombró a dos representantes suyos para participar en las labores unitarias, no mostró ninguna prisa ni interés por acelerar la unidad obrera. Con dilaciones de toda índole y con los más fútiles pretextos, los representantes de la Ejecutiva ugetista sabotearon durante cerca de tres meses las conversaciones para ir demorando la constitución del Comité Nacional de Enlace, al mismo tiempo arreciaban en su campaña anticomunista y preparaban un bloque con los anarcosindicalistas (...) Dada la persistencia de las posiciones antiunitarias de la dirección caballerista de la UGT, los partidos Socialista y Comunista decidieron

⁴⁰⁶ A pesar de las credenciales anticomunistas de Indalecio Prieto, en los primeros compases de la revolución y la guerra civil su convergencia con los puntos de vista del estalinismo eran evidentes. Así se expresaba el 4 de octubre de 1936 *El Socialista*, portavoz de las posiciones de Prieto: “Hemos de contar con la actitud de los Estados que nos rodean para regir nuestra propia actitud (...) Aún tenemos esperanzas de que se modifique la estimación que ciertas democracias hacen de los asuntos de España, y sería lastimoso —acaso trágico— comprometer estas posibilidades por un prurito de velocidad revolucionaria que de momento no conduce a ninguna solución de carácter positivo.”

prescindir de aquella y comenzar a actuar juntos en el terreno de las realizaciones, constituyendo un Comité Nacional de Enlace entre ambos partidos.”⁴⁰⁷

Era muy obvio que Caballero y sus afines veían como todos los procesos de unidad, en las Juventudes, en la UGT, en el PSUC, habían servido invariablemente para incrementar la influencia del estalinismo. A pesar de que Caballero, para justificar su negativa a continuar con el proceso de fusión, recurriese más tarde a la verborrea revolucionaria solicitando la ruptura con los partidos republicanos burgueses, su trayectoria, no exenta de manifestaciones de arrogancia, había empañado su credibilidad política. Muchos dirigentes de la izquierda socialista habían sido ganados al PCE y sus efectivos retrocedían frente a esta nueva fortaleza. El PCE hacía su tarea de una manera mucho más coherente y eficaz que los demás. Creía en su discurso, creía en sus métodos y movilizaba una gran cantidad de voluntades.

Los golpes entre Caballero y los dirigentes del PCE se reprodujeron en los meses siguientes. Finalmente, tuvo que aceptar la destitución de Asensio, pues todos los ministros le exigieron el cese, incluidos los anarcosindicalistas y los republicanos. Asensio, no obstante, quedó bajo las órdenes directas del presidente del gobierno y fue desplazado a Valencia. Este hecho fue asimilado por Caballero de muy mala gana. En reacción procedió a la destitución de toda una serie de mandos comunistas que tenían posiciones destacadas en el ejército. Por ejemplo, Antonio Cordón, teniente coronel, jefe del secretariado técnico del Ministerio de la Guerra, y miembro del PCE, fue enviado al frente de Córdoba; también destituyó al teniente coronel Manuel Arredondo, ayudante de campo de Cordón, y le destinó al frente vasco. Otro golpe para el PCE, de indudable importancia, fue el cese de Díaz Tendero, jefe del gabinete de Información y Control, encargado de supervisar los antecedentes políticos de todos los que ingresaban en el ejército. Paralelamente, Caballero adoptó la decisión de nombrar a seis inspectores, fieles socialistas de izquierda, para controlar la actuación de los generales, de oficiales y suboficiales, del Comisariado de Guerra, y del conjunto de los comisarios políticos.⁴⁰⁸

Todas estas decisiones no quedaron sin respuesta. En ese contexto, la figura de Largo Caballero, aupada y laureada anteriormente por los estalinistas como *el Lenin español*, se convirtió en un obstáculo. Los dirigentes comunistas aunque al principio moderaron su reacción, sin apenas comentarios ante las destituciones, prepararon la caída de Caballero en los meses siguientes, con la colaboración activa de los dirigentes del ala

⁴⁰⁷ *Guerra y revolución en España*, Vol. III, *op. cit.*, pp. 53-55.

“El 20 de marzo [de 1937]” escribe Hernández Sánchez, “Stalin recibió a los escritores Rafael Alberti y María Teresa León. Tras recordarles que ‘el pueblo español no está en estos momentos en condiciones de llevar a cabo la revolución proletaria’ porque ‘la proclamación de los soviets [en España] uniría a todos los estados capitalistas y favorecería el fascismo’, señaló que era necesaria la unificación de los partidos comunista y socialista, que ahora tenían el mismo objetivo fundamental (la república democrática). Tal unión fortalecería el Frente Popular y ejercería un efecto de atracción sobre los anarquistas.” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 185.

⁴⁰⁸ Bolloten, *op. cit.*, p. 536.

Estas medidas se completarían con una orden ejecutiva del 14 de abril por la que el Comisariado de la Guerra quedaba bajo la autoridad directa de Largo Caballero, que decidiría personalmente los nombramientos, ceses y ascensos, y cualquier comisario que no tuviera confirmado su destino y rango antes del 15 de mayo, debía considerarse expulsado del cuerpo de comisarios. Como era de suponer, la guerra abierta entre Caballero y el PCE se recrudeció. Las polémicas en la prensa con declaraciones de los ministros comunistas, incluso de Pasionaria, dejaron claro que el Partido no aceptaría ser desalojado de estas posiciones sin lucha.

derecha del Partido Socialista.⁴⁰⁹ Utilizaron para ello la agitación por los desastres militares y, sobre todo, la ruidosa campaña puesta en marcha contra los “quintacolumnistas” de la retaguardia, enemigos de la República democrática.

Las grandes batallas por el territorio se sucedieron a gran velocidad. El 9 de febrero comenzaron los combates en el Jarama, donde las fuerzas republicanas perdieron más de 10.000 hombres, muchos de ellos brigadistas internacionales, en torno a 2.500, que lucharon con extraordinario valor. El 8 de marzo, las tropas italianas lanzaron su ataque sobre Guadalajara en el Frente de Madrid, que constituyó una gran victoria de las tropas del Ejército Popular y encumbró a los mandos comunistas al frente de ellas. En marzo, las fuerzas del general Mola se lanzaron contra Bilbao y se reactivó la guerra en todo el frente norte: el 26 de abril se produjo el bombardeo sobre la villa de Gernika, donde los aviones de la Legión Cóndor perpetraron una de las mayores matanzas de población civil de toda la guerra.

El papel de los cuadros comunistas en la defensa de Madrid, su insistencia en la formación de un Ejército disciplinado y eficaz, la intervención de las Brigadas Internacionales en los momentos de mayor peligro, las armas soviéticas, el cortejo y los halagos dirigidos a numerosos militares de carrera..., inclinaron la balanza para que el PCE se hiciera con la simpatía de muchos. La base de masas del PCE se ensanchaba ciertamente por su flanco derecho, con la llegada de un aluvión de decenas de miles de nuevos afiliados procedentes de las capas medias, funcionarios del Estado, militares, pequeños propietarios y comerciantes, campesinos acomodados. Pero sus filas se

⁴⁰⁹ Al respecto, Hernández Sánchez comenta: “Mientras tanto, y prácticamente desde su llegada a España, Stepanov no ahorró críticas a Caballero, a pesar de la postura oficial soviética. Este es uno de esos puntos en los que, en el devenir de la organización comunista, se aprecian diferencias entre la línea oficial diseñada desde el exterior y la defendida por su sección territorial en base a condicionantes internos. El 28 de marzo, Stepanov envió un informe a Dimitrov que éste reenvió a Voroschilov, en el que indicaba la debilidad del gobierno y la falta de una firme política sobre cuestiones militares estaba creando las condiciones para una inminente crisis de gobierno. Desde el pleno de marzo [del CC del PCE] se había desatado una dura campaña anticomunista por parte de Caballero y su prensa adicta: ‘Los diarios *Adelante*, *La Correspondencia de Valencia*, *Claridad*, etc., publicaban artículos contra el PC, contra Hernández [Ministro comunista], contra los dirigentes de la JSU’ (...) Stepanov —y con él la dirección española— decidió imprimir un acelerón a la campaña contra Caballero, a despecho de lo que pensaban en Moscú...” Hernández, *op. cit.*, p. 197.

El historiador insiste en que fue iniciativa de los comunistas españoles y de Stepanov la campaña contra Caballero, desafiando las directrices de Stalin. Incluso defiende su razonamiento apoyándose en un “Cronograma” (página 200). Sin embargo, si Stalin hubiera considerado, realmente, que la actitud de la sección española contrariaba sus objetivos, los ponía en cuestión o entraban en abierta contradicción con la línea general, no hay duda de que toda su autoridad, y la de la Comintern, se hubiera puesto encima de la mesa para corregir tal desafío. Ya sabemos como se comportaba Stalin ante semejantes situaciones. Nada de eso ocurrió. Como posteriormente con Prieto, los dirigentes estalinistas se apoyaron en Caballero, mientras él consintió, para llevar adelante a su política.

Este tipo de ejemplos, utilizados por determinados historiadores fieles a la política del frente Popular, para contraponer la línea de Stalin y la Comintern frente a una supuesta independencia de criterio de la sección española, están completamente sobrevalorados, con toda intención, y cogidos por los pelos. Ya hemos comentado que Stalin no siempre pudo imponer sus deseos mecánicamente en el transcurso de la revolución y la guerra civil. Era un poderoso secretario general y estaba al frente de un Estado aún más poderoso, pero eso no significaba que no tuviera que adaptarse al ritmo de los acontecimientos. En cualquier caso, y para ir al fondo del asunto ¿La caída de Caballero, tras los acontecimientos de mayo de 1937, no fue decidida de manera unánime por los dirigentes del PCE y los delegados de la Comintern? Por supuesto que sí. Esta manera de narrar la historia como una cadena de hechos puntuales desconectados de la dinámica general, además de representar una visión unilateral, hace imposible comprender la auténtica dialéctica de los procesos de fondo.

robustecieron también con miles de trabajadores y jóvenes, provenientes del Partido Socialista y las JSU, y muchos otros que, sin experiencia anterior, habían despertado a la militancia política movilizados por estos formidables acontecimientos.

Es innegable que los que buscaron refugio en el Partido Comunista con el fin de defender sus propiedades y sus privilegios amenazados por la revolución, no dudaron en saltar del barco y buscar un nuevo acomodo cuando las cosas empezaron a ir mal. Los trabajadores, los jóvenes combatientes que veían en el PCE la bandera de octubre y del socialismo, los que se jugaron la vida o murieron en la defensa de Madrid y en las grandes batallas de Guadalajara, de Teruel, del Ebro, en tantas y tantas demostraciones de heroísmo, esos no tuvieron salvación. Su ejemplo y entrega es y será siempre patrimonio de todos los revolucionarios, de todos los comunistas, a pesar de Stalin y sus crímenes.

El apogeo del Partido Comunista registró su punto culminante desde principios de 1937 hasta prácticamente el final de ese año. El trabajo de Hernández Sánchez sobre el PCE en la guerra civil representa un estudio valioso y detallado, y un esfuerzo innegable de cara a entender mejor la composición de clase y la extensión territorial del Partido en aquellos años.

Hernández señala que “los periodos de ganancia durante el periodo republicano anterior a la guerra fueron los dos semestres posteriores a la instauración del nuevo régimen y, fundamentalmente, la primavera de 1936, tras el triunfo del Frente Popular, desembocando en la oleada de adhesiones que se produjo en julio relacionada con la percepción —que se mostraría rápidamente errónea— de una victoria inmediata sobre la sublevación militar (...).” Según el cuadro que presenta Hernández (página 245 de su libro), para agosto de 1936 los militantes del partido eran ya 88.523, y su crecimiento en un año fue realmente espectacular: 142.800 para diciembre de 1936, 249.140 en marzo de 1937 y 328.978 en el mes de agosto.

“Las cifras de los efectivos del PCE durante el periodo de la guerra” escribe Hernández, “proceden de los informes elevados a la Comintern por los delegados designados para tutelar al partido español, y de los elaborados por los responsables de organización españoles, tanto de ámbito nacional como regional. Es posible reconstruir la curva evolutiva a partir de los datos que proporcionan los informes de Vittorio Codovilla (‘Luis’, tutor de la IC desde 1932 hasta el verano de 1937); Jesús Hernández (miembro del Buró Político, responsable de *agitprop* y posteriormente ministro de Instrucción Pública); Stoian Minev (‘Stepanov’ y ‘Moreno’, delegado de Moscú desde enero de 1937 hasta el final de la guerra); Palmiro Togliatti (‘Alfredo’ y ‘Ercoli’, colega a la par que rival de Stepanov, llegado en julio de 1937); y los informes internos dirigidos, en última instancia, a la Secretaría de Organización del partido, responsabilidad de Pedro Checa (...)

“En el desarrollo cuantitativo del PCE se aprecian tres fases. La primera, entre julio y diciembre de 1936, muestra una tendencia ascendente con diferentes ritmos de intensidad. La efervescencia de las jornadas de julio de 1936 atrajo a sus filas una marea de nuevos afiliados. El entusiasmo inicial contribuyó a cuadruplicar los efectivos con que contaba el partido tras el triunfo del Frente Popular. La agónica campaña de movilización sin precedentes desplegada durante las críticas jornadas de la defensa de Madrid se tradujo en un mantenimiento de un crecimiento expectante, que se disparó

tras el fracaso franquista en la conquista de la capital. La segunda fase, que abarcó casi todo el año 1937, marcó el orto de la militancia comunista en guerra. La epopeya de la defensa de la capital republicana, durante las que se dieron episodios con una fuerte carga emotiva (la llegada de las Brigadas Internacionales y de la ayuda militar soviética), la recuperación de un espacio habitable y seguro para las clases populares no identificadas con las manifestaciones más radicales del proceso revolucionario, la contribución a la reconstrucción del Estado republicano, la forja del Ejército Popular, y todo ello unido a las divisiones internas no resueltas del socialismo, la pasividad de la socialdemocracia internacional y el declive de la influencia anarquista, contribuyeron a que las filas del PCE alcanzaran los casi 340.000 militantes al terminar el año.

“La tercera fase marcó el inicio del declive; 1938 comenzó con un desplome espectacular de los guarismos, consecuencia de la pérdida de bastiones importantes durante el año anterior (Málaga y el norte), de la movilización y el trasvase de efectivos a la zona este tras el corte del territorio republicano y, como no podía ser de otra manera, del abandono de un importante contingente de afiliados ante el deterioro de las expectativas bélicas.”⁴¹⁰

Hernández señala, no obstante, que estas cifras obtenidas de las informaciones oficiales de la organización, como el informe presentado al CC ampliado de marzo de 1937, pretendían transmitir una evaluación sobrevaluada y deben ser sometidas a crítica. Las cifras como tales hacían referencia a carnés distribuidos y no a militantes activos. “Existe una referencia interna que puede ilustrar acerca de las dimensiones reales del contingente comunista: en un informe del segundo semestre de 1937 se estimaba que si el número de carnets expedidos por el Comité Central era de 341.282, los militantes controlados por los comités provinciales en diciembre de ese mismo año eran 246.027, lo que arroja una diferencia de 95.255 (un 27,9 por 100).”⁴¹¹ Además, según Hernández, el crecimiento en términos absolutos de la afiliación no iba acompañado de un aumento de la organización y asimilación en la actividad partidaria de los nuevos adherentes. Lo mismo se podía señalar para el PSUC. Obviamente, en esas diferencias de cifras también había que incluir a los desaparecidos tras la caída de Málaga, Santander, Asturias y en los diferentes frentes de batalla, que podían suponer en torno a los 50.000.

El ascenso espectacular de las cifras de militantes del Partido se concentra en el año 1937, justamente en el periodo en que los dirigentes comunistas más se esfuerzan en subrayar su voluntad de levantar el Ejército Popular, tras la lucha heroica de Madrid, pero también en los meses en que su actitud contra las realizaciones revolucionarias se hace más activa, su defensa de la pequeña propiedad se remarca, su implicación en la reconstrucción del Estado, como se ha señalado, es total. Es el periodo del aluvión de sectores de capas medias, que, cuando las dificultades derivadas de la guerra y las expectativas en el triunfo militar se enfrían, son los primeros en abandonar sus filas.

Para enero de 1938, según los datos proporcionados por las fuentes oficiales del Partido, la cifra de militancia cae a los 180.821 (que Hernández rebaja a una franja de entre 128.214 y 115.393). Para citar textualmente al autor de este estudio: “En conclusión, se puede afirmar que el flujo creciente de afiliados al PCE durante la guerra estuvo relacionado con su potencial como partido influyente o de gobierno, situado en un espacio de centralidad y presto a recoger las sensibilidades y aspiraciones de un

⁴¹⁰ Hernández Sánchez, *op. cit.*, pp. 244-46.

⁴¹¹ *Ibid.*, p. 249.

conjunto heterogéneo de sectores sociales. Como se verá después, fue su capacidad para formular objetivos propios de un ideario popular de izquierdas, antifascista, unitario, democrático y patriótico lo que le proporcionó la fuerza para erogarse en un baluarte decisivo de la República en guerra, mucho más que la vacua retórica ideologizada o la postulación episódica de metas socialistas.”

Estamos de acuerdo. Con un discurso liberado de cualquier contenido revolucionario o socialista (lo que Hernández denomina con ese particular timbre “vacua retórica ideologizada” y “postulación de episódicas metas socialistas”), la dirección del PCE convirtió al Partido, con su política frentepopulista, en el vector organizativo de muchos sectores: obreros y jóvenes proletarios sin duda alguna (miles de ellos provenientes de la JSU y que conformaron el nervio combatiente del Ejército Popular derramando su sangre en las trincheras);⁴¹² pero también de profesionales liberales, adscritos anteriormente a las filas de los partidos republicanos; pequeños propietarios agrarios e industriales;⁴¹³ una masa de comerciantes (especialmente en Catalunya) que manifestaban una actitud hostil hacia la revolución; militares profesionales; muchos funcionarios del Estado republicano, que aumentó sus efectivos en los años de guerra.

⁴¹² “La JSU contribuyó desde el principio a la formación de numerosas unidades militares y al alistamiento de sus miembros. A mediados de diciembre de 1936, Santiago Carrillo afirmó que, de los 30.000 afiliados madrileños a la JSU, 30.000 estaban en el frente. Segis Álvarez, secretario de organización, cifró en más de 250.000 los jóvenes unificados en las filas EPR a finales de septiembre de 1937 (...).” *Ibid.*, p.303.

Por su parte, Fernando Claudín señala: “En los seis primeros meses de la guerra, la JSU llegó a ser una gran organización de masas, con más de doscientos mil miembros, cuya mayor parte se encontraba en el ejército popular. Muchas de las unidades de este último habían tenido como matriz las compañías y batallones organizados por la JSU, con mandos militares y comisarios políticos improvisados salidos de sus filas. En la retaguardia, la JSU organizaba las brigadas de choque en fábricas y talleres para impulsar la producción de guerra. Dirigidas por militantes de la JSU se desarrollaban otras organizaciones: femeninas, estudiantiles, deportivas, infantiles, etc. *Ahora* en Madrid, y la *Hora* en Valencia, eran los diarios de la JSU. Más tarde saldría el semanario *Trincheras*, dedicado a los jóvenes del ejército. Y el líder indiscutible de esta organización era Santiago Carrillo.” Fernando Claudín, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Ed. Planeta, Barcelona 1983, p. 49.

⁴¹³ Es sintomático el crecimiento del Partido en algunas provincias durante la guerra, como en Cuenca, donde según los datos manejados por Hernández se produjo un aumento espectacular de la afiliación: de 750 adhesiones en julio de 1936, a 5.000 en diciembre, 11.500 en marzo de 1937 y 12.500 en noviembre. Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 265. Cuenca fue centro de operaciones del Ejército comandado por Cipriano Mera (CNT), y de una importante actividad colectivizadora. En esta provincia se registró una entrada muy importante en el Partido de pequeños propietarios, con antecedentes reaccionarios y de derechas.

Lo mismo se podía decir de los nuevos afiliados en Aragón, tras la disolución del Consejo de Aragón: Los registros del Alto Aragón son muy significativos: “(...) las solicitudes de alta en el PCE se produjeron en avalancha en el segundo semestre del año, algo sumamente revelador si comparamos la tendencia, por ejemplo, con la de Madrid. Para mayor abundancia, las categorías profesionales de los nuevos afiliados apuntan hacia ese carácter de refugio que buscaban en el PCE los pequeños propietarios agrícolas, englobados bajo la denominación de ‘labradores’.” *Ibid.*, p. 267.

“(...) En Cataluña y Valencia, en posiciones de retaguardia, la atracción comunista fue muy notable. En ambos lugares dicha atracción se debió principalmente a que los comunistas aseguraron un espacio de seguridad para las personas y la propiedad privada en zonas que habían resultado muy afectadas por los desafíos al *statu quo* social y económico. Así, pequeños propietarios agrícolas y dueños de talleres industriales y establecimientos comerciales se unieron en tropel al PCE o al PSUC. Por la misma razón, la ausencia de cualquier tentativa de revolución social en el País Vasco, al igual que las fuertes lealtades nacionalistas de las clases medias, bajas hicieron que el PCE permaneciera como un partido marginal, así como en Asturias.” *Ibid.*, p. 279.

Según Hernández: “El PCE retuvo su base trabajadora de preguerra y la amplió. La naturaleza interclasista del PCE durante la guerra civil constituyó la clave de la importancia del partido en ese periodo. Como ha indicado acertadamente Graham, el partido comunista, como organización de masas, fue capaz de recrear en su interior, al menos hasta 1938, la alianza interclasista del Frente Popular destrozada por la rebelión militar. La capacidad del PCE para dirigirse a la vez a una variedad de sectores sociales e incorporarlos a su proyecto, utilizando discursos políticos en consonancia con cada sector, lo convirtió en el primer partido de la izquierda en contribuir de forma importante a alcanzar el objetivo fundamental de la política española desde 1931: la movilización popular interclasista. Esta búsqueda de un proyecto nacional de modernización social y política, que antes de la guerra había encarnado un sector del partido socialista —el centrista cercano a Prieto—, fue rescatado en el periodo bélico por un PCE libre de disputas internas entre alas pragmáticas y partidarias de una difusa revolución social, de tal modo que cada vez hubo menos contenido ideológico estrictamente comunista en el discurso del PCE y si un creciente deslizamiento desde las iniciales posiciones sobre la ‘revolución democrática’ hacia el concepto de la guerra ‘nacional-revolucionaria’, sintagma que acabaría perdiendo en 1938 el segundo calificativo para exaltar, en esencia, un patriotismo como factor primordial de movilización. Lo más comunista que conservó el PCE no fue el contenido de sus políticas, sino su técnicas organizativas y propagandísticas. Uniendo ambos componentes, un discurso con el que se podían identificar todos aquellos que participaban en el ideario popular de izquierdas y unas intensas campañas de agitación basadas en recursos propios de la era de la sociedad de masas y apelaciones a un patriotismo regenerador, el PCE se convirtió durante la guerra en el mejor partido republicano conocido en la historia de España.”⁴¹⁴

La cuestión central de todo el análisis sobre la composición del PCE pasa por una pregunta: ¿Qué clase dio el tono de la política del Partido, que sectores fueron los que impusieron con más crudeza y determinación sus intereses? Si hay que liberar el estudio sobre la militancia del PCE de esquematismos y retórica, hay que hablar claro. No fueron el proletariado revolucionario y los campesinos sin tierra, que sin duda estuvieron representados en las filas del PCE, igual que en los llamados años de la Transición política; estos eran los que ponían el esfuerzo organizativo, estaban implicados en las tareas más duras, grises y menos públicas, y formaban la base combatiente en los frentes. Pero no teñían el color de la línea general (su color siempre había sido y es el rojo). Eran otras clases y sectores, capas medias, pequeñoburgueses, comerciantes y propietarios, con intereses muy diferentes y a su vez contradictorios con las aspiraciones socialistas que los trabajadores y jornaleros habían manifestado cuando derrotaron con las armas en la mano al golpe fascista del 18 de julio, a los que se protegía y amparaba con la política estalinista. Estos elementos, ajenos a las ideas del socialismo y del comunismo, conectaron perfectamente con la estrategia y el discurso, frentepopulista y de colaboración de clases, adoptado por Stalin, la IC y, en consecuencia, la dirección del PCE.⁴¹⁵

⁴¹⁴ *Ibid.*, p. 282.

⁴¹⁵ En el informe presentado al Comité Central ampliado de marzo de 1937, se daba la siguiente composición de clase de las filas del partido: del total de 245.532 afiliados, los obreros industriales y obreros agrícolas, suponían, 89.669 y 64.283 respectivamente, total 153.952; los intelectuales, clases medias y campesinos, 6.455, 15.029 y 70.096, respectivamente, total 91.480. Si tenemos en cuenta que había, según los datos oficiales del Partido, 143.000 militantes militarizados, de los que la mayoría eran

LA LUCHA CONTRA EL “TROTSKISMO”. MAYO DEL 37, BARRICADAS EN BARCELONA

La evolución de los acontecimientos políticos en la España republicana, marcados por la ofensiva contra las conquistas revolucionarias y las crecientes dificultades militares, enfrentaron a los dirigentes estalinistas con resistencias cada vez más notables. Todo aquel que desafiara las tesis de la defensa de la República democrática y cuestionará las medidas puestas en marcha para contener la revolución era acusado sistemáticamente de agente del fascismo, provocador y quintacolumnista. La agitación contra el “trotskismo”, como personificación de la traición a la causa antifascista y de colaboración con las fuerzas franquistas, vivió su máximo apogeo desde comienzos de 1937 hasta el final de ese año, aunque ya desde el momento de iniciarse la guerra —que coincidió en fecha con la preparación del primer juicio de Moscú—, la propaganda del PCE y la IC alertaban contra éste “pérfido” aliado de Franco.⁴¹⁶

Los líderes del PCE y la JSU extendían el mensaje de su política con una decisión extraordinaria. En el discurso pronunciado en enero de 1937 en la Conferencia de Valencia de la JSU, Federico Melchor declaraba: “No estamos haciendo hoy una revolución social, estamos desarrollando una revolución democrática, y en una revolución democrática, la economía, la producción (...) no pueden lanzarse a formas socialistas”. En todas partes se negaba el carácter proletario de la revolución que había estallado tras el 19 de julio. “Luchamos por la República democrática”, afirmaba Santiago Carrillo ante esa misma Conferencia “no nos da ninguna vergüenza decirlo. Nosotros frente al fascismo y frente a los invasores, no luchamos ahora por la revolución socialista”. De la misma manera se hacían declaraciones de fe en defensa del capital extranjero: “sería un error en las relaciones internacionales [no protegerlo], porque entonces Inglaterra intervendría decisivamente contra España. No a nuestro lado, sino con Franco, porque Inglaterra tiene intereses económicos en nuestro país que defender”.⁴¹⁷

A pesar de la forma machacona en que se repetían estas fórmulas, los estalinistas encontraron fuertes dificultades para imponerlas; empezando por militantes de la JSU, que no comulgaban con las ruedas de molino que les intentan hacer tragar sus dirigentes y, por supuesto, entre la base combatiente de la CNT-FAI y del POUM donde la

jóvenes proletarios y trabajadores de la ciudad y el campo, se puede entrever el peso que en la vida partidaria de la retaguardia tenían los otros sectores sociales. Cifras reproducidas en Hernández, *op. cit.*, p. 248.

⁴¹⁶ El 28 de diciembre de 1936, tras los primeros zarpazos represivos contra el POUM en Madrid, la Comintern señaló: “El Presidium de la CE de la IC estima justa la lucha llevada a cabo por el Partido Comunista y apoyada por las demás organizaciones del Frente Popular, contra los trotskistas, agentes fascistas que hacen una labor de provocación en beneficio de Hitler y del general Franco, tratando de dividir el Frente Popular, llevando a cabo una campaña de calumnias contrarrevolucionarias contra la URSS y empleando todos los medios, toda clase de intrigas y procedimientos demagógicos para impedir el aplastamiento del fascismo en España. Considerando que los trotskistas hacen, en interés del fascismo, un trabajo de zapa a retaguardia de las tropas republicanas, el Presidium aprueba la línea del partido que tiende a la derrota completa y definitiva del trotskismo en España, condición necesaria para la victoria sobre el fascismo.” Elorza, *op. cit.* p. 365.

⁴¹⁷ Palabras de Federico Melchor, citado en Bolloten, *op. cit.*, p. 387.

resistencia era aún mayor. En la Conferencia de Valencia de la JSU, se manifestaron brotes de contestación bastante significativos y que se extenderían a lo largo de toda la guerra. “Las interpretaciones que dio la conferencia sobre el carácter de la JSU”, escribe Ricard Viñas, “aumentaron las reticencias en un sector minoritario encabezado por Hernández Zancajo”,⁴¹⁸ reticencias que cobrarían la forma de abiertas divergencias tras la crisis de gobierno en mayo de 1937 que sacaría a Largo Caballero de la presidencia.

Tras la celebración de la Conferencia, el descontento en las filas de la juventud unificada persistiría. Rafael Fernández, secretario de la JSU asturiana, denunció la política de la organización como “todo menos marxista”,⁴¹⁹ y se publicaron cartas de combatientes muy agrias contra la política de la dirección, como ésta, llegada desde el frente de batalla: “He leído varias veces, en diferentes periódicos, los discursos que Carrillo ha pronunciado (...) Que la JSU lucha por la República democrática parlamentaria. Creo que Carrillo está completamente equivocado. Yo, joven socialista y revolucionario lucho por la colectivización de la tierra, las fábricas; en fin, por todas las riquezas e industrias de España, en beneficio de todos los seres y de la Humanidad. ¿Creen Carrillo y quién con él pretende llevar por este derrotero perjudicial y antirrevolucionario que en la JSU somos borregos sus militantes? No. Antes que borregos somos revolucionarios. ¿Qué dirían nuestros camaradas caídos en los campos de batalla si levantaran la cabeza y vieran que la JSU había sido cómplice de haber traicionado la Revolución, por la cual ellos dieron sus vidas? Sólo una cosa: escupirían al rostro de los malhechores que, llamándose militantes de la JSU, han traicionado la revolución”.⁴²⁰

El descontento con el repliegue estalinista de la revolución y la guerra encontró su expresión más aguda en las filas de los anarcosindicalistas y en el POUM. En cuanto a los primeros, las declaraciones en su prensa y en sus boletines contra la deriva contrarrevolucionaria se hicieron abundantes a partir de 1937; la experiencia gubernamental de la CNT no sólo no acalló las críticas, sino que las exacerbó y muy duramente. En el *Boletín de Información* del movimiento libertario del 19 de enero de 1937 se podía leer: “Los millares de combatientes proletarios que se batían en los frentes de batalla no luchan por una República democrática. Son proletarios revolucionarios que han tomado las armas para hacer la revolución. Posponer el triunfo de ésta para después ganar la guerra, es debilitar considerablemente las fuerzas combativas del proletariado (...) Si queremos levantar el ánimo de nuestros combatientes e inyectarles entusiasmo revolucionario a las masas antifascistas tenemos que impulsar la revolución con firmeza, liquidar los últimos residuos de la democracia burguesa, socializar la industria y agricultura, al mismo tiempo que creamos los órganos rectores de la nueva situación de acuerdo con los fines revolucionarios del proletariado...”⁴²¹

En el periódico *CNT* del 2 de febrero de 1937 la crítica iba directamente al meollo político: “(...) ‘Revolución democrática’, ‘República parlamentaria’, ‘¡No es el momento de realizar la revolución social!’ He aquí unas cuantas consignas dignas de los

⁴¹⁸ Ricard Viñas, *op. cit.*, pp. 66-67.

⁴¹⁹ Bolloten, *op. cit.*, p. 387.

⁴²⁰ Carta publicada en *Juventud Libre*, 1 de mayo de 1937, citada en Bolloten, *op. cit.*, p. 388. La fracción crítica radicalizará su oposición a la deriva estalinista de la JSU, y un ejemplo de ello sería la publicación por parte de Carlos Hernández de un folleto titulado *Tercera etapa de Octubre*, que reivindica la vuelta a la tradición marxista de las Juventudes Socialistas.

⁴²¹ Bolloten, *op. cit.*, p. 389.

programas políticos republicanos, pero degradantes para los partidos obreros (...) Si los partidos comunista y socialista, así como sus juventudes, hicieran honor a sus principios socialistas, se habría dado al traste con ‘toda la vieja maquina del Estado burgués’ (Marx) y con la estructura material de la economía capitalista. Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista*, jamás aludieron a un periodo de transición de ‘república democrática y parlamentaria’ (...) Por esto, el marxismo de todos los partidos marxistas españoles es un marxismo que ahora nada tiene de común con el marxismo revolucionario; pero si muchas afinidades con el revisionismo socialdemócrata, contra el que Lenin dirigió sus teorías revolucionarias plasmadas en *El Estado y la Revolución...*”

La pugna central se desarrolló a lo largo del invierno y la primavera de 1937 en Barcelona, capital de la revolución española. Para los inicios de 1937, el PSUC se había fortalecido entre las capas sociales que tradicionalmente habían sido la base de apoyo de la Esquerra Republicana. Comerciantes, tenderos, pequeños industriales, funcionarios de la Generalitat, nutrieron las filas del PSUC, alentados por los discursos de sus máximos dirigentes. En el órgano de expresión del Partido en Catalunya, *Treball*, se leía el 8 de agosto de 1936: “Sería imperdonable olvidarse de la multitud de pequeños industriales y pequeños comerciantes que hay en nuestro país (...) Dicen que nadie se preocupa de su suerte. Son elementos que pueden tender a favorecer cualquier movimiento de carácter reaccionario, porque les parece que cualquier cosa será mejor que el régimen que se intenta implantar en la vida económica de nuestro país (...) La situación angustiosa de aquellas familias es evidente. No pueden atender a sus talleres y negocios porque no disponen de reservas de capital; apenas tienen lo suficiente para comer, porque la obligación de pagar los jornales a los pocos obreros que emplean les impide atender a sus propias necesidades diarias”.

Una descripción bastante sui géneris, de los sectores acomodados que manifestaban una hostilidad completa hacia los obreros revolucionarios. Pero no eran tan “pobres” como indicaba la propaganda del PSUC, más bien se trataba del “polvo social”, utilizando los términos de Lenin, que levantó cabeza una vez que los primeras semanas de efervescencia revolucionaria habían pasado y exigían el retorno a la prosperidad de sus negocios, sus pequeñas estafas, su acaparamiento y contrabando (el orden, en definitiva). Mientras tanto, los obreros en el frente y sus familias en la retaguardia eran las víctimas reales de la escasez, la penuria y las balas de los fascistas.

George Orwell, en su célebre libro *Homenaje a Cataluña*, retrata esta vuelta a la normalidad por la que clamaban los líderes del PSUC y los pequeños negociantes que ya se hacía visible en las calles de Barcelona: “Todos los que habían hecho dos visitas a Barcelona durante la guerra, con intervalos de algunos meses, comentan los extraordinarios cambios que observaron en ella. Por extraño que parezca, los que fueron por primera vez en agosto y volvieron en enero o, como yo mismo, primero en diciembre y después en abril, al volver siempre decían lo mismo: ‘la atmósfera revolucionaria ha desaparecido’. Sin duda, para quien hubiera estado allí en agosto, cuando la sangre aún no se había secado en las calles y los milicianos ocupaban los hoteles elegantes, Barcelona, en diciembre, les habría parecido una ciudad burguesa; pero para mi, recién llegado de Inglaterra, se continuaba pareciendo más a una ciudad obrera que cualquier otra que yo hubiera podido concebir. Pero la marea estaba en reflujo. Ahora volvía a ser una ciudad corriente, un poco maltratada y lastimada por la guerra, pero sin ninguna señal externa de predominio de la clase trabajadora. El cambio

en el aspecto de las gentes era increíble. El uniforme de la milicia y los monos azules habían desaparecido casi por completo; la mayoría parecía usar esos elegantes trajes veraniegos en los que se especializan los sastres españoles. En todas partes se veían hombres prósperos y obesos, mujeres bien ataviadas y coches de lujo. (Aparentemente, aún no había coches privados, no obstante lo cual, todo aquel que fuera ‘alguien’ podía disponer de un automóvil)...”⁴²²

El punto de apoyo fundamental de los estalinistas catalanes fue el GEPCI, que en esas fechas organizaba a 18.000 comerciantes, y que como Gremio de Pequeños Comerciantes e Industriales ingresó en la UGT catalana. El PSUC se convirtió en el portavoz de los intereses de estos sectores pequeño burgueses y, sin duda, Joan Camarera, su secretario general, en su máximo agitador. El crecimiento del PSUC fue vertiginoso en los meses que van de agosto de 1936 a marzo de 1937, fecha en la que decía contar ya con 50.000 afiliados. La actividad del PSUC estaba supervisada férreamente por “Pedro”, alias del estalinista húngaro Ernő Gerő, delegado de la Comintern en el Partido catalán y responsable del NKVD en Catalunya. La historia del camarada Pedro está vinculada a los hechos más sombríos de la represión contra los militantes del POUM, incluida su participación directa en el asesinato de Andreu Nin. Trabajó bajo las órdenes directas del coronel Orlov, máximo dirigente del NKVD en España, y jugó un papel crucial en el destino final de Vladimir Antónov-Ovseyenko, cónsul soviético en Barcelona (Ovseyenko fue el líder de la toma del Palacio de Invierno en octubre de 1917 y ex opositorista de izquierdas). La misión de Antónov-Ovseyenko en Barcelona fue atraerse a los anarquistas a la esfera del estalinismo, pero su fracaso en la tarea le valió la recomendación de Pedro, su directo supervisor, para que fuera sustituido en el cargo. Antónov-Ovseyenko fue posteriormente juzgado en Moscú durante las grandes purgas, condenado a muerte y ejecutado.⁴²³

Los avances contrarrevolucionarios tuvieron un empuje en Catalunya con la expulsión del POUM del gobierno de la Generalitat. A pesar de algunas protestas iniciales de los anarcosindicalistas, el PSUC precipitó la crisis y Nin fue desalojado de su cargo de consejero de Justicia. La composición del nuevo gobierno de la Generalitat, nombrado a

⁴²² George Orwell. *Homenaje a Cataluña*, Ed. Virus, Barcelona 2000, p. 109.

⁴²³ Agustín Guillamón escribió un extenso trabajo sobre el papel de Ernő Gerő: “Se relacionaba fundamentalmente con Joan Comorera, Miquel Valdés y Pere Ardiaca. De una amplia cultura económica, musical e histórica, y muy versado en técnicas militares, hablaba el francés, alemán, húngaro y ruso. También hablaba castellano, sin demasiada fluidez, y entendía el catalán, aunque no lo hablaba. Preparaba y asistía a casi todas las reuniones del CE del PSUC, de las que redactaba posteriormente un informe (...) Como consejero de la IC en el PSUC, dirigía el partido, al que señalaba la línea estratégica y política a seguir, y preparaba con Comorera las intervenciones de éste, como secretario, en las reuniones semanales del PSUC. Aunque ‘Pedro’ presumía, en la nueva línea preconizada por Moscú, de que su dirección se fundamentaba en un estilo de mando caracterizado por los ‘consejos’, sabía que la autoridad aplastante que tenía un delegado del Comintern en el PSUC, convertía esos ‘consejos’ en órdenes indiscutibles. En realidad el ámbito de su acción abarcaba hasta los menores detalles en la vida y organización del partido (...) Como responsable de la NKVD en Cataluña, ‘Pedro’ fue uno de los principales promotores de las checas barcelonesas, nombre con el que eran conocidas las prisiones particulares y secretas de partidos, organizaciones o fuerzas de seguridad. Aunque después de julio de 1936 todas las fuerzas políticas tuvieron sus prisiones, para perseguir a los fascistas, con el transcurso de los meses, en 1938, quedaron todas ellas en poder de los estalinistas y del Servicio de Información Militar (SIM), íntimamente interrelacionados, para reprimir esencialmente a los anarquistas y poumistas. Del mismo modo, el Servei Secret d'Informació (SSI), creado por la Generalitat, fue primero copado e intervenido por ‘Pedro’ y los agentes soviéticos, que más tarde lo absorbieron, convirtiéndolo en la estructura del SIM en Cataluña...” Agustín Guillamón, *El terror estalinista en Barcelona (1938). Biografía de “Pedro”*. Balance. Cuaderno de historia número 33.

mediados de diciembre de 1936, significó un avance cualitativo para las fuerzas estalinistas.⁴²⁴

Los enfrentamientos entre el gobierno catalán y las organizaciones anarcosindicalistas y del POUM continuaron recrudeciéndose.⁴²⁵ Al mismo tiempo, el descontento cundía entre los obreros barceloneses, y entre sus mujeres, por la carestía de la vida y los continuos ataques del Consejero estalinista Joan Comorera contra los comités de abastos, en manos de los anarcosindicalistas. Estos comités de barrio que controlaban los almacenes, supervisaban “qué, cómo, cuanto y a que precio de venta al público se aprovisionaba a los detallistas, una vez satisfechas las necesidades ‘revolucionarias’ del barrio, esto es, de enfermos, niños, parados, comedores populares, etcétera. Comorera propugnaba la desaparición de esos comités revolucionarios de barrio y el libre mercado. Sabía, además, que una cosa implicaba la otra, y que, sin la supresión de los comités de defensa, el libre mercado sería una quimera.”⁴²⁶

El líder del PSUC, instigador de manifestaciones callejeras con el eslogan “Menos comités y más pan”, decretó la disolución de estos comités pero, como señala Bolloten, “el decreto de Comorera no podía aplicarse mientras el poder armado de los revolucionarios permaneciera intacto. Para socavar su posición, el PSUC no había dejado de presionar desde la crisis de diciembre a fin de acabar con la dualidad de poderes policiales en la región (...) este poder estaba dividido entre las patrullas, bajo la autoridad de la Junta de Seguridad, dominada por la CNT, y la Guardia Nacional Republicana y la de Asalto, bajo el control del consejero de Seguridad Interior, Artemio Aiguadé.”⁴²⁷

En Catalunya los obreros anarquistas y poumistas, alarmados por los ataques contra las conquistas revolucionarias, fueron traduciendo su descontento en oposición creciente y presión hacia sus dirigentes. El surgimiento de grupos de oposición en la CNT-FAI, como Los Amigos de Durruti, ponía de manifiesto el estado de ánimo reinante en sus filas. Un fenómeno similar ocurría en el interior del POUM, especialmente entre muchos de sus militantes barceloneses. Las masas que habían aplastado la insurrección fascista el 19 de julio, difícilmente aceptarían sin lucha la liquidación de la revolución.

El 27 de marzo de 1937 los ministros de la CNT en la Generalitat abandonaron el gobierno catalán: “No podemos sacrificar la revolución al concepto de unidad”, declaraba la prensa de la CNT, “la unidad se ha mantenido sobre las bases de nuestras concesiones”. Pero en una situación revolucionaria son los hechos, y no las declaraciones periodísticas, lo único que cuenta y la dirección de la CNT había aceptado todas las medidas del gobierno de Companys: desarme de los obreros, decretos de disolución de los comités, las milicias y patrullas obreras, subordinación de los comités

⁴²⁴ El nuevo gobierno se formó el 16 de diciembre de 1936 con la participación de los siguientes consejeros del PSUC: Joan Comorera (Abastos); Miguel Valdés (Trabajo y Obras Públicas) y Rafael Vidiella (Justicia).

⁴²⁵ Hernández Sánchez, que mantiene una posición completamente favorable a los estalinistas en las luchas que se sucedieron en Catalunya durante la primavera de 1937, hace un relato exhaustivo de estos enfrentamientos en su libro (pp. 162- 182).

⁴²⁶ Para conocer en detalle la lucha de Comorera contra los comités de abasto, que conforman un punto crucial previo en el levantamiento de mayo de 1937, se puede consultar el libro citado de Agustín Guillamón, *Los comités de defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*, pp. 154-180. También el de Pelai Pagés, *Cataluña en guerra y revolución*, pp. 190-92.

⁴²⁷ Bolloten, *op. cit.*, p. 641.

de fábrica a la Generalitat... Finalmente, y después de dos recomposiciones de gobierno, los consejeros de la CNT se reintegraron al gobierno de la Generalitat el 16 de abril.

En contraste con la actitud de los dirigentes anarquistas, un amplio sector de la base confederal no estaba dispuesto a más concesiones. Los artículos denunciando la marcha de la contrarrevolución, y llamando a resistir contra el desarme de los obreros, fueron abundantes en la prensa anarquista y anarcosindicalista de aquellos días. También en *La Batalla*, el órgano del POUM, se sucedieron las llamadas a los dirigentes de la CNT a abandonar la línea colaboracionista y poner freno al retroceso revolucionario.⁴²⁸ La tensión llegaba a su punto culminante. Durante las últimas semanas de abril los enfrentamientos entre la Guardia de Asalto y los obreros se multiplicaron, y los incidentes armados hicieron correr la sangre.⁴²⁹ Todas las acciones de los trabajadores que podían transformarse en una contestación al gobierno eran evitadas o prohibidas, como ocurrió con las manifestaciones del Primero de Mayo de ese año. La tensión llegó a un punto crítico: “La garantía de la revolución es el proletariado en armas”, se leía en *Solidaridad Obrera* el 2 de mayo. “Intentar desarmar al pueblo es colocarse al otro lado de la barricada. Por muy consejero o comisario que se sea, no se puede dictar orden de desarme contra los trabajadores, que luchan contra el fascismo con más generosidad y heroísmo que todos los políticos de la retaguardia, cuya incapacidad e impotencia nadie ignora. ¡Trabajadores, que nadie se deje desarmar bajo ningún concepto!”.

La lucha abierta entre el ala izquierda de la revolución —que se resistía a abandonar sus posiciones y conquistas— y el aparato gubernamental, liderado por el estalinismo, entró en una fase decisiva. Las calumnias e infamias contra los militantes revolucionarios arreciaron durante meses, creando un estado de opinión propicio. Todos ellos fueron acusados de “trotskofascistas”, provocadores, agentes de Franco. Siguiendo el escandaloso ejemplo de los juicios de Moscú, la propaganda contra el trotskismo se convirtió en lo más parecido a un acto de la inquisición en aquellos días. Todo valía con tal de extender la idea de que aquellos que discrepaban de la “línea general” estaban infectados por este “virus” y, por tanto, actuaban como colaboradores de Franco y los fascistas. Los llamamientos a la represión directa contra los que protestaban, y se rebelaban, inundaban los discursos de los dirigentes del PCE.

⁴²⁸ Refiriéndose a la reintegración de los consejeros cenetistas a la Generalitat, *La Batalla* planteaba lo siguiente el 17 de abril de 1937: “Los camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo no supieron tomar posiciones ante el problema del Poder. [En] lugar de impulsar a la clase trabajadora hacia la toma íntegra del mismo, prefirieron estimarlo como una simple cuestión de colaboración (...) Estamos seguros de que la masa de trabajadores de la CNT verá la solución de esta crisis con el mismo desagrado que la vemos nosotros (...) el reformismo no cejará en su empresa. Si los compañeros de la CNT no se dan cuenta de ello, peor para ellos y peor para todos nosotros. Porque lo que se ventila no es el porvenir de una cualquiera de las organizaciones, sino el futuro de la revolución”. Los dirigentes del POUM hacían sonar todas las alarmas, pero ellos también tenían su parte de responsabilidad en la política de colaboración y liquidación de los organismos de poder obrero mientras formaron parte del primer gobierno de la Generalitat.

⁴²⁹ El 24 de abril se produjo un intento fallido de atentado contra el comisario de policía Rodríguez Salas, militante del PSUC. Al día siguiente fue asesinado Roldán Cortada, dirigente del PSUC y secretario del consejero Rafael Vidiella. El 27 de abril, día del funeral por Cortada, el PSUC realizó una gran demostración de fuerza con una manifestación de miles. A los pocos días fue asesinado Antonio Martín, presidente del comité revolucionario en Puigcerdá, en la frontera con Francia, tras un enfrentamiento con carabineros y miembros de la Guardia Nacional Republicana. Poco después, Negrín envió camiones de estas fuerzas desde Valencia para controlar los puestos fronterizos, hasta entonces en manos de los comités revolucionarios.

De hecho, está sobradamente documentada la preocupación en los círculos dirigentes de Moscú ante la resistencia de estos sectores, y su obsesión especial por liquidar al POUM de la escena política y evitar el crecimiento de su influencia entre la base anarquista. En un informe del 22 de febrero de 1937, enviado por el plenipotenciario soviético en España, Marchenko, al ministro soviético de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov, se aprecia claramente estos extremos: “(...) El POUM es peligroso ahora porque en sus filas militan varios miles de personas, y está intentando, a través de los anarquistas más extremistas, arrastrar a su órbita de actividades provocadoras a una franja significativa de la CNT. Pretende sabotear de todas las formas posibles el planeado acercamiento entre el partido y el liderazgo de la CNT. Agentes del POUM han inducido ya ataques provocadores contra los ministros anarquistas en la prensa de esa tendencia (...) Hay que decir francamente que los comunistas no siempre muestran la vigilancia necesaria hacia los trotskistas. Así, como ya se le informó, durante el juicio en Moscú al centro contrarrevolucionario paralelo, en el periódico *Treball* —órgano del Partido Socialista Unificado en Barcelona— apareció un artículo en el que se alababa a Trotski como salvador de Petrogrado. Mientras que los trotskistas utilizan la menor ocasión para atacar al partido, la prensa comunista no está llevando a cabo actividades sistemáticas para denunciar a los poumistas (...)”.⁴³⁰

Por más alucinante que fuese, a los mandos de Moscú y a Stalin les parecía insuficiente la ofensiva contra el “trotskismo” desplegada por el PCE y exigían más “energía”. Un hecho increíble, cuando los dirigentes del Partido se aplicaban a la tarea con todo el ardor necesario.

José Díaz, ante el pleno del Comité Central del Partido en marzo de 1937, fue contundente en su discurso: “(...) ¿Quiénes, son los enemigos del pueblo? Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los ‘incontrolables’. Si nuestra preocupación fundamental, en los momentos actuales, es la de conseguir la unión de todo el pueblo español, es decir, la unión del proletariado y de todos los hombres amantes del progreso, de todos los que aman y anhelan una España próspera y feliz, debe ser también preocupación nuestra descubrir y denunciar a todos los enemigos del pueblo, estén donde estén. Nuestro enemigo principal es el fascismo. Contra él concentramos todo el fuego y todo el odio del pueblo. Contra él ponemos en pie todas las fuerzas prestas a aniquilarlo; pero nuestro odio va dirigido también, con la misma fuerza concentrada, contra los agentes del fascismo, que como los ‘poumistas’, trotskistas disfrazados, se esconden detrás de consignas pretendidamente revolucionarias, para cumplir mejor su misión de agentes de nuestros enemigos emboscados en nuestra propia tierra. No se puede aniquilar a la Quinta Columna si no se aniquila también a los que políticamente defienden también las consignas del enemigo, encaminadas a desarticular y desunir las fuerzas antifascistas.

“Las consignas del enemigo son; contra la República democrática, contra el Frente Popular antifascista, contra el Gobierno del Frente Popular, contra el Ejército regular, etcétera, y, sobre todo, contra la Unión Soviética por su magnífica solidaridad con el pueblo español en esta lucha. Aunque los trotskistas tratan de encubrirlas con otras consignas aparentemente más revolucionarias, como las de República social, Gobierno obrero, Milicias rojas, no pueden por menos de enseñar la oreja fascista. Y, si no, pruebas al canto. No quiero citar todas las canalladas que escriben diariamente los

⁴³⁰ Citado en Radosh, *op. cit.*, p. 185.

trotskistas en su periodicucho *La Batalla*. Apuntaré tan sólo algunas coincidencias entre el trotskismo y el fascismo. ¿Quién se proponía, a través del golpe de Estado, suprimir el Parlamento a sablazos? Franco y demás fascistas nacionales y extranjeros. Pues bien: ¿cuál es la consigna, coincidente con la de los fascistas, que lanzan los trotskistas españoles? La supresión del Parlamento. He aquí lo que publica *La Batalla*, del día 30 de noviembre de 1936, como cosa abordada por el Comité Central del POUM en su reunión del día 18: ‘Hay que destruir los Parlamentos, tanto de Madrid como de Barcelona, porque están completamente superados’. Coincidencia perfecta, absoluta, con los fascistas.

“Franco y demás canallas se atribuyen desvergonzadamente la defensa de la patria, de la nación. A ellos, que han traicionado a la patria, que venden al fascismo internacional pedazos de nuestro suelo, que tienen la desfachatez de llamarse “nacionalistas”, les irrita y exaspera enormemente que les denunciemos como lo que son: como traidores a la patria y verdugos del pueblo; no quieren que reivindicemos para nosotros, para el pueblo español, el derecho que legítimamente nos corresponde de defender a nuestro país. Pues bien; ¿cuál es la posición de los trotskistas a este respecto? Exactamente la misma que la de Franco. He aquí lo que dicen en el diario *La Batalla* del 23 de enero de 1937: ‘Esta fórmula de unión nacional y de defensa de la patria frente al invasor del extranjero que lanzan los jóvenes socialistas unificados y los comunistas oficiales y que suscriben los republicanos, puede ser aceptada perfectamente por los fascistas.’ Coincidencia también absoluta con el fascismo.

“He aquí que se descubre una conspiración gestada por los trotskistas en la Unión Soviética y los reos trotskistas traidores a la Patria del Socialismo, convictos y confesos, van a ser juzgados por el Tribunal Proletario. He aquí que la prensa fascista alemana e italiana llena de injurias al régimen soviético por haber descubierto la trama criminal de sus agentes. Pues los trotskistas españoles, como no podía ser menos, corren en defensa de sus amigos, empleando para ello el mismo lenguaje de los fascistas. *La Batalla* del día 24 de enero de 1937, para no citar más que un número, contiene la siguiente afirmación: ‘En Moscú se prepara un nuevo crimen. En la Rusia actual ha sido abolida la más elemental idea de democracia obrera, para caer en un régimen burocrático de dictadura personal. Al proletariado internacional no se le puede decir que defienda la causa de Rusia si se le niega el derecho a saber lo que ocurre en Rusia.’ ¿Para qué citar más? Basta con lo expuesto para poner de relieve la coincidencia entre fascistas y trotskistas.

“Como se ve, estas gentes no tienen nada que ver con el proletariado, ni con ninguna tendencia que se precie de honrada. Y si nosotros combatimos a los trotskistas es porque son agentes de nuestros enemigos, introducidos en las filas antifascistas. Es un grave error considerar a los trotskistas como una fracción del movimiento obrero. Se trata de un grupo sin principios, de contrarrevolucionarios clasificados como agentes del fascismo internacional. El reciente procesó de Moscú ha demostrado a la luz del día, que el jefe de la banda, Trotski, es un agente directo de la Gestapo. En su odio contra la Unión Soviética, contra el gran Partido bolchevique y contra la Internacional Comunista, se dan la mano con los fascistas. Por eso la firme actitud del Partido Comunista, al negarse a convivir en ningún organismo con los trotskistas, es completamente justa, y nosotros la aprobamos con todas sus consecuencias. El Partido debe plantear ante las masas obreras la lucha contra los trotskistas de un modo intransigente, con objeto de educarlas en la lucha encarnizada contra sus enemigos encubiertos.

“El trotskismo no es un partido político, sino una banda de elementos contrarrevolucionarios. El fascismo, el trotskismo y los “incontrolables” son, pues, los tres enemigos del pueblo que deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino en todos los países civilizados.”

El tono del discurso no tiene nada que envidiar a las insidias lanzadas por Iagoda, Iezhov, Beria o Vyshinsky contra la vieja guardia bolchevique en los juicios de Moscú. Pero ¿por qué esta hostilidad sin parangón contra Trotsky y el trotskismo? Las ideas siempre reflejan intereses materiales de la sociedad. Trotsky, el colaborador más estrecho de Lenin en los grandes acontecimientos de octubre de 1917, fundador del Ejército Rojo y comisario de sus tropas durante los difíciles años de la intervención imperialista y la guerra civil, había denunciado valientemente la política oportunista de la nueva burocracia, su giro autoritario y su renuncia al internacionalismo proletario leninista. Sus seguidores fueron perseguidos con saña en la URSS, encarcelados e internados en los campos de concentración de Vorkuta, Kolimá y otros semejantes, donde fueron exterminados por millares.⁴³¹

Pero Trotsky nunca capituló, a pesar de que sufrió brutalmente el cerco de la policía estalinista, con su exilio de la URSS, y el asesinato de sus hijos, familiares y colaboradores más cercanos. Trotsky siguió muy de cerca los acontecimientos revolucionarios en España, y sus escritos sobre el tema contienen lecciones sobresalientes de teoría marxista y dialéctica materialista. Hasta el último de sus alientos, cuando fue asesinado por Ramón Mercader en su residencia mexicana de Coyoacán, se mantuvo leal a las ideas del marxismo revolucionario. Por eso mismo fue perseguido y calumniado por la maquinaria estalinista, como antes lo habían sido Lenin, Rosa Luxemburgo, y el mismo, por la burguesía imperialista, ahora convertida en aliada de Stalin.

Miles de militantes comunistas han tenido que conocer esta verdad muy tarde, después de que el régimen de Stalin, que había “construido definitivamente el socialismo en la URSS” colapsase, y que la burocracia se convirtiera en la nueva burguesía rusa. Fueron demasiados los que creyeron estas mentiras y calumnias. No obstante, muchos otros reconocieron esta impostura después de haber vivido en carne propia los desmanes estalinistas y las purgas, sin renunciar por eso a la causa del socialismo. Estas personas siguen siendo un ejemplo de lucha y abnegación.

Artur London, el brigadista checoslovaco, miembro del Partido Comunista y compañero de Lise London, que combatió en las trincheras españolas y padeció la represión estalinista en su país cuando era viceministro de Asuntos Exteriores en Checoslovaquia (y que retrató crudamente en su magnífica obra *La Confesión*), dejó escrito: “(...) No es de extrañar que en 1934 aceptáramos la tesis estalinista de que el asesinato de Kirov era una manifestación de agresividad hitleriana, un complot antisoviético que exigía una respuesta inmediata. También creíamos las acusaciones lanzadas por Stalin y el equipo dirigente del Partido Bolchevique contra Trotsky y, más tarde, contra los demás compañeros de Lenin. Nuestra fe en Stalin nos cegaba y no entendíamos que sus desacuerdos con otros líderes del partido habían degenerado en un simple ajuste de

⁴³¹ Para conocer más a fondo la represión y el exterminio de la Oposición de Izquierda de la URSS, Pierre Broué escribió un libro imprescindible: *Comunistas contra Stalin. Masacre de una generación*, Ed. Sepha, Málaga 2008. También del mismo autor es la obra *Los Procesos de Moscú*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1988

cuentas, que las medidas represivas habían sustituido a la discusión, y que la calumnia y la mentira eran utilizadas para desacreditar a auténticos revolucionarios. Todo lo que aparecía como un ataque contra la URSS era considerado ‘objetivamente’ como una ayuda a nuestros adversarios. Así fue posible entre nosotros la visión de un Trotsky transformado en agente del nazismo. Esta es una página negra del movimiento comunista internacional, que siguiendo a Stalin se hizo cómplice suyo.”⁴³²

Artur London no fue el único en reconocer esta actividad criminal, incompatible con la causa de los trabajadores. Otro destacado militante comunista, y víctima como London de las purgas estalinistas, Leopold Trepper, el gran jefe de la *Orquesta Roja*, el servicio de contraespionaje organizado por la Comintern en la Europa ocupada por los nazis, escribió en su obra *El Gran Juego* un tributo al revolucionario ruso: “Los fulgores de octubre iban extinguiéndose en los crepúsculos carcelarios. La revolución degenerada había engendrado un sistema de terror y horror, en el que eran escarnecidos los ideales socialistas en nombre de un dogma fosilizado que los verdugos tenían aún la desfachatez de llamar marxismo. Y, sin embargo, desterrados pero dóciles, nos había seguido triturando el engranaje que habíamos puesto en marcha con nuestras propias manos. Cual ruedas del mecanismo, aterrorizados hasta el extravío, nos habíamos convertido en instrumentos de nuestra propia sumisión. Todos los que no se alzaron contra la maquina estalinista son responsables, colectivamente responsables de sus crímenes. Tampoco yo me libro de este veredicto.

“Pero, ¿quién protestó en aquella época? ¿Quién se levantó para gritar su hastío? Los trotskistas pueden reivindicar ese honor. A semejanza de su líder, que pagó su obstinación con un pioletazo, los trotskistas combatieron totalmente el estalinismo y fueron los únicos que lo hicieron. En la época de las grandes purgas, ya sólo podían gritar su rebeldía en las inmensidades heladas, a las que los habían conducido para mejor exterminarlos. En los campos de concentración, su conducta fue siempre digna e incluso ejemplar. Pero sus voces se perdieron en la tundra siberiana. Hoy día los trotskistas tienen el derecho a acusar a quienes antaño corearon los aullidos de muerte de los lobos. Que no olviden, sin embargo, que poseían sobre nosotros la inmensa ventaja de disponer de un sistema político coherente, susceptible de sustituir al estalinismo, y al que podían agarrarse en medio de la profunda miseria de la revolución traicionada. Los trotskistas no ‘confesaban’, porque sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al socialismo.”⁴³³

⁴³² Artur London, *Se levantaron antes del alba*, Ediciones Península, Barcelona 1978, p. 13.

Su mujer, Lise London, que participó en la organización de las Brigadas Internacionales en la base de Albacete, y posteriormente, igual que Artur, denunció activamente el estalinismo, escribió dos hermosos libros sobre su actividad militante en la guerra civil española y en la resistencia contra el nazismo: *Roja Primavera* y *Memoria de la Resistencia*, ambos editados por Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 1996 y 1997. Lise murió el 13 de marzo de 2012.

⁴³³ Leopold Trepper, *El Gran Juego*, Editorial Ariel, Barcelona 1977, p. 68. Esta es una obra fundamental que debe estar en la biblioteca de todo militante comunista.

Cabe citar, entre los innumerables testimonios de comunistas que rompieron con Stalin, a Ignacio Reiss, el agente del NKVD que denunció a la burocracia y fue asesinado en septiembre de 1937. Reiss, conocido como Ludwig, escribió una carta al Comité Central del PCUS el 17 de julio de 1937: “La carta que os escribo hoy debía haberla escrito hace ya largo tiempo, el día en que los ‘dieciseis’ fueron masacrados en los sótanos de la Lubianka de acuerdo a las órdenes del ‘Padre de los Pueblos’. Entonces guarde silencio. Tampoco eleve mi voz para protestar en ocasión de los asesinatos que siguieron, y ese silencio hace gravitar sobre mi una pesada responsabilidad. Mi falta es grande, pero me esforzare por repararla lo más pronto posible, con el fin de aliviar mi conciencia. Hasta entonces marché a vuestro lado, pero ya no daré un paso más en vuestra compañía. ¡Nuestros caminos se separan! ¡El que se calla hoy se convierte en

Los golpes contra la vieja guardia bolchevique, lanzados por Stalin en 1936 y en años sucesivos, se trasladaron al escenario español: el objetivo de aplastar a los trabajadores revolucionarios se convirtió en una prioridad.

La lucha contra los restos del poder revolucionario en Catalunya llegó a su momento decisivo a principios del mes de mayo. El incidente que la desató fue el intento de recuperar el dominio de las comunicaciones que, en Barcelona, todavía permanecían en manos de los militantes anarcosindicalistas desde el 19 de julio. La Central Telefónica era un claro ejemplo de doble poder: el gobierno de Madrid se veía obligado a aceptar que sus comunicaciones con la Generalitat fueran controladas por los obreros, con el riesgo que eso suponía.

Con el objetivo de eliminar este obstáculo, el 3 de mayo un destacamento de Guardias de Asalto comandados por el dirigente del PSUC, Rodríguez Salas, intento desarmar a los milicianos que se encontraban en los pisos inferiores del edificio de la Telefónica. La reacción de los obreros anarquistas que custodiaban los pisos superiores fue inmediata y la refriega de disparos no se hizo esperar. La provocación estalinista desencadenó la movilización de miles de trabajadores en las fábricas y en los barrios que volvieron a tomar las armas y levantaron barricadas. El movimiento insurreccional se extendió como la pólvora por todas las zonas de la ciudad y fuera de ella, como en Lérida, donde la misma noche del 3 de mayo, la Guardia Civil rindió sus armas a los obreros, o en Tarragona y Girona, donde los locales del PSUC y Estat Catalá fueron tomados como medida preventiva por militantes del POUM y CNT.

Los dirigentes del POUM y la CNT tenían en sus manos la capacidad de dar un cambio drástico a la situación. Apoyándose en la acción revolucionaria de los obreros de Barcelona podían haber tomado el poder en una vasta zona, haber profundizado el control obrero en las fábricas y las colectivizaciones en toda Catalunya, realizado la centralización de las milicias para librar una guerra revolucionaria contra Franco y hacer un llamamiento a los trabajadores del resto de la península para seguir su ejemplo. Los trabajadores catalanes marcaban de nuevo con su acción el camino de la revolución socialista.

La alarma en las filas gubernamentales era tremenda. Según escribe Botollen: “A las nueve y media de la noche [del martes 4 de mayo], Prieto volvió a comunicarse con Azaña. Le dijo que los destructores *Lepanto* y *Sánchez Barcáiztegui* (que debían evacuar al presidente) habían salido de Cartagena a las dos de la tarde y que cinco

cómplice de Stalin y traiciona la causa de la clase obrera y el socialismo! (...) La verdad se abrirá camino, el día de la verdad está más cercano, mucho más cercano de lo que piensan los señores del Kremlin. El día en que el socialismo internacional juzgará los crímenes cometidos en el curso de los últimos diez años, esta próximo (...) Para que la Unión Soviética y el movimiento obrero internacional en su conjunto no sucumban definitivamente bajo los golpes de la contrarrevolución abierta y del fascismo, el movimiento obrero debe desembarazarse de Stalin y del estalinismo. Esa mezcla del peor de los oportunistas —un oportunismo sin principios—, de sangre y de mentiras, amenaza emponzoñar el mundo entero y aniquilar los restos del movimiento obrero. ¡Lucha sin tregua al estalinismo! ¡No al frente popular, sí a la lucha de clases! Tales son las tareas imperativas de la hora (...) Recobro mi libertad. Vuelvo a Lenin. A su enseñanza y a su acción. Pretendo consagrar mis humildes fuerzas a la causa de Lenin: ¡Quiero combatir, pues solamente nuestra victoria —la victoria de la revolución proletaria— liberará a la Humanidad del capitalismo y a la Unión Soviética del estalinismo! ¡Adelante hacia nuevos combates por el socialismo y la revolución proletaria! ¡Por la construcción de la IV Internacional!...” Reproducido en Elisabeth K. Poretzki, *Nuestra propia gente*, Ed. ZYX, Madrid, 1972.

compañías de la fuerza aérea llegarían a Valencia a las tres de la mañana camino de Barcelona, ‘El espíritu de las fuerzas magnífico, así como el de las dotaciones de los barcos’. A esto Azaña replicó: ‘Aquí, en mi residencia [el edificio del Parlamento Catalán], seguimos sin grandes medios de defensa’...’⁴³⁴

Los acontecimientos de aquellas jornadas de mayo han pasado a la historia como el canto del cisne de la revolución. El martes 4, la prensa de la CNT pedía la dimisión de Salas pero no mencionaba ni una sola palabra sobre los obreros insurrectos. Tampoco en *La Batalla*, órgano del POUM, se proponían consignas ni directrices. Los dirigentes de la CNT optaron por pedir a los obreros que abandonasen las barricadas y se sometiesen a la disciplina del Frente Popular. En ese momento, la escisión entre los militantes anarquistas, combatientes activos de las barricadas, y sus líderes alcanzó el punto máximo. Una política revolucionaria sería por parte del POUM, cuyos militantes fueron saludados calurosamente por los miembros de la CNT en el fragor de la batalla callejera, podría haber atraído a sus filas a miles de obreros y jóvenes anarquistas. Sin embargo, los líderes del POUM no tomaron ninguna iniciativa. A pesar de todo, los obreros no se movieron. Los ministros de la CNT tuvieron que realizar un gran esfuerzo por convencer a los trabajadores confederales para que depusieran su actitud. Federica Montseny y García Oliver se dirigieron una y otra vez por radio a los militantes anarquistas para que abandonasen las barricadas, propagando una profunda desmoralización y frustración entre los mejores combatientes de la revolución.⁴³⁵

⁴³⁴ Bolloten, *op. cit.*, p. 672.

⁴³⁵ Burnett Bolloten reseña la actuación de los líderes anarquistas registradas en las conversaciones efectuadas por radio en aquellas jornadas: “El jueves 6 de mayo por la tarde, se recibió en casa CNT-FAI la noticia de que 1.500 guardias de Asalto habían llegado a las afueras de Tortosa, 190 kilómetros al sur de Barcelona. Tanto Federica Montseny, ministra de Sanidad, que había llegado el día anterior para colaborar en los intentos de pacificación, como Mariano Vázquez, secretario de la CNT, se apresuraron a ir al Palacio de la Generalitat para comunicarse con Valencia [sede del gobierno de la República]. No sin razón temían que los guardias de Asalto provocaran a su paso insurrecciones en las localidades del camino controladas por anarquistas. Recayó en el cenetista García Oliver, ministro de Justicia que había regresado a Valencia, y en Ángel Galarza, ministro de Gobernación, la tarea de convencer a Vázquez y a Montseny de que facilitaran el paso de los guardias de Asalto por Catalunya y que restablecieran la calma en la ciudad antes de la llegada de los refuerzos. Las discusiones secretas que tuvieron lugar por telégrafo para poner fin a la lucha forman parte de las notas y documentos de Companys sobre los sucesos de mayo, de los cuales se reproducen a continuación los fragmentos más importantes:

García Oliver: Aquí Valencia, Gobernación. ¿Está el ministro de Sanidad?

Montseny: Sí... oye, García. Mariano va a hablarte y luego hablaremos con Galarza.

Vázquez: (...) En muchos lugares la rotura de carnets de la CNT ha sido sistemática... Cinco compañeros de la escolta de Eroles (Dionisio Eroles, anarquista y jefe de los servicios del Comisariado General de Orden público) han sido sacados de sus lugares y asesinados. Estas y otras muchas causas parecidas han dado por resultado que los camaradas se hayan aprestado a la defensa. Situación ambiental más difícil al conocerse llegada Tortosa mil quinientos guardias. En estos momentos es imposible predecir lo que ocurrirá (...) Si Fuerza pública que viene de Valencia sigue avanzando, no será posible evitar en el camino encendiendo hogueras en los pueblos que hasta el presente no hicieron para nada.

García Oliver: Aquí García Oliver (...) Las fuerzas de Asalto que están en camino de Barcelona es indispensable que lleguen a su destino para reemplazar a las fuerzas de Barcelona, excesivamente agotadas, nerviosas y apasionadas en la lucha... Se impone que comprendáis así y lo hagáis comprender a los Comités y a los compañeros, de la misma manera que es indispensable que lo hagáis comprender a todos los compañeros de los pueblos que deben cruzar estas Fuerzas, de verdadera pacificación imparcial, absolutamente imparcial, por que el Gobierno no ignora que sin esta justa imparcialidad de las Fuerzas Públicas, el conflicto, lejos de solucionarse, se agravará, extendiéndose a toda Cataluña y al resto de España, con el consiguiente fracaso político y militar del Gobierno...”. Bolloten, *op. cit.*, pp. 700-701.

Un mes antes de estas jornadas, un destacado militante anarquista italiano exiliado en Barcelona, Camilo Berneri, escribió una carta abierta a Federica Montseny: “Es hora de darse cuenta de si los anarquistas estamos en el Gobierno para hacer de vestales a un fuego, casi extinguido, o bien si están para servir de gorro frigio a politicastos que flirtean con el enemigo, o con las fuerzas de la restauración de la república de todas las clases. (...) El dilema guerra o revolución no tiene ya sentido. El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota (...) El problema para ti, y para los otros compañeros, es el de escoger entre el Versalles de Thiers o el París de la Comuna”.⁴³⁶

El miércoles 5 de mayo, representantes del Gobierno y dirigentes anarquistas se trasladaron a Lérida a detener a un grupo de 500 milicianos de la CNT y POUM que se dirigían a la capital catalana en apoyo de los obreros insurrectos. Mientras tanto, en la capital catalana se sucedieron violentos combates; los militantes confederales demostraban que no estaban de acuerdo con las instrucciones de sus líderes.⁴³⁷

Los dirigentes de la CNT, superados completamente por su base, propusieron un “acuerdo” a los trabajadores insurrectos para levantar las barricadas: cada partido mantendría sus posiciones y los comités responsables serían informados si en algún lugar se rompía el pacto. Obviamente, el gobierno aceptó la propuesta con tal de frenar el movimiento. Los líderes de la CNT y el POUM, contentos con las declaraciones de los representantes gubernamentales, instaron a los obreros a abandonar las barricadas y volver al trabajo. Tan solo el pequeño grupo de los Bolcheviques-Leninistas, (sección española de la IV Internacional) y Los Amigos de Durruti, que gozaban de cierta influencia entre los obreros anarquistas movilizados, distribuyeron propaganda revolucionaria en las barricadas emplazando a los trabajadores a continuar la ofensiva. El grupo anarquista disidente, dirigido por Jaime Balius, fue denunciado por la dirección de la CNT-FAI como agentes provocadores y su propaganda calificada de inaceptable.⁴³⁸

El jueves 6 de mayo, el Gobierno movilizaba ya a 1.500 guardias de asalto desde Valencia con la intención de desarmar a los obreros barceloneses. Los líderes de la CNT entregaron todo el poder militar a los mandos enviados por el gobierno republicano. El resultado no se hizo esperar: la represión se cebó contra los trabajadores que fueron desarmados violentamente por los guardias de asalto provenientes de Valencia, a los que el gobierno de Companys prestó toda su colaboración. Además de los 500 muertos y de los cerca de 2.000 heridos durante los enfrentamientos entre los obreros revolucionarios y las fuerzas republicanas y estalinistas, posteriormente muchos

⁴³⁶ *Guerra di classe*, 14 de abril de 1937, citado en Gabriel Jackson, *Entre la reforma y la revolución, 1931-1939*, Ed. Crítica.

⁴³⁷ Ese mismo día se produjeron tres incidentes de sangre que contribuyeron a envenenar más la tensión de las calles: Antonio Sesé, recién nombrado consejero del PSUC-UGT en el gobierno catalán, fue asesinado cuando se dirigía al Palacio de la Generalitat. El coronel Escobar, delegado de Orden Público, fue herido gravemente de bala al llegar a Barcelona para hacerse cargo del puesto. En la noche de ese mismo día, los militantes anarquistas Camilo Berneri y Francesco Berbi también fueron secuestrados y asesinados.

⁴³⁸ Sobre la agrupación Los Amigos de Durruti hay trabajos excelentes de Agustín Guillamón: *Los Amigos de Durruti*, en Balance, nº 30; *El testamento de Durruti. Antología de textos de los amigos de Durruti y otros documentos*, Balance nº 17 y 18, mayo 20102, segunda edición. *Biografías de los principales miembros y colaboradores de los Amigos de Durruti*, Balance nº 24, abril de 2002. También el libro de Miquel Amorós, *La revolución traicionada. la verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti*, Barcelona, Virus, 2003

militantes de la CNT y el POUM fueron encarcelados acusados de “contrarrevolucionarios”.⁴³⁹

Las calumnias y mentiras contra el levantamiento obrero de mayo llenaron la prensa estalinista. *Pravda* se refirió a él como un “putsch trotskista-anarquista” ordenado por Franco. *L’Humanite*, órgano del PCF, se lo calificó de “putsch hitleriano”; *Frente Rojo*, del PCE, lo presentó como un golpe de “agentes trotskistas contrarrevolucionarios”. En los documentos secretos enviados a la Comintern, la línea de la propaganda oficial estalinista fue delineada con claridad: “(...) los trotskistas-poumistas se revelaron a la nación como la gente que pertenece en cuerpo y alma a la quinta columna de Franco, La gente está alimentando una animosidad increíble contra los trotskistas. Las masas están exigiendo una represión enérgica y despiadada. Eso es lo que piden las masas del pueblo de toda España, Cataluña y Barcelona. ¡Piden el completo desarme, la detención de los dirigentes, la creación de un tribunal militar especial para los trotskistas! Eso es lo que exigen las masas...”⁴⁴⁰

En junio de 1937 el POUM fue disuelto, sus principales dirigentes fueron detenidos y miles de militantes tuvieron que pasar a la clandestinidad. Como hemos señalado anteriormente, Andreu Nin, después de sufrir brutales torturas, fue asesinado por un comando especial del GPU.⁴⁴¹ Este crimen provocó la reacción de muchos trabajadores

⁴³⁹ La dirección del POUM, superada completamente por los acontecimientos, con sus líderes colgados a las faldas de los dirigentes anarcosindicalistas y rechazando muchas de las iniciativas planteadas por sus militantes más a la izquierda como Rebull y Solano, hizo pública una declaración de su Comité Ejecutivo en *La Batalla* del 6 de mayo: “Desbaratada la maniobra contrarrevolucionaria, los trabajadores deben retirarse de la lucha y reintegrarse hoy, sin falta y disciplinadamente, al trabajo, con objeto de seguir laborando con todo entusiasmo para derrotar rápidamente al fascismo. El POUM da la orden a todos su militantes armados para que se retiren de las barricadas y las calles, reintegrándose al trabajo, aunque continuando en una actitud vigilante”. En *La Batalla* también se podía leer que el proletariado había “obtenido una importante victoria parcial...Ha desbaratado la provocación contrarrevolucionaria. Ha conseguido la destitución de los responsables directos de la provocación. Le ha asestado un serio golpe a la burguesía y al reformismo. Hubiera podido obtener más, muchísimo más, si quienes asumen la dirección de las organizaciones hegemónicas de la clase obrera de Cataluña hubieran sabido estar a la altura de las masas (...) El proletariado debe permanecer sin embargo vigilante. Debe montar guardia, arma en brazo. Vigilar los movimientos de la burguesía y del reformismo, presto a desbaratar las maniobras contrarrevolucionarias”. Citado en Bollothen, *op. cit.*, p. 699.

⁴⁴⁰ Citado en Radosh, *op. cit.*, p. 249. Según Radosh y sus colaboradores se trata de un informe enviado por un representante de la Comintern en España, posiblemente de Codovilla. *Ibid.*, p. 225.

⁴⁴¹ A pesar de la ruptura política con Nin y de sus diferencias profundas con el POUM, León Trotsky escribió un artículo, el 8 de agosto de 1937, tributando el valor y coraje del revolucionario catalán. “Cuando Nin, el dirigente del POUM, fue detenido en Barcelona, no podía existir la menor duda: los agentes de la GPU no le dejarían vivo. Las intenciones de Stalin se han evidenciado con un cinismo excepcional cuando la GPU, que tiene en sus garras a la policía española, lanzó una declaración en la que acusaba a Nin y a toda la dirección del POUM de ser ‘agentes’ de Franco. El carácter absurdo de esta afirmación es evidente para todos los que conocen los datos elementales de la revolución española. El fundador y dirigente del POUM, J. Maurín fue hecho prisionero y fusilado por el general Franco, al principio de la guerra civil [en ese momento se desconocía el paradero de Maurín y le daban por fusilado, pero en realidad estaba encarcelado en zona nacional]. Los militantes del POUM se han batido heroicamente contra los fascistas en todos los frentes de España. Nin es un veterano e incorruptible revolucionario. Defendía los intereses del pueblo español y combatía a los agentes de la burocracia soviética. Precisamente por esto, los agentes de la GPU se han desembarazado de él, gracias a una operación bien calculada en la prisión de Barcelona. En lo que concierne al papel desempeñado en este asunto por las autoridades españolas oficiales, no podemos emitir sino suposiciones. “La información dada en el despacho, e inspirada por la GPU, califica a Nin de ‘trotskysta’. El revolucionario desaparecido protestó frecuentemente contra esta calificación. Y con razón. El POUM tuvo siempre una actitud hostil a la IV Internacional, tanto bajo la dirección de Maurín como bajo la de Nin. Es cierto que durante los años 1931-33, Nin, que en esta época estaba fuera del POUM mantenía una

e intelectuales, dentro y fuera del Estado español. Los muros de numerosas ciudades se pintaron con la proclama “¿Dónde está Nin?”, que a su vez era contestada por los estalinistas con una soflama indigna: “En Salamanca o en Berlín”.

Al igual que Nin, decenas de militantes anarquistas, poumistas y trotskistas fueron eliminados por la represión del aparato estalinista, en medio de una campaña ensordecedora. “Justificar la supresión de revolucionarios con calumnias no es nada nuevo”, escribe Felix Morrow, “Cuando, en París, la insurrección de junio de 1848 fue ahogada en sangre, el demócrata de izquierdas Flaucon aseguró ante la Asamblea Nacional que los insurrectos habían sido sobornados por los monárquicos y los gobiernos extranjeros. Cuando los espartaquistas fueron asesinados, Ludendorff —y, por tanto, los socialdemócratas que los mataron— les acusaron de ser agentes de Inglaterra. Cuando la contrarrevolución resultó victoriosa en Petrogrado, tras los días de julio, Lenin y Trotsky fueron calificados de agentes del káiser. La destrucción de la generación de 1917 es llevada a cabo ahora por Stalin, acusándolos de haberse vendido a la Gestapo.”⁴⁴²

La derrota de los obreros catalanes marcó una etapa final en el avance de la contrarrevolución. Hasta este momento, la recomposición del Estado burgués se había logrado gracias a las muletas de los dirigentes más izquierdistas, empezando por Largo Caballero y los líderes de la CNT. Stalin comprendía que los servicios prestados por el ala izquierda del Frente Popular habían sido muy útiles, pero representaban un estorbo en esta nueva fase de represión. Bajo la consigna, ¡abajo los trotskofascistas!, los dirigentes del PCE y sus aliados, republicanos burgueses y socialistas de Prieto, dieron marcha a una campaña de burdas manipulaciones y falsas acusaciones contra el POUM y sus dirigentes. Para lograr su ilegalización, desmantelamiento y procesamiento no se ahorró en medios, desde fabricar informes falsos que supuestamente probaban su colaboración con Falange, hasta la detención y eliminación física de sus militantes y dirigentes, como fue el caso de Andreu Nin.⁴⁴³ En esa coyuntura Stalin exigía un trabajo completo al gobierno republicano, pero Largo Caballero no estuvo dispuesto a participar de estas burdas maniobras. Su negativa a colaborar en las acusaciones montadas contra

amistosa correspondencia conmigo. Pero desde el comienzo de 1933 ciertas divergencias sobre cuestiones esenciales provocaron la ruptura total entre nosotros. A lo largo de estos últimos cuatro años no hemos intercambiado más que artículos polémicos. El POUM ha excluido a los ‘trotskystas’ de sus filas. Pero para facilitar su tarea, la GPU llama ‘trotskystas’ a todos los que se oponen a la burocracia soviética. Esto facilita su sangrante represión. A pesar de las divergencias que me separan del POUM, debo reconocer que, en la lucha que Nin llevaba contra la burocracia soviética, la justicia estaba enteramente de su lado. Se esforzaba por defender la independencia del proletariado español, contra las maquinaciones burocráticas de la pandilla en el poder en Moscú. Rehusó colaborar con la GPU para arruinar los intereses del proletariado español. Éste es su único crimen. Y lo pagó con su vida.”

⁴⁴² Felix Morrow, *op. cit.*, p. 208.

⁴⁴³ La descripción del montaje contra el POUM en el que se le implicaba falsamente en un “complot” falangista, fue urdido por el agente del NKVD Pedro bajo las instrucciones directas de Orlov y una permanente comunicación con Moscú. La posterior farsa judicial ha sido objeto de numerosos estudios. Entre las aportaciones más importantes para desentrañar la verdad sobre el martirio de Nin y la responsabilidad del NKVD en su asesinato y en el aplastamiento del POUM, María Dolors Genovés realizó un impresionante documental para TV3 titulado *Operación Nikolai*. Apoyándose en una gran investigación y la identificación de documentos claves en los archivos rusos, Genovés desmontó las falsas versiones y mentiras que han subsistido hasta nuestros días en la literatura histórica de corte estalinista. Se puede consultar una síntesis de su trabajo en la página de la Fundación Andreu Nin <http://www.fundanin.org/genoves.htm>

el POUM, precipitó la crisis en las filas del Frente Popular y su salida del gobierno, larvada desde hacía meses.

EL GOBIERNO DE JUAN NEGRÍN: REPLIEGUE DEFINITIVO DE LA REVOLUCIÓN

La campaña contra el POUM y los provocadores “trotskofascistas” arreció desde la dirección del PCE, respaldada por toda la maquinaria de la Comintern en el plano internacional. En los días en que el porvenir de la revolución social estaba sentenciada, José Díaz insistió en que había que sepultarla. En un discurso pronunciado en el cine Capitol de Valencia, el 9 de mayo de 1937, afirmaba: “(...) Nosotros hemos denunciado muchas veces a los trotskistas como un grupo contrarrevolucionario al servicio del fascismo. Había organizaciones que creían que los atacábamos pasionalmente, por tratarse de elementos expulsados de nuestras filas. Los hechos han venido a darnos la razón. Todos los obreros deben conocer el proceso que se ha desarrollado en la URSS contra los trotskistas. Es Trotski en persona el que ha dirigido a esta banda de forajidos que descarrilan los trenes de la URSS, practican el sabotaje en las grandes fábricas, y hacen todo lo posible por descubrir los secretos militares, para entregarlos a Hitler y a los imperialistas del Japón. Y cuando esto ha sido descubierto en el proceso y los trotskistas han declarado que lo hacían en combinación con Hitler, con los imperialistas del Japón, bajo la dirección de Trotski, yo pregunto: ¿es que no está totalmente claro que eso no es una organización política o social con una determinada tendencia, como, los anarquistas, los socialistas o los republicanos, sino una banda de espías y provocadores al servicio del fascismo internacional? ¡Hay que barrer a los provocadores trotskistas! (...)

“Si a los diez meses de guerra no hay una política firme para poner a la retaguardia a la altura en que se van colocando algunos frentes, yo, y conmigo estoy seguro de que pensarán todos los antifascistas; comienzo a pensar: o este Gobierno pone orden en la retaguardia, o si no lo hace tendrá que hacerlo otro gobierno de Frente Popular (...) Y yo digo: ¿Hasta cuándo van a durar los incontrolables en España? ¿Cómo es posible que en estos momentos se produzcan estos levantamientos? ¿Con qué armas se han levantado estos elementos para luchar contra la fuerza pública y contra la República? Se han levantado con fusiles, con ametralladoras, con cañones, con carros blindados, con todos los elementos más modernos que el propio Gobierno ha puesto en manos de estos forajidos para que luchen en el frente, y que en lugar de estar en el frente estaban escondidos no sé dónde, esperando la hora de emplearlos contra la República. Nosotros no sabemos dónde, pero hay alguien que tiene la obligación de saberlo. En primer lugar, el Gobierno. En segundo lugar, el ministro de la Gobernación. O el ministro de la Gobernación desarma a los que quieren apuñalar la revolución y la guerra por la espalda, o debe dejar de ser ministro (...).”

Las denuncias contra Largo Caballero por su actitud ante los acontecimientos de mayo y su resistencia a desencadenar una política de exterminio contra el POUM, como le exigía la dirección del PCE, no pararon ya hasta el final de la Guerra, incluso cuando el dirigente socialista salió del gobierno y fue sometido a unas condiciones de

marginalidad política. Los pasos para desalojar a Caballero del Ejecutivo republicano se dieron con rapidez, y la derecha del PSOE colaboró sin remilgos en la tarea.

La historia oficial del Partido señala: “(...) El jefe del gobierno no tomaba ninguna medida. Peor aún, alguna de las adoptadas en los primeros momentos quedaba sin efecto. Se ponía en libertad a los ‘putschistas’ que habían sido detenidos. Los responsables del movimiento subversivo contra la República levantaban de nuevo la cabeza. La dirección del Partido Comunista, tratando de cerrar el paso a nuevas provocaciones, se puso en relación con la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista para establecer una línea de conducta común a seguir ante la situación creada en el país. Entre los dos partidos hubo acuerdo en la apreciación de la gravedad de la situación política y en la necesidad de buscar una salida a la crisis que estaba en el ambiente.”

El relato continúa abordando los detalles de la crisis de gobierno: “El 14 de mayo de 1937, en la reunión del Gobierno Central, los ministros comunistas preguntaron al Presidente y al Ministro de Gobernación acerca del uso que habían hecho del voto de confianza que se les había concedido para sofocar el movimiento subversivo de mayo en Cataluña; que medidas habían sido tomadas para desarmar a los ‘incontrolados’ y castigar a quienes atentaban contra la República, o que dificultades encontraba el gobierno para dar efectividad al acuerdo del Consejo de Ministros. Largo Caballero eludió el dar explicaciones al Consejo de Ministros y declaró que se oponía a tomar medidas contra los responsables de los sucesos de Mayo en Cataluña. Arguyendo que éstos no se habían producido contra el gobierno, ‘sino entre los dos elementos sindicales y políticos que pretendían monopolizar la dirección suprema de los obreros de la región catalana’. Ante la posición del Presidente del Consejo, los ministros comunistas declararon que, en tales condiciones, ellos no podían continuar participando en el gobierno. Largo Caballero trató de quitar importancia a la actitud de los ministros comunistas y de seguir la reunión diciendo: ‘El Consejo de Ministros continúa’. Indalecio Prieto repuso que la retirada de los comunistas era la crisis y que el gobierno no podía continuar deliberando. Largo Caballero hubo de suspender la reunión. La crisis estaba abierta.”⁴⁴⁴

En la reunión del gobierno, los ministros comunistas habían conminado a Largo Caballero a decretar la disolución del POUM en términos que excluían cualquier compromiso, pero el presidente rechazó que el POUM fuese una organización fascista, declaró que no disolvería el partido, y que los tribunales deberían decidir, en todo caso, sobre esta cuestión. El PCE contaba con el apoyo de la mayoría del Consejo, y sobre todo con Indalecio Prieto que, en palabras del ministro comunista Uribe, “participó en el plan de para cambiar a Caballero de la jefatura del gobierno, aunque sin dar la cara de verdad (...) Prieto quería vengarse de Largo Caballero, a quien no perdonaba, entre otras cosas, que frustrase la ambición de Prieto de ser jefe de gobierno allá por mayo del 36.”⁴⁴⁵

El enfrentamiento también se alentó por discrepancias sobre las operaciones militares. Largo Caballero tenía en mente una gran ofensiva militar sobre Extremadura, con el fin de cortar las comunicaciones del ejército franquista con el sur del país, de donde provenían sus constantes refuerzos de tropas marroquíes e italianas. Pero esta iniciativa, prevista para principios de mayo, fue aplazada por el general Miaja, detrás del cual

⁴⁴⁴ *Guerra y Revolución en España*, Vol. III, *op. cit.*, pp. 79-80.

⁴⁴⁵ *Mundo Obrero* (París), 25 de septiembre de 1947, citado en Bolloten, *op. cit.*, p. 709.

estaban los mandos militares del PCE y los asesores soviéticos que de ninguna manera querían una operación de este calibre con Largo Caballero al frente del gobierno, y mucho menos un éxito que pudiese apuntarse alguien que representaba un obstáculo en sus planes estratégicos.

La crisis ministerial se prolongó por unos días, en los que Largo Caballero trató, infructuosamente, mantenerse al frente del gobierno e incluso ampliar sus responsabilidades concentrando en sus manos el Ministerio de la Guerra, que ya tenía, y el de Marina y Aire. Azaña, presidente de la República, y protagonista de las muchas reuniones que se celebraron en esas jornadas con los representantes del PCE, republicanos, socialistas de derechas y el propio Caballero, manifestó su contrariedad por la actitud del presidente del gobierno y no ocultó sus simpatías por las maniobras de los dirigentes estalinistas, y de los partidarios de Prieto, para deshacerse de él. Finalmente, Largo Caballero tuvo que desistir de formar nuevo gobierno, por no contar con ningún apoyo de los partidos del Frente Popular, salvo el de los dirigentes anarcosindicalistas. La historia oficial del Partido narra aquellos momentos: "(...) En nombre de la Comisión Ejecutiva del PSOE, Juan Negrín y Anastasio de Gracia visitaron al Presidente del Consejo para poner a su disposición los cargos de los tres ministros designados por su partido. Este consideraba que en aquellas circunstancias sólo era posible un gobierno del Frente Popular, en el que estuvieran representados los comunistas. El 15 de mayo, Largo Caballero presentó su dimisión al señor Azaña. El cual la aceptó y abrió el periodo de consultas. Respondiendo a la invitación del presidente, José Díaz, en nombre del Partido Comunista, declaró que el PC consideraba indispensable la formación de un gobierno de Frente Popular presidido por un socialista, en el cual estuvieran representados todos los partidos políticos y organizaciones sindicales. Que el PC estaba dispuesto a participar en ese gobierno, siempre que, por su programa y por sus métodos de dirección colectiva de la política, garantizase las condiciones mínimas para continuar la resistencia y hacer posible la victoria de la República (...)

“Ante la imposibilidad de reconstruir el gobierno como lo deseaba Largo Caballero, Azaña encargó al socialista Juan Negrín, que desempeñaba la cartera de Hacienda en el anterior Ministerio, formar nuevo gabinete (...) La propuesta fue aceptada por la mayoría de las fuerzas del Frente Popular y se constituyó el nuevo gobierno. El PCE conservó sus antiguas carteras. Para concentrar en manos de Prieto la dirección de la guerra, como ya había propuesto la Comisión Ejecutiva del PSOE en la crisis de septiembre de 1936, los ministerios de Guerra, de Marina y Aire se refundieron en el Ministerio de Defensa Nacional. Quedaron fuera del gobierno la UGT y la CNT, disconformes con la solución Negrín.”⁴⁴⁶

El nuevo ejecutivo contó con el respaldo y apoyo efectivo del PCE y la Comintern, que le sostuvo hasta el golpe de Estado casadista, en los días finales de la guerra civil. Dicho esto, la controversia sobre el papel de Negrín y su alianza con los dirigentes estalinistas ha sido fuente de una de las polémicas más intensas entre los historiadores de la guerra

⁴⁴⁶ *Guerra y Revolución en España*, Vol. III, *op. cit.*, pp. 80-83.

La composición de este gabinete, designado el 17 de mayo, fue la siguiente: Presidencia, Hacienda y Economía, Juan Negrín (PSOE). Estado, José Giral (IR). Justicia, Manuel de Irujo (PNV). Defensa Nacional, Indalecio Prieto (PSOE). Gobernación, Julián Zugazagoitia (PSOE). Instrucción Pública y Sanidad, Jesús Hernández (PCE). Obras Públicas y Comunicaciones, Bernardo Giner de los Ríos (UR). Trabajo y Asistencia Social, Jaime Aiguadé (ERC). Agricultura, Vicente Uribe (PCE)

civil. Por supuesto, los proclives a la política del Frente Popular, y contrarios a presentar aquellos acontecimientos como una profunda revolución social y una guerra de clases, insisten en la “independencia” de criterio de Negrín frente al PCE y los asesores soviéticos. Más allá de todos los detalles sobre esta relación, la coincidencia en todos los aspectos fundamentales entre Negrín y los dirigentes del PCE, tanto políticos como militares, y también la consolidación de las posiciones del Partido dentro el aparato del Estado durante los primeros meses de su mandato, esta sobradamente atestiguada.

Los informes enviados por los delegados de la Comintern en el partido español aclaran bastante este punto. Excepcionales por su tono directo, son los escritos por Palmiro Togliatti, el camarada “Alfredo” o “Ercoli”, que para esas fechas era el jefe real del Buró Político del PCE, tras relevar a Vittorio Codovilla, y que se convertiría en el máximo responsable de las decisiones tácticas del Partido hasta el final de la guerra y la salida de los dirigentes comunistas al exilio.

En uno de estos informes, Togliatti aboga por una acción todavía más contundente para obtener la hegemonía en el ejército y en el aparato del Estado, al amparo de las grandes expectativas abiertas con el gobierno Negrín: “No cabe duda de que la caída del gobierno de Largo Caballero y la formación del gobierno Negrín han creado una situación más favorable tanto para la solución de los problemas que se le plantean al pueblo español en cuanto a los modos de ganar la guerra como para la actividad del partido”, escribe Togliatti. Y continúa: En algunos sectores, gracias a la nueva situación y a la política del nuevo gobierno, se registran ya ciertos éxitos. El partido ha sido capaz de reforzar su autoridad ante el pueblo y a los ojos de los demás partidos, sobre todo al haber logrado cortar el ataque de Caballero y de su grupo. Un dato positivo en esa situación es también el hecho de que se haya logrado adoptar una serie de medidas contra el POUM, que han ayudado al fortalecimiento de las retaguardias. La disolución del soviet de Aragón ha sido otro golpe infligido a los elementos ‘irresponsables’ y ‘responsables’ del anarquismo, y también ha dado resultados positivos. El hecho, además, de que las organizaciones no hayan podido oponerse a esas medidas del gobierno, dirigidas directamente contra ellas, ha contribuido a disminuir su autoridad y ha sembrado desavenencias entre sus filas (...)

“El partido ha cambiado profundamente. Se ha convertido en un gran partido, que recoge, sin duda, en sus filas a la mejor parte del pueblo. Está lleno de espíritu combativo, de entusiasmo y de iniciativa. Su autoridad ha aumentado de modo extraordinario. Sus jefes exponen de forma muy popular todo lo que el pueblo entiende, quiere y siente (...) El partido ha comprendido muy bien una cosa: que debe llevar adelante una lucha coherente para ampliar y reforzar sus posiciones en el ejército, en la policía, en el aparato estatal, etc. El reforzamiento de las posiciones del partido en el ejército, en primer lugar, y en el aparato estatal es una de las principales garantías de la victoria. A mi parecer hay que continuar tal batalla. No se puede perder ninguna de las posiciones ya conquistadas por nosotros en todas partes, y es necesario conquistar otras nuevas. Si algo hay que reprocharle al partido es no haber sabido utilizar la caída del gobierno de Largo Caballero para hacerse con nuevas posiciones importantes (...).”⁴⁴⁷

Las anteriores medidas de Largo Caballero para relevar de sus puestos a altos oficiales del PCE, fueron rectificadas en las primeras semanas del gobierno Negrín y todos

⁴⁴⁷ Palmiro Togliatti, informe del 30 de agosto de 1937, en Palmiro Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, Ed. Crítica, Barcelona, 1980, pp. 126-142.

volvieron a sus antiguos destinos militares. Antonio Cerdón fue nombrado por Prieto jefe del Estado Mayor del Ejército del Este. El control militar de Catalunya por las fuerzas estalinistas se completó. El general Sebastián Pozas, que había ingresado en las filas del Partido en octubre de 1936 cuando recibió el mando del Ejército del Centro, fue nombrado el 5 de mayo comandante militar de Catalunya y del ejército del Este en Aragón. En ese momento se adhirió públicamente al PSUC.

Con Prieto al frente del Ministerio de Defensa, el proceso de militarización se aceleró definitivamente, con el esfuerzo de los cuadros y mandos del PCE, y el 23 de junio de 1937 se publicó el decreto por el que se suprimieron los últimos cuarteles de milicias. “Como jefe del Estado Mayor se nombró al coronel Vicente Rojo Lluch”, señala la historia oficial del Partido, “que conocían y admiraban los combatientes por su competencia profesional y lealtad a la causa de la República, y que tan destacada participación había tenido en la organización de la defensa de Madrid. El 7 de junio el gobierno Negrín restableció el Consejo Superior de Guerra, encabezado por el jefe del gobierno y en el que participaban los ministros de Defensa (Prieto, socialista), de Estado (Giral, republicano) y de Agricultura (Uribe, comunista). Este Consejo debía elaborar un plan de guerra y tenía, entre otras atribuciones, la de sancionar las operaciones militares proyectadas por el Estado Mayor Central, disponer la movilización de reemplazos y aprobar los programas de producción y distribución de armamento y la organización de los servicios auxiliares y los transportes militares.”

La toma de decisiones en consonancia con los objetivos propuestos por el PCE en otros terrenos vitales también se sucedieron: “Paralelamente, el gobierno tomó una serie de medidas enérgicas encaminadas a reforzar el orden público, concentrando en sus manos todos los resortes del poder. Para estatuir un orden riguroso y terminar con toda clase de desmanes, se puso coto a las arbitrariedades de los comités, se renovó la orden de disolución de las ‘Patrullas de Control’ en Cataluña y se procedió al desarme de la retaguardia”. La historia oficial del Partido continúa: “A las órdenes inmediatas del Ministerio de la Gobernación se creó el Departamento Especial de Información del Estado, encargado de organizar y dirigir la lucha contra el espionaje y las actividades de la quinta columna (...) El gobierno promulgó importantes disposiciones desde el Ministerio de Hacienda y Economía y el de Agricultura para la defensa de la economía nacional, y conducentes todas ellas a establecer sobre esta un control riguroso por parte del Estado. Con este fin se formó el Consejo Nacional de Economía, organismo coordinador y director de la vida económica del país. Dictó una disposición dando carácter legal a las colectividades agrícolas, constituidas a partir del 19 de julio de 1936. Dicha disposición encomendaba al Instituto de Reforma Agraria orientar el movimiento colectivista en el campo. Registrar todas las colectividades y ayudarlas con maquinaria, abonos, combustibles y artículos de primera necesidad, evitando fracasos económicos que pudieran enturbiar la fe de los trabajadores de la tierra en las formas de explotación colectiva. El Instituto debía impulsar la producción agraria y articularla en un plan de conjunto, ajustado a las necesidades económicas de la guerra. Dictó también un decreto sobre la organización voluntaria en cada pueblo de una cooperativa (...) Para estimular su creación, el Estado les ofrecía ayuda con créditos, semillas, aperos, ganado, exención total o parcial, de impuestos y otras ventajas. El decreto concedía a las colectividades agrícolas el derecho a ingresar en las cooperativas.”

El fondo que perseguían este conjunto de decisiones económicas queda claro en el balance histórico realizado por el Partido: “El gobierno trató de suprimir y cortar los

ensayos y experimentos tendentes a modificar las estructuras de la República, cuestión que debía determinar todo el país, cuando pudiera manifestarse libremente; pero respetando aquellos cambios que se habían producido en la zona leal después de la sublevación fascista y que mejoraban la situación de los trabajadores. Estas medidas contribuyeron a que se hicieran progresos en la organización de la producción agraria e industrial. La pequeña burguesía urbana y rural se vio más protegida por la República frente a los llamados incontrolados y se garantizó a los campesinos la libre elección de la forma de cultivo de sus tierras.”⁴⁴⁸

La esencia de los objetivos del gobierno, recogida en estas líneas, no puede ser más cristalina: “suprimir y cortar los ensayos y experimentos tendentes a modificar las estructuras de la República”, es decir, las realizaciones revolucionarias que podían modificar la base burguesa del régimen convirtiéndolo en una República Socialista.

Llegados a este punto, los avances del PCE eran indudables y contundentes. Todo esto provocó que en sus filas dirigentes, y también entre algunos consejeros como Stepanov, cundiera la idea de que podían alzarse con la hegemonía en la izquierda y del Estado. Pero esa no era la opinión de Stalin y de su delegado político más importante sobre el terreno, Togliatti, que rechazó esta visión e insistió en continuar profundizando en la política de alianzas con la derecha socialista, Prieto, y el resto de los partidos republicanos.

En su informe del 30 de agosto, Togliatti es rotundo al respecto “El éxito obtenido en el derrocamiento del gobierno de Largo Caballero se les subió a la cabeza a algunos camaradas. Esos camaradas decidieron que el éxito dependía exclusivamente del partido, olvidando que los centristas, con Prieto, habían jugado un papel muy importante tanto en la preparación como en la solución de la crisis. Esta errónea valoración ha hecho surgir la opinión de que el partido puede ya plantear la cuestión de su *hegemonía* y luchar abiertamente por esa hegemonía en el gobierno y en el país (...)

“En Cataluña esa confusión ha llegado hasta tal punto que los camaradas han planteado como tarea principal la de ‘luchar por la destrucción de todos los elementos capitalistas’ y ‘frenar el fortalecimiento de todos los elementos capitalistas’, llegando así, en consecuencia, a la conclusión de que tal política podía ser realizada sólo por un gobierno proletario y comunista (...) Está claro que, con tal óptica, los camaradas confusos no podían darse cuenta del hecho de que tras la caída de Caballero su tarea consistía por un lado en ejercer presión sobre el gobierno para obtener la puesta en práctica de una política de Frente Popular y por otro en preparar una ampliación de las bases del gobierno, suscitando mediante un trabajo político adecuado una diferenciación en las filas de anarquistas y caballeristas (...).”⁴⁴⁹

La idea con la que muchos historiadores han especulado, entre ellos Bolloren, y también hay que decir los propios dirigentes del PCE en sus escritos del exilio,⁴⁵⁰ de que existía

⁴⁴⁸ Todo el entrecomillado en *Guerra y Revolución en España*, Vol. III, *op. cit.*, pp. 88-90.

⁴⁴⁹ Palmiro Togliatti, informe del 30 de agosto de 1937, *op. cit.*, pp. 136-37.

⁴⁵⁰ Esta es la postura que quedó escrita en la *Historia del PCE*: “A la luz de los hechos históricos posteriores, aquella República parece, en cierto modo, la precursora de las modernas democracias populares de Europa en la primera fase del desarrollo de estos Estados, con las diferencias derivadas, claro está, de las circunstancias sociales e históricas tan distintas en que una y otras surgieron a la vida.” *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions Sociales, París 1960.

una pretensión de imponer en la República española un régimen de “democracia popular”, semejante a los que se establecieron en los países del Este de Europa tras la ocupación del Ejército Rojo y el estallido de levantamientos populares, no parece muy acertada. Como hemos señalado, Stalin quería a toda costa controlar los acontecimientos españoles a su medida, pero bajo ningún concepto una ruptura con el capitalismo ni la expropiación de la burguesía.

Negrín robusteció todas las medidas restauracionistas del poder burgués iniciadas anteriormente. El ejército volvió a la antigua jerarquía, eliminando cualquier tipo de democracia en su seno. Se redujo la paga de los milicianos de 10 a 7 pesetas diarias, mientras que los oficiales pasaron a ganar según el grado, de 25 a 100 pesetas. Los comités de abastecimiento desaparecieron o fueron sustituidos por auténticas asociaciones de empresarios que boicoteaban la distribución de alimentos, hacían estraperlo o acumulaban mercancías para forzar la subida de los precios de primera necesidad de la población.⁴⁵¹

La CNT-FAI perdió su hegemonía en Catalunya, paralelamente a la destrucción de los comités que controlaban en numerosos pueblos y localidades que fueron sustituidos por consejos municipales del Frente Popular. En junio se dio un paso más en la lucha contra la influencia de los anarcosindicalistas. Companys planteó un nuevo gobierno de la Generalitat, pero incluyó a un representante de Acció Catalana Republicana, una pequeña formación de clase media aliada de la Esquerra, y la CNT denunció la propuesta como una maniobra y una “deslealtad”, negándose a participar en el gobierno catalán si Companys no rectificaba esta decisión. “Es evidente que los dirigentes anarcosindicalistas”, escribe Bolloten, “no se daban cuenta de hasta que punto se había inclinado la balanza política en contra suya y quizá albergaban la ilusión de que Companys no intentaría gobernar sin ellos. Pero ya habían pasado los días del triunfo de la revolución, cuando Companys se veía obligado a tener en cuenta sus deseos. Abandonando su papel de hábil conciliador, adoptó una postura firme y dejó fuera a la CNT. ‘Soy el presidente de la Generalidad —declaró en una alocución radiofónica— por nombramiento del Parlamento y por ratificación explícita reiteradamente expresada por todos los sectores sindicales y políticos’. ‘¡Basta ya! Catalanes: el nuevo Gobierno de la Generalidad es de Frente Popular’ (...).”⁴⁵²

El gobierno de Catalunya y el central atacaron sin miramientos las filas revolucionarias. La represión contra los militantes anarcosindicalistas y poumistas se sucedieron como continuidad de la depuración de los comités revolucionarios y la ofensiva contra las colectividades. En el *Boletín de Información* de la CNT-FAI, del 30 de junio de 1937, se publicó una declaración del Comité regional de la CNT que decía: “Desde mayo a la fecha las provocaciones contra la CNT en Cataluña no han cesado. Se ha perseguido a militantes, se les ha provocado y asesinado; se han clausurado centros y deshecho colectividades, se han elevado al cubo los desafueros para arrastrar a la Confederación

⁴⁵¹ También se puso bajo control del gobierno central la industria de guerra catalana que se había levantado a partir del esfuerzo de los militantes anarcosindicalistas de las industrias del metal y la química. El 23 de septiembre de 1937 el gobierno de Negrín decretó la creación de la *Comisión de Industrias de Guerra de Cataluña*, que quedó directamente bajo el control del Ministerio de Defensa. Según Pelai Pagés: “A partir de ese momento la quiebra de la producción en las industrias de guerra catalanas fue ya irreversible. Era claro que el Gobierno de la república había hecho una opción clara a favor de la compra de material de guerra en el mercado europeo y no tenía ningún interés en la fabricación propia...” Pelai Pagés, *Cataluña en guerra y revolución*, op. cit., p. 166.

⁴⁵² Bolloten, op. cit., p. 757.

Regional del Trabajo de Cataluña a una actitud de defensa desesperada (...)”. En toda la prensa anarquista se denunciaba la oleada de detenciones de anarquistas, dando algunas cifras sin duda exageradas (*Solidaridad Obrera* hablaba en noviembre de 1937 de 15.000 presos políticos de izquierdas), lo que no significaba que el espíritu de revancha que presidía la acción gubernamental contra la revolución social fuera muy real.

Por su parte, el POUM se enfrentaba a su ilegalización, procesamiento y a la detención de sus máximos dirigentes, con el acuerdo explícito de Negrín. El 16 de junio, Ricardo Murillo, teniente coronel de la Guardia de Asalto, siguiendo las instrucciones del teniente coronel Antonio Ortega, director general de seguridad, ambos miembros del PCE, se incautó de los locales del POUM en Barcelona, detuvo a la mayoría de sus dirigentes, incluido Andreu Nin, y les envió a las cárceles de Valencia, salvo a Nin, que fue trasladado a Madrid por un comando del NKVD. Josep Rovira, comandante de la XXIX División y miembro del Comité Ejecutivo del POUM, también fue detenido por la policía estalinista en Barcelona, a dónde había acudido llamado por el general Pozas⁴⁵³, y la División fue disuelta.

En los meses siguientes, ya con Nin asesinado, la propaganda estalinista contra el POUM y el “trotskofascismo” se hizo aún más estridente. “Durante las últimas semanas que pasé en Barcelona”, escribe George Orwell, “el aire estaba viciado por una desagradable atmósfera de sospecha, temor, incertidumbre y odio velado. Las luchas de mayo habían causado efectos imborrables (...) Los espías de la policía estaban por todas partes. Las cárceles continuaban abarrotadas de personas detenidas cuando los sucesos de mayo, y había más presos —por supuesto, siempre anarquistas y miembros del POUM— que continuaban desapareciendo ellos solos o acompañados (...) Grupos armados de guardias de asalto recorrían las calles, los guardias civiles seguían ocupando cafés y otros edificios en puntos estratégicos (...) En diversos puntos de la ciudad había retenes de guardias civiles o carabineros donde se paraba a los transeúntes y se examinaba su documentación. Todos me advirtieron que no mostrara mi credencial de miliciano del POUM y me limitara a presentar el pasaporte y mi certificado del hospital (...) En cuanto a mí, tendría que ocultarme, perspectiva que me repugnaba (...) Yo me repetía sin cesar: ‘¿Por qué habrían de querer arrestarme? ¿Qué he hecho yo?’ Ni siquiera era miembro del POUM (...) [Mi esposa] pacientemente me explicó la situación. No importaba lo que hubiera hecho. No era una redada corriente de delincuentes, sino el reinado absoluto del terror. Yo no era culpable de ningún acto definido, pero sí de ‘trotskismo’. Haber luchado en la milicia del POUM bastaba para acabar en la cárcel (...)”⁴⁵⁴.

A partir del decreto del 23 de junio de 1937, se puso en marcha el entramado legal contra el POUM. El decreto estipulaba como figura de delito llevar a cabo actos hostiles hacia la República en el interior o fuera del territorio nacional; defender o propagar noticias y emitir juicios desfavorables al desarrollo de las operaciones militares o al

⁴⁵³ “El día 16 de junio, y aún en pleno combate, Josep Rovira, el jefe de la 29 División del POUM, era detenido. Por la mañana había recibido dos mensajes del Alto Mando militar de signo completamente diferente. En el primero se le felicitaba ‘por el brillante comportamiento de las fuerzas a sus ordenes que han ocupado el objetivo señalado por el Mando’; y en el segundo se le comunicaba simplemente: ‘Preséntese inmediatamente a este Cuartel General. Firmado Pozas’. Pocas semanas más tarde, a comienzos de julio, la 29 División era retirada de la primera línea del frente para, con posterioridad, ser disuelta por orden directa del Ministerio de Defensa.” Pelai Pagés, *Cataluña en guerra y revolución*, op. cit., p. 232.

⁴⁵⁴ George Orwell, op. cit., pp. 169 y 185.

crédito de y la autoridad de la República; y los actos y manifestaciones tendentes al debilitamiento de la moral pública, la desmoralización del Ejército o el socavamiento de la disciplina colectiva. Se había redactado de tal forma, que la simple propaganda contra la política del Frente Popular podía ser tipificada como delito de prisión. Además, el decreto también definía la forma en que llevarían a cabo los juicios: vistas a puerta cerrada y procedimiento sumarísimo establecido por el Código de Justicia Militar.

El proceso contra los dirigentes del POUM provocó una gran campaña de protestas, tanto nacional como internacional, y un escándalo mayúsculo por la falta de garantías procesales en el intento, descarado, de trasladar el esquema de los juicios farsa de Moscú al territorio republicano. Las denuncias desde los medios anarquistas y confederales, esta vez sí, fue mucho más energética y contundente; no en vano, las acusaciones el PCE sobre el pretendido espionaje a favor de Franco del POUM, englobaba también a todos aquellos a los que consideraban cómplices, y eso significaba apuntar directamente a los anarcosindicalistas.

La protesta internacional tuvo un gran efecto. Delegaciones de partidos de izquierda de Europa, no estalinistas, se desplazaron a la capital para exigir al gobierno conocer el paradero de Andreu Nin. En el despacho de Negrín se acumulaban los telegramas llegados desde fuera de las fronteras. En las filas del gobierno la presión se hizo insoportable. Ni el ministro de Justicia, Irujo, ni el de Gobernación, Zugazagoitia, podían localizar a Nin en ninguna cárcel del gobierno. Pero todos callaron y cubrieron el asesinato del dirigente de POUM ante el temor a las represalias soviéticas y la campaña desaforada de la dirección del PCE.

Según relata Vidarte (subsecretario de Gobernación), el socialista Gabriel Morón le espetó a Zugazagoitia la verdad del asunto (Morón había sido nombrado jefe de la Dirección General de Seguridad en sustitución del comunista Ortega): “Ya que el presidente [Negrín] está empeñado en conocer la verdad, podéis decirle que la verdad es ésta: el secuestro de Andreu Nin ha sido planeado por (...) Codovilla, el comandante Carlos [Vittorio Vidali], Togliatti y los directivos del Partido Comunista, entre ellos Pepe Díaz. La orden de atormentarle ha sido dada por Orlov (...) Dile esto a Negrín y si quiere que los detenga, los meto en la cárcel mañana mismo. El ministro se quedó perplejo. Naturalmente, teniendo en cuenta el alcance político que podían tener estas detenciones, se abstuvo de emitir juicio alguno. Sin duda se lo debió comunicar inmediatamente al doctor [Negrín] y no se volvió a hablar de responsabilidades por el secuestro o el asesinato de Andrés Nin. Ahí quedó todo.”⁴⁵⁵

A pesar del apuro por el asesinato de Nin, el objetivo central de Stalin en su empeño de liquidar al POUM como partido se había conseguido. La actividad clandestina del mismo se mantuvo hasta el final de la guerra, gracias en muchos casos a los militantes anarcosindicalistas que les ayudaron a imprimir *La Batalla* y otro tipo de materiales en los que denunciaron valientemente el martirio de su secretario político, y las verdaderas razones del proceso a sus dirigentes. Lo más significativo del juicio farsa al POUM, que comenzó ante el Tribunal de Espionaje y Alta Traición el 11 de octubre de 1938 y se prolongó hasta el 22 del mismo mes, fue que el intento de reproducir el mismo tipo de espectáculos que se habían vivido en Moscú fracasó estrepitosamente. Los dirigentes del POUM encausados, no sólo no confesaron, sino que recibieron el apoyo de muchos

⁴⁵⁵ Citado en Bolloren, *op. cit.*, p. 780.

dirigentes de la izquierda que se negaron a aceptar su supuesta complicidad con Franco y los espías falangistas, tal como habían urdido con pruebas falsas los agentes del NKVD en colaboración con cuadros del PCE, y algunos *compañeros de viaje* del “mundo intelectual” que se ofrecieron entusiastamente para perpetrar esta infamia.⁴⁵⁶

Los dirigentes del POUM fueron finalmente absueltos de la acusación de espionaje y de desertión de la División poumista durante las jornadas de mayo. La sentencia, que se dictó el 2 de noviembre, tampoco halló pruebas de que los acusados hubieran proporcionado información al enemigo sobre los frentes o la retaguardia, pero sí señaló algo muy significativo: “En cambio se desprende de lo actuado que todos tienen una marcada significación antifascista, que han contribuido con sus esfuerzos a la lucha contra la sublevación militar y que la actuación que queda expresada respondía únicamente al propósito de superar la República democrática e instaurar sus propias concepciones sociales.”

A pesar de esta absolución por espionaje, muchos de los acusados fueron condenados a prisión por poner en “ejecución sus propósitos de adueñarse del poder (...) instaurar el régimen económico y social que propugnaban”, etc. Entre otros, Juan Andrade, Pedro Bonet y Julián Gorkín fueron sentenciados a quince años y Jordi Arquer, a once años.⁴⁵⁷ Se reconocía, por tanto, que luchar por una República de los trabajadores, por el socialismo, era un grave delito que conllevaba dar con los huesos en las cárceles. Pero la forma en que se desarrolló el juicio, y sus resultados, representó un revés para Stalin, para los delegados de la Comintern (Togliatti lo calificó de “escandaloso”) y, obviamente, para los dirigentes del Partido.⁴⁵⁸

⁴⁵⁶ El PCE distribuyó masivamente un libelo titulado *Espionaje en España*, escrito supuestamente por un tal Max Rieger, en que se relataba la complicidad del POUM con la Falange y sus planes para un golpe de Estado. José Bergamín, conocido intelectual católico, y *compañero de viaje* del PCE en esta singladura, realizó la introducción del libro en la que presentaba al POUM como un partido de espías pertenecientes a la internacional fascista en España. La autoría del libro todavía no está del todo claro. Hay quienes la adjudican a Wenceslao Roces, subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, con el comunista Jesús Hernández, y otros al periodista francés George Soria, que sí escribió otro “material” en la misma línea: *El trotskismo al servicio de Franco. Un testimonio documentado de la traición del POUM a España*.

⁴⁵⁷ Los detalles sobre el proceso, las actas de acusación y la sentencia, además de la defensa del POUM y los materiales que el partido publicó para denunciar el procesamiento, están recogidos en el libro de Andrés Suárez (Ignacio Iglesias), *El proceso contra el POUM*, Ruedo Ibérico, París, 1974

⁴⁵⁸ La represión contra el POUM, su liquidación como partido y el procesamiento de sus dirigentes, también ha sido objeto de amplia discusión en la historiografía de la guerra civil. Algunos historiadores, como Ángel Viñas, Antonio Elorza, o Hernández Sánchez, han intentado establecer una línea de demarcación: la represión contra el POUM estuvo muy mal, los crímenes del estalinismo también, el asesinato de Nin fue un escándalo, pero el POUM era un partido que luchaba contra la República, pretendía establecer la dictadura del proletariado, y no era tan inocente como se le presenta. En efecto, ya que no se pueden ocultar los crímenes del estalinismo, al menos se puede rebajar su responsabilidad presentando a las víctimas como posibles verdugos. Obvio. Si estos historiadores, defensores abiertos de la democracia burguesa y las instituciones capitalistas, se tuvieran que enfrentar a una revolución socialista, no hay duda de que llenarían las columnas de los periódicos y utilizarían las tribunas universitarias para lanzar todo tipo de diatribas contra los “experimentos”, los “incontrolados”, los “románticos” que quieren subvertir el “orden” natural de las cosas, esto es, la dominación burguesa de la sociedad. Pero no dejes que la verdad te estropee una buena historia, piensan algunos.

El estudioso Hernández Sánchez, después de describir a fondo el martirio de Nin y su secuestro por el NKVD bajo la dirección de Orlov, disemina, al final del apartado en que trata este asunto, unas gotitas de ese perfume pestilente de la insidia y, por supuesto, la duda sobre el comportamiento real de las víctimas: “El resentimiento contra Negrín llevó a algunos poumistas a postular el asesinato del presidente del Consejo, junto o separadamente con el ministro de Gobernación. Incluso, como señaló Ángel Viñas

La lucha contra las conquistas revolucionarias tuvo un último jalón de importancia en Aragón, donde tres cuartas partes de la tierra eran cultivadas por las colectividades, en su mayoría de la CNT. Según George Esenwein, “el movimiento colectivista, como ningún otro movimiento social en la historia de la Europa moderna, se esforzó tanto por vencer no sólo la miseria material, sino también la espiritual que padecían millones de personas. La mayoría de las colectividades se caracterizaban por un profundo sentido de la solidaridad social: se instituyeron programas de bienestar social que proporcionaron a los pueblos, por primera vez en la historia, atención médica y la protección de huérfanos, viudas, enfermos y otros necesitados. Otra de sus prioridades era la educación, uno de los primeros actos de las colectividades era establecer escuelas, especialmente en las aldeas remotas, a cuyos habitantes se les había privado durante siglos del derecho básico la educación.”⁴⁵⁹

A finales de septiembre del 36, en una conferencia de las colectividades aragonesas celebrada en Bujaraloz, se decidió constituir el Consejo de Defensa de Aragón, eligiéndose como presidente al cenetista Joaquín Ascaso. Durruti influyó en la creación de este organismo obrero centralizado, sin presencia burguesa (de hecho, fue casi exclusivamente anarquista, pero por voluntad de los socialistas y estalinistas, que

citando a Heiberg y Ros Agudo, se estableció contacto el 5 de agosto a través de la quinta columna con el jefe de la inteligencia militar franquista, el coronel José Ungría. El Servicio de Información y Policía Militar (SIPM) debería facilitarles medios para huir a Francia y posteriormente a América. Las armas necesarias podrían obtenerlas de una unidad del Ejército Popular en la que el POUM todavía tenía influencia. Los franquistas se apresuraron a aceptar la propuesta, comprometiéndose a suministrar a los ejecutores pasaportes y cien dólares a cada uno de los participantes en el atentado, con una condición: los objetivos deberían ser Negrín y Álvarez del Vayo. *El episodio, evidentemente irresuelto, conduce sin embargo a una conclusión paradójica en la cual, a la postre y por vía de venganza, los partidarios de la tesis de la inteligencia 'trotskista' con la quinta columna podían ver confirmadas sus sospechas.*” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 252. La cursiva es nuestra.

Pierre Broue también señaló las insidias que lanzan Elorza y Bizcarrondo en su libro *Queridos Camaradas*, contra Andreu Nin y el POUM: “No me ha gustado este libro. Pero lo que más me ha descompuesto es el retrato político que los autores se atreven a hacer de Andrés Nin. Antonio Elorza ha apoyado durante años la política y los temas estalinianos. No hemos oído decir que haya sido capaz de tener ni una centésima parte de la iniciativa de Santiago Carrillo al reconocer, aunque bajo una forma poco grata, que Nin había sido asesinado. Generaciones de estalinistas, generaciones de Elorzas han montado guardia, durante decenios, sobre los restos de Nin, a pesar de que fueron dispersados por sus asesinos. Un puñado de personas —entre las que estoy orgulloso de encontrarme— han luchado por restablecer la verdad sobre el POUM, su papel en la revolución, su destrucción por Stalin. Todos han aprendido a respetar y a honrar a Nin. Y he aquí que Antonio Elorza surge para reírse de la apreciación ‘mil veces repetida’— ¿no se repiten los amigos de Elorza?— según la cual ‘el POUM representaba la revolución en su estado de pureza’, a lo que sale al paso diciendo que ‘los opositores poumistas estaban lejos de ser los ángeles de la revolución descritos por sus apologetas’. Nótese la elección de las palabras con connotaciones religiosas, destinadas a desacreditar hipócritamente a los defensores de la memoria de Nin; eso se aprende en ciertas escuelas. Pero no es suficiente. Elorza mete sus propias manos en el lodo. Para él, Nin repetía, machaconamente, la experiencia de la revolución bolchevique. Elorza decide escribir: ‘Los esquemas mentales (!!) soportes de la acción del POUM, no variaron desde los tiempos en que [Nin] militaba en la Oposición de Izquierdas en Moscú [...] Nin tenía la virtud de pensar y escribir siempre la misma cosa’. Y más adelante, hundiéndose un poco más en la bajeza: ‘Con los generales a punto de sublevarse, Nin no veía otro enemigo que la política del Frente Popular. Su pensamiento izquierdista desembocaba así en un providencialismo antidemocrático’. En el debate hay que jugar limpio, pero no puedo por menos que preguntarme ¿quién es este ‘querido profesor’ que se permite tales juicios sobre un hombre auténtico, de una estatura que parece no ver?’ *Acerca de "Queridos camaradas"* Pierre Broué. El título original de este trabajo es *Historiens objectifs sans critère de classe ou Staliniens mal décrottés?*, y fue publicada en el número 58 de la revista *Iniciativa Socialista* (otoño 2000). Se puede leer completo en la web de la Fundación Andreu Nin.

⁴⁵⁹ Bolloten, *op. cit.*, pp. 161-62.

rechazaron tomar parte), y sin competencia de ningún otro poder. Este organismo, el Consejo de Defensa de Aragón, fue el más democrático de los órganos obreros regionales, ya que sus miembros fueron votados por la asamblea de los delegados de milicias y de los sindicatos aragoneses de la CNT. Es así como, en palabras de César M. Lorenzo, “lo que los libertarios catalanes no habían osado hacer, es decir, tomar todo el poder, los libertarios aragoneses lo intentarán”; desgraciadamente, el peso social de la clase obrera catalana, absolutamente fundamental para el futuro de la revolución, no tenía nada que ver con el del campesinado de las zonas liberadas de Aragón (zonas rurales en su mayoría).

El Consejo se convirtió desde el comienzo de la guerra en el principal foco de críticas hacia el giro oportunista de la dirección de la CNT-FAI, sobre todo por su participación gubernamental y su apoyo a la militarización de las milicias. El propio Comité Nacional de la CNT se quejó por haberse creado este órgano sin su aprobación. Muchos historiadores han utilizado las colectivizaciones en Aragón para criticar la ineficiencia y arbitrariedades cometidas por los anarquistas. Sin embargo, al igual que en la industria, el establecimiento de colectividades agrarias permitió introducir numerosas mejoras técnicas y una mayor productividad. Por otro lado, mediante las colectividades se podían trabajar mejor las tierras menos fértiles, evitándose la desigualdad social que generaría un reparto de tierras según la calidad del terreno que tocara a cada uno. Este método de explotación logró que la producción agrícola de la región creciese un 30% más de promedio en año y medio.

En plena ofensiva contra la revolución, las colectivizaciones se convirtieron en el blanco de los ataques del PCE. La respuesta contra este intento de desmantelamiento de una parte fundamental de la obra constructiva de la revolución, se produjo desde diferentes flancos. Por ejemplo, Ricardo Zabalza, líder de la FNTT y partidario de Caballero, afirmó: “Hoy, nuestra ilusión más cara está en afianzar las conquistas de la Revolución (...) contra las cuales se está levantando un mundo de enemigos: los reaccionarios de ayer y los que, por ser lacayos incondicionales del caciquismo, disponían de tierras en arriendo, mientras a los nuestros se les negaba o se les lanzaba de sus míseros lotes, cuentan hoy con asistencias oficiales insospechadas, y, al amparo del celebre decreto del 7 de octubre, pretenden tomar por asalto las fincas colectivizadas (...) y dar la puntilla a la Revolución agraria.”⁴⁶⁰ También la prensa anarquista se manifestaba en el mismo sentido.

Hay que señalar que los ataques contra las colectividades agrarias perjudicaron enormemente las tareas de producción, pues muchos campesinos, ante la posibilidad de ser desalojados de sus tierras colectivas, abandonaron las labores. Una situación que obligó al ministro de agricultura, el comunista Uribe, a emitir un decreto a principios de junio en el que se prometía ayuda a las colectividades para evitar el fracaso de la cosecha. Pero fue sólo una medida temporal para salvar la recolección. Inmediatamente, el ataque se redobló con la decisión del gobierno Negrín, el 11 de agosto de 1937, de decretar la disolución del Consejo de Defensa aragonés y el desmantelamiento de todos los consejos municipales y colectividades.

La historia oficial del Partido pinta así la situación: “La colectivización forzosa implantada por los anarquistas en Aragón, el pillaje, el crimen y el desorden

⁴⁶⁰ Entrevista concedida a *Adelante*, reimpressa en *Solidaridad Obrera*, 28 de mayo de 1937

enseñoreados de aquella región, provocaron profundo descontento y malestar entre los trabajadores. Para acallarlos y dar mayor respetabilidad a su dominación, sin el rótulo ‘Abominable’ de gobierno, los líderes faístas idearon el Consejo Regional de Aragón, y crearon un aparato burocrático y policíaco que mantuviera su autoridad. Pero la situación no cambió, y el gobiernillo cantonal, de exclusiva composición anarquista, presidido por Joaquín Ascaso, se desacreditó rápidamente. Los trabajadores no estaban dispuestos a prestar el acatamiento que los dirigentes ácratas deseaban, y la violencia y el terror continuaron campando por sus respetos.⁴⁶¹

La tarea fue ejecutada por Líster, jefe militar de la XI División. Así relatan los dirigentes del PCE su acción: “Es verdad que en Aragón se realizaron registros en los locales de las organizaciones libertarias, en las que fueron descubiertos depósitos de armas sustraídas de los frentes, y gran cantidad de víveres, robados a los campesinos, así como objetos de valor pertenecientes al tesoro artístico. También se practicaron detenciones de ‘incontrolados’, que aprovechando su posición privilegiada, habían dispuesto a su antojo de vidas y haciendas. Sin embargo, los anarquistas y sus valedores no han podido aducir ni un solo caso en el que las fuerzas gubernamentales o los mandos militares comunistas se extralimitasen en el cumplimiento de la misión confiada por el gobierno: el restablecimiento de la autoridad de la República en Aragón. La población aragonesa, y en especial los campesinos, recibieron con indescriptible entusiasmo la disolución del Consejo, estimándola como una obra altamente meritoria del gobierno, que les liberaba de un poder ajeno a sus intereses. Los trabajadores de Aragón pudieron comprobar que las bandas armadas faístas y el llamado ‘comunismo libertario’ nada tenían de común con el Ejército Popular y la República democrática, por la que derramaba su sangre el pueblo español.”⁴⁶²

Evidentemente, Aragón era una plaza fuerte de los anarcosindicalistas pero como numerosos estudios recientes han dejado claro, la inmensa mayoría de las colectividades fueron creadas por los campesinos libremente, se respetó en general a los que no quisieron integrarse en ellas, y se produjo una auténtica revolución cultural en cientos de pueblos atrasados. La productividad del trabajo también aumentó. Pero el poder de los anarcosindicalistas, y el ejemplo de las colectividades agrarias en funcionamiento, representaban un último escollo en la ofensiva estalinista contra lo que se consideraban “ensayos” y “experimentos” que perjudicaban a la República democrática, y a su afán de defender la propiedad privada y subrayar los contornos capitalistas del régimen. Como en otras cuestiones de calado, no hubo diferencias entre Negrín y los dirigentes del PCE.

El balance de los dirigentes afectados por este ataque, como no podía ser de otro modo, dista mucho de la versión que presenta el estalinismo. Ricardo Sanz, comandante de la XXVI División (anteriormente la columna Durruti) señalaba que las fuerzas mandadas por Líster, “toma medidas rigurosas en todos los pueblos, atacando a fondo las colectividades de campesinos. A estos, se les despoja de todo lo que tienen, de los animales de trabajo, víveres, aperos, locales. Se inicia, a la par, una fuerte represión y persecución de los miembros de dichas colectividades.”⁴⁶³

⁴⁶¹ *Guerra y revolución en España*, Vol. III, *op. cit.*, p. 262.

⁴⁶² *Ibid.*, p. 268.

⁴⁶³ Citado en Bolloten, *op. cit.*, p. 801.

Pero después de proceder a sangre y fuego contra las colectividades agrarias aragonesas, se generó un grave problema. Muchos arrendatarios y pequeños propietarios aprovecharon la situación para dividir la tierra, las cosechas y los aperos, amenazando la producción. En este sentido, José Silva, secretario general del Instituto de Reforma Agraria y miembro del Partido Comunista, explicaba: “Cuando el Gobierno de la República disolvió el Consejo de Aragón (...) quiso dar satisfacción al hondo malestar que latía en el seno de las masas campesinas disolviendo las colectividades. Tal medida constituyó un error gravísimo que produjo una tremenda desorganización en el campo. Los descontentos en las colectividades, que tenían razón en estarlo si se tienen en cuenta los métodos empleados para constituir las, amparándose en la disposición del gobernador, se lanzaron al asalto de las colectividades llevándose y repartiéndose todos los frutos y enseres que tenían sin respetar a las que, como la de Candasnos, habían sido constituidas sin violencia ni coacciones, tenían una vida próspera y eran un modelo de organización. Ciertamente que el gobernador perseguía reparar las injusticias que se habían cometido (...) Pero el resultado fue completamente contrario. La medida acentuó la confusión aún más y las violencias se ejercieron del otro lado. Como consecuencia, se paralizaron casi completamente todas las labores del campo, y, a la hora de llevar a cabo la sementera, una cuarta parte de la tierra se siembra no estaba preparada para recibirla.” Para remediar esta situación el Partido Comunista procedió a reestablecer algunas de las colectividades disueltas. “El reconocimiento del derecho de las colectividades, — declaró Silva— el acuerdo de devolverles lo que se les había arrebatado injustamente (...) volvieron las cosas a su cauce...”⁴⁶⁴

Con la disolución del Consejo de Aragón, la obra de la contrarrevolución en la zona republicana llegó a su punto culminante. A partir de ese momento, la desmoralización cundió entre la vanguardia revolucionaria, entre amplios sectores de la clase obrera y el campesinado. Los intentos desesperados del gobierno Negrín por elevar la moral de la población y proceder a la “guerra total” contra Franco, se combinaron con maniobras diplomáticas de todo tipo para lograr una paz que contara con el visto bueno de las “democracias” occidentales, esto es, de los imperialistas británicos y franceses. De manera dialéctica, el punto cumbre de la obra del PCE marcó también su declive: sus viejos aliados, socialistas de derecha y republicanos, profundamente imbuidos por el derrotismo, no querían continuar la guerra y buscaron diferentes vías para alcanzar un armisticio con los fascistas. Miles de los nuevos afiliados que habían llegado a las filas comunistas atraídos por su discurso en defensa del “orden” y la “propiedad”, las abandonaban sin la menor pesadumbre. La traición de la revolución española también significó la pérdida de la influencia del PCE.⁴⁶⁵

⁴⁶⁴ *Ibid.*, pp. 805-06.

⁴⁶⁵ Hernández plantea conclusiones de interés. “(...) El resultado puede expresarse gráficamente mediante un modelo consistente en tres círculos concéntricos: un núcleo central duro, compuesto por los militantes veteranos y la cúpula de la dirección, de reducido tamaño y relativamente estable; un círculo medio fluctuante, compuesto por simpatizantes y miembros de las organizaciones satélites, tendentes a la integración militante ante expectativas favorables o en coyunturas de efervescencia política, pero con cierta tendencia al repliegue y el retraimiento en circunstancias desfavorables; y un círculo exterior, de aluvión, integrado por los recién llegados, incluso por oportunistas y emboscados en circunstancias de confusión, de moderado o escaso compromiso militante y elevada volatilidad. Estos dos últimos sectores fueron los que nutrieron el crecimiento del PC en la República en guerra, mediante la afluencia a sus filas de sectores populares que vieron en él la mezcla de radicalismo y republicanismo más coherente, y por percibirlo como el heredero de la tradición republicana de anteguerra trufada con el obrerismo socialista clásico y la modernidad soviética. Fueron también los primeros que se erosionaron ante la proximidad de la derrota, sin que el núcleo central fuera capaz de conservar lo adquirido ni de organizarse a sí mismo

DIVISIONES EN EL FRENTE POPULAR. PRIETO Y EL PCE

En tan sólo diez meses, Largo Caballero y la izquierda socialista habían perdido sus grandes apoyos de inicios de la guerra. El líder socialista que había gozado de un reconocimiento y una popularidad incomparablemente mayor al de cualquier otro de los dirigentes políticos de la zona republicana, se encontraba prácticamente anulado. Había perdido el control de Comisión ejecutiva del PSOE; de las Juventudes tras la unificación; de la Federación catalana del PSOE y la UGT. El gran beneficiado de esta situación había sido, obviamente, el PCE, pero también Indalecio Prieto, que había logrado satisfacer sus aspiraciones gubernamentales. A lo largo de ese periodo se desató una lucha frontal por el control del PSOE y la UGT entre los partidarios de Caballero, los prietistas, y aquellos dirigentes que ya habían oscilado decisivamente a la órbita del estalinismo.

La izquierda socialista culpabilizaba al sector de Prieto y Lamonedada de su expulsión del gobierno y denunciaba que el Partido Socialista no hubiera roto relaciones con el PCE, a pesar de la campaña pública de desprestigio contra Caballero desarrollada por los estalinistas. Exigía más puestos de dirección en la ejecutiva nacional y la reestructuración del Comité Nacional del PSOE. La reunión de éste último, del 17 al 21 de julio de 1937, marcó un punto de inflexión en la vida interna del partido. En primer lugar, terminó con la provisionalidad que arrastraba la ejecutiva de Lamonedada desde junio de 1936, poniéndose punto y final al debate sobre su legitimidad. En segundo lugar, excluyó a la izquierda de la dirección. Aunque la derrota de Caballero en el comité del partido de julio fue total, eso no evitó el aumento de los enfrentamientos en el sector de Prieto, precisamente por el creciente ascenso del PCE en sus filas.

Tras la derrota en el Comité Nacional de julio, los caballeristas decidieron hacer pública la división existente en el partido, convocando congresos provinciales con el objetivo de

para la entrada en una nueva dinámica de clandestinidad tras la derrota.” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 275.

Las dudas sobre el carácter de la guerra y la presión de la revolución también hacían mella en la dirección del Partido. En un informe a Dimitrov, que éste reenvía el 8 de de septiembre de 1937 a Stalin, los comunistas españoles plantearon sus interrogantes: “¿Cómo lograr una ruptura del bloqueo actualmente existente contra la España republicana y cómo conseguir un cambio en la política de los países democráticos? Creemos que, en primer lugar, es necesario reforzar la campaña internacional en busca de ayuda no sólo material, sino también utilizando las acciones de masas de forma que los gobiernos democráticos obliguen a los gobiernos fascistas a detener su política de intervención armada en España. (...) Pese al hecho de que hay en España una república democrática y parlamentaria de nuevo tipo (una democracia popular), la vida democrática de las masas en su conjunto casi no existe (a excepción de la actividad política de nuestro partido —asambleas, prensa, etcétera—, las masas no cuentan con otras oportunidades para expresar su voluntad mediante formas democráticas. El Parlamento no funciona, pero aunque funcionara, los diputados actuales no representan en su mayoría la voluntad del pueblo español. En Rusia, en el momento de la revolución, las masas expresaban su voluntad democrática a través de los soviets, en otros países democráticos mediante elecciones (...). Nuestro partido ha combatido correctamente varios conatos revolucionarios prematuros en las ciudades y pueblos (posicionándose contra la socialización y la colectivización forzosa, o contra el comunismo igualitario). Pero hay que tener en cuenta que la mayoría de estos incidentes ocurrieron porque la guerra civil española ha cobrado un profundo carácter de clase, y las masas, en general, querían producir y dirigir la producción por sí mismas...” Citado en Radosh, *op. cit.*, p.450.

reunir apoyos y exigir la celebración de un congreso nacional, donde se discutieran las relaciones con el PCE, la situación de la JSU y la representación en los organismos de dirección de la izquierda socialista. La respuesta de Lamonedada fue contundente: disolvió la ejecutiva de la federación provincial de Valencia —principal apoyo de Caballero en el partido—, utilizando incluso las fuerzas de seguridad del Estado, y prohibió la celebración del congreso provincial fijado para el 15 de agosto. Esta actuación burocrática provocó la indignación y descontento de algunas agrupaciones como las de Pozoblanco en Córdoba, Linares en Jaén, Baza en Granada, o Almería. Lamonedada no pudo vetar todos los congresos provinciales; por ejemplo en Castuera (Badajoz) sí se celebró y decidió poner término a los comités de enlace del PSOE-PCE en la provincia y “ver con simpatía la orientación que siguen las colectividades y organizaciones campesinas de la provincia, bajo la dirección de la FNTT”.⁴⁶⁶

Tras controlar la ejecutiva provincial valenciana, el siguiente objetivo de Lamonedada fue el grupo parlamentario del PSOE, que seguía en manos de la izquierda, con Caballero como presidente. El 29 de septiembre, a través de una moción,⁴⁶⁷ destituyeron a Caballero al frente del grupo parlamentario. Largo Caballero denunció: “lo que venís a hacer aquí, de un modo deliberado, es a echarnos, así, a echarnos”, pero perdió la votación con 24 votos (la mayoría de Andalucía y Extremadura) frente a 32. Para septiembre de 1937 la homogeneización de la dirección nacional del PSOE era prácticamente total. González Peña, que había sido elegido presidente del partido en junio del 36, ahora lo era también del grupo parlamentario. El siguiente, y último terreno de combate, sería la UGT.

A lo largo de 1937 se rompió la unanimidad en la ejecutiva de la UGT y se formaron dos bloques: uno que integraba al sector de Prieto y Lamonedada, y la llamada tendencia “unitaria” (los ugetistas afiliados al PCE o simpatizantes); y por otro lado, el bloque de Largo Caballero. El 28 de mayo, el Comité Nacional de la UGT, por primera vez, criticó a su ejecutiva (elegida en enero de 1934 con Caballero como secretario general) por no hacer una declaración pública de apoyo al gobierno de Negrín. Caballero fue acusado de boicotear al nuevo gobierno, y se inició una campaña desde distintas federaciones de industria, no controladas por el caballerismo, para la convocatoria de una reunión extraordinaria del Comité Nacional de la UGT que aprobase el respaldo explícito a Negrín y diese una presencia mayor del PCE en la ejecutiva nacional del sindicato. Dicha reunión terminó sin acuerdo y, a los dos días, el Comité Nacional de la UGT, sin la participación de la Ejecutiva, censuró a ésta (24 votos a 14) por su actitud en la crisis de mayo.

A partir de agosto se inició la batalla por el control de *Claridad*, el periódico más importante de la izquierda socialista. El aparato también se hizo con el dominio de otros órganos de la izquierda socialista como *Adelante*, *Las Noticias*, *La Correspondencia de Valencia*, etc. El problema de Caballero, una vez más, fue que en lugar de llevar adelante una lucha ideológica y política confiando y basándose en las federaciones más

⁴⁶⁶ Helen Graham, *El PSOE en la Guerra Civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*. Debate, Barcelona, 2005, p. 156.

⁴⁶⁷ En dicha moción se planteaba en que “hoy es más indispensable que nunca la unidad de acción y dirección de todos los organismos del PSOE (...) para mejor coordinar nuestras actividades parlamentarias con las orientaciones políticas de nuestro partido, sería no sólo conveniente, sino necesario que la dirección del grupo parlamentario y la Ejecutiva del PSOE actuaran inspiradas por las mismas orientaciones y, en lo que sea posible, por las mismas personas.” *Ibid.*, p. 162

a la izquierda y sobre todo en las bases militantes más conscientes y dispuestas a dar la batalla por la revolución, se limitó a una lucha completamente burocrática, apelando a los estatutos y adoptando una política agresiva de expulsiones de sus contrincantes —la Federación de Artes Blancas en agosto, otras nueve federaciones poco después hasta llegar a un total de 31 en septiembre—, con excusas como el impago de cuotas, lo que se volvió en su contra y allanó el camino al aparato proestalinista.

Esta actitud le condenó al aislamiento y a una derrota completa el 1 de octubre, cuando 31 de las 42 federaciones de la UGT se reunieron para elegir una nueva ejecutiva de la UGT, con González Peña como nuevo presidente.⁴⁶⁸ Y, lo más importante, por primera vez en su historia del sindicato se aprobó la entrada oficial de dos comunistas en su Comisión Ejecutiva (César Lombardía y Daniel Anguiano), aunque en realidad, la influencia del estalinismo era mucho mayor: de los 11 miembros de la Ejecutiva, a parte de los dos mencionados, había otros tres miembros pro comunistas (Amaro del Rosal, Felipe Pretel y Antonio Génova).⁴⁶⁹ La posición de los seguidores de Prieto en las filas socialistas se reforzó a costa de los caballeristas, y significó un aumento significativo de la influencia del PCE.

La lucha interna en el movimiento socialista se desarrolló en paralelo a la gestión de Prieto al frente del Ministerio de Defensa, donde concentró un alto poder institucional y militar en sus manos. A medida que los acontecimientos se desarrollaban y la preponderancia estalinista se hacía cada vez más visible, Prieto fue enfriando sus declaraciones a favor de la fusión de los partidos socialista y comunistas, y manifestó sus recelos ante la penetración de los cuadros comunistas en las altas esferas del ejército y del aparato del Estado.

Para recortar esta influencia, Prieto recurrió a lo que mejor se le daba: medidas administrativas y de censura para evitar la propaganda comunista en las fuerzas armadas.⁴⁷⁰ Así fue como, por una orden ministerial del 28 de junio de 1937, prohibió

⁴⁶⁸ *Ibid.*, p. 224.

⁴⁶⁹ La vieja dirección caballerista se negó a aceptar la legitimidad de la nueva ejecutiva nacional de la UGT, y decidieron editar un nuevo periódico, *La Victoria*, que nunca llegó a publicarse. También exigieron la celebración de un congreso nacional en diciembre. En enero de 1938 la izquierda socialista había perdido el control de la ejecutiva y de casi todas las secretarías provinciales, aunque mantenían fuerza en algunas federaciones importantes: la del Transporte (Hernández Zancajo), la Siderometalúrgica (Wenceslao Carrillo) y, la más grande, la de los Trabajadores de la Tierra (Ricardo Zabalza). A lo largo de ese año, la ejecutiva de González Peña y el Comité Nacional dieron la batalla para arrebatarles esa influencia en el sindicato. La nueva ejecutiva contaba con la ventaja de tener el respaldo del aparato estatal, con Negrín al frente, algo de mucha utilidad para su financiación, prensa y locales.

⁴⁷⁰ En su trabajo sobre el PCE en la guerra civil, Hernández Sánchez intenta matizar este dominio, aunque reconoce que los datos suministrados por el Partido y los asesores pueden llevar a este tipo de conclusiones: “Es cierto que la mitad de los nuevos soldados [del EPR] con afiliación política, procedían del PCE, que hizo un enorme esfuerzo de incorporación de sus militantes a filas: en el Pleno de marzo se evaluaron en 131.600 (el 52,8 por 100) los afiliados que estaban combatiendo en el EPR, sobre un total de 249.140. En el caso de Madrid, de los 63.426 miembros con que decía contar el partido a comienzos de 1938, 46.978 (el 74 por 100) estaban integrados en el EPR o en las fuerzas armadas de retaguardia. Pero no es menos cierto que más de la mitad (el 56,9 por 100) de los reclutas del EPR se inscribieron bajo la categoría ‘sin partido’. Pese a los posibles matices, había un estado de percepción tan extendido sobre la supuesta aplastante hegemonía comunista que hizo confesar a Rojo que ‘el 80 por 100 del Ejército sigue a los comunistas’ y que ‘cualquier medida del Gobierno dirigida contra el PCE lo estaba inevitablemente en contra del Ejército y lo debilitaba’. A nivel de mandos, la presencia comunista resultaba muy destacada”. Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 349.

todo proselitismo político en las fuerzas del Ejército Popular que estuviera dirigido a incitar a los soldados y oficiales a ingresar en un partido o sindicato determinado. Pero la maniobra, además de infantil, era como ponerle puertas al campo, teniendo en cuenta el papel tan relevante que había jugado el PCE en la formación del EPR y en la fisonomía que tenía en esos momentos.

En otro aspecto altamente importante, como era la organización del Servicio de Información Militar (SIM), Prieto se manifestó muy reacio a que los mandos y cuadros comunistas, y a través de ellos los asesores soviéticos, se hicieran con las palancas fundamentales de este organismo. Cuando el 9 de agosto de 1937, Prieto publicó el decreto de creación del SIM, incluyó en su artículo segundo que el nombramiento de los jefes, inspectores y agentes del SIM era prerrogativa exclusiva del Ministro de Defensa. Prieto nombró, por ejemplo, a Gustavo Durán, del PCE, como responsable de la región de Madrid. Obviamente Durán utilizó esa posición para llenar el servicio de información, bajo su responsabilidad, de cientos de militantes comunistas, lo que, según el propio Prieto, motivo su destitución. El incidente provocó una airada conversación entre el Ministro de Defensa y el responsable del NKVD en España, Orlov.⁴⁷¹

Las cifras reseñadas por Hernández, a partir del informe del asesor soviético Sthern, indican que para septiembre de 1937, de un total de 11 Comandantes de Cuerpo de Ejército, 5 de ellos eran militantes del PCE, 2 simpatizantes, frente a 1 republicano y 3 sin partido. En cuanto a Comandantes de División, de un total de 47, 28 eran del PCE, 3 simpatizantes, por 3 del PSOE, 4 republicanos, 4 de CNT y 5 sin partido. Para los comandantes de División, de un total de 130, el reparto era: 56 del PCE, 3 simpatizantes, 2 del PSOE, 2 republicanos, 6 de CNT y 3 sin partido.

Hernández Sánchez continúa: “(...) Descendiendo de la cantidad a la calidad, la valoración sobre el control político y la calidad de la organización de los comunistas en las distintas unidades arrojaba resultados que añadían algo de templaza”.

La presencia comunista entre los comisarios de guerra también era muy fuerte. Según los datos reproducidos por Hernández Sánchez, sobre comisarios y delegados aprobados por el Ministerio de Defensa Nacional en 1937, entre el PCE, PSUC y la JSU controlaban 11 comisarios de División, 46 de Brigada, 237 de Batallón y 27 de Centuria, en total 321. El PSOE disponía de un total de 85, la CNT de 176, y la UGT (en dónde indudablemente también hay comisarios y delegados pro comunistas) de 70, total 331. Es decir, que las fuerzas del PCE, en su conjunto, disponían casi de los mismos comisarios, en términos formales, que el resto de las organizaciones obreras de izquierda sumadas, incluyendo la UGT.

⁴⁷¹ Bolloten, *op. cit.*, p. 827.

No obstante, con la salida de Prieto del Ministerio de Defensa en abril de 1938, el SIM se convirtió en un lugar seguro para las actividades de los agentes del NKVD en su lucha contra los “agentes provocadores” y los “trotskofascistas”. Su actividad fue especialmente intensa en la represión de militantes revolucionarios en Barcelona, donde establecieron una amplia red de *checas* (cárceles bajo su control), convertidas en lugar de internamiento clandestino de las que fueron víctimas, entre otros, los militantes del grupo Bolchevique-Leninista español (partidarios de Trotsky).

El grupo editó clandestinamente varios ejemplares de su periódico, *La Voz Leninista*, y tuvieron una actividad pública durante las jornadas de mayo de 1937. El dirigente del grupo Bolchevique-Leninista español era Grandizo Munis. Munis y sus compañeros fueron detenidos el 13 de febrero de 1938 y permanecieron hasta el 10 de marzo en la Jefatura Superior de la Policía de Vía Layetana. Allí fueron interrogados por las noches y de madrugada, sometidos a la tortura psicológica y física: “aislamiento individual durante semanas, varios días sin comida o bebida, insultos, amenazas, golpes y gritos, palizas brutales, simulacro de ejecuciones (...) Fueron acusados de sabotaje y espionaje al servicio de Franco, de proyecto de asesinato de Negrín, Dolores Ibárruri (La Pasionaria), José Díaz, Juan Comorera, Indalecio Prieto y un largo etcétera; así como del asesinato consumado en la persona del capitán ruso León Narwitch, agente infiltrado en el POUM. Fueron juzgados por un tribunal semi-militar, a puerta cerrada, e inicialmente sin defensa pública. El fiscal pidió pena de muerte para Munis, Carlini y Jaime Fernández...” Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trotskismo español (1936-1948)*, Ediciones de La Torre, Madrid 1996, pp. 203- 226.

Igual que le ocurriera a Stalin a mediados de los años veinte con su política de protección a los *nepmen* y kulaks, el aumento de la confianza en sus fuerzas de los elementos pequeñoburgueses, republicanos y socialistas de derecha, amenazaba las posiciones del Partido en el ejército y en el aparato estatal. Stalin, que siempre se equilibró entre las clases para mantenerse en la cima, como buen bonapartista, procedió a la colectivización forzosa y la liquidación de los kulaks apoyándose en el terror masivo. Una cosa semejante era impensable en la España republicana, por lo que los delegados de la Comintern sugirieron a los dirigentes comunistas la necesidad de una aproximación temporal a la CNT, y contrabalancear así el poder de estos sectores que ya empezaban a desafiarles abiertamente, y manifestaban una actitud abiertamente derrotista. Sin embargo, los intentos no prosperaron en la línea que esperaban los dirigentes comunistas; mucho más cuando Largo Caballero, que se había replegado a la UGT, cuya Ejecutiva controlaba en esos momentos, firmó una alianza provisional con la CNT el 30 de julio de 1937.

Para demostrar su control sobre los resortes de poder que dirigía, Prieto se negó también a ratificar los nombramientos de cientos de comisarios sin antes determinar su militancia política, lo que inevitablemente provocó una dura reacción del PCE. A pesar de las protestas del Partido, Prieto destituyó a comunistas de dilatada trayectoria: Vittorio Vidali (Carlos Contreras), ahora comisario político jefe de la XI División mandada por Lister; Alejandro García Val; Eleuterio Díaz Tendero; Antonio Cordón; Luis Doporto...Era el momento culminante del enfrentamiento, y en el pulso, Prieto perdió base bajo sus pies.

La cadena de desastres en el frente militar se había extendido desde los acontecimientos de mayo del 37, y eso dejó a Prieto en una situación muy comprometida. Bilbao cayó el 16 de junio de 1937 y el conjunto de Euskadi fue ocupada por los franquistas gracias, entre otros factores, a la traición abierta de los líderes del PNV en cuyas manos quedó el mando militar. Los dirigentes del PNV antes que demócratas eran burgueses, y como burgueses confiaban que si entregaban Bilbao, San Sebastián o Santander al ejército de Franco, este respetaría la propiedad de sus fábricas, minas y propiedades, aunque luego fueran puestas a funcionar activamente en beneficio de los fascistas como así ocurrió.

Del 24 al 6 de septiembre se libró la gran batalla de Belchite, para aliviar la presión sobre el frente norte, pero el heroísmo y el sacrificio de los soldados del Ejército Popular no fueron suficientes. El 21 de octubre las tropas fascistas ocuparon Gijón, y el frente norte desapareció. En diciembre de 1937, el Ejército Popular se lanzó sobre Teruel, y después de meses de cruentos combates, con la pérdida de miles de vidas, se tuvieron que replegar de la ciudad el 22 de febrero de 1938. En marzo, los ejércitos de Franco iniciaron una ofensiva brutal sobre Aragón, con una superioridad aplastante en medios aéreos, artillería y tanques (en el que el equipamiento nazi de estos elementos de guerra jugó un papel crucial), provocando la retirada de las fuerzas republicanas; el 17 de marzo toman Caspe, el 27, entran en Fraga. Para el 3 de abril, las fuerzas comandadas por el general Yagüe ocupan Lleida, y el día 15, las tropas franquistas se hacen con el control de Vinaroz y llegan al Mediterráneo. La España republicana queda cortada en dos.

Los efectos de estas derrotas fueron demoledores. En todos los informes que llegaban a manos de Prieto se hablaba de una situación desesperada, con una caída en picado de la moral de los oficiales profesionales pero también de los combatientes, problemas en el

avituallamiento y en el suministro de municiones. Las noticias a través de los comisarios políticos del PCE tampoco eran mejores y, otro dato muy importante, la situación de las Brigadas Internacionales era realmente precaria.⁴⁷² Utilizadas como fuerzas de choque en los combates más arriesgados, los efectivos de las Brigadas Internacionales habían sido muy golpeados, acusando miles de bajas, mientras la represión política también se extendía dentro de ellas. Los comisarios y agentes del NKVD actuaron intensamente contra los elementos críticos, con detenciones, expulsiones e incluso ejecuciones. También aparece un problema relativamente nuevo: el incremento de las deserciones.

En esas circunstancias la campaña para desalojar a Prieto del Ministerio de Defensa arreció desde la dirección del PCE, campaña que había sido decidida en connivencia con los delegados de la Comintern en España, entre ellos Togliatti y Stepanov. Según cuenta el comunista Jesús Hernández en su controvertida biografía, escrita tras la ruptura con el Partido (y su paso a los comunistas disidentes encabezados por el yugoslavo Joseph Tito que también combatió en la guerra civil española), la furia contra el viejo aliado socialista se desató con intensidad: “Había que cavarle una honda fosa donde se hundiera con todas sus resistencias al predominio de los comunistas en el ejército. Desplazando a Prieto del Ministerio de Defensa, todos los resortes de la guerra que no estuvieran en manos directas de los comunistas, quedarían concentrados en las del doctor Negrín, que era el hombre de confianza de Moscú (...).”⁴⁷³

Tampoco hay duda que el pesimismo que invadió a Prieto y las abundantes manifestaciones derrotistas que realizó en aquellos días críticos, contribuyeron mucho a su caída. Él, al igual que el presidente de la República, Manuel Azaña, y el socialista Julián Besteiro, marginado voluntariamente de toda actividad pública hasta el final de la guerra, eran abiertamente derrotistas y partidarios de una paz negociada; pero todas las gestiones que patrocinaron, ellos y otros, ante Gran Bretaña y Francia para lograrla, fracasaron estrepitosamente. Franco, seguro del apoyo de Hitler y Mussolini siempre rechazó algo semejante; su posición era la de la rendición incondicional.

La disyuntiva en ese momento era clara para el PCE. De mantenerse la línea de Prieto y Azaña, el desmoronamiento de las defensas militares republicanas estaba asegurada y el final de la guerra podría precipitarse. En sintonía con Negrín, las consignas a favor de la resistencia se intensificaron en la propaganda del Partido. Los dirigentes del PCE decidieron organizar el 16 de marzo una gran manifestación en Barcelona, encabezada por los guardias de asalto, y apoyada por el Comité Nacional de la CNT. Transcurrió por las principales calles de la capital catalana hasta el Palacio de Pedralbes; la consigna central de la misma era la continuidad de la resistencia militar, y los manifestantes

⁴⁷² En un informe enviado con anterioridad, el 21 de agosto de 1937, Kirill Meretskov (quién más tarde llegaría a Mariscal de la Unión Soviética) y un cierto coronel Simonov enviaron a Voroshilov su análisis de las Brigadas. Voroshilov consideró tan importante el documento, que se lo remitió a Stalin. En un pasaje del mismo se señala: “(...) Se aprecia una fatiga significativa. Peticiones en masa de permisos para ir a Francia y otros países. Entre las unidades del alto mando y los soldados se percibe un estado de ánimo pesimista y falta de confianza en la victoria (...) Se registra una actividad creciente de elementos provocadores y hostiles. Se ha incrementado también el número de incidentes, fricciones y conflictos entre soldados de distintas nacionalidades (...)”. Radosh, *op. cit.*, p. 308.

⁴⁷³ Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, G. del Toro Editor, Madrid, 1974, p. 232

gritaron consignas tajantes: “¡Abajo los ministros capituladores! ¡Fuera el ministro de defensa!”⁴⁷⁴.

A principios del mes de abril de 1938, Negrín se decidió por eliminar a Prieto de su posición y sustituirle él mismo al frente del Ministerio de Defensa. El 5 de ese mes se formó el segundo gobierno Negrín,⁴⁷⁵ con una escasa representación de la CNT, prácticamente testimonial, a pesar de la insistencia del Comité Nacional de participar plenamente en el mismo. En cualquier caso, las filas anarcosindicalistas estaban profundamente divididas en ese momento, entre los críticos acérrimos de la colaboración gubernamental, que hacían un balance extremadamente negativo del apoyo cenetista a la liquidación de la revolución, y otros líderes como Mariano Vázquez, lanzados al intento de transformación del movimiento libertario en un partido más del Frente Popular y que aplaudieron la formación del nuevo gobierno considerando que influiría positivamente en la moral de los soldados. Por su parte, el PCE aceptó la salida de Jesús Hernández del gabinete, como “prueba” de que el Partido no estaba interesado en conquistar el poder —mensaje dirigido fundamentalmente a la opinión pública de los gobiernos imperialistas—, pero logrando que fuera nombrado comisario político de la zona centro-sur, que comprendía el 80 por ciento de los efectivos militares de tierra del Ejército Popular.

La presencia del Partido Comunista en el ejército y en las estructuras del Estado (especialmente el Servicio de Información Militar, SIM), a pesar de lo que querían aparentar para consumo público sus dirigentes y los delegados de la Comintern, se mantuvo bajo el mandato de Negrín, si bien con una clara fluctuación a la baja en las fases finales de la guerra.

El Partido obtuvo la Subsecretaría del Ejército, que pasó a manos de Antonio Cordón, el cargo más importante después de Negrín en el Ministerio de Defensa; también Carlos Núñez, jefe del Estado Mayor de aviación, fue ascendido a subsecretario del Aire, y Pedro Prados fue nombrado jefe del Estado Mayor de la Marina, todos ellos miembros del Partido.⁴⁷⁶ Según los datos ofrecidos por la historia oficial del Partido, en el invierno de 1938-39, 8 de los 17 Cuerpos de Ejército de la zona Centro-Sur estaban bajo el mando de oficiales que militaban en el Partido, y en cinco restantes había comisarios comunistas.⁴⁷⁷

⁴⁷⁴ “En una carta escrita poco después de la guerra, Azaña afirmó que desde septiembre de 1936 había hecho todo lo posible por facilitar una solución negociada, porque la idea de derrotar al enemigo era una ‘fantasía’. Ni el primer ministro, ni el ministro de Defensa, ni el ministro de Exteriores, ni los embajadores importantes, escribió, desconocían su posición. ‘No la ignoraban los extremistas, cuando organizaron manifestaciones a las puertas de Pedralbes, contra los republicanos traidores. Eran los tiempos en que al Presidente se le acusaba de derrotista y de querer hacer su pastel. No les vendría mal ahora a todos que el pastel se hubiese hecho.” *Bolloten, op. cit.*, p. 871.

⁴⁷⁵ La composición de este segundo gobierno de Negrín fue la siguiente: Presidencia y Defensa Nacional, Juan Negrín López (PSOE). Asuntos Exteriores, Julio Álvarez del Vayo (PSOE). Gobernación, Paulino Gómez Sáenz (PSOE). Justicia, Ramón González Peña (PSOE). Agricultura, Vicente Uribe Galdeano (PCE). Instrucción Pública y Sanidad, Segundo Blanco González (CNT). Hacienda y Economía, Francisco Méndez Aspe (IR). Obras Públicas, Antonio Velao Oñate (IR). Comunicaciones y Transporte, Bernardo Giner de los Ríos (UR). Trabajo y Asistencia Social, Jaime Aiguadé Miró (ERC). Ministro sin cartera, José Giral Pereira (IR). Ministro sin cartera, Manuel de Irujo Ollo (PNV)

⁴⁷⁶ *Bolloten, op. cit.*, p. 887.

⁴⁷⁷ *Guerra y Revolución en España*, Vol. III, *op. cit.*, pp. 229-230.

En cualquier caso, la ofensiva de los adversarios del Partido en el Ejército y las grandes bajas que los combates provocaron en las filas comunistas, tuvieron un efecto innegable. “(...) A finales de 1937”, escribe Hernández Sánchez, “los comunistas valoraron que el 60 por 100 de los militantes se encontraban en filas; que de los 22.500 veteranos de febrero de 1936 la mitad había muerto en lo que iba de guerra. Se había perdido todo contacto con unos 50.000, de los que no se había vuelto a tener noticia tras la caída de Málaga, Santander y Asturias. La sangría alcanzó particularmente a la organización de Madrid, de cuyos 72.909 adherentes en mayo de 1938 más de la cuarta parte fue trasladada a Cataluña y desapareció entre la campaña del Ebro y la retirada a Francia.”⁴⁷⁸ Ninguna otra organización de la izquierda, salvó la CNT, sufrió una matanza tan elevada de sus efectivos en la lucha militar. El heroísmo de la militancia comunista está fuera de duda, a pesar del enfoque que se había dado a la guerra.

Todos los ataques provenientes de las filas republicanas, de los socialistas de derecha y de los militares profesionales —que tenían ya la mirada puesta en una paz imposible—, no significa que la identificación del Partido con la política de Negrín, y viceversa, fuera muy real. En un informe redactado por Togliatti, de 21 de mayo de 1939, y bajo el epígrafe “estrictamente confidencial”, se abordaba la cuestión sin remilgos: “En el mes de marzo de 1938, cuando el Presidente Azaña, de acuerdo con los embajadores de Francia e Inglaterra y apoyado por Prieto, planteó el problema de la capitulación, el partido luchó contra esa tentativa de acuerdo con la dirección del Partido Socialista, con la de la CNT y con algún elemento republicano, cosa que permitió dominar rápidamente la situación mediante un llamamiento directo a las masas [se refiere a la manifestación ante el Palacio de Pedralbes]. En el mes de junio de 1938 los reiterados esfuerzos de los capitulacionistas con la intención de derribar el gobierno de Frente Popular fueron desbaratados bastante rápidamente mediante un plebiscito a favor del gobierno organizado en el ejército por el Partido Comunista y por el PSUC. Con la colaboración de casi todos los oficiales y comisarios (...)

“El segundo gobierno Negrín *fue sin duda el que más estrechamente colaboró con la dirección del Partido Comunista, y aceptó y puso más ampliamente y más rápidamente que ningún otro las propuestas del partido.* Tiene en su activo la formulación de los ‘13 puntos’, que contribuyó de modo decisivo a reforzar la unidad del pueblo en un momento grave de la guerra; la agitación conducida personalmente por Negrín contra los capitulacionistas y los traidores a favor de una política de resistencia, que le valió una enorme popularidad en el ejército y entre el pueblo; la defensa de los intereses de la República española en el ámbito internacional, conducida con fuerza y habilidad por Negrín y por del Vayo en las varias sesiones de Ginebra; el cambio de la política de guerra de Prieto en el sentido requerido por nuestro partido; la mejora de las relaciones con la dirección de la CNT, que se vio llevada a la colaboración gubernamental y al abandono poco menos que total de las viejas posiciones políticas del anarquismo, etc. (...)

“Aunque en tiempos de tribulación el atractivo dejará de fluir, lo cierto es que el EPR conservó, al menos nominalmente, una herencia de en torno a un 50 por 100 de mandos de filiación comunista de antaño” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 358. En cuanto al Comisariado de Guerra, sin embargo, según otras fuentes del Partido citadas por Hernández Sánchez, para el segundo semestre de 1938, después de la Batalla del Ebro, el número de comisarios políticos comunistas en las Divisiones, Brigadas y Batallones había descendido. En total los comisarios del PCE y del PSUC, según este informe, eran ahora de 259 de un total de 1047. *Ibid.*, p. 356.

⁴⁷⁸ *Ibid.*, p. 358

“El Partido Comunista era el único partido que apoyaba a Negrín de un modo leal. Todos los otros partidos se declaraban en público favorables a él y a su política de resistencia, pero en realidad no le prestaban ningún apoyo decisivo para ayudarlo a vencer las intrigas de los capitulacionistas y a resolver rápidamente los diversos problemas de la guerra. Al contrario: una parte de sus cuadros participaba activamente en sus intrigas y le creaba a Negrín continuas dificultades. Eso vale sobre todo para el Partido Socialista cuya dirección, ligada en su mayoría a Prieto, y en la cual habían entrado Besteiro y algunos caballeristas, animada como estaba por una hostilidad cada vez mayor hacia el Partido Comunista, se puede decir que fue la que en mayor medida contribuyó a paralizar la acción del segundo gobierno Negrín.”

Por supuesto, la trayectoria vital de Negrín, que no era ni mucho menos un militante disciplinado por su extracción de clase y sus gustos personales, también significó que, en ocasiones, no atendiera las indicaciones precisas del Partido Comunista tal y como este hubiera deseado. “La dirección de nuestro partido se esforzó siempre por impulsar a Negrín a superar las dificultades a base de tomar en sus manos la dirección de su partido y de colaborar más estrechamente en los sindicatos de la UGT (donde podía encontrar mucho más apoyo que en el PSOE) y con el Frente Popular; pero Negrín, elemento de extracción intelectual al no haber participado activamente en la vida de su partido, no aceptó nunca seguir ese camino. Se veía reducido, pues, a resolver los problemas haciendo continuas concesiones a los distintos partidos y a los distintos políticos, a los mismos que sabía eran sus enemigos y que defendían posiciones equivocadas. De ahí la falta de disciplina en la acción gubernamental, el enorme retraso en la toma de decisiones que se imponían y eran reclamadas por el partido y la no solución de cuestiones vitales, y de ahí muchas decisiones equivocadas, resultado de un compromiso entre las acertadas propuestas comunistas y las exigencias de nuestros adversarios. Entre las debilidades de Negrín hay que mencionar también su estilo de trabajo, el de un intelectual indisciplinado, fanfarrón, desorganizado y desorganizador, y su vida personal, la de un bohemio no sin alguna señal de corrupción (mujeres)...”⁴⁷⁹

UNA GUERRA “PATRIÓTICA” CONTRA EL FASCISMO Y LOS INVASORES EXTRANJEROS

Con la marcha desfavorable de la guerra, Negrín y los ministros comunistas no se salieron del guión de defensa de la República democrática pero acentuaron los contornos “patrióticos” de la misma —ya definitivamente desposeída de cualquier contenido revolucionario o social—, buscando activamente un cambio en la política de la no intervención que inclinase a Gran Bretaña y Francia a favor de la España republicana. También se enfrentaron contra sus antiguos aliados, los nacionalistas burgueses de Catalunya y Euskadi, en un proceso de reafirmación del Estado y eliminación de los derechos democráticos nacionales, que comenzó con el control del orden militar y policial en Catalunya tras las jornadas de mayo del 37, y posteriormente con el establecimiento del gobierno central en Barcelona. Todo ello desembocó en una nueva crisis de gobierno y la salida de los ministros nacionalistas del gabinete, el 17 de

⁴⁷⁹ Todos los entrecomillados en Palmiro Togliatti, “Informe del 21 de mayo de 1939”, en *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 226-231. (El subrayado es nuestro)

agosto de 1938. Fue el último gobierno de Negrín y el más favorable a las posiciones del Partido Comunista.⁴⁸⁰

La coyuntura, supuestamente, no podía ser más favorable para la estrategia de resistencia a ultranza preconizada por el PCE. El movimiento anarcosindicalista naufragaba en una crisis interna brutal, marcada por el enfrentamiento entre los partidarios incombustibles de la colaboración gubernamental —y abiertamente contrarios a seguir defendiendo los clichés doctrinales del anarquismo— como Horacio M. Prieto y Mariano Vázquez, y los sectores de la FAI y las Juventudes Libertarias escandalizados con el reguero de capitulaciones que habían conducido a la derrota de la revolución social. Un enfrentamiento que tuvo su escenario más dramático en el Pleno del movimiento libertario celebrado en octubre de 1938. Por otra parte, los dirigentes republicanos en el gobierno accedían, aparentemente, a la línea del PCE y de Negrín sin muchos reparos y, Largo Caballero, estaba fuera del juego político.

El viejo dirigente de la izquierda socialista había sido desalojado de sus posiciones en el PSOE y en la UGT tras la ofensiva de prietistas y estalinistas. Marginado de la actividad interna y de la vida política pública, en diversas ocasiones denunció la actuación de sus adversarios. Por ejemplo, cuando fue invitado a participar por algunos miembros de la Comisión Ejecutiva en la celebración para conmemorar la fundación del PSOE, y “demostrar la unidad del partido”, Caballero escribió una extensa carta al comité organizador: “(...) Mi ingreso en el partido se realizó el 9 de marzo de 1893, es decir, hace cuarenta y cinco años y cinco meses. Mi afiliación a la UGT fue anterior, en 1890, ahora se cumplen los cuarenta y ocho años (...) He desempeñado en ambas organizaciones los cargos de máxima confianza tanto en España como en el extranjero; nunca recibí una censura por mi actuación; sin embargo, especialmente desde la crisis política de mayo del 37, crisis provocada por la Ejecutiva del Partido, ésta y la mayoría de la prensa socialista, controlada por dicha Comisión, secundando al Partido Comunista, han hecho contra mi una campaña de desprestigio como nunca se ha conocido en los anales del movimiento obrero español (...)

“He estado sufriendo en silencio todas esas injurias y calumnias bastante meses, y cuando decidí salir a la tribuna política a defenderme, se me permitió el primer mítin porque se pensó que sería un fracaso⁴⁸¹; pero habiendo resultado lo contrario, se me prohibió por un ministro socialista, ayudado por la Comisión Ejecutiva, el continuar hablando, y hasta se me confinó en mi domicilio a fin de impedirme ponerme en contacto con socialistas; es más, se apoderaron violentamente por medio de la policía y

⁴⁸⁰ La composición de este último gobierno de Negrín fue la siguiente: Presidencia y Defensa Nacional, Juan Negrín López (PSOE). Asuntos Exteriores, Julio Álvarez del Vayo (PSOE). Gobernación, Paulino Gómez Sáenz (PSOE). Justicia, Ramón González Peña (PSOE). Agricultura, Vicente Uribe Galdeano (PCE). Instrucción Pública y Sanidad, Segundo Blanco González (CNT). Hacienda y Economía, Francisco Méndez Aspe (IR). Obras Públicas, Antonio Velao Oñate (IR). Comunicaciones y Transporte, Bernardo Giner de los Ríos (UR). Trabajo y Asistencia Social, José Moix (PSUC). Ministro sin cartera, José Giral Pereira (IR). Ministro sin cartera, Tomás Bilbao (ANV)

⁴⁸¹ El 17 de octubre de 1937, Largo Caballero pronunció, en el cine Pardiñas, el que a la postre sería su último discurso. Fue retransmitido en directo a otros cinco cines madrileños que, a pesar de ser los de mayor aforo, se llenaron a rebosar, instalándose altavoces en la calle para la gente que no había podido entrar. Ante un auditorio entregado, el veterano dirigente socialista denunció la campaña orquestada contra él y las maniobras para expulsarle del Gobierno desde las filas estalinistas y del grupo de Prieto.

los Guardias de Asalto de los periódicos y federaciones socialistas que protestaban contra esos y otros atropellos...⁴⁸²

Largo Caballero había perdido la partida, pero no por eso muchos de sus partidarios intentaron reorganizarse en las filas del partido, el sindicato y las Juventudes. En el seno de la JSU, la línea impuesta por Carrillo, Melchor y Laín, encontró una contestación creciente entre los jóvenes caballeristas, hasta el punto de que se produjo un movimiento para recuperar las viejas señas de identidad de las JJSS en toda una serie de zonas: Alicante, Jaén, Murcia y Valencia y, sobre todo, en Madrid donde se formó a finales de 1938 una Comisión de Jóvenes Socialistas, con Sócrates Gómez como Presidente, y Antonio Escribano como Secretario. Desde esta Comisión organizaron una Conferencia Nacional, en noviembre, en la que algunos delegados reclamaron la ruptura con el estalinismo y la refundación de la antigua FJS.

La desmoralización de la población, la caída completa del impulso revolucionario, la desigualdad en el frente militar, las privaciones..., acentuaron las críticas de aquellos que pensaban que la guerra estaba definitivamente perdida. Los militares profesionales, el presidente del gobierno, los seguidores de Prieto, y un sector de los anarcosindicalistas con mando en el ejército, empezaban a urdir entre bastidores una respuesta contra Negrín y la dirección del PCE, apoyados en los sectores de la “opinión pública” deseosa de poner fin al esfuerzo titánico de aquellos años. Las “clases medias” y sus representantes políticos, que habían sido el objetivo de defensa prioritario del PCE en su lucha contra la revolución socialista, se rebelaban ahora abiertamente contra él.

Todos los esfuerzos de Negrín de atraerse a Francia y Gran Bretaña fueron estériles. Y esos esfuerzos fueron muchos y en muy diversos planos. El gobierno continuó tendiendo puentes con el capital extranjero para intentar ganarse su apoyo. El 27 de abril de 1938 decretó la disolución de los Serveis Electricos Unificats de Catalunya, creados a iniciativa de la CNT para controlar las empresas hidroeléctricas extranjeras. El decreto planteaba la devolución de las mismas a sus antiguos propietarios. Según el corresponsal de *The New York Post* en Barcelona, la decisión indicaba “que el gobierno está tomando medidas drásticas para congraciarse con el gran capital extranjero y, de esa manera, con los importantes intereses financieros que ejercen tanta influencia en la política exterior de Gran Bretaña y Francia.”⁴⁸³ Pero la mayoría de las grandes empresas extranjeras del sector ignoraron el decreto; de hecho, al principio de la guerra ya habían trasladado sus sedes a Zaragoza, en territorio controlado por Franco.

En esa atmósfera, el contenido “patriótico” de la guerra, expurgándola de cualquier contenido social o de clase, se acentuó hasta el paroxismo en la propaganda del PCE. La comparación con la guerra de independencia de 1808 se hizo recurrente, y los ejemplos de los “heroicos” militares que lucharon contra las tropas francesas se convirtieron en un modelo a imitar en esta “guerra nacional” contra los invasores italianos y alemanes.

Según Hernández Sánchez, “El PCE gestionó entonces la elaboración de un discurso patriótico cuyas imágenes y tópicos reprodujeron los estereotipos e iconos del siglo XIX y la revolución liberal, e incluso más antiguos. Frente al monopolio del patriotismo que pretendía detentar el enemigo que, por añadidura, estaba subordinado al decisivo apoyo de potencias extranjeras, los comunistas y, por extensión, la mayoría de los republicanos,

⁴⁸² Citado en Bollothen, *op. cit.*, p. 934.

⁴⁸³ *The New York Post*, 16 de junio de 1938

quisieron reivindicarse como los verdaderos patriotas. Para instilar a la población ese orgullo nacional renovado recurrieron a un repertorio de mitos históricos reconocibles por la población, y cuya presencia se encontraba explícita en la pedagogía republicana de preguerra. Frente a los mitos de la cristiandad medieval, la unificación territorial de los Reyes Católicos y la proyección agresiva del imperio de Carlos V y Felipe II — genealogía de la hispanidad esgrimida por la reacción—, Pasionaria, en agosto de 1937, propuso otra cronología, trufada de personajes caracterizados por una enérgica rectitud frente al abuso de los poderosos o poseídos del espíritu de la resistencia (El Cid, Agustina de Aragón, la Madre España —fusión del pueblo y la nación— Goya...); y de hitos resistencialistas: Sagunto, Numancia, los vascones frente a Roma, los comuneros, las germanías y los *rabassaires*, la guerra de la independencia, cuyo 2 de mayo prefiguraba la resistencia de Madrid; hasta llegar al octubre asturiano de 1934 y el levantamiento contra el golpe del 18 de julio. En este contexto, obras como los *Episodios Nacionales* de Galdós devinieron un importante recurso de rememoración histórica, el modelo a seguir por una nueva literatura nacional-comunista. Quizá el texto doctrinal más completo acerca del giro patriótico del discurso comunista español sea el debido a Jesús Hernández. *El orgullo de sentirnos españoles* apareció en la prensa comunista el 4 de abril, y se publicó posteriormente como separata.⁴⁸⁴

En efecto, la prensa, los discursos, la propaganda del PCE, rivalizaban en recursos patrióticos, que jamás habían sido utilizados en la tradición comunista y bolchevique, pero a los que recurrió también Stalin en la Segunda Guerra Mundial.

Por si no quedará claro, cuando en *Mundo Obrero*, en su edición del 23 de marzo, se deslizó una expresión que no casaba completamente con la línea del momento, se produjo inmediatamente una reprobación desde la dirección. En respuesta al artículo de *Mundo Obrero*, José Díaz escribió otro, dirigido a la redacción del órgano central comunista, pero que se publicó en *Frente Rojo*, el 30 de marzo de 1938, titulado *Con toda la claridad posible*:

“En el número del 23 de marzo de *Mundo Obrero* aparece un artículo sobre el cual es necesario llamar vivamente vuestra atención y la de todo el partido. Empieza el artículo diciendo que ‘todo lo que pueda desorientar a las masas debe ser aclarado con el mayor cuidado’. La justeza de esta afirmación nadie puede ponerla en duda, y por esto precisamente creo que es necesario os dirija ésta carta, ya que a continuación se encuentra en vuestro artículo la afirmación siguiente: ‘...No se puede, como hace un periódico, decir que la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista, porque Francia lo quiere así.’ No conozco el periódico contra el cual está dirigida vuestra polémica. Es posible que ese periódico esté escrito por gentes que, no quieren a nuestro Partido, ni comprenden bien los problemas de nuestra guerra. Pero la afirmación de que ‘la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista’, es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro partido. Es necesario repetirlo una vez más, para que sobre ello no quede la menor duda. El pueblo de España combate, en esta guerra, por su independencia nacional y por la defensa de la República democrática. Combate para echar del suelo de nuestra patria a los bárbaros invasores alemanes e italianos, combate porque no quiere que España sea transformada en una colonia del fascismo, combate para que España no sea fascista. Combate por la libertad, en defensa del régimen democrático y republicano,

⁴⁸⁴ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 333. El texto de Jesús Hernández, *El orgullo de sentirnos españoles*, se reproduce en la parte documental al final del libro.

que es el régimen legal de nuestro país y que permite los progresos sociales más amplios (...)

“Y sería muy grave, sería inadmisibles, que en las filas de nuestro Partido pudiera producirse, no digo una vacilación, sino una simple falta de claridad sobre esta cuestión, precisamente en el momento actual, en que es necesario el máximo de unidad del pueblo para hacer frente a los ataques furibundos de los invasores extranjeros. En nuestro país, existen hoy condiciones objetivas que hacen imprescindible, en interés de todo el pueblo, la existencia y el fortalecimiento de un régimen democrático, no existen condiciones que permitan pensar en la instauración de un régimen comunista. Plantear la cuestión de la instauración de un régimen comunista significaría dividir al pueblo, porque un régimen comunista no podría ser aceptado por todos los españoles, ni mucho menos, y nuestro Partido nunca hará nada que pueda dividir al pueblo, sino que lucha con todas sus fuerzas, desde el principio de la guerra, para unirlo, para unir a todos los españoles en el combate por la libertad y la independencia nacional (...).”

Los planes del gobierno Negrín para buscar una salida negociada a la guerra, e influir en las potencias occidentales y en los sectores “moderados” del régimen franquista, se aceleraron. Para hacerlo coincidir con el Primero de Mayo de 1938, Negrín propuso en un documento público las condiciones de la “paz”, esperando que Francia y Gran Bretaña presionasen al gobierno de Burgos para aceptarlas. El documento denominado *Fines de Guerra del gobierno de la Unión Nacional de la República Española*, presentado ante periodistas españoles y extranjeros el 30 de abril, fue conocido popularmente como los *Trece Puntos* de Negrín. Los principales aspectos sintetizados del documento eran los siguientes:

1. La independencia de España, liberada de toda injerencia extranjera, sea cual sea su carácter y origen.
2. Liberar a España de militares extranjeros.
3. República popular representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia.
4. Plebiscito para determinar la estructuración jurídica y social de la República Española, mediante la voluntad nacional libremente expresada.
5. Libertades regionales sin menoscabo de la unidad española.
6. Plenitud de derechos al ciudadano garantizada por el Estado (libertad de conciencia, libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas...).
7. El Estado garantizará la propiedad legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores.
8. Profunda reforma agraria y liquidación de la propiedad aristocrática semifeudal.
9. Legislación social que garantice los derechos del trabajador.
10. Mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.
11. Ejército al servicio de la Nación, estando libre de tendencias y partidos.
12. Renuncia a la guerra como instrumento de política nacional.
13. Amplia amnistía para los españoles que quieran reconstruir y engrandecer España.

El programa recibió la mayor difusión posible por el gobierno republicano, y fue defendido por Julio Álvarez del Vayo en la Sociedad de Naciones. Especial énfasis se puso en la “libertad religiosa”, incluso con demostraciones de ceremonias católicas, para que los observadores internacionales, que ya estaban en Barcelona para verificar la retirada de los efectivos de las Brigadas Internacionales, quedaran impresionados.

Este último punto fue otro aspecto destacado de la política del gobierno Negrín, en sus intentos desesperados de ganarse la confianza de Francia y Gran Bretaña. La dirección

de la Comintern (en las discusiones llevadas en Moscú entre Codovilla, Marty, Uribe y Togliatti, del 16 al 30 de agosto), decidió la salida país de las Brigadas Internacionales en noviembre de 1938, después de que participaran heroicamente en la Batalla del Ebro. El objetivo de los dirigentes estalinistas de la Comintern era “conseguir una respuesta recíproca de alemanes e italianos y una aproximación favorable a la mediación anglofrancesa.”⁴⁸⁵ Estos luchadores internacionalistas, que fueron despedidos en Barcelona por los gritos emocionados de una multitud agradecida el 28 de octubre, derramaron su sangre generosamente en las trincheras, y fueron, desde cualquier punto que se mire, un ejemplo de valor y abnegación.

“De acuerdo con mis cálculos”, señala Rémi Skoutelsky “cerca de 32.000 voluntarios extranjeros (cifra que podía llegar a los 35.000) —y probablemente un número mayor de españoles— combatieron en las Brigadas Internacionales entre el otoño de 1936 y la primavera de 1939. Es decir, efectivos mucho más escasos que los de los portugueses, italianos y alemanes que lucharon al lado de Franco, tal vez sólo una tercera parte. (...) Probablemente, de todas las unidades republicanas, las Brigadas Internacionales hayan sido las que más pérdidas sufrieron. En la mayor parte de sus contingentes el número de muertos alcanzó el 25 por ciento, lo que a escala de un ejército supone una enormidad. En el caso de los canadienses el porcentaje se elevaría... ¡al 50 por ciento! (...)”⁴⁸⁶ Los brigadistas representaban el mejor ejemplo de las enormes consecuencias que hubiera tenido en Europa, y en todo el mundo, el triunfo de la revolución socialista en España: ningún ejército burgués hubiera podido parar los efectos de la revolución triunfante entre los obreros, franceses, ingleses, italianos o alemanes.

Negrín, que tantos esfuerzos había hecho por atraerse el apoyo de Gran Bretaña y Francia, fracasó rotundamente en sus pretensiones. El infame Pacto de Munich, firmado por Gran Bretaña, Francia, Italia y la Alemania nazi en septiembre de 1938, reconoció la ocupación nazi de los Sudetes checoslovacos y puso en evidencia el auténtico carácter de clase del imperialismo aliado. Como prueba de buena voluntad ante Hitler, Francia cerró la frontera de los Pirineos, aumentando de esta forma el bloqueo militar, y congeló créditos y fondos depositados en ese país por el gobierno republicano.

“Los ‘gobiernos de occidente”, escribe Claudín, “a diferencia de la IC, enfocaban el problema con criterio clasista, y el representante más solvente del capitalismo español no era el gobierno de Negrín sino el gobierno de Franco. El capitalismo ‘democrático’ no se conformaba con menos que el aplastamiento total del proletariado español, lo cual exigía el aplastamiento de una republica que durante casi una década había demostrado suficientemente su imposibilidad histórica como ‘república democrático-burguesa’. Los gobiernos occidentales podían, en todo caso, ser sensibles a la quimérica imagen de la realidad republicana española que el PCE y Negrín se esforzaban en presentar, pero eran orgánicamente incompatibles con la realidad que se ocultaba tras esa imagen: la realidad de un proletariado revolucionario, presto a levantar cabeza a la primera oportunidad. El drama se aproximaba a su desenlace sobre la base de los términos mismos en que las clases y la lucha de clases, (y no el dogma teórico de la IC sobre la inestabilidad de una etapa ‘democrático burguesa’) lo habían planteado en la España concreta de 1936: fascismo o comunismo (entendiendo por ‘comunismo’ lo que todo el mundo entendía por aquel entonces refiriéndose a España: la revolución proletaria peculiar, de rasgos

⁴⁸⁵ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 382.

⁴⁸⁶ Rémi Skoutelsky, *op. cit.*, p. 394.

originales e intransferibles, española en una palabra, que se había propagado como huracán por el territorio peninsular en la segunda mitad de 1936)...”⁴⁸⁷

Tras el esfuerzo titánico de Teruel, la ofensiva franquista en Aragón y el contraataque republicano en la batalla más importante de la guerra civil, la batalla del Ebro, que comenzó el 25 de julio de 1938 y acabó el 16 de noviembre con el repliegue de las fuerzas republicanas sobre el terreno capturado y decenas de miles de muertos entre los soldados del Ejército Popular, la situación se hizo insostenible.

El más completo pesimismo se apoderó del cuerpo de oficiales, del gobierno, de los políticos republicanos, y también de sectores de la población, lejos ya los días de efervescencia revolucionaria. Las posibilidades de elevar la moral de los combatientes eran nulas.⁴⁸⁸ Finalmente Barcelona cayó el 26 de enero, tras soportar un año de bombardeos permanentes de los fascistas; las tropas franquistas entraron en la capital catalana sin resistencia entre una población obrera exhausta y desencantada tras la liquidación de la revolución. Las capas medias de la ciudad habían manifestado, por su parte, un completo desprecio por la política de resistencia propugnada por el Partido Comunista y sólo ansiaban una vuelta a la normalidad.⁴⁸⁹ Los tiempos eran completamente distintos a las jornadas heroicas de la defensa de Madrid. La conquista definitiva de toda Catalunya, el 1 de febrero de 1939, selló el destino de la guerra.⁴⁹⁰

A pesar de las brutales evidencias a lo largo de tres años de guerra y revolución, la dirección del Partido siguió insistiendo en la idea de lograr la ayuda de las potencias “democráticas” a la causa republicana. En una declaración del Buró Político del 23 de febrero de 1939, y reproducida por *Mundo Obrero* el 26, se afirmaba: “Es un error profundo pensar que nada o muy poco tenemos que esperar del extranjero, y que los países democráticos que han dejado fuese invadida Cataluña por los alemanes e italianos, no habrán de ayudarnos ahora que hemos perdido una posición tan importante. La situación internacional nunca ha sido más inestable que hoy...”⁴⁹¹

⁴⁸⁷ Fernando Claudín, *op. cit.*, p. 191.

⁴⁸⁸ “A finales de 1938” señala Hernández Sánchez, “la moral caía a ojos vistas y, como denunció García Val, ‘en la mentalidad de la tropa se refleja con fuerza insospechada la corriente peligrosa de que la guerra se está terminando. De ello se habla en la vanguardia y en la retaguardia, se habla en las cartas de los soldados del frente, se habla en las tertulias, en los paseos, en los espectáculos’. La inmediata repercusión fue el desplome de las cifras de reclutamiento. La movilización de quintas tan mayores como las del 23 y el 24 llevó a que se incorporaran menos de la mitad de los llamados a filas, y que de ellos, más del 50 por 100 resultaran inútiles para todo servicio.” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 368.

⁴⁸⁹ En su informe del 21 de mayo, ya mencionado, Togliatti escribe al respecto: “(...) Las masas de la pequeña burguesía nacionalista no manifestaron entusiasmo alguno por la lucha en ningún momento de la campaña. La masa sin partido se mostraba indiferente y en ocasiones hostil a quien predicaba y organizaba la resistencia (...) los nervios de los habitantes de Barcelona estaban deshechos, por las privaciones, por la indigencia, por los constantes bombardeos, etc. Por lo que se refiere al PSUC, quedó claro que su pretendida posición dominante en Barcelona era una ilusión...” Togliatti, *op. cit.*, p. 258.

⁴⁹⁰ El éxodo masivo de la población hacia Francia, más de 400.000 refugiados, fue una tragedia que prologaba lo que ocurriría después. Hambrientos, enfermos, y exiliados forzosos, los obreros, milicianos, mujeres y niños que llegaban al país vecino fueron internados en campos de concentración por el “democrático” gobierno francés, y miles de ellos deportados y entregados posteriormente a Franco.

⁴⁹¹ Esta posición contrastaba mucho con el balance posterior de los dirigentes del PCE. Sacándose de encima responsabilidades por la caída de Catalunya, culparon a sus antiguos aliados políticos, los nacionalistas pequeñoburgueses con los que tanto habían trabajado para defender a las capas medias, su propiedad y libertades económicas, y, por supuesto, a los “Estados democráticos”: “El gobierno de la Generalitat, en vez de organizar la defensa, en vez de movilizar sus recursos para impedir que el enemigo

La posibilidad de que el conflicto español pudiera prolongarse en una guerra a escala continental era una esperanza para la política de resistencia. Pero la guerra europea, que se desencadenaría meses más tarde, no evitó la caída de la República, roída internamente por un enfrentamiento militar entre las fuerzas que habían sostenido el gobierno de Frente Popular, y ante la indeferencia de Stalin, que entre bastidores estaba urdiendo un giro copernicano en su política de alianzas internacionales.

EL PCE Y EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL

Tras la caída de Barcelona se produjo una auténtica desintegración de toda la maquinaria del Estado. La situación se hizo muy negativa para los mandos militares y los cuadros del PCE, que quedaron aislados políticamente y sometidos a la crítica abierta de sus antiguos aliados. En el informe del 21 de mayo que escribió Togliatti, volviendo sus miras hacia la ineptitud de Negrín, como no, se lee: “Después de Barcelona, el aparato del estado se hundió completamente, entre un desorden y pánico inauditos. Negrín había dado la orden de evacuar todos los ministerios hacia la región de Gerona-Figueres, y aconsejó la partida de todos los dirigentes políticos. Pero ni él ni ninguno de los ministros tomó medidas prácticas para organizar la evacuación (...).”⁴⁹² La deserción de numerosos mandos militares a Francia complicó aún más las posibilidades de la resistencia.

El 1 de febrero se reunieron por última vez las Cortes republicanas en el castillo de Figueras, pero sólo estuvieron presentes 62 diputados. En la reunión, presidida por Martínez Barrio, el presidente Negrín planteó tres puntos para alcanzar la paz: “1. Garantía de la independencia nacional, libre de toda injerencia extranjera. 2. Garantía de que el pueblo español tendría derecho a decidir su propio régimen y su propio destino. 3. Garantía de que una vez que la guerra hubiera terminado, se pondría fin a todas las persecuciones y represalias. A pesar de la declaración de intenciones, todas las posibilidades de un acuerdo sin represalias estaba descartado: Franco había publicado el 13 de febrero su Ley de Responsabilidades Políticas, que ocupaba veinticuatro páginas del Boletín Oficial Nacional. En su preámbulo se señalaba que la ley iba dirigida contra todos aquellos que habían contribuido “con actos u omisiones graves a forjar la subversión” y “entorpecer el triunfo providencial e históricamente ineludible del Movimiento Nacional”. La suerte, por tanto, estaba ya echada, a pesar de la vuelta de Negrín a Alicante y de sus declaraciones a favor de continuar la lucha por la independencia nacional.

El 27 de febrero de 1938, las potencias “democráticas”, Francia y Gran Bretaña, reconocieron el gobierno de Franco como el gobierno legítimo de España, y a las pocas horas, Manuel Azaña dimitió como presidente de la República. En su carta de dimisión, Azaña señalaba que el reconocimiento del general Franco le privaba de la

invadiera el suelo de Cataluña, se dedicó a maniobrar dentro y fuera de España contra el gobierno de la República, socavando su autoridad. Sin fe en la fuerza de su pueblo, los separatistas catalanes prefirieron buscar la salvación en conversaciones, a espaldas del gobierno republicano, con los gobiernos imperialistas, supuestamente democráticos...que estaban facilitando la victoria de Franco.” *España Popular*, 13 de febrero de 1941, citado en Bollothen, *op. cit.*, p. 984.

⁴⁹² Togliatti, *op. cit.*, p. 262

representación “jurídica internacional necesaria para hacerse oír de los gobiernos extranjeros... lo que no solamente es un dictado de mi conciencia de español, sino el anhelo profundo de la inmensa mayoría de nuestro pueblo...”⁴⁹³

En el momento de mayor desmoralización, las grietas y divisiones entre los socios del Frente Popular no tardaron en estallar enfrentados al naufragio inminente. En Madrid, la cúpula militar republicana, compuesta en su mayoría por oficiales de carrera bajo el mando de Miaja (que había sido nombrado comandante en jefe de las fuerzas de tierra, mar y aire, y delegado del gobierno en la zona centro-sur), y el coronel Segismundo Casado (jefe del Ejército del Centro)⁴⁹⁴; junto con socialistas de derecha como Besteiro, partidarios de Caballero como Wenceslao Carrillo, miembros de Izquierda Republicana, y sectores de la dirección cenetista, entre ellos el comandante Cipriano Mera, conformaron en la noche del 5 de marzo el denominado Consejo Nacional de Defensa, y fraguaron un golpe de Estado para eliminar al PCE del gobierno e iniciar las negociaciones directas con Franco para una paz “honrosa” (6 de marzo). En su degeneración política, Besteiro albergaba la esperanza de reeditar una situación similar a la vivida bajo la dictadura de Primo de Rivera, con una UGT y un PSOE permitidos por el régimen franquista.

Con la guerra perdida, la Junta declaró ilegítimo al gobierno de Negrín y expulsó a los dirigentes del PCE del Frente Popular, iniciando una cruenta represión contra las fuerzas comunistas que se habían resistido al golpe, y que en la capital se prolongó durante seis días. El PCE, sufriendo las consecuencias de su propia política, preparó precipitadamente la evacuación de sus dirigentes y mandos más importantes, a la vez que creaba las columnas guerrilleras, maquis, que operaron en la época franquista hasta mediados de los años cincuenta.⁴⁹⁵ Una vez eliminados y reprimidos todos los focos de

⁴⁹³ Citado en Bolloren, *op. cit.*, p. 1024.

⁴⁹⁴ Segismundo Casado, que estaba abiertamente enfrentado al PCE desde hacía bastante tiempo, había iniciado negociaciones secretas con delegados del Servicio de Inteligencia franquista en Madrid para poner fin a la guerra.

⁴⁹⁵ Los hechos del golpe militar de Casado y la trayectoria capituladora del Consejo de Defensa han sido estudiados con profusión por los libros más significativos de la guerra civil. Lo fundamental del golpe es que significó la liquidación del bloque de Frente Popular y el desmoronamiento completo de la política del PCE en los últimos días de la guerra civil, cuya influencia en el ejército —como demuestran las dificultades para enfrentar una sólida resistencia a los golpistas— había disminuido ya considerablemente, abandonados por sus antiguos aliados. “La errática reacción del PCE ante el golpe casadista”, escribe Hernández Sánchez, “puso en evidencia que carecía absolutamente de un plan para salir de la guerra. La reacción de quienes estaban reunidos en Elda junto con Negrín fue la de, tras una fase de estupor, marcharse para no caer en manos de los sublevados. Los dirigentes comunistas decidieron en una primera reunión que Dolores Ibárruri fuera la primera en emprender el camino del exilio, precedida de Cerdán y Núñez Maza. Le acompañaría Stepanov, por indicación de Togliatti, quien aprovechó la ocasión para desembarazarse de él. El resto de la plana mayor del PCE (Uribe, Delicado, Angelín, Modesto, Lister, Castro, Delage, Benigno, Melchor, Moix, Checa y el propio Togliatti), concentrada en el aeródromo de Monóvar, llevó a cabo la que sería la última reunión en territorio español, en la que trataron tres puntos: la toma de posición ante el CND; decidir el cupo y orden de evacuación, y la designación de una nueva dirección ilegal del partido. Togliatti escribió al respecto: ‘Planteé a Modesto y Lister la cuestión de si consideraban posible, militarmente, volver a hacerse con la situación. Ambos respondieron que no era posible y que el partido, solo y privado del apoyo del Gobierno, no podía hacer nada.’ (...) Con este dictamen, Togliatti convalidó la decisión de cerrar la página de la guerra de España para sacar del país a la mayor parte de la cúpula y pasar a organizar la lucha clandestina. Los dirigentes objeto de evacuación partieron hacia Orán entre el 6 y 7 de marzo, salvó Togliatti, Checa y Claudín, que se quedaron para coordinar la evacuación de cuantos cuadros pudieran localizar y preparar la acción ilegal (...).’ Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 433.

resistencia, la Junta se preparó para negociar con Franco y entregar a su ejército lo que quedaba de territorio republicano.

El Consejo de Defensa intentó por todos los medios un acuerdo con Franco, y los contactos de Casado con los responsables de los servicios de inteligencia del enemigo se sucedieron frenéticamente. Pero Franco rechazó la intención del Consejo de una rendición gradual por zonas. Su objetivo era otro muy distinto. Rendición incondicional de las fuerzas republicanas. Una vez puestas las cartas encima de la mesa, las columnas franquistas que cercaban la capital de la República iniciaron la ofensiva en la madrugada del 26 de marzo. Sin ninguna esperanza de resistencia, con la dirección republicana completamente dividida y los mandos profesionales alentando la capitulación, unidades enteras se rindieron. Para el 27 eran miles de soldados republicanos los que habían depuesto las armas en el frente de Madrid y se dirigieron hacia la única bolsa que quedaba bajo control republicano, en la zona suroeste de la península (Alicante y Valencia). Mezclándose con la población civil buscaban su salvación en una evacuación por mar desde el puerto alicantino. Esta marcha desesperada, y la concentración de miles de soldados en los muelles (cerca de 12.000), fue un epílogo trágico de la guerra: la mayoría no pudo encontrar una embarcación para salir del país, y muchos de ellos prefirieron quitarse la vida antes de caer en poder de los fascistas y ser hechos prisioneros. La capital se rindió oficialmente a primera hora de la tarde del 28 de marzo. El 29, el coronel Segismundo Casado y los demás miembros del Consejo salieron de España a bordo de un crucero británico.

El 1 de abril de 1939, Franco emitió su famoso bando final: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.”

La matanza con que Franco regó la retaguardia pasó a la historia. Entre julio de 1936 y abril de 1939, la represión contrarrevolucionaria de la burguesía y los terratenientes en la zona franquista contra los trabajadores, los campesinos sin tierra y sus organizaciones fue feroz: más de 150.000 personas fueron ejecutadas por las bandas falangistas, requetés y el ejército franquista. Después del triunfo franquista en abril de 1939 y hasta bien entrada la década de los cuarenta, los tribunales militares de excepción, y las ejecuciones sumarísimas, acabaron con la vida de, al menos, otras 90.000. Al acabar la guerra, cerca de 500.000 presos abarrotaban los campos de concentración y las cárceles.

Decenas de miles fueron empleados en los “batallones de trabajo”, como esclavos al servicio de grandes empresarios y familias de la oligarquía que hicieron fortunas formidables al abrigo de la dictadura. Miles murieron por las condiciones infrahumanas que tuvieron que soportar. Todas las conquistas del movimiento obrero y las libertades democráticas fueron eliminadas y las organizaciones de los trabajadores aplastadas. El país sufrió 40 años de dictadura militar, una dictadura respaldada con ardor por los poderes tradicionales: la oligarquía económica, la Iglesia católica, los intelectuales de la derecha, el imperialismo occidental.

La gesta del proletariado español por la revolución socialista y contra el fascismo se extendió durante tres años de lucha en las trincheras, en memorables combates en los que una generación maravillosa derramó generosamente su sangre. La guerra y la revolución son hechos excepcionales que prueban a todas las clases y a todos sus agrupamientos políticos. De todas las ocasiones en que los trabajadores desafiaron el poder de la burguesía en las tres primeras décadas del siglo XX, sólo en una, durante la Revolución de Octubre de 1917, se alzaron con el triunfo. Y la razón de este éxito, además de la voluntad del proletariado y el campesinado ruso por llevar el movimiento hasta el final, se explica por la existencia de un estado mayor revolucionario a la altura de las tareas que demandaba la historia. Ese estado mayor era el Partido Bolchevique.

La revolución española de 1931-39 fue la oportunidad más importante de que dispuso el movimiento obrero de Europa occidental desde la Revolución Rusa y el fracaso de la insurrección espartaquista de 1919 en Alemania. Una revolución que desató un tremendo pánico en las filas de la burguesía mundial, pero también en la dirección que en teoría debía encabezar la lucha de los trabajadores y coronarla con éxito. El papel de la dirección estalinista, no de los militantes y combatientes del Partido, fue la causa más decisiva en esta trágica derrota.

Como señala acertadamente el antiguo dirigente del PCE, Fernando Claudín: “Todos los sacrificios y heroísmos de tres años se hundían junto con una política que desde el primer día de la guerra civil había vuelto la espalda a imperativos esenciales de la realidad revolucionaria española, para ajustarse a los imperativos de la estrategia internacional de Stalin. La sujeción del PCE a esa estrategia fue, en efecto, un grave obstáculo para el pleno despliegue de las reservas combativas y de las iniciativas creadoras, de las fuerzas capaces de hacer milagros, que toda gran revolución social lleva en su seno. *Dentro de los límites* que le impuso esa sujeción, el partido dio ejemplo, como ya hemos dicho, en la organización del ejército, en alentar el espíritu de combate, en exaltar los aspectos antifascistas, nacional liberadores, de la lucha, etc. Cosa que era absolutamente necesaria y vital. Pero el *pleno* despliegue de las potencialidades más arriba indicadas exigía, ante todo y sobre todo, que el proletariado —la fuerza revolucionaria decisiva— no dudase en ningún momento de que la lucha a muerte entablada era la lucha que le liberaba de la esclavitud capitalista. No como promesa para una etapa ulterior sino como afirmación y desarrollo del contenido socialista que la revolución en acto había tenido desde las jornadas de julio; como traducción de ese contenido en una nueva legalidad y nuevas instituciones, como instauración, ante todo, del *poder proletario* (...)”

“Reconocer la prioridad absoluta de la esencia proletaria y socialista de la revolución, reafirmarla en todos los planos, y partir de ella para la solución de todos los problemas que planteaba la guerra, era un imperativo tanto más insoslayable —conviene insistir en ello— cuanto que esa esencia *había sido inscrita ya en la realidad* por las mismas masas, y todo retroceso no podía por menos de provocar su desconfianza, quebrantar su moral y, en definitiva, llevarlas a la conclusión de que para restaurar la república azañista no vale la pena consentir tan inmensos sacrificios. El espíritu que hizo posible la defensa de Madrid fue el espíritu de la revolución proletaria, y si existía una posibilidad de victoria no podía estar más que en su preservación y propagación...”⁴⁹⁶

⁴⁹⁶ Fernando Claudín, *op. cit.*, pp. 192-93.

El papel del estalinismo en España durante aquellos años, prologaba lo que después sucedería en otros países de Europa. El epitafio que escribió sobre las ruinas de una revolución demolida a conciencia no pudo ser más lamentable. A medida que la guerra civil presentaba los tonos más sombríos para el Gobierno republicano, Stalin perdió interés por los acontecimientos españoles: sus miras estaban puestas ya en otros objetivos. No tardaría mucho en firmarse el pacto Molotov-Ribbentrop en agosto de 1939, por el que Stalin sellaba una alianza con Hitler. Los militantes comunistas españoles, encarcelados, asesinados y exiliados, fueron traicionados una vez más.⁴⁹⁷

El triunfo de los obreros españoles podría haber cambiado toda la historia posterior creando un balance de fuerzas completamente diferente cuando se estaba al borde de la Segunda Guerra Mundial. Y, aunque los trabajadores españoles cayeron derrotados en el campo de batalla, su lucha causó una conmoción entre el movimiento obrero mundial sólo comparable a la de aquellos diez días que estremecieron al mundo, en octubre de 1917.

Poco antes de caer asesinado por un agente estalinista, León Trotsky estaba trabajando en un artículo titulado *Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español?* En este último texto inconcluso, Trotsky abordaba las causas principales de la derrota política y militar de la revolución española. Merece la pena reproducir algunos de sus párrafos:

“(...) El camino de lucha seguido por los obreros cortaba en todo momento bajo un determinado ángulo el de las direcciones y, en los momentos más críticos, este ángulo era de 180 grados. La dirección entonces, directa o indirectamente, ayudaba a someter a los obreros por la fuerza de las armas (...) Todo lo que se puede decir sobre esto es que las masas, que han intentado sin cesar abrirse un camino hacia la vía correcta han descubierto que la construcción, en el fragor mismo del combate, de una nueva dirección que respondiera a las necesidades de la revolución, era una empresa que sobrepasaba sus propias fuerzas. (...)”

“En realidad, la dirección no es, en absoluto, el ‘simple reflejo’ de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye en el curso de los choques entre las diferentes clases o de las fricciones entre las diversas capas en el seno de una clase determinada. Pero tan pronto como aparece, la dirección se eleva inevitablemente por encima de la clase y por este hecho se arriesga a sufrir la presión y

⁴⁹⁷ Por supuesto, en la línea de descargarse de cualquier responsabilidad por el desastre español, Stalin acusó directamente a los dirigentes comunistas por su política en los últimos compases de la guerra. Cuando el 7 de abril se celebró una reunión con la asistencia de Díaz, Dimitrov, Molotov, Beria y Manuilsky, Stalin, presente en la misma, “criticó al PCE no tanto por lo que había hecho sino porque no había actuado con suficiente claridad para orientar a las masas en la situación creada por el golpe de Casado. Es importante subrayar que, según Stalin, ‘si la situación hubiera sido insostenible el partido hubiera podido anunciar que consideraba posible sustituir al Gobierno por otro, más adecuado al momento, y entonces disponerse a terminar la guerra’. A su juicio, el mantenimiento de la resistencia a cualquier coste no había sido una actitud correcta. A veces, afirmó, era preciso aceptar una derrota, como ya había hecho Lenin en 1905. pero, subrayó críticamente, entonces el Partido Comunista debería haber explicado la situación al pueblo y no dejarlo abandonado y sin orientación. ‘Cuando fue preciso luchar contra el enemigo —concluyó— los comunistas [españoles] se han mostrado eficaces y han acumulado una enorme experiencia. Cuando ha sido necesario ceder el poder, llevando a cabo una retirada, no han sabido hacerlo’...” Hernández Sánchez, *op. cit.*, p. 447.

Con estas palabras, Stalin superaba su propia cota de cinismo y deslealtad hacia los comunistas españoles.

la influencia de las demás clases. El proletariado puede ‘tolerar’ durante bastante tiempo a una dirección que ya ha sufrido una total degeneración interna, pero que no ha tenido la ocasión de manifestarlo en el curso de los grandes acontecimientos. Es necesario un gran choque histórico para revelar de forma aguda, la contradicción que existe entre la dirección y la clase. Los choques históricos más potentes son las guerras y las revoluciones. Por esta razón la clase obrera se encuentra a menudo cogida de sorpresa por la guerra y la revolución. Pero incluso cuando la antigua dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, sobre todo si no ha heredado del período precedente los cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente...”⁴⁹⁸.

Esta es la cuestión esencial. La revolución española fue derrotada. Pero la causa no fue la inmadurez política de las masas, que pudieron haber tomado el poder no una, sino diez veces en el transcurso de los acontecimientos desde 1931. La derrota fue el fruto de los errores de aquellos dirigentes que se reclamaban así mismos socialistas y anarcosindicalistas y, por encima de todo, de la traición del estalinismo.

La victoria revolucionaria es una tarea estratégica. El partido revolucionario, comunista, no se puede improvisar, necesita de una selección paciente de cuadros, de pruebas decisivas de la lucha de clases en las que su dirección madure y sea reconocida como tal. Pero sobre todo, la construcción del partido exige de una política justa, de tácticas adecuadas y de una comprensión científica de la dinámica de la lucha de clases y el proceso de toma de conciencia de los trabajadores. Para alcanzar tal experiencia, el estudio de las lecciones de la revolución española de 1931-39 es una tarea que requiere la mayor aplicación. Y esa asignatura no será en balde para todos los que luchamos actualmente por la transformación socialista de la sociedad, entre los que destacan los militantes del Partido Comunista de España.

⁴⁹⁸ León Trotsky, *Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español?*, agosto de 1940.